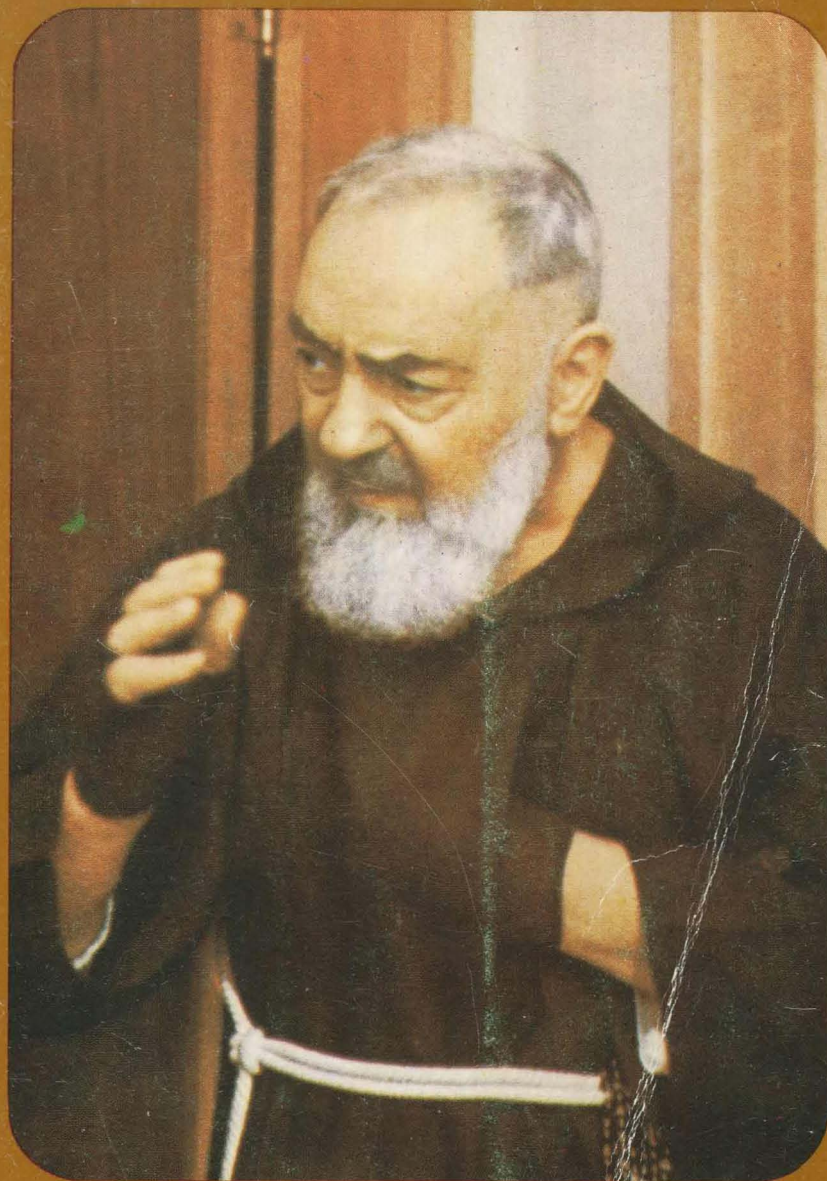


FRANCISCO SANCHEZ-VENTURA Y PASCUAL



apelando a Pablo VI en demanda de justicia

EL PADRE PIO^{DE} PIETRELCINA

un caso inaudito en la Historia de la Iglesia

editorial circulo



OBRAS DEL MISMO AUTOR

ESTIGMATIZADOS Y APARICIONES (5.^a edición, año 1974).

EL INTERROGANTE DE GARABANDAL (5.^a edición, año 1975).

LAS NEGACIONES DE GARABANDAL (2.^a edición, año 1966).

EL PADRE PIO DE PIETRELCINA, UN CASO INAUDITO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA (2.^a edición, año 1976).

MARIA, PRECURSORA DE CRISTO EN SU SEGUNDA VENIDA A LA TIERRA (2.^a edición, año 1973).

EL MISTERIO DEL PALMAR DE TROYA (agotada hace cuatro años y no reeditada por las interferencias de tipo preternatural que hacían preveer, en uno de los videntes, un resultado de posible escándalo).

Y EL AGUA SEGUIRA CURANDO (3.^a edición, año 1974).

Manifestaciones carismáticas del Alto de Umbe (Bilbao).

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN COMO FENOMENO UNIVERSAL (año 1974).

DONOSO CORTES Y SU PROYECCION EN EL FUTURO (año 1973).

LOS EMPRESARIOS DE CRISTO (año 1973).

DOS ESTIGMATIZADOS DE NUESTROS DIAS (año 1973).

Y la que hoy presentamos: **DEL DIARIO ESPIRITUAL DE GABRIELA BISSIS**. Locuciones del Señor con almas privilegiadas.

OBRAS TEATRALES

V O L V E R E, biografía teatral de Carlos VII publicada bajo el n.º 744 de la colección Escelicer.

MENSAJE DE LUZ, representada por la compañía de Mary Carrillo y publicada también por Escelicer (n.º 533).

EL POLITICO, actualmente en prensa y con la que se inaugurará la sección teatral de la Editorial Círculo, dedicada exclusivamente a la promoción de escritores españoles en colaboración con el nuevo Teatro Príncipe, de Madrid.

OBRAS TECNICAS

EUROPA Y SU ECONOMIA (año 1955).

ECONOMIA Y POLITICA (año 1959).

DERECHO DEL TRABAJO (año 1950).

LEGISLACION DEL TRABAJO Y SEGUROS SOCIALES (año 1960).

Precio: 500 pts.

Francisco Sánchez-Ventura, abogado, catedrático de Economía en la Escuela de Peritos Industriales — hoy excedente en ambas funciones — escritor de temas políticos, económicos y religiosos; conferenciante que abordó con valentía los más delicados temas y concretamente, entre los años 1960 al 63, cuando no se podía hablar de ella, defendió la Monarquía como fórmula de gobierno mejor para España, o en el peor de los casos, la menos mala. Con tal motivo recorrió con diferentes temas y en repetidas ocasiones las tribunas de los Círculos Balmes organizados en numerosas capitales españolas, siendo designado por el Conde de Barcelona, como miembro de su Consejo Privado; personalidad polifacética, que abandonó la abogacía y la cátedra para centrarse de lleno en el mundo empresarial en el que ha demostrado, como promotor de numerosas sociedades de muy diferente signo, que es hombre de ideales, pero a la vez de realidades prácticas.

Como consecuencia de los fenómenos que tuvo ocasión de vivir en Garabandal extendió sus inquietudes hacia el campo de la mística y de la parapsicología, escribiendo diferentes libros que se han traducido a varios idiomas y pronunciando muy frecuentemente conferencias relacionadas con temas de esta especialidad.

En junio de 1970 lanzó una revista mariana, que personalmente dirige, revista de proyección universal que se publica bimensualmente bajo el título de "MARIA MENSAJERA" y de cuya publicación existe una versión en lengua inglesa (editada en Tacoma, E.E.U.U.) para norteamérica, y otra argentina (editada en Buenos Aires) para hispanoamérica, aparte de una recesión de la misma que se publica en Japón.

Para un mayor alcance de su labor proselitista ha promocionado el Teatro Príncipe que se inaugurará en Madrid el día 17 de diciembre de 1976, y ha participado en la compra de "EL NOTICIERO" de Zaragoza.

EL PADRE PIO DE PIETRELCINA

FRANCISCO SANCHEZ-VENTURA Y PASCUAL

Apelando a Pablo VI en demanda de Justicia

EL PADRE PIO DE PIETRELCINA

(2.^a Edición)

Un caso inaudito en la historia de la Iglesia

1976

© EDITORIAL CIRCULO

Edita: © Editorial Circulo - P.º Fernando el Católico, 39 - Zaragoza
Imprime: Octavio y Félez. S. A. - P.º Cuéllar. 11 - Zaragoza
Tirada: 3 000 ejemplares
Depósito legal: Z. 352-1976
ISBN: 84-85036-29-8

CONTENIDO

	<u>Página</u>
<i>Prólogo a la primera edición</i>	1
<i>Prólogo a la segunda edición</i>	5
<i>Introducción</i>	13

PRIMERA PARTE

<i>Capítulo I. — LA VERDAD ANTE TODO</i>	27
A los pies de Pablo VI	31
Las circunstancias justifican una información leal	31
El llamado libro blanco	33
<i>Capítulo II. — COMIENZA LA HISTORIA</i>	37
El el Noviciado	42
Vuelve a su casa	44
El P. Pío en el Ejército	45
<i>Capítulo III. — LOS ESTIGMAS</i>	49
El asalto del serafín	52
El capuchino es crucificado	53
Apostolado y sacrificio	56
Y con los médicos llegó la ciencia	57
Las llagas del P. Pío y su figura espiritual a través de su epistolario	62
<i>Capítulo IV. — LA MISA DEL P. Pío</i>	69
Y el alma se siente vista	73
Administrador de Dios	76

	<i><u>Página</u></i>
Cebo de almas para el cielo	77
Otros hechos incomprensibles	77
El rescate de almas	79
Telegrafía sin hilos	80
Los fenómenos de bilocación	82
La curación del P. Plácido	86
Un aroma inconfundible	87
La contraprueba	89
 <i>Capítulo V. — DE SU ANECDOTARIO</i>	 91
La oración todo lo puede	94
El hombre sin Dios es un ser mutilado	95
La comunión diaria	95
Frecuentes casos de clarividencia	96
El caso Festa	96
Conversiones en cadena	97
El alfarero blasfemo	99
La monja con prisas	100
El caso de María Pyle	100
Con el presidente de la Cámara	101
Prodigios en tiempo de guerra	102
 <i>Capítulo VI. — OTROS HECHOS DE SU ANECDOTARIO</i>	 105
El caso de Anna María Gemma de Giorgi	107
Renovación de arte	109
Otros casos	110
Profecía de Lucía Fiorentino	111
La Virgen de Fátima cura milagrosamente al P. Pío	112
Trágico anuncio	113
Políglota	113
Desafío a un comunista	114
La aparición de un muerto	115
 <i>Capítulo VII. — EL CAMINO DE DAMASCO</i>	 117
El pueblo le defiende	121
Cartas sobre su traslado	123
La muerte de su madre	124

	<u>Página</u>
Los enemigos atacan	125
Los pontífices apoyan al fraile	127
«Grupos de plegarias	128
<i>Capítulo VIII. — LA «CASA SOLLIEVO DE LA SOFFERENZA»</i>	<i>133</i>
Puesta en marcha y desarrollo	136
Una ofrenda excepcional	138
Se incrementan los trabajos	139
Características de la obra	142
Fecha memorable	144
El día del jubileo	146
<i>Capítulo IX. — EL P. PÍO VATICINA EL PONTIFICADO DE PABLO VI</i>	<i>149</i>
La profecía se cumple	154
El P. Pío, sumiso y obediente a la Iglesia y a sus pontífices	156

SEGUNDA PARTE

<i>Capítulo X. — LA PRIMERA PERSECUCIÓN</i>	<i>161</i>
Las cartas prohibidas	164
Los responsables	166
Motivos y causas de tan inicua persecución	170
Los oficios condenatorios	171
Los defensores del Padre	171
La primera visita apostólica	172
Encuesta en el Vaticano	177
La liberación del Padre	179
La reintegración no fue completa	180
El «boomerang» celeste	181
<i>Capítulo XI. — AÑOS DE PAZ</i>	<i>185</i>
«Testamento» del P. Pío	188
Respuesta del Vaticano	190
La etiología de tan extraño proceso	191
La gran estafa	192
La versión de los hechos según el libro blanco	195

	<i>Página</i>
Pruebas presentadas en documentos fotocopados	198
Los frailes de Mazzarino	203
El proyecto de expropiación	205
<i>Capítulo XII. — LA SEGUNDA PERSECUCIÓN</i>	207
El obispo de Padua	210
La lucha contra los hijos espirituales del estigmatizado	215
Otros casos como botón de muestra	221
Se prepara la trampa	223
El Papa, en principio, favorable al fraile	224
Contenido de las fotocopias que reproducimos	225
<i>Capítulo XIII. — LA VIOLACIÓN DEL SECRETO SACRAMENTAL</i>	227
Relación de documentos fotocopados en este libro sobre el «affaire» de los micrófonos	234
Los visitantes apostólicos	236
El P. Rosario de Alliminusa	241
Fotocopias publicadas con la visita de Maccari	242
<i>Capítulo XIV. — ASOCIACIÓN PARA LA DEFENSA DE LA PERSONA Y DE LAS OBRAS DEL P. PÍO</i>	245
La apropiación indebida «legalizada» al amparo de la santa obediencia	251
El pontificado de Pablo VI	253
Documentos fotocopados sobre la apropiación de ofrendas al P. Pío	254
<i>Capítulo XV. — EL P. CLEMENTE DE SANTA MARÍA IN PUNTA</i>	257
Firma la declaración de que nunca fue perseguido	262
El P. Carmelo	264
El doctor Sala	264
Informe del P. Pellegrino sobre la medicación impuesta al P. Pío	267
Fotocopias reproducidas	269
<i>Capítulo XVI. — EL DERECHO</i>	271
Relaciones entre la Iglesia y el Estado	274
La usura	274

La conculcación de otro derecho inviolable: el derecho a la vida privada	275
Los derechos del hombre	276
La libertad individual	277
Libertad de asociación y de reunión	278
Donaciones	279
La apropiación indebida	280
Estudio jurídico del rescripto del Papa Pío XII	281
Necesidad de remozar y extractar de nuevo el funcionamiento de los poderes legislativo y judicial de la Iglesia	282
<i>Capítulo XVII. — LAS ÚLTIMAS HORAS</i>	285
Apéndice	295
Breve epistolario del P. Pío	297

PROLOGO

PRESENTAMOS a continuación un resumen de los hechos más importantes que jalonan la vida del P. Pío, el capuchino que a imitación de Cristo se sacrificó y murió perseguido por sus propios hermanos. También, como Jesús, fue condenado por los sacerdotes del «Sanedrín»...

Nuestro relato va acompañado de los documentos, en fotocopia, que avalan la realidad del mismo. El conseguir la documentación que publicamos ha sido labor difícil, que se ha logrado vencer gracias a una serie de circunstancias providenciales que nos han proporcionado las más insospechadas pruebas. De todo ello damos cuenta al público con la máxima objetividad posible, sin dejarnos llevar por ese apasionamiento que suelen despertar las más crueles injusticias, pero también con absoluta claridad por creer que en este caso debemos hacerlo. Nos animan a ello las palabras de Santa Catalina de Siena: «¡Basta ya de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas, porque por haberlo callado el mundo esta podrido!»

Nosotros, con la documentación que obra en nuestro poder, no podemos ni debemos callar. Pero tampoco hemos llevado nuestra acusación más allá de lo necesario para rehabilitar al estigmatizado. Los documentos más comprometedores y más escandalosos, de los que podíamos prescindir para probar nuestro aserto, los hemos rechazado y condenado al olvido.

Escrito este libro y entregado a la imprenta, el periódico romano «Il Tempo», en su número del 10 de abril de 1969, publicó unas manifestaciones del cardenal Lercaro, donde en defensa del capuchino ratifica el contenido de nuestras afirmaciones. El arzobispo de Bolonia, con todo el peso de su autoridad, dice entre otras cosas que «el P. Pío no sufrió tanto por la Iglesia como de la Iglesia»; lo considera ya prácticamente santo y afirma «que la configuración del P. Pío con Cristo se vuelve luminosa, sobre todo con el sufrimiento. Su vida es una pasión —sigue diciendo— y el acercamiento a los sufrimientos del Salvador son evidentes y comienzan con la incredulidad y las persecuciones de aquéllos que deberían haber sido los primeros en comprenderlo y defenderlo. Mientras tanto,

las multitudes humildes y sinceras asediaban el confesonario del Padre y acudían para escucharlo y hacerse curar sus enfermedades, porque de él salía una fuerza que curaba a todos...».

El cardenal critica, tachándolos de inmotivados, los decretos condenatorios del Santo Oficio, decretos revocados en cierto modo por Pío XI al otorgarle la «reintegración et ultra».

La segunda persecución es comentada por el purpurado con palabras más duras: «Y vino el tiempo del drama misterioso, cuando antiguas amarguras de hombres ya maduros, unidas a egoístas ambiciones de dinero, levantaron, de modo increíblemente audaz y cínicamente cruel, la nueva persecución...».

Hemos querido, en el preámbulo del libro, transcribir algunas de las frases con las que el cardenal Lercaro reconoce la realidad de los hechos que la prudencia humana se resiste a admitir. Ellos sirven de conformidad o «visto bueno» a nuestra labor y a las conclusiones de nuestro estudio.

El P. Pío ha muerto, pero de los milagros del P. Pío se sigue hablando. Parece como si desde el cielo siguiese pendiente de esta humanidad a la que tanto amó y de todos sus hijos espirituales y su influencia se hubiese hecho, a través de la muerte, más luminosa y eficaz.

¡Que a todos nos llegue el fruto de su celo apostólico!

F. SÁNCHEZ-VENTURA Y PASCUAL

PROLOGO

(Segunda edición)

Cuando publiqué la primera edición de esta obra sobre el P. Pío de Pietrelcina se produjeron críticas, comentarios y reacciones de diferente índole: desde las propias del lector, exageradamente entusiasta, que pecando de generoso la elogiaba más de lo debido, hasta aquéllos que la criticaban también con exceso y se sentían escandalizados por lo que interpretaban, llevaba consigo un descrédito para determinadas organizaciones de la Iglesia. Entre estos últimos hubo un jesuita de Bilbao que escribió una carta de ataque, carta que me consideré en el deber de contestar públicamente. En ella me decía «que no se debe descubrir la verdad cuando con ella se falta a la caridad ya que era esencial guardar los derechos humanos, como base humana, que es anterior a la cristiana».

En la carta citada, ante las fotocopias que demostraban la realidad de mis alegatos, el referido jesuita defendía la postura de que para no herir a nadie, para no desacreditar a nadie, para no faltar a la «caridad» contra nadie, yo tenía que haber «engañado» a los lectores al escribir mi biografía sobre el P. Pío.

En mi contestación le dije «que estábamos viviendo un momento crítico para la historia de la humanidad y para la historia de la Iglesia, momento en que se hacía imprescindible conocer la verdad y hablar claro. Aunque usted se resista a reconocerlo —afirmaba— la Iglesia se encuentra hoy día dividida y no todos los sacerdotes representan la verdad ni aconsejan ni adoctrinan al pueblo como deben». Esta frase, en aquellos tiempos —me estoy refiriendo al año 1969— parecía exagerada, porque todavía no se había puesto de manifiesto ante los ojos de los fieles lo que en estos momentos hasta el Papa ha definido con una frase tan espectacular como expresiva: la que asegura que «el humo del infierno se ha filtrado dentro de la Iglesia de Cristo».

Le hablaba luego del origen y razón de ser del cisma o división en que vivimos, con lo que se cumplía fielmente el vaticinio anunciado en el secreto de Fátima cuando se dice que «cardenales se enfrentarán contra cardenales y obispos contra obispos, y satanás alcanzará las más altas cimas de la jerarquía...»

Partiendo de este hecho irrefutable, decíamos entonces y ratificamos ahora, que era obligación de todo buen católico descubrir al que obra mal dentro de la Iglesia y señalarlo valientemente con el dedo cuando se disponen de pruebas sobradas que respaldan, en términos absolutos, el fundamento de la acusación. Porque así y sólo así se puede separar el grano de la paja y se hacía posible identificar y distinguir al representante auténtico de Dios con respecto al falso.

En mi carta le hacía ver a mi impugnador que al pedirme el no faltar a la caridad y respetar los derechos humanos se olvidaba de que en la vida del P. Pío había muchos perseguidores y un solo perseguido y que precisamente los derechos humanos conculcados eran los del perseguido. «Tanto es así —decía— que don Emmanuel Brunatto fundó una asociación, con sede en Ginebra, para la defensa de los derechos y las obras del P. Pío de Pietrelcina, y cansado de recorrer todas las dependencias vaticanas y de entrevistarse con infinidad de altos dignatarios de la Iglesia, al amparo de la Justicia, tuvo que abandonar Roma y preparar un Libro Blanco para presentarlo ante la comisión formada por la ONU, precisamente con el claro objetivo de tutelar la defensa de los derechos humanos, por los que usted tan acertadamente se preocupa. Tal libro no llegó, sin embargo, a su destino, porque en vísperas de cursarlo y tras recibir una amenaza de muerte, el señor Brunatto murió de súbito en circunstancias harto sospechosas».

Precisamente fueron los representantes de la citada Asociación quienes con motivo de conmemorarse el cincuentenario de los estigmas del P. Pío me propusieron la labor de preparar un libro sobre la vida del Padre, con el conocimiento y la bendición del santo estigmatizado, de quien, por cierto, recibí una carta, seguramente la última que dictó, carta que llegó a mi poder después de muerto y que conservo como una reliquia, porque en ella me anunciaba su muerte. Al contestar manifestándome dispuesto en principio a este trabajo, me enviaron los documentos que probaban el origen escandaloso y satánico de las dos inicuas persecuciones de que fue objeto, documentos que estudié meticulosamente para llegar a la conclusión de que debía aceptar el encargo. Y así surgió esta obra que lleva por título: «Apelando a Pablo VI en demanda de justicia. El P. Pío de Pietrelcina. Un caso inaudito en la Historia de la Iglesia»; obra presentada en su primera y en esta su segunda edición, por la Editorial Circulo, y que el referido jesuita de Bilbao «lamentaba tanto» que hubiese escrito.

Ciertamente que yo podía haber hecho tres cosas: Rechazar el encargo, escribir el libro con la verdad o escribir el libro desfigurando los hechos para no faltar a la «caridad», en desprestigio de los verdaderos responsables, pero faltando a la caridad en perjuicio de la santa e inocente víctima tan injustamente sacrificada. Mi condición de abogado, consagrado a la justicia, me decidieron en favor de la verdad y preferí desprestigiar a los culpables para prestigiar y defender al inocente, pues solamente obrando así entendía que obraba en conciencia y con arreglo a los más elementales deberes de una ética profesional.

Pero existe otro argumento que considero decisivo. El argumento es el siguiente: la vida del P. Pío es una vida similar a la de Cristo, porque aquél ha sido uno de los discípulos que mejor lograron identificarse e imitar al Maestro... En consecuencia, él fue el primer sacerdote estigmatizado de la Iglesia; sufrió con sus llagas, sangrando diariamente durante cincuenta años, todos los tormentos de la Pasión de Jesús; fue perseguido, humillado, calumniado y traicionado por sus hermanos; tuvo un Judas que le vendió y varios discípulos amados que le negaron; también fue condenado por los sacerdotes del Sanedrín y condenado a muerte. Y perseguido y condenado injustamente, murió. Siguiendo el paralelismo me atrevería a decir que no sé si ha resucitado; pero sí puedo afirmar que después de muerto, y en su deseo de copiar a su Maestro y Señor en todo, se apareció y se sigue apareciendo en infinidad de sitios, como Cristo se apareció a sus discípulos, y entre ellos a los caminantes de Emaús.

Pues bien: Dios quiso —decía entonces en mi alegato de defensa— que con las pruebas de aquellos hechos, cuatro evangelistas escribieran la historia de Cristo, pero no una historia dulcificada y falseada, sino una historia auténtica, real y cierta. Y a ningún Padre de la Iglesia se le ha ocurrido nunca alegar la falta de «caridad» contra Caifás, contra los sacerdotes que le condenaron, contra el Judas que le vendió o los seguidores que le abandonaron, que se desprende, en función de sus respectivos comportamientos, del relato de la Historia. El Evangelio inspirado por Dios en cuatro versiones distintas, relata la historia real, no la falsa, y los culpables del terrible e incomprensible deicidio han quedado ante los ojos de la humanidad tan mal parados como les corresponde en función a la mayor o menor responsabilidad de su conducta.

«Si usted no es capaz de rechazar ni quejarse de los historiadores del Evangelio —afirmaba en mi réplica— alegando que faltan a la caridad al presentar a Caifás como lo presentan, ¿por qué se queja de mi falta de caridad y habla de inculcación del respeto a los derechos humanos por relatar en una historia de fondo similar el mal comportamiento de ciertos dignatarios de la Iglesia? ¿En qué se funda usted para afirmar que los derechos humanos que hay que defender no son los inflingidos en la persona de Cristo o en la del P. Pío, sino el descrédito de los injustos perseguidores, que sin pretenderlo se desprende de la descripción de ambos relatos?»

Yo entendía que si Dios les exigió a sus historiadores el defender la verdad, a mí también me la exigía en este caso. Mi pluma no debía ni podía prostituirse abrazándose con la mentira y falseando los hechos. Si la Providencia puso en mis manos pruebas irrefutables, fue para que actuase en función de ellas. Pero Dios, respecto a la historia de Cristo, hizo más: Dios completó con revelaciones privadas los detalles de que adolecían los relatos evangélicos. Y así, la estigmatizada Catalina Emmerich, por ejemplo, nos comunicó el número exacto de azotes que recibió Cristo y de las espinas que se clavaron en su divina cabeza, y hasta nos cuenta el vergonzoso detalle de cómo un inmundo sayón se aprovechó de la boca abierta, por

el ahogo y la sed de Jesús, después de ser flagelado, para escupirle en ella... Dios quiso, a través de numerosas revelaciones, completar el relato auténtico para que la humanidad pudiese conocer la verdad íntegra y al detalle.

En una palabra: que entiendo que no soy el culpable del «aroma» escandaloso que se desprende de esta historia. Los responsables son quienes la hicieron posible con su indigna, egoísta y vergonzosa conducta.

* * *

En otra crítica publicada sobre este libro, el autor elogiaba en términos inmerecidos la segunda parte y se sorprendía que se hubiesen podido reunir fotocopias de tantos documentos importantes y tan difíciles de obtener, pero, en cambio, tachaba de pueril la descripción de los fenómenos místicos que se relatan en la Introducción... A pesar de ella no hemos creído oportuno suprimir íntegra esta primera parte, porque entendemos que muchos lectores pueden desconocer las realidades del mundo de la mística y sorprenderse ante ciertos fenómenos de la vida del P. Pío que, sin embargo, no son nuevos en la historia de lo carismático y milagroso. Creímos entonces y seguimos creyendo ahora que la figura de nuestro biografiado quedaba mejor encajada dentro de la realidad humana del misterio sobrenatural que el lector debe conocer de antemano.

Claro es, que para creer en tanto fenómeno milagroso hace falta contar con la fe y no sorprendernos de nada por pueril y fantástico que parezca, recordando aquellas palabras del Evangelio que aludían a la necesidad de hacernos como niños para entrar en el reino de los cielos.

Si siempre los fenómenos de la mística existieron, hoy se dan y repiten mucho más, porque estamos viviendo unos momentos críticos para las historia de la humanidad y Dios se está volcando sobre la tierra en forma sorprendente.

No obstante, de la citada Introducción hemos suprimido parte de un resumen que hacíamos sobre la vida apasionante de Teresa Neumann, por tratarse ampliamente en otra de mis obras.

* * *

Antes de terminar este prólogo a la segunda edición, considero oportuno hacer constar tres hechos: Primero, que como afirmaba el señor Morcaldi, alcalde de San Giovanni Rotondo, en un periódico romano, «los disturbios en esta pequeña ciudad no cesarán hasta que se haga justicia y se rompa esa cadena de inmoralidades, sacrilegios y simonías que empiezan en San Giovanni y acaban en Roma». Ambiente y circunstancias que justificaban la divulgación de historia tan singular y, en consecuencia, la publicación de este libro. Segundo: el P. Pío fue el fundador de los «grupos de oración», recomendados por Pío XII, grupos que se han organizado y extendido por el mundo entero y entre los diferentes países, también por España, donde por cierto proliferan sorprendentemente y en donde se viven

manifestaciones de santidad y de prodigios frecuentes. Tercero: que la mayor parte de los capítulos de esta obra están redactados durante la vida del P. Pío, por lo que en ellos se alude a él como si todavía viviese. Cuarto: que a los pocos meses de su fallecimiento Pablo VI ordenó la apertura del proceso de canonización, lo que implicaba, en cierto modo, una rectificación de la postura de la Santa Sede y un reconocimiento de la injusticia de sus persecuciones y de sus sanciones, a pesar de lo cual ninguno de los decretos condenatorios fue derogado: actitud de contradicción aparente que suele ser normal en la historia de la Iglesia, que se resiste a cualquier acto que represente el reconocimiento o la rectificación de un error. A estos efectos, la historia recoge casos impresionantes, como el de Alejandro VII, que no tuvo inconveniente en declarar las virtudes, la santidad y la inocencia de Giuseppe de Compertino, reconociendo las injustas persecuciones de que había sido objeto, pero por no desaprobare la actuación de su predecesor y por no obligar al Santo Oficio a retractarse de sus resoluciones, se negó la libertad al reo y le dejó morir, tranquilamente, en la cárcel.

En vida del P. Pío, dignísimos Príncipes de la Iglesia, muchos de ellos llevando la representación de Su Santidad, acudían en peregrinación a San Giovanni Rotondo mientras otros le censuraban o atacaban con saña satánica; y una vez muerto se sigue tramitando el proceso de canonización y su figura va ascendiendo rápidamente hacia los altares mientras se mantienen vigentes todas las medidas, todas las sanciones y todos los procesos que dieron lugar a los diferentes decretos condenatorios.

Pero las situaciones absurdas en el campo de lo religioso suelen ser frecuentes, porque es la prueba inequívoca de una actuación diabólica, verdadera piedra de toque que avala el origen sobrenatural de las personas y de las obras inspiradas por Dios.

Francisco SANCHEZ-VENTURA

INTRODUCCION

Los estigmatizados significan para nuestro mundo una clara y elocuente llamada de lo alto. Dios quiere así facilitar la fe y enseñarnos el camino de lo sobrenatural abierto a todos los hombres. Alegrémonos de que sea una realidad la presencia de estos seres privilegiados que prestaron a Cristo su carne para recibir las divinas llagas. Y no leamos su historia con la curiosidad de un caso más o menos interesante para la religión, sino como una imperativa invitación de la gracia, dirigida a cada uno de nosotros, a fin de incorporarnos al cuerpo místico de Cristo y alcanzar así la visión de la realidad sobrenatural, enfocando nuestros problemas y nuestra vida desde el punto de vista de la verdad íntegra, de esa verdad con perspectivas de eternidad y sin engañosas apariencias. Solamente así podremos acertar en nuestras determinaciones, incluídas aquéllas de orden meramente material.

Impresiona pensar que, no obstante el interés que encierran, por lo que son y lo que representan estos fenómenos sobrenaturales, el mundo siempre y la Iglesia con él muchas veces, ha luchado por ocultarlos y oscurecerlos al conocimiento de los fieles y hasta entre las personas más cultas y de más recta intención y creencias existe la idea, difundida desde antiguo, de que se trata de casos morbosos, producto de la superstición de unos y del desequilibrio e histerismo de otros a los que no se les debe prestar la menor atención. Como dice Joseph Von Görres, «si miramos las cosas como es debido, vemos cuán miserable es la situación creada por esta prohibición que el mundo ha impuesto sobre todo aquello que hace referencia a estos maravillosos fenómenos de la mística cristiana».

Pero el prodigio de estos estigmatizados es una realidad que ofrece toda clase de pruebas. Son hechos confirmados por numerosos testigos en todas sus circunstancias principales: testigos que se repiten a lo largo de dieciocho siglos, en cuanto se refiere a la historia general de la mística; que han salido de todas las partes del globo en diferentes épocas y lugares y, no obstante aparecer separados por el tiempo y el espacio, ofrecen una maravillosa unanimidad en sus afirmaciones y resultados. Testigos además de excepcional condición, muchos de ellos

pertenecientes a la clase sacerdotal, atados por las propias obligaciones de su estado a la verdad y la conciencia, testimonios ratificados por laicos, comprobados también por incrédulos, presenciados por comunidades enteras de religiosos y por toda una colectividad de hombres y mujeres de todas las clases sociales que, bajo juramento y a lo largo de la Historia, han ido prestando su declaración detallada sobre cuanto tuvieron ocasión de presentar. Fenómenos analizados, estudiados y ratificados por la Ciencia a través de numerosísimos médicos de todas las especialidades e ideologías. Y como botón de muestra, para el que de buena fe quiere apoyarse en estos hechos, a manera de peldaños, a fin de ascender al mundo de la gracia, ahí están, en cada época, como testimonio vivo, los estigmatizados del momento, a los que no es difícil encontrar por aquellos que, como Santo Tomás, necesitan ver y oír, para después palpar y meter los dedos en las llagas sangrantes de Cristo... «Negadme —dice Görres— lo que innumerables veces han confirmado los testimonios de los hombres mejores y más fidedignos de todos los tiempos, y yo negaré toda la historia del mundo desde sus comienzos al fin».

EL PRIMER ESTIGMATIZADO

El primer estigmatizado oficialmente reconocido por la Iglesia es San Francisco de Asís.

El Papa Alejandro IV fue testigo ocular de los estigmas del santo, entre otros cardenales y altos dignatarios de la Iglesia. Y Benedicto XI, después de comprobar los hechos, fijó el día 17 de septiembre como fecha para conmemorar la fiesta de tan extraordinario suceso.

No obstante, existe una tradición que confirma nuestro aserto, de que los estigmatizados han existido, desde la muerte de Cristo, en todas las épocas, como un medio de sostener la justicia de Dios, mediante la renovación permanente del sacrificio expiatorio del Calvario. Y esta tradición es la que considera a San Pablo como el primer hombre que vio florecer en su carne las llagas del Señor. Poco podemos decir en el terreno probatorio de la investigación histórica sobre esta posible realidad; pero tampoco la afirmación es gratuita. Se apoya en la carta escrita por San Pablo a los gálatas, donde dice textualmente: «Llevo en mi cuerpo los estigmas de Jesucristo» (Gal., 6, 17). San Juan de la Cruz, en su obra «Llama de amor vivo», se inclina a favor de la estigmatización de San Pablo. Pero quizá las manifestaciones en tal sentido más interesantes sean las del doctor Gerlich, quien le preguntó a Teresa Neumann, en estado de éxtasis, sobre el particular, refiriendo con fecha 17 de septiembre de 1927 lo siguiente:

«Este sábado era el día de la estigmatización de San Francisco... Al poner los pies en la puerta del cuarto de Teresa Neumann retrocedo con sorpresa. Está sentada, incorporada en el lecho, viendo, según su relación posterior, cómo el Salvador comunica a San Francisco las llagas en el monte Alvernia. Su rostro está transfigurado, irradia felicidad, pues le es dado ver al Salvador glorioso. Jamás he visto rostro de mujer de belleza semejante, casi sobrehumano». Termi-

nada la visión. sucedió ese estado estático en el que se puede hablar con ella sobre las más variadas cuestiones. Contaba entonces haber visto un querubín, un adolescente espléndido con grandes alas, delante del cual estaba el Salvador con un resplandor aún más soberano, y a San Francisco arrodillado delante de El. A la pregunta del párroco sobre quién había sido el primer estigmatizado, respondió sin vacilar: «San Pablo».

El Dr. Gerlich quedó tan impresionado por la respuesta de Teresa, que en lo sucesivo consultó toda una serie de ediciones y traducciones de la carta a los gálatas, encontrando en todas la traducción unánime: «Porque llevo los estigmas del Señor en mi cuerpo». Lo más curioso es que Teresa Neumann, que hizo esta afirmación sobre San Pablo cuando se encontraba en éxtasis, siempre que se le pregunta en estado de vigilia, responde que el primer estigmatizado es San Francisco de Asís, sin que ella, cuando respondió al Dr. Gerlich, tuviera la más remota idea sobre la existencia de la carta a los gálatas ni sobre la citada tradición de la Iglesia.

EL FENOMENO DE LA ESTIGMATIZACION, FLOR EXCLUSIVA DEL CATOLICISMO

La historia de la mística conoce trescientos veintisiete casos de personas oficialmente estigmatizadas, en las que las llagas aparecen y desaparecen sin excitar-se con gesticulaciones ni preparación psíquica alguna, fenómeno que no se conoce fuera del catolicismo. De los trescientos veintisiete casos seleccionados, veintinueve pertenecen al siglo XIX. Aparte de éstos, pueden existir algunos más desconocidos hasta el presente o con apariencias menos claras de realidad, y en consecuencia faltos de reconocimiento público.

La finalidad de estas sorprendentes manifestaciones místicas es la que declaraba Teresa Neumann durante uno de sus éxtasis: «Esto acontece, decía, para demostrar a los hombres que existe un Reino o poder superior». Y éste es, sin duda, el sentido y el significado último de los estigmatizados: el presentar a los hombres de buena fe, hechos tan admirables como incomprensibles, convirtiéndose así en predicadores mudos, pero elocuentísimos, de la verdad.

La razón se resiste a creer, y para que los ojos del alma se abran a la luz, necesitamos de la ayuda sobrenatural. Y uno de los muchos medios que el Señor emplea es el de los estigmatizados, que les permite a los hombres de hoy la misma comprobación que Cristo facilitó a los de ayer: la realidad tangible de sus llagas abiertas. Dios ha querido que San Francisco de Asís en su época, como los numerosos estigmatizados que le siguieron en sus respectivos tiempos, como Teresa Neumann ayer y el P. Pío recientemente, constituyan y ofrezcan un espectáculo público para los hombres de buena voluntad, y este destino de manifestar y dar a conocer sus estigmas y su sangre es el glorioso destino de estas almas que sufren por la Humanidad pecadora como elegidas y santas víctimas de expiación.

En la mayor parte de estos místicos se han dado, entre otros, el fenómeno de vivir sin tomar más alimento que el Cuerpo de Cristo, fenómeno común en la vida de muchos de los estigmatizados.

Consideramos significativo el comprobar que tan sorprendente fenómeno no se da fuera de la Iglesia católica; hecho sobre el que se debe reflexionar, teniendo en cuenta, sobre todo, que dentro del protestantismo existe un gran número de almas profundamente piadosas. Sin duda la explicación está en que la Iglesia católica ha sido la depositaria de todos los Sacramentos, tal como Jesucristo los instituyó en su origen, circunstancia por la que se distingue de las restantes Iglesias.

CARACTERISTICAS COMUNES AL FENOMENO DE LA ESTIGMATIZACION

Los fenómenos milagrosos de los estigmatizados suelen presentar un cuadro similar. Aunque separados unos de otros por el tiempo y el espacio y sin posible relación entre ellos, tienen todos unas características semejantes en las que coinciden por lo general sin perder la personalidad de cada uno.

Daremos a continuación las características de algunos de estos fenómenos comunes.

Así, en la historia de Cristina Stommeln, se lee: «En medio del pie derecho, lo mismo en la planta que en el empeine, había una llaga, algo mayor que una moneda, de la que corrían cuatro hilos de sangre, no hacia el talón, sino que cruzaba el pie, por cierto de una anchura nada exigua».

Con esto queremos recoger un hecho que se da también en la mayor parte de los estigmatizados, donde contra las leyes de la gravedad, el curso de la sangre de las llagas suele seguir la dirección que lógicamente llevaría la de Cristo cuando estaba clavado en la cruz y, por consiguiente, en la postura propia del momento de la Pasión que el copaciente vive. La sangre, pues, no corre hacia abajo, según la postura del estigmatizado, sino en función de la postura que en aquella visión tenía el Señor.

Otro dato que conviene consignar: el fenómeno de las llagas se imprime lo mismo en mujeres que en hombres, y lo mismo en solteras que en casadas. Este es el caso, por ejemplo, de Dorotea de Prusia.

No en todos los copacientes aparece con las llagas de los pies, manos y costado, la corona de espinas; pero es muy frecuente el caso de quienes reciben también este tormento. Concretamente, Isabel de Reute, estigmatizada poco conocida, decía que Dios le había revelado que la corona de espinas penetró en la cabeza sagrada de Cristo principalmente por siete heridas, donde se habían hundido cuatro espinas, capaces cada una de causarle la muerte. Al poco tiempo de hacer esta revelación, la cabeza de Reth —como le llamaban familiarmente a Isabel de Reute— apareció con las siete heridas y en cada una de ellas las huellas de los cuatro orificios.



Sor Elena Aiello, contempla y vive la Pasión de Cristo. Al cesar el fenómeno se produce inmediatamente otro no menos extraordinario, la desaparición sorprendente de la sangre del rostro.

Ana Catalina Emmerich
(1774-1824). Cuadro de
Kraszewka.



Estigmatización de Santa Teresa (Escultura de
Bernini, de la iglesia de Santa María de la
Victoria, Roma).



*Fotografía del pasaporte
de Teresa Neumann.*

*Comunión extática. Ma-
ñana de Pascua del año
1936. Teresa ve llegar al
Salvador en persona ante
la Forma expuesta por
el sacerdote.*





Año 1942. Teresa Neumann da de comer a una niña sentada sobre sus rodillas cuando cae en éxtasis.



Viernes Santo de 1950. La muchedumbre rodea la casa de Teresa. Los soldados americanos predominan en el grupo.



*Fotografía que co-
rresponde al Vier-
nes Santo del año
1957.*



*En el momen-
to de la "tran-
substanciación"*



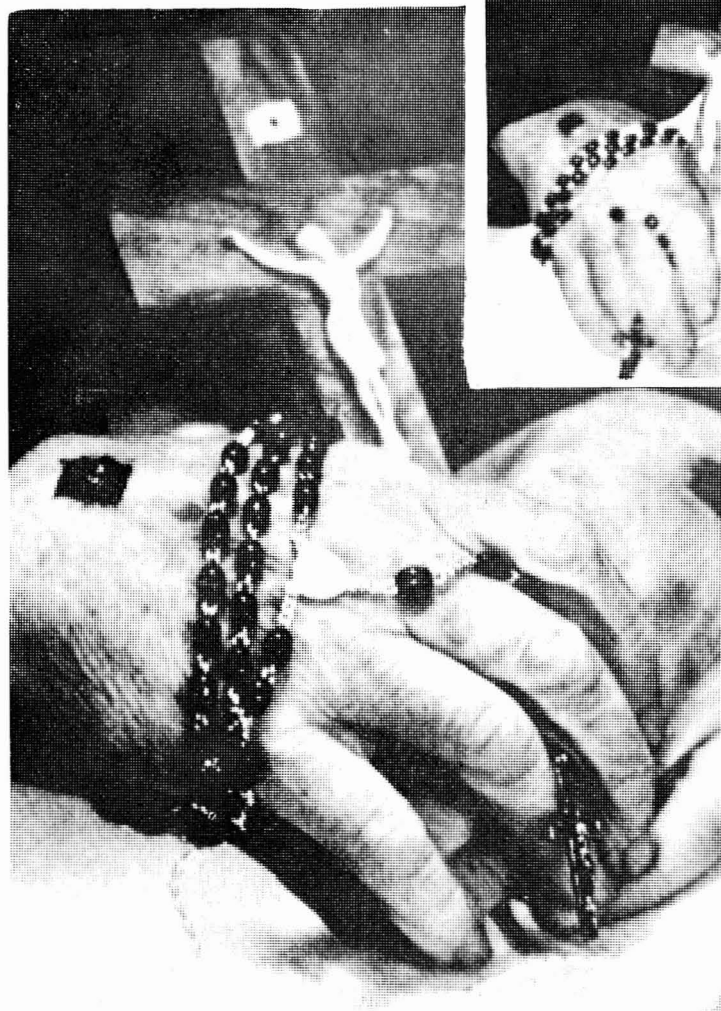
*En estado extático,
en oración de quie-
tud, en cuya situa-
ción permanece has-
ta que llega el Padre
con la Comunión.*

*El cuarto de Teresa
en la casa paterna.
Sobre el altar una
imagen de la Virgen*



Teresa en su lecho de muerte. Del 18 al 22 de septiembre de 1962.

El pañuelo sobre su cabeza aparece manchado con la sangre de sus últimos sufrimientos místicos.



Las manos de la muerta



*El último adiós: El Pá-
rroco, cura Naber, y su
hermano Fernando, an-
te el lecho de muerte.*



*Junto a la cruz
del cementerio, la
tumba de Teresa
Neumann.*

Para Isabel de Reute, como para Nicolás Von Flue, la comunión era el único manjar con que se alimentaba, obteniendo la energía suficiente para desplegar su vida de oración, trabajo y expiación. Este es un fenómeno muy frecuente también entre los estigmatizados, que por lo general devuelven cualquier otra clase de alimentos.

Suelen darse también en bastantes casos las pruebas, que bien los confesores, para conocer la realidad y origen de la Visión, como los propios protagonistas, le exigen a Dios a manera de garantía de que los maravillosos fenómenos son obra de su gracia. Así Liduvina de Schiedam, le pidió al Señor una prueba de que era realmente El quien le había hablado, y enseguida apareció en el aire una Hostia que sangraba. El fenómeno lo contempló también su padre, quien llamó, para que lo presenciara, al resto de la familia; y todos pudieron observar la aparición y dar fe de la misma.

Felipe Neri, y siguiendo su ejemplo otros confesores, ensayó el darle a Ursula de Benincasa una hostia sin consagrar, que la copaciente rechazó en el acto.

Passitea de Siena se caracterizaba por las extraordinarias levitaciones que se le producían ante el público en cuanto entraba en éxtasis, siendo muchísimos los que testimonian haberla visto de rodillas a gran altura del suelo. Esta santa tuvo una visión en la que Cristo le pidió le entregara su corazón, diciéndole aquella que lo tomara. Desde entonces vivió con la sensación de su ausencia y al morir encontraron los médicos, al realizarle la autopsia, una simple membrana desecada.

También son corrientes las predicciones. Así Magdalena de Pazzis le predijo a un cardenal que llegaría a ser papa, pero que duraría poco. En efecto, sucedió a Clemente VII con el nombre de León XI, en el año 1600, pero su pontificado duró sólo veinticinco días.

Catalina de Ricci recibió la Eucaristía de manos del Señor, hecho comprobado también en otros casos.

Otro de los fenómenos frecuentes es el de los llamados desposorios místicos, que se da muchas veces en la historia de la mística.

También es nota común en muchos casos de estigmatización el momento y la forma de producirse ésta. Por lo general se les aparece el Señor y ven surgir de sus manos, pies y costado, como cinco rayos brillantes que acaban convirtiéndose en pequeñas llamas. En aquel momento sufren unos grandes dolores y se sienten como transformados en Dios. Después de recibir los estigmas vuelven los rayos de luz a las llagas de donde salieron.

En el caso de Santa Verónica Giuliani se han hecho célebres las experiencias de su confesor el P. Crivelli. El mismo las relata en el proceso de canonización de la santa. En lo íntimo de su conciencia, sin que el menor gesto pudiera revelar su pensamiento, el confesor le daba determinadas órdenes sobre cuándo tenían que abrirse o cerrarse las llagas, vivir la pasión, cesar el sufrimiento, etc., fenó-

menos que se cumplían en el momento y en la forma ordenada en mente por el P. Crivelli.

Es muy corriente el pensar que todos estos fenómenos son producto de una enfermedad, fruto de la histeria. Pero esto es un error que conviene afirmar de arranque. Porque los fenómenos presentan una variedad científicamente incompatible con las causas y el diagnóstico de todo proceso morboso.

En Santa Verónica Giuliani, por ejemplo, los estigmas no se presentaron tan sólo en las manos, pies y costado de la estigmatizada, sino también en el corazón, revistiendo además las heridas una forma específica verdaderamente significativa y precisa. Todos los símbolos relacionados con la Pasión del Señor, aparecieron representados sobre el corazón de la santa. Así surgieron, tallados en carne, los diferentes instrumentos con los que padeció Cristo su terrible Pasión y muerte: la cruz, los clavos, la corona de espinas, la lanza, los flagelos con que fue azotado, etcétera. La estigmatizada declaró la realidad del fenómeno antes de morir y después fue comprobado en la autopsia por médicos de solvencia en presencia del obispo de la diócesis y del notario que dio fe de los hechos.

¿Cómo puede un histérico producirse internamente, sobre la carne de un corazón, dibujos, en relieve, tan extraordinarios?

Lo mismo ocurrió con Santa Clara de Montefalco, y algo parecido se dio también en el corazón de Santa Teresa de Ávila, corazón que se conserva en un relicario y en el que fueron apareciendo una reproducción de las espinas que traspasaron la cabeza de Jesús.

(Véase mi obra «Estigmatizados y Apariciones», pág. 62 y siguientes.)

La llaga en el corazón se dio también en la beata Giovanna María Bonhomo; y la venerable Florida Cevoli anunció que el fenómeno de la estigmatización del corazón se comprobaría después de su muerte. Al fallecer, y hacerle la autopsia, los médicos no vieron nada anormal, pero el corazón conservado en agua, manifestó sus estigmas a los ocho días de haber sido arrancado del cuerpo. ¿Cómo puede darse en este caso la sugestión neurótica a que aluden algunos médicos?

Los estigmas son, pues, fruto de una acción divina, de una obra sobrenatural, instrumentos de la acción de Dios, producidos al margen de todo proceso morboso.

¿Por qué no se le hizo la autopsia al P. Pío para investigar e informar a sus seguidores del estado de su corazón, que fue blanco del asalto del Serafín, según veremos al relatar los hechos más sobresalientes de su vida?

Otro de los fenómenos que suele producirse, para garantizar la realidad de la visión, es el ocurrido, por ejemplo, a Columba Schonatch, que fue a tomar el crucifijo de la pared y pudo comprobar ella, y la enfermera, sor Bernarda, que sudaba sangre copiosamente.

Es propio de los estigmatizados en general la vuelta a la normalidad al cesar el misterio que estaban sufriendo, recuperando sus fuerzas exhaustas y adquiriendo de repente su aspecto normal.

Se observa, también, con frecuencia, entre los estigmatizados, un ofrecimiento particular de sus padecimientos por determinadas intenciones dentro de su función expiatoria. Así, Margarita del Santísimo Sacramento se ofreció al Señor como víctima expiatoria de los pecados de la Humanidad y en especial por los cometidos por las Ordenes religiosas. Su historia, referida por Poels, nos dice que en cierta ocasión, cuando se dirigía al coro con las otras hermanas de religión, se sintió clavada en tierra sin poder adelantar ni un paso. Pretendieron ayudarle a salir de aquella inmovilidad algunas de las hermanas más robustas, sin conseguirlo. Margarita había adquirido un peso imposible de desplazar. Interrogada por la maestra de novicias, contestó: «La potencia divina es la que me retiene, de modo que todas las fuerzas humanas serían incapaces de hacerme mover; Dios no quiere que ahora me dirija al coro». Y acto seguido, añadió: «Esta alma sacerdotal debería llevar una vida de pureza angélica; ha sido llamada a servir a la Virgen Santísima, que le ha tomado bajo su protección, pero ha claudicado miserablemente corriendo tras el pecado, lo cual lo hace tan horrible que si no me sostuviera el poder divino su sola vista me haría morir». Al decir estas palabras cayó en tierra, sin que pudieran levantarla. Se le vio bañada en sudor, sufriendo horribles tormentos, mientras aquel sacerdote decía su misa. En el momento de la Consagración se oyó como un descoyuntamiento de sus huesos y se le erizaron los cabellos. Después de la Consagración le dijo a la maestra de novicias: «¡Ay, Madre, qué obligación tenemos de rogar por los sacerdotes! ¡Qué horror que haya en la Iglesia sacerdotes semejantes!»

Una de las estigmatizadas más célebres por la frecuencia y características de los fenómenos místicos que experimentó, fue Catalina Emmerich. Desde pequeña tuvo un don especial para discernir todo lo santo y sagrado, distinguiendo desde lejos al sacerdote que llevaba el Santísimo oculto, las reliquias auténticas, las personas consagradas, etc.

Antes de entrar en el convento recibió, del crucifijo venerado en la iglesia de Coesfeld, la gracia de la corona de espinas. El 29 de diciembre de 1812 fue totalmente estigmatizada. «Después de recibir las llagas se produjo un cambio violento en mi cuerpo —escribe la santa—. Sentía que la sangre torcía completamente su curso y una dolorosa tensión fluía hacia esos puntos».

¿Se da en los estigmatizados una transformación de su sangre por la sangre de Cristo, que circula en dirección a la postura que corresponde, aunque se encuentren tendidas sobre el lecho, en función a la visión que contemplan?

Los doctores que la examinaban pudieron observar que las heridas sangraban contra todas las leyes de la Naturaleza, siguiendo el mismo curso que en el cuerpo del Salvador, esto es, con la cabeza inclinada y hacia atrás, por el hueso nasal y por el rostro; de las palmas de la mano, por el antebrazo adelante, y de los pies, en dirección a los dedos, es decir, en contra al sentido natural de la gravedad.

Catalina Emmerich recibió el 28 de agosto de 1812 un nuevo estigma. Según cuenta ella, un ángel le presentó una cruz, de tres pulgadas de alta que, tomándola, la apretó contra su pecho. La cruz quedó marcada sobre el esternón clareándose a través de la piel. Tenía forma de Y, a la manera del viejo crucifijo de Coesfeld, y todos los miércoles, con pequeñas variaciones, sudaba sangre a través de una fila espesa de puntos que marcaban el perfil de la cruz, de forma que se podían sacar reproducciones exactas aplicando sobre ella hojas de papel. Posteriormente el fenómeno se trasladó a los viernes.

Otra de las características propias de los estigmatizados es la de no poder resistir los remedios curativos de la ciencia sobre los estigmas. Las pomadas y medicamentos les producen una sensación de angustiosa irritación, que cesa en cuanto le quitan el remedio. Por consiguiente, las llagas se abren y cierran milagrosamente, sin intervención de remedio humano, que lejos de mitigar intensifican el sufrimiento. Cuando se cierran quedan por lo general recubiertas por una película de piel sonrosada, que se rompe a impulsos de la onda de sangre, al chocar contra el mismo punto de la piel. Al trasluz parece como si la sangre negra se tornase de pronto roja y fluida.

Los estigmas aparecen así, espontáneamente, y con la misma facilidad desaparecen. El fenómeno se produce normalmente en vida, pero puede ocurrir también después de muerto. Este es el caso del P. Pío, cuyos estigmas desaparecieron en el momento de morir. Una costra de sangre se desprendió de su mano durante su última misa del día 22 de septiembre. Otra cayó sobre su lecho de muerte. A los pocos minutos de morir, sus manos presentaban un aspecto normal. Su piel estaba limpia y suave como la de un niño. Las llagas se habían cerrado milagrosamente.

L.1 ESTIGMATIZADA DE KONVERSREUTH

En Teresa Neumann las llagas se abrían con puntualidad matemática todos los viernes, salvo los comprendidos en el tiempo que transcurre desde la Pascua hasta el día de la fiesta del Santísimo Sacramento. Durante todo este período de cada año, Teresa no siente dolor alguno, ni las llagas se abren, ni manan sangre ningún día. Así se van adaptando, transformándose todos los años, con arreglo a la marcha de la Liturgia, coincidiendo de esta forma su sufrimiento y alivio con las épocas de pena y alegría de la Iglesia.

Después de vivir la Pasión de Jesús y concretamente en el momento de caminar con la cruz a cuestas, queda marcada sobre el hombro derecho una intensa herida con sangre, proporcionada al tamaño y peso de los leños de la cruz. Y cuando la estigmatizada padece la muerte de Jesús, el rostro toma aspecto cadavérico y se vuelve lívido y alargado. El estado de muerte aparente suele durar unos cinco minutos, y se ha podido comprobar por auscultación médica, el cese de los latidos del corazón durante ese tiempo.

Luego vuelve al estado de arrobamiento y se sorprende ante la sangre de sus heridas, cada vez, como ignorándolo todo. Teresa no sabe explicarse qué significa

aquella sangre que contempla extrañada. Los familiares la tranquilizan y no pueden lavarle los hombros ante el dolor que le produce, hasta que le sobreviene un extraño sueño que repara sus fuerzas.

Los estigmas se abren de repente sin dejar señales de inflamación. Y no van precedidos de ninguna mediación ni pensamiento especial por parte de Teresa. El capellán Fahsel comenta que, sincerándose con él, le dijo: «Los médicos me están preguntando todos los días si pasaba antes muchos ratos pensando en ello. Si me reconcentraba. Yo no hago esto. A uno le dije: Si comienzas a pensar un día tras otro en que eres un buey, ¿te salen por eso cuernos? También antes me lo pasaba siempre pensando en la Pasión de Cristo, y no me ocurrió nunca nada».

En una ocasión se hirió en una de las llagas y la inflamación apareció enseguida, pero sólo en aquel punto. Aplicando el remedio curó la herida producida, pero las llagas continuaron en la forma de siempre.

Cuando en Teresa Neumann termina la visión le sobreviene ese estado que hemos calificado de arrobamiento. Su cuerpo cae hacia atrás, y se mueve como los niños al ser molestados entre sueños. Su boca hace ademán de gustar y todo su rostro expresa desagrado o molestia. Permanece con los ojos cerrados, y aunque oye lo que se le habla, sólo contesta si se le pregunta expresamente. Con frecuencia el párroco le dice: «¿qué has visto...?». Y ella responde: «he visto al Salvador». Su rostro entonces expresa una gran alegría, o se manifiesta con miedo o temor si a Cristo lo vio en situación dolorosa.

Tan sólo después de las visiones y padecimientos más intensos se produce el estado de suma quietud, en el que el cuerpo permanece inactivo, mientras el alma, íntimamente unida con Dios, se mantiene en estrecha unión mística y, por tanto, en continua actividad de adoración. Este sueño es fenoménico en cuanto durante él cesan los dolores, se restablecen las fuerzas y su cuerpo, recuperando el peso perdido, se mantiene fresco y sano.

OTROS FENOMENOS DEL MUNDO DE LA MISTICA

En los estigmatizados, como en otros videntes, se ha dado el fenómeno de recibir la comunión sin sacerdote. Un ángel se aparece para darles la Forma. El fenómeno se produjo en Fátima y en otras apariciones de la Virgen, que por lo general van precedidas, a manera de preparación, de una o varias apariciones angélicas.

Maravilloso es también el pensar cómo Teresa Neumann, y con ella otros estigmatizados y videntes, se trasladaba a épocas pasadas para contemplar como testigo presencial señalados hechos históricos, y cómo recordaba cuanto había visto, y lo describía minuciosamente, dando detalles hasta de las formas y colores de los trajes. Admirable resulta la descripción que se conserva de la escena de la Transfiguración en el Tabor, que tuvo ocasión de contemplar en el año 1926; asimismo «vivió» en un 10 de agosto el martirio de San Lorenzo, comentando y reproduciendo frases que coinciden plenamente con lo que se refiere en las actas de los mártires, tanto en cuanto a las palabras que San Lorenzo dirigió a los jueces en latín —y que

Teresa reprodujo encontrándose en éxtasis—, como en cuanto a los detalles de la ciudad, emplazamiento del lugar del suplicio y gestos, expresiones y ropajes de los asistentes.

Procedimiento éste para vivir la historia pasada que nos hace comprender una propiedad más del cuerpo glorioso resucitado y de la que, sin duda, gozan los bienaventurados en la otra vida.

Otra particularidad de estos místicos es el fenómeno que los comentaristas denominan de sustitución mística, esto es, la posibilidad de adquirir para su cuerpo o su alma las dolencias y padecimientos que en aquel momento sufrían otras personas. Tan pronto conoce el místico, interiormente, que debe sufrir en sustitución de otro, pide la gracia al Señor e inmediatamente se trasladan a su persona los padecimientos de aquél, quedando así el enfermo automáticamente curado.

En todos estos fenómenos de sustitución no cabe hablar de sugestión alguna, pues no tiene explicación el que una persona sana pueda de repente adquirir todos los síntomas de una complicada enfermedad en grado avanzado, mientras cesan automáticamente en otra que lleva tiempo padeciendo. Se podrá, quizá, por sugestión, experimentar el mal del prójimo, pero no por eso queda libre el prójimo de su dolencia crónica. Por eso estos casos, históricamente comprobados, son nuevos argumentos que nos permiten comprender y afirmar el origen y la realidad de estos misterios que presentamos y la rúbrica divina que los avala.

Los estigmatizados son uno de los muchos medios que Dios emplea para facilitar a los hombres de hoy la misma comprobación que Cristo facilitó a los de ayer: la realidad tangible y visible para todas las generaciones de las llagas redentoras de su Pasión.

La humilde campesina de Konnersreuth, como tantos copacientes conocidos de diferentes épocas, como infinidad de cuerpos sangrantes ocultos a las miradas y al conocimiento del público, están llamando angustiosamente a la Humanidad, que abrazada al pecado insiste en negar cualquier poder que no sea el de la ciencia y la razón, resultando asombroso el ver cómo se entrega al progreso de la técnica, cómo trata de esconder, ocultar y desfigurar las realidades que no comprende. Pero la influencia satánica llega a más, llega a persuadir incluso a las almas más rectas de que estos fenómenos es mejor esconderlos y afirmar la fe sin creer en ellos. Como si éstos no fueran parte de los caminos por los que el Señor quiere alimentar y sostener la confesión de esa fe; fe que tanta importancia tiene para el hombre, en cuanto sin la ayuda de Dios no puede nada y, por tanto, en creer y adoptar la postura humilde y resignada del que cree, se encierra todo el secreto de su actuación. Teresa se lo dijo en éxtasis a un convertido, que ella llamó y le descubrió su vida para volverlo a la fe. «¿Qué debo hacer —decía el interpelado, excitado en su interior— para creer y agradar a Dios?» «Ya lo sabes —contestó—, el Salvador es quien lo hace. Por tanto, no necesitas hacer mucho. Yo he aceptado el padecer por ti. Tú procura tener buena voluntad».

Aquí está el secreto. Tener buena voluntad. El Señor sólo nos pide el disponer para aceptarlo. Solos no podemos nada. Reconozcamos nuestra pequeñez y hagámonos humildes, preparando la morada para que Dios venga, implorando insistentemente esta humildad y esta visita. El Señor escucha siempre la oración confiada y humilde. Lo demás lo hará El. Como dice en el Evangelio: «Lo demás se os dará por añadidura». Esta es la mejor disposición. El secreto de todos los triunfos. El «truco» para disponer del mejor amigo y de su influencia decisiva. No olvidemos que Dios es omnipotente, por lo que cualquier hombre debe decir: «Todo lo puedo en Aquél que me conforta...».

Vamos a ver ahora una serie de hechos extraordinarios al analizar la vida del P. Pío de Pietrelcina. Esos hechos pertenecen, ciertamente, a la historia carismática de la Iglesia, de esa Iglesia que rechazan tantos porque, como suelen decir, con mal disimulado orgullo, «les bastan los milagros del Evangelio». Pero la verdad no es ésta. Dios sabe que la Humanidad necesita constatar de cuando en cuando su fe y que hay muchos discípulos, al estilo de Santo Tomás, entre los seguidores de Cristo. Por eso lo carismático no puede ni debe rechazarse. Como no lo rechaza la Iglesia en el Concilio Vaticano II, donde al tratar sobre su constitución dogmática (capítulo II, número 12, párrafo 2.º) decía así: «El Espíritu Santo no solamente santifica y dirige al pueblo de Dios por los Sacramentos y los Ministerios y los enriquece con virtudes, sino que, distribuyéndolas a cada uno según quiere, reparte entre los fieles gracias de todo género, incluso gracias especiales con que los dispone y prepara para realizar una variedad de obras en provecho de la Iglesia. Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo.

Los dones extraordinarios no hay tampoco que pedirlos temerariamente, ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos de los trabajos apostólicos, sino que el juicio sobre su autenticidad y sobre su aplicación pertenece a quienes dirigen la Iglesia, a los cuales compete sobre todo «no apagar el espíritu, sino probarlo y quedarse con lo bueno». (I Tes. 5 - 19, 21)

Y aclarado este punto, que consideramos de insoslayable necesidad, damos por terminada nuestra introducción o presentación de lo que en sí representa el fenómeno de la estigmatización en general, para entrar en la historia más conmovedora de nuestro tiempo: el estudio de la vida y las obras del P. Pío de Pietrelcina, el primer sacerdote estigmatizado conocido, que ha ofrecido durante cincuenta años el misterio de su cuerpo herido por Dios a nuestra generación actual, desde su humilde celda del convento franciscano de San Giovanni Rotondo.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

LA VERDAD ANTE TODO

(Este capítulo, como todos los que integran la primera parte de este libro, fueron redactados antes del fallecimiento del P. Pío.)

HEMOS visto en la introducción algunos de los fenómenos que caracterizan el proceso de la estigmatización en general, para poder así, debidamente orientados, entrar en el estudio de la vida del P. Pío, esa vida que es un misterio del cielo hecho realidad para los hombres de nuestra generación.

El P. Pío entraña en sí una llamada de lo alto dirigida a nosotros. Por sus venas corre la sangre de un estigmatizado, estigmas que, a la manera de Cristo, Dios abre en la carne humana de seres privilegiados. Las llagas del P. Pío, abiertas milagrosamente, son una reproducción exacta y auténtica de las llagas de Jesús; su sangre, a juzgar por las manifestaciones de los videntes cuando entran en trance, responde a una transformación que recuerda el misterio de la Eucaristía. «Esta no es sangre mía», decía Teresa Neumann en uno de sus éxtasis. A través del P. Pío, Cristo en persona actúa y nos manifiesta el alcance de su omnipotencia.

Sus manos, atravesadas y configuradas a la manera de las manos del Hijo de Dios, acarician a la vez, como manos de sacerdote, el pan de la Eucaristía. En un proceso de doble transformación, el P. Pío se ofrece como víctima, que el cielo acepta, e identificado con Cristo renueva en sus carnes la angustia de su Pasión y ofrece al Padre el sacrificio del Hijo. Profundo misterio incomprensible de expiación y de amor, centrado en un solo objetivo: la redención humana; nuestra salvación eterna.

Pero donde Dios se manifiesta, el diablo actúa también. Y cuanto más espectacular y maravillosa es la actuación del cielo, más descaradas e intensas son también las maniobras del infierno.

En este libro haremos un resumen histórico del caso más apasionante de la mística contemporánea en su doble vertiente, positiva (manifestaciones maravillosas de Dios) y negativa (confusionismo, embrollo y persecución diabólica). Como un muñeco de trapo, ofrecido en generoso holocausto, el P. Pío aparece, en su función de víctima, movido por el cielo

y zarandeado por el infierno. Nosotros nos limitaremos a nuestra función de meros biógrafos. Relataremos hechos probados e indiscutibles. Daremos nombres y señales. Acusaremos con sinceridad y con valentía. Vivimos una hora demasiado crítica y peligrosa para fórmulas de diplomacia y disimulo. La persecución injusta, premeditada, satánica, contra la persona y la obra del P. Pío ha sido instrumentada por altas dignidades de la Iglesia. Pero no por eso echaremos tierra encima. Porque hoy día es necesario, más que nunca, eludir la trampa y el engaño. Hoy día el mundo vive el más peligroso momento de su historia y necesita agarrarse con todas sus fuerzas a la verdad clara y desnuda.

Para nadie es un secreto que la Iglesia, atacada por el enemigo desde dentro, como dijo Lenin cuando prometió introducir a sus secuaces en los seminarios, está viviendo un momento de peligrosa crisis y de gran confusión. Que esto se hizo así lo estamos viendo actualmente, a juzgar por los frutos y las actuaciones de un sinfín de sacerdotes, que han llevado a la Iglesia a un estado de verdadera confusión. El movimiento Pax de Polonia sabemos que es una organización nacida al servicio de esta idea satánica. De aquí que hayan resultado una realidad aquellas profecías que hablan de «muchos sacerdotes, obispos y cardenales irán por el camino de la perdición», y de que llegará un momento en el que «cardenales se enfrentarán contra cardenales y obispos contra obispos, porque Satanás habrá alcanzado las más altas cimas de la Jerarquía».

También dentro del aula conciliar ha sido tema de entredicho y contradicción la maternidad divina y humana de María. También la Señora es perseguida en esta hora del poder de las tinieblas. Pero en tal disyuntiva la torpe, inmoral e injusta actitud de altos dignatarios de la Iglesia no tiene por qué confundir a los fieles ni manchar a esa Iglesia de Cristo que capitanea el Papa, peregrino de Fátima.

La importante función que el cielo ha encomendado al P. Pío se pone de manifiesto a través de ese fenómeno, hoy universal, de las apariciones marianas. Ignoramos lo que se prepara, pero sí podemos decir que en la mayor parte de las apariciones de la Virgen, en esta época crítica para la historia de la Humanidad, interviene directa o indirectamente, con la Señora, el P. Pío y el Arcángel San Miguel, y en muchas de ellas se da como señal o contraste destinado a avalar el origen sobrenatural del proceso una reproducción del milagro del sol de Fátima.

Al escribir este libro creemos que estamos defendiendo una causa justa. Y por extraña paradoja la mayor parte de las personas que han roto una lanza en favor del santo estigmatizado no son hijos espirituales suyos ni pertenecen a su mundo. Por lo general, militan en esa gran escuadra de hombres que viven dentro del mundo pecador, a quienes desconcierta la

santidad, a la que consideramos incómoda y molesta. Pero sabemos que él está rogando por nosotros, que en función de pararrayos contra la ira divina está ofreciendo en nuestra defensa el sacrificio de sus oraciones y la sangre de sus estigmas, y por eso defenderlo lo consideramos un acto de justicia y, a la vez, un deber de gratitud.

A LOS PIES DE PABLO VI

A pesar de haber publicado varios libros sobre temas de mística y de apariciones marianas, nos consideramos profanos en la materia. No somos teólogos, ni médicos, ni especialistas en religión. Pero hemos llegado a ver y conocer hechos que han despertado nuestra gran fe en ese mundo de la vida sobrenatural; presentimos la realidad de lo incomprensible y las circunstancias providenciales nos han llevado a enterarnos de noticias y sucesos que merecen difusión.

Hacemos nuestras las palabras de Chiocci-Cirri, en su obra «El P. Pío, historia de una víctima», donde dice: «Es demasiado cómodo ver y fingirse ciego; es demasiado fácil escuchar y fingirse sordomudo. Porque sabemos cosas de interés para la Humanidad, tenemos que hablar y tenemos que escribir. Y alguien tiene que decir que determinadas dignidades de la Iglesia, al perseguir y renegar del P. Pío, están renegando y persiguiendo a la misma Iglesia».

Esta obra se la dedicamos a Su Santidad el Papa Pablo VI, Capitán de la Iglesia de Cristo, llamado a defenderla y protegerla y a evitar con su autoridad que miembros de la Jerarquía, sometidos a su dirección y gobierno, se dediquen a colocar clavos de hierro en las llagas que el cielo abrió milagrosamente en el cuerpo de un pobre fraile que ofreció su vida, imitando a Cristo, su modelo y su Dios, por la salvación de la Humanidad. A él dedicamos el fruto de este trabajo, meramente informativo, con el testimonio de nuestra sumisa devoción.

LAS CIRCUNSTANCIAS JUSTIFICAN UNA INFORMACION LEAL

Lo que repugna y cuesta decir, cuando existe el deber de conciencia de hablar, debe decirse cuanto antes. Así evitamos correr el riesgo de acobardarnos en el último momento.

Este es el consejo que suelen dar los confesores a los penitentes que sienten vergüenza o repugnancia hacia ciertos detalles de su confesión.

Por eso nosotros, de entrada y antes de hacer un breve resumen biográfico del P. Pío, queremos adelantarle al lector ciertas noticias: Contra el P. Pío se urdió un doble proceso amaestrado. El primero dirigido por un arzobispo y varios monseñores de vida frívola, a quienes estorbaban los prudentes consejos que el P. Pío, en su ineludible función pastoral,

tenía que dar a determinadas penitentes, dificultando con sus amonestaciones la «dolce vita» privada y oculta de los citados dignatarios de la Iglesia. El segundo fue movido por ciertos capuchinos, encabezados por el obispo de Padua, monseñor Bortignon, que se encontraron envueltos en sucios negocios terrenos y vieron en la incautación de las obras del P. Pío —y especialmente de la casa de Sollievo della Sofferenza— y de las limosnas que diariamente llegaban para el sostén y desarrollo de las mismas, a través de una correspondencia de más de mil cartas diarias, un medio fácil de sacar adelante sus dificultades de Tesorería y salvar su responsabilidad en determinadas «estafas» que se produjeron a la sombra del famoso caso Guiffre, presentado ante el pueblo fiel como «el banquero de Dios».

La persecución se centró en el P. Pío, que fue tachado de conspirador, inmoral, maestro de falso misticismo, rebelde e instigador de los fieles contra la Jerarquía, hereje y responsable de una situación de cisma dentro de la Iglesia, etc. Y de todo esto le acusaban cuando los propios acusadores, sus superiores y Hermanos habían infringido, como veremos después, toda clase de leyes divinas y humanas...

La persecución se extendió después contra los sacerdotes e hijos espirituales del estigmatizado y contra cuantas personas integraban los llamados «grupos de oración» o colaboraban con ellos en las obras apostólicas que el P. Pío había inspirado, muchas de las cuales fueron objeto de excomunión y perseguidas con satánico furor. Y para llevar adelante sus inconfesables propósitos, no dudaron en emplear todos los medios incurriendo en sacrilegio, y entre ellos destaca el haber violado el secreto de confesión, colocando micrófonos y magnetofones en la celda, en la sacristía y en el confesonario del P. Pío, a fin de enterarse de cuanto éste hablaba con sus penitentes: **Hecho escandaloso e insólito en la historia de nuestra religión.**

¿Se deben sacar a la luz pública sucesos de esta naturaleza?

Entendemos que sí, porque en tal sentido se pronuncian los más destacados teólogos y moralistas de la Iglesia. Como dice en su «Compendio de Teología Moral» (págs. 334-335), el capuchino P. Eiberto Jons, «por el bien del público es lícito indagar y revelar las faltas ocultas; se pueden criticar y publicar los defectos cometidos por funcionarios en ejercicio de su misión y revelar las faltas de personajes vivientes o de personas difuntas para que la historia, maestra de la vida, preserve a la sociedad y a cuantos en ella viven de equivocaciones semejantes».

En parecidos términos se expresa el P. Teodorico de Torre del Greco cuando afirma («Teología Moral», págs. 420-429) que «para el bien público o privado es lícito manifestar los defectos de otros. Así, se debe

manifestar a los superiores el pecado oculto de un cofrade para que se corrija y no corrompa a los demás; se debe denunciar el verdadero culpable cuando se está desacreditando o responsabilizando a un inocente; es lícito al historiador descubrir delitos ocultos para un buen fin, como puede ser el demostrar el gobierno providencial de los acontecimientos humanos, sirviéndose de hombres indignos, etc., es lícito, por último, publicar los delitos que una persona comete en perjuicio del Estado o de un tercero...».

Y el P. Hermes Peeters, O. F. M. («Manual de Teología Moral», página 329 y siguientes), afirma que «cuando es necesario salvar la fama de un inocente no sólo es lícito, sino que entraña un deber de conciencia señalar la causa de la calumnia y denunciar a los calumniadores. Con ello se incurre en un acto de justicia y no de escándalo. Se obedece a una ley fundamental, cristiana y de naturaleza favorable y no perjudicial a las prescripciones de la Iglesia».

A todos estos testimonios añadiremos como colofón las palabras del Papa Pablo VI, en su discurso pronunciado en septiembre de 1968, quien decía que «era necesario denunciar el mal no por el hecho de denunciarlo, sino para lograr la corrección fraterna».

También es cierto que este deber de denunciar sólo ha de extenderse a decir lo necesario para la defensa del inocente o perjudicado, sin recargar las tintas ni perjudicar al responsable más de lo necesario. Hablaremos, pues, con sinceridad, pero también con prudencia y sólo llevaremos nuestra palabra hasta el límite justo de lo indispensable para ejercer la defensa y esclarecer los hechos en litigio.

EL LLAMADO LIBRO BLANCO

Los defensores del P. Pío se han visto en la necesidad, ante lo inicuo de la persecución, de redactar un libro blanco, con el propósito de presentarlo ante la Comisión de los Derechos del Hombre, instituida por la O. N. U. El libro fue completado por el informe de uno de los abogados más notables en el campo del Derecho Internacional, Jean Lalive, de Ginebra. Pero no llegó a presentarse ante la Comisión de la O. N. U. Sabemos que a raíz de su preparación se frustró la tentativa por intervención de varias personas, que en nombre de los perseguidores formularon toda clase de promesas en orden a garantizar la rectificación del camino emprendido y de asegurar la libertad del Padre, promesas que no cumplieron.

En honor a la verdad debemos decir también que, no obstante la actitud de algunos príncipes de la Iglesia con sede en Roma, Su Santidad Pío XII dio un rescripto en fecha 4 de abril de 1957. liberando al P. Pío del voto de pobreza y adjudicándole las acciones de su principal obra,

«La Casa Solievo della Sofferenza» (Casa Alivio del Sufrimiento), para proteger al estigmatizado contra las intrigas y maniobras que se montaron en su persecución. El hecho es significativo y merece también adelantarse a nuestra información antes de entrar en el desarrollo de esta apasionante historia.

Asimismo es interesante saber que el actual Pontífice, Pablo VI, ha manifestado repetidas veces su afecto y especial predilección hacia el P. Pío y, asumiendo la postura que caracterizó a Pío XII, le dio autorización, nuevamente, al capuchino perseguido, para impartir en su nombre la bendición papal; significativa concesión para la esperanza de todos sus seguidores.

Con Chiocci-Cirri creemos que cuando el Pontífice conozca con exactitud alguna de las cosas que se hicieron contra este humilde devoto servidor de la Iglesia, elegido por el cielo para tan trascendental misión, habrá sonado en la historia de San Giovanni Rotondo la hora de la justicia y de la verdad.

OBJETIVO DEL LIBRO

De todo lo expuesto se desprende que denunciar, informar, propagar la injusticia cometida con un hombre excepcional es el principal objetivo de este libro.

Con él aspiramos, si no a lograr que la justicia resplandezca, sí al menos a cargar de responsabilidad la conciencia de quienes pueden y deben aplicarla. Porque si después de este clamor universal a favor del P. Pío, que se está levantando por todos los rincones del mundo, las cosas siguen como están, se habrá puesto de manifiesto la inutilidad de organismos, instituciones y autoridades en quienes la Humanidad todavía confía. En defensa del prestigio de instituciones sagradas, pedimos y confiamos en el restablecimiento de la verdad. E invocamos el apoyo de todos, pues si es verdad que se peca por acción, también es cierto que existe responsabilidad y pecado en la omisión. Y el abstenerse, el inhibirse, el encogerse de hombros y mantener por comodidad el «statu quo» es una forma también de contraer responsabilidades y de delinquir.

El 20 de septiembre de 1968 se cumplía el cincuentenario de los estigmas del P. Pío. Este libro pretendía salir en esa fecha, para tributar con él al mismo tiempo un modesto homenaje de gratitud y fe a ese pobre fraile, humilde, sencillo, anciano, cansado, cubierto de llagas, perseguido satánicamente por los hombres, en el que se da un misterio excepcional y una condición trascendente y única: sus llagas son una reproducción exacta de las llagas de Cristo y se abrieron milagrosamente para renovar a través del tiempo la sublime e incomprensible oblación del Hijo de Dios.

De antemano hago constar que para la defensa que pretendo hacer como abogado, tropiezo con una seria dificultad. Todo el proceso está centrado en la figura de un hombre que no habla, de un hombre que rehúsa defenderse y no quiere dar testimonio de la verdad. Cuando el superior se lo pide, el silencio se rompe, pero se rompe para decir por obediencia y en defensa del prestigio de su Orden y de la Religión lo que no es cierto: **que nunca ha sido perseguido**. Este libro pondrá de manifiesto la heroica y piadosa mentira del P. Pío. El santo estigmatizado no reconoce la persecución como un castigo, porque los sinsabores y los sufrimientos que lleva esta persecución aneja, para el P. Pío son una prueba de predilección celestial que le brinda oportunidad de acumular méritos ante los ojos de Dios.

Pero nosotros somos pecadores y entendemos mejor el lenguaje de la tierra que el del cielo. Por eso, frente a la actitud resignada del P. Pío, nosotros, simples humanos cargados de defectos, proclamamos nuestra verdad y protestamos contra la injusticia, y eludiendo posturas de santidad y heroísmo, que somos incapaces de adoptar, decimos y escribimos y formulamos un **no** rotundo y claro; frente a cuanto se ha hecho con el P. Pío de Pietrelcina: ese fraile que vive esperando justicia, clamando por la justicia y ofreciendo sus sufrimiento porque resplandezca la verdad. ¿Lo consigue en vida...? ¿Será después de muerto...? Decimos esto porque existen unas palabras proféticas del fraile que aseguran «que de sus cenizas saldrá la luz...». Pero nosotros intentaremos desde este momento defender su causa y defenderla con cuantos medios disponemos para ello.

Y que el cielo nos perdone si por movernos a ras de tierra, en este único ambiente ruin y pecador que conocemos y somos capaces de entender, nuestra postura resulta de puro humana, inadecuada al estilo y a la sublimidad de la figura que constituye el tema y objeto de nuestro estudio.

CAPITULO II

COMIENZA LA HISTORIA

LA vida del P. Pío fue excepcional desde su infancia. Su nombre, Francisco Forgione. El ambiente en que vive es triste y de digna indigencia. Su padre emigra a América para intentar resolver el problema económico de la familia. Mientras tanto su madre se hace cargo de la administración de los campos.

El futuro P. Pío nace en Pietrelcina, provincia de Benevento, a las cinco de la tarde del día 25 de mayo de 1887. Pertenece a una familia de siete hermanos.

La familia Forgione no tenía casa. Su padre, Horacio de nombre, disponía de varias habitaciones sueltas situadas en la misma calle. En el número 28 se encontraba la sala común o comedor; en el número 1 la habitación en que vivió el futuro capuchino hasta que se trasladó al convento.

«En mi vida he jugado», dirá un día recordando aquellos sus primeros años de la infancia. Por cinco liras al mes va a la escuela con un maestro enemigo de toda creencia religiosa. Se trata de un sacerdote que había colgado los hábitos y vivía en régimen de concubinato. Un adivino de su pueblo le profetizó un día a nuestro protagonista que «sería un hombre bueno, arrastraría a muchas gentes tras de sí y viviría muchos años...». Aquel extraño vaticinio se ha cumplido fielmente.

Desde muy pequeño sintió la inquietud religiosa y la necesidad de salvar almas. Su primer converso fue precisamente el sacerdote aquel que había colgado los hábitos, a quien debía sus primeras lecciones de latín y también sus primeras bofetadas. Con fervor de iluminado le habló y convirtió en su lecho de muerte.

Esto ocurría en el curso de su servicio militar, durante uno de aquellos numerosos permisos que le daban para convalecer de su estado permanente de enfermo. Al pasar por la casa donde vivía el antiguo maestro, encontró en el umbral de la puerta a una niña llorando. Su padre agonizaba

abandonado de Dios y de los hombres. Francisco no pudo resistir la tentación y acudió a consolarle. Arriba estaba la mujer, la mandó a la cocina y entró en la habitación. Lo que pasó entre ellos no se sabrá nunca. Salvo que lo consoló con sus palabras y murió en sus brazos.

Su inquietud religiosa y su extraordinaria piedad se manifestó en él desde los primeros años. La madre le sorprendía con frecuencia durmiendo en el suelo, con una piedra como almohada. El oír una blasfemia le llenaba de dolor y tenía que huir para esconder su llanto y su amargura.

A los once años se ofreció a Dios y a su Patrono, San Francisco, de quien llevaba el nombre. ¿Cómo le había surgido este deseo? Hay quien afirma que influyó en él un hecho sorprendente que tuvo ocasión de presenciar en compañía de su padre. Fue en el año 1896. Tenía, por consiguiente, nueve años. Horacio entró con su hijo en una iglesia, donde encontraron ante un altar a una madre con un hijo deforme en brazos. La madre pedía desgarradamente la curación milagrosa de su hijo. Horacio quiso salir, huyendo de aquella dolorosa escena. Pero el futuro P. Pío no le dejó. La mujer, desesperada, después de implorar la curación, tomó el niño y lo arrojó al aire sobre la imagen, diciendo: «Cúralo o haz con él lo que quieras». El niño cayó pesadamente sobre el altar y al recibir el golpe quedó curado. Aquel hecho produjo una gran impresión, tanto en Francisco como en su padre.

A juzgar por la correspondencia que se conserva del P. Pío con su confesor, los dones carismáticos los recibió desde muy pequeño. Con frecuencia tenía visiones de la Santísima Virgen y de su Angel custodio.

La gran sensibilidad de su alma y la impresionante debilidad de su cuerpo, sorprende a su padre, que comprendiendo, un día que le acompañaba con el ganado, que no servía para las labores del campo, decidió autorizarle a fin de que entrase en un convento. «¿Pero de dónde sacaremos el dinero?» —le preguntó.

«Iré a Nueva York y ganaré para atender a tus estudios y a tu salud.»

Mientras, los primeros rudimentos de latín se los enseña el sacerdote exclaustrado a que hemos aludido anteriormente. Sus lecciones fueron un fracaso. A Francisco no le entraba nada. Era incapaz de comprender sus explicaciones. El maestro se dio por vencido y comunicó a los padres de Francisco su fracaso. La madre no entendía lo que pasaba con el maestro, pues sabía que su hijo era inteligente. Intentó sonsacarle, y obtuvo una respuesta clarísima para aquella madre que ya empezaba a comprender a su hijo: «Mi inteligencia será corta, le dijo, pero su corazón es malo. Por eso no puedo aprender nada». Aquella fue la primera manifestación de ese don carismático, de penetración de conciencias, que ha hecho acudir a su confesonario a tantos penitentes ilustres, procedentes de muy diver-

sos países. ¿Cómo pudo captar el estado de conciencia de su maestro, lo que le producía un horror incompatible con escucharle cuando le hablaba?

Abandonado por el maestro, su sueño de entrar en el colegio seráfico de los Capuchinos se había desvanecido. El padre, en cambio, no admite el fracaso de su pequeño y decide su viaje a América. Desde allí enviará el dinero que pueda. Mientras tanto, la madre, tras las breves lecciones de catecismo que le explica un campesino amigo de la casa, busca para su hijo un segundo maestro. Al fin lo encontró, pero éste se niega a aceptarlo como alumno. Después del fracaso de su antecesor, mejor preparado que él, según decía, el nuevo maestro rechaza el encargo. Pero la madre le insiste y fuerza, consiguiendo así su conformidad para hacer una simple prueba. Los resultados son sorprendentes. Las lecciones del nuevo profesor las asimila Francisco con inesperada facilidad. El maestro no sale de su asombro. Pero un día tiene que castigar a Francisco, porque una niña ha recibido una carta con un pensamiento inocente de amor. Con la carta en la mano fue sorprendida por el profesor. Cuando preguntó por el autor de aquella misiva, un niño se adelantó y acusó a Francisco Forgione. Este enrojece ante la acusación, pero calla. El maestro le recrimina duramente su comportamiento sin que el niño se disculpe. El verdadero autor siente entonces crecer sus remordimientos y acaba confesando su falta.

Aquel maestro tampoco llevaba una vida ejemplar. Había perdido la fe. Se conservan cartas del Padre en las que le escribe, una vez ordenado sacerdote, y le dice que reza por él a todas horas.

Era muy joven cuando se manifestaron los síntomas propios de su delicada salud. Con frecuencia el termómetro denunciaba altas fiebres. Los médicos le reconocen y le encuentran varias anomalías y entre ellas los pulmones tarados.

También desde muy joven —tenía once años de edad— siente la misión extraordinaria para la que es llamado por Dios. En una carta que se conserva, de fecha 18 de agosto de 1918, esto es, un mes antes de recibir las llagas visibles, el P. Pío escribía en su diario aludiendo a aquella época: «Sentía dos fuerzas que chocaban dentro de mí y me desgarraban el corazón. El mundo me quería con él, pero Dios me llamaba a una nueva vida. El solo recuerdo de la lucha que se realizó dentro de mí hiela mi sangre. Mas mis enemigos, que son los Tuyos, seguían tiranizándome, dislocándome los huesos y retorciéndome las entrañas. Al fin apareciste Tú y ofreciéndome tu mano omnipotente me has llevado adonde me llamabas. Desde entonces has confiado a tu hijo **una misión grandísima**, que sólo Tú y yo conocemos. Sí, íntima y frecuentemente escucho tu voz que me exhorta: "Santificate y santifica a los demás..."».

Desde entonces el destino del P. Pío quedó trazado para siempre. Su vida fue de una perfección heroica, como ponen de manifiesto los documentos fotocopados que incluimos en esta primera parte del libro, con las traducciones respectivas y breves comentarios aclaratorios.

A los citados comentarios remitimos al lector.

EN EL NOVICIADO

El 6 de enero de 1902 fue admitido en el noviciado de los frailes capuchinos de Morcone, donde profesó el 22 de enero de 1903, pasando después al noviciado de Sant'Elia de Pianisi.

Dos casos existen que prueban el grado de virtud y ejemplar comportamiento del joven novicio. El primero tuvo lugar en el convento, cuando su padre le visitó después de muchos años de ausencia, al regresar de América. El maestro de novicios le acompaña en la visita y observa que aquél no levanta los ojos del suelo. La verdad es que había recibido a su padre sin mirarle, para cumplir la recomendación de recoger la vista y llevar siempre los ojos bajos. El maestro de novicios se dio cuenta de aquella actitud, tan fuera de lugar en aquel caso excepcional, y le autorizó a que levantara la vista.

El otro caso ocurrió en su casa, con su madre. Después de varios meses de noviciado le preguntó por las características del país donde se encontraba el seminario, y dijo que las ignoraba por completo, pues la verdad es que aunque había salido de paseo varias veces, fue siempre con los ojos clavados en el suelo, y sin lograr ver nada del ambiente en que vivía.

Con justicia, pues, los superiores calificaron la conducta del joven novicio diciendo: **No se le conoce falta.**

Pronto aparecieron a la vista del maestro de novicios las anomalías propias de aquella alma excepcional y de aquel cuerpo llamado a vivir místicamente clavado en la cruz del Señor, consumido en un fuego devorador para rescatar almas del infierno.

Se dio cuenta de que aquel novicio vivía sin tomar alimento, sostenido solamente por la comunión. El maestro de novicios se resistía a creer la verdad de aquel misterio, y para comprobarlo le prohibió comulgar. El H. Pío obedeció fielmente, pero se sintió morir. Ante los resultados, el maestro suprime la prueba y el futuro estigmatizado recobra sus fuerzas alimentándose con el cuerpo de Cristo.

Pronto surgen las persecuciones diabólicas, especialmente por la noche. Los frailes oyen el estépito de su celda, comprueban al día siguiente los papeles rotos, la tinta derramada, las ropas de la cama por el suelo... Sobre su cuerpo aparecen también los magullamientos y los cardenales de aquella lucha inconcebible.

Una noche de caluroso verano, nuestro fraile no puede dormir. Su celda está contigua a la del H. Anastasio, y claramente escucha unos pasos de hombre recorriendo repetidas veces la habitación. Piensa que al H. Anastasio le ocurre lo mismo que a él. «Noche de insomnio para ambos», comenta en su interior. Y decide salir a la ventana y llamarle para charlar un rato. Pero al asomarse contempla algo que le hiela el corazón: un monstruoso perro negro de gran tamaño, clava sus ojos desorbitados sobre el pobre fraile y, dando un aullido impresionante, salta por la ventana y desaparece en la oscuridad.

Otro día llama a la puerta de su celda el P. Agostino, director espiritual con el que mantiene correspondencia por vivir en otro convento. El H. Pío lo recibe alborozado, aunque pronto encuentra algo raro en su mirada. Su sorpresa crece cuando le escucha las razones de su presencia: empieza por reprenderle suavemente y acaba diciéndole que no tiene condiciones para sacerdote y menos todavía para capuchino; que dado además su estado de salud debe abandonar su vocación temporalmente. Aquellas palabras no se parecían en nada a los prudentes consejos que el mismo Padre le había dado en su relación epistolar. Una sospecha cruza por su mente y, sin abandonar su compostura de humildad y amable comportamiento, le ruega implorar juntos la ayuda del cielo gritando: ¡Viva Jesús! El extraño fraile, que había adoptado la figura del P. Agostino, se resiste. El H. Pío sigue rogando y en voz alta pronuncia santas invocaciones... y al fin aquel extraño personaje da un grito y desaparece como por arte de encantamiento, dejando tras sí un pestilente olor...

El hecho comprendo que despierte la desconfianza de muchos. Pero está probado por una carta dirigida a una monja, donde recomienda que rechace como una tentación el esperar ninguna aparición celeste, pues el enemigo puede aprovecharse de esta disposición, para confundirla y hacerle caer. «El es capaz —dice— de presentarse hasta disfrazado de capuchino y con el rostro del más querido amigo. Lo sé por experiencia».

Las enfermedades seguían minando su cuerpo. Según los médicos corre el peligro de perder la vista. En sus cartas al confesor expresa reiteradamente el motivo de sus preocupaciones: teme no alcanzar su deseo de ser ordenado sacerdote. Como una gracia especial pide el privilegio de que le adelanten su consagración sacerdotal, lo que obtiene tras haber hecho, por cierto con una gran fiebre, los exámenes de teología en Benevento. Era el 10 de agosto de 1910.

El día de su ordenación sacerdotal redactó de su puño y letra las siguientes estrofas que pierden su cadencia al traducirlas:

*Jesús, mi aliento y mi vida.
Hoy que tembloroso te eleva
en un misterio de amor,
sea contigo, para el mundo,
camino, verdad y vida...
Y para ti, sacerdote santo
y víctima perfecta...*

P. PIO (capuchino)

VUELVE A SU CASA

Una vez ordenado sacerdote, se le envía a respirar los aires natales de Pietrelcina.

Su estado de salud es cada vez peor. Siempre está enfermo y los compañeros de ahora, como aquellos otros del noviciado, rehúyen su presencia, temiendo ser contagiados.

También su tío, el arcipreste don Salvador Pabullo, en cuya parroquia celebra unas misas larguísimas, adopta frente a él toda clase de precauciones higiénicas. Tenía un cáliz sólo para él y ornamentos reservados en exclusiva. Así transcurren los años que van del 1910 al 1916, años de intensa y dramática correspondencia con sus dos directores espirituales: el P. Benedetto de San Marco y el P. Agostino.

A la sombra del arcipreste don Salvador, que estaba al corriente de los dones excepcionales del Padre, vive aquellos años actuando prácticamente como vicario de su pueblo. Voluntariamente se somete a la disciplina y obediencia de don Salvador. Hasta sus cartas de dirección espiritual se las entrega antes para que las lea o al menos le dé permiso de hacerlo. En una ocasión don Salvador abre el sobre y aparece un pliego en blanco. «El P. Agostino —comenta— se ha confundido de sobre.» Pero el P. Pío le dice que no. «El enemigo me ha gastado una mala pasada. Esta es su carta y sé lo que en ella me decía.» Y ante el asombro de don Salvador, el P. Pío le explica el contenido de la misiva, que después tiene ocasión de comprobar escribiendo y contando lo sucedido al P. director.

Otra vez, toda la cuartilla aparecía con un gran manchón de tinta negra. Don Salvador coge el hisopo, lo rocía con agua bendita y la inconfundible caligrafía del P. Agostino aparece clara y nítida.

En uso de su don de profecía le anunció a don Salvador que un convento capuchino se establecería en Pietrelcina más adelante. Y, en efecto, el vaticinio se cumplió en el año 1926.

Las misas se prolongan a veces más de lo debido, dado sus arrobamientos místicos. Don Salvador tuvo que recurrir a comunicarle mentalmente la orden de proseguir la misa, cuando se paralizaba ensimismado en su oración. Posteriormente le dio la llave de una capilla arruinada y

solitaria para que celebrase allí sus interminables misas al margen de la curiosidad pública.

En una ocasión fueron a buscar al arcipreste precipitadamente diciéndole que el fraile había muerto en la iglesia. Don Salvador acudió presuroso y se lo encontró inmóvil, caído en el suelo, tras el altar. Pero enseguida comprendió que no le ocurría otra cosa sino que se encontraba en éxtasis.

En esta época se conocían ya las pruebas de elevado heroísmo místico: el fuego que encendía su corazón, como le ocurrió a Catalina de Génova, a Santa Gemma Galgani, a San Felipe Neri, etc. (véase fotocopia); las luchas con el demonio a que aludimos en la fotocopia correspondiente; las apariciones celestiales del Señor, su Ángel custodio y la Virgen Santísima que en alguna ocasión le acompañó hasta el altar...

Por todos ellos podemos calibrar lo inefable de sus consuelos, pero también la dureza de las pruebas terribles que templaban su alma de excepcional apóstol.

En el año 1914 el P. General decidió no prolongar por más tiempo su dispensa y obligarle al P. Pío, ante su estado de salud, a ser secularizado. Los superiores, que conocen la verdad de lo que ocurre con aquel santo fraile, influyen en su favor y logran convencer al General, quien suspende la orden de momento.

En este período, y a la vista de sus continuas dolencias y sufrimientos, decide darle un sentido sobrenatural a su vida, ofreciéndose como víctima por la humanidad. Con ansia de sufrir pide para él los males físicos que quiere quitar a los demás. A partir de este momento entra por las vías del más alto misticismo y adquiere conciencia plena de su misión sobrenatural. «El Señor —escribe con fecha 20 de mayo de 1912— me deja vislumbrar claramente, como en un espejo, mi vida futura, que no será otra cosa que un continuo martirio».

EL P. PIO EN EL EJERCITO

Su misticismo, sus sufrimientos y sus numerosas dolencias no le permiten eludir el servicio militar.

En 1914 es llamado a filas; a principios de 1915 predice la entrada de Italia en la guerra; el 14 de septiembre de aquel año recibe los estigmas invisibles, o mejor dicho se hace pública la realidad de estos estigmas, que a juzgar por ciertas cartas se manifestaron por primera vez en el año 1910, cuando tenía veintiséis años. Eran invisibles en cuanto no se habían abierto las llagas, pero con frecuencia los puntos dolorosos presentaban unas manchas rojizas fáciles de distinguir a simple vista. En la cabaña, cubierta de paja, que se había construido en un pedazo de tierra, propiedad de su familia, donde se aislaba para rezar y sentirse arrebatado

do en éxtasis, oculto a miradas ajenas, es donde se reveló por primera vez aquella estigmatización invisible, hecho que conmemora una pequeña capilla levantada en dicho lugar.

El día 6 de noviembre de 1915 se incorpora al centro militar de Bena-vento, de donde parte a su destino, ingresando el 10 de diciembre en un regimiento de Sanidad de Nápoles. A los ocho días se le excluye temporalmente del servicio por razones de salud, volviendo a Pietrelcina, donde reside desde el mes de diciembre de 1915 al de febrero de 1916. Su función como enfermero en el ejército se hacía imposible para quien, en aquel centro sanitario, resultaba ser siempre el enfermo más grave.

La guerra ha despoblado los conventos. Por eso su presencia es necesaria en la Orden, donde se hace cargo de la dirección espiritual de los jóvenes del colegio seráfico.

A partir de este momento su vida transcurre en San Giovanni Rotondo. Pero su expediente de servicio ha sufrido un extravío burocrático y es considerado desertor. Reclamado por vía militar, vuelve a Nápoles, donde la confusión se aclara.

La acusación era ciertamente grave: desertor en tiempo de guerra. Pero el Padre enseñó su permiso de seis meses hasta nueva orden y la orden nueva no la había recibido hasta aquel momento. El oficial comprueba el hecho y, después de declarar la inocencia del acusado, sobresee el expediente. Le envían a un nuevo reconocimiento médico. El comandante, sin estudiar su caso ni recibirlo siquiera, le declara útil para servicios de retaguardia. Y en el mes de agosto del año 1917 se incorpora a filas hasta finales de noviembre en que lo licenciaron. El uniforme militar lo vistió durante cien días escasos (1).

Muchas veces recordará esta época con verdadero terror. Durante aquellos días de vida en el cuartel fue objeto de las burlas continuas de sus compañeros, víctima de toda clase de novatadas y ofensas, realizando los trabajos más indignos y siendo ofendido y molestado por cuantos convivían con él. A todo este trato hay que añadir el sufrimiento de sus estigmas invisibles, de sus dolores de tórax y cabeza permanentes y de las blasfemias y comentarios groseros que llegaban continuamente a sus oídos. Por otra parte, lleva ya tiempo que apenas come ni duerme. Su vida de cuartel es, pues, una auténtica vida de calvario. Pero al fin es declarado inútil y licenciado definitivamente. Las fichas clínicas de los reconocimientos a que fue sometido el P. Pío en los diferentes hospitales de Nápo-

(1) El P. Pío pasó por el ejército con el número de matrícula 209.425. Su servicio duró dos años, cuatro meses y once días. Los permisos reglamentarios sumaban más de veinticuatro meses. Los cuatro meses y once días restantes los pasó en su mayor parte en el hospital militar.

les se hicieron desaparecer, por orden superior, en el mes de septiembre del año 1943.

En la lectura de sus cartas íntimas de esta época ya se relatan las medievales y para el hombre de mundo incomprensibles luchas con Satanás. Contra el P. Pío se lanzan, desde muy joven, las legiones del infierno. La descripción de los tormentos que le hace vivir y de las visiones que torturan su mente y su cuerpo, recuerdan los impresionantes relatos del santo cura de Ars. Como éste decía: «Los amigos predilectos de Dios son siempre los que mejor conocen al diablo».

CAPITULO III

LOS ESTIGMAS

Y A hemos visto cómo antes de ser licenciado, al P. Pío lo mandan a descansar a su casa. El comprende que quieren decirle: «es mejor que muera fuera del hospital».

La verdad es que los médicos estaban desconcertados. Aquel cuerpo enfermo vivía agitado por la fiebre. Con termómetros de bañera tenían que tomarle la temperatura, que alcanzaba, frecuentemente, hasta los cuarenta y ocho grados. El mercurio saltaba si le tomaban la fiebre con un termómetro de clínica.

En realidad el origen de aquellos misteriosos y absurdos fenómenos patológicos no pudieron explicarse hasta aquella fecha del 20 de septiembre de 1918, en que aparecieron a la vista del público sus estigmas visibles.

Anteriormente, mientras pasaba aquella temporada de convalecencia en Pietrelcina en casa de sus padres, recibió los estigmas invisibles. Era el 14 de septiembre de 1915, cuando el Padre, refugiado en una mísera covacha, que se había fabricado para aislarse en su oración dentro del cercado familiar, fue llamado por su madre. Doña Giuseppina lo vio acudir, agitando nerviosamente las manos.

—Pero, ¿qué te pasa...? ¡Si parece que estás tocando la guitarra!

—No es nada, madre. Unas punzadas sin importancia.

Los estigmas invisibles se manifestaron, como decimos, el 14 de septiembre, esto es, tres días antes de la fecha del día 17, en que la Iglesia celebra la estigmatización de San Francisco de Asís; y los estigmas visibles florecieron en su carne un 20 de septiembre, esto es, tres días después de la referida festividad.

Pero San Francisco de Asís no era sacerdote ni ninguno de los numerosos copacientes reconocidos por la Iglesia que presenta la historia de la mística. De aquí se desprende una circunstancia de trascendental importancia para valorar al P. Pío. Me refiero al hecho de ser **él el primer sacerdote estigmatizado de la Iglesia.**

Como decimos, en aquel 14 de septiembre de 1915 se manifestó ante una tercera persona la realidad de este prodigio, que en la mística se conoce con el nombre de estigmatización invisible. En dicho día podemos afirmar que se hizo público; pero no fueron recibidos entonces los estigmas. Lo habían sido antes, en el año 1910, según parece, a juzgar por una carta que se conserva de dicha época, en donde se hace alusión a este sufrimiento.

Dentro de los copacientes son muchos los que sufren toda la angustia de las llagas y la coronación de espinas sin manifestaciones ni signos externos. A nosotros, sin embargo, nos interesan más aquellos casos que Dios concede para alimentar nuestra fe, y que entran por nuestros ojos de hombres de mundo. Como Santo Tomás, sólo creemos lo que vemos y tenemos ocasión de comprobar y palpar. Por eso nos interesa la historia del P. Pío, de este humilde capuchino que le pidió al Señor la gracia de cooperar en su Pasión y sufrir por la Humanidad como un nuevo Cristo, y el Señor le concedió aquella gracia, al principio para él solo; posteriormente, también para los demás.

Y estas llagas, abiertas en su carne, resistiendo todo tratamiento e intentos de cicatrización, sangran y hacen sufrir intensamente al Padre en aquellos días en que el recuerdo de la Pasión de Cristo debe estar especialmente consciente en nuestra conciencia de redimidos. ¡Que la sangre de los estigmatizados, que en todos los tiempos ha concedido el Señor, nos sirva para recordar aquella otra divina derramada en el Calvario por nuestra salvación!

EL ASALTO DEL SERAFIN

El P. Pío tuvo la noche del 5 al 6 de agosto de 1918 lo que en la historia de la mística se llama el fenómeno de la transverberación, poéticamente calificado como «el asalto del Serafín», en recuerdo del ángel que traspasó con su lanza de fuego el corazón de Santa Teresa, hoy conservado en un estuche sagrado en la iglesia de los Carmelitas Descalzos de Alba de Tormes.

El hecho ocurrió en la penumbra del confesonario de la iglesia del convento de San Giovanni Rotondo. El Padre lo relata en una carta dirigida a su director espiritual, donde dice: «En virtud a la obediencia que tanto me obliga, debo comunicarle lo que me ocurrió en el atardecer del 5 al 6 de este mes. Estaba confesando a nuestros alumnos, cuando se presentó de repente ante mí la figura de un personaje celeste que llevaba en la mano una especie de instrumento similar a una larga lanza de hierro con una punta muy afilada hecha como de fuego. En el acto hundió con fuerza el instrumento en mi alma. Me sentí morir. Rogué al muchacho se retirase porque me encontraba muy mal y no tenía fuerzas para continuar

confesando. Aquel verdadero martirio duró sin interrupción hasta la mañana del día 7. No puedo describir mi sufrimiento durante este período tan doloroso. Sentí que mis vísceras salían como arrancadas por aquel instrumento y eran presa del hierro y del fuego. Desde aquel día estoy herido de muerte y vivo en lo más hondo de mi alma una herida que siempre está abierta y me hace sufrir constantemente».

Esta carta lleva fecha de 9 de septiembre de 1918. Pocos días después el mismo personaje volvió a visitarle para imprimir en su cuerpo los estigmas visibles.

Hasta que el P. Pío no muera, la ciencia no podrá comprobar si su corazón aparece herido realmente y cauterizado, como apareció al hacerle la autopsia el de Santa Teresa o el de la beata Bonhomo y tantos otros santos que sufrieron este mismo tormento dejando en su cuerpo señales claras de la transverberación padecida (1).

EL CAPUCHINO ES CRUCIFICADO

Estamos en las primeras horas de la mañana del día 20 de septiembre de 1918. El Padre está convaleciendo de la llamada «gripe española», que había causado un sinnúmero de víctimas en San Giovanni Rotondo. Una gran parte de la población se encuentra de luto a consecuencia de la epidemia. Se calculan en más de doscientas personas las fallecidas en aquellos días. El capuchino estuvo en cama desde el día 5 hasta el 17 de septiembre. «Cómo me gustaría que el Señor me llamase ahora», había escrito durante su enfermedad a su director.

La guerra ha despoblado el convento. Todos los frailes están en el frente. Sólo el guardián, P. Paolino de Casalenda, y el limosnero, el H. Nicolás, se encontraban con él. Ambos se habían librado de la epidemia. Pero ninguno de los dos se hallaban en el convento en aquella mañana elegida por el cielo. Fray Nicolás había salido con sus mochilas a recoger alguna limosna; el P. Paolino había ido a San Marco a preparar la fiesta de San Mateo, donde celebraría al día siguiente. La iglesia, pues, se encontraba vacía. Al fondo del templo, frente al altar mayor, hay un fraile en el coro. Reza, arrodillado, ante un gran crucifijo de madera. Era el primer día de la novena a San Miguel. Acababa de celebrar su misa, una misa especialmente larga y solitaria. La gripe en retaguardia y la guerra en vanguardia seguían arrebatando vidas humanas. El Padre tenía mucho que pedir. Una vez más se ofreció como víctima por la salvación de los hombres. Después se recogió en acción de gracias. Así estaba, con la ca-

(1) Este capítulo fue redactado antes de morir el P. Pío. Ahora podemos completar nuestra información diciendo que al santo capuchino no se le hizo la autopsia, ni reconocimiento médico legal, ni le sacaron mascarilla, ni embalsamaron su cadáver... Acaso, providencialmente, sirva este abandono para comprobar el esperado milagro de la incorruptibilidad de su cuerpo, y en su día quizá se averigüe también el estado de su corazón herido por el asalto del Serafín.

beza hundida entre los pliegos de su hábito de estameña, cuando se produjo la crucifixión. Como siete siglos antes y en fecha parecida, la estigmatización de San Francisco de Asís se repetía en las carnes de aquel pobre fraile.

Reproduzcamos el documento autobiográfico donde se da la versión auténtica: «¿Que cómo se produjo mi crucifixión? ¿Qué decirle sobre lo que me pide! ¡Dios mío, qué vergüenza y qué humillación siento al tener que expresar lo que Tú hiciste en mi pobre ser!

El 20 de septiembre último, me encontraba en el coro, después de celebrar la santa Misa, cuando me sorprendió un descanso semejante a un dulce sueño. Todos mis sentidos y facultades de mi espíritu se encontraban en una quietud indescriptible. Un silencio total me rodeaba. Sentí una gran paz y me abandoné a la completa privación de todo. De pronto vi delante de mí a un misterioso personaje, semejante al que se me presentó el 5 de agosto. Pero se diferenciaba en que de sus manos, sus pies y su costado brotaba sangre. Me sentí asustado y no puedo decir lo que pasó por mí. Mi corazón saltaba del pecho. Creí morir y hubiera muerto si el Señor no me hubiera protegido. El personaje desapareció de mi vista y entonces me di cuenta de que mis manos, mis pies y mi costado estaban traspasados y chorreaban sangre. Imagínese la tortura que experimenté entonces y sigo experimentando continuamente, todos los días. La herida del corazón sangra sin cesar y, sobre todo, del jueves al sábado.

Padre mío —continúa diciendo—, me muero de dolor, a causa del tormento y de la vergüenza que siento en la intimidad de mi alma. Temo morirme desangrado si el Señor no oye la llamada de mi pobre corazón. Jesús, que es tan bueno, ¿me concederá esta gracia? ¿Me quitará, por lo menos, la vergüenza que siento con estos signos? Levantaré mi voz hacia El, sin cesar de confiar en su misericordia y de pedirle que no me libre de la tortura ni del dolor, pero sí de la vergüenza.

El personaje que me dio este martirio es el mismo que le describía en mi carta del día 5 de agosto. El sigue su operación sin tregua, torturándome el alma. Siento en lo más hondo de mí un continuo bramido semejante al de una cascada de sangre. ¡Dios mío! El castigo ha llegado. Me someto a tu juicio, pero sírrete de mí para un fin de misericordia. Padre, sírvase hacer llegar hasta mí una palabra de consuelo en medio de tanta amargura. Rezo siempre por usted, por el P. Agostino, por todos. Bendígame.»

Este es el documento con la versión auténtica que el P. Pío dirigió al P. Benedetto el 22 de octubre de 1918. Observemos que durante más de un mes guardó celosamente el secreto de sus estigmas. Sus manos las esconde y protege con guantes y sus pies con calcetines de lana áspera de color marrón. Como él explicó más tarde, quería guardar «el secreto del

Rey». Pero los fieles se dieron cuenta durante la misa. Pronto corrió el rumor. El P. guardián no sabía nada. Entonces era guardián del convento el P. Paolino, que, como ya hemos dicho, aquel día estaba misionando en una aldea próxima, y no el P. Arcángelo, como se ha dicho, por error, en algún informe. Fue precisamente la hermana del P. Paolino la que le dio cuenta del hecho al guardián del convento. Este aseguró que no era verdad. Su hermana se sorprendió de que no supiera nada y le insistió en su versión. El P. Paolino decidió averiguarlo por su cuenta. Entró sin llamar en la celda número cinco, donde encontró al P. Pío escribiendo una de sus cartas de dirección espiritual. Le ordena que siga escribiendo y tiene ocasión así de observar, discretamente, una de sus manos. Presuroso vuelve a su celda y escribe al P. provincial. El P. Benedetto tarda en contestar. Con diez días de retraso llega su carta, donde le ordena callarse, evitar toda publicidad y esperar su visita, que promete hacer pronto.

El P. Paolino explica que en alguna ocasión se acercó después al estigmatizado con idea de preguntarle sobre cómo se había producido aquellas lesiones, pero al llegar el momento se sentía desarmado y no podía hacerlo. «No se trata de sugestión —decía—; una fuerza superior a mí me impedía hablar.»

Los fieles han descubierto el secreto y el evitar la publicidad se hace difícil. Mientras el P. Benedetto envía su informe a Roma y solicita de la Santa Sede las medidas a tomar, varias tarjetas anónimas llegan a las redacciones de los periódicos denunciando el caso. Los primeros reporteros acuden pronto a San Giovanni Rotondo, pero el alboroto se organiza solo, al margen del convento y del estigmatizado, que sigue la vida de siempre, rezando, escribiendo, confesando, celebrando largas misas y sufriendo. Su cuerpo sangra a diario. Según un testigo, el humilde capuchino ha perdido diez veces el peso de su cuerpo.

El P. Pío presenta su caso como una enfermedad. «Llevo tres días enfermo. Me levanto para contestarte, pero tendré que ser breve», dice a raíz de padecer la estigmatización. Y trata de curar sus heridas con tintura de yodo...

Para nuestro capuchino los estigmas de Cristo son una maravilla, pero los estigmas de los hombres se reducen a una mera corrupción de tejidos. Solamente habla de ello por obediencia y dando muestras constantes de humildad y vergüenza. A pesar de lo cual muy pronto se desencadenó la calumnia: para los enemigos del P. Pío, sus aparentes estigmas no pasan de ser producto de la histeria, o bien de un fenómeno de autosugestión o de autolesión, que implicaba fanatismo, desequilibrio mental o mala fe. Un procedimiento como otro cualquiera para crear un mito, o ganar dinero o, en definitiva, engañar a las gentes con fines inconfesables. Como

llegaría a decir el arzobispo de Manfredonia, «aquellos falsos estigmas fueron artificialmente producidos por ácido nítrico para disimular unas heridas de origen sifilítico».

Mientras tanto, los estigmas son objeto de estudio. El P. guardián había redactado, como hemos dicho, un informe para el provincial. Este exigió fotografías y cursó a la vez su informe al Santo Oficio. La respuesta fue inmediata: deberían de someterse las llagas a meticulosos reconocimientos médicos y apartar mientras tanto al Padre de la curiosidad general. Como si se tratara de una infamia vergonzosa, se hizo lo posible para ocultar aquel misterio a la veneración de las gentes.

Sincero y obediente a todas las indicaciones del superior, se puso en manos de los médicos, que realizaron en las heridas del Padre toda clase de pruebas. Uno de ellos le preguntó: «¿Por qué tiene usted las lesiones ahí precisamente y no en otra parte?»

—Eso es cuenta suya... —le contestó—. Usted es quien debería responderme por qué las debo tener en otra parte y no donde están.

El espíritu humilde y afable del P. Pío es perfectamente compatible con sus rasgos de humor.

APOSTOLADO Y SACRIFICIO

Cristo sufrió y todo el que quiera cooperar en su obra de redención y apostolado, debe sufrir. Por eso el P. Pío desarrolla su maravillosa pesca de almas entre grandes tormentos. Este debería ser el ideal de todo apóstol: sufrir por las almas. Imitar a Cristo, nuestro modelo, y transformarnos a su imagen y semejanza. «Dios trabaja tu alma —dice el Padre— para alcanzar su fin maravilloso, que es consumir tu transformación en El.» Y en otra carta, fechada en 13 de octubre de 1918, casi un mes después de recibir los estigmas externos, añade: «¿Qué te podría decir de mí? La violencia de los dolores me vuelve mudo y paralítico...». Y termina diciendo: «Ruega para que mi alma no se pierda en esta terrible prueba.»

El Padre sufre, porque ha logrado ascender por el camino de la virtud y adaptarse a la imagen de su Maestro con la mayor fidelidad. Hasta en su carne dolorida nacieron las cinco rosas sangrantes del cuerpo de Cristo.

Pero a sus dolores físicos hay que añadir el sufrimiento que le provoca el infierno por vía preternatural. Aquellos «cosacos», como acostumbraba a llamar a los demonios, siguen atormentándole. «El enemigo no quiere darse por vencido —dice—. Se ha revestido de todas las formas. Desde hace varios días viene a visitarme con sus satélites, armados de bastones y utensilios de hierro. Numerosas veces me ha tirado de la cama...»

El convento se acostumbra pronto a aquellos estrepitosos ruidos nocturnos que procedían de la celda del Padre; unas figuras siniestras, a ma-

nera de grandes perros deformes, que veían los frailes con frecuencia saltar por la ventana de la celda; el revoltijo de libros y papeles rotos, esparcidos por el suelo, después de una de aquellas noches de infierno, de las que salía con heridas en la cara y los ojos hundidos y amoratados...

Los superiores tomaron sus medidas para que aquellos fenómenos y los hechos milagrosos que les acompañaban no trascendiesen al exterior.

Sin embargo, hay un eterno y poético antídoto a las insidias del demonio: el amor. El P. Pío hace suyo el precepto de Pío X: «Santificarte y santifica». Comienza su apostolado. Hasta su confesor y superior provincial, el P. Benedetto de San Marcos in Lamis, se convierte en discípulo suyo. En las cartas que se cruzan entre ambos, llega un momento en que el dirigido se convierte en director espiritual.

Antes que un estigmatizado del cuerpo, el P. Pío es un estigmatizado del alma. Los sufrimientos espirituales del P. Pío, puestos de manifiesto a través del epistolario del fraile, recuerdan otros testimonios de vidas místicas aceptadas por la hagiografía de la Iglesia. Durante su calvario, el capuchino exclama confundido: «Soy un misterio para mí mismo».

Y CON LOS MEDICOS LLEGO LA CIENCIA

Los estigmas son auténticas lesiones, que no tienen origen traumático ni patológico y que están localizadas en los puntos correspondientes a la crucifixión. Permanecen inalterables; no huelen mal; ni sanan ni empeoran. Sangran constantemente, fenómeno que sólo se da en el P. Pío, pues lo normal en los estigmatizados es que se abran o se cierren coincidiendo con determinadas fechas señaladas por la liturgia de la Iglesia.

En cuanto el P. provincial tuvo la noticia de las llagas que se habían abierto en el cuerpo de aquel fraile enfermizo, llamó al doctor Luigi Romanelli, para que sometiera al estigmatizado a toda clase de torturas. Como médico, debe curar aquellas llagas, síntomas aparentes de una lesión, de una enfermedad.

Ante el fracaso de sus tentativas, llama después en consulta al doctor Bignami, de Roma. Fue elegido éste por incrédulo, para evitar el riesgo de caer en un fenómeno de sugestión. El doctor Bignami analiza el caso, sonríe y toma una determinación que considera definitiva: aceptar el tratamiento de su colega, pero tomando previamente la precaución de sellar los vendajes, para que no fueran levantados.

Al cabo de quince meses de estudio, el doctor Romanelli se decide a redactar un informe. Textualmente dice así: «Las lesiones que el P. Pío tiene en las manos están cubiertas de una ligera membrana de color rosáceo. No existen ni puntos sanguinolientos, ni hinchazón, ni reacción inflamatoria de los tejidos.

Tengo la convicción, e incluso la certeza, de que estas llagas no son superficiales. Oprimiéndolas con mis dedos, he notado un vacío que atraviesa todo el espesor de la mano.

No he llegado a comprobar si, apretando con más fuerza, llegarían mis dedos a encontrarse, ya que esta experiencia, así como toda presión, provoca un dolor agudo en el paciente.

Sin embargo, le he sometido a esta prueba penosa repetidas veces, por la mañana y por la tarde, y me veo obligado a confesar que siempre he obtenido los mismos resultados.

Las lesiones de los pies presentan idénticas características que las de las manos. Pero no he podido hacer la misma experiencia a causa del espesor del pie.

La herida del costado es una incisión neta, paralela a las costillas, de una longitud de siete u ocho centímetros, atravesando tejidos inconsistentes, de una profundidad difícil de averiguar y que sangra en abundancia. Esta sangre tiene todas las características de la sangre arterial y los labios de la llaga evidencian que no es superficial.

Los tejidos que rodean la lesión no presentan reacción alguna inflamatoria y son sensibles a la menor presión. Durante quince meses he hecho quince visitas al P. Pío y, aunque he notado algunas modificaciones, no he logrado dar con la fórmula clínica que me autorice a clasificar estas llagas.»

Mientras tanto, el doctor Bignami no lograba hilvanar sus ideas ni vencer su estupor. Las curas radicales aplicadas a su «enfermo» no producían efecto alguno; las llagas se mantenían «sin infectarse jamás y sin la menor supuración». Humillando al Padre, lo sometieron a exámenes clínicos, buscando cualquier clase de enfermedad. Hasta sus antiguas afecciones pulmonares habían desaparecido sin dejar rastro. El doctor no lograba encontrar huella alguna de enfermedad orgánica, física o nerviosa. Mas las llagas seguían abiertas y limpias, manando sangre con frecuencia y perdiendo a los médicos en el galimatías de sus deducciones.

Romanelli fue designado por la Curia provincial de los Capuchinos de Foggia; el doctor Bignami y el doctor Festa, al que aludiremos después, por la Curia Federal de Roma.

El P. provincial tuvo ocasión, un día, de comprobar, al caer la costra formada por la sangre seca de una de las llagas, cómo a través de la mano veía las letras del periódico colocado debajo, lo que aseveraba la realidad de un perfecto orificio.

Las lesiones no se han cicatrizado a lo largo de estos cincuenta años y la sangre surge roja y fresca, como si se tratara de sangre procedente de una herida recién abierta. Ellas no siguen, pues, el curso natural de

cicatrización, ni tampoco de descomposición. Por el contrario, y también contra toda ley propia de la naturaleza, despiden un maravilloso aroma. El doctor Bignami, hombre sin fe ni creencia religiosa alguna, se resistía a admitir el origen sobrenatural de los estigmas y en su informe llega a la conclusión de que se podría tratar de un fenómeno provocado inconscientemente por sugestión y completado artificialmente por el yodo y los ungüentos que el capuchino se había aplicado. Pero esta explicación no era convincente. El mismo doctor había hecho constar en su informe que no se trata de un neurópata ni había encontrado anomalía alguna en su sistema nervioso. Pero, como dice Laseque: «La histeria es una cesta donde se tiran los papeles que no se saben archivar».

El P. Gemelli también tira sus cartas en esta cesta. No admite más fenómeno de estigmatización auténtica sino el que se dio en San Francisco de Asís y en Santa Catalina de Siena. Esta afirmación equivale a decir que los sesenta estigmatizados que la Iglesia ha elevado a los altares eran simples simuladores o histéricos, conclusión inadmisibles para toda persona consciente.

El informe del P. Gemelli sobre el P. Pío es más intolerable al conocer un dato histórico comprobado por varios testigos: cuando Gemelli se presentó en San Giovanni Rotondo para estudiar los estigmas del capuchino, éste le preguntó si tenía autorización escrita de la Santa Sede. Gemelli repuso que no, y el Padre, al amparo de la obediencia, se opuso rotundamente a sus pretensiones: «Lo siento, pero Roma no quiere». Gemelli se fue refunfuñando y diciendo que volvería más adelante, pero la verdad es que nunca volvió.

Para que la conducta de este «competente» franciscano sea más grave, cuando Pío XII ordenó dar fin a la primera persecución contra el P. Pío, aquél tuvo la osadía de afirmar que nunca había escrito ni una sola palabra contra el fraile de Pietrelcina, no obstante tratarse, como veremos en su momento oportuno, del «filósofo de la persecución».

El informe del profesor Amico Bignami, de la Universidad de Roma, médico tan célebre como ateo, que pertenecía a la escuela positivista, después de afirmar que el P. Pío no tenía nada de neurópata, llega a la conclusión de que sus llagas eran lesiones de tipo nervioso, e involuntariamente acaba por declarar que no sabe cómo explicarlas. El doctor Romanelli, y más tarde el doctor Festa, refutan brillantemente las conclusiones contradictorias del doctor Bignami y, apoyados en sus propias afirmaciones, demuestran que el origen y proceso de aquellos estigmas escapa al control de la ciencia.

Para aclarar aquella confusión que había creado el informe contradictorio del doctor Bignami, que nunca debió ser elegido por su falta absolu-

ta de fe en lo trascendente, fue designado el doctor Festa, médico-jefe de la Casa Madre de los Capuchinos de Roma.

Desde el 9 de octubre de 1919 hasta el año 1938, interviene cerca del Padre para seguir todo el proceso de sus sorprendentes fenómenos. El afirma que las heridas en todo cuerpo humano se curan si son bien tratadas, y dan lugar a complicaciones si son mal cuidadas. ¿Cómo se explica —dice— que las lesiones del P. Pío, que no siguen ningún tratamiento, no se agraven, ni supuren, ni den lugar a complicación alguna, manteniéndose siempre inalterables a través de los años y despidiendo, además, un aroma extraordinario?

El 15 de octubre de 1925 el doctor Festa opera al P. Pío de una hernia que había determinado una peritonitis. El ex alcalde de San Giovanni Rotondo interviene de ayudante.

Otro amigo, el fiel Brunatto, se quedó en la puerta de vigilante para impedir visitas inoportunas. El Padre quiso celebrar antes su misa. Después se dirigió al doctor y, señalándole con el dedo, le advirtió: «No quiero ser anestesiado».

El médico le hace ver que se trata de una operación larga, muy dolorosa y donde un movimiento brusco puede ser fatal. El Padre responde: «No temas, me encontrarás al terminar tal como me dejes al principio». Y con cierta picardía le pregunta: «¿Pretendes observar mis heridas mientras me encuentro anestesiado?» «¿Por qué no?», le responde sonriendo. «Porque lo han prohibido los superiores y estoy obligado a la obediencia.»

El médico le propone que beba al menos un trago de benedictino. El Padre bebe y en seguida lo devuelve, diciendo con su humor habitual: «Basta con esto, no quiero en mi interior posibles disputas entre un benedictino y un capuchino».

La operación dura casi dos horas. En el rostro del enfermo se advierte el gran sufrimiento que está padeciendo, pero el médico no tuvo ocasión de escuchar el menor lamento.

Mientras el cirujano cose la herida, en los últimos momentos de la operación, llega a la improvisada sala de cirugía el veterinario del pueblo, Leandro Giuva. Pretende entrar, pero Brunatto se lo impide. Las voces de la discusión llegan a oídos del Padre, que llamando a Giuva le dice con su característico buen humor y espíritu de broma: «Puedes entrar, Leandro, y ocupar mi sitio. Tienes la cama caliente». El veterinario tenía también una hernia inguinal, que por miedo no se había dejado operar.

Terminada la intervención, el Padre fue trasladado a su celda, donde sufrió un síncope. El doctor aprovechó la oportunidad para destaparle el tórax y examinar detenidamente la llaga del costado. «La costra se

había caído —dice Brunatto— y la lesión apareció fresca, bermeja y con ciertas radiaciones luminosas que se desprendían de sus bordes.»

Dos años más tarde, en septiembre de 1927, el mismo doctor tuvo que intervenirle de nuevo, para la extracción de un quiste. También esta vez rechazó la anestesia. Después de seis días, la herida cicatrizó perfectamente. Porque, a pesar de sus lesiones, el P. Pío tiene una naturaleza excepcional. Todas las heridas, salvo aquéllas de origen misterioso a que nos estamos refiriendo en este capítulo, cicatrizan con gran facilidad.

Como explica y demuestra ampliamente el doctor Festa en el libro que sobre el particular editó en el año 1932, del examen del organismo del capuchino surgen una serie de extraños fenómenos ligados armoniosamente entre sí, que se sustraen al control de las investigaciones científicas y quedan fuera del campo de la medicina.

Como contraprueba que demuestra la sobrenaturalidad de los estigmas, publicamos entre las fotocopias reproducidas la carta dirigida al doctor Festa y firmada por el P. Giuseppe Antonio de Persiceto, ministro general de los Capuchinos desde el año 1920 hasta el 1926, donde dice: «Durante los momentos libres que tuve en estos días de preparación de mi viaje a Oriente, estuve leyendo el erudito y conciso relato que usted me envió. El buen P. Pío **aparece aquí como es realmente, defendido de hipótesis que confunden y que no permiten ver ni explicar esos extraordinarios fenómenos que la divina Providencia va obrando en él**».

El doctor Festa, hombre digno y de gran prestigio profesional, inició sus estudios sobre las lesiones del Padre con la natural desconfianza. Pero acabó prescindiendo del capuchino como problema aislado para estudiarlo íntegramente como ser vivo. Y tras un minucioso y objetivo informe, que tuvo la virtud de despejar las prevenciones del Vaticano, acabó reconociendo que «este género de lesiones escapa a la ciencia».

El P. Pío pierde aproximadamente un vaso de sangre diario. La llaga del costado sangra en tal abundancia que se ve forzado a cambiarse de vendaje continuamente, vendajes que él mismo lava y que el Santo Oficio ha prohibido distribuir entre los fieles. Para las manos lleva unos mitones de color marrón durante el día y blancos por la noche, salvo durante el tiempo de la misa, en la que prescinde de ellos.

LAS LLAGAS DEL P. PIO Y SU FIGURA ESPIRITUAL A TRAVES DE SU EPISTOLARIO

En el P. Pío se da todo el cuadro místico de los grandes estigmatizados. Porque el P. Pío es una víctima que se ofrece a Dios en holocausto. Su entrega tiene, además, un carácter oficial. Dios le exigió la aprobación de su confesor y de su superior. Y ambos se la otorgan. El Señor consagró entonces a su víctima, imprimiéndole sus santos estigmas.

De la correspondencia del fraile con su confesor, el P. Benedetto de San Marco in Lamis, se deduce este carácter oficial de víctima, aceptada por los superiores y por Dios para cumplir su función expiatoria. En una de ellas el P. Pío dice que vive para desempeñar su misión de **intermediario** entre la justicia de Dios y las culpas de sus hermanos.

Transcribimos algunas frases de sus cartas que definen elocuentemente su estado espiritual:

«Estoy dispuesto para recibir cualquier castigo que Dios quiera darme» (26-3-1910).

«Callado, adoro y beso la mano de quien va golpeándome» (26-5-1910).

«Bendita sea la mano de Jesús que me golpea y me hace digno, a pesar de mis escasos méritos, de sufrir por amor suyo» (6-7-1910).

«Padezco, pero no me quejo, porque ésta es la voluntad de Dios» (28-7-1910).

«Nada deseo, excepto amar y sufrir» (24-9-1910).

«Desde hace tiempo voy sintiendo en mí la necesidad de ofrecermelo como víctima por los pecados y las almas del purgatorio. Este deseo mío ha ido aumentando hasta convertirse en una verdadera pasión» (29-11-1910).

«Estoy sufriendo, es verdad, padezco mucho, mas siento la alegría en mí, ya que en medio de las penas el Señor hace de manera que yo continúe sintiendo un gozo inexplicable» (26-2-1911).

«Más que nunca estoy satisfecho de padecer, y si no escuchara otra cosa que la voz de mi corazón, pediría a Jesús que me diese todas las tristezas de los hombres. Si no lo hago, es porque temo pecar de egoísta, deseando para mí la mejor parte: el dolor» (2-4-1912).

«Mis condiciones de salud son muy malas: llevo varios días en cama. Me alegro de todo esto porque me recuerda el sacrificio hecho de mi vida, como víctima. Si no fuera por la congoja espiritual que me desgarras el corazón gozaría casi de las delicias del paraíso» (2-5-1912).

«Jesús escoge algunas almas, y entre ellas escogió la mía, para que le ayuden en la gran empresa de la salvación humana. Cuanto más sufren estas almas, más disminuyen las penas del buen Jesús. Esta es la razón por la que deseo seguir sufriendo, y sufrir sin consuelo. Soy egoísta en lo que concierne al dolor» (20-8-1912).

«¿No le dije a usted que Jesús quiere que sufra sin descanso? ¿No me ha solicitado y elegido como una de sus víctimas? Dios ha hecho que comprendiera el significado de ser víctima y como tal es necesario llegar al **consumatum est**» (5-11-1912).

«Ofrezco al Señor mi pobre vida por las manos de mi querida y bella Virgen» (30-1-1914).

El día del Corpus de 1918, el P. Pío se ofreció como víctima por las intenciones del Papa Benedicto XV. En carta de fecha 27 de julio de 1918, explica cómo Dios aceptó su ofrenda, quedando desde entonces «**encerrado en una horrible cárcel**».

«Celebrando misa —dice— en dicho día, durante el Ofertorio, sentí una gran perturbación, me llené de gran temor y creí que me desmayaba. Después experimenté una gran calma. Todo fue producido por algo que me tocó en la zona más íntima de mi ser. Durante este hecho pude ofrecerme enteramente al Señor por las intenciones del Santo Padre. Al formular mi ofrenda sentí que me precipitaba en una espantosa cárcel y oí el estrépito de la puerta de esta cárcel al cerrarse tras de mí. Desde entonces me veo apretado por fuertes cadenas y creo sufrir todas las penas del infierno.»

Los estigmas invisibles se supone que los recibió en el mes de septiembre de 1910. No sabemos la fecha exacta, salvo que en carta del 8 de septiembre de 1911 habla de aquel día y dice: «Ayer por la tarde me ocurrió algo que no sé explicar ni comprender. En medio de la palma de la mano apareció una mancha roja, de un centímetro de diámetro, acompañada de un intensísimo dolor. En la mano izquierda el dolor es mayor, hasta el punto de que todavía sigue atormentándome. Bajo los pies también siento, aunque más amortiguado, tal sufrimiento. **Desde hace un año se va repitiendo este fenómeno**, aunque últimamente hacía tiempo que no se producía.

Es la primera vez que se lo digo, pero no se enfade por eso. No lo hice antes porque me dominaba esa maldita vergüenza que usted conoce. ¡Si supiera el esfuerzo que he tenido que hacer ahora para decírselo!»

En otra carta de fecha 1 de noviembre de 1910, se expresa así: «Deseo confesarle que estoy contento también en medio de estas angustias, porque son muy grandes todavía las delicias que nuestro buen Jesús sigue ofreciéndome a todas horas. Le ruego, Padre mío, le diga a Jesús que me libre pronto de estas cadenas terrenales».

El 29 de noviembre de 1910 explicaba en una carta que Cristo le había ordenado se ofreciera como víctima por los pecadores y las almas del purgatorio. El 21 de marzo de 1912, el Padre declaraba que las llagas y los dolores, que normalmente sufría el jueves, viernes y sábado, los tenía también el martes. En otra explica el carácter de tales dolores: «Desde el jueves por la tarde hasta el sábado, y de la misma forma ahora también los martes, vivo una penosa tragedia: siento como una espada hiiriéndome sin cesar en el corazón, en las manos y en los pies. El dolor que siento es muy grande» (21-3-1912).

«Estoy crucificado de amor. No aguanto más» (18-3-1915).

El P. Pío, antes de recibir las llagas en el cuerpo, las recibió en el alma, siguiendo los cánones de la estigmatización clásica.

En otro lugar hemos transcrito la carta del 6 de agosto de 1918, donde explica cómo recibió la estigmatización del corazón a la manera de Teresa de Avila, Santa Verónica Giuliani, la Beata Juana Bonhomo, sor María de Jesús, la venerable Florida Cevoli y San Carlos de Sezza.

También hemos transcrito la carta del día 22 de octubre de 1918, en la que relata la forma de recibir los estigmas visibles. A través de toda la correspondencia se ha visto cómo el P. Pío afirma que sus estigmas son obra de Dios: «Es lo que Tú has obrado».

Describe la manera de su estigmatización: se ve como Jesús en la cruz; sus estigmas le producen un sentimiento de profunda humildad y confusión; llega a calificar sus llagas de «monstruosidades»; y acaba entonando un admirable «canto a sus estigmas», al que corresponde el siguiente párrafo:

«Qué dulce y amargo eres a la vez; Tú hieres y sanas, llagas y salvas de la muerte y a la vez das la vida. ¡Oh dulces heridas! Aun siendo dolorosas, alentáis el espíritu y lo preparáis para someterse a los golpes de nuevas pruebas. ¡Oh dulces tormentos!, ¿por qué sois tan insufribles y queridos a la vez?» (24-11-1918).

El P. Pío —sus cartas lo revelan— tiene una misión trascendental: actuar de **mediador entre Dios y los pecadores**. En el mismo sentido se expresaba Santa Verónica Giuliani.

La celebración del cincuentenario de los estigmas es, ante todo, la celebración de un alma que hace cincuenta años se ofreció como víctima por nosotros y que desde entonces sigue quedándose allí, encima del «monte», como Moisés, para rezar, reparar y expiar por nosotros. Pero es, además, el cincuentenario de la consagración de un propiciador, de un reparador, de un copaciente. Como tal, él experimenta y vive con todo su realismo los dolores angustiosos y sangrientos de la Pasión de Jesús. El 12 de febrero de 1912 escribía: «Desde el jueves por la tarde hasta el sábado he sufrido mucho. Se me ha ofrecido toda la Pasión del Señor».

En otra ocasión dice: «Si yo pudiera volar, recorrería el mundo para hablar en voz alta a todos, para gritar con toda mi voz: amad a Jesús, que es digno de amor» (28-6-1912). Esto es lo que el P. Pío quisiera poder transmitir y lanzar hasta el último rincón del orbe. El mensaje que está enviando a través de sus llagas.

«Jesús derramó y sigue derramando todos los días lágrimas de sangre por la ingratitud humana» (20-8-1912).



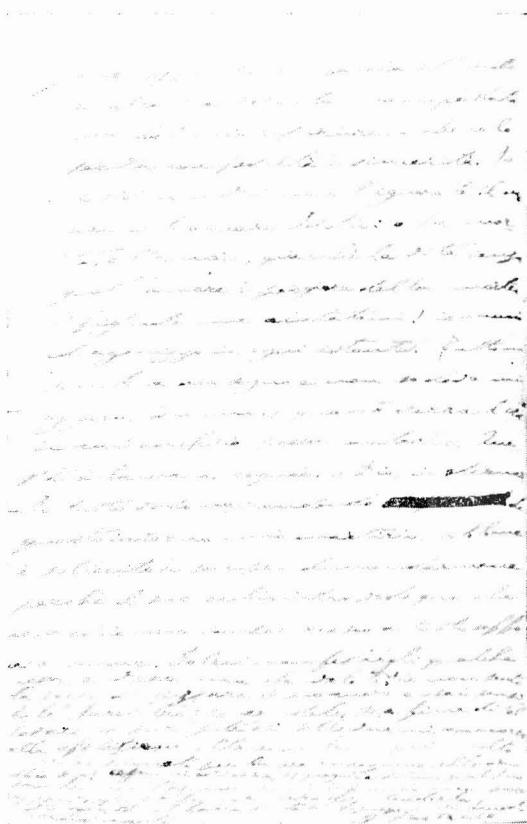
Fotografias que corresponden a la casa de Pietrelcina, donde nació el P. Pío.





El P. Pío a los quince años de edad.

D. Salvatore Pannulo, párroco de Pietrelcina, pariente del Padre Pío, con quien convivió desde 1910 hasta 1916.



Traducción de las líneas 5-6-7-8 de una página de la carta autógrafa del P. Pío de 1916. (31-10-1916).

«Yo deseo morir o amar a Dios: la muerte o el amor, ya que la vida sin este amor es peor que la muerte.»

Texto tomado de una de las cartas dirigidas a su Director espiritual.

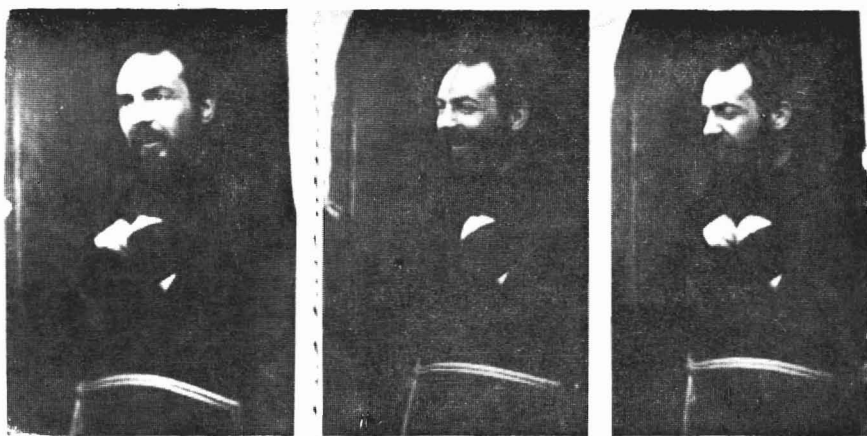
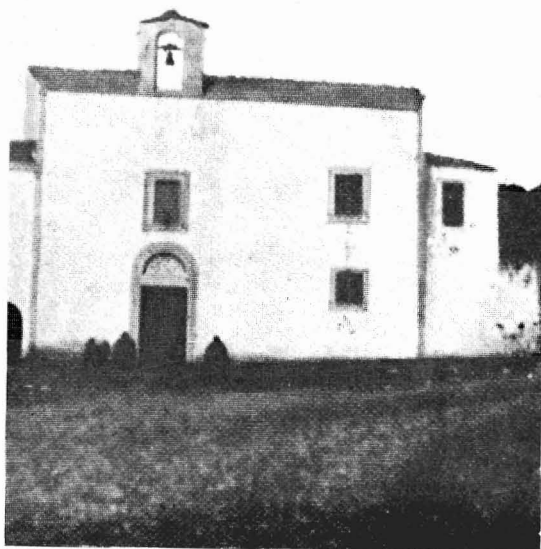
El P. Pío redactaba primero las cartas en borrador y después, esforzándose en mejorar la letra, las copiaba en limpio. Los párrafos que publicamos están tomados de sus libretas de borradores.

...umando. (Il demonio seguita
...e l'istesso che io mi
...e fare alla metà del mese
...e indovino, mi sta intima
...col dire che mi deve distruggere.
...permetterà, Gesù padre mio
? E se no? P. O. per altro
...a tutto: ma spero che Gesù
...permetterà.
...certato la elemosina delle messe
...e infinite de re rendo. La p...
...e una ritardare la gioia ni past...
...ieri, non è vero? Pregate per
...14...

El demonio —dice a su Director el P. Benédicto de San Marco in Lami— sigue aterrorizándome. Desde que usted me escribió diciendo que a la mitad de este mes nos encontraremos, me amenaza prometiendo que ha de deshacerme. Padre mío, ¿se lo permitirá Jesús? Yo estoy dispuesto a todo, pero confío en que Jesús no se lo permita.

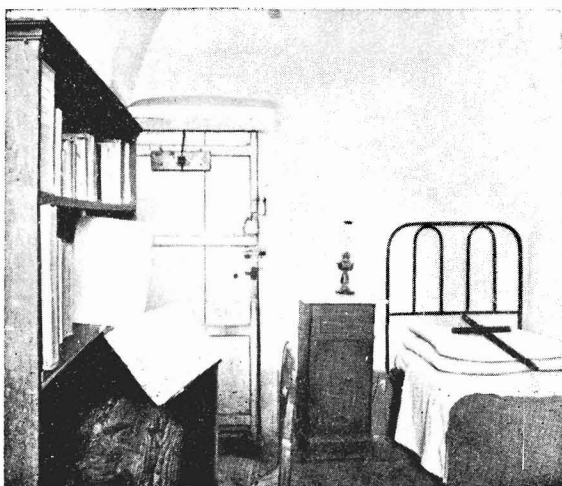
Recibí la limosna de la misa y lo agradezco mucho. Acaso la lluvia volvió a dar la felicidad a los pobres pulleses. Rece por mí y bendígame.

Fotografía que muestra la entrada y el estado en que se encontraba el Convento de San Giovanni Rotondo cuando llegó el P. Pío por primera vez.



Tres expresiones del P. Pío, correspondientes a los primeros años de religioso.

*Primera celda del P. Pío en
el Noviciado de Morcone.*



*Ultima celda del P. Pío en
el Convento de San Giovan-
ni Rotondo, donde murió.
El capuchino aparece de es-
palda en el momento de
salir de su habitación.*



*El P. Pío administrando
la comunión.*



*El fraile con el Marqués
de Giacomo, que nom-
bró heredero de todos
sus bienes al capuchino,
con destino a su Funda-
ción.*

En un viernes de marzo de 1913 ve a los sacerdotes indignos, escépticos y sacrílegos, alistados en la masonería, los ve como causa y motivo de la actual Pasión de Cristo (19-3-1913).

El Padre sufre un padecimiento físico intenso, irresistible, producido por sus llagas y por una serie de enfermedades que «golpean» y aniquilan todo su cuerpo. «Los dolores que más me atormentan son los del pecho y una tos violenta y obstinada que me quiebra el tórax. A menudo siento miedo de morir y voy repitiendo el acto de contrición» (29-11-1910).

Pero las penas espirituales no son menos graves que las del alma. «En comparación con las del cuerpo, las luchas espirituales —dice— son muy superiores» (4-1-1911).

El P. Pío siente una gran necesidad y un gran amor por la Eucaristía. «Tengo tanta hambre y sed antes de recibirle que por poco no me muero de ansiedad.» «La sed y el hambre que siento, en vez de satisfacerse al recibir la comunión, siguen aumentando. Cuando lo recibo, la dulzura es inmensa y por poco no digo a Jesús, "basta, Señor, no aguanto más"» (26-3-1911).

El Padre, como suele ser normal en los estigmatizados, goza de visiones celestes y es atacado por Satanás. En carta de fecha 18 de enero de 1912, dice: «Belcebú no quiere darse por vencido. Ha tomado todos los aspectos. Desde hace varios días me visita con sus satélites, que esgrimen palos y utensilios de hierro. ¡Cuántas veces me tengo que arrojar de la cama y arrastrarme por la habitación! Pero Jesús, su Madre, mi ángel custodio, San José y San Francisco, me acompañan con frecuencia en estos difíciles trances».

En otra carta dice: «El diablo sigue apareciéndose con su horrible aspecto y me azota de manera espantosa. Pero, gracias a Dios, Jesús me reconforta de todo durante sus visitas» (21-3-1912).

«Aquel monstruo, desde las diez que me acosté hasta las seis de la mañana, continuó azotándose» (12-4-1912).

«Pero los personajes del cielo me visitan y me dejan saborear el éxtasis de los bienaventurados» (20-8-1912).

Satanás le oculta al P. Pío, como a Santa Gema Galgani, las cartas que escribe. «Fui buscando las cartas largo tiempo, mas no logré hallarlas. Esto es obra del poder de las tinieblas» (26-12-1912).

El P. Pío es el depositario de los secretos y las quejas del Señor. Su pena procede de la conducta poco honrada de los cristianos, pero especialmente de los sacerdotes y religiosos. «Cuántas ofensas recibe Jesús de nuestros frailes —me dice El—. Los religiosos se creen príncipes que llevan la correspondencia por telegramas. ¿Dónde está su voto de pobreza...? Habla, hijo mío, habla, y haz que conozcan mi cólera» (15-3-1913).

«El viernes por la mañana —afirma en carta de fecha 1 de abril de 1915— estaba aún en cama cuando se me apareció Cristo maltrecho y desfigurado. El me mostró una muchedumbre de sacerdotes regulares y seculares, entre los que figuraban muchos dignatarios eclesiásticos...» En el texto de la carta el Señor confía al P. Pío sus quejas sobre la nación italiana.

El fraile vaticina el 27 de mayo de 1915 la guerra futura en la que entrará Italia durante tres años.

En otra carta habla de otros fenómenos místicos, que han padecido algunos estigmatizados. «Sentía cerca del corazón —escribe en 1 de mayo de 1912— unas llamas misteriosas, que no logré comprender. Y tuve necesidad de ponerme un poco de hielo para matar aquel fuego que extenuaba» (1-5-1912). Es el mismo fuego que sentía María Francisca de las Cinco Llagas, Santa Catalina de Génova, Santa Verónica Giuliani y Santa Gema Galgani, entre otros...

Las llagas del P. Pío fueron objeto de exámenes y encuestas. Los médicos declararon que no tenían explicación por vía natural. Los doctores de la mística las consideran verdaderos estigmas, heridas de origen milagroso. (Véase la obra del doctor Festa, que convenció plenamente al Vaticano.) A pesar de lo cual, y por las satánicas maniobras de que hablaremos luego, en 1923 el Santo Oficio promulgó el primer decreto condenatorio. Después se dieron cuatro más. En total, cinco decretos de condena. En todos ellos se negaba el carácter sobrenatural de las llagas. Pero al poco tiempo el Santo Oficio rectificó, caso único en la historia de la Iglesia. El Vaticano reconoce su error, anula sus condenas, se excusa como puede y le concede al P. Pío la reintegración «et ultra» y la facultad de impartir la bendición papal en nombre de Pío XI. Benedicto XV rectificó también su actitud, justificada por los informes satánicos del enemigo. Y Pío XII llegó a concederle al fraile facultades expresas para administrar la Casa que había fundado, con entera libertad de independencia respecto a los superiores de la Orden, no obstante su voto de pobreza. Y así le declaró administrador a perpetuidad de su fundación y le adjudicó la propiedad de todas las acciones que representan la cuantiosa inversión de la «Casa Alivio del Sufrimiento», que más que un hospital es toda una ciudad sanitaria, como veremos en su momento oportuno.

Si la Santa Sede se equivoca a veces y tiene que rectificar, ¿qué diremos de las posibles equivocaciones de obispos, como consecuencia de la actuación enemiga, que se ceba especialmente donde encuentra a un auténtico santo o ante hechos milagrosos sometidos al control de una autoridad eclesiástica? Por eso son tan discutibles las actitudes negativas de los obis-

pos frente a fenómeno de carácter sobrenatural cuando en los mismos se han dado circunstancias incomprensibles desde un punto de vista humano.

Luego hablaremos de las causas y motivos que justifican la primera inicua persecución de que fue objeto el P. Pío en tiempos y la que se desencadenó después a pesar de todo lo que el P. Pío ha demostrado significar hoy día para la historia de la Iglesia.

Esperamos que el lector llegará a comprender la influencia y poder del infierno y no se escandalizará demasiado por las maniobras que a lo largo de este libro iremos descubriendo.

CAPITULO IV

LA MISA DEL PADRE PIO

LAS conversaciones de los peregrinos giran sobre dos temas concretos: la misa del P. Pío y el turno de confesiones. El P. guardián ha querido organizar este último distribuyendo tarjetas con el número del turno, y los penitentes tienen que esperar, por lo general, varios días hasta que se presenta la oportunidad de confesarse con él.

En cuanto a la misa, que celebra diariamente a las cinco de la mañana, se inicia la cola ante la puerta cerrada del convento sobre las dos de la madrugada. Una muchedumbre alborotadora, en lucha unos con otros en el atrio de la iglesia, se vuelve sumisa y respetuosa en cuanto logra penetrar en ella. Entonces todas las miradas están pendientes de la sacristía, por donde ha de salir el Padre. Todo está dispuesto para la ceremonia. Sobre el altar, el cáliz y la patena, porque su peso es excesivo para sus pobres manos traspasadas. Por fin aparece. Su mirada es dulce y ausente. Su andar, vacilante, pues las llagas de los pies le impiden pisar con normalidad. Llega al altar, dispuesto para encarnar de nuevo el drama de Cristo en el Calvario: la Santa Misa.

El rostro del capuchino se transfigura al iniciar la ceremonia. Y empieza su lucha, pues se le ve combatir, desbaratándose de enemigos invisibles, embargándose alternativamente de temor, de alegría, de angustia, de dolor... Toda su persona es como una súplica muda.

Oigamos la descripción de un testigo presencial:

«Los ademanes son sobrios, un poco bruscos si se quiere. Su bien timbrada voz suena ligeramente velada. Su rostro se transfigura apenas llegado al altar. Se le adivina en un mundo opaco a nuestras miradas. Ahora comprendo por qué su misa arrastra a las muchedumbres, las subyuga y fascina. El misterio se adueña con violencia de nosotros desde el primer momento. Estamos como ciegos en rededor de una persona que ve. Porque no otra cosa somos, sino ciegos fuera de la realidad. ¿Puede ser, acaso, la misión del místico otra que ésta: despertar de su atrofia estos nuestros ojos interiores?

Quienes han participado en la misa del P. Pío —es imposible asistir a ella como mero espectador—, ¿podrán negar que desde el "Confiteor" les causó una impresión profunda, y hasta violenta, enfrentarse, no con un mundo de maravilla, sino con la más sublime realidad? Por lo que a mí respecta, puedo decir que la "misa" de San Giovanni me ha descubierto abismos de amor y de luz apenas vislumbrados hasta hoy. Quiero insistir sobre este punto. En los anales de la Iglesia, el P. Pío es el primer sacerdote estigmatizado. Pero, ante todo, es sacerdote y su gracia es esencialmente sacerdotal. Toda su vida gravita alrededor de estas horas en las que, renovando el sacrificio de la Cruz, presta a Cristo su boca..., sus ojos... y sus manos. Nada añade a la grandeza de sus funciones el estar marcado con los estigmas. El más indigno de los sacerdotes es tanto como él en el momento de pronunciar las palabras de la Consagración. Porque es Cristo quien ofrece, Cristo quien consagra, Cristo quien se da en la comunión. Como todo sacerdote, en el momento de la misa, el P. Pío no es sino un instrumento.»

Ante la misa del P. Pío, los asistentes comprenden todo el profundo sentido de este sacrificio. «¿No es cada misa una invitación que Cristo hace a sus miembros para hacerse con su parte en la Pasión redentora...? Todos somos obreros, artífices de la Redención. La misa debe ser para cada cual una ocasión de transubstancializar nuestros dolores que, incorporados a Cristo, adquieren valor de eternidad.»¹

Al levantar la patena, deja al descubierto las llagas de sus manos, rojas y sanguinolentas. El P. Pío se detiene. Las diferentes fases de la misa se prolongan más de lo debido. Normalmente, su misa dura hora y media... En tiempos se prolongaba todavía más, y el P. guardián tenía que acudir a la estratagema de ocultarse en el coro para darle mentalmente, en nombre de la santa obediencia, la orden de proseguir.

Pero las misas del P. Pío no son todas iguales, ni en gestos ni en duración. Junto a él se advierten espíritus invisibles que le empujan o le frenan, le obstaculizan o le secundan. Hay días que el pronunciar la fórmula consagratória le cuesta verdaderos esfuerzos.

Oigamos a María Winoska describiendo el momento de levantar a su Dios, hecho Pan:

«Todos sus dedos se tiñen de sangre, que, como hilitos cada vez más engrosados, corren a esconderse en el blanco de las bocamangas. Sus músculos se distienden y su faz se ilumina. Una sonrisa tímida aflora a sus labios en ocasiones y su mirada dulcísima acaricia la Hostia con infinita ternura. Ignoro cuál sea su noche oscura; pero creo haberle sor-

(1) Palabras del P. Pío.

prendido viendo a través de las especies. Quien dudase de la Presencia Real, no tiene sino asistir a su misa. No pretendo decir y porfiar que desde el primer momento se le infunda automáticamente esa visión; pero no podría menos de plantearse el mismo dilema que un amigo mío. "Una de dos —me escribió—, o yo soy un imbécil, o el P. Pío está loco." El optó por la primera parte de la disyuntiva...

A causa de la afluencia, el P. Pío distribuye la comunión después de la misa, en el altar mayor. Los demás religiosos le secundan, gustosamente, en tal ministerio. Hay muchísima gente que no quiere recibirla sino de sus manos transverberadas. El procura evadirse a esta curiosidad y se esfuerza en ocultar sus dedos con las bocamangas de su alba, escrupulosamente almidonadas. Parece considerar una falta a la etiqueta ese apremio de tantos ojos ávidos de él —simple servidor— que olvidan a aquel Señor y Maestro que distribuyen sus manos dolorosas y exangües. Al colmular de manos del P. Pío, cerré mis ojos...»

La primera persecución empezó con la prohibición de celebrar misa, pero esta prohibición sólo duró un día. Posteriormente estuvo dos años sin celebrar en público, por disposición del Santo Oficio, concretamente desde el 11 de junio de 1931 hasta el 16 de julio de 1933.

Cuando celebraba solo, las misas se prolongaban indefinidamente. En aquella época eran frecuentes misas que tenían siete horas de duración. Como él afirmaba entonces: «Nunca bajaría del altar...»

Pero no siempre pueden los peregrinos asistir a la misa del estigmatizado. Este ha sido, como veremos después, perseguido en dos ocasiones. La primera persecución duró diez años y estuvo recluso como un prisionero y aislado de sus fieles seguidores. La segunda persecución también es larga. A ellas nos referiremos en su momento oportuno.

Y EL ALMA SE SIENTE VISTA...

Después de la misa comienzan las confesiones. A los hombres los confiesa en la sacristía. Las mujeres, en cambio, muchas más en número, siguen el orden que les marca el boleto entregado por el Padre destinado a cumplir este papel de organizador. Es muy corriente el caso del marido que llega arrastrado por su mujer, quien logra arrancarle la promesa de acompañarle, pero sin pensar ni remotamente en confesarse. Viven la misa y se sienten transformados. Inmediatamente entran en la sacristía y se arrodillan ante el Padre. Este sabe distinguirlos a distancia y les ayuda a despachar en unos momentos su confesión, pues tiene el don de penetrar en el alma y conocer todos los detalles de su vida. Por eso se adelanta al penitente, concretando fechas y dándole detalles de todo aquello que el tiempo y su incredulidad hizo borrar. En el confesonario se

encierra con un gran pañuelo de grandes cuadros. Con él enjuga sus lágrimas y se sacude a las mujeres que pretenden besarle la mano.

El ir con una larga lista de pecados preparada es inoperante con este confesor. En seguida la desbarata con una palabra. El Padre ve claramente el estado del alma y el alma se siente vista. Al instante se comprenden. Por eso las confesiones son tan rápidas. También se han propagado estas maravillas entre los americanos y son muchísimos los que acuden a confesarse. El Padre no sabe inglés ni los americanos saben italiano. Pero las confesiones se realizan sin dificultad y con absoluta comprensión. Oigamos nuevamente las impresiones personales de María Winoska:

«De repente oigo un chirrido violento de la ventanilla del confesonario: "Via", vete, protesta el Padre a una joven rubia que llora perdidamente. Se levanta; pero la vergüenza paraliza sus pasos delante del confesonario... "Via —repite ondeando su pañuelo de cuadros—, non ho tempo per voi...", ¡largo!, no tengo tiempo para usted.

Confieso que tal escena me dejó desconcertada. El mero hecho de venir patentizaba la decisión de la joven. ¿Y si se fuera desesperada? Su malandanza despierta mi compasión. No le quito ojo.

Sigue sollozando, hecha una Magdalena, como si le fuese a estallar el corazón. Nadie le hace caso. El Padre continúa atendiendo a ambas ventanillas... ¿A qué perder el tiempo con tanto impertinente? La multitud avariciosa no le da tregua, ni permitiría contratiempos importunos.

La joven intenta escurrirse una vez más. En vano. El grupo de fie-recillas tranquilas y rezadoras se despierta e inquieta, y la señora a quien tocaba la vez le da un empujón. La joven desiste, se bate en retirada y busca la puerta de salida. "Pobrecilla —exclama el Padre que está de guardia—, no te descorazonas." Y la acompaña hasta la calle. Yo les sigo.

Un diálogo breve... Ella levanta la cabeza, inicia una sonrisa a través de sus lágrimas. "¡Gracias, Padre...!" Se inclina, le besa la mano y vuelve a la iglesia. Me llego al Padre antes de que pueda entrar a reanudar sus tareas: "Escuche, Padre, ¿cómo el P. Pío puede despedir así a sus penitentes? No me parece muy cortés."

El religioso me mira, reconoce mi acento extranjero y con un tono indulgente, como si se dirigiera a un niño de cortos alcances, me dice:

—Sepa que el P. Pío lee en las conciencias. Por eso rechaza a las personas mal dispuestas.

—¿Y si ya no vuelven más?

—**Stia tranquila!** Jamás las despacharía, si no hubieran de volver. Para lavar un corazón son necesarias muchas lágrimas. Un buen médico no duda en emplear el bisturí...

—Entonces, ¿esta joven...?

—No tenga cuidado —me dice con acentuada amabilidad—. Tal vez se acercó por mera curiosidad. ¡Vienen tantas en este plan! El P. Pío lo adivina. No consiente que se busque en la confesión un pretexto para verle. ¡La confesión no es para eso! Dentro de tres o cuatro días esta señorita volverá bien preparada. ¿Cree usted que el Padre no ha rezado ya por ella? Pero precisa un tiempo para que la gracia obre...

Yo aprovecho la oportunidad:

—¿Es verdad que el P. Pío lee en las conciencias como en un libro abierto?

—Yo no sé sino lo que todos saben. Ciertos penitentes, maravillados de verse conocidos y comprendidos así, cuentan su caso a cuantos tienen la paciencia de escucharlos. Otros prefieren callarse. El P. Pío nunca dice una palabra. Pero son demasiados los casos para que no podamos sacar algunas conclusiones.

—¿Puede usted citarme algunos ejemplos?

—¿Por qué no...? El otro día vino un comerciante de Pisa a pedirle la curación de su hija. El Padre lo mira y le dice: "¡Tú, tú estás mucho más grave que tu hija! ¡Tú estás muerto!" El desgraciado palideció: "De ninguna manera. Eso no puede ser... ¡Si estoy estupendamente!" "¡Desgraciado!, le gritó. ¡Infeliz! ¿Cómo puedes estar bien con tantos pecados en tu conciencia? Puedo contar por lo menos treinta y dos." Imagínese el pasmo de aquel comerciante... Después de la confesión lo publicaba a los cuatro vientos: "Todo lo sabía de antemano, me lo ha dicho todo."

—Verdaderamente es cómodo confesarse con un sacerdote que os dice vuestros pecados. No hay por qué devanarse los sesos con exámenes de conciencia.

—Nada de eso. El P. Pío nada facilita. Si conoce vuestros pecados, no os exime en modo alguno de la humillación de declararlos. Su labor se limita a ayudarlos. Si usted dice, por ejemplo: He cometido tal pecado, tantas veces..., quizá él os corrija diciéndolos: "Recuerda tal día, tal lugar..." A una gran pecadora, arrojada a sus pies, le declaró en cierta ocasión todos los pecados menos uno. Tras un momento de lucha intensa, acabó por confesarlo la interesada. "Aquí te esperaba, hija mía, exclamó gozoso el P. Pío. ¡Ahora puedo darte la absolución.» Esa señora contaba más tarde que si, día por día, hubiese escrito la historia de su vida, no habría sido más exacta que la declaración del P. Pío. "No se le pasó el más mínimo detalle..." Pero quiso que hiciera el esfuerzo de declarar este último pecado.

—¿Es verdad que el P. Pío tiene marcada preferencia por los grandes pecadores?

—Ya lo creo. En la casa del Padre celestial tienen prioridad los hijos pródigos. No puede usted imaginar las confesiones que estas paredes han escuchado. Lo que sabemos no es nada en comparación de lo que seguirá siendo un secreto hasta el fin de los tiempos. El P. Pío está llamado, sobre todo, a convertir a los pecadores. Todos sus carismas están supeditados a las almas, que se doblan, como es natural, al verse descubiertas y desenmascaradas. Le contaré todavía otro ejemplo:

Un hombre, ciegamente entregado a criminales relaciones, acompañó aquí a su mujer con este bien pensado proyecto: queriendo deshacerse de ella, había decidido matarla. El viaje a San Giovanni serviría de venda para ocultar el hecho a los ojos de su familia. Era un ateo que no creía ni en Dios ni en el diablo. Sin la menor inquietud, pasó a la sacristía por ver, como él decía, aquel "fenómeno característico de la histeria". El Padre departía con sus hijos espirituales... Apenas lo vio, se dirigió hacia él, lo cogió del brazo y lo plantó en la puerta. "¡Via, via, via! ¿Ignoras, acaso, que está prohibido manchar tus manos con sangre? ¡Vete de aquí!" El terror sobrecogió a los presentes. Fuera de sí, el desdichado huyó como alma que lleva el diablo. ¿Qué pasó durante la noche? Sólo Dios y el P. Pío lo saben. Al día siguiente, después de la misa, se echó a los pies del Padre, que le acogió paternalmente, lo confesó, le dio la absolución y lo abrazó con ternura. Antes de partir le soltó a quemarropa:

—Siempre has deseado tener hijos, ¿no es verdad?

El buen hombre no salía de su asombro.

—Sí, Padre, muchísimo.

—Pues bien, no ofendas más a Dios, y tendrás uno.

Un año más tarde volvieron ambos esposos para bautizar al niño.

Al salir del confesonario los penitentes le rodean y asedian incansablemente. Tiene dos Hermanos que acuden a protegerle y él intenta zafarse, malhumorado y con ásperos gestos, agitando su pañuelo de cuadros.»

ADMINISTRADOR DE DIOS

En carta de fecha 28 de septiembre de 1915, el P. Pío dice, entre otras cosas: «Se quejan ustedes —se dirige a un grupo de Terciarias— de que no satisfago a todas sus preguntas y me reprochan gentilmente por ello. No me queda sino presentarles mis excusas... Sepan que, muy contra mi deseo de complacerlas, sufro de tiempo atrás ciertos achaques de amnesia. Pero veo que en el fondo es una gracia muy grande que el Señor no me traiga a la memoria sino aquellas personas y cosas que El quiere. Porque es El, el Señor, quien reiteradamente me presenta a personas a las que jamás he visto en mi vida y de quienes nunca he oído hablar, con el fin exclusivo de que rece por ellas. En tales casos me escucha siempre. Por el contrario, cuando no quiere escucharme, hace que me olvide

de rezar aun por aquéllas por quienes yo había hecho propósito firme de encomendar. Mi amnesia se extiende, a veces, a artículos de primera necesidad, como el beber, comer y cosas parecidas. Doy con todo gracias a la Providencia de no haber permitido jamás que olvide mis deberes de estado.»

A través de esta carta vemos, pues, cómo Dios es el dueño único de todos los bienes y el P. Pío un simple administrador de los talentos a él confiados, un instrumento sangrante del Señor.

CEBO DE ALMAS PARA EL CIELO

El P. Pío es, ante todo, un sacerdote, pero un sacerdote estigmatizado. La efigie de Cristo marca su carne. Este es el divino reclamo, el maravilloso cebo con el que el pescador de almas ve facilitado el cumplimiento de su misión. Dios no nos ha regateado tales signos a lo largo de la historia. Pero la Iglesia nos recuerda constantemente que el valor de estos signos está en lo que representan. El Padre, con sus gestos ásperos y displicentes, quiere darlo a entender así. No es a él a quien se le debe agradecer el favor; sino a Dios, que se sirve de aquel sacerdote como de cebo para realizar directamente los más asombrosos prodigios. Por eso el P. Pío rechaza violentamente cualquier forma de agradecimiento: «Díselo a El y no a mí», contesta tajante y de mal humor. Y acepta con paciencia, por amor a las almas, su cruz, que consiste en ser espectáculo para el mundo y la Humanidad.

OTROS HECHOS INCOMPREENSIBLES

Sus dirigidos afirman que cuando el P. Pío bendice o pone la mano sobre sus cabezas, se siente un flúido misterioso, como una descarga eléctrica.

Respecto a sus fotografías, que hoy día se consiguen con facilidad, existe también una curiosa historia de autenticidad probada. Cuantos fotógrafos disparaban sobre el Padre sus máquinas no conseguían impresionar las placas. El rollo, al revelarlo, aparecía perfecto en todos sus fotogramas, salvo los que se habían dedicado al P. Pío. Y esto ocurría siempre, sin excepción, hasta que los superiores, abrumados por tanta petición de los peregrinos, le dieron orden, por la santa obediencia, de eludir el prodigio. Desde entonces son infinitas las fotografías que existen de nuestro estigmatizado.

Es muy corriente el caso de convertidos que pasaron de las tinieblas a la luz, y ya no han querido separarse del Padre. Así van surgiendo chalets y construcciones modestas alrededor del convento de San Giovanni. Uno de ellos, Alberto del Fante, ha publicado un libro que titula «Para la historia» y en donde se limita a recoger casos, redactados por

los propios interesados, y cuyo testimonio les hace firmar. Transcribimos a continuación uno tomado al azar y que corresponde a la conversión de don Frederik Abrech, quien montó una librería y se quedó para siempre en San Giovanni Rotondo. He aquí el resumen de su historia, escrito de su puño y letra, y que figura en la página 309 de la citada obra. Dice así:

«Cuando en noviembre de 1928 fui a ver por primera vez al P. Pío, yo no tenía fe. Nacido en el seno de una familia protestante, rabiosamente antirromana, abracé el catolicismo por razones de conveniencia social. Nada me decían los dogmas. Prefería las ciencias ocultas. Un amigo me había iniciado en el espiritismo; pero los mensajes de ultratumba se me antojaron poco convincentes. Me eché en brazos de la magia y más tarde de la teosofía... consagrando gran parte de mi tiempo a leer libros sobre estas materias, que llenaban mi biblioteca. Por no contrariar a mi mujer, me acercaba de tiempo en tiempo a los sacramentos; pero sin convicción.

Un día oí hablar de un capuchino estigmatizado, obrador, según se decía, de milagros. Picado por la curiosidad, pero pensando también en mi mujer, gravemente enferma y en vísperas de una operación que le habría privado para siempre de los goces de la maternidad, me decidí a probar fortuna y llegué a San Giovanni. Huelga decir que mi escepticismo era tanto mayor cuanto se trataba de hechos sobrevenidos en el seno de la Iglesia católica, a la que creía un conciliábulo de supersticiones. El primer contacto me dejó frío. Me habló secamente y con brevedad..., sin el cariño que yo esperaba de él después de un viaje tan largo y penoso. A pesar de todo, decidí confesarme.

Apenas me arrodillé, el P. Pío me declaró que en mis confesiones precedentes había callado pecados graves y me preguntó si procedía de buena fe. Yo le contesté que para mí la confesión era como una acertada institución social en cuyo carácter sacramental no creía. Sin embargo, un no sé qué me obligó a añadir: "Pero ahora, Padre, creo." El P. Pío calló unos momentos; después, con una expresión de indecible dolor, me dijo: "Todas sus comuniones fueron sacrílegas, vivía en la herejía. Es necesario hacer una confesión general. Examine a fondo su conciencia y recuerde su última confesión bien hecha. Jesús no fue tan misericordioso con Judas como con usted..." Me clavó una mirada heladora y dijo en voz puesta: "Sia lodato Gesù et María...", y se fue a la iglesia a confesar a las mujeres.

Consternado seguí en la sacristía. Sus palabras continuaban vibrando en mis oídos. "Recuerde su última confesión bien hecha." Era verdad que al hacerme católico habían vuelto a bautizarme "sub conditione". Y verdad asimismo que al poco tiempo hice una buena confesión en que, para mi mayor tranquilidad, manifesté todos los pecados cometidos desde mi in-

fancia... Mi cabeza era una partida de ajedrez en el momento en que el Padre volvió a la sacristía: "Conque... ¿desde cuándo?"

Comencé a balbucir algo, pero me cortó en seco: "Basta. Usted se confesó bien a su regreso de la luna de miel. Dejemos todo lo anterior y vamos a comenzar a partir de este momento."

Yo estaba más muerto que vivo. Pero ni me dejó tiempo para reflexionar. Con nitidez y con una precisión sorprendente me fue enumerando todas las faltas acumuladas en tantos años. Me dijo, incluso, la cifra exacta de las misas que había dejado de oír. Hecha la recapitulación de mis pecados mortales, me afeó e hizo medir su gravedad y añadió con un tono que jamás olvidaré: "Lei ha sio lto un inno a Satana, mentre Gesù nel suo sviscerato amore si e rotto il collo per Lei": ("Usted cantaba himnos a Satanás, mientras que Jesús, en su entrañable caridad, se ha sacrificado por su amor"). Después de la absolución me sentí tan feliz y tan ligero, que me parecía tener alas. Al entrar en el pueblo, en compañía de otros peregrinos, me saltaba el alma en el cuerpo y retozaba como un eral.

Humanamente hablando, mi caso no tiene explicación. Era la primera vez que me veía. En la confesión me recordó ciertos detalles olvidados ya. Estaba al corriente de los hechos más insignificantes de mi vida, que hacía resaltar cuando la confesión lo exigía. Tampoco se puede hablar de telepatía, puesto que mi confesión iba a abarcar cuanto me había acontecido desde mi infancia...»

Al poco tiempo, el señor Abrech llevó a su esposa a conocer al Padre. Esta se encontraba enferma y condenada a ser operada, prescindiendo de la operación ante las indicaciones que le hizo. Rápidamente se restableció y a los dos años le predijo el Padre que tendría un hijo. «Un parto sin dolor», según asegura la señora Abrech. Ese hijo es hoy sacerdote.

EL RESCATE DE ALMAS

Si se nos escapan muchas almas es porque no pagamos su precio —dice el P. Pío—. Diariamente ofrece su sangre por los pecadores, a los que conquista con el ofrecimiento de sus dolores. El Padre otea las conversiones, las que ve venir de lejos, sintiéndolas aproximarse a través de sus liagas. Así, las disputa y arranca violentamente a la justicia divina. «Hoy tendremos otro pez gordo», pronostica. Y sigue ofreciendo, a manera de rescate, el dolor y la sangre de su cuerpo herido.

El pueblo se mueve, entusiasmado, en su alrededor. El Padre parece libre, pero está cercado por ese pueblo que le vigila celoso.

Los superiores conocen el peligro de canonizar en vida a los santos y toman sus medidas para evitar los riesgos de esos entusiasmos populares. Por otra parte, en los momentos de las duras persecuciones de que

ha sido objeto se ha intentado por todos los medios ocultarlo a la veneración de sus fieles, escondiéndolo en algún lugar desconocido. Pero el pueblo, enterado de las maniobras que contra él se habían preparado, decide tomarse la justicia por su mano y actuar rápida y violentamente. Sin perjuicio de ir a Roma para poner las cosas en su punto, organizan una verdadera defensa del Padre contra las posibles decisiones de sus superiores. «No dejaremos que nos quiten a nuestro santo. Que prueben, si se atreven. Lo tendremos aquí —aseguran— vivo o muerto.» Porque también un santo muerto es una reliquia de trascendental valor. Y todo un ejército de hombres y mujeres de todas las clases sociales, armados con hachas, hoces y palos, etc., rodean el convento y montan su guardia de día y de noche. Los superiores solicitan el apoyo de los carabineros, que no se atreven a intervenir. Por fin, se rinden a la evidencia y condenan al Padre a permanecer encerrado en su celda de aquel lugar que está vigilado por un pueblo de locos. Trataremos de este asunto ampliamente en otro epígrafe.

Así sigue en San Giovanni Rotondo, donde recibe cartas del mundo entero, muchas de ellas con donativos que no siempre han llegado a sus manos ni a sus obras. En otro lugar de este libro hablaremos también de tan delicada cuestión. Algunas de estas cartas son contestadas por secretarios del Padre, pues el estado de sus manos no le permite sostener la pluma más de lo indispensable. Otras son objeto de un simple acuse de recibo impreso firmado por el P. guardián.

TELEGRAFIA SIN HILOS

El P. Pío capta a distancia las llamadas urgentes de quienes piden su intervención. «Mujer de poca fe —le dijo en una ocasión a una penitente que llevaba varios días persiguiéndole para que le escuchara su súplica—. ¿Cuándo me dejarás en paz y acabarás de martillarme los oídos? No soy mudo ni sordo. Me lo has repetido ya cinco veces y en todos los tonos. Ya lo sé, no te preocupes. Corre a tu casa; Dios te ha concedido cuanto pedías.»

Transcribimos a continuación otro caso tomado también de la obra «Un estigmatizado de nuestros días», original de María Winoska:

«La signora Luisa Vairo, una de las fortunas y de las bellezas más envidiadas del contorno, llegó un día a San Giovanni, por mera curiosidad si se quiere, pero en parte también para desafiar la opinión pública.

No bien hubo llegado, se apoderó de ella un dolor tan vivo de sus pecados, le parecieron tan monstruosos que, venciendo toda vergüenza, se dio a llorar como una Magdalena en plena iglesia. Sus sollozos desgarrados atrajeron junto a sí a varias dirigidas del P. Pío. Puesto al corriente, se

acercó a la signora Vairo y le dijo: "Cálmese, hija mía; la misericordia no tiene límites y la sangre de Cristo lava todos los crímenes del mundo."

—Padre, quiero confesarme —dijo aquella desconocida que unos momentos antes se hubiera reído de tal propuesta.

—Cálmese, ante todo —insistió—. Vuelva mañana.

A la signora Vairo se le pasó la noche recapitulando sus pecados. No se había confesado desde niña. Como tantísimos, al llegar al confesonario, se quedó hecha un ovillo, sin saber de qué cabo tirar. Viéndola en tan lamentable estado, el P. Pío empezó a hacer despacio el triste inventario de su vida. Al terminar, le dijo:

—¿No recuerdas nada más?

La señora sintió un escalofrío de vergüenza y estuvo a punto de cerrarse en banda. ¿No basta ya de lodo? El P. Pío callaba y esperaba. Sus labios se movían suavemente. Por fin ella se serenó.

—Sí, Padre, todavía me queda esto.

—¡Loado sea Dios! —gritó alborozado—. Es lo que estaba esperando. Vete en paz, hija mía. Yo te absuelvo.

Desde este día la conducta de la señora Vairo fue un mentís rotundo a su pasado y, con el fervor de un novicio, redactó un programa de penitencias que hubiera admirado a San Pedro de Alcántara.

Luisa Vairo recibió más adelante un gran favor en la persona de su hijo, oficial de la Marina de S. M. Británica. Leyó en la prensa que el barco donde estaba destinado su hijo había sido hundido por los alemanes. "Ha muerto", le dice, señalándole la noticia del periódico. El Padre la tranquiliza. Le asegura que su hijo se ha salvado del naufragio y que se encuentra en una isla del océano Atlántico, muy pintoresca, pero ignorada por los mapas geográficos. El tiempo confirma la noticia. Desde entonces, Luisa Vairo intensifica sus penitencias y sus manifestaciones de gratitud que inició desde el momento de su conversión.

Una mañana de invierno se le vio trepar, descalza, el repecho que sube a la iglesia. El viento se agarraba, gimiendo, a los árboles, llovía y un frío aterido acuchillaba el paisaje desolado. Días como éste se repiten con frecuencia en las laderas del monte Gárgano.

Calada hasta los huesos, los pies sangrantes —en aquel entonces el camino de la iglesia era muy pedregoso—, logró alcanzar la explanada y cayó desvanecida de dolor y de frío en el atrio.

Cuando volvió del letargo, sus ojos se encontraron con los del P. Pío.

—Hija mía, hay que ser mesurada aun en la penitencia —y añadió, poniéndole suavemente la mano sobre el hombro—: Menos mal que esta agua no moja...

La epopeya tuvo un final de encantamiento. Sus vestidos estaban completamente secos.»

LOS FENOMENOS DE BILOCACION

Uno de los dones más sorprendentes del P. Pío es el de la ubicuidad. Cuando tenía veintisiete años, el día 10 de diciembre de 1914, escribía sin darle importancia: «Hace ya algunos días el Señor me permitió visitar a Giovina, y por su mediación la llenó de gracias... Me pareció que estaba mejor. Le ruego, sobre todo, **que nada deje traslucir ante Giovina de mi visita**; será mejor guardar el secreto del Rey».

Varias veces estuvo en bilocación con el siervo de Dios Giacomo Gaglione, uno de sus hijos espirituales más íntimamente unidos al fraile. A Gaglione lo calificaban en San Giovanni Rotondo con el nombre de «el semáforo rojo», porque cada vez que pasaba el P. Pío entre los enfermos, cerca de él, se paraba para intercambiar unas frases.

Entre las numerosas historias de bilocación de su largo anecdotario figura la salvación del general Cardona, quien se sintió moralmente destrozado por la caída de Caporetto.

Era de noche, en el Palacio de Zara, en Treviso. El general saca de la funda su pistola. Ha decidido matarse. Los centinelas tenían orden de no dejar pasar a nadie y la verdad es que nadie pasó. Pero en el momento crítico la figura vacilante de un fraile apareció junto al desesperado militar, y le dijo: «Vamos, general, no cometa tal locura.» El general prescindió del fraile para dirigirse, encolerizado, a la guardia que había infringido sus severas órdenes. Antes de acabar con su vida castigaría al responsable de aquella indisciplina. Los centinelas aseguraron no haber dejado pasar a nadie. La cólera se convirtió en asombro. Cuando vuelve a la tienda no encuentra a nadie. Pasó el peligro. Llega la paz. El general oye hablar insistentemente al P. Pío. Escucha narraciones desconcertantes. Una idea fija le martillea el cerebro. Para salir de dudas decide visitar al P. Pío, y se traslada a San Giovanni. Es la época en que está sometido, como un conejo de Indias, a las experimentaciones de los médicos. Acercarse a él resulta imposible. Insiste repetidas veces en su pretensión, pero le niegan la visita. Por fin acceden al favor de verlo de lejos. El P. guardián lo lleva hasta el rincón de un pasillo, por donde ha de pasar toda la comunidad. Llegan los frailes, silenciosos, unos detrás de otros, con los ojos bajos. Pero al acercarse al rincón donde se encuentra el general, uno de ellos levanta la vista, le mira, le sonríe y alza su mano en afectuoso reproche. Es el capuchino que, burlando la vigilancia de los centinelas, hizo caer el revólver de la mano cuando el general había decidido su propia muerte.

Este misterio de la bilocación, no demasiado frecuente en la historia de la mística, pero del que existen varios casos comprobados, es utilizado con frecuencia por el P. Pío para pasar sin ser visto cuando no le conviene dejarse ver. De él se cuentan infinidad de relatos en los que burló la espera paciente de los peregrinos ante la puerta que debía atravesar, llegando hasta la iglesia sin que nadie lo viera.

María Winoska relata, en su libro citado, la historia que escuchó de boca de sus protagonistas, cuando en ferrocarril se dirigía por primera vez hacia San Giovanni Rotondo. En el mismo departamento viajaba un matrimonio con un niño en brazos. El era un obrero, descargador en el muelle de Nápoles y afiliado hasta hacía poco tiempo al partido comunista. Iban en busca del P. Pío.

—Vamos a darle gracias —dijo Francesca— por el nacimiento de Giovanino. Sin la intervención providencial del P. Pío, hubiéramos perdido a nuestro hijo —agregó el marido, mientras acariciaba al pequeño.

María Winoska quiso saber toda la historia, que resumo en breves palabras. Parece ser que Francisca había tenido una caída de bicicleta. Para salvar a la madre, la ciencia exigía sacrificar al hijo. Mujer de fe oculta, pues las ideas del marido le impedían exteriorizarla, decidió escribir al P. Pío, al estigmatizado, del que había oído sorprendentes prodigios. La carta no tuvo respuesta escrita, pero la víspera de la operación se vio sorprendida, cuando estaba sola, con la visita de un fraile vestido de negro. Ella se preguntaba cómo había podido llegar hasta allí, siendo su marido un anticlerical rabioso. El fraile sonrió y levantó su índice en un gesto profético: «¡No cometas tal locura...! La criatura vendrá con bien, será un niño y le llamarás Giovanni.»

—La visión se esfumó —declara Francisca—. Después de dos meses mi corazón empezaba a latir a un ritmo valiente y esperanzador. Mi resolución chocó contra las ideas de mis familiares. El médico, sin embargo, dijo que sin mi consentimiento no podía lanzarse a una operación. Yo daba el milagro por cierto. Comprobé su foto... No cabe la menor duda: era el P. Pío. En resumen, todo salió a pedir de boca... Y ahora vamos a San Giovanni a presentar nuestro pequeño al Padre.

Aquella entrevista providencial acabó de decidir a María Winoska en su antiguo deseo de visitar el convento donde trabaja para Cristo este estigmatizado de nuestros días, comprobando así, de cerca, cuanto de él había oído. Así pudo constatar y relatar después en su libro aquel peregrinar continuo de hombres y mujeres de todas las naciones y clases sociales que, no obstante las dificultades del viaje, principalmente derivadas por la falta de hospedaje para tanta muchedumbre, pasan diariamente por San Giovanni, ratificando aquella afirmación extendida por toda Ita-

lia que asegura que «en San Giovanni no se come ni se duerme, pero se es feliz».

Otro caso admirable de bilocación fue protagonizado por un príncipe de la Iglesia, el cardenal de Montevideo, monseñor Barbieri.

El vicario general de la diócesis de Saltos, en Uruguay, deseaba terminar sus días en San Giovanni Rotondo. El P. Pío le dijo que su deber estaba en la diócesis. «Entonces —le replicó monseñor Fernando Damiani— prométame que me asistirá usted en el momento de morir.» El Padre se concentró unos instantes y después dijo:

—Sí, se lo prometo.

Pasan los años. Una noche, monseñor Barbieri, que en aquellas fechas era ya arzobispo, oyó que llamaban a su puerta. Es de noche; sobresaltado, grita: «¿Quién está ahí?» Y en el acto un capuchino desconocido entra en la habitación y le dice: «Vaya a casa de monseñor Damiani, que se está muriendo.»

El arzobispo se levanta y cumple la orden. Llega a casa del vicario y lo encuentra muy grave, con una angina de pecho. Con mente lúcida recibe el Viático y la Extremaunción. Después entra en una serena agonía y muere.

Sobre la mesilla de noche se encuentran unas palabras trazadas a lápiz con mano temblorosa, que dicen: «El P. Pío vino».

El arzobispo guarda el mensaje en el deseo de comprobar personalmente la posible verdad de aquellas palabras. Aprovechando una visita a San Giovanni Rotondo, como titular de la diócesis, llega al monasterio y pregunta por el fraile. En el acto lo reconoce. Para confirmar la realidad del fenómeno, le pregunta abiertamente. Pero el P. Pío no contesta. Ante el temor de que no le hubiese oído, repite la pregunta y el Padre sigue sin responder. Entonces, sonriendo, comenta: «¡Comprendo lo que pasa!» Y el estigmatizado, con la sonrisa más suave y a la vez más maliciosa, confirma su pensamiento: «¡Vuestra reverencia ha comprendido muy bien!»

Otro caso similar: Don Orione, fundador de la «Obra de la Pequeña Providencia», le contó al Papa Ratti haber visto al P. Pío arrodillado ante la tumba de Pío X en la cripta del Vaticano. «Si es usted quien lo afirma, le creo», le contestó el Papa Ratti. Era el día en que la Iglesia celebraba la beatificación de Santa Teresita de Lisieux.

Don Orione, hombre que ya en vida gozó de un justificado prestigio de santidad, defendió al P. Pío en varias ocasiones, fue testigo excepcional de curaciones y prodigios que confirmaban el origen carismático de sus estigmas e influyó decisivamente ante el Papa para revocar los decretos

condenatorios del Santo Oficio y rehabilitar al fraile tras la primera persecución.

Este fenómeno de la bilocación o el desdoblamiento de la persona es presentado por el teólogo Royo Marín como un fenómeno sorprendente, difícil de explicar. En la víspera del día de San Antonio del año 1922, los frailes se enzarzaron en una apasionada discusión sobre tan incomprensible fenómeno. Uno de ellos hace observar que quizá San Antonio, cuando estuvo al mismo tiempo en Padua y en Lisboa, no se daba cuenta exacta de esta doble presencia. El P. Pío le interrumpe en el acto y con el tono de quien sabe bien lo que dice, afirma: «Es seguro que San Antonio se percataba de esta doble actuación. No se puede saber si es el cuerpo o el alma quien se desplaza, pero se es consciente de este desplazamiento y se sabe hasta dónde se va.»

Recientemente se han atribuído al P. Pío varios desdoblamientos de esta clase: en Hungría, para asistir al cardenal Mindszenty; en Yugoslavia, durante el juicio del arzobispo Stepinac, y en Polonia, para reconfortar a los seguidores del cardenal Winzinski, perseguidos por los comunistas.

En una carta de fecha 11 de diciembre de 1919, poco tiempo después de la aparición de los estigmas, dirigida a una hija espiritual, le acaba diciendo: «Por amor El te pone a prueba y por amor también El permitió a su indigno ministro el estar junto a ti la noche pasada, para reconfortarte y darte valor ante la dura prueba...»

En el mismo salón de su casa de Roma apareció junto al actor Carlos Campanini, pocos días después de su conversión, visita que le había anunciado unos días antes por una postal enviada desde San Giovanni Rotondo. El actor, impresionado, encarga un busto para colocarlo en el lugar de la aparición y después se va a visitar al Padre.

—Quisiera darle las gracias por la visita que me hizo en Roma.

—¿Por qué no, Campanini?

—Pero, Padre, ¿de verdad era usted?

—¿Lo dudas acaso? —Y para confirmarle en su fe, hace alusión al busto de mármol que acaba de encargar.

Este fenómeno de ubicuidad se ha dado en otros santos. Ya hemos aludido a San Antonio de Padua y lo mismo podríamos decir de Santo Domingo, transportado al interior de una iglesia, ante cuyas puertas cerradas se había detenido a rezar; de Santa Rita de Casia, que fue encontrada una mañana en el coro de la pequeña iglesia del monasterio de las Agustinas a pesar de que todas las puertas habían sido cerradas según la regla de la clausura.

LA CURACION DEL P. PLACIDO

El P. Plácido de San Marcos en Lamis ha relatado minuciosamente su caso. Estaba en el Hospital de San Severo con un grave trastorno biliar. Había pedido la comunión. Eran las seis de la mañana cuando la monja vio sobre el cristal de la ventana una mano estampada desde el exterior, un mano horadada a través de la cual la luz atravesaba el orificio por donde salían unos hilillos de sangre. El P. Plácido afirma que reconoció la mano del P. Pío y que estaba cierto de haber venido a visitarle. Recibió la comunión, pero su salud no mejoraba. Pasaron tres días y se encontraba muy mal cuando a medianoche vio aparecer al P. Pío, sereno y sonriente, como tantas veces lo había visto. Quiso saludarlo, pero el Padre, levantando la mano, le dijo: «Estate tranquilo. **No morirás.**» Repitió el gesto de nuevo prohibiendo que hablase y desapareció. Impresionado, no pudo dormir. Y al amanecer se sintió curado, repuesto de sus fuerzas, hasta el punto de levantarse, vestirse y reintegrarse al convento entre las protestas de las enfermeras y los médicos, que no salían de su asombro.

El P. superior, Alberto de San Giovanni Rotondo, párroco entonces de la iglesia Virgen de las Gracias de San Severo, y posteriormente guardián del convento, le preguntó al Padre si había estado en San Severo, y éste, no pudiendo mentir ante la pregunta concreta del superior, se revistió de la mayor humildad y confesó avergonzado:

—Sí, estuve allá, pero no digáis nada a nadie.

Como afirmaba el protagonista del suceso, P. Plácido, en aquel momento lo sabía ya todo el Gárgano.

Otro caso: Un periodista romano de la RAI, que hablaba por el micrófono en una emisión dedicada a los enfermos, se sintió momentos antes de actuar atacado de una tremenda jaqueca. No podía resistirlo. Le saltaban las sienes. Faltaban sólo unos minutos para iniciar su programa. Desesperado, se arrojó sobre un sillón e invocó al P. Pío. En aquel momento oye el rumor de unos pasos y el tintineo de un rosario y el estigmatizado aparece, le pone la mano sobre su cabeza, a punto de estallar, y el periodista piensa para sí: «Estoy sufriendo una alucinación.» Pero, como por arte de encantamiento, el dolor desaparece. Se agarra al micrófono y habla mejor que nunca. Al día siguiente, corre a San Giovanni y en el corredor se encuentra con el Padre. Apenas lo ve, le sonríe y le dice con su clásica expresión picaresca: «¡Ten cuidado con las alucinaciones!»

Infinidad de casos podríamos contar, de corte parecido, que harían interminable este relato.

El P. Pío, cuando le dejaban, contestaba su correo. Ante muchas cartas dictaba la respuesta sin abrirlas. Su jornada es intensa y está dedicada a los demás. Escasamente duerme o hace que duerme. Se levanta a las dos

y se pone de nuevo en oración hasta el momento de bajar a la iglesia para la misa. En los últimos años, y dada su avanzada edad, cada día más necesitada de vigilancia y cuidados, un devoto hijo espiritual suyo lo vigila durante el sueño. Se trata del P. Pellegrino de Elías. Pero el P. Pellegrino sólo puede dar fe de su presencia física «aparente». ¿Duerme el Padre esas horas del día, o son las que aprovecha para sus escapadas furtivas, mientras el cuerpo queda extático, inmóvil, recostado sobre un duro camastro o sobre un sillón...? Porque voces fidedignas afirman que lo han visto muy lejos de allí mientras oficialmente estaba durmiendo. La Iglesia se pronunciará algún día sobre estos sorprendentes fenómenos. De momento, nuestra misión de simple cronista es la de dar fe del suceso y esperar respetuosamente la confirmación oficial, que el tiempo ha de dar en su momento.

Su alimentación es propia de un pajarillo: «una cuchara de menestra, un poco de verdura y una pera, cuando la hay». A veces, un poco de agua. Y en verano, por insistencia de sus Hermanos, un vaso de cerveza. No ha comido carne en su vida y desde hace muchos años no prueba el pan. Dada su actividad, esta alimentación, según el doctor Festa, es claramente insuficiente, sobre todo teniendo en cuenta la notable cantidad de sangre que pierde todos los días.

UN AROMA INCONFUNDIBLE

Otro de los dones del P. Pío es el de un extraño perfume que emana de sus llagas en determinadas circunstancias. Uno de los primeros que se sorprendió del aromático ambiente de su celda fue el doctor Romanelli el día de su primera visita. Encontró el hecho anómalo, y pensó mal del estigmatizado. Al P. Valenziano le confió sus escrúpulos:

—Debe ser regalo de alguna beata. Pero no me parece bien que un capuchino de vida mortificada, según se dice, use cosméticos, y menos de ese precio.

El P. Valenziano le tranquilizó en sus sospechas: «Es la sangre del P. Pío», le dijo. Al doctor Romanelli no le convenció la versión, y volvió a la celda a comprobarlo. El perfume había desaparecido. Desde entonces recorría el convento con la nariz en ristre, intentando percibir de nuevo aquel aroma tan inconfundible, aroma que tan pronto le envolvía como desaparecía por completo. En su informe al P. provincial, dijo:

«Dígnese anotar, M. R. P. provincial, que no puede en absoluto tratarse de una autosugestión. Ante todo, nadie me había hablado jamás de este fenómeno, y en segundo lugar, en caso de autosugestión, yo debería haber notado este olor todo el tiempo o repetidas veces, y no después de un intervalo tan largo. Se lo manifiesto con la mayor lealtad, ya que

somos en general excesivamente propensos a atribuir a sugestión cualquier fenómeno de difícil explicación.»

El doctor Festa se hizo con un paño empapado en la sangre de su costado, que llevó a su consultorio de Roma, observando cómo aparecía y desaparecía el perfume, comentando los pacientes que le visitaban el fenómeno de aquel característico aroma que no todos llegaban a percibir.

Este extraño perfume cumplió en varias ocasiones el papel de mensajero del Padre para advertir a quien lo experimentaba de algún peligro o determinación a seguir. Según una de las dirigidas, no perfuma por el placer de perfumar, sino para fines de apostolado, o bien de las almas. Así, de cerca o de lejos, su aroma reanima, despierta la conciencia ante un peligro inminente, recrimina, etc.

Un matrimonio polaco, residente en Inglaterra, le escribió al Padre sin obtener respuesta. Impacientes por despejar sus dudas, se pusieron en camino. Detenidos en Berna, se preguntaban si merecía la pena continuar, pues tenían noticias de que el Padre no recibía a nadie por orden de sus superiores. Ya habían decidido el regreso, cuando la habitación se inundó del maravilloso perfume. Intentan localizar su procedencia, sin conseguirlo, pues la habitación correspondía al último piso de una modestísima fonda. Aquel fenómeno inexplicable les decidió a continuar el viaje, pese a todos los obstáculos. Al llegar a San Giovanni, el Padre los recibió inmediatamente.

—Le escribimos una carta; pero como no recibimos su respuesta...

—¿Cómo que no os he respondido? ¿No habéis notado nada esta noche en el albergue suizo?

También algunas curaciones milagrosas suelen llevar el signo del inconfundible y milagroso perfume. Así ocurrió, por ejemplo, con la curación de la señorita Josefina Marchetti, a la que el Padre, al fracasar la operación, le aseguró que sanaría. La promesa se la hizo en junio de 1930, sin que se produjera ningún cambio hasta el 17 de septiembre. En este día, festividad de los estigmas de San Francisco, «la casa de los Marchetti fue invadida de repente por un delicioso perfume de junquillo y de rosas». La fragancia duró un cuarto de hora aproximadamente. Desde ese día, la joven recobró el uso de su brazo y las radiografías pusieron de manifiesto una total recuperación de huesos y cartílagos.

Según aseguran algunos de los seguidores del P. Pío, este aroma es distinto en función a la índole de la intervención del Padre, es decir, según se trate de reprender, animar, castigar, etc.

San Giovanni Rotondo, sombrío, quemado por el sol, inundado de establos y animales, despide con frecuencia el aroma de un jardín de fábula. El arzobispo de Manfredonia, que persiguió al P. Pío y pagó su calumniosa

conducta con la pérdida de los atributos episcopales, explicaba aquellos efluvios diciendo que el fraile escondía bajo su cama frascos de esencia perfumada, olvidando que es imposible ofrecer una variedad tan completa de aromas, que aparecían y desaparecían de improviso, independientemente de la voluntad de quien quería probarlos. Esta es precisamente una de las características del aroma milagroso.

Objetos bendecidos por el Padre despiden de repente efluvios perfumados. Hablando sobre la vida y milagros del santo estigmatizado, aparece de pronto, en muchas ocasiones, como respuesta de agradecimiento por aquellas palabras. Una dama rumana, convertida del protestantismo, hizo bendecir un rosario por el fraile. Al regresar a Budapest abrió el bolso para enseñarlo y todos, menos ella que ya lo había experimentado, sintieron el aroma de la presencia en espíritu del Padre. Una familia, entusiasta seguidora del capuchino, sintió también estos efluvios mientras su padre estaba agonizando. Lo mismo ha ocurrido en varias ocasiones con crucifijos bendecidos por el Padre, bien en el momento de besarlos o de rezar ante ellos... El fenómeno se ha repetido varias veces también ante los ornamentos del fraile.

Entre sus carismas más destacados figura el don de profecía del que tenemos infinidad de pruebas. El anunció acontecimientos nacionales e internacionales de la vida italiana, coyunturas, derrumbamientos de mitos, accidentes o enfermedades a particulares, etc. Predijo el pontificado de Pablo VI, conforme al testimonio que relataremos en otro epígrafe de este libro; anunció las persecuciones que se estaban preparando contra él y otros muchos hechos que confirman el carácter profético de este excepcional instrumento del cielo para la conversión de las almas.

LA CONTRAPRUEBA

Todos los misterios a que hemos aludido en este capítulo, el sorprendente aroma que denuncia su presencia, las escrutaciones de corazón, vaticinios cumplidos, curaciones y demás hechos prodigiosos representan la «contraprueba» de sus estigmas y demuestran cumplidamente que no se trata de fenómenos de origen patológico ni tampoco preternatural; que el P. Pío no es un mixtificador ni un alienado; y que sus estigmas responden a la realidad que representa la reproducción de las llagas de Cristo, conforme a las características y normas propias, perfectamente estudiadas y conocidas, dentro del mundo de la mística.

CAPITULO V

DE SU ANECDOTARIO

LA historia del Padre viene jalonada por sus conversiones. Ateos, francmasones, libertinos, marxistas..., asesinos, impostores. Se trata de un apóstol especializado en casos graves.

«¡Padre, yo no creo en Dios!» «Pero Dios, hijo mío, sí que cree en ti.»

Recibe a grupos, entre los que con frecuencia hay personas que acuden por curiosidad y que pretenden esconderse. El Padre les llama, hace alusión a algo oculto de su vida que sólo el interesado debería conocer, y le deja el alma temblando y al desnudo. Al poco tiempo caen en el confesionario.

A un hombre, que le siguió a la sacristía, le dijo: «Vete, cástate con la mujer con quien comercias y después vuelve».

Dos jóvenes intentaban besarle la mano. El Padre las oculta y les dice: «¿qué le prometisteis a vuestro padre?» En efecto, el padre les había autorizado a visitarle con la condición de que no tocarían sus manos, cubiertas de llagas, según él, de origen tuberculoso. El incidente arrastró al poco tiempo al padre de las dos jóvenes.

Cuantos libros o artículos se publican sobre el P. Pío toman sus datos de la obra de Alberto de Fante, a quien ya hemos aludido en otra ocasión. Es, podemos decir, el cronista oficial de San Giovanni y las historias que publica van, como ya hemos dicho, avaladas por la firma del protagonista.

También su caso merece transcribirse, pues el escritor comenzó por impugnarle, declarándose enemigo del Padre y publicando en «Italia laica» varios artículos en los que lo trataba de mixtificador y bellaco.

«El cielo tomó cartas en el asunto. El milagro acaeció en su propia casa: la curación ruidosa e "indiscutible" de uno de sus sobrinos, herido de muerte. Un amigo, a espaldas suyas, había pedido al "impostor" de San Giovanni la curación del joven. A las veinticuatro horas estaba sano. No cabía invocar a los médicos. Ellos lo habían desahuciado y eran los primeros en maravillarse.»

Alberto de Fante, intrigado y para salir de dudas, se decidió a visitar y ver sobre el terreno al extraño taumaturgo. Un prurito de claridad le lleva a consignar día por día todas sus impresiones: «¿Mixtificador o santo?», se pregunta a su llegada a San Giovanni. El P. Pío se le antojó «un cualquiera», y al mirarlo sintió un deseo violento de desafiar su tau-maturgia.

«Me confesé sin fe, sin entusiasmo, como si se tratara de un sacerdote cualquiera. Sólo una cosa me impresionó. Ese hombre sabía mis pecados. A las primeras de cambio me espetó a bocajarro que pertenecía a «una sociedad que admitía a Dios, pero odiaba a sus ministros». Supongamos que por mi modo de hablar se hubiese barruntado mi filiación masónica. Hablamos largo y tendido de la filosofía que sustituye la fe por la conciencia. Por nuestra conversación desfilaron San Agustín, Spinozza, Descartes, Stuart Mill, Spencer, Darwin y otros filósofos modernos».

«Por fin le dije: Padre, mi mayor interés ha sido siempre orientar mis acciones hacia el bien, y si, desgraciadamente, a veces la bestia ha triunfado del hombre, mi conciencia me recriminaba: haz esto, no hagas lo otro... Jamás he tenido fe, lo que no me ha impedido ser un hombre honrado...» «¿Un hombre honrado? —me atajó el P. Pío—. ¿Un hombre honrado? Recuerde tales y cuáles circunstancias... Y me dijo cosas que ni él ni nadie podía saber.»

Entre los intelectuales ha tenido interesantes encuentros. Feruccio Caponetti, materialista militante, escribió de él:

«En Monte Gárgano encontré un maestro. Me recibió con alegría, escuchó sonriente mis dificultades y mis dudas; y con palabras sencillísimas, pero de una hondura de pensamiento insondable, desbarató una a una todas las objeciones que alardeaban en mi cabeza, anuló uno a uno todos mis argumentos, desenmascaró mi alma, y poniéndome delante el Decálogo de Cristo abrióme los ojos del espíritu: vi la luz y me ganó el corazón. Yo, creía».

El Padre dijo a otro intelectual: «En los libros se busca a Dios. En la oración se le halla».

LA ORACION TODO LO PUEDE

«Padre, Padre, concédame esta gracia: ¡Usted lo puede todo!»

El P. Pío se volvió malhumorado a la importuna mujer: «¿Qué quiere decir todo eso? Me estás diciendo que soy un perfecto canalla, porque si lo puedo todo y no hago nada, no soy más que eso: un canalla».

El argumento es claro. Muchos de los peregrinos parten del error de pensar que quien hace un cesto hace ciento, y que si el P. Pío es realizador de milagros, lo mismo puede hacer uno que mil. Pero la realidad no es ésta. La realidad nos dice que el Padre es un simple instrumento de Dios,

instrumento grato a sus ojos, pues no en balde está marcado con las llagas de su Hijo: instrumento que se abandona a la Providencia y pide por todos, aceptando el milagro cuando llega y el milagro que no viene y se rechaza. En los testimonios recogidos por Alberto de Fante abundan frases como éstas: «Dios es quien ha hecho este favor. Dale las gracias a El, no a mí». «Pídeselo a la Madonna, Ella te ha de obtener la curación». «La Virgen es quien te ha curado. Yo ni entro ni salgo».

La clave de sus milagros está en la oración. El P. Pío es un sacerdote que reza. Y la oración bien hecha —es promesa de Cristo— lo puede todo y no se resiste a nadie. «Si tuvierais fe (en vuestra oración) tan grande como un grano de mostaza, diréis a este moral: «arráncate de raíz, traspántate al mar y os obedecerá». La promesa formal está aquí; si pedimos sin dudar y con las condiciones debidas, tenemos a nuestra disposición la fuerza infinita del poder de Dios, y «el cielo y la tierra se mudarán, pero las palabras de Cristo no faltarán».

EL HOMBRE SIN DIOS ES UN SER MUTILADO

Pitigrilli fue en una ocasión de incógnito a San Giovanni Rotondo. Mezclado entre la multitud, espiaba en silencio. Pero el P. Pío, en cuanto se enfrentó con el grupo, se dirigió a él, diciendo en voz alta:

—Hoy tenemos ante nosotros a un gran pecador.

El escritor, según recoge en su autobiografía titulada «Pitigrilli parla de Pitigrilli», no se indignó por ello, y humildemente se arrodilló ante el Padre para poner su alma en paz con Dios. Había comprendido, gracias al P. Pío, que el hombre sin Dios es un ser mutilado.

También a los desconfiados sabe reprenderlos. Un peregrino hablaba con apasionado entusiasmo de los prodigios de San Giovanni. Al párroco del pueblo, que no creía en tales maravillas, le molestó aquella propaganda que no era por todos interpretada con rectitud. Aprovechando uno de los viajes del admirador del Padre, le dio el párroco para que se la entregara en mano, una carta. El peregrino llegó a la sacristía y antes de saludar al Padre le oyó decir: «Saca la carta que llevas en el bolsillo y escribe en el sobre la respuesta que te voy a dictar». Cuando al regresar le entregó al párroco la carta sin abrir con la contestación exacta a todo su contenido, su asombro fue indescriptible.

LA COMUNION DIARIA

El Padre recomienda insistentemente a sus dirigidos la misa y la comunión diaria. La misa, para el Padre, es el centro de la vida. Por eso suele decir que «la misa es lo más grande del mundo» y que «cada día salva al mundo de la perdición».

Respecto a la Eucaristía, transcribimos unas palabras del estigmatizado:

«¡Por nada del mundo deje la comunión de cada día! Desprecie todas las dudas que le asalten sobre el particular. Yo me hago responsable de ellas. Le basta con obedecer, siguiendo el camino que le indiqué. Mientras no se esté seguro de haber cometido una falta grave, no hay por qué renunciar a la comunión».

FRECUENTES CASOS DE CLARIVIDENCIA

Entre los milagros del Padre quizá el mayor es el de su propia existencia, trabajando activamente entre penosos sufrimientos y sin alimentarse apenas. El Hermano enfermero contaba que en una ocasión, y con motivo de un fuerte dolor de estómago, los médicos le prescribieron una dieta de agua. Así estuvo una semana, sin abandonar, por eso, su extraordinaria actividad. Al concluir la dieta se pesó y había engordado varios kilos.

Su clarividencia, causa, a veces, sorpresas no agradables para los interesados. Así, en cierta ocasión estuvo mientras confesaba en la sacristía a los hombres, persiguiendo con la vista a uno de ellos, cada vez más violento con aquella persecución. Al fin el Padre le llamó y se limitó a decirle: «Si quiere confesarse, póngase el hábito». Era un dominico desconocido que, vestido de paisano, había llegado para espiar y conocer al Padre.

Del Papa Benedicto XV se sabe que recibió la visita de un obispo que desconfiaba del estigmatizado de San Giovanni. El Papa escuchó su informe, y después le dijo: «Creo que se equivoca en sus apreciaciones. Le aconsejo que suba a San Giovanni para conocer la verdad por sus propios ojos».

El obispo cumplió la orden y, sin decir nada a nadie, se dirigió a Foggia. En la estación le estaban esperando dos capuchinos, que, después de saludarle, le dijeron que les enviaba el P. Pío para recibirle y acompañarle al convento.

—Pero si el Padre no sabe nada de mi viaje.

—Algo sabrá cuando nos ha enviado. Nos dijo que venía por orden del Papa.

Tras la natural sorpresa, el obispo cambió de parecer.

—Díganle al P. Pío que me vuelvo a Roma. Me basta con lo que acabo de ver.

EL CASO FESTA

El abogado César Festa, presidente de la Masonería de Génova, primo del doctor Festa, que tan meticulosamente estudió las heridas del P. Pío, fue convertido por el fraile al aceptar un desafío de su primo.

«Ve a San Giovanni —le dijo— y allí encontrarás las pruebas de los milagros que tu razón rechaza.» Y el abogado genovés fue al convento.

En la sacristía, el P. Pío conversaba con un grupo de personas. Al verlo se despegó del grupo y se acercó al nuevo visitante, preguntándole con el índice acusador: «¿Usted aquí, entre nosotros...? Porque usted es fracmasón». El abogado contesta, desconcertado: «Sí, Padre». «¿Y cuál es su deber en la masonería...?» —inquire—. «Combatir a la Iglesia», le dice con un hilo de voz. Así termina el primer diálogo. El Padre lo toma de la mano, lo mira con ternura, lo atrae hacia sí y le cuenta la parábola del hijo pródigo. Una hora después el altivo abogado cae vencido a los pies del fraile.

Más tarde vuelve a San Giovanni. En la portada de un misal, el P. Pío le escribe unas líneas: «Dichosos los que escuchan la palabra de Dios, la guardan celosamente y la cumplen con fidelidad». De allí se va a Lourdes. La noticia es recogida por la prensa comunista. «L'Avanti» denuncia el hecho con grandes titulares: «Un alto jefe de la masonería camino de Lourdes». La logia se inquieta. Para juzgarle convocan una reunión secreta. El acusado decide asistir. Al salir de su casa el portero le entrega una carta del Padre: «No enrojecas ni tiembles, defiende la doctrina de Cristo. Ha llegado vuestra oportunidad. Combatid a pecho descubierto, que el Dispensador de todos los bienes te dé valor». Y así, por primera vez en la historia, en una logia masónica se oye predicar, por uno de sus jefes, la palabra de Dios.

CONVERSIONES EN CADENA

La espectacular conversión de Festa, produjo en cadena otras conversiones igualmente impresionantes. Una de ellas fue la del doctor Saltameranda, director del Instituto Bioterápico de Génova. Fue un día por curiosidad, con un grupo de peregrinos. El Padre le reconoció entre aquella muchedumbre anónima. Sin dudar ni un momento, se acercó a él y le increpó: «Genovés, genovés, vives cerca del mar y no sabes lavarte...» Saltameranda comprendió lo que quería decirle y en el acto decidió lavar su alma. Se arrodilló en el confesonario. Pero el P. Pío no acepta a sus convertidos al primer intento. Espera hasta que la gracia obra y está en condiciones de recibir la absolución. El doctor, desesperado, se internó por los campos, pidiendo al cielo su ayuda. Un perfume muy fuerte, con sabor a violetas, le seguía tras sí como una sombra. Fray Francisco, un joven fraile, lo encontró al fin, solitario y atormentado. Se percató de lo que le pasaba y tomándole del brazo lo condujo hasta la celda del capuchino. Sobre la puerta, un cartel decía: «La gloria del mundo tiene por compañera a la tristeza.» Al abrir la puerta, el efluvio misterioso, con aquel aro-

ma para él inconfundible, le confirmó en su camino. El Padre le esperaba dispuesto a confesarlo y convertirlo. El penitente encontró la ayuda que pedía. El buen fraile le fue refrescando su memoria, recordándole hasta las faltas más ocultas y olvidadas. Al fin, le absolvió.

El convertido quedó transformado de tal forma que más tarde le ofreció a Dios su vida, su profesión y sus riquezas. Hubiera renunciado a todo si el P. Pío no interviene para decirle con amable serenidad: «Tienes en tu mano un pan maravilloso y alrededor de ti a muchos hambrientos. Córtalo a rebanadas y distribúyelo entre tus hermanos. Así servirás a Dios.»

Esta conversión, como la del doctor Festa, consolidó el afecto del cardenal Lercaro, que también era genovés, hacia el humilde fraile. Saltame-randa fue también quien acompañó al famoso escultor Messina por todas sus exposiciones artísticas y juntos, al finalizar la gira, acudieron al convento de San Giovanni Rotondo.

El escultor Messina hizo ante el P. Pío abjuración pública de sus pecados y proclamó haber encontrado la fe de forma tan inesperada como espectacular. Como Pitigrilli, como Benjamín Gigli, como el marqués Mario de Giacomo, poseedor de una gran fortuna, quien no dudó en nombrar, en 1920, al pobre capuchino heredero de todos sus bienes; como Caterinici, oficial de los zares de Rusia, exiliado en Italia, que abandonó la religión ortodoxa por abrazar la católica; como Federico Abrech, hoy fotógrafo en San Giovanni Rotondo, padre de un hijo actualmente sacerdote, que sin las oraciones del P. Pío no hubiera llegado a nacer y que desde el principio ha tenido y tiene un sino providencial y milagroso, etc.

Conversiones inesperadas que hacen mucho ruido son también la del geómetra Rosatelli, seguida de la de Carlo Lusardi, uno de los primeros agitadores lanzados por la «Escuela del Partido».

Un día, Rosatelli vuelve a su casa y ve desde la ventana a un fraile que le mira tristemente: «Ven a verme, poco tiempo hará falta..., quince días.» Rosatelli no hace caso del desconocido. Su hermana le habla, sin embargo, del P. Pío y el comunista corta el monólogo escupiendo siempre la misma palabra: ¡Mentira! Pero un día la señora Moschi, amiga de la casa, le enseña una fotografía del capuchino y Rosatelli se sorprende al reconocer en él al fraile inoportuno, que con frecuencia viene a turbar sus sueños. La víspera le había dicho: «Ven a confesarte.» La curiosidad le lleva, por fin, al convento de San Giovanni. Es el 6 de julio de 1949. En el confesonario le pregunta: «¿Cuánto hace que no te has confesado?» «Cinco años», contesta Rosatelli. «No es cierto —le responde el Padre—: hace doce.» Y después le preguntó: «Tu carnet de comunista, ¿lo rompes tú o yo?»

Otra conversión espectacular fue la de la profesora de matemáticas del Liceo Galvani de Bolonia, señorita Betti, conocida como apasionada apóstol de Marx y Lenin, quien se distinguió por su labor proselitista en pro del comunismo.

Iba siempre vestida de rojo, sobre una motocicleta también roja. Durante la guerra se exhibió por todas las carreteras de la provincia, cabalgando sobre su inconfundible motocicleta, envuelto su cuerpo, como vestido único, en la bandera color sangre de su partido. Entre sus colegas combatió ardientemente contra la enseñanza religiosa en las escuelas. No se conoce exactamente lo que pasó, salvo que un día envió desde San Giovanni Rotondo una carta al secretario del Partido Comunista de la provincia, donde decía escuetamente: «He conquistado la paz. Salude en mi nombre a todos los camaradas de Bolonia y dígales que, si pueden y saben, recen por mí.»

Cuando se siente morir, en 1950, pide ser enterrada en el cementerio de San Giovanni Rotondo, junto a la tumba de los padres del fraile.

Infinidad de casos similares podríamos relatar, que harían este capítulo interminable.

EL ALFARERO BLASFEMO

Miguel de Torremaggiore, alfarero del pueblo, tenía la costumbre de blasfemar. Aquel día era la fiesta de San Giovanni Rotondo. Un fuerte viento no le permitía encender los hornos, dificultando su trabajo. Un dicho popular afirmaba que «con un taco a tiempo, se enciende todo». Y Miguel, fuera de sí, puso en práctica el adagio e intentó encender el horno a base de vocablos fuertes. Después de dirigir sus ataques contra diversos santos del santoral, increpó con las peores palabras al Papa y al P. Pío, considerado como el «santo» del lugar. Y en aquel preciso momento la figura de un fraile de andar vacilante apareció junto a él. «Que la paz sea contigo», le dijo... «¡Qué paz ni qué...! Llevo ocho días blasfemando por culpa de este maldito viento que no me deja encender los hornos.»

El fraile repitió su saludo: «¡Que la paz sea contigo!» Después se sentó encima de una cesta y pidió un poco de fuego, como si pretendiera encender un cigarro. Miguel se volvió furioso: «¡Pretendes burlarte de mí?» «No te exaltes —le dice el fraile—, yo te lo encenderé.» Miguel soltó una carcajada y le increpó diciendo: «¡Te crees tú otro P. Pío capaz de hacer milagros para los tontos...?» El capuchino responde: «El P. Pío soy yo.» En aquel momento, una larga llamarada denunciaba el fuego del horno. El alfarero se sintió aterrado y se arrojó al suelo, escuchando una voz lejana que le decía: «Miguel, no tengas miedo, pero no blasfemes más.»

Desde aquel día, Torremaggiore se ha convertido en uno de los hijos espirituales más fieles del capuchino.

LA MONJA CON PRISAS

Una religiosa llega a San Giovanni para pedir desesperada la intervención del P. Pío. En el pequeño instituto que dirige, unos niños huérfanos de padre y madre han sido recogidos por ella, pero no disponen de recursos económicos.

La religiosa llega con prisa, oye la misa del Padre, se introduce en la sacristía llena de gente y al comprender que no dispone de tiempo para esperar, decide salir gritando antes su imploración: «Padre, debo marchar. Os recomiendo a mis pobres huérfanos.» Y el Padre, sin volverse siquiera, contesta en alta voz: «Me lo has dicho varias veces durante la misa. Hija mía, vuélvete tranquila, que todo está arreglado.» Y desde aquel momento una providencia misteriosa envió inexplicables benefactores anónimos que salvaron a la institución de su ruina.

EL CASO DE MARIA PYLE

En el año 1924, una americana, de familia protestante, que llegó a Italia como colaboradora de María Montessori, cae en San Giovanni Rondó. Se trata de la doctora Miss María Pyle, joven de gran belleza y de una colosal fortuna. Se convirtió en España en el año 1918.

«¿Qué quieres tú?», le pregunta el Padre.

«He venido por curiosidad», responde la recién convertida. El fraile, a pesar de haberse caracterizado siempre por sus rápidas respuestas, esta vez no responde y la americana no puede satisfacer su curiosidad.

María Pyle se ha ido decepcionada. «Al fin y al cabo —piensa—, se trata de un pobre fraile.» ¿Cómo va a resolver sus inquietudes de científica y sus problemas de pedagogía? Pero una semana después, estando en Capri, la doctora tiene un sueño: se ve en una carroza, sentada a la izquierda de María Montessori, quien llevaba las riendas de los caballos. El camino era destartado, peligroso; la atmósfera fría, con nieve y lluvia. De pronto la escena del cuadro cambia. Se encuentra en la misma carroza, pero colocada a la derecha de un fraile que conduce el vehículo. Reconoce en él al P. Pío. El caballo corre ligero, ascendiendo por una calle empinada. La atmósfera es limpia, luminosa, de luz blanca. La calle desemboca en una verja, después en la fachada de un sanatorio. Miss Pyle se percató de que es el atrio de la iglesia Virgen de las Gracias de San Giovanni Rondó. El Padre detiene el caballo y dice: «Ya hemos llegado.» El sueño termina. Pero Miss Pyle se siente inquieta y decide aclarar aquel misterio. Vuelve al convento. El capuchino, apenas la descubre en la iglesia, se

acerca a ella y, a manera de saludo, sin dejarle hablar, le dice: «Bienaventurados los que se sientan a la derecha. Hemos llegado.»

Y, en efecto, María Pyle había llegado, y llegado definitivamente. En San Giovanni se quedó para siempre. Vende cuanto tiene —una gran fortuna— y distribuye su dinero entre los pobres. A la vez se construye una extraña casa frente al convento. Su vida, su dinero y su trabajo se lo ha consagrado al Padre. Bajo su dirección llena sus días con obras de caridad y asistencia a los más necesitados. Y a sus expensas construye y regala a la Orden el actual convento de Capuchinos de Pietrelcina, país natal del sorprendente fraile.

CON EL PRESIDENTE DE LA CAMARA

El P. Pío ha manifestado pocas simpatías hacia los políticos y se ha declarado enemigo de esa postura de apertura a la izquierda que parece se ha puesto de moda últimamente.

Tuvo una gran amistad con el presidente de la República, señor Segni, y con su esposa, que dirigía, cumpliendo instrucciones del capuchino, uno de los grupos de oración de Cagliari. A Segni le censuró abiertamente su política de apertura de izquierda: «Procuren estar lo más unidos posible y que los comunistas no levanten cabeza gracias a la actitud enérgica y tajante de ustedes.» Al médico Luigi Gasparri, que le consultó si podría invitar a sus amigos de la democracia cristiana a combatir contra dicha política, le dijo: «Por esa vía del centro izquierda nos encontraremos pronto en una situación de grave peligro. Es preciso advertirlo a todo el mundo. Cuando haga falta, no dude en hablar fuerte, como suelo hacer yo.» En otra ocasión le comentó: «El diálogo con los que niegan a Dios es contrario al espíritu del Evangelio. Todos los sacerdotes que defienden la posibilidad de un diálogo con los marxistas han perdido la cabeza, han perdido la fe. Y aunque afirmen lo contrario, yo os aseguro que Dios no piensa así.»

Otro testimonio es el del secretario de la Democracia cristiana en San Giovanni Rotondo, Primo Camppannelli, quien al preguntarle si hacía bien en defender la vía de apertura a la izquierda, recibió esta respuesta tajante: «Vete, traidor del pueblo.» El penitente se fue. Pero a través de un amigo le preguntó qué quería que hiciese, y el Padre le aconsejó retirarse de la política. «Desde entonces —dice en una carta— vivo feliz trabajando por los enfermos.»

El P. Pío tiene un lenguaje claro y con frecuencia duro y cargado de humor. Son muchas las frases que se atribuyen a este humorismo del fraile. Encontrándose gravemente enfermo, un hermano le habló de la devoción con que sus más fieles seguidores, recogidos en la iglesia, oran por él. «¡Ah, sí! —comentó el Padre—, ellos cantan mientras yo sufro.

Hacen como el gallo, que también canta mientras la gallina pone el huevo...»

A una penitente petulante, que se acercaba al Padre como si fuera un adivino, en busca de soluciones para sus amigas y que con voz chillona le preguntó: «¿Qué debo decirle a la Rosa...?», el fraile contestó: «Dile que se vuelva Margarita.» Y a un sacerdote que le preguntaba por lo que debía contestar a don Colombo, le replicó: «Que no pierda sus alas.»

Conociendo esta rudeza y sinceridad del Padre en el trato con sus visitantes, comprenderemos mejor el diálogo de apariencia un poco dura que tuvo con el presidente de la Cámara, señor Leone, con cuya orientación política no estaba de acuerdo por las razones apuntadas anteriormente. El diálogo fue así:

—Padre, le agradezco su afectuoso acogimiento.

—Afectuoso, sí, pero no caluroso.

—Esperemos que la semilla que ha echado usted pueda dar sus frutos entre nosotros.

—Confío que no resulte semilla de bellota.

El señor Leone estaba cada vez más confuso y violento.

—Comprenda, Padre, que no siempre podemos obrar siguiendo nuestra propia iniciativa. Estamos controlados como prisioneros.

—Pero entre los prisioneros y ustedes hay una diferencia importante: los prisioneros no reciben paga alguna a final de mes.

El presidente no sabe por dónde salir e intenta cortar el diálogo.

—La Cámara espera que nos dé su bendición.

—Lo que a la Cámara le haría falta es una bomba atómica.

Y así terminó la visita.

Pero no siempre sus frases son duras ni descorteses. También abundan en su boca expresiones maravillosas, como aquéllas que le dio a uno de sus penitentes: «Confío mi pasado a la Misericordia de Dios, mi futuro a su Providencia y mi presente a su Amor.» Porque la palabra «amor» es la que se encuentra más frecuentemente en las frases de este fraile que por amor sufre y se consume en holocausto.

PRODIGIOS EN TIEMPO DE GUERRA

Cuando el joven doctor Giovanni Pennelli marchó a la guerra, sus padres quedaron relativamente tranquilos. El P. Pío les había dicho unas palabras sibilinas, pero de interpretación favorable: «Valor; sufrirás pero no morirás. Volverás condecorado, pero no herido.»

Pasaron los días y Pennelli no daba señales de vida. Sus padres estaban desesperados. El P. Pío esta vez se equivocaba. La madre un día se arrojó a los pies del capuchino y le pidió llorando que le dijera si su hijo

vivía. «Dígamelo, usted lo sabe. No me iré de aquí hasta que no me diga la verdad.» El Padre le aseguró una vez más: «Levántate, te he dicho que estés tranquila.» Pero pasaba el tiempo y seguían sin la menor noticia.

Entonces intervino la tía Cleonice, mujer de gran fe en los carismas del Padre, que se presentó ante él con el hecho consumado en la mano. «Padre —le dijo—, escribo esta carta a mi sobrino sin dirección, sólo con su nombre. Usted puede saber dónde encontrarlo.» El capuchino, ante aquella ridícula propuesta, que encerraba, sin embargo, una gran fe, sonrió paternalmente. La tía Cleonice se llevó a su casa la carta y la colocó sobre la mesilla de noche. Al día siguiente había desaparecido. Plenamente confiada y segura del prodigio, se fue a ver al Padre y le dio las gracias por su intervención. Este se limitó a comentar: «No me lo agradezcas a mí. Agradéceselo a la Santísima Virgen.»

Quince días más tarde, desde un lejano campo de concentración de la India, el doctor Giovanni Pennelli hacía saber a sus padres que estaba vivo, y cuando regresó vino, en efecto, condecorado, pero sin cicatrices.

Otra vez un paracaidista entró en la sacristía del convento y gritó ante el Padre: «Gracias, me ha salvado siete veces la vida.» El fraile le dejó hablar y éste contó cómo lo vio varias veces junto a él en los momentos de mayor peligro y, cuando una granada iba a explotar a su lado, desde la misma zanja donde se encontraba, sentía su mano cogiéndole la cabeza y hundiéndosela bajo la arena.

Otro episodio de guerra nos cuenta el escritor Delfino Sessa. La protagonista esta vez es una maestra, ex secretaria del fascismo, acusada injustamente por culpas que no había cometido. Se le atribuye la responsabilidad de una gran matanza que llevaron a cabo los alemanes al tramitar cierta denuncia. Capturada en su habitación, es maltratada, mientras los muebles y enseres son también golpeados y rotos. Una voz enérgica dice: «Basta. Acabemos con ella.»

Le vendan los ojos y la llevan ante el pelotón de ejecución. La mujer piensa en el P. Pío y le encomienda su destino, sin dejar de rezar ininterrumpidamente. Se escucha el maniobrar de los fusiles. Ha llegado el momento de su ejecución, cuando una interminable columna de coches aliados entra en la plaza. Con este motivo se crea un ambiente de agitación y desorden y el fusilamiento es aplazado. En aquella confusión un hombre se acerca a la condenada, le quita la venda, le desata las manos y le pregunta: «¿Qué van a hacer con usted...?» «No lo sé», contesta la infeliz, temblando de miedo.

El pelotón se ha disuelto. La confusión de soldados aumenta. Sólo el comandante ha quedado allí, frente a ellos, contemplando la escena. Aquel misterioso salvador invita a la maestra a subir a su coche. Y a toda marcha huyen. Entre la multitud, alguien comenta: «Era el P. Pío.» La comunis-

ta calumniadora que la delató corre a su casa, angustiada por el remordimiento. En la noche siguiente, muere. Algunos meses más tarde, la maestra fascista se precipita en San Giovanni Rotondo para agradecerle al Padre su salvación.

«Querida hija —le dice éste sin dar tiempo a iniciar el diálogo—, cómo nos ha hecho correr tu camisa negra...»

En otra ocasión el turno le tocó a un antifascista, porque para el Padre sólo existen almas que sufren, sin entrar a distinguir filiaciones ni emblemas.

Se trataba de un italiano capturado por los alemanes. Su padre se enteró de que va a ser deportado y acude a San Giovanni para recomendarle al capuchino tan delicado y difícil asunto. A los dos días de salir el tren de prisioneros, se recibe una tarjeta postal, donde el fugitivo le dice, escuetamente, a su padre: «Estoy bien, me encuentro en casa de la tía.»

Una de las puertas del vagón la encontró abierta y por ella se había tirado del tren en marcha. Pero los alemanes se percataron de la fuga y pararon el convoy para lanzar contra el evadido sus perros policías. El joven, escondido en un zarzal, oyó atemorizado acercarse a la jauría. Uno de los perros lo descubrió y se paró ante él silencioso, limitándose a lamerle los tobillos. Después desapareció en la oscuridad.

Otro caso fue protagonizado por Michael Boyer, uno de los héroes de la resistencia en Francia. Se trata de un comunista ateo que, desesperado, decide quitarse la vida. Un amigo conoce sus intenciones y le propone un viaje a Italia para visitar al estigmatizado. Para animarle le cuenta unos hechos extraordinarios que ha tenido ocasión de vivir de cerca. El comunista le dice: «Si todo eso es cierto, que me dé una señal y prometo ir a verle.» Pero obsesionado por la idea de matarse llega hasta el lago de Lugano. Se siente atraído por las pálidas aguas, bañadas por la luna, que se filtraba a través de la niebla. Se acerca a la orilla pensando que había llegado el momento. Pero de pronto siente un perfume ligero y penetrante, que aparecía y desaparecía sin confusión posible, conforme le había descrito su amigo. Sin dudar se dio cuenta de que aquella era la señal. Vuelve a su casa, agitado y nervioso, y prepara las maletas. Y en San Giovanni se quedó para siempre como médico de la Casa «Alivio del Sufrimiento», el gran centro sanitario fundado por el estigmatizado.

La guerra nos ofrece infinidad de casos maravillosos. Según un capellán militar, por el hospital donde él se encontraba, pasaron en veinticuatro meses alrededor de treinta y siete mil heridos y de ellos solamente murieron cincuenta y tres. Tan bajo porcentaje lo atribuye al hecho de que al ingresar eran bendecidos por el citado capellán con un crucifijo propiedad del P. Pío, que le había entregado éste para tal fin.

CAPITULO VI

OTROS HECHOS DE SU ANECDOTARIO

GIOVANNI Bordoizzi, activo militante del partido comunista italiano, ve al Padre en sueños y le oye decir que «vaya a visitarle, que lo está esperando». Bordoizzi va, acaba confesándose con él, cambia de vida radicalmente y vende su negocio de tejidos por seguir las instrucciones de su nuevo asesor y director espiritual.

Y Savinio Greco, también comunista, que tenía en el cerebro un tumor incurable, lo ve soñando una noche, acercándose a su lecho para acariciarle la nuca y decirle que «con el tiempo se curará». El dolor de cabeza desaparece en aquel momento. Despierta sobresaltado, llama a las enfermeras y les dice que se siente curado y que no quiere operarse. Se viste y se fuga del hospital. Consiguen localizarlo y lo llevan de nuevo a la clínica, donde le hacen varios análisis y radiografías. Los médicos están sorprendidos: en las placas no aparece ciertamente huella alguna del viejo tumor. Va a San Giovanni para agradecer el favor, pero allí se da cuenta de que no está curado del todo. Precisamente en la iglesia le vuelven los dolores de cabeza. Incluso se desmaya. Dos hombres lo levantan, lo llevan ante el Padre. Cuando vuelve en sí, grita: «Tengo cinco hijos y estoy muy grave. Sálveme.» El fraile contesta: «No puedo hacer milagros. Ve a tu casa y reza. Yo también rezaré.» De su persona salen efluvios de un perfume a violetas. Savinio Greco afirma que aquellas palabras bastaron para curarle. Y esta vez la curación fue definitiva.

EL CASO DE ANNA MARIA GEMMA DI GIORGI -

Se trata de una joven de veintinueve años, ciega de nacimiento. Ella misma nos relata su caso.

«Yo nací precisamente en la Nochebuena del año 1939, noche santa que conmemora el nacimiento del Niño Jesús. Mis padres afirman que mis ojos estaban medio cerrados, pero no notaron en ellos nada anormal. Fue a los tres meses, aproximadamente, cuando mi madre, mientras me daba un baño, notó que mis ojos no reflejaban su imagen como en los otros

niños; mis ojos no tenían pupilas. Mi madre y mi abuela, espantadas, se precipitaron en casa del médico. Este nos llevó a dos especialistas que no dudaron en declararme ciega por falta de pupilas. Mi madre tenía entonces dieciocho años y, aunque bastante inteligente, no comprendía en su ingenuidad lo irremediable de mi mal. Mi abuela, en cambio, consciente de mi oscuro destino, comprendió que la única esperanza de curación estaba en un milagro del cielo. Como tenía muy pocos meses, yo no me daba cuenta de lo que pasaba en mí, por lo que ruego a mi abuela continúe este relato, explicando cómo el Señor tuvo la bondad de darme la vista por intermedio del P. Pío de Pietrelcina.»

La abuela cuenta cómo una monja le informó de ciertos hechos extraordinarios del fraile estigmatizado, hechos que parecían tomados de las historias propias del santoral, y a la vista de aquellos relatos decidió escribir al capuchino. En la siguiente noche la abuela sueña con el fraile. El sueño parece una invitación para seguir rezando. «¿Dónde está esa Gemma por quien me hacéis rezar tanto?» Por otra parte, la monja, que también había escrito a San Giovanni, recibe una postal con una gran promesa: «Te aseguro que rezaré por la pequeña niña, pidiendo para ella lo que más le convenga».

Ante aquella postal, la abuela y la niña se ponen en marcha hacia el convento. Durante todo el viaje no deja de pedir el milagro. De repente la niña grita alborozada: «Abuela, veo una barca en el mar». Y en efecto, la figura de un barco, entre dos columnas de humo, se divisaba sobre el azul del horizonte. Pero aquel relámpago de luz fue sólo un adelanto de la gracia que se esperaba, pues cayó enseguida, nuevamente, en la oscuridad. El prodigio fue en San Giovanni, cuando el fraile envolvió a la niña con el largo velo que colgaba del confesonario y con su mano llagada tocó los ojos de Gemma, trazando sobre ellos la señal de la cruz. Después le dijo a la abuela: «Ten confianza. No debes seguir llorando y la niña tampoco, porque ella ve y tú lo sabes». Desde entonces la pequeña recuperó la vista, aunque sigue sin pupilas. Los médicos aseguran que no puede ver. Pero el milagro continúa desde entonces, un milagro permanente, que se repite segundo a segundo para darle a la protagonista del incomprensible suceso la realidad de su visión.

Aquella niña, Gemma di Giorgi, es hoy religiosa y ha cambiado su nombre por el de Angela de la Divina Misericordia.

No vamos a relatar los numerosos casos de curaciones repentinas provocadas por intervención del P. Pío, porque se trata de pruebas personales y como personales sólo para los interesados. Por otra parte este capítulo sería interminable. En los libros que se han escrito sobre el estigmatizado de San Giovanni se recogen muchos sucesos de este carácter. Entre

ellos destaca el de Giuseppe Canapone, con domicilio en Santeano, provincia de Sienna; el de Lucia Bellodi de Vellalta, provincia de Modena; el de Mariuccia Ghisieli de Sale, declarada incurable por los médicos del hospital Borsaliano de Alejandría; el de la señorita María de Castelnuovo Escrivía; el de Antonietta Marini, etc. Rosetta Polo Riva del Bolzaneto es curada también de repente después de haber visto en sueños a un fraile que llegaba sobre una nube rosa y cerraba el balcón de su habitación, para decirle a la pequeña: «No temas, soy el P. Pío. En lugar de contestar a tu carta he preferido venir personalmente. La Virgen te quiere y te hará la gracia que esperas».

Parecido es el caso de Nelina Melotti de Bolonia y el de Miguel Ambrosio de Nápoles y el de la paralítica María Zanotti y el de Mario Sorrentino...

Y es que cuando los enfermos no están en condiciones de ir hacia el Padre, es el Padre, sin abandonar el convento, quien llega hasta ellos... Porque la fe y la oración son los medios más fáciles y rápidos de comunicación. De esta verdad pueden dar fe centenares de enfermos, con Linda Campanelli, Ulices Santini, Nicoletta Mazzoni, Giovanni Fernández de Harum, Lina Cassere, Rosseta Redaelli...

Pero como el P. Pío repitió a todos ellos, no es él quien hace el prodigio, sino el que está arriba. «No me lo agradezca a mí —dice otras veces—, díselo a la Madonna».

El P. Pío, en resumen, enseña la oración y la gratitud, todo un programa de actuación humana que el hombre moderno no tiene tiempo de tomar en consideración...

RENOVACION DE ARTE

Hemos mencionado las conversiones de Pitigrilli, de Francisco Messina, de Benjamín Gigli, etc., pero no hemos dicho que para todos ellos, artistas de la pluma, del cincel o el canto, la transformación espiritual y la compañía del fraile, produjo una sorprendente renovación de su arte, renovación que sirvió de eficaz campaña publicitaria para traer hacia San Giovanni a otros artistas de muy diversos géneros.

Las esculturas de Messina tienen desde entonces un espíritu más vivo y sus rasgos un carácter más acusado y atractivo. La gran estatua de bronce que representa a Pío XII, colocada en la Basílica de San Pedro, fue concebida y realizada siguiendo la idea que el fraile tenía de este gran pontífice.

Más espectacular fue la regeneración del extraordinario tenor Benjamín Gigli. La viuda ha hecho alusión repetidas veces a este fenómeno del que el mismo cantante fue el primer sorprendido. Benjamín incluía la ruta de San Giovanni en los itinerarios de sus «tournés» artísticas. «Tu

voz queda en el aire —le dijo una vez—. Cantas como los ángeles del Paraíso.» Esto era en el año 1949. Poco después el tenor hizo un recorrido por Argentina, y todos los periódicos hablaron en aquella «tournée» del «nuevo Gigli».

Tras Gigli llegaron Gino Bechi y Perruccio Tagliavini. Durante los años victoriosos de Gino Bartali en la Vuelta a Francia, éste era hijo espiritual del fraile. Tazio Nuvolari llega también poco antes de morir y revela que numerosos corredores llevaban colocados en sus bólidos las fotografías del Padre. Y hasta Helenio Herrera, entrenador del Inter, obligó a sus jugadores, durante un viaje a Foggia, a oír la misa del P. Pío.

Tras los deportistas llegaron los actores. El primero, Carlos Campanini; después Macario, Mario Riva, Tino Scotti, Walter Chiari, Franco Escanduras, Aldo Fabrizi, etc.

Campanini, incansable apóstol, lleva también a San Giovanni al médico del partido comunista italiano, profesor Spallone.

Al fraile no pueden sus visitantes ocultarle nada. Cuando Mario Rivas se presenta delante de él, su primera pregunta es: «¿Por qué has dejado en el coche a otra persona?» Era Diana Dei, que esperaba en la puerta.

El actor Mario Armendola llegó con Campanini al convento tras la Semana Santa de 1939. Su conversión tardó doce años y se produjo conjuntamente con su esposa, la señora Eddi Valescu, que era rumana, hija de un bailarín italiano y de la primera bailarina del Teatro de Budapest. Armendola es llamado entre sus compañeros «el capellán del P. Pío», el encargado de recoger las más íntimas confidencias de sus colegas.

Campanini atribuía también al fraile el mérito de su reciente éxito en su gira por América latina. Y por eso al regresar, lo primero que hizo fue pasar por el convento para darle las gracias.

OTROS CASOS

La doctora búlgara Tatiana Christochilova in Fachiu, reniega de su religión para abrazarse al catolicismo. Milagrosamente fue curada de un tumor maligno sin necesidad de acudir a la operación que le habían prescrito los mejores médicos de Venezia, Trevisé, Padua y Roma. En una carta dice: «Después de un milagro tan grande comprendí que no podía pertenecer a una religión a la cual el P. Pío no pertenecía».

Al leer en los periódicos italianos la noticia de la segunda persecución contra el estigmatizado, su estupor no fue menor que su indignación, y en el acto redactó un extenso informe sobre su caso y lo envió al cardenal Ottaviani. La carta era de una lógica aplastante, pero no tenía respuesta posible. El cardenal Ottaviani, que a lo largo de su labor al frente de la Congregación del Santo Oficio tantas muestras dio de devoción y predi-

lección por el P. Pío, la leyó con el alma llena de tristeza y nada pudo decir a la ardiente defensora del Padre.

También el doctor Scarparo es curado de un tumor pulmonar canceroso que se había extendido por todo el cuerpo. Su hermana acude al fraile desesperada y le pide el milagro que parece imposible: «¿No ha dicho Jesús que con la fe de un grano de mostaza pueden trasladarse los montes...?» El Padre le interrumpe. «¿Pero tú tienes esa fe...?» «Yo no, pero usted sí», es la respuesta de Scarparo. «He entendido. Tú tienes menos fe que un grano de mostaza». Y se marcha. Pero ha prometido rezar y el doctor Scarparo cura radicalmente de pronto ante la sorpresa de los médicos.

El doctor Giuseppe Gusso cura en circunstancias sorprendentes y, agradecido al fraile de los estigmas, se incorpora al cuadro médico de su fundación y llega a ser director sanitario de la «Casa Alivio del Sufrimiento».

Infinidad de casos parecidos podríamos relatar.

PROFECIA DE LUCIA FIORENTINO

Anita Unia ha escrito un libro biográfico sobre Lucia Fiorentino, alma excepcional que tenía frecuentes fenómenos místicos, y entre ellos el de las locuciones con Cristo. En una locución del año 1906, decía así: (Copio textualmente de su diario fechado en San Giovanni Rotondo el día 19 de agosto de 1923).

«Jesús me ha dicho: ¿Te acuerdas de cuanto te manifesté en 1906, durante tu enfermedad...? Sí, recuerdo —le he contestado—. Jesús me había anunciado entonces que vendría de lejos un sacerdote simbolizado por un gran árbol que se desarrollaría en aquel convento, árbol tan grande y arraigado que su sombra cubriría todo el mundo. Quien con fe se refugie bajo él obtendrá la verdadera salvación. Por el contrario, quien se burle o lo desprecie será castigado. Ahora comprendo que este árbol es el P. Pío, que tiene una importante función que cumplir por la salvación de la Humanidad».

Lucía Fiorentino fue una de las más excepcionales hijas espirituales del santo capuchino.

Ofreció su vida por que cesase la primera persecución contra el Padre. Y, en efecto, murió en 1934.

La devoción de los fieles ha llevado el símbolo de este providencial «árbol», tan hermoso y fecundo en hojas y frutos, a la lápida de la tumba del padre del fraile, donde aparece esculpido en mármol. La tumba se encuentra enclavada en el cementerio de San Giovanni Rotondo. En la lápida de la madre aparece dibujada una corona de espinas que refleja una gran luz.

LA VIRGEN DE FATIMA

CURA MILAGROSAMENTE AL P. PIO

Una penosa enfermedad colocó al fraile en un trance difícil. El presidente de la República italiana, señor Moro, enterado del peligro que corría el capuchino, envió desde América, en un avión militar, al doctor Cassano, profesor de la Universidad de Roma y diputado de la Cámara. El doctor realizó el largo viaje, pero los superiores de la Orden, a pesar de la categoría del especialista y de la persona que lo enviaba, no le dejaron visitar al enfermo. Estábamos en una de aquellas épocas incomprensibles de persecución por parte de determinados representantes de la Iglesia a que nos referimos más adelante. El doctor Cassano, decepcionado y molesto, se fue de San Giovanni, lamentando su fracasado viaje. Anteriormente, el 24 de abril de 1959, cayó gravemente enfermo y no salió de su enfermedad hasta que una imagen de la Virgen de Fátima llegó a San Giovanni Rotondo en un helicóptero y lo curó milagrosamente.

Dejemos que sea el P. Mason, que vivió personalmente aquellos sucesos, quien nos cuente lo ocurrido con sus propias palabras:

«Aquella misma mañana, yo había estado en la celda del P. Pío, juntamente con otros dos misioneros y los pilotos del helicóptero, y pudimos verlo de cerca: estaba exhausto, con la frente cubierta de sudor, no podía moverse y casi no conseguía hablar. Los frailes lo llevaron a una tribuna que había levantada al efecto, cerca del altar colocado en medio de la plaza. De esta manera pudo asistir a la misa que celebré a las ocho. Terminada ésta, el P. Pío fue transportado a la iglesia, donde ofreció a la Virgen de Fátima una corona de oro, que le habían regalado algunos fieles, y una paloma, como símbolo de su ferviente devoción.

Después que la imagen fue expuesta también en los pabellones de la «Casa Alivio del Sufrimiento», despegamos, llevándola con nosotros en el helicóptero. A baja altura dimos dos vueltas sobre el complejo de construcciones del P. Pío y nos dirigimos a Foggia. Pero poco después, tuve yo una especie de inspiración y, súbitamente, dije al piloto, el capitán Termini: «Vuelve, sobrevuela el santuario y quédate algunos minutos sobre la celda del P. Pío».

«Cuando en otras ocasiones, yo había pedido al capitán que volviera a algún sitio, nunca me había oído; sin embargo, en aquella ocasión me hizo caso y volvió atrás. La celda era la quinta ventana después de la iglesia, y el helicóptero quedó algunos instantes parado sobre ella. En aquel preciso momento el capuchino dirigía a la Virgen una ferviente oración: «Virgen santa, cuando llegaste a Italia yo estaba en cama. Ahora que te vas, ¿me dejas así?» Estaban presentes algunos frailes y el P. superior, y me refirieron por escrito el episodio. El P. Pío sufrió un esca-

frío, un temblor que sacudió todo su cuerpo. Inmediatamente se sintió liberado de sus dolores: Estaba curado por completo de su gravísima enfermedad. Al día siguiente quiso levantarse y retornar a sus actividades. Los médicos, naturalmente, intentaron impedirlo; pero al examinarlo y comprobar su total curación, le permitieron abandonar el lecho y comenzar de nuevo sus tareas sacerdotales. He aquí lo que ocurrió el día 6 de agosto de 1959».

TRAGICO ANUNCIO

El doctor Carlo Pedriali relata el siguiente caso: «Tres carabineros estaban ordenando la afluencia de fieles dentro de la sacristía cuando el P. Pío, que se quitaba los ornamentos de celebrar, llama al sargento y le ruega le siguiese a su celda donde tenía algo que decirle. El carabinero llegó radiante de alegría y allí escuchó aterrado las siguientes palabras: «Hijo mío, dentro de ocho días, como máximo, volverás a tu casa y morirás». El interesado se resiste a creerlo. «Pero Padre, si me encuentro perfectamente».

—No te preocupes —contesta éste—, estarás mejor dentro de ocho días. Tienes el alma limpia. ¿No es ésta una penosa peregrinación? Todos vamos en el tren. Pero la estación nos espera. Cuanto antes lleguemos a ella mejor. Pide permiso y vete a casa».

El carabinero, más resignado, le pregunta: ¿Puedo contar lo que me ha dicho...?

—De momento, no —responde el Padre—. Espera hasta que estés en casa.

El joven pide el permiso, pero se lo niegan. El Padre tiene que intervenir con el superior. «Déjale ir a casa de su madre. Soy yo quien te lo pide.» El carabinero obtiene el permiso, se encierra en su casa y a los ocho días muere.

Al cumplirse estos pronósticos desagradables las recriminaciones y críticas son inevitables. A quien se lamentaba de que el Padre no hubiese impedido a cierto fraile hacer un viaje por mar, después de predecirle que se ahogaría en él, le contestó: «Gracias a ese fraile han podido morir confesados y en gracia dieciséis náufragos. El Señor quería salvarlos a través de su heroico comportamiento».

POLIGLOTA

El lenguaje del corazón para los místicos es el esperanto de Dios. Los fieles se sorprenden de aquel fenómeno que no acaban de entender. El Padre, que desconoce todos los idiomas, se entiende perfectamente en confesión con penitentes de todas las razas y colores. Porque aquel fraile conoce el «argot» de los portuarios de Nueva York, el dialecto de los balubas y el galimatías lingüístico de los chinos... Los protagonistas de

estos sucesos suelen ser soldados que, atraídos por la fama del «santo», acuden durante la guerra, y todavía en mayor número al terminarse ésta, para confesarse con él. Y al marinero negro, llegado expresamente desde Toronto, el fraile ha tenido que hablarle en su propio idioma...

Con estos hechos la leyenda maravillosa de San Giovanni Rotondo crece y se extiende por todos los continentes.

DESAFIO A UN COMUNISTA

El jefe comunista de San Benedetto in Alpe, Fulgo Pilli, es objeto de un audaz desafío:

«Si tienes valor ve a ver al P. Pío. Nosotras te pagaremos el viaje», le ha dicho la señora de Pazzi, miembro destacado de la Asociación Católica del país.

Fulgo Pilli acepta en el acto. Se trataba de hacer turismo a costa del bolsillo ajeno. Le acompaña Luigi Briccolani, un amigo afiliado al mismo partido y que compartía íntegramente sus ideas.

La señora de Pazzi sale a despedirlos con una representación del grupo que se había comprometido a pagar aquel extraño viaje. «Volveré más comunista que antes», gritó en el momento de partir desde la ventanilla del autobús.

Desde lejos, la señora de Pazzi le seguía, a fin de controlar la fidelidad de las promesas que constituían las reglas de aquel arriesgado juego.

Los dos comunistas llegan a San Giovanni Rotondo, donde encuentran a un viejo camarada del partido, un ex seminarista, que estaba llorando desesperadamente porque el P. Pío lo había expulsado del confesonario.

Los tres acuerdan asistir a la misa del capuchino. A la salida, Briccolani exclama: «Me he cansado más que si hubiera arrastrado un carro cargado de madera».

A la mañana siguiente Pilli y Briccolani, fieles al juego concertado, se colocan en la fila de penitentes que esperan pacientemente ante el confesonario del fraile. La señora Pazzi, desde un rincón, reza con fervorosa fe: «Señor, si estas confesiones salen mal, estamos perdidas...». Alarmada, observa cómo ambos penitentes se retiran sin haber recibido la absolución. «Todo acabó...», piensa para sí. Pero no, al día siguiente los ve de nuevo, muy serios, esperando su turno ante la cola del confesonario.

A Fulgo Pilli, el P. Pío le recuerda un pecado no confesado: La zapa-tilla que, en un momento de mal humor, arrojó contra el cuadro del Sagrado Corazón...

La señora Pazzi ha ganado la apuesta. Cuando Fulgo Pilli vuelve a San Benedetto confiesa humildemente: «He perdido, pero estoy contento».

Inmediatamente se dedica a recorrer las calles de la ciudad para arrancar los carteles de propaganda comunista que pocos días antes había dis-

tribuído, ayudado por su compañero: Así cumplía la penitencia que le impuso el confesor.

LA APARICION DE UN MUERTO

En 1919 se encontraba el P. Pío en la hospedería, que en aquella época existía en San Giovanni Rotondo, hablando con el P. Paulino y con su hermana, cuando decidieron éstos ir a la iglesia a rezar el rosario. El P. Pío quedó solo en la hospedería. Al regresar lo encontraron excitado y turbado. El nerviosismo era tan grande y la palidez de su rostro tan intensa, que el P. Paulino, en aquella época guardián del convento, le preguntó qué le pasaba. El buen fraile hizo lo posible por eludir la conversación. Pero el P. Paulino se percató de que algo serio le había ocurrido al capuchino, y sin detenerse a pensarlo ordenó a su hermana que les dejaran solos, y al amparo de la santa obediencia le exigió le contara la verdad. El fraile entonces, con visibles muestras de nerviosismo y a la vez de vergüenza, le dijo que al quedar solo en la hospedería se le había presentado un viejo con un extraño aspecto, quien le aseguró venía del otro mundo para pedirle una misa a fin de salir del purgatorio, donde se encontraba desde la fecha de su fallecimiento; que había vivido en aquel convento, cuando el edificio del mismo estaba destinado a asilo para ancianos; y que una tarde de invierno, mientras se encontraba calentándose al fuego, sufrió un vahído y cayó sobre las llamas, muriendo sin asistencia espiritual alguna.

Para que el fraile no dudase de la realidad de esta aparición, dio como prueba su nombre, el año de su muerte y le pidió que comprobara en el Registro Civil del pueblo la verdad de cuanto decía.

El P. Paulino tomó todos los datos que le facilitó el P. Pío y fue a comprobarlo al registro del pueblo, buscando los antecedentes propios del caso. Y, en efecto, pudo constatar la fecha del fallecimiento de aquel anciano, la realidad del asilo que en aquella época existía, y la forma de producirse el accidente que causó la muerte trágica del «aparecido».

El asilo se cerró en el año 1909 y ya en 1906, es decir, tres años antes, el P. Pío había profetizado entre sus compañeros de religión, cuando se encontraba en el convento de Montefusco, que iría a vivir al convento de San Giovanni Rotondo, convento que en aquella época no existía ni era previsible que existiese nunca, dada la decadencia de la Orden en aquella época. Cuando formuló este vaticinio, el edificio del convento funcionaba realmente como asilo para ancianos.

Este es uno de los muchos casos que desde el principio fueron jalonando la vida excepcional y milagrosa de aquel sorprendente fraile, víctima predilecta y elegida del cielo, a la sombra del cual se estaba tejiendo la más impresionante historia.

CAPITULO VII

EL CAMINO DE DAMASCO

LA ruta de San Giovanni Rotondo se convierte en el camino de Damasco por el que miles de pecadores vuelven a Dios. Es sorprendente analizar la filiación y procedencia de los convertidos. Hombres de todas las razas y categorías sociales, desde el más humilde al más rico, desde el plebeyo al aristócrata, sin olvidar a los artistas, a los escritores, a los príncipes, a los intelectuales, a los obreros, a los políticos, etc. Procedentes de la masonería unos, del mundo del vicio y del pecado la mayor parte. Los comunistas fueron piezas preferidas y numerosas en el cesto de este excepcional pescador de almas. Después de la guerra, especialmente, los peregrinos acuden de todos los frentes de batalla y de todos los países del orbe. Allí coincidían, movidos por la misma fe, los enemigos de las trincheras, muchos con los uniformes hechos jirones de la lucha, la mayor parte para agradecer algún favor especial en aquellos años de angustia y de muerte.

San Giovanni quedó convertido en un nuevo Ars; el pueblo cambió influído por aquel ambiente sobrenatural. Pueblo de rudos montañeses, ariscos como el suelo pedregoso del Gárgano, pueblo de malas costumbres, gobernado por el odio, acostumbrado a vivir en rebelión continua y que había acabado por cogerle gusto a la muerte.

Desde el punto de vista político, en aquella aldea dominaban los rojos, envenenados por el espíritu de la revolución. Era una comarca pobre, que vivía entregada a la miseria moral y material, de gran ignorancia religiosa, analfabetos la mayor parte, sin conocimientos ni cultura de ninguna clase y en estado continuo de subversión. Para quien busca el paraíso, como el P. Pío, aquello era como encontrarse con un pedazo de infierno en la tierra.

El catorce de octubre de 1920 fue el día del degüello general, de la gran matanza. Los comunistas se habían concentrado en la plaza y pretendían colocar su bandera en el balcón del Ayuntamiento. Un carabi-

nero fue desarmado y muerto. Sus compañeros dispararon. La lucha explotó. Cuando los manifestantes se retiraron, el suelo quedó sembrado de cadáveres. Para un pueblo pequeño, 14 muertos y 80 heridos resultaba un buen balance. Rara era la casa donde en aquella jornada trágica no entró la muerte. Media población tuvo que vestirse de luto. Como ocurrió en el mismo mes sesenta años antes, cuando se produjo un suceso parecido: 24 personas fueron degolladas entonces por la muchedumbre, excitada por los soldados, que defendían la causa de los borbones.

¿Qué hacía el P. Pío en aquella jornada del 14 de octubre? Se quedó en el convento rezando por aquellas almas entregadas al furor de la tempestad. Durante un mes no salió del convento. Pero en su calidad de antiguo soldado le rogaron interviniera para bendecir el estandarte de la sección que tuvo que tomar parte en la refriega. El entonces Hermano cogió el hisopo y cumplió el rito, rogando por el descanso de las almas caídas en la lucha. Esta fue su única intervención en la política local. Pero aunque su presencia tuvo un carácter meramente ocasional y dentro de su sagrado ministerio, esto no fue óbice para que en el año 1961, desencadenada la segunda persecución contra el fraile, el periódico «L'Avanti» lanzara el infundio de que el P. Pío figuró entre los responsables de la matanza del año 1920, y como nadie salió al paso en su defensa, a los pocos días el periódico insistía triunfal: «Nadie ha rechazado nuestra acusación. El P. Pío es culpable».

Un socialista había escrito: «No es lógico pensar que el P. Pío quedase con los brazos cruzados». Con esta frase olvidaba que cuarenta años antes, el mismo periódico dio detalles minuciosos de lo ocurrido en San Giovanni y había dicho que la matanza fue imputada a los carabinieri, calificados desde entonces como miembros de la «malaméríta» y que el P. Pío había sido designado en aquella ocasión, por el propio periódico, como «el santo del lugar».

El «L'Avanti» tuvo, sin embargo, palabras de encendido elogio para el alcalde del pueblo, doctor Angelo Merla, al que calificaba de «alma dulce y buena, de perfecto caballero» y que estuvo al frente de los manifestantes el día de la trágica refriega. Pero al decir esto se olvidaba de que Merla había sido conquistado por el Padre, que era uno de sus más ardientes defensores, que sentía por el capuchino auténtica veneración y gran amistad, que fue uno de los que ayudaron al doctor Festa durante la intervención quirúrgica que le hicieron al fraile de los estigmas el 5 de septiembre de 1925 y que formó parte de la delegación que se trasladó a Roma, en fecha uno de julio de 1923, para defender la causa del capuchino, frente a los cardenales Lega, Sbaretty y Gasparri.

El doctor Merla fue conquistado por el P. Pío, como otros muchos comunistas, «sus clientes preferidos», como él los llamaba. Aquella «alma dulce y buena de perfecto caballero» abandonaría el credo de Marx, colgaría para siempre en el cuarto de los recuerdos su espíritu revolucionario y no volvería a gritar la frase preferida de sus años mozos: «¡Con las tripas del último rey tenemos que ahorcar al último Papa!»

EL PUEBLO LE DEFIENDE

Pero no fue solamente el alcalde rojo el conquistado. Fue todo el pueblo, que se convirtió en masa en su más celoso defensor. Como en aquel día ya olvidado de la terrible matanza, se amotinaron todos con el mismo espíritu levantisco y de lucha. Pero esta vez era para defender una causa más digna, una causa, diríamos mejor, sagrada y justa.

También esta vez levantaron barricadas y se armaron hasta los dientes. Incluso las mujeres tomaron parte en aquel movimiento militar con hoces y palos. El objetivo era claro: impedir que el fraile de los estigmas fuera alejado del convento, cumpliendo las órdenes que habían dictado los superiores durante los años de la primera persecución.

Fue el alcalde Morcaldi, quien intuyó primero y consiguió saber después por indiscreción de un carabinero que estaban preparando la evasión del fraile para alejarlo de aquel lugar. La fecha estaba fijada: 9 de agosto de 1923. El alcalde no quiso perder tiempo. Congregó al pueblo en la plaza el 25 de junio y desde el palacio del Ayuntamiento pronunció la siguiente proclama: «Ciudadanos: si se intenta trasladar al P. Pío presentaré mi dimisión y como simple ciudadano me batiré entre vosotros». Esa promesa de «batirse», en San Giovanni Rotondo tenía un siniestro significado, que como ya hemos visto, recordaba tristes y viejas historias.

El jefe superior de Policía, señor De Bono, accediendo a una invitación del Santo Oficio, envió al oficial de servicio, Camillo Camillero, para reconocer el terreno. Este le informó por teléfono sobre la gravedad de la situación. De Bono llamó al cardenal Merry del Val y le dijo:

—Eminencia, si al fraile lo sacamos de San Giovanni tendrá que cargar con la responsabilidad de muchas desgracias: le aseguro que saldrá entre cadáveres.

Aquellas almas, políticamente de extrema izquierda, abrazadas al materialismo y a las doctrinas más avanzadas y peligrosas, se habían convertido, por extrañas paradojas de la vida, en celosos guardianes del convento para velar por el P. Pío.

—¡Es nuestro! ¡Nos pertenece! —gritaba el pueblo enfurecido—. ¡Quien lo toque morirá!

Y cada vez que corría el rumor de un posible traslado del Padre, los manifestantes levantaban barricadas alrededor del convento.

Pero la primera persecución había empezado. D'Avellino, vicario provincial de la provincia de Foggia, había recibido instrucciones concretas para cumplir la orden de traslado. Furtivamente se preparaba la evasión. Pero el pueblo, con un sorprendente olfato, barruntaba lo que ocurría y una muchedumbre enloquecida gritaba bajo las ventanas del convento, insultando a D'Avellino con el epíteto de «ayudante del verdugo de Roma...».

La fuga se había preparado en automóvil, por la noche. El mismo P. Luigi D'Avellino lo cuenta en un documento de fecha 6 de noviembre de 1928. Allí habla de las manifestaciones populares que se produjeron, de ciertas violencias, cómo cortar las carreteras, amenazar a los frailes, etcétera. El P. Pío debía ser trasladado primeramente a Ancona y de allí a otro punto en aquel momento no revelado. Según algunos informes parece ser que se había pensado en algún convento escondido en España.

El P. Luigi recuerda esta misión como una de las más ingratas de su vida.

El general de la Orden, el P. Giuseppe Antonio de Persiceto —dice en su escrito—, después de una visita al Santo Oficio, desde donde le habían convocado, le llamó aparte y le dijo:

«Deberás cumplir un encargo delicado de los superiores. Hay que sacar al P. Pío de San Giovanni Rotondo. Yo me pondré de acuerdo con Su Excelencia De Bono; tú haz lo mismo con el gobernador civil de Foggia para evitar desórdenes. Vete enseguida al convento de Nuestra Señora de las Gracias y comunícale al P. Pío las órdenes recibidas al amparo de la santa obediencia.»

Esto ocurría a mediados de julio de 1923. Era de noche cuando el P. Luigi se presentó ante el Padre. Aquel religioso rebelde según el Santo Oficio, lo recibió humildemente y le besó la mano. Enseguida le dijo sin dejarle hablar: «Me tiene a sus órdenes. Vamos enseguida». Y añadió una bella frase que quedaría como prueba y símbolo de su espíritu de total sumisión a las órdenes de las autoridades: «Vamos donde usted mande, porque cuando estoy con mis superiores estoy con Dios».

El P. Luigi se siente turbado ante tanta humildad y tal espíritu de obediencia. El sabe que el P. Pío puede hacer actuar al pueblo en cualquier momento, pero también se da cuenta de que el pueblo obrará por sí solo, aunque el P. Pío no quiera.

En aquellos días, mientras el Padre celebra su misa, aparece un joven que se acerca al altar, saca una pistola y grita: «Voy a matar al P. Pío. Más vale tenerlo muerto entre nosotros que vivo lejos». Aquel joven, a quien la idea de que «el santo» del lugar fuera alejado de San Giovanni contra la voluntad de todos, había trastornado, fue reducido con difi-

cultad. Pero su actitud era una prueba más que confirmaba el enorme peligro de aquella imprevista orden de traslado que con tanta precipitación se había dictado.

El P. Luigi quiere hacer con su prisionero una última prueba: «La noche está ya avanzada. ¿Vendrás conmigo inmediatamente?», le dice. Y el fraile contesta: «Iré con usted cuando y donde usted quiera...». «¿A dónde podemos ir? —insiste—. «Adonde usted decida». Y repite su frase: «Cuando estoy con mi superior, estoy con Dios».

El embajador, desarmado por el fraile, y quizás asustado por el ambiente que le rodeaba, decidió abandonar la empresa y se fue solo de San Giovanni. Más tarde aquel comisionado que figuraba al principio en el grupo de sus perseguidores, se convirtió en uno de los más apasionados y entusiastas defensores del P. Pío.

CARTAS SOBRE SU TRASLADO

Fecha el 23 de agosto llega a Roma una carta firmada por el P. Pío, dirigida al P. Luigi, donde aquél le dice: «No creo que sea necesario asegurarle cómo con la gracia de Dios, estoy dispuesto a obedecer cualquier orden que me notifiquen mis superiores. Su voz es para mí la de Dios y con su ayuda obedeceré cualquier mandamiento que me hagan, por penoso que sea».

Algunos días antes el fraile había escrito otra carta, fecha 12 del mismo mes, dirigida al alcalde del pueblo, donde insistía: «Me siento profundamente preocupado por los hechos que han tenido lugar estos días y vivo con el temor de que pueda ser involuntariamente la causa de acontecimientos dolorosos y tristes para este pueblo a quien tanto quiero. Suplico a Dios que haga recaer sobre mí toda humillación. Sin embargo, y si como usted me comunica, mi traslado ha sido ya decidido, le ruego encarecidamente emplee todos los medios que estén a su alcance para que la voluntad de mis superiores se cumpla. Piense que ella es para nosotros la voluntad de Dios a la que obedeceré siempre ciegamente.

En mis asiduas oraciones recordaré siempre a este generoso pueblo, implorando para él la paz y la prosperidad. Y en testimonio de predilección expreso mi deseo, pues no puedo hacer nada más, de que mis huesos sean enterrados en un rincón tranquilo de esta tierra, siempre y cuando mis superiores no se opongan a este íntimo deseo de mi corazón.»

LA JORNADA DEL PADRE

El P. Pío trabaja todo el día. Adormecido, más que dormido, queda cuatro horas, de las cuales solamente dos pueden considerarse de verdadero sueño.

Baja al refectorio una vez al día. Prueba más que come, unas hojas de hierba, algunas aceitunas y una cucharada de caldo. No come ni bebe lo equivalente al peso de la sangre que pierde diariamente. A pesar de vivir en ayunas su peso aumenta. Para hacerle tomar alguna medicina hay que recordarle su voto de obediencia.

En la última parte de este libro demostraremos cómo se abusó de esta buena disposición del Padre, quien llegó a tomar contra su voluntad hasta 60 comprimidos diarios, que estamos seguros tuvieron una influencia decisiva dada su pobre resistencia física.

LA MUERTE DE SU MADRE

Tras la primera persecución, de la que hablaremos después, el P. Pío pasó por un triste trance: la muerte de su madre. Murió porque, como las demás madres, quiso pasar cerca de su hijo los días de Navidad. Era el invierno del año 1929. Llegó a San Giovanni ataviada con un sencillo vestido de algodón. Hacía mucho frío. Una inesperada tormenta de nieve le sorprendió por el camino. Alguien le ofreció un vestido de lana, pero aquella sencilla mujer lo rechazó, porque tenía miedo de parecer una señora ante los ojos de su hijo.

El día de Navidad, mientras volvía del convento, un viento helado le caló los huesos. Así cogió una pulmonía. En pocas horas se agravó su estado. El Padre fue autorizado para acercarse a su lecho. La besó y con una dulzura desgarradora le dijo: «Madre, mi pequeña madre...». Todos le miraron conmovidos. Esperaban de aquel buen hijo, para su madre, un milagro; un milagro similar al que pocos días antes había hecho con un médico ateo, de treinta años de edad, que devolvió a la vida cuando estaba para morir. ¿Es posible que no cure a su madre?, se preguntaba la gente. Pero su madre murió.

El P. Pío se sintió desolado. Y no hizo nada por ocultar su sufrimiento. Alguien, para animarle, le dijo: «¿No nos ha enseñado usted que el dolor no es otra cosa que el amor que hay que ofrecer a Dios? ¿Por qué llora usted, pues?» Y el fraile, levantando sus ojos arrasados en lágrimas, le contestó: «Estoy llorando de amor, nada más que de amor».

El Padre, de la impresión, cayó enfermo. Le volvieron aquellas fuertes fiebres de antaño. Los termómetros seguían explotando. Pero, a pesar de todo, el provincial fue a buscarle para que regresara al convento. Los médicos que le asistían se opusieron a su petición, pero el provincial contestó: «Asumo toda la responsabilidad». Y los médicos cedieron cuando el P. Pío les convenció, en los delirios de la fiebre, de que la obediencia era para él su primer amor. En brazos lo trasladaron al convento. Por el camino se desmayó tres veces. Las noticias sobre las condiciones de aquel

traslado corrieron por el pueblo y el populacho amenazó con una nueva insurrección. El alcalde, señor Morcaldi, escribió en un periódico romano uno de sus levantiscos relatos. Seguía el fraile sometido a una dura persecución. Aislado y preso en el convento, ofreció en aquellos días de manera especial al cielo su inmenso dolor, el dolor de sus llagas y la zozobra que le producía la actitud de sus superiores, que imposibilitaba cumplir su misión ante los demás, esa sagrada misión de dar testimonio de los dones carismáticos que el cielo le concedía para facilitar la conquista de las almas...

«Los disturbios de aquella pequeña ciudad no cesarán —decía el alcalde— hasta que se haga justicia y se rompa esa cadena hecha de inmoralidades, sacrilegios y simonías que empieza en San Giovanni y acaba en Roma.»

LOS ENEMIGOS ATACAN

Las conversiones del P. Pío se extendían y saltaban fronteras. Especialmente los comunistas se sentían preocupados. De sus filas desertaron muchos por culpa de aquel extraño fraile. Un día, Radio Praga perdió los estribos y desde su emisora lanzó un duro ataque contra el capuchino. Después hizo un llamamiento a los comunistas italianos, invitándoles a convertir a la democracia del progreso y de la civilización a la pequeña capital donde vive el pretendido monje santo.

Desde otro frente los protestantes atacaban también. A San Giovanni Rotondo lo elevan al rango de diócesis a fin de enviar allí a uno de sus obispos. A continuación pusieron en marcha una gran campaña de publicidad: Compraron adeptos, rebautizaron adultos, abrieron escuelas, desde donde ofendían a la Virgen como Madre de Dios, etc., y hasta intentaron levantar una iglesia protestante frente por frente al convento de los Capuchinos. Pero sus planes fracasaron. Dios velaba por su fraile. Y en aquel lugar elegido para construir el templo enemigo, se levantó, ciertamente, una iglesia, pero fue la nueva iglesia del convento. Las grandes aglomeraciones que asistían a las misas al aire libre del capuchino, desde mayo a octubre, y que se quedaban en la puerta sin poder entrar en los meses de invierno, tuvieron a partir de aquel momento un cobijo digno y capaz. Desde entonces, las peregrinaciones crecieron y el P. Pío se vio rodeado por una gran muchedumbre de todos los países, que asistían a las misas del fraile con impresionante devoción.

¿Quién iba a pensar en aquella época que juntamente con los comunistas y los protestantes, los principales enemigos del P. Pío, iban a salir de las filas de sus propios Hermanos, de los frailes capuchinos, que encabezados por el obispo Bortignon llevarían su persecución a extremos inconcebibles?

Tan paradójica es esta realidad como el hecho inesperado de que los defensores del fraile hayan surgido, la mayor parte, del grupo de pecadores convertidos.

Pero los enemigos seguían atacando. El primer libro sobre el P. Pío, editado por Giorgio Berluti, fue confiscado y llevado al índice de libros prohibidos.

El 3 de agosto de 1952, «L'Osservatore Romano» publicó un decreto del Santo Oficio de fecha 31 de julio de 1952, en el que se aplicaban las mismas penas a ocho libros más. Pero dos días más tarde, «L'Osservatore Romano» daba una explicación. Decía que se habían condenado los libros por un defecto formal, porque faltaba en ellos el «imprimatur» redactado en debida forma. Y añadía que la declaración del Santo Oficio no indicaba una condena contra la persona del P. Pío, ni contra los autores de los libros. Entonces, ¿contra quién?, cabía preguntar.

El decreto condenatorio no se insertó en las *Actas Apostolicae Sedis*, siendo requisito esencial el de esta publicación para que un decreto sea válido y tenga fuerza normativa. En consecuencia esas ocho biografías no pueden considerarse prohibidas porque el decreto que así lo estableció no fue vigente por falta de publicación. El hecho era insólito y no había tenido precedente, hasta la fecha, dentro de la historia de la Santa Sede.

El cardenal Alfredo Ottaviani defendió siempre al estigmatizado. En una ocasión, en el periódico de la Santa Sede, se publicó un severo aviso para poner en guardia a los fieles contra los lugares de falsa devoción, relacionándose todos ellos. Pero en la relación no figuraba San Giovanni Rotondo.

Cuando desarrollemos en la segunda parte la historia de las persecuciones que se cebaron en el fraile de los estigmas, veremos el hecho contradictorio de cómo los papas defienden al P. Pío, mientras se editan decretos de condena, que no son rectificados ni anulados. De aquí que dignísimos príncipes de la Iglesia, acuden en peregrinación a San Giovanni Rotondo mientras otros lo censuran o atacan. Y es que la Santa Sede se equivoca a veces, aunque generalmente se resiste a reconocer su error. La historia ofrece casos impresionantes. Cuando Alejandro VII declaró las virtudes, la santidad y la inocencia de Giussepe de Compertino, reconociendo las injustas persecuciones de que había sido objeto, **por no desaprob**ar la actuación de su predecesor y **por no obligar al Santo Oficio a retractar sus decretos, no quiso libertar al reo y lo dejó morir, tranquilamente, en la cárcel.**

Esta forma de actuar sorprende al hombre de mundo, acostumbrado a otra norma de conducta. La justicia humana, cuando reconoce haber sufrido un error judicial, no solamente libera al inocente injustamente condenado, sino que le permite incluso valorar y exigir daños y perjuicios.

¿Debemos considerar por esto a la justicia civil más ecuaníme y equitativa que a la que interpretan los tribunales eclesiásticos? ¿O es que la Iglesia se niega a aceptar para sí la humildad que exige a sus miembros? El P. Pío dio muestras siempre de un absoluto espíritu de sumisión y obediencia. Cuando le prohibieron escribir cartas espirituales a sus penitentes, cumplió la orden al pie de la letra y, desde entonces, año 1924, no volvió a dirigirse a nadie por escrito, ni siquiera en la época en que el Papa Pío XI le había concedido la reintegración «et ultra» y el privilegio de impartir la bendición papal en su nombre.

LOS PONTIFICES APOYAN AL FRAILE

Lo más sorprendente del caso es que las persecuciones contra el P. Pío se llevaron a cabo a pesar del apoyo decidido de Benedicto XV, quien dijo del fraile que «era una de esas almas extraordinarias que Dios envía de cuando en cuando para conducir a los hombres hacia El»; de Pío XI, que le concedió la reintegración «et ultra» y la facultad, como hemos dicho, de dar la bendición en su nombre; de Pío XII, que ordenó reiteradamente «dejar en paz al fraile», liberándolo del voto de pobreza para garantizar su independencia y asegurar su defensa; y de Pablo VI —cuyo pontificado vaticinó como veremos después— y que ha mantenido con él relación epistolar y contacto directo a través de sus más fieles hijos espirituales, comentando en una ocasión desde Milán que «una misa suya valía más que una misión».

Solamente Juan XXIII vivió engañado por los superiores de la Orden. Pero para engañar a Juan XXIII no dudaron en emplear toda clase de medios, incurriendo en sacrilegio, y entre ellos destaca el hecho comprobado de haber violado el secreto de confesión, colocando magnetofones y micrófonos en la celda, en la sacristía y en el confesonario del P. Pío, a fin de enterarse de cuanto éste hablaba con sus penitentes, mezclando después las cintas para reconstruir diálogos comprometidos que llegaban al Santo Oficio y con los que lograron influir en el ánimo del buen Papa Juan.

De Pío XII se cuenta, que recibiendo a un grupo de peregrinos en Castelgandolfo, escuchó a un capuchino arrodillado decirle al pasar: «Santo Padre, le ruego una oración por el P. Pío». Este se volvió en el acto y le dijo: «De todo corazón». Animado por estas palabras, el capuchino añadió: «El P. Pío se encomienda a sus oraciones», replicando Su Santidad: «Soy yo quien se encomienda a las tuyas».

Conversando en otra ocasión con un político, éste le dijo, ante el momento difícil por que atravesaba el Estado italiano: «Aquí nos haría falta traer al P. Pío». «Sí —añadió Su Santidad—, sería necesario organizarle una gran misión».

Fue Pablo VI quien más adelante pronuciara aquella frase que ya hemos recordado: «Una misa suya vale más que toda una misión».

Sor Pascualina, quien vivió al servicio de Pío XII durante su pontificado, ha repetido varias veces que el estigmatizado era calificado con frecuencia por el Papa como el «salvador de Italia». Y el P. Carmelo de Sessano, guardián de San Giovanni en aquella época, ha revelado que en las fechas vísperas de elecciones o acontecimientos importantes en la vida política italiana, el Papa pedía las oraciones del fraile del convento de Nuestra Señora de las Gracias.

Quizá en el fondo de esta fe extraordinaria de Su Santidad hacia el P. Pío, influyó enormemente cuanto tuvo ocasión de conocer y vivir de cerca en relación con otra gran mística de nuestro tiempo: Teresa Neumann, a la que visitaba con frecuencia durante su época de nunciatura en Baviera.

La segunda parte de este libro la dedicaremos a estudiar las causas, la forma y el desarrollo de las persecuciones tramadas contra el humilde fraile y allí aduciremos las pruebas que avalan la realidad de nuestro aserto.

«GRUPOS DE PLEGARIAS»

El P. Pío crea los «grupos de oración». Con ellos pretende llevar a la práctica las enseñanzas de Pío XII, figura extraordinaria de la Iglesia. Fiel a las mismas recomendaciones, quiso hacer también su labor social, lo que él llamó «su obra terrestre». Los «grupos de oración» en el orden espiritual y la «Casa Alivio del Sufrimiento» en el orden material, son las dos grandes obras de este santo capuchino. Analicemos en este epígrafe el origen y razón de ser de la primera.

Juan XXIII ensalzó en varias ocasiones la doctrina, la inspiración divina y la sorprendente actividad de su predecesor. Concretamente, en el mensaje radiofónico del 23-12-58, le llamó «Doctor Eximio, luz de la Iglesia, amante de la Ley...».

Pío XII, para justificar la necesidad de los «grupos de oración», señaló en varias ocasiones las características de nuestro tiempo y la necesidad de orar como único camino para sobrevivir en tan difícil trance. El 23 de mayo de 1952 dice que estamos en tiempos críticos, donde existe una gran crisis contra Cristo. Habla del materialismo, de la propagación del mal en nuestra conciencia. El 11 de julio de 1954, añade: «La Iglesia en sus luchas parece sucumbir, quizá porque no se atribuya el triunfo a la prudencia humana sino solamente a la virtud de Dios».

Pero también el poder del Bien crece, dice el Papa: «Existen almas santamente orgullosas de verse dominadas por El, dispuestas a ser instrumentos vivos al servicio del cielo» (8-5-52). «Millones y millones de fieles

trabajan silenciosamente por el bien común» (23-5-52). «Parece como si Dios preparase algún acontecimiento insólito», afirma el 2 de octubre de 1955.

Tampoco pierde de vista la realidad triste y oscura: el espectáculo miserable de un mundo en descomposición; la realidad del odio entre las naciones; la decadencia moral universal (26-9-50); las persecuciones, calumnias, cinismo y educación impía de los niños (15-9-51); el nuevo modo de vida paganizado que el mundo impone (30-9-51), etc.

Y frente a esta situación tenebrosa, el Papa lanza su llamada, denuncia la causa profunda de la crisis —aletargamiento del espíritu, anemia de la voluntad, frialdad del corazón...— e indica el único remedio y la única solución posible: **La oración**. Y la oración se convierte así en consigna del Papa: «Rezad, rezad cada día más y con más fervor».

En fecha 5 de junio de 1939 expresa su gran confianza en el apostolado de la oración y agradece la actuación del ejército blanco que reza por la Iglesia. El 9 de noviembre de aquel mismo año insiste: «Un Padre, vestido de blanco, os invita a rezar... Es imprescindible la oración para conseguir la paz en estos tiempos de guerra, tempestad y miseria» (23-10-39).

«La oración es la llave de los tesoros del cielo. Todo se alcanza con la oración» (4-9-40).

En los años siguientes el Papa vuelve a insistir en los mismos puntos: «La degradación de la vida pública —dice— crece cada día más y solamente puede ser detenida por la fe de los hombres y de las comunidades» (18-5-47).

«A todos me dirijo —añade—: a los sacerdotes, a los fieles, de la ciudad y del campo, a la juventud, a los trabajadores, y os pido elevéis vuestro corazón y vuestras manos a Dios» (15-8-50).

«Es necesaria la santidad para contener la decadencia de la moral, la pérdida de la piedad, el acrecentamiento del odio» (4-10-55).

«La consigna que os doy —afirma el 4 de octubre de 1949— es que os centréis en la vida interior. El mundo necesita sacerdotes, religiosos y religiosas santos, pero también laicos entregados a la santidad» (18-2-58).

Para resolver los graves problemas de la Humanidad el factor decisivo es el de la oración: para lograr la unidad de los cristianos; la paz entre los pueblos; la cuestión social; el problema de Tierra Santa (al que dedica varias encíclicas); las persecuciones contra la Iglesia, etc.

Para Pío XII el punto fundamental de partida, a fin de lograr la mejora de la vida cristiana, es la oración. El 17 de enero de 1943 pide una falange de fieles dispuestos a la oración y la penitencia.

Hay que crear y preparar una tropa religiosa, dice en varias ocasiones (15-8-50); (4-9-49 y 13-3-53).

«Os aconsejamos —insiste en fecha 13 de marzo de 1943— que reunáis y forméis grupos de hombres que organicen reuniones eucarísticas y pidan al cielo la ayuda que necesitamos. La actitud, que quizá una joven sola no se atreve a tomar, puede ser mantenida por muchas que habrán rezado juntas» (17-7-57).

«Todo hijo de la Iglesia ha de buscar su apoyo en una comunidad fraterna y fervorosa» (30-7-57).

«Comenzad por hacer respirar a las almas que se asfixian porque no rezan. Haced que del corazón suba a los labios y de los labios al cielo una invocación, aunque breve, repetida. Una parroquia en la que todos se acuerden de invocar diariamente al Señor, pronto reverdecerá. Si en una familia hay discusión, rencor, infidelidad, es porque no se reza. Todo trabajo hecho por Dios es oración» (18-5-52).

«Si no queréis ser solamente máquinas o instrumentos de producción, rezad hasta durmiendo, que también durmiendo se respira...» (6-7-52).

Toda la doctrina de Pío XII consiste en traducir a la práctica los mensajes de María, que desde hace un siglo clama por la oración y la penitencia.

«La Iglesia primitiva triunfó del paganismo con silencio, lágrimas, sangre y oración» (8-3-52).

Siete y ocho años llevaba el Papa insistiendo en estas ideas cuando a los que se dirigían al P. Pío para pedirle consejo en sus afanes apostólicos, respondía: «Escuchemos al Papa, recemos y hagamos rezar.»

La «Casa Alivio del Sufrimiento», a punto de inaugurarse, se hizo eco de esta petición y en ella se formó el primer «grupo de oración».

En septiembre de 1949 existen «grupos de plegarias» en varias ciudades de Italia, que se reúnen una o dos veces al año, oyen misa, comulgan y rezan el rosario. En esta fecha se llamaba a la misa o reunión «misa de caridad» o también «misa de perdón». En 1950 se añadió a los actos piadosos que hemos enumerado una hora de oración y entonces empezaron a calificarse de «grupos de oración».

El 11 de julio de 1950 se acuerda que los grupos sean dirigidos por un sacerdote. En agosto del mismo año se lanza la primera invitación para que estos grupos se constituyan en todas las ciudades y pueblos, relacionándose con el llamado grupo central a través de los respectivos promotores. En mayo de 1951 se funda el primero en Roma. El 15 de diciembre de 1951 se puntualizan las características que deben reunir los «grupos de oración»: Serán reuniones absolutamente privadas, humildes, dependiendo todas de la «Casa Alivio del Dolor». En 1952 el número de «grupos de plegarias», tanto en Italia como en el extranjero, se cuentan ya a centenares. En muchas diócesis son los propios obispos quienes nombran a los

sacerdotes encargados de dirigirlos. En 1959 se celebra el primer Congreso nacional de los grupos que se habían formado siguiendo las recomendaciones de Pío XII, Congreso que tuvo lugar en Catania y en el que pronunció una brillante alocución el cardenal Lercaro.

La Santa Sede manifiesta su alegría por el apostolado que están desarrollando en todas partes, y el cardenal Tardini, el 25 de mayo y el 29 de junio de 1959, dirige dos telegramas expresando estos mismos sentimientos.

Los «grupos de oración», como todas las iniciativas que dirigía nuestro capuchino, tuvieron, como vemos, un eco y una eficacia extraordinaria.

Trazaremos sobre el mapa unas líneas que sirvan para siluetear la geografía de la oración, y ante ellas veremos cómo el movimiento se subdivide en 54 grupos en el Piamonte, 100 en Lombardía, 69 en Veneto, 23 en Liguria, 113 en Emilia, 56 en Toscana, 47 en Macas, 8 en la Umbría, 37 en el Lazio, uno que se reúne en San Pedro, otro en el Vaticano, 35 en los Abruzzos y en el Molise, 48 en Capaña, 49 en Puglia, 6 en Lucania, 14 en Calabria, 57 en Sicilia, 15 en Cerdeña, etc. La iniciativa se difunde también por Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Francia, Alemania, Estados Unidos, Suiza, Brasil, Argentina, Australia, Turquía, Túnez, Argelia y Marruecos.

Un auténtico movimiento de oración, que bajo la dirección del P. Pío servía de pararrayos a la justicia divina.

A pesar de ello, el poder de las fuerzas del mal es irresistible. Cuando el Papa Pacelli muere, monseñor Bortignon, el obispo de Padua, en cuya diócesis había impedido que entrara aquel movimiento de oración, califica a los grupos rezadores de peligrosa secta rebelde y subversiva, en engranaje con el indeseable P. Pío. Y así comienza la segunda persecución. Pero no adelantemos acontecimientos. El por qué fueron condenados y disueltos estos grupos lo trataremos con la atención que el fenómeno merece, en la segunda parte de este libro, dedicada al desarrollo de las persecuciones contra el fraile de los estigmas.

CAPITULO VIII

LA “CASA SOLLIEVO DE LA SOFFERENZA”

EL gran Hospital del P. Pío, la gran obra inspirada y dirigida por el estigmatizado, es la llamada «Casa Alivio del Sufrimiento», que se levantó con las limosnas que llegaron de todo el mundo.

Ya en el año 1925 el capuchino había logrado convertir en ambulatorio un viejo convento de las Clarisas, que fue destruido en el año 1938 por un terremoto.

Anteriormente, en los primeros años de vida conventual, había proyectado una fundación para asistir a los enfermos más pobres: el pequeño Hospital de San Francisco, que se puso en marcha sin medios económicos de ninguna clase. El fracaso fue grande y tuvo que esperar hasta la edad de los treinta y ocho años para volver de nuevo a repetir el intento. Aquel ambulatorio, aquella especie de embrión de hospital, tampoco disponía más que de lo indispensable y sus posibilidades se limitaban a atender escasamente a una veintena de enfermos.

El Padre hablaba siempre de su reiterado proyecto a cuantos podían entenderlo, preocupado por el intenso frío y la penosa situación que padecían los pobres en aquella comarca de clima tan duro. Y pensando en ellos estaba cuando una tarde, el 9 de enero de 1940, se encontró con la colaboración de un médico ex masón, el doctor Sanguinetti; un farmacéutico zarista, el doctor Kiswardy, y un veterinario de Perugia, Mario Sanvico. Al frente de este cuadro médico pensó reorganizar el ambulatorio. El capuchino les pide se queden a vivir cerca de él y los tres decidieron construir tres casas pequeñas levantadas a poca distancia del convento.

El capital social para la empresa, en aquella época, alcanzaba la cifra de 967 liras. Pero el Padre confía en la Providencia. Reza por la obra y se dispone a esperar las liras sueltas y escasas de los pobres y los millones de los ricos. Todo sería posible si el dinero no se canaliza por los cauces del señor Giuffré, a quien los representantes de la Iglesia presentaron al pueblo como el «banquero de Dios».

PUESTA EN MARCHA Y DESARROLLO

El Padre recordaba aquellas palabras de Cristo: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, fui forastero y me acogisteis, enfermo y me visitasteis...» Por eso —decía el P. Pío— en todo pobre está Jesús abatido, en todo enfermo está Jesús sacrificado; en todo pobre y enfermo está Jesús dos veces presente.

Estas palabras del santo estigmatizado expresan aquella inquietud interior que le llevaría a entregarse al apostolado, a la oración y a la penitencia, pero a la vez a la realización de una gran obra humana que viniese a constituir una especie de monumento a la caridad, fruto práctico y terreno de las enseñanzas de Cristo.

Así llegó a ser el P. Pío, a través de extrañas circunstancias, propietario de un gran hospital moderno, dotado de las instalaciones más perfectas y avanzadas. Este Hospital de San Giovanni Rotondo fue construido con las ofrendas que para tal fin le llegaron de ciudadanos de todos los países del mundo, excepto de los pertenecientes al mundo comunista. Ya hemos dicho cómo Pío XII, para que pudiera ser propiedad del Padre, quien representaba a todos los donantes, lo había desligado parcialmente del voto de pobreza, nombrándolo además director perpetuo de la Casa.

Las experiencias personales del P. Pío desde su infancia lo llevaron a sentir la necesidad de aliviar el sufrimiento humano, necesidad que se convirtió en una verdadera obsesión. De aquí su preocupación por la pobreza y especialmente por las enfermedades de los pobres.

Su ideal se centraba, más que en la idea de un hospital, en la creación de una casa, con auténtico ambiente de hogar e intimidad para los pobres. Casa que debería ir creciendo conforme el tiempo y las circunstancias lo permitieran, hasta convertirse en una gran ciudad hospitalaria, sin perder por ello ese carácter de hogar familiar para cada enfermo. Sus ideas sobre la caridad activa las repetía con frecuencia a cuantas personas lo visitaban y estaban en condiciones de ayudarle a realizar el proyecto. Les hablaba de la enfermedad como consecuencia del pecado, pero a la vez del gran amor y de la misericordia infinita de Dios. El amor es la chispa divina del alma humana. La esencia misma de Dios personificada por el Espíritu Santo. Al amor infinito de Dios debemos corresponder en la medida de nuestras pobres posibilidades. De aquí el precepto de la caridad, que en caso de cumplirlo nos permitirá oír de Jesús algún día aquellas palabras de «tuve hambre y me diste de comer, estuve enfermo y me cuidaste...». Es necesario saber sonreír, despertar la esperanza en los corazones, hacer penetrar la luz en el alma. Y para lograrlo hay que olvidarse de uno mismo para pensar en los demás.

Con estas ideas convence a sus colaboradores y, dispuesto a poner en marcha el proyecto, saca del bolsillo una moneda de oro que había recibido de limosna aquel día y, entregándosela al doctor Sanguinetti, le dice: «He aquí la primera piedra. Constrúyeme una casa para los enfermos en la que ellos se sientan como en su hogar y donde puedan ser cuidados con los últimos adelantos de la ciencia.» Con piedras como aquélla, que a partir de aquel momento llegaron continuamente de todas las partes del mundo, se levantarían los edificios de este gran centro hospitalario.

Para tal fin se creó una sociedad anónima, ante el notario don Girolamo Caggianelli, de Foggia, sobre un papel sellado de doscientas liras. La escritura fue protocolizada bajo el número 12.832 y registrada el 5 de octubre de 1946. El capital social fue el de un millón de liras, distribuído en mil acciones de mil liras cada una.

El proyecto fue recibido con escandalosa sorpresa por todos. Construir sin dinero un hospital de aquella envergadura y en un sitio como aquél, en un desierto de piedras donde ni siquiera crece la hierba, en las crestas del Gárgano, sin una gota de agua, a cuarenta kilómetros del pequeño centro urbano más próximo, sin otra vía de acceso que un mal camino, sonaba en los oídos de todos los técnicos y profesionales a que se acudió en busca de colaboración, como un sueño irrealizable, una quimera disparatada. Por otra parte, el tiempo no permitía trabajar en invierno y el costo de la obra se elevaba enormemente por las dificultades del transporte y el aislamiento y geografía del lugar.

Aquellas dificultades desvanecían y echaban por tierra los sueños del P. Pío. Para agravar la situación surgió un nuevo contratiempo: la segunda guerra mundial, en la que se comprometió Italia, en ayuda del nazismo y en contra de los sentimientos del pueblo italiano. El Gobierno de Mussolini dio este paso trágico cuando vieron a Francia vencida y ocupada y se sintió en peligro si no se unía al carro del entonces coloso e irresistible vencedor.

La movilización, los ejércitos en marcha y los bombardeos imposibilitaron el proyecto de construcción. Las necesidades se hacen más perentorias, las enfermedades aumentan, los pobres sufren más que antes y tienen más necesidad de él. Pero el P. Pío sólo puede hacer una cosa: rezar. El sabe que la oración confiada lo alcanza todo. A la oración se entrega con fe absoluta, ofreciendo el sufrimiento de sus estigmas sangrantes por los demás. Mientras reza, sigue reflexionando y pensando en su obra.

Las limosnas, a pesar de la guerra, siguen llegando. Emmanuele Brunnatto, aquel fiel servidor del Padre, que cambió de vida a su sombra, ha logrado desde París hacer fortuna y envía en el año 1941 tres millones

y medio de francos viejos, que representaban entonces una verdadera fortuna. La ofrenda en liras alcanzaba la cifra de tres millones. Brunatto, economista famoso, falleció el 10 de febrero de 1965. Después de su conversión había pasado varios años viviendo en el mismo convento de San Giovanni, en la celda vecina a la del Padre. Le ayudaba a misa todas las mañanas. Junto a él vivió hasta que fue despachado del convento durante una de las persecuciones contra el Padre y en virtud de la fidelidad que aquél le mostraba. Como testigo de la primera hora, sus declaraciones tienen una excepcional importancia. Lo encontraremos varias veces a lo largo de nuestra historia, pues, aparte la capital importancia de su testimonio, en él se personificó la defensa de la persona y de las obras del estigmatizado. A tal fin fundó en Ginebra una sociedad de la que hablaremos más adelante.

UNA OFRENDA EXCEPCIONAL

Pero el ingreso más fuerte viene del UNRRA, gestionado por Bárbara Ward, una periodista inglesa, que pide al capuchino la conversión de su novio, un influyente miembro de la gran organización asistencial. Bárbara Ward es una periodista digna de fe, redactora de «L'Economist», católica fervorosa, novia de un austríaco, el comandante Jackson, que pertenecía a la religión protestante. Bárbara había oído hablar del P. Pío a muchas personas, y entre ellas al marqués Patrizi, que se ofreció a acompañarla en su visita al fraile. Cuando llegó a San Giovanni, pasaron por el lugar donde se estaban iniciando las obras y vio a un sacerdote con la sotana levantada, tirando de un carro lleno de ladrillos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó la periodista inglesa.

—Una gran clínica —contestó, sonriendo, don Orlando.

—¿Y cuánto dinero calculan que necesitan?

—Cuatrocientos millones de dólares.

—¿Y quién paga?

—El que pasa, paga —contestó chanceando don Orlando.

Bárbara Ward es recibida por el humilde fraile. El diálogo fue breve:

—He oído muchas cosas de usted en Londres y he venido a pedirle una gracia.

—Es el Señor quien las concede.

—Soy católica, pero mi novio es protestante. Quisiera que se convirtiera a nuestra fe.

—Si lo quiere el Señor, se convertirá.

—Pero, ¿cuándo, Padre? —replica impaciente.

—Si Dios quiere, ahora mismo.

La joven se fue desilusionada. La visita le había defraudado totalmente. Al pasar ante don Orlando, que seguía trasladando ladrillos, ni siquiera se dignó contestar a su saludo.

Pero llega a Londres y se encuentra con una sorpresa maravillosa. Su novio se había convertido al catolicismo espontáneamente. El hecho ocurrió el mismo día y a la misma hora en que el P. Pío mantuvo con Bárbara Ward aquel extraño diálogo, tan poco prometedor.

Ambos comprenden que se trata de la gracia impetrada y deciden hacer un viaje, juntos, a Italia, para visitarle y agradecerle su intercesión. Ella le advierte al comandante Jackson: «Ve prevenido; necesitan dinero, mucho dinero.»

La entrevista fue sustanciosa y de gran interés para el futuro hospital.

—Sé que necesita usted cuatrocientos millones de dólares —le dice—. Pero si no tiene inconveniente en ponerle a la clínica el nombre de Fio-
rello La Guardia, yo se los puedo conseguir.

El Padre no duda. «Conforme», dice.

La viuda del citado señor La Guardia, enterada por el comandante Jakson de la feliz iniciativa, pone un telegrama al jefe del Gobierno italiano, De Gasperi, dándole las gracias por la atención de poner el nombre de su esposo al frente de aquel excepcional centro hospitalario y anunciando la transferencia de cuatrocientos millones de dólares. El jefe del Gobierno no sabe nada, se interesa por tan importante transferencia y llama al prefecto de Foggia, quien tampoco está enterado de lo ocurrido. Este a su vez se dirige al médico provincial, que se encoge de hombros sin comprender una palabra.

Al día siguiente, un montón de coches oficiales llegan al lugar de los hechos haciendo sonar sus sirenas. Las autoridades no comprenden cómo una obra de aquella envergadura pudiera llevarse a cabo sin permiso de nadie y sin conocimiento del público. D. Orlando, y con él todos los colaboradores, saltan de gozo. El P. Pío comisiona a este fiel sacerdote para que vaya a Roma con la orden expresa de que no regrese sin el dinero. Así lo hace en el acto. Pero el Gobierno italiano no está dispuesto a presenciar el desfile de aquel río de dólares ante sus ojos sin agarrar una parte. Y los cuatrocientos millones de dólares quedan reducidos a doscientos cincuenta. Italia necesita divisas. El mordisco es fuerte, pero esta circunstancia libera al Padre de la obligación de darle a la obra, que pretende ser un gran monumento dedicado a la caridad, el nombre de un aeropuerto internacional.

SE INCREMENTAN LOS TRABAJOS

Con aquel dinero la construcción adquiere un gran ritmo. Los trabajos comenzaron en serio el 16 de abril de 1947. Pronto se dieron cuenta los

promotores que aquellos pesimistas informes de los técnicos no carecían de fundamento. Las dificultades eran cada día mayores. Los problemas se sucedían. El P. Pío logró descubrir, con su instinto sobrenatural, al hombre capaz de vencer todas las dificultades: uno de sus seguidores, Angelo Leone Luppi, de Pescara. Extraña personalidad, de gran inteligencia, inconstante en su labor, pero polifacético y genial: la navegación, la construcción, el cine, la pintura industrial, etc., fueron campos en los que desplegó su incansable actividad. Cualquier problema lo resolvía por instinto. Era un auténtico genio intuitivo, capaz de inventar y dar solución a las más complejas situaciones. El P. Pío había encontrado a su hombre, y Angelo Leone Luppi había encontrado, junto al fraile, su misión.

A pesar de sus cualidades excepcionales de acción y de organización, Angelo Luppi tuvo la virtud de someterse en un principio a las instrucciones del doctor Sanguinetti, que fue el verdadero cerebro financiero de la obra. El P. Pío no quería deudas. «El prestamista exige la devolución rápida del dinero, pero a la vez quiere intervenir y mandar en la inversión», acostumbraba a decir. Por eso le pedía a la Providencia donativos a fondo perdido. «Ella será la única fuente de subvenciones, y cuando la Providencia no tenga fondos, que se interrumpan las obras...», había afirmado en varias ocasiones.

Sanguinetti convenció a los bienhechores para que sus limosnas se dieran sin carácter de préstamo, a fondo perdido. El dinero llegaba puntualmente y en cantidades suficientes. Y, aunque parezca paradójico, ésta fue la causa de las primeras dificultades. Porque los superiores se empezaron a interesar en serio por aquel dinero que consideraban más adecuado con vistas a las misiones capuchinas, pero no para levantar aquel costoso hospital.

Esta era la posición del superior general de la Orden, P. Clemente de Milwaukee, y, a través de él, del guardián del convento, el P. Fernando de San Marco in Lamis. Este último no se conformaba con criticar los proyectos del estigmatizado, sino que hacía todo lo posible por apartar de él a sus bienhechores y convencerles para que le hicieran a él personalmente entrega de sus ofrendas. El incidente provocó varias veces la paralización de las obras y produjo entre los fieles el natural escándalo. Pero aquel escándalo tenía la virtud de estimular el celo de los bienhechores y propagar, fuera y dentro de las fronteras, el proyecto del Padre. La muerte trágica e inesperada del citado guardián del convento fue interpretada como un castigo de Dios y los fieles doblaron sus esfuerzos de caridad en pro de la obra. El P. Fernando apareció muerto en una de las sendas que conducían al convento, en un día de intensa lluvia. Nadie se había dado cuenta de su ausencia. Fue un niño quien descubrió el cadáver, tendido en el suelo, mojado y salpicado de barro.

» Vencida esta dificultad, Sanguinetti tuvo que sufrir mucho por el carácter irascible de Angelo Luppi, de quien sus compañeros de trabajo decían que «era un diablo al servicio de Dios».

Angelo Luppi, que empezó sirviendo al Padre, acabó rebelándose contra él y contra sus colaboradores. Se hizo amigo del arzobispo de Manfredonia, alojó en su casa a la hermana del citado arzobispo cuando se encontraba enferma y todos sus trabajos los realizó siempre con miras interesadas, no por amor al capuchino ni a su obra.

« Al final llegó a escribir artículos tremendos contra el P. Pío y a publicar fotografías compuestas donde aparecía el fraile rodeado de botellas ante una mesa muy bien surtida y con un comentario tan lacónico como hiriente: «El P. Pío se mortifica.» A tanto llegaron aquellas campañas de prensa que llevó a cabo en el año 1954, que los fieles seguidores del capuchino organizaron una manifestación de desagravio dirigida por el P. Carmelo de Sessano, a fin de consolar al Padre.

A pesar de su cruel comportamiento, en 1958 el arzobispo de Manfredonia se lo impuso de nuevo como colaborador, y en 1964, al caducar el contrato de trabajo, se le obligó a aceptarlo otra vez, lográndolo gracias al apoyo del P. Clemente de Santa María in Punta. A cambio de este favor el arzobispo de Manfredonia prometió secundar la persecución que se había desencadenado contra el Padre.

El comportamiento de Luppi fue tan escandaloso y perjudicial a los intereses de la empresa para que se había comprometido a trabajar, que el presidente del Tribunal de Foggia, informado de todo por un amigo, exigió la rescisión del contrato.

Tras muchas dificultades, el doctor Sanguinetti logró llevar a feliz término el trabajo que el P. Pío le había encomendado. Pero Sanguinetti murió de forma imprevista el 6 de septiembre de 1954, a los sesenta años de edad, de un infarto al corazón. El principal colaborador del Padre se vio así imposibilitado de ver terminada su obra. Su muerte afectó enormemente al buen capuchino. Sollozando, de rodillas, ante el crucifijo de la iglesia, le oyeron exclamar:

—¿Por qué me lo has quitado...? Si me lo hubieses hecho saber antes, te habría pedido aplazases su muerte y te lo habría arrancado de las manos...

Así de confiada e irresistible era la fe del fraile.

Encargó un busto del doctor Sanguinetti y dictó el siguiente epitafio: «Tú que parecías todavía útil para los hombres, has sido robado como por encanto en el misterio de Dios.»

CARACTERISTICAS DE LA OBRA

La obra resultó grandiosa y dotada de las más avanzadas instalaciones. En su terraza existe una pista para aterrizaje de helicópteros, a fin de facilitar el traslado de enfermos graves. El lujo exterior y la riqueza de sus instalaciones interiores es el único reproche que se le puede hacer a esta impresionante construcción. Parece que no encaja con el estilo propio de la Orden franciscana, pero este contraste encierra en el fondo una edificante lección: la severidad para los monjes que han abrazado voluntariamente la pobreza; la belleza radiante y el lujo para los pobres que la sufren. No olvidemos que no se trata de un hospital, aunque cumple su misión. Es la casa de los pobres, la casa creada para aliviar el sufrimiento de los necesitados.

Al terminar la guerra, el número de peregrinos creció extraordinariamente en San Giovanni. Llegaban de todas las partes del mundo, salvo de los países comunistas y del Extremo Oriente. Así, la obra del P. Pío alcanzó renombre universal y adquirió carácter internacional: la «Casa Alivio del Sufrimiento» quedaba abierta para los necesitados de todo el mundo.

El capital que representa esta inversión es fabuloso. Su cuantía justifica el objetivo de la segunda persecución que ha amenazado con destruir este espectacular monumento de caridad. El mundo conviene que lo sepa y conozca los nombres de quienes atacan y defienden desde el campo de la Iglesia la lucha en torno a la «Casa Solievo della Sofferenza». De antemano podemos decir, para que el lector vaya formando su juicio, que los nombres más ejemplares del episcopado italiano figuran en el libro de oro de la Casa, junto a las firmas de Pío XII y del cardenal Montini, hoy Pablo VI.

Prevista en principio la Casa para 300 enfermos, pronto se ampliaron los servicios para 500, y en 1965 se alojaron 700.

Su aislamiento, en cuanto a situación, de este centro hospitalario, le obliga a funcionar en régimen de autarquía, lo que exige el disponer de taller propio de reparaciones, lavadero automático, carpintería, farmacia, laboratorios, cocina para uso normal y para condimentos dietéticos, central térmica y eléctrica autónoma, central para distribución de oxígeno, estación de desinfección, depósito de cadáveres, sala de autopsias, servicio de ambulancias, estación para depuración y evacuación de las aguas, imprenta, oficinas para los servicios administrativos, albergues para alojar a las diversas personalidades religiosas y laicas, salas de conferencias, de cine, de conciertos, capillas para el servicio religioso, etc.

Además de los servicios de medicina general, perfectamente organizada, la Casa dispone de cinco secciones de cirugía: general, torácica y uro-

lógica, etc. Diez salas de operaciones provistas del material más moderno; una sección de obstetricia, una de ginecología, una de ortopedia, de otorrinolaringología, de pediatría, con un centro para prematuros, a cuya sección están anejos un centro pediátrico de medicina preventiva y un centro de estudios sobre la microcitemia; un laboratorio de radiología, dividido en cuatro secciones, otro de investigaciones clínicas ultramoderno, otro de cardiología, un banco de sangre, aprovisionado por donantes voluntarios escogidos entre los peregrinos y visitantes de los enfermos, etcétera. De mayo de 1963 a abril de 1964, 15.379 tomas de sangre fueron efectuadas en la misma Casa.

Forman parte también de este complejo una escuela de enfermeros profesionales y una escuela de enfermeros y enfermeras de servicios generales especializados y establecidos con autorización del Ministerio de Sanidad.

La nueva ampliación de la Casa que se proyecta permitirá la creación de secciones de oftalmología, de dermatología, de cirugía plástica y una nueva de aislamiento para los contagiosos. Cuarenta y cinco médicos, con plena dedicación, están afectados al servicio de los enfermos y residen todos en los alrededores del hospital. No pueden atender clientela privada alguna, que en aquel lugar aislado no existe. Así la asistencia a los enfermos es permanente y no exige dilación ni espera alguna, servicio que no suele darse en ninguna otra clínica.

Es irritante pensar que mientras la Casa sigue la fase de ampliación constante a gran ritmo, y contaba además en aquella época con un depósito ahorrado de 600 millones de liras en el Instituto para las Obras de Religión del Vaticano, se le acuse al P. Pío de mal administrador...

De los cuarenta y cinco médicos, siete ostentan el título de profesores. El Consejo de la Casa designa los médicos en concurso entre los más capacitados. La calidad del profesional queda así perfectamente garantizada.

La Casa es también centro de vida y de investigaciones científicas. Diversos congresos se han celebrado en ella, con asistencia de destacadas figuras de la medicina universal. Así, su reputación se ha extendido rápidamente.

La ausencia total de interés especulativo y la caridad humana y espiritual del cuadro de médicos y colaboradores explica el éxito extraordinario y el prestigio universal de la institución.

Todo lo expuesto no es más que el embrión de la gran ciudad hospitalaria concebida por el santo capuchino y que se ha extendido y desarrollado a gran ritmo.

Pío XII la enjuiciaba así: «La obra de San Giovanni Rotondo es el fruto de una de las más nobles aspiraciones, de un ideal largamente madurado al contacto de los aspectos más variados, y más dolorosos, del sufrimiento físico y moral de la Humanidad.»

Ante la imponente cantidad de testimonios de incomprensible valor y de los juicios que expresan la más alta estima, **se podrá medir** —como afirma Boniface— **la importancia de los miserables ataques de algunos extraviados, desgraciadamente revestidos de la estameña franciscana o de sotana, a veces moradas, así como de algunos villanos a quienes un odio sórdidamente interesado les ha hecho cometer verdaderos atropellos.** Pero el honor de la Orden franciscana y, sobre todo, de la Santa Iglesia, no pueden ser, gracias a Dios, mancillados porque no han comprometido, y no siguen comprometiendo, sino a responsabilidades puramente individuales.

Las palabras de Pío XII que hemos transcrito anteriormente nos tranquilizan y avalan nuestra defensa, no solamente por el reconocimiento que supone de los hechos que denunciaremos después, sino por haber sido pronunciadas por la más alta dignidad de la Iglesia en aquella fecha y porque hoy día resultan, además, palabras de un alma en vías de canoización.

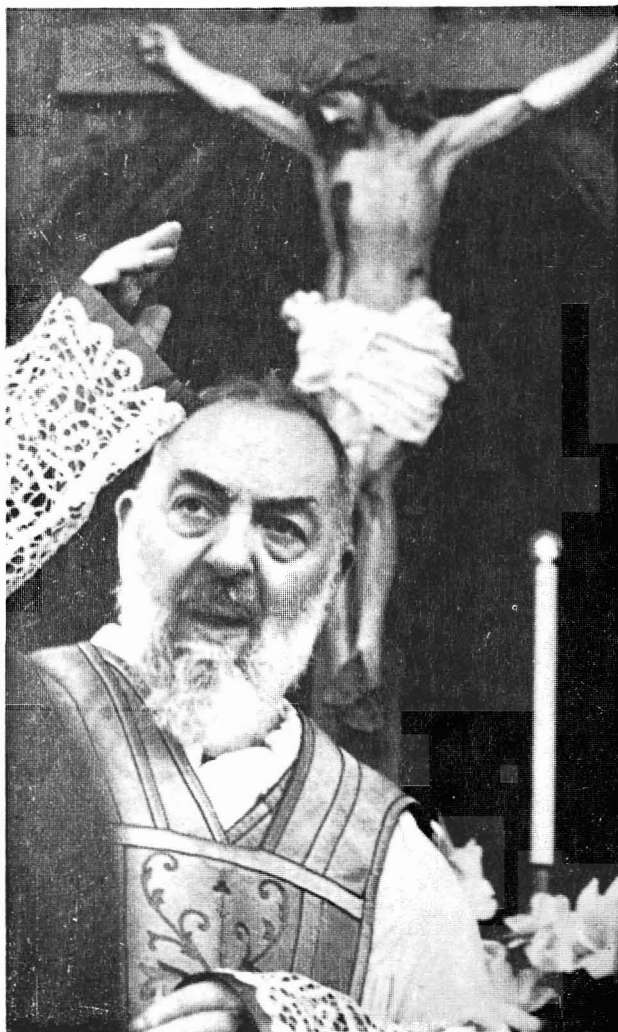
FECHA MEMORABLE

La inauguración de la «Casa Alivio del Sufrimiento» tuvo lugar el día 5 de mayo de 1956. Asistieron un centenar de obispos, el superior general de la Orden de los Capuchinos, el presidente del Senado italiano, señor Merzagora, el ministro Brachi, que ostentaba la representación del Gobierno, numerosas personalidades del mundo de la medicina y una muchedumbre considerable, procedente de todas las naciones.

Pío XII, que comprendía y amaba al P. Pío, le dirigió un telegrama de felicitación, calificando la obra «como inspirada por una alta preocupación de caridad evangélica». El cardenal Lercaro había declarado en su discurso: «Donde hay Dios, hay caridad y amor. Todo el mundo se ha dado cuenta de que aquí está Dios, porque hay amor y caridad. Y ahora —dijo—, escuchad al P. Pío.»

Por fin, el pobre fraile era enaltecido por la Iglesia, como consecuencia del gobierno de un Papa dispuesto a hacer justicia. Pío XII era el Papa que necesitaba el P. Pío. Y éste era el tipo de religioso que el Papa pedía para su Iglesia.

El gran Pontífice exigía obras sociales y el humilde fraile creaba el más grande establecimiento asistencial para los necesitados, uno de los centros hospitalarios mejor equipados del mundo. El gran Pontífice in-



*Una foto bendiciendo
al pueblo.*

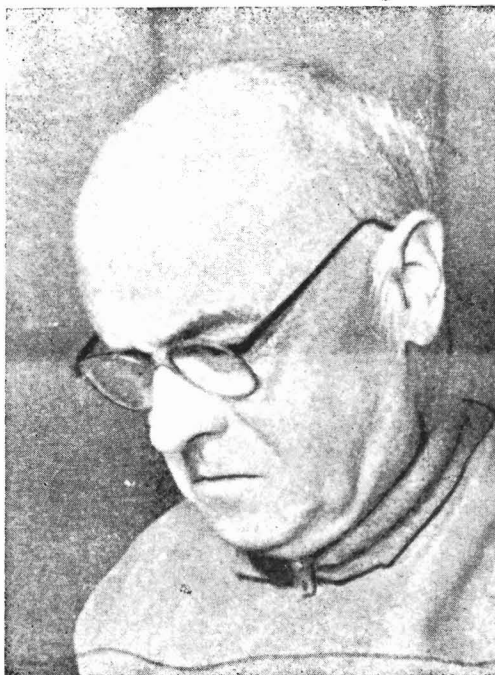


*Un aspecto de la sangre
de sus llagas.*

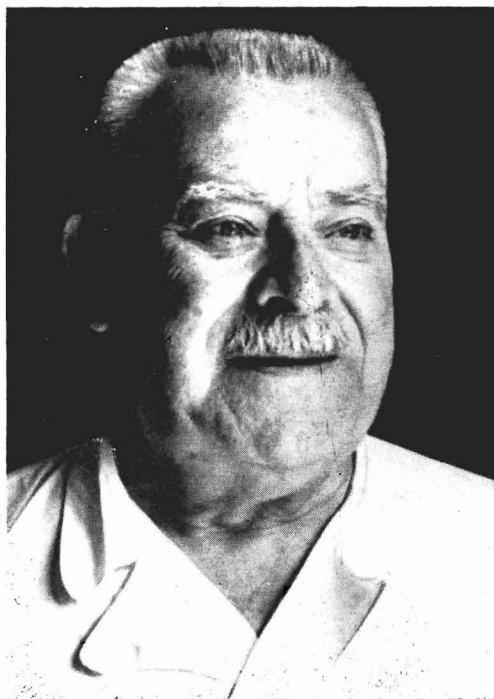


*Perspectivas de la "Casa Alivio del Sufrimiento".
Fundación del P. Pío en San Giovanni Rotondo.*



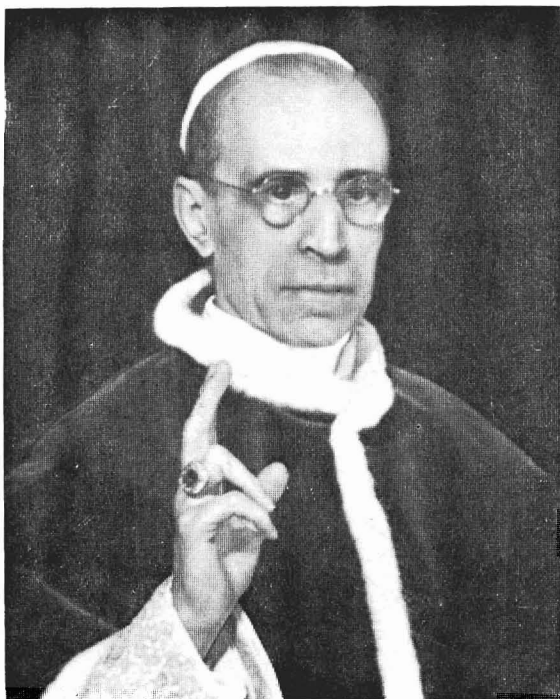


Los tres principales colaboradores del Padre en la fundación de la "Casa Alivio del Sufrimiento": doctores Sanguinetti, Mario Sanvico y Carlo Kiswarday.





El Cardenal Lercaro en el día de la inauguración de la "Casa Sollievo della Sofferenza". (5 de mayo 1956.)



*Su Santidad Pío XII.
quien dispensó al
P. Pío y a su Fun-
dación su más deci-
dida protección.*

A esta carta acusan recibo los capuchinos en escrito firmado por el P. Superior, escrito que lleva impreso el número de su cuenta corriente, para facilitar en lo sucesivo el desvío de fondos. La carta decía así:



• S. MARIA DELLE GRAZIE •
SAN GIOVANNI ROTONDO
(FUGGIA) - ITALIA
C/C Postale N. 12 8511

Gentile Sign. Giacetta

Abbiamo ricevuto la sua con
l'unica offerta. Il Dio ha ingratia
tella generosità e ha benedice di cuore
unita a tutta la sua famiglia. Le
ausura prosperità e sviluppo economico
Promette la sua preghiera ed un
momento particolare nella Santa Misa

Auspriamo tante feste terrene

ed ogni bene materiale e

spirituale.

Con ossequio
Il P. Superior

Fotocopia de la carta que el P. Pío dirige al Alcalde Francisco Morcaldi donde le dice que si su traslado ha sido ordenado por los Superiores le ruega intervenga para evitar que el pueblo dificulte el cumplimiento de estas órdenes, pues la voz del Superior es la voz de Dios. En ella manifiesta su voluntad de ser enterrado en San Giovanni Rotondo cuando muera, siempre que los Superiores crean oportuno respetar ese deseo de su corazón.

La copia literal de la carta figura en el texto del capítulo VII de este libro (pág. 123).

«Hemos recibido su carta con la última ofrenda. El P. Pío agradece su generosidad y lo bendice de corazón unido a toda su familia. Promete su oración y un recuerdo particular en la Santa Misa.

Le deseamos felices fiestas pascuales y mucho bien material y espiritual.

Con afecto, el P. Superior.»



IL CARDINALE ARCIVESCOVO DI MILANO

Milano, 20 Giugno 1960.

Veneratissimo Padre,

sento dire che la Paternità Vostra prossimamente celebrerà il cinquantesimo anniversario della sua ordinazione sacerdotale; ed ora pertanto anch'io ~~mi~~ esprimerle, nel Signore, le mie felicitazioni per le grazie immense a Lei conferite e da Lei dispensate. E' proprio il caso di ripetere, con giubilo e con riconoscenza verso la bontà di Dio: "Venite, audite, et narrabo, omnes qui timeatis Deum, quanta fecit animae meae"! Così merita d'essere celebrato il Sacerdozio. Che diremo poi del Suo, favorito di tanti doni e di tanta profondità!

Esprimo insieme il voto che Cristo Signore abbia a vivere ed a manifestarsi nella persona e nel ministero della Paternità Vostra, come dice San Paolo: "vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali".

So ch'ella prega anche per me. Ne ho immenso bisogno; voglio raccomandare sempre al Signore questa diocesi insieme col suo vescovo in D.

+ G.B. Card. Montini, Arciv

TITULARES DE PRENSA QUE HACEN ALUSION AL P. PIO

Van al Gargano y parecen empujados por una fuerza prodigiosa. PRODIGIOSAS CONVERSIONES EN SAN GIOVANNI ROTONDO.

VANNO VEL GARGANO COME SOSPINTI DA UNA FORZA PRODIGIOSA

Prodigiose conversioni a San Giovanni Rotondo

LA PRODIGIOSA GUARIGIONE DI UNA DONNA

Padre Pio le disse in sogno: «Lunedì alle ore 18 ti alzerai,,

E l'inferma, da diciotto mesi immobilizzata nel letto, non accusò più disturbi e cominciò a camminare - La scienza è ancora riservata sulla natura del fenomeno

La prodigiosa curación de una mujer. EL PADRE PIO LE DIJO EN SUEÑOS: «EL LUNES A LAS SEIS DE LA TAR-

DE TE LEVANTARAS». Y la enferma, desde hace dieciocho meses inmóvil en la cama, ya no tuvo molestias y empezó a caminar. La ciencia no se pronuncia aún sobre la naturaleza del fenómeno.

LA EXTRAORDINARIA CLARIVIDENCIA DEL FRAILE DE SAN GIOVANNI ROTONDO.

«El Señor, muchas veces, —escribe el fraile santo— me presenta personas que nunca vi, para que yo rece por ellas». Un dominico en traje de paisano. La sacrilega señora inglesa.

La straordinaria chiaroveggenza del frate di S. Giovanni Rotondo

« Il Signore, diverse volte, scrive il frate santo, mi presenta persone che io non ho mai veduto, al solo fine che pregassi per loro » - Un domenicano in abiti civili - Un bestemmiatore respinto - La sacrilega signora inglese

ATMOSFERA DA "FIORETTI", A S. GIOVANNI ROTONDO

Una cittadella di convertiti attorno alla cella del "santo,,

Atmósfera de «Florecillas» en San Giovanni Rotondo.

UNA CIUDADELA DE CONVERSOS ALREDEDOR DE LA CELDA DEL «SANTO».

EL PADRE PIO DE PIETRALCINA ADIVINADOR INTROSPECTIVO.

Padre Pio da Pietralcina chiaroveggente introspettivo

J'ai vu Padre Pio

LE STIGMATISÉ QUI BOULEVERSE LES CŒURS

VI AL PADRE PIO.
EL ESTIGMATIZA-
DO QUE TURBA
LOS CORAZONES.

VIAJE PARA SAN
GIOVANNI RO-
TONDO.

EL PADRE PIO LEE
EN EL ALMA

VIAGGIO A SAN GIOVANNI ROTONDO

Padre Pio legge nell'anima

***Nel cuore e nella mente dei penitenti
il Frate santo legge come in un libro***

Il pescatore Ippolito Perelli è uno dei pochi privilegiati fra i pellegrini che ha potuto osservare da vicino le stigmate sulle mani di Padre Pio. Il pentimento di un ladro in confessionale. L'on. Cotellessa testimone di un incredibile episodio.

EN EL CORAZON
Y LA MENTE DE
LOS PENITENTES
EL FRAILE SANTO
LEE COMO EN UN
LIBRO.

Ippolito Perelli de Pescara es uno de los pocos privilegiados entre los peregrinos que pudieron observar de cerca las llagas en las manos del Padre Pio. El arrepentimiento de un ladrón durante la confesión. El honorable Cotellessa testigo de un episodio increíble.

UN ALTRO INSPIGABILE FENOMENO: IL DONO DELLA "BILOCAZIONE,,

"Padre Pio è venuto e mi ha guarita,,

OTRO INEXPLICABLE
FENOMENO:
EL DON DE LA
«UBICUIDAD».

«EL PADRE PIO
VINO A VERME Y
ME SANO».

Così gridò una bimba dichiarata inguaribile ai genitori tornati da una visita a S. Giovanni Rotondo. «È rimasto tutta la notte accanto al mio letto,, - Don Orione lo vide genuflesso sulla tomba di Pio X. Sorprendenti testimonianze di piloti inglesi

Estas palabras gritó una niña, juzgada como incurable, a sus padres, volviendo de San Giovanni Rotondo. «Se quedó toda la noche cerca de mi cama». Don Orione le vio a él de rodillas ante la tumba de Pio X. Singulares afirmaciones de unos pilotos ingleses.

I «MIRACOLATI» ABRUZZESI DI PADRE PIO

Una foto del frate sulla fronte del malato risolse un caso molto grave di meningite

Del fatto è stata protagonista la signorina Anita Moscia di Pescara. Appreso dalla cognata che il fratello, sottufficiale dell'Aeronautica, versava in condizioni disperate le inviò il ritratto del Monaco. La guarigione improvvisa. «Ecco S. Tommaso».

Los «beneficiados»
abruzos del Padre
Pio.

UNA FOTOGRA-
FIA DEL FRAILE
PUESTA SOBRE LA

FRENTE DEL ENFERMO RESOLVIO UN CASO MUY GRAVE DE MENINGITIS. Del hecho fue protagonista la señorita Anita Moscia de Pescara. Después de saber que su hermano, suboficial de Aviación, estaba en condiciones de salud muy graves, le envió el retrato del Monje. Curación imprevista: «¡Aquí Santo Tomás!»

vocaba como remedio contra el materialismo la vuelta al espiritualismo, y el capuchino respondía con los «grupos de oración», un movimiento de almas que, como ya hemos visto, centran en la oración su vida.

Pero volvamos a la mañana del día 5 de mayo de 1956, cuando la multitud esperaba impaciente el momento de iniciarse la ceremonia, la misa que debía celebrar el P. Pío ante la explanada del gran centro hospitalario. En lo alto del edificio flameaban las banderas de un sinnúmero de países. Aquel edificio había sido construido por la caridad universal. Menos las naciones comprendidas dentro del área comunista, todas las demás estaban presentes en aquellos momentos.

Trescientos periodistas acudieron de los más apartados rincones del mundo y tuvieron ocasión de anotar en sus libretas los nombres de las más destacadas personalidades, tanto políticas como del mundo de la medicina, pues al día siguiente se inauguraba el primer congreso médico internacional en dicha Casa: el de las enfermedades de las arterias coronarias.

Los más eminentes médicos tomaron la palabra en aquel acto e hicieron patente su admiración ante la obra que, a la sombra del P. Pío, se había hecho realidad.

El público pedía la intervención del Padre, que al principio se negaba a hablar. Por fin tomó la palabra y les dijo que todos en este mundo tienen una misión que cumplir: «El, como sacerdote y capuchino; ellos, como médicos. Pero al lecho del enfermo no basta llevar los conocimientos científicos; es preciso llegar a ellos también con amor. El amor se expresa con palabras. Habladles a vuestros enfermos y llevad a Dios a sus almas. Esta será para ellos la mejor cura. Y que el Señor os bendiga a vosotros, a vuestras familias y, sobre todo, a vuestro trabajo y a vuestros enfermos. Es el deseo más ferviente de este sacerdote.»

Al día siguiente se inauguró el primer Congreso de la Casa. Los especialistas a quienes interese pueden solicitar la reseña de los actos y reuniones a la administración de esta Institución. La última reunión se celebró en el Vaticano. Pío XII les recibió y pronunció un importante discurso que «L'Osservatore Romano» reprodujo en su número del día 8 de mayo de 1956. En él Su Santidad rindió un caluroso homenaje a la persona del P. Pío, autor del Hospital de San Giovanni Rotondo, «fruto de una de las más nobles aspiraciones, de un ideal largamente madurado y perfeccionado al contacto de los aspectos más diversos y más crueles del sufrimiento moral y físico de la Humanidad».

La medicina verdaderamente humana y eficaz debe abordar a la persona en su doble aspecto espiritual y corporal. Así lo hizo ver el Papa en su discurso, llegando a la conclusión de que en San Giovanni, además

de la Casa se había inaugurado en ella un espíritu y una terapéutica nueva, que justificaba el título de la Institución: «Casa Alivio del Sufrimiento».

Al año de la inauguración, el Papa pronunció, con tal motivo, unas palabras de elogio para la obra creada por el capuchino y para su persona. En un cálido telegrama de felicitación le concede la facultad de dar en su nombre, a los fieles reunidos en San Giovanni Rotondo, la bendición apostólica con indulgencia plenaria.

Prueba también de la alta estima que el Pontífice tenía del Padre es el rescripto en el que le libera parcialmente del voto de pobreza, a fin de que pueda disponer de los bienes que integran el patrimonio de la Institución. A la muerte del Pontífice su voluntad respecto a tan importante cuestión no solamente no fue respetada, sino claramente infringida por aquellos que más obligación tenían de velar por ella y hacerla cumplir. En las palabras que pronunció el Padre, después de dar la bendición papal en fecha tan señalada, pidió oraciones en favor de Pío XII para corresponder a la gracia que éste había concedido a la Casa: su autonomía jurídica, como entidad creada al amparo de la caridad universal.

EL DÍA DEL JUBILEO

El P. Pío había sido ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1910.

El mismo día del año 1960 una gran multitud llegó a San Giovanni procedente de todos los países. No faltaron algunos políticos de Roma, así como las autoridades locales, y entre ellas el alcalde de San Giovanni, señor Morcaldi, gran amigo del estigmatizado. La misa, que había de celebrar el capuchino, se retrasó hasta las 8'30 de la mañana. La iglesia estaba abarrotada de público. Al salir el Padre, una salva de aplausos recibió al pobre monje, que con el rostro bañado en lágrimas se acercaba hasta el altar. Nadie consideró aquel espontáneo homenaje como impropio del lugar donde se celebraba. Enseguida, se produjo un religioso silencio y las manifestaciones del mayor fervor caracterizaron el acto. La misa se prolongó más que de ordinario. Después se pronunciaron algunos discursos y el P. provincial leyó algunos de los telegramas que se habían recibido. Faltaron los del Vaticano, que fueron bloqueados intencionadamente. Luego diremos cómo y por qué.

Entre los telegramas figuraba uno muy expresivo del arzobispo de Milán, que muy pronto iba a subir al solio pontificio.

Como una prueba más del afecto de Pablo VI hacia el santo capuchino publicamos a continuación la carta que le dirigió desde Milán con motivo de celebrar el cincuentenario de su sacerdocio. Decía así: «Muy venerable Padre: He oído decir que Su Paternidad celebrará próximamente el cincuentenario de su ordenación sacerdotal; y me atrevo por ello yo tam-

bién a expresarle en el Señor mis felicitaciones por las gracias inmensas que le ha otorgado y que usted a su vez ha dispensado a los demás.

Ciertamente es el caso de repetir con alegría y agradecimiento hacia la bondad de Dios: "Venid y escuchad, yo os contaré a vosotros que teméis a Dios las grandes maravillas que ha obrado en mi alma". Así merece que se celebre el sacerdocio. Y ¡qué diremos, pues, nosotros, del suyo, lleno y colmado de dones y de fecundidad!

Al mismo tiempo le manifiesto mi deseo de que Cristo, Señor, viva y se manifieste en la persona y en el Ministerio de Su Paternidad según aquellas palabras de San Pablo: "Que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal".

Ya sé que pide usted por mí. Tengo una necesidad inmensa; le ruego encomiende al Señor continuamente esta Diócesis con su muy afectísimo en Cristo devoto, **Cardenal Montini.**»

(Se publica el original de esta carta entre las fotocopias que reproducimos.)

CAPITULO IX

**EL PADRE PIO VATICINA
EL PONTIFICADO DE PABLO VI**

HABIAMOS preparado el material para redactar este capítulo, cuando nos vimos sorprendidos por la muerte del P. Pío. Inesperadamente, en momentos en que las dolencias crónicas del Padre no habían inquietado lo más mínimo a su hijos espirituales, acostumbrados a verle sufrir siempre y a verle salir también milagrosamente ileso de sus peores enfermedades, la noticia de su muerte nos llegó de improviso, cruel, tajante, sin que en nuestro ánimo existiera la menor sospecha. La muerte llegó como un ladrón y nos dejó sumidos a todos en la mayor tristeza.

Y es que los hijos espirituales del P. Pío creían de buena fe que viviría hasta los noventa y tantos años. Esta fe se apoyaba en la conversación que un pobre de San Giovanni Rotondo, llamado Petruzio, tuvo con el fraile en una ocasión, quien le dijo: «Moriré en el año 82». Se refería, sin duda, al 82 de su vida. Pero la frase fue interpretada como que viviría hasta el 82 del siglo, es decir, hasta los 96 años. De aquí lo inesperado de la muerte para muchos de sus seguidores, que cuando lo veían enfermo estaban seguros de su milagrosa y oportuna curación, como otras veces había ocurrido, sin considerar nunca de gravedad definitiva sus dolencias.

Sin embargo, la verdad es que la muerte inminente de este sorprendente capuchino estaba anunciada para la fecha que se produjo por diferentes testimonios que vamos a recordar. El más significativo de todos, las palabras que en el año 1963 le dijo a doña Josefina Bove de Nápoles: «Moriré cuando terminen la cripta donde quieren que sea enterrado». Y la verdad es que los trabajos en la cripta se terminaron en la mañana del día 22 de septiembre. Por la tarde de ese mismo día la cripta fue bendecida. A continuación el P. Pío la visitó. Y a las pocas horas, durante la noche del 23, moría...

A su sobrina, Pía Forgione Penelli, le dijo al principio del año 1967, en una exclamación: «¡Si dentro de dos años yo ya no existiré...!». «¿Cómo, Padre? —respondió aquélla—. «Sí, porque habré muerto».

En el verano de 1968 habló otra vez de su muerte y dijo a un grupo de peregrinos: «A mí no me queda más que el cementerio».

Personalmente entregué a uno de los más íntimos colaboradores del Padre una carta para que se la leyesen el 20 de septiembre de 1968, cincuentenario de sus estigmas. El capuchino, que sabía me encontraba escribiendo un libro con la mayor parte de los documentos que acreditan la verdad sobre su vida, sus carismas y su incomprensible persecución, contestó verbalmente a mi carta, accediendo a mi petición de ser considerado como hijo espiritual suyo y después añadió unas palabras que mi comunicante me transcribió entre comillas. Decían así: «No puedo apenas respirar. Estoy en la tumba. Tengo mal, mucho mal». Mi amigo, al transcribir estas palabras, comentaba sin percatarse del anuncio de muerte inminente que encerraban: «Así son los grandes sufrimientos de los místicos». La carta, escrita el mismo día 20, llegó a mi poder después de haber difundido la prensa la noticia de su fallecimiento.

Cuatro días antes de morir le había dicho al P. Mariano: «Me estoy preparando para el gran viaje».

El P. Pío celebró su última misa el día 22. Durante la misma sufrió un colapso y se desmayó. Cuando volvió en sí, dijo: «Si me repite otra vez, será el fin».

Después de medianoche de aquel mismo día preguntó al P. Pellegrino, que le acompañaba, si había celebrado ya, y al contestarle éste que todavía no, añadió: «Pues bien, esta mañana dirás la misa por mí».

¿La bronquitis crónica que padecía justificó su muerte? ¿El tratamiento que le aplicaban a base de somníferos era el más adecuado para aquel hombre anciano, llagado, que apenas comía y que sangraba con frecuencia? Este es un punto delicado al que nos referiremos más adelante.

Por ahora nos limitaremos a afirmar que el P. Pío ha muerto perseguido, calumniado, maltratado por sus propios Hermanos que cumplían así las órdenes de sus superiores. Ha muerto condenado por la Santa Sede, en cuanto no se derogaron ninguno de los cinco decretos condenatorios de fechas 31 de mayo de 1923, 24 de julio de 1924, 23 de abril y 11 de julio de 1926 y 22 de mayo de 1931.

Al P. Pío no se le ha hecho justicia en vida, pero se le hará después de muerto. Estamos seguros. Lo conseguiremos a costa de lo que sea. La Iglesia está más obligada que nadie a salir en defensa de la verdad. Sobre todo en este caso en que se encuentra en entredicho, dada la actuación de algunos de sus representantes.

Su defensa nos exige pecar de sinceros, de atrevidos, de arriesgados; sentirnos valerosos ante la verdad; afrontando riesgos si es necesario; eludiendo fórmulas de diplomacia y disimulo. Merece la pena aclarar el

misterio de esta vida sublime. De este regalo del cielo, cargado de carismas y milagros, con el que Dios ha querido abrir a la Humanidad los ojos de la fe.

Nuestra defensa llevará implícita ciertas acusaciones insoslayables. Nos veremos forzados a señalar a los perseguidores de la persona y de las obras del Padre, a los responsables directos e indirectos de un sinfín de atropellos que entraron en el campo del sacrilegio y de la simonía. Ante nuestros ojos desfilarán algunos de ellos, aquéllos que aparecen más claramente complicados con pruebas irrefutables. Estudiaremos las causas, los móviles, los procedimientos; veremos la forma y el porqué de ese trato duro, inhumano, cruel que con el fraile de los santos estigmas se tuvo, trato que le hizo sufrir enormemente y que aceleró su muerte. Intentaremos por todos los medios hacer luz en la vida maravillosa y sorprendente de este hombre, que vivió con las llagas de Cristo en su cuerpo, entregado como víctima por la salvación de la Humanidad; de este humilde sacerdote del Señor que logró copiar a su modelo en todo, imitándole en vida y en muerte; de este pobre fraile que fue vendido por sus Hermanos, recibiendo en su mejilla el beso de un Judas, condenado por los sacerdotes del Sanedrín, coronado de espinas, azotado por los verdugos, crucificado y muerto. Este hombre, en fin, que también compareció ante un Pilatos, que encogiéndose de hombros se lavó las manos... Al cielo le pido que mi pluma no se detenga ni tiemble ante la verdad. Y que ésta sirva, para que, como él vaticinó, «de sus cenizas salga la luz...».

Si su defensa estaba justificada en vida —viviendo él redacté los primeros capítulos de este libro— más justificada está ahora, después de muerto. Si el título que apelaba a la autoridad de Pablo VI tenía razón de ser entonces, igualmente lo tiene ahora. Pablo VI está obligado a no dejar caer en saco roto esta llamada del alma, este grito de conciencia, esta denuncia que fundamentada en documentos fidedignos presentamos ante el Tribunal inapelable del Santo Padre. Hablo de inapelable en términos humanos, porque siempre nos queda, como recurso último, la justicia de Dios.

Y tras este preámbulo iniciamos el capítulo, que trata de cómo el P. Pío vaticinó el pontificado de Pablo VI; cómo el P. Pío supo corresponder a la devoción que le inspiraba el Santo Padre y fue modelo de sumisión y de obediencia a los dictados de la Iglesia. El P. Pío no le falló nunca al Papa e hizo mucho por la Santa Sede; el Papa no puede, en justa correspondencia, fallarle tampoco al P. Pío. Así lo creemos y esperamos de corazón todos sus hijos espirituales.

LA PROFECIA SE CUMPLE

Tomamos los datos para este informe del abogado Carmelo Mario Scarpa, con domicilio en Milán, en el número 25 de la Vía Appiani —teléfono 654996—. En San Giovanni Rotondo leyó el relato que habíamos escrito aprovechando las notas que nos facilitó y lo suscribió con el siguiente testimonio autógrafo que transcribimos entre las fotocopias del libro. El citado testimonio, traducido al castellano, dice así:

«Se trata de una declaración fiel en su esencia y también en sus palabras, dentro de lo que la distancia permite recordar. Por eso lo declaro en conciencia y firmo en prueba de conformidad.»

El abogado Scarpa es íntimo amigo del comendador Alberto Galletti, protagonista del suceso que vamos a referir.

El 28 de octubre de 1958 fue nombrado Papa Juan XXIII. Desde el año 1954 era arzobispo de Milán monseñor Montini. Todavía no había alcanzado el nombramiento de cardenal. El sacerdote D. Benedicto Galbiati se encontraba enfermo, hospitalizado en la llamada «Casa de la Providencia» fundada por D. Orione. Era un día de los primeros meses del año 1959 cuando llegó a visitar al enfermo el comendador D. Alberto Galletti, con domicilio también en Milán, en la calle del Molino delle Arti, 31.

El comendador Galletti, hijo espiritual del P. Pío, había tomado parte activa en la construcción de la «Casa Alivio del Sufrimiento», especialmente a partir del momento de la muerte del Dr. Sanguinetti, quien había sido, como ya hemos visto, el principal colaborador del fraile fundador del Gran Hospital.

Galletti acompañaba al enfermo y lo distraía hablando de las cosas que estaban ocurriendo en San Giovanni Rotondo, cuando llegó un nuevo visitante. Se trataba del arzobispo de Milán, monseñor Montini. El arzobispo y el comendador no se conocían. El sacerdote enfermo, Benedicto Galbiati, los presentó. Y al presentarles dijo: «Se trata de un gran admirador e hijo espiritual del P. Pío». El arzobispo estaba muy interesado por la vida de los místicos, preguntó detalles y circunstancias de la vida del fraile estigmatizado y dio muestras de estar tan interesado como enterado de cuanto se había escrito y hablado sobre él. Cuando terminó la visita, el arzobispo pidió al comendador Galletti que le llevara un expreso saludo de su parte y le pidiera una bendición para él y para su arzobispado. Insistentemente le rogó no dejara de cumplir su encargo en la primera visita que hiciera a San Giovanni Rotondo.

A los pocos días el comendador llegó al convento de Nuestra Señora de las Gracias, y en uno de los pasillos se encontró con el santo capuchino. En el acto cumplió su encargo; le transmitió aquel cariñoso saludo del arzobispo de Milán y suplicó una oración para él y para su archidiócesis.

Y el P. Pío contestó: «Mil gracias por el saludo y que cuente no con mi bendición sino con una riada de bendiciones y de mis indignas oraciones». A continuación hizo una pausa y volvió a repetir: «Escucha atentamente, Galletti, y dile a su excelencia que cuando muera este Papa él será su sucesor. ¿Te has enterado?» «Sí, Padre», contestó Galletti, con expresión de sorpresa y con la duda de haber interpretado bien el alcance de sus palabras, por lo que el fraile repitió de nuevo: «¿Has entendido que debes decirle que él será el próximo Papa?» Y una vez más contestó el comendador: «Perfectamente, Padre». E insistiendo de nuevo el capuchino comentó: «Se lo advierto porque debe prepararse».

Aún Galletti repuso por última vez: «Padre, no soy tonto ni sordo. Transmitiré su encargo».

Seguidamente, el comendador Galletti llegó a Milán y se presentó en la Curia del Arzobispado. Según asegura, el secretario le puso algunas dificultades para ser recibido, pero una vez que el arzobispo conoció el nombre de la persona que esperaba en la antesala le hizo pasar enseguida. El coloquio duró más de una hora; durante este encuentro Galletti le repitió al arzobispo las palabras del P. Pío. Cuando el arzobispo escuchó todo el relato, se quedó pensativo y comentó: ¡Las raras ideas de los santos!

Galletti guardó el secreto de todo lo referido hasta la elección de Pablo VI, pero hizo alusión explícita al suceso en una carta dirigida al Papa el 14 de diciembre de 1963, con motivo de hacerle saber el trato inhumano de que era objeto el P. Pío por parte del superior de entonces, P. Rosario de Aliminussa, que fue nombrado guardián del convento el 28 de septiembre de 1960, como consecuencia de la visita apostólica de monseñor Maccari. La carta empezaba así: «Beatísimo Padre: Recuerdo el honor que tuve de llevarle a Su Santidad el mensaje profético de parte del P. Pío, etc.». Toda la relación del hecho y copia de la carta enviada al Pontífice en esta ocasión fue depositada ante una autoridad eclesiástica que la conserva fielmente. Conozco dónde se encuentra, pero se me ha pedido la discreción de omitir esta circunstancia.

A raíz de esta carta, Pablo VI ordenó repetidas veces «que dejaran en paz al fraile», y encargó al cardenal Ottaviani se ocupase de la sustitución del P. Rosario. El cardenal Ottaviani, protector y defensor del Padre, que había recibido alguna carta del P. Carmelo de Sessano, siempre denunciando hechos de cuanto se hacía contra el P. Pío y que a través de estos informes conocía el afecto del P. Carmelo hacia el estigmatizado —el P. Carmelo había sido guardián del convento de San Giovanni Rotondo en el período de 1953 a 1959—, ordenó al general de los Capuchinos que depusiera al P. Rosario y nombrara en sustitución al P. Carmelo. Pero el general de la Orden pasó el encargo al provincial de Foggia,

administrador apostólico, P. Clemente de Santa María in Punta, quien fingiendo una equivocación jugó con el nombre del P. Carmelo y nombró como delegado suyo, para ejercer su autoridad sobre el P. Pío, al P. Carmelo de San Giovanni in Galdo, que ha resultado ser uno de los peores superiores del fraile, cumpliéndose una vez más el adagio de «otro vendrá que bueno me hará».

El P. Rosario dejó su cargo, pero fue ascendido inmediatamente, recibiendo el nombramiento de superior de la Orden Capuchina en el convento de Palermo, función que todavía ejerce.

Así se burló la orden del Papa recibida a través del cardenal Ottaviani.

EL P. PIO, SUMISO Y OBEDIENTE A LA IGLESIA Y A SUS PONTIFICES

Hemos visto cómo el P. Pío vaticinó el pontificado de Pablo VI. También hemos visto cómo cumpliendo las exhortaciones de Pío XII había organizado los grupos de plegarias, dedicados a rezar por las intenciones de los pontífices y fundado la «Casa Alivio del Sufrimiento», que obedecía también a las recomendaciones del mismo Pontífice y de sus antecesores.

Esta última fundación representa una inversión de más de siete mil millones de liras. De esta obra y de sus ingresos, valores y cuentas corrientes, el P. Pío nombró heredero al Vaticano y, concretamente, al Papa reinante.

Cuando Pablo VI ha vivido las consecuencias desagradables de sus enemigos como consecuencia de la publicación de la encíclica «Humane Vitae», el P. Pío se apresuró a dirigirle una carta que, con motivo del fallecimiento del fraile, Su Santidad dio a conocer para general conocimiento.

He aquí el texto tomado de «L'Osservatore Romano» de fecha 29 de septiembre de 1968:

Ciudad de Vaticano, 28 (Efe).

Se dio a conocer hoy en el Vaticano el texto de una reciente carta que el difunto P. Pío de Pietrelcina había dirigido al Papa con fecha 12 de este mes de septiembre y que debería ser entregada al Sumo Pontífice al final del Capítulo General que los PP. Capuchinos están celebrando en Roma desde el pasado día 19 de agosto. Al ocurrir el fallecimiento del P. Pío, la carta ha sido entregada al Papa con anticipación.

Pablo VI ha querido que se haga inmediatamente pública, dado su ejemplar contenido.

He aquí la traducción íntegra de la citada carta:

«Santidad: Aprovecho vuestro encuentro con los PP. Capuchinos del Capítulo General, para unirme espiritualmente a mis Hermanos y poner

humildemente a vuestros pies mi afectuoso obsequio, toda mi devoción a vuestra Augusta persona, en acto de fe, amor y obediencia a la dignidad de Aquél a quien representáis en la tierra.

La Orden de los Capuchinos ha estado siempre en primera línea en el amor, fidelidad, obediencia y devoción a la Sede Apostólica. Ruego al Señor que permanezca siempre así y continúe en su tradición de seriedad y austeridad religiosa, pobreza evangélica, observancia fiel de la regla y de las constituciones, aun renovándose en la vitalidad y en el espíritu interior, según las directrices del Concilio Vaticano II, para estar cada vez más dispuesta a acudir en las necesidades de la Madre Iglesia a la menor señal de Vuestra Santidad.

Sé que vuestro corazón sufre mucho en estos días por la suerte de la Iglesia, por la paz del mundo, por las muchas necesidades de los pueblos, pero sobre todo por la falta de obediencia de algunos, incluso católicos, a las altas enseñanzas que Vos, asistido del Espíritu Santo y en nombre de Dios nos dais. Os ofrezco mi oración y sufrimiento cotidianos, como pequeño pero sincero pensamiento del último de vuestros hijos, a fin de que el Señor os conforte con su gracia para continuar el recto y fatigoso camino en la defensa de la eterna verdad, que jamás cambia con el rodar de los tiempos.

También en nombre de mis hijos espirituales y de los "grupos de oración", os agradezco la palabra clara y decidida que habéis pronunciado especialmente en vuestra última encíclica "Humane Vitae", y reafirmo mi fe y mi incondicional obediencia a vuestras iluminadas directrices.

Quiera el Señor conceder el triunfo a la verdad, la paz a su Iglesia, la tranquilidad a los pueblos de la tierra, salud y prosperidad a Vuestra Santidad, a fin de que, disipadas estas nubes pasajeras, el Reino de Dios triunfe en todos los corazones, gracias a vuestra Obra apostólica de supremo Pastor de toda la cristiandad.

Postrado a vuestros pies os ruego que me bendigáis y juntamente a mis Hermanos en religión, a mis hijos espirituales, a los grupos de oración, a mis hermanos enfermos, a todas las iniciativas benéficas que en el nombre de Jesús y con vuestra protección nos esforzamos en cumplir.

San Giovanni Rotondo, 12 septiembre 1968. — De Vuestra Santidad humildísimo hijo (firmado), P. Pío, capuchino.»

De todo lo expuesto en este capítulo se deduce: Que el P. Pío vaticinó el pontificado de Pablo VI; le alentó en vísperas de su muerte con una carta tan emotiva como oportuna que Su Santidad consideró digna de ser publicada; organizó los «grupos de oración» en el mundo entero, grupos que se dirigen permanentemente al cielo pidiendo su protección para la Iglesia y para el Santo Padre; nombró heredero a la Santa Sede de todos los bienes y legados que integran la cuantiosa inversión de la

«Casa Alivio del Sufrimiento», y que cuando el P. Pío fue acusado de mal administrador tenía depositados en la Banca del Vaticano más de seiscientos millones de liras; cumplió celosamente las instrucciones que recibía, aceptando sin protestar el trato injusto, como revelan los cinco decretos condenatorios del Santo Oficio; sufrió con paciencia y humildad dos largas persecuciones que lo mantuvieron encarcelado, dando muestras en todo momento de un espíritu heroico de sumisión y obediencia.

Todo esto y mucho más ha hecho el P. Pío por la Iglesia y por el Papa. Por eso hemos dicho antes que el P. Pío no le falló nunca al Santo Padre, lo que exige que el Santo Padre no le falle tampoco al P. Pío. Y si el Papa Pacelli tomó bajo su protección la obra del estigmatizado, el Papa Montini esperamos que haga lo mismo que su antecesor y se declare continuador de aquel mismo espíritu protector, que si vino a interrumpir Juan XXIII fue por haber sido engañado y sorprendida su bondad natural en virtud de una torpe y sacrílega maniobra.

Con esto damos por terminada la primera parte del libro y entramos a desarrollar en la segunda todo lo relacionado con el vidrioso tema de las persecuciones.

Al relatarlas nos veremos forzados, como ya hemos anunciado, a descubrir ciertos defectos que atañen a determinados miembros de la Jerarquía de la Iglesia, pero esto no tiene por qué perjudicar el buen nombre de ésta. Al contrario, con nuestra claridad de lenguaje y proclamando la verdad, la defendemos y damos con ello una gran prueba de nuestra veneración y respeto filial, pues mal haría quien viendo enferma a su madre no tratara de denunciar los síntomas para encontrar alivio a su mal...

SEGUNDA PARTE

CAPITULO X

LA PRIMERA PERSECUCION

“H IJO mío, no creas que mi agonía duró solamente tres horas. Por causa de las almas que deseo salvar estaré agonizando hasta el fin del mundo. Mientras dure mi agonía no hay que dormir. Espero, ansioso, algunas gotas de compasión humana. Pero estoy solo, sufriendo el peso de la general indiferencia. Escribe esto a tu Padre espiritual y dile lo que has visto y has oído esta mañana. Insístele en que enseñe tu carta al provincial».

Así recogía en sus apuntes el P. Pío las manifestaciones de Cristo tras una visión.

Este es el destino de los estigmatizados. Prestar a Cristo su cuerpo para que prolongue su agonía. Por eso escribe después: «En mi carne, yo añado lo que falta a los sufrimientos de Cristo, en su Cuerpo, que es la Iglesia».

En el estudio de la larga y extraordinaria vida del P. Pío destaca este carácter de víctima entregada al sufrimiento por la Humanidad. Y así sus persecuciones —la segunda duró hasta su muerte— le permiten identificarse al máximo con su Modelo y vivir la renovación, día a día, de la Pasión de Jesús.

Los procedimientos empleados fueron muchos y de mala índole. Para agravar su responsabilidad sus autores intentaron lavarse con palabras de su propia víctima. Y así exigieron al capuchino una declaración escrita, al amparo de su voto de obediencia, asegurando que no había sido perseguido, declaración que el Padre firmó humilde y fielmente aun cuando la prueba documental y testifical demostraba todo lo contrario.

Si Jesús justificó a sus verdugos desde la cruz, haciendo constar que «no sabían lo que hacían», el P. Pío también desde su Calvario ha intentado imitar al Maestro y defender a sus perseguidores. Pero esto lo puede hacer un santo como el P. Pío; nosotros, hombres de mundo y pecadores, no acabamos de entender la sublimidad del escándalo de la Cruz. Nosotros sólo sabemos entender y clamar por la verdad auténtica al estilo huma-

no. De cuanto afirmamos en este libro, tenemos las pruebas irrefutables: los documentos autógrafos en los que se basan todos los episodios que relatamos; desde las cartas de sus superiores, donde se le clava en la cruz de su tormento, hasta la confesión del encargado de instalar los micrófonos en su confesonario. De todo ello disponemos de originales; algunos hemos insertado en este volumen; otros, quizá los más importantes, los más comprometedores, los reservamos de momento confiando que las circunstancias no nos obligarán a publicarlos en defensa de la fidelidad de nuestra historia. Con ella quedan ciertamente en mal lugar algunos religiosos, pero se defiende a la Iglesia en su conjunto, capaz de crear tantas almas, que al estilo del P. Pío sufren y ofrecen sus sufrimientos y viven copiando la vida y la muerte de Quien vino a redimir a la Humanidad y a marcarnos, con su ejemplo, el camino de salvación.

La vida del P. Pío es, ante todo, la historia de una víctima.

LAS CARTAS PROHIBIDAS

En 1923 el Santo Oficio prohíbe las cartas espirituales del Padre. Ellas constituyen un magnífico diario de un alma que siente intensamente la presencia de Dios y dirige a otras almas que buscan la fe y desean convertirse. Como apéndice a este libro, añadiremos algunas cartas seleccionadas de este excepcional diario de dirección espiritual.

Las cartas afrontan temas de alta espiritualidad y de elevado misticismo y se dan también consejos prácticos para uso diario. El P. Pío queda retratado en ellas y se manifiesta en sus múltiples facetas: Como doctor, poeta, médico, taumaturgo, consolador y juez... Pero ante todo es un hombre de Dios que enseña a creer.

Los años que transcurren desde el 20 de septiembre de 1918, fecha de manifestación de sus estigmas visibles, hasta el 23 de mayo de 1923, fecha del primer decreto punitivo del Santo Oficio, son cinco años de serenidad y de intenso apostolado, de proclamación elocuente de la verdad.

Entre sus convertidos figuran, como hemos visto, el abogado César Festa, alto grado de la masonería y sobrino del autor de un libro sobre el P. Pío; el desterrado zarista Nestore Caterinici; el marqués Mario de Giacomo, conocido millonario que dejó heredero de todos sus bienes al fraile; y Emmanuel Brunatto, polifacético, hombre de profunda personalidad, gran vividor, ex bailarín, ex cabaretero, ex modisto, ex profesor de privilegiados millonarios, que llegaría a acumular una gran fortuna y que se convertirá con sus libros, con sus artículos en prensa, sus conferencias, etcétera, en el más decidido y entusiasta defensor del estigmatizado. El fue el fundador y primer presidente de la Asociación para la defensa de las obras y de la persona del P. Pío, Sociedad con sede en Ginebra.

El Santo Oficio nos da con fecha 23 de mayo la primera declaración solemne para afirmar que en los hechos atribuidos al P. Pío no existen circunstancias de sobrenaturalidad alguna, y exhorta a los fieles a actuar conforme a esta declaración. El 24 de julio de 1924 interviene otra vez esta Sagrada Congregación para insistir en las mismas conclusiones, rogando a los fieles se abstengan de visitar al Padre y de tener con él relación alguna ni siquiera epistolar.

Así queda claramente y sin paliativos posibles condenada toda la obra y la persona del Padre.

Si en el Santo Oficio no consta la sobrenaturalidad de los hechos atribuidos al estigmatizado, es porque la Santa Sede lo juzga como un timador y un charlatán y considera sus estigmas como falsos y sin significación alguna.

A mayor abundamiento, el 23 de abril y el 11 de julio de 1926, el Santo Oficio interviene de nuevo para condenar dos libros escritos en defensa del Padre, obras que entran en el índice de libros prohibidos. Y ante el temor de no haberse expresado claramente vuelve el 22 de mayo de 1931 para condenar un nuevo libro en defensa del fraile y recordar a los fieles que «es necesario guardarse de toda relación con él».

De esta manera el estigmatizado es aislado y su vida adquiere el tono y las características propias de la vida de los prisioneros. Entonces es cuando, buscando el aislarlo más y encerrarlo en un lugar desconocido de la tierra, los superiores deciden sacarlo sigilosamente del convento con el fin de trasladarle fuera de Italia.

Pero la providencia vela por él y una indiscreción de un carabinero airea la noticia fuera del convento. Ya hemos visto cómo el pueblo, que vive orgulloso y enamorado de su «santo», comprende la injusticia que se está cometiendo con quien consideran de los suyos y responde como un solo hombre. Entonces es cuando toda la población de San Giovanni Rotondo se levanta en pie de guerra. El alcalde se pone al frente del movimiento dispuesto a «desfacer entuertos». Y la población, sublevada, explota violentamente.

En aquella ocasión el Padre escribe, con fecha 12 de agosto de 1923, una carta al alcalde de San Giovanni Rotondo, que hemos transcrito en otro capítulo, donde le pide su colaboración para que se cumplan las órdenes de sus superiores en relación a su traslado, pues la orden de un superior encierra siempre la voluntad de Dios...

Pero el alcalde no es hombre que se deje convencer por un cura, ni tiene demasiado en cuenta la voluntad de Dios. Sólo ve que cometiendo una injusticia y tras una campaña de calumnioso descrédito, al P. Pío se lo llevan desterrado, y haciendo causa común con todo el pueblo decide emplear para impedirlo todos los resortes de su autoridad.

Organiza su ejército de hombres y mujeres con improvisado armamento casero y la resistencia cumple su misión. Los frailes se atemorizan y revocan la orden. No se atreven a enfrentarse con aquel pueblo de locos.

Pero el odio contra el P. Pío se ha desencadenado ya. Es inútil que delegaciones de San Giovanni Rotondo y demás pueblos próximos, unidos en la misma causa, visiten el Vaticano en repetidas ocasiones pidiendo justicia. Los informes que llegan a Roma son contradictorios y confusos. El Santo Oficio no puede desautorizar a los altos dignatarios de la Iglesia que están en contra y han promovido la persecución. Por otra parte, los enemigos del Padre no se detienen ante nada. Llegan incluso a acusarle de inmoralidad y en muchos boletines diocesanos se pide a las mujeres tengan cuidado y desconfíen de aquel extraño personaje a quien le atribuyen insospechados poderes, actuaciones diabólicas y una conducta similar a la de Rasputín.

¿Pero quiénes se atreven a decir tales monstruosidades? Constataremos la preparación y la categoría moral de quienes fueron capaces de actuar así.

LOS RESPONSABLES

¿De quién procedía esta acusación tan grave de inmoralidad? Los testimonios y documentos que recoge el enviado del Vaticano, a cuya visita nos referiremos después, monseñor de Bevilacqua, asistido por don Emmanuel Brunatto, demostraron la parcialidad, apasionamiento y mala voluntad de los acusadores del santo fraile. También se descubre en ellos la baja calidad moral de las personas responsables de esta inicua persecución y la escandalosa vida privada que llevaban. Aquí sí que tendría aplicación el adagio «cree el ladrón que todos son de su condición».

En primer lugar figuraba monseñor Pascuale Gagliardi, arzobispo de Manfredonia, que tenía fama justificada de frívolo amador y que dividía la jornada entre atender a sus bellas amantes y a la buena mesa: los dos únicos amores de su vida.

En pleno apogeo de su vida sensual se produjo un escándalo cuando alguna de sus diocesanas acuerda lincharlo. El arzobispo logra refugiarse en una cantina, pero una de sus víctimas se hace con él y en venganza propia y del resto de las mujeres del pueblo hubiese conseguido sus propósitos, de inutilizarlo para siempre, haciendo uso de unas tijeras de cocina, si no logra intervenir muy oportunamente un carabinero que acudió a los gritos de socorro.

Las noticias sobre la escandalosa vida privada del arzobispo de Manfredonia obligó a la Santa Sede a deponerlo del cargo y privarle de las insignias episcopales.

El citado arzobispo falleció en el año 1934.

En esta persecución, monseñor Pascuale Gagliardi actuó en estrecha colaboración con cuatro canónigos. Citaremos quiénes son, a pesar de que todos no han muerto:

Monseñor Giuseppe Prencipe, arcipreste de San Giovanni Rotondo, fallecido en 1956; monseñor Michele de Nittis, arcipreste actual de dicho lugar; monseñor Domenico Palladino, que todavía vive en San Giovanni Rotondo, y monseñor Giovanni Miscio, muerto en junio de 1967. Después veremos cómo murió.

Con todos ellos colaboró el P. Agostino de Gemilli, que fue rector de la Universidad del Sagrado Corazón de Jesús de Milán, y que también falleció hace diez o doce años.

El canónigo Michele de Nittis vive todavía y es en la actualidad arcipreste de San Giovanni Rotondo, el cual vino a sustituir a monseñor Prencipe. Ambos se confabularon para recoger testimonios contra el Padre. En 1926 llegaron incluso a inventar una grave calumnia alegando que en confesión había el P. Pío ordenado a una mujer denunciase ciertos hechos calumniosos contra el arzobispo. La verdad es que él, como confesor, tenía la obligación de aconsejarle la denuncia si tales hechos existían. En otra ocasión envió monseñor Prencipe a una penitente debidamente amaestrada para fingir que se confesaba con él y obtener discutibles pruebas en contra. La maniobra resultaba de inspiración satánica, pues la situación del confesor frente a su penitente, es delicada y difícil en cuanto no puede defenderse dado el sigilo a que está obligado.

El arcipreste Prencipe le dice al visitador, que escandalizado llega a investigar aquellos hechos, que no ha tenido relación con ninguna mujer y que se trata de un santo varón. Para demostrarlo escribe él mismo una carta, fingiendo ser de la mujer aludida, en la que declara que se trata de una falsa acusación. Pero a su abogado le dice la verdad, y en fotocopia que reproducimos aparece de su puño y letra las instrucciones que le pasó a su letrado, donde viéndose perdido ante cargos de importancia, le autoriza a reconocer que ha tenido relación carnal con alguna mujer como responsable provocador y no provocado. Publicamos también una carta de Nittis a Prencipe, en la que le da consejos para evitar que se descubra la calumnia amañada que prepararon entre ambos.

Como vemos, las notas biográficas de estas dignidades de la Iglesia presentan todas un matiz similar al del citado arzobispo de Manfredonia. La pluma se resiste a relatar con detalle hechos y circunstancias de sus escandalosas conductas. Nos limitaremos a decir que Palladino fue también un incansable conquistador dedicado a la persecución del bello sexo. De su vida espiritual se conoce poco, en cambio de su actividad sentimental se ha hablado y escrito demasiado. Después de una tempestuosa aventura con una enfermera, se dedicó a una viuda, incorporando a la vez a

la hermana de la citada viuda y completando su harén eclesiástico con una tercera mujer.

Entre los documentos que no publicamos, por delicadeza, figura una especie de carta-circular de amor dirigida con la misma fecha y con la misma redacción a tres mujeres distintas.

Consideramos indispensable dar estos antecedentes para poner en contraste la vida del P. Pío con la de sus perseguidores y llegar así a formularnos una pregunta de difícil respuesta: ¿Cómo pudo ser el P. Pío perseguido por la Iglesia y acabar, a la manera de Cristo, martirizado, hasta morir condenado por ella? Ante mí tengo la citada carta-circular, y en marcado contraste con ella un escrito de amor del P. Pío donde dice: «Yo deseo morir o amar a Dios. O la muerte o el amor, porque la vida sin este amor, es peor que la muerte». Si en parangón con este texto me atreviera a publicar los pensamientos amorosos del canónigo Palladino, el lector podría calibrar las diferencias de mentalidad y espiritualidad que separaba y distinguía el pensamiento del perseguidor en irresistible contraste con el del perseguido.

De las cartas del P. Pío —como digo condenadas por la Iglesia— se desprende un misticismo excelso, fruto de una mezcla entre Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Porque Santa Teresa lleva a Dios por el amor y San Juan de la Cruz por el sufrimiento, por el desprendimiento de las cosas terrenales. Como él decía, conforme se desprende uno de todo se siente inundado y revestido por el Todo. El P. Pío logra compaginar así, en sublime equilibrio, el Sufrimiento y el Amor.

Giuseppe Prencipe, quien con Gagliardi y Palladino dirigieron celosamente todo el movimiento de ataque contra el P. Pío, es también un tipo muy singular y pintoresco de arcipreste, del que la señorita María di Maggio ha dejado un documentado testimonio de sus actitudes y costumbres sexuales, que de momento nos resistimos a publicar.

Ante ciertos documentos que obran en nuestro poder, no podemos menos que llegar a una conclusión incomprensible: «¿Cómo el Santo Oficio no tiene nada que decir de las cartas obscenas de estos "canónigos mon amour" y en cambio prohíbe por escandalosas las relaciones epistolares del estigmatizado con sus penitentes?». La contradicción es tan manifiesta como paradójica. Y la explicación sólo puede encontrarse en esta realidad: En todos los focos de origen sobrenatural y de posibilidades de apostolado en grado masivo, de gran impacto frente a las muchedumbres, el enemigo se mueve y pone en juego todas sus facultades preternaturales de actuación y de ese esfuerzo provienen el escándalo, la confusión, el barullo y las situaciones incomprensibles e ilógicas. Como Satanás le había prometido en una de sus apariciones: «Haré venir contra ti guerras, per-

secuciones y cosas que mente humana no ha pensado nunca», y la verdad es que cumplió su palabra fielmente.

Pero no todos los canónigos del clan contra el P. Pío se sienten atraídos por el bello sexo. Monseñor Giovanni Miscio prefiere el dinero y se dedica a chantajear a los familiares del pobre fraile, amenazándoles con la publicación de un libro contra él si no le entregan cinco mil liras. Estas cinco mil se reducen después a tres mil, cuando comprueba la falta de recursos de la víctima. Pero el intento se descubre y el canónigo es arrestado por los carabineros y condenado por un Tribunal. En la comprobación y descubrimiento de este chantaje actuó eficazmente D. Emmanuel Brunatto.

Este es el lucido grupo de dignatarios de la Iglesia, indignos de pertenecer a ella, que en colaboración con otras personalidades y sacerdotes menos destacados, tienen el atrevimiento de presentarse como defensores de la moral y de la fe y en nombre de éstas lograr con sus insidias, sus calumnias, sus torpes manejos, sus inconfesables actuaciones, las duras sentencias de condena contra el humilde, el santo, el predilecto, el favorecido por el cielo, el «Cristo» en la tierra, que viene a ser la figura ejemplar y extraordinaria de nuestro estigmatizado.

Pero estos canónigos de opereta, de vida alegre y escandalosa, no pudieron por sí solos sugestionar al Santo Oficio hasta hacerle dictar tan injusta y despiadada condena. El filósofo de la persecución, quien prestaba la garantía de espiritualidad, quien facilitaba la coartada de carácter vagamente científico, era el P. Gemelli, rector de la Universidad del Sagrado Corazón de Milán. El es quien escribió un tratado para demostrar que todos los estigmatizados, a excepción de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena, son simuladores, farsantes o histéricos. Su tesis fue desbaratada fácilmente por científicos serios y competentes. Porque todas sus afirmaciones tenían el sello, la desenvoltura y la ligereza que le llevó a calificar a Giovanna M.^a Bonome de audaz aventurera. Pero Gemelli no sabía que esta estigmatizada ni era aventurera ni se llamaba «Bonome». Se trataba en realidad de la beata Giovanna M.^a Bonhomo, nacida en el siglo XVII y que es una de las más grandes, reconocidas y auténticas místicas de la Iglesia, de esa Iglesia que ignorante de las particulares teorías del P. Gemelli, no ha dudado en elevarla a la gloria de los altares.

No obstante, las teorías de este pseudocientífico escritor lograron encontrar apoyo en el Vaticano, quien incurrió por su culpa en el más lamentable de los errores.

Hay que comprender la caída en este grado de error, si tenemos en cuenta que los informes que recibe el Santo Oficio se envían por vía secreta y son difíciles de conocer y, por consiguiente, de aclarar o rectifi-

car por nadie en cuanto se ignora su existencia. El arcipreste Giuseppe Prencipe pudo así introducir informes donde se calificaba al P. Pío de impostor, corruptor, sensual, estafador, ambicioso, etc. Todas estas calumnias pasaban por intermedio del encargado de la diócesis, monseñor Pascuale Gagliardi, arzobispo de Manfredonia, quien por otra parte, era quien más se enconaba contra él. En una reunión de obispos celebrada en Roma había declarado, bajo juramento, que en cierta ocasión descubrió en la celda del P. Pío una botella de ácido nítrico, con la que el capuchino provocaba sus estigmas y otros botellines de colonia para perfumarlos.

En este conciliábulo entraba para completar el cuadro el citado Padre Agostino Gemelli, de la Orden de Hermanos Menores Franciscanos, que a su condición de médico y de antiguo socialista y de rector de la Universidad católica de Milán, se unía la circunstancia transcendental en este caso, como hemos dicho, de ser confidente y amigo personal de Pío XI y consejero técnico del Santo Oficio.

Mientras así actuaban los perseguidores del P. Pío, éste sigue rezando, ofreciéndose como víctima y sangrando diariamente. Sus estigmas no tienen explicación natural. Su sangre fluye sin cesar. No es como en el caso de San Genaro, cuya sangre conservada en un relicario, se licua tres veces al año y en periodos de corta duración: el 19 de septiembre, en las proximidades de Navidad y el 8 de mayo. Aquí fluye la sangre sin interrupción, el milagro es permanente y el sufrimiento continuo.

MOTIVOS Y CAUSAS DE TAN INICUA PERSECUCION

Los móviles de esta primera persecución, que duró diez años, desde 1923 al 1933, fueron varios:

1.º Aquellas vidas desordenadas y poco limpias que obligaba al P. Pío a predicar la reforma de costumbres.

2.º La envidia, mala consejera siempre, pero especialmente entre eclesiásticos.

La primera razón fue, sin duda, uno de los móviles más decisivos en la persecución que desencadenaron contra el pobre fraile. La inmoralidad del arzobispo, canónigos y sacerdotes que rodeaban al P. Pío, exigían de éste, en aras de su deber pastoral, el luchar contra sus vicios, desvirtuando aquellos sorprendentes criterios sobre el pecado, que habían impuesto en las conciencias de las víctimas elegidas para la vida licenciosa de los mal llamados ministros de Dios. De aquí arrancó el odio contra el santo estigmatizado, alentado cada día más por el fuego insatisfecho de sus pecaminosas pasiones.

La acusación la fundamentaban en los siguientes hechos calumniosos: El P. Pío era un impostor que se había abierto las llagas con ácido nítrico;

se perfumaba para imitar el aroma de los místicos; incitaba a los fieles contra la autoridad eclesiástica; había explotado la buena fe de los mismos, sublevándolos contra las decisiones de sus superiores; y llevaba una vida inmoral en el convento, actuando como un auténtico Rasputín entre sus Hermanos y seguidores.

LOS OFICIOS CONDENATORIOS

Pero ni al P. Pío ni a sus compañeros capuchinos se les ofrece oportunidad de defensa. Son condenados sin ser oídos, porque dentro de la Iglesia, toda defensa que supone desmentir las acusaciones de un superior es considerada de por sí como un acto de rebelión digno de castigo. En consecuencia, los capuchinos que conocen la verdad sobre el P. Pío y pueden defenderlo, se alejan o son alejados; el primer libro escrito sobre su obra y su vida es condenado y metido en el índice —pronto se condenaron nueve libros más—; sus fieles protestan contra la injusta e inmoral conducta de sus perseguidores y éstos reaccionan castigando y encerrando al Padre; el Santo Oficio se dispara firmando con gran ligereza nada menos que cinco decretos condenatorios a lo largo de los años 1923, 1924, 1926 y 1931. Los citados decretos los insertamos reproducidos y traducidos entre las fotocopias de este libro.

En dichos decretos la Congregación del Santo Oficio condena su apostolado; exhorta a los fieles para que lo consideren un impostor y se abstengan de intentar ser dirigidos espiritualmente por él; para aislarlo de sus penitentes se le encierra en un convento transformado en cárcel; no se le permite asomarse a las ventanas y tiene que andar por los corredores separado de la pared a un metro de distancia; y así permanece desde el 11 de junio de 1931 hasta el 16 de julio de 1933.

El P. Pío, ofrecido en oblación como víctima, consume así su pasión y, a la manera de Cristo, añade a sus sufrimientos morales el dolor físico de las llagas del calvario, que constantemente abiertas derraman a diario sangre de expiación por la salvación de la Humanidad.

LOS DEFENSORES DEL PADRE

Cuando ante sus Hermanos estaba leyendo el Padre superior el primer oficio condenatorio de la Santa Sede, escuchó los pasos del P. Pío y cerró apresuradamente el opúsculo, colocándolo sobre un ángulo de la mesa. El capuchino llegó, tomó el libro, lo abrió por la página donde figuraba el oficio y lo leyó sin rechistar. Ningún músculo de la cara revelaba la menor emoción. Dio vuelta a la página e inició una conversación sobre un tema indiferente. Al llegar a la hora de la siesta se retiró, seguido como de costumbre por el fiel Brunatto. Entró en la celda, se detuvo un momento antes de cerrar las ventanas, para mirar la llanura soleada de Fog-

gia, y de repente se volvió estallando en sollozos. El joven Brunatto cayó de rodillas y dijo: «Padre, usted sabe cuánto le queremos. Nuestro amor debe confortarle.»

—No lloro por mí, respondió con gravedad. Lloro por todas esas almas que se ven privadas de mi testimonio para su fe y privadas por aquello mismo que más obligadas estaban a defenderlo.

Pero aparte de Brunatto, Dios le envía otros consuelos y el P. Pío encuentra también quien le defiende. Este grupo de defensores lo integran, durante esta primera persecución, los fieles de San Giovanni Rotondo; los capuchinos en general del convento donde vive y de los conventos de Foggia y de Roma; los obispos capuchinos de Italia, entre los que se encuentra monseñor Andrea Longhin, obispo de Treviso, administrador apostólico de Padua y ex provincial de los Capuchinos Venetos: santo y dignísimo príncipe de la Iglesia, del que se ha iniciado el proceso de beatificación. También merece destacarse entre los defensores del Padre, durante esta primera persecución, a monseñor Sebastián Cornello Cuccarollo, obispo de Bovino y algunos sacerdotes insignes como D. Orione, fundador de la «Piccola Opera de la divina Providencia».

En general, la jerarquía que rodea al Padre se ha dividido en dos bandos. En uno militan los ministros «de Dios» que llevan una vida licenciosa y viven en concubinato; en el otro figuran los sacerdotes auténticos que ven reflejado en el Padre perseguido la luz de sus propios esfuerzos de santificación. Pero el enemigo ha enredado las cosas de tal forma que la santidad de vida de los sacerdotes que apoyan al P. Pío no podrá evitar el absurdo error en que el Santo Oficio ha incurrido. Serán necesarios libros como el titulado «Los Anticristos en la Iglesia de Cristo», publicado por Aldana en 1933, para que la luz de la verdad se vaya abriendo paso y quede al descubierto la naturaleza, el temperamento y las costumbres de quienes se habían erigido en perseguidores y jueces del pobre fraile estigmatizado.

LA PRIMERA VISITA APOSTOLICA

Siguiendo las instrucciones del Santo Oficio llegó de Roma la orden de expulsar del monasterio a Brunatto, quien había demostrado excesiva lealtad hacia el fraile. A él hemos aludido en alguna otra ocasión, pero completaremos su ficha antes de seguir adelante. Emmanuel Brunatto llevaba una azarosa vida de mundo. Por circunstancias providenciales acudió a conocer al primer sacerdote estigmatizado. Tenía entonces veintiocho años. El encuentro para él fue un duro choque. Rompió con su pasado y fue admitido como profesor en el convento de San Giovanni. Del año 1921 al 1924 vivió en una celda vecina a la del P. Pío y ocupó un asiento a su derecha en el coro de la iglesia. Más tarde, cuando fue suprimido

su empleo, continuó frecuentando el convento y ayudando a la misa del Padre y así hasta el año 1932, en que fue por orden superior separado del capuchino.

Este testigo de la primera hora lo fue también de la última, ya que a él se debe la fundación de la Sociedad formada para la defensa de la persona y de las obras del P. Pío, cuyo Comité de dirección presidió hasta su muerte. Brunatto nació en Turín y murió en Roma el día 10 de febrero de 1965. Su muerte estuvo rodeada de cierto misterio y dio lugar a siniestras sospechas. Pero los familiares prohibieron que se le hiciera la autopsia al cadáver y todo quedó en conjeturas mejor o peor fundadas. Sobre las características que rodearon su muerte hablaremos más adelante. Volvamos al relato propio de esta primera persecución.

La noticia de que tenía que abandonar el convento la recibió Brunatto con aquel espíritu de sumisión y obediencia que había aprendido de su trato frecuente con el Padre. Dentro del convento, la menor crítica contra el clero secular se consideraba como un auténtico sacrilegio.

En cambio, una vez fuera, se dio cuenta del ambiente que reinaba contra la mayoría de los canónigos de San Giovanni Rotondo y contra el obispo de Manfredonia. Se percató de la injusticia que representaba aquella determinación y comprendió la necesidad que el Padre tenía de ser defendido. Desde aquel momento comenzó, con incansable tesón, su lucha por la verdad. Recogió en un voluminoso expediente pruebas de concubinato, de simonía, de sacrilegio, de inmoralidad e injusticia en todas sus formas contra Palladino y sus secuaces.

A la vez preparó un expediente sobre las acciones beneficiosas y los acontecimientos extraordinarios atribuidos al santo estigmatizado.

En 1925 se dirigió a Roma con fotocopias de ambos expedientes, que remitió personalmente a cada uno de los cardenales del Santo Oficio, concretamente a los siguientes:

Merry del Val, secretario del Santo Oficio; Gasparri, secretario de Estado; Pompilj, vicario de Su Santidad; Sbarreti, prefecto del Concilio; De Lai, prefecto del Consistorio; Lega, prefecto de los Sacramentos; Juan Van Rossum, prefecto de Propaganda Fide, y Sily, prefecto del Tribunal de la Rota.

Según Brunatto el cardenal Pompilj le escuchó duro y desconfiado; Sbarreti, cortés; De Lai, hostil; Billot, impasible e impenetrable; Van Rossum, prudente... Gasparri le tuvo en su apartamento privado más de tres horas, le hizo comprender cómo apreciaba el vínculo que existía entre lo que consideraba su misión en la Iglesia y la del P. Pío; Sily lo besó y le dijo que toda la Curia no era contraria al perseguido fraile, ni mucho menos. Entonces Brunatto preguntó: «¿Por qué persiste, pues, la persecución...?» Merry del Val tampoco se mostró hostil... Sus palabras fueron

afectuosas, por lo que Brunatto se atrevió a decirle: «Eminencia, los fieles conocen sólo una pequeña parte de los documentos que tengo el honor de presentarle y no pueden comprender cómo el Santo Oficio ha condenado al P. Pío». El cardenal respondió: «No, señor Brunatto, el Santo Oficio no ha condenado nada, sólo ha declarado que no consta la sobrenaturalidad, lo cual es muy diferente». Brunatto insistió: «Pero, eminencia, todo el mundo considera los oficios del Santo Oficio como una condena implícita contra la persona del Padre». «Cuando el Santo Oficio quiere condenar a un sacerdote, lo suspende "a divinis", y éste no es el caso del capuchino», replicó el cardenal. «Y sin embargo, eminencia —volvió a insistir Brunatto—, el decreto prohíbe a los fieles tener relación con él, e incluso epistolar...». «Ustedes han mutilado el texto en su interpretación —le dijo—; el Oficio prohíbe mantener relaciones con el P. Pío con un fin de devoción. Comprendo que el Padre haya sufrido con esto. Pero no es la primera vez que almas santas tienen dificultades con el Santo Oficio». Abrió la ventana y le señaló el edificio donde se encuentra la sede de éste, tras los muros del Vaticano. «Allí está la prisión —le dijo— donde encerraron a Giuseppe Calasanz y esto no fue obstáculo para que la Iglesia lo elevara después a los altares». Brunatto repuso: «También fue aquélla la prisión de Galileo Galilei...».

Y dejó su carpeta con todas las pruebas acusatorias contra los perseguidores del fraile.

Ante tan abrumadora y elocuente documentación se imponía una visita apostólica. Pero la orden no llegaba nunca. El trámite era complicado. Intervenían demasiados organismos. El principal personaje comprometido, monseñor Gagliardi, se oponía con todas sus fuerzas. Era hombre de gran carácter y hacía valer los poderes legislativos y judiciales de que disponía como obispo. Por otra parte, contaba con el apoyo incondicional, y además interesado, del cardenal De Lay, prefecto del Consistorio.

En el Libro Blanco, preparado para denunciar la inicua situación del fraile, ante la Comisión de la ONU, encargada de la defensa de los derechos humanos, se informa con todo detalle sobre tan delicado asunto en los siguientes términos que transcribo al pie de la letra:

«El cardenal Sbarreti, prefecto del Concilio, estaba indeciso: No hubiera querido renunciar a su competencia propia de juzgar el conflicto existente en San Giovanni Rotondo, entre las autoridades civiles y el clero secular. El cardenal prefecto de la Congregación de los Religiosos se oponía a ello. Su intervención había sido solicitada por la Orden de los Capuchinos, que quería minimizar la cuestión del P. Pío, de demasiada difícil conciliación debido a su complejidad.

Un último obstáculo, y no el menor, era la actitud que había adoptado en sus comunicados de 1923 y 1924, la suprema Congregación del Santo

Oficio, dirigida por el cardenal Merry del Val, antiguo secretario de Estado y una de las personalidades más notables de la Iglesia. Este temía correr el riesgo de verse desautorizado por una visita apostólica.

Así se comprende hasta qué punto, en un delicado asunto de la Iglesia, las competencias son numerosas y entrelazadas y complejas. Además del obispo habían entrado en juego cuatro congregaciones con sus propios poderes, legislativos y judiciales, iguales entre ellas y presididas por dignatarios del mismo rango: cardenales.

Sólo era posible el arbitraje del Sumo Pontífice, Pío XI. Este confiaba en el P. Agostino Gemelli, su consejero y amigo, que había dictaminado como «experto», según lo dijimos anteriormente, la «simulación consciente o inconsciente del P. Pío».

La cuestión de tal arbitraje pasaba por intermedio de la Secretaría de Estado, que dirigía el cardenal Gasparri, y cuya inteligencia superior, cultura y devoción a la Iglesia eran bien conocidas. Ahora bien, el cardenal creía en el P. Pío y no lo ocultaba. Apoyó, por tanto, la propuesta de una visita apostólica y el cardenal Merry del Val actuó de igual forma.

Una circunstancia inesperada vino a acelerar la decisión. El canónigo Giovanni Miscio, maestro en San Giovanni Rotondo, había querido aprovecharse de las circunstancias para sustraer fondos a los familiares del P. Pío. Invocando el pretexto de que acababa de concertar un contrato de edición con miras a la publicación de un libro, donde se pintaba al capuchino con los colores más negros, exigía una suma apreciable para pagar una pretendida compensación a su editor y retirar el manuscrito. Cobró la suma, pero fue enseguida arrestado y luego condenado a 18 meses de reclusión mayor, por el Tribunal de apelación de Bari.

En la misma época apareció un primer libro sobre el P. Pío de Pietrelcina —editor Berlutti, Roma, 1926—. Se relataban en él los hechos antes mencionados. La obra fue incluida en el índice, pero a pesar de ello se decidió la realización de la visita apostólica, que se confió a monseñor Felice de Bevilacqua, un prelado inteligente e íntegro, a quien se añadió como coadjutor laico, a Emmanuel Brunatto.

El visitante tuvo primero que tomar conocimiento de las protestas de las autoridades civiles y religiosas de San Giovanni Rotondo sobre la conducta inmoral del canónigo Palladino: El alcalde Morcaldi, los antiguos alcaldes Giuliani y Merla, el juez Antonacci y el juez adjunto Gemaro Giuliani, el presidente de los maestros Pannelli, el presidente de los antiguos combatientes Mondelli, el decano Mazza, los canónigos Mabelli y Morcaldi, etc.

La visita apostólica recogió pruebas de simonía, de chantaje, de sacrilegio, de relaciones sexuales frecuentes del canónigo con varias mu-

jeros. Informado de la encuesta, éste amenazó a una de ellas de «ahorcarle en plena calle» si lo denunciaba.

Palladino había llevado durante seis años esta vida escandalosa ante los ojos de su arcipreste, sin que éste le hubiese impuesto sanción ni amonestación. El canónigo lo mantenía bajo la amenaza: «Que Prencipe —el arcipreste— se ocupe de sus asuntos, porque tengo cartas más que suficientes en mano para arruinarlo».

En realidad, el visitador tuvo que formular contra el arcipreste varias acusaciones por simonía, falsificación, calumnias, relaciones sexuales continuas con dos mujeres del país, etc.

Para defenderse, Prencipe, con la complicidad de una de sus amantes y del canónigo Michel de Nittis, hizo redactar una serie de cartas, acusando al P. Pío de haber, durante la confesión, incitado a sus penitentes a prestar falsos testimonios contra él a las autoridades eclesiásticas. Estas cartas estaban redactadas con tal arte, que el Santo Oficio y la Congregación del Concilio les dieron casi pleno crédito.

En lo que respecta al arzobispo de Manfredonia, Pascuale Gagliardi, la visita apostólica tuvo que restablecer la verdad sobre actos ilícitos que nos es penoso denunciar: «Violación de una Hermana en la clausura; relaciones sexuales frecuentes con otra Hermana; ordenación concedida, previo pago, a invertidos notorios; simonía habitual; apropiación de limosnas de misas por un valor de docenas de miles de liras, etc.»

Como conclusión de la visita, Domenico Palladino fue suspendido «a divinis» —prohibición de ejercer todo acto sacerdotal— y alejado de San Giovanni Rotondo. El arcipreste Prencipe, procesado por inmoralidad y falsos testimonios, y el canónigo De Nittis por calumnia. El arzobispo Gagliardi fue privado de su cargo con prohibición de llevar las insignias episcopales.

Quedaba el P. Gemelli, el más influyente de los detractores del P. Pío. Había declarado a la suprema autoridad de la Iglesia haber examinado los estigmas del Padre y comprobado que se trataba de simulación consciente o inconsciente.

Desgraciadamente para él su visita a San Giovanni Rotondo había sido controlada con la mayor exactitud.

Se sabía que había llegado al convento a una hora tardía y no había podido entrevistarse con el P. Pío. A la mañana siguiente, sobre las cuatro, acompañado por el guardián, dos frailes y un laico, había encontrado en un corredor al P. Pío, quien bajaba a la iglesia para celebrar su misa. Le había dicho que venía a fin de efectuar un examen clínico de sus estigmas, pero que no tenía autorización escrita. Se le opuso un firme «non possumus» en nombre de la santa obediencia. El coloquio no había durado tres minutos. Transcurridos los cuales, el P. Gemelli se había alejado

Manfredonia 8 agosto 1922
Carissimo Arcipreste,

Al Vicario che sarà venuto
costa in vista a per unire anche di più
la forma e adde. Ma, se l'aspetto, cosa
e. Ma la carta che parti, sarà in 15 de
ottobre, o 15 di gennaio.

State prevenuto intanto che sono
venendo di stabilirmi nel convento di
Matteo al S. Mauro in Lami, e di là mi
farei S. Giovanni e Rignano, ad evitare
fastidi e molestie, all'inverando l'opera
altre che ha già una casa e una casa
ma a bilancia nella situazione dove
di coabitare, per non più scappare. Si
sembra che questa fu la più giusta
anche di ottenerla in forma di carta
il cuore, che potreste intanto farla
viverla - peggio. Altrimenti si può
di S. P. e, ora ingratia tutti.

Altrimenti dico a me, per non
accettare l'altro e. Rinaldo tutti
nel Rignano, affermando.

Al Vicario Rignano.
+ S. P. e. Mauro

«9 de agosto de 1922

Carta del Arzobispo de Manfredonia
a Giuseppe Prencipe:

Querido Arcipreste: Escribí al Vicario que iría a ésa dentro de poco para salir también de este horno abrasador y si hace calor en esos lugares me quedará también septiembre y octubre.

Entretanto debe saber que de paso pienso parar en el Convento de San Mateo en San Marco in Lami y de allí iré a visitar San Giovanni Rotondo y Rignano, para evitar chismes y molestias atravesando la obra ajena, ya empezada, y esperamos se logre librarnos de esto (se refiere al P. Pio).

Mas para ello tenemos que prestar nuestro auxilio, para que no se nos acuse por fuera de mutismo re-

probado. Usted también podría dar informes directamente, si le parece bien. Todo bajo secreto del Santo Oficio a todos impuesto. De palabra le diré más si fuera necesario.

Le saludo y bendigo a todos en el nombre del Señor.

P. Arzobispo.»

COMENTARIO: Al año de escribir esta carta que revela la complicidad tramada con el Arcipreste de San Giovanni Rotondo, en contra del P. Pio, le escribe al Alcalde como veremos en la fotocopia que reproducimos seguidamente, y le dice que la maniobra que se ha preparado para el traslado del fraile es cosa del Superior General y que en nada ha intervenido él ni los curas del lugar.

Amoretti
 Manfredonia 18. agosto 1835.
 Ottimo figlio Andrea,
 Abbi la tua ultima lettera
 che ho fatto pervenire alla signora
 ma del P. S. e non l'ho più.
 M. Cappelloni la dice che
 pregio per ciò il libro. Ma
 fare di buon cuore e con
 di costui. Sedi, la commenda
 al fard superiore e leggersi;
 con indifferenza anche di fin
 che io non so. Questa lettera
 non mi arriva fino ad

[illegible]

ACTA SS. CONGREGATIONUM

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

DECLARATIO

Suprema Sacra Congregatio Sancti Officii fidei morumque integritati tutandae praeposita, peracta inquisitione super factis quae P. Pio vulgo da Pietrelcina, Ordinis Minorum Capuccinorum, in conventu loci *San Giovanni Rotondo* dioecesis Fodianae commoranti, tribuuntur, declarat ex praefata inquisitione non constare de eorundem factorum supernaturalitate, ac fideles hortatur ut in propria agendi ratione huius declarationi se conforment.

Datum Romae, ex aedibus S. Officii, die 31 maii 1923.

Aloisius Castellano,
Supremae S. C. S. Officii Notarius.

«31 de mayo de 1923.

La Suprema Congregación del Santo Oficio encargada de la fe y de la defensa de la integridad de las costumbres, después de una encuesta sobre los hechos atribuidos al Padre Pío de Pietrelcina miembro de los Hnos. Menores Capuchinos que habitan en el Monasterio de San Giovanni Rotondo, en la diócesis de Foggia, declara después de haber efectuado la mencionada encuesta *que el carácter sobrenatural de estos hechos no ha sido comprobado* y exhorta a los fieles a atenerse a la siguiente declaración:

Hecho en Roma en el Palacio del Santo Oficio, el 31 de mayo de 1923. Luis Castellano. Notario de la Santa Congregación del Santo Oficio (Actas de la Sede Apostólica, vol. XV, pág. 356).»

ACTA SS. CONGREGATIONUM

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

I

MONITUM

Declaratione die 31 maii anni elapsi per *Acta Apostolicae Sedis* (vol. XV, pag. 356) evulgata, Suprema haec Sacra Congregatio Sancti Officii fidei morumque integritati tutandae praeposita, fideles monitos voluit, ex inquisitione peracta super factis quae Patri Pio a Pietrelcina, Ordinis Minorum Capuccinorum, in conventu loci vulgi *San Giovanni Rotondo*, Fodianae dioecesis commoranti, communiter tribuebantur, nihil de praetensa eorum supernaturalitate colligi potuisse; ac fideles ipsos hortabatur ut in propria agendi ratione huius declarationi se conformarent.

Haustis nunc, ex pluribus ac tutis fontibus, aliis informationibus, eadem Suprema Sacra Congregatio muneris sui esse ducit gravioribus verbis fideles denuo adhortari, ut a praedicto Patre, devotionis causa, invisendo et a quavis cum eo, etiam epistolari, relatione fovenda prorsus abstineant.

Datum Romae, ex aedibus S. Officii, die 24 iulii 1924.

Aloisius Castellano,
Supremae S. C. S. Off. Notarius.

II

DECRETUM

DAMNATIO OPERIS: «L'ESPERIENZA ETICA DELL'EVANGELIO»

Emi ac Rmi Dñi Cardinales fidei et moribus tutandis praepositi, in ordinario consessu habito Feria IV, die 30 iulii 1924, ad praescriptum canonis 1399, praedamnatum esse declararunt et in Indicem librorum prohibitorum inserendum mandarunt opus cui titulus: *L'esperienza etica dell'Evangelio* (Brani scelti dal Nuovo Testamento) - Introduzione, traduzione e note di Adolfo Omadeo. Bari, Laterza.

«En la declaración del 31 de mayo de 1923, publicada en las Actas de la Sede Apostólica, esta Suprema Congregación del Santo Oficio, encargada de la fe y de la defensa de la integridad de las costumbres, quiso advertir a los fieles que, después de la encuesta sobre los hechos atribuidos al Padre Pío de Pietrelcina de la Orden de los Hnos. Menores Capuchinos, nada había podido ser comprobado de su pretendido carácter sobrenatural y exhortó a los fieles a atenerse a esta declaración. Ahora, después de haber recibido otras informaciones de fuentes más fidedignas, esta Suprema Corte invita solemnemente a los fieles a abstenerse de toda relación, incluso epistolar, con el Padre mencionado, por devoción hacia él.»



D. Umberto Terenzi.

Mi ha in corso d'interrogatorio per una persona
interrogato anche di me.

1. Pillo refigiare? -
Quando? ~~qualora~~
e del costo?
in lire?

2. Accusa aver io detto una cattiva parola
in un tempo -
R. Una parola brutale, una agnata.

3. Aveva avuto rapporti sessuali -
R. Sbagliati tutti i fatti, nessun accusa
né di impurezza. Se ci sono stati non si
potrebbe mai il provocatore.

4. L'indica mio poter disporre
di una e l'altra e che - può rimproverare
in tutto e per tutto, non colui.

5. Pillo che parlavo in copia nel
prova che ammetto due debiti - e l'indica
ho visto che turbamento d'opinione andava
tutto a meno per tutte le prove che
non pote.

6. Se io, dell'ufficio, colui che ha
nona e del reato che -

Instrucciones secretas que el Arcipreste Prencipe di-
rige de su puño y letra al abogado que le defiende
en el proceso incoado contra él. Nos limitamos a
traducir el punto tercero, donde literalmente dice:
«3.º Haber tenido contactos sexuales. Negar todo
con energía menos algún acto de impureza de
los cuales no he sido el provocado sino el pro-
vocador.»

Traemos esta prueba para demostrar la catadura
moral de quienes tomaron en sus manos la res-
ponsabilidad de atacar y perseguir al padre Pío.
El Arcipreste Prencipe se ve tan perdido ante la
Justicia que lo juzga, que a su abogado le pasa
instrucciones para que niegue todo lo que se le
imputa, pero como en algo hay que transigir,
que reconozca su responsabilidad en actos de im-
pureza en los que participó como sujeto activo,
esto es, como provocador y no como provocado.

Il processo di Padre Pio a Foggia

Il canonico Miscio condannato

Foggia, 2 dicembre.

Questa sera è terminato dinanzi al no-
stro Tribunale, il processo per estorsione
in danno del famoso Padre Pio da Pietral-
cina. Dopo la requisitoria del P. M. e le
arringhe della parte civile e della difesa,
il Tribunale ha emesso sentenza condan-
nando l'imputato canonico Giovanni Mi-
scio a tre mesi di reclusione, mille lire di
multa ed al pagamento di una lira per
danni, giusta le richieste della parte civi-
le, con sospensione della sentenza per cin-
que anni e cambiando rubrica del reato
in truffa.

L'imputato Giovanni Miscio, fratello del
canonico, è stato assolto per insufficienza
di prove.

De «Il Giornale d'Italia», 4 de diciembre de 1926

El proceso del P. Pio en Foggia

El Canónigo Miscio condenado

Esta tarde se concluyó, ante nuestro Tribunal, el
proceso por reclamación de daños y perjuicios cau-
sados al famoso P. Pío de Pietrelcina. Después del
Abogado fiscal y de los del acusado privado y la
defensa, el Tribunal dictó sentencia, condenando al
acusado a la reclusión de tres meses, una multa de
mil liras y al pago de una lira por daños, según
cuanto solicitó el acusador privado, siendo la sen-
tencia por cinco años y cambiando la calificación del
crimen en estafa.

El acusado, Giovanni Miscio, hermano del Canó-
nigo, salió absuelto por falta de pruebas.



(con Brezjnev, ndr.) salvò Xigona
E mi ha detto: tu devi fare
X. anche se che mi X. e mi P.
non pagando. E che mi X. più
mi sono come impadronito e che
è un'occasione di X. governo, come
fatto, così come è e lo ha
fatto. Ma perché tutte queste
mi X. e che se fanno spesso tutte
pagate. X. Qualche cosa è costato
E No! Come mi è venuta la testa?
Abbiamo pure un conto che X. D. H. H.
- guardi non solo X. H. H. in fatto.
X. spesso almeno che fare. Proprio
la questione, che si pare. X. Delle
fatti pagare che le sono man
per essere chinati e che quelli
X. le hanno sentiti per la testa.

come molto più di prima e che
 si è interrotta nel fondo mag-
 gior le loro cause come addi-
 fici andare intorno a questi
 che non parlano per mancanza
 di fiducia che non avrete ac-
 cura, insufficienza nel legamen-
 to, qualche cosa, sempre agitata
 a vicenda per via, che per lo
 è ogni a conquis. E la qualità che
 to è un'emozione. E parlare chiaro
 non pare.

E pure non mi capiterà nulla
 della parte che potrei avere e nella
 guerra come è tutto affare di
 andare la mia interruzione. E
 la responsabilità con un corpo
 che non vuole che si fondi fra
 loro ma si capisce che si va

ingegnere. Per loro dimanderò un
 permesso di licenziamento. E' nel sabato 18.9.1941.
 Forse c'è da dire che la domanda
 per il p.t. p. è stata naturalmente accolta
 immediatamente la prima, e se non altro
 un altro 11.9.1941 e questa lettera ha
 con la p.t. p. la quale è stata
 e bene espressa dimanderò la loro
 firma, punto che nel sottoposto con
 un certo punto non è più espri-
 tare. Ma allora non posso nulla.
 Sarebbe una grande del disordine.
 Dimanderò, perché per questo non
 posso non la lettera che la signora
 vuole. Per questo per questo per
 questo. Sarebbe sempre 11.9.1941
 e l'indole in quella maniera che
 non resta nemmeno alla fine
 di a. e se non tutto più sempre
 ingegnerista alle ingegneria di un
 ingegnere... ingegnere
 Cardinale... 18.9.1941

Ahora tengo que pedirle que me aclare un asunto. Existe en su posdata esta frase: *Que la carta que yo le pedía era ficticia* y que realmente habiéndose

COMENTARIO: De esta carta y de la que dirigió el Arzobispo al Arcipreste Prenceipe, se desprende que aquél había preparado una maniobra contra el Padre Pío, de acuerdo con el Arcipreste de San Giovanni Rotondo, quen a su vez metió en el juego a De Nittis, el Vicario de la citada localidad. El Arcipreste fue llamado a Nápoles donde quedó sometido a proceso por orden del Visitador, Cardenal Felipe de Bilacqua. Buscando justificación a algunos de sus enredos escribe a De Nittis y le pide declare ficticia cierta carta, petición que el interesado no sabe interpretar. Habla también de ponerse de acuerdo para «que todo resulte bien estudiado y con apariencia de una cosa no demasiado... enredada».

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

COMUNICATO

Come per l'opuscolo « Padre Pio da Pietrelcina » con prefazione a firma di Giuseppe De Rossi, di cui al N. 5, anno corr., pag. 186 di questo Bollettino Ufficiale, la Suprema S. Congregazione del S. O. richiama l'attenzione dei fedeli anche sull'altro simile, stampato pure in Roma dallo stesso editore Giorgio Berlutti sotto il titolo « Giuseppe Cavaciocchi - Padre Pio da Pietrelcina. - Il fascino e la fama mondiale di un umile e grande francescano ». Edizione illustrata - il quale deve per la stessa ragione ritenersi proibito *ipso iure* a termino del can. 1399, 5°, di modo che a termini del precedente can. 1398, § 1, non può senza il dovuto permesso, nè stamparsi, nè leggersi, nè ritenersi, nè venderli, nè tradursi in altre lingue, nè comunque comunicarsi con altri.

Anche in questa occasione, la medesima Suprema Sacra Congregazione crede necessario di richiamare alla memoria dei fedeli le precedenti sue dichiarazioni ed istruzioni relative al sunnominato Padre, che si trovano pubblicate in questo stesso Bollettino, vol. XV (pag. 356) e vol. XVI (pag. 368), perchè i fedeli sappiano essere loro dovere di astenersi dall'andare a visitarlo, o mantenere con lui relazioni anche semplicemente epistolari.

Dato a Roma, dal Palazzo del S. Uffizio, 11 luglio 1926.

Luigi Castellano,
Notaro della Suprema S. C. del S. Uffizio.

«Acta SS. Congregationum. — Suprema Sacra Congregatio S. Officii. — Comunicado: Ha sido impreso en el corriente año en Roma por la Casa editora Giorgio Berlutti, sin permiso alguno por parte de la Autoridad eclesiástica, un opúsculo titulado: «Padre Pio de Pietrelcina» cuya portada lleva la firma de Giuseppe De Rossi. Para general conocimiento esta Suprema S. Congregación del Santo Oficio declara y da a conocer que dicha publicación, como relata también hipotéticos milagros y otros hechos extraordinarios, según el canon 1.399, 5.º, del Código de derecho canónico, se la prohíbe *ipso iure*: pues cae, sin más, bajo lo dispuesto en el sobredicho canon 1.398, § 1, de manera que no puede sin el debido permiso editarse, ni leerse, ni guardarse, ni venderse, ni traducirse a otros idiomas, ni, además, comunicarse a otros.

Aprovechando la ocasión, la misma Suprema S. Congregación cree oportuno recordar a los fieles sus anteriores declaraciones e instrucciones, que conciernen al sobredicho Padre y que se hallan editadas en el Boletín Oficial de la Santa Sede, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV (pág. 356) y vol. XVI (página 368), para que los fieles sepan que su deber consiste en no hacerle visitas, ni establecer relaciones con él ni siquiera epistolar.

Dado en Roma, del Palacio del Santo Oficio, 23 de abril de 1926. — *Luigi Castellano*, Notario de la Suprema S. C. del S. Oficio.»

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

COMUNICATO

È stato stampato l'anno corrente a Roma dall'editore Giorgio Berlutti, senza alcun permesso dell'Autorità ecclesiastica, un opuscolo dal titolo « Padre Pio da Pietrelcina » con prefazione a firma di Giuseppe De Rossi. Per norma dei fedeli, la Suprema Sacra Congregazione del S. Offizio dichiara e fa noto che la detta pubblicazione, trattando anche di pretesi miracoli e di altri fatti straordinari, a termini del canone 1399, 5° del Codice di diritto canonico, è *ipso iure* proibita; e cade quindi senz'altro sotto il disposto del precedente canone 1398 § 1, di modo che non può, senza il dovuto permesso, nè stamparsi, nè leggersi, nè ritenersi, nè venderli, nè tradursi in altre lingue, nè comunque comunicarsi con altri.

In questa occasione, la medesima Suprema Sacra Congregazione crede opportuno di richiamare alla memoria dei fedeli le precedenti sue dichiarazioni ed istruzioni, relative al sunnominato Padre, che si trovano pubblicate nel Bollettino Ufficiale della Santa Sede, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV (pag. 356) e vol. XVI (pag. 368), perchè i fedeli sappiano esser loro dovere di astenersi dall'andare a visitarlo, o mantenere con lui relazioni anche semplicemente epistolari.

Dato a Roma dal Palazzo del S. Uffizio, 23 aprile 1926.

Luigi Castellano,
Notaro della Suprema S. C. del S. Uffizio.

«Acta SS. Congregationum. — Suprema Sacra Congregatio S. Officii. — Comunicado: Como por el opúsculo «Padre Pio de Pietrelcina» con proemio firmado por Giuseppe De Rossi, del que se habla en el N. 5, del corriente año, pág. 186 de este Boletín Oficial, la Suprema S. Congregación del S. Oficio llama la atención de los fieles sobre otro parecido, impreso en Roma, éste también por la misma Casa editora Giorgio Berlutti y titulado "Giuseppe Cavaciocchi - Padre Pio da Pietrelcina. - Il fascino e la fama mondiale di un umile e grande francescano". Edición ilustrada —por la misma razón ésta ha de entenderse prohibido *ipso iure* según el canon 1.399, 5.º, de manera que según el precedente canon 1.398, § 1, sin el debido permiso, no puede editarse, ni leerse, ni guardarse, ni venderse, ni traducirse a otros idiomas, ni comunicarse a otros.

Aprovechando la ocasión una vez más, la misma Suprema S. Congregación cree necesario recordar a los fieles sus precedentes declaraciones e instrucciones que conciernen al sobredicho Padre y que se hallan editadas en este mismo Boletín, vol. XV (pág. 356) y vol. XVI (pág. 368), para que los fieles sepan que su deber consiste en no hacerle visita y en no establecer con él relaciones ni por medio de cartas.

Dado en Roma, del Palacio del S. Oficio, 11 de julio de 1926. — *Luigi Castellano*, Notario de la Suprema S. C. del S. Oficio.»

ACTA SS. CONGREGATIONUM

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

NOTIFICATIO

È stato pubblicato in questi giorni il libro:

Alberto Del Fante: *A Padre Pio di Pietralcina, l'Araldo del Signore*. Bologna, Galleri, editore, 1931 (pagine 513 con illustrazioni).

Per norma dei fedeli, la Suprema Sacra Congregazione del S. Offizio dichiara e fa noto che la detta pubblicazione, trattando anche di pretesi miracoli e di altri fatti straordinari, a' termini del canone 1399, 5° del Codice di diritto canonico, è *ipso iure* proibita; e cade quindi senz'altro sotto il disposto del precedente canone 1398 § 1, di modo che non può nè stamparsi, nè leggersi, nè ritenersi, nè vendersi, nè tradursi in altre lingue, nè comunque comunicarsi con altri.

In questa occasione, la medesima Suprema Sacra Congregazione crede opportuno di richiamare alla memoria dei fedeli le precedenti sue dichiarazioni ed istruzioni relative al sunnominato Padre, che si trovano pubblicate nel Bollettino Ufficiale della Santa Sede, *Acta Apostolicas Sedis* volume XV (pag. 356) e volume XVI (pag. 368), perchè i fedeli sappiano essere loro dovere di astenersi dall'andar a visitarlo, o mantenere con lui relazioni anche semplicemente epistolari.

Dato a Roma dal Palazzo del S. Offizio, 22 Maggio 1931.

A. Subrizi, *Notaro della Suprema Sacra Cong. del S. Offizio*.

L. 8 S.

«Acta SS. Congregationum. — Suprema Sacra Congregatio S. Officii. — Notificatio: Se ha publicado en estos días el libro de Alberto del Fante: "A Padre Pio da Pietralcina, l'Araldo del Signore" —Bologna, Galleri, Casa editora, 1931 (págs. 513 con ilustraciones). Para general conocimiento de los fieles, la Suprema S. Congregación del S. Oficio declara y da a conocer que dicha publicación, como relata también hipotéticos milagros y otros hechos extraordinarios, según el canon 1.399, 5.º, del Código de Derecho canónico, se la prohíbe *ipso iure*: pues cae, sin más, bajo lo dispuesto en el sobredicho canon 1.398, § 1, de manera que no puede sin el debido permiso editarse, ni leerse, ni guardarse, ni venderse, ni traducirse a otros idiomas, ni además comunicarse a otros. Aprovechando la ocasión, la misma Suprema S. Congregación cree oportuno recordar a los fieles sus anteriores declaraciones e instrucciones, que conciernen al sobredicho Padre y que se hallan editadas en el Boletín Oficial de la Santa Sede, *Acta Apostolicæ Sedis*, vol. XV (página 356) y vol XVI (pág. 368), para que los fieles sepan que su deber consiste en no hacerle visitas, y en no establecer relaciones con él ni por medio de cartas.

Dado en Roma, del Palacio del Santo Oficio, 22 de mayo de 1931. — A. Subrizi, Notario de la Suprema S. C. del S. Oficio.»



Pascual Gagliardi, arzobispo de Manfredonia hasta 1929.



Fotografia del P. Gemelli.

encolerizado y nunca más se le había vuelto a ver en San Giovanni Rotondo. El episodio, publicado en el libro «P. Pío de Pietrelcina», editor Berlutti, 1926, Roma, nunca fue desmentido con fundamento.

Así pues, «las fuentes fidedignas» de información del Santo Oficio se habían desmoronado. Pero los veredictos de culpabilidad de los años 1923-24, no fueron por ello rectificadas. Fue así cómo sirvieron para justificar nuevas medidas más vejatorias que nunca contra la libertad del P. Pío y contra sus penitentes».

ENCUESTA EN EL VATICANO

Seguimos transcribiendo del Libro Blanco:

«La visita apostólica en San Giovanni Rotondo iba a terminarse cuando el cardenal Gasparri, secretario de Estado, bajo la propuesta del cardenal Merry del Val, secretario del Santo Oficio y con la aprobación del Sumo Pontífice, pidió a monseñor Bevilacqua y a Brunatto emprender, abandonando todas sus demás actividades, una de las encuestas más delicadas y graves de la corte pontificia. La urgencia se justificaba con creces. Un sistema de chantaje había hecho intolerable el escándalo que, desde hacía veinte años, afligía a la Sede Apostólica. No queremos aquí reabrir una de las páginas más humillantes de la historia de la Iglesia. Para los fines de esta exposición, nos limitaremos a decir que se trataba, en particular, de los dos más altos dignatarios de la Corte, cuya vida escandalosa corría parejas con la negativa de hacer justicia al P. Pío.

La encuesta de monseñor de Bevilacqua llegó a la conclusión de la necesidad de hacerles expulsar de la Corte y alejarlos de Roma. Estas sanciones fueron aplicadas casi al mismo tiempo de las que se acordaron contra el canónigo Palladino y el arzobispo Gagliardi. Se probaba así una serie de complicidades donde la corrupción de costumbres acompañaba al odio sin razón contra el humilde capuchino estigmatizado. Era una verdadera cadena que, partiendo de un miserable canónigo de un pequeño centro agrícola, pasando por el arcipreste del lugar, por el arzobispo de la diócesis y por el cardenal prefecto de la Congregación encargada de los obispos, llegaba hasta los peldaños del trono.

Monseñor Bevilacqua había roto esta cadena del complot. La sede apostólica le reconoció el mérito y le nombró arcipreste de la Basílica del Panteón y vicario general del ejército italiano.

Hoy la cadena ha sido reconstituída con hechos antiguos y nuevos. La continuación de esta historia demostrará su gravedad.

Todos los hechos que acabamos de resumir anteriormente fueron expuestos, extensamente, en el volumen de 500 páginas «Lettera alla Chiesa» (Leipzig, 1929), de Francisco Morcaldi, doctor en Derecho, alcalde de San Giovanni Rotondo en 1923 y 1963.

Un ejemplar de este libro fue presentado el 21 de mayo de 1933 al Tribunal de Roma, cuarta sección penal, en un proceso de difamación, donde el canónigo Palladino se presentó como testigo y fue objeto de una denuncia por falsos testimonios.

Otra obra había aparecido sobre el mismo tema en 1933, obra a la que ya hemos aludido anteriormente, «Los Anticristos en la Iglesia de Cristo», de John Willoughby (Aldana, París, 1933). De todos modos, a partir de 1933, se registró un período de calma en San Giovanni Rotondo. Pío XI, con oportunidad del jubileo de la profesión monástica del P. Pío, le envió su bendición autorizándole a transmitirla a los fieles que habían concurrido ese día al convento. Pero este acto de benevolencia del Pontífice no fue acompañado ni seguido por ninguna declaración rectificativa de la autoridad judicial eclesiástica».

Así se expresa el Libro Blanco. Hemos preferido tratar tan delicado tema con palabras ajenas y de autenticidad probada.

Pero monseñor de Bevilacqua no fue el primer visitador apostólico destinado a San Giovanni Rotondo. Durante el pontificado de Benedicto XV, en 1920, se había enviado a monseñor Cerretti, quien declaró al P. Pío hombre de Dios y en cuyos testimonios se basó el citado Papa, para afirmar «que el santo Capuchino era uno de esos hombres extraordinarios que Dios envía de cuando en cuando a la tierra para atraer a las almas hacia El».

Como consecuencia de la visita apostólica de monseñor Bevilacqua, Pío XI reconoció su error, le concedió la reintegración «et ultra» y el privilegio de impartir la bendición papal en su nombre. El P. Pío abandonó su triste papel de prisionero y los carceleros le levantaron las prohibiciones que habían hecho imposible su apostolado. Y como todos los prisioneros se encontró de repente con mucho tiempo libre. ¿Cómo emplearlo? Celebraba unas misas larguísimas, que a veces duraban siete horas, como hemos indicado en otro lugar de este libro. «Nunca —acostumbraba a decir— bajaría del altar». Y el resto lo dedicaba a leer y a completar su formación. La biblioteca del convento fue su sala de estar. Y la capilla. Un día del año 1957, hablando de aquel tiempo de reclusión con el prelado monseñor Tondini, le dijo: «Los historiadores son parciales y quizá sin quererlo escriben interpretando en un sentido favorable cuanto concierne a su patria. Por eso la verdadera historia no existe. Sólo se da la verdad objetiva en la Historia Sagrada. Y he llegado a esta conclusión después de leer todas las obras de Cantu, de Pastor y de Rohrpacher». Consideremos que la primera contiene 35 volúmenes, la segunda 16 y las última 28. En total 76 volúmenes de letra menuda, fueron objeto de la lectura del Padre durante aquella época, quien leyó también por entonces diez veces seguidas toda la Sagrada Escritura.

En otra ocasión habla de Darwin y afirma que no fue un evolucionista, porque en sus obras esboza la teoría de la evolución como una hipótesis en la que no creía. Son sus discípulos quienes le hacen decir lo que no dijo.

Otro día contó el fraile que había leído «La Divina Comedia» en una sentada, desde las 9 de la mañana hasta las 12 de la noche. Afirmó que se trataba de una obra colosal y que su cabeza estaba a punto de estallar. «¿De oír hablar a tantos diablos?», preguntó el fraile. «No, respondió el capuchino. A eso ya estoy acostumbrado, lo conozco por experiencia».

Aquellos años fueron de lectura ávida, pero también de escritos apasionados. No puede enviar cartas, pero sin embargo escribe un largo diario de letra apretada. En esto sigue el ejemplo y la costumbre normal entre los prisioneros.

A partir del momento de la liberación del fraile, se inició una época de fecunda y prodigiosa labor. La primera persecución había durado diez años, desde mayo de 1923 hasta julio de 1933. De ellos, desde el 11 de junio de 1931 hasta el 16 de julio de 1933 estuvo en el convento encarcelado, sin permitirle ver a nadie, asomarse a las ventanas ni celebrar en público. Tampoco podía comer en el refectorio con los demás frailes. Lucía Fiorentino, aquella hija espiritual que tantas muestras dio de santidad, ofreció la vida por la liberación del Padre. Y el Padre fue liberado cuando ella murió. A partir de 1933, fecha en que cesó la primera persecución, el P. Pío inició una vida normal y disfrutó de veintisiete años de relativa paz.

LA LIBERACION DEL PADRE

Fue el 16 de julio de 1933. La iglesia del convento estaba rebosando de público. Habían transecurrido más de dos años sin ver al fraile de los estigmas. Lo imaginaban con la figura que les dejó el recuerdo de la última vez: con los cabellos negros y la barba ligera, andando derecho, a pesar de las llagas de sus pies y reflejando en sus ojos una profunda luz.

San Giovanni Rotondo se vistió de fiesta. El sol ardiente, brillaba en el cielo. Los campesinos abandonaron sus tareas para subir a lo largo del camino en procesión. Los rastrojos de los campos aparecían quemados. Y es que por la noche encendieron hogueras para celebrar la noticia de la liberación.

En la plaza del convento esperaban pacientemente los músicos del Orfeón municipal. La pila del agua bendita se secó. Hacía mucho calor. La iglesia aparecía inundada de gente que llegaron de toda la comarca. El calor era tan agobiante como el silencio. Se vivía en estado de tensión. Por la puerta entreabierta de la sacristía se vio pasar, rápidamente, el

hábito de estameña de un fraile. Son ya las nueve de la mañana y el P. Pío no acaba de aparecer. Algunos manifestaron su impaciencia, porque eran muchos los que esperaban desde el alba. Transcurrió media hora más de tiempo. ¿Habrían cambiado de idea los carceleros?

Al fin se abrió de par en par la puerta de la sacristía. «Aquí está, aquí está», gritaba la muchedumbre. Y el P. Pío aparece, baja lentamente las escaleras, pasa ante el cuadro del Cristo coronado de espinas, se detiene ante la imagen de Nuestra Señora de los Siete Dolores, que no veía desde hacía tres años y llega hasta el armario de haya, donde se guardan los ornamentos de iglesia. Se revistió con los propios de las grandes solemnidades y se arrodilló en la sacristía con gran recogimiento.

Alguien lo vio y llevó la noticia a la iglesia. El Padre estaba rezando, con la cabeza entre sus manos y sus codos apoyados sobre el borde del reclinatorio. Parece que llora. Su cuerpo tiembla. Por fin hace su aparición en el templo. La multitud lo contempla absorta. Casi no le conoce. El pelo se ha vuelto blanco. Sus hombros aparecen encorvados y arrastra pensativamente los pies. Se ha vuelto viejo en tres años. Se acerca al altar como un ciego, con la mirada lejana y las manos enguantadas tendidas hacia delante.

Se abre paso con dificultad entre los fieles arrodillados con los brazos extendidos hacia él, que hacen lo posible por aproximarse. Tambaleante, llega hasta el altar. Se echan a vuelo las campanas. El público llora emocionado. Alguien grita. Entre aquel agitarse ruidoso de la multitud se escuchan las invocaciones piadosas de las mujeres.

Se vive un momento de felicidad cargado de solemne dramatismo. El P. Pío es libre. Ha sido reintegrado. Se le ha hecho justicia, aparentemente, frente a los ataques de la primera persecución. Puede decir misa, entrar en contacto con los fieles y hasta impartir la bendición papal en nombre de Pío XI. San Giovanni Rotondo vuelve a ser el Ars del Gárgamo; vuelve a ser lo que había empezado a significar en tiempos, antes de que las calumnias de los enemigos y las condenas del Santo Oficio intentaran destruirlo.

En los días siguientes, la hora de la misa del P. Pío se adelanta, para coincidir con la hora del alba. Las confesiones se reanudan. Los peregrinos vuelven. Se habla otra vez de milagros y prodigios inexplicables. El guardián ya no es un carcelero, sino un protector. Y la noticia de la liberación del fraile se extiende por doquier y da la vuelta al mundo.

LA REINTEGRACION NO FUE COMPLETA

Sin embargo, todo hay que decirlo, la reintegración «et ultra» de Pío XI, no fue completa, pues debía de haber reconocido el error en que incurrió la Congregación del Santo Oficio al promulgar los cinco decretos

de condena, decretos que no fueron ni han sido derogados todavía. Tal derogación debería de haberse formulado en los términos jurídicos oportunos, con publicación incluso de los mismos en el Acta Apostolicae Sedis. Así se habría evitado, quizá, la segunda persecución, iniciada en el año 1959, que arrancó alegando la vigencia de unos decretos sólo aparentemente anulados, y se hubiese evitado la injusticia que representaba el que el P. Pío, no obstante las palabras de elogio de Benedicto XV, la reintegración de Pío XI, la protección manifiesta de Pío XII —que llegó hasta liberarle del voto de pobreza para nombrarlo propietario y administrador vitalicio de la «Casa Alivio del Sufrimiento»— y de las cartas de expresivo afecto que le dedicó Pablo VI, haya vivido una segunda persecución, que también duró casi diez años y haya muerto sin que se le hiciera justicia y bajo la amenaza de unas resoluciones condenatorias que todavía subsisten.

Al reconocer Pío XI la verdad, pero no hacer el acto de justicia completo que las circunstancias exigían, dejó vigentes las bases que hicieron posible un nuevo ataque, ataque que resultó, a juzgar por las consecuencias, más duro que el anterior. En aquellos oficios y en aquellos documentos no derogados se apoyaría el obispo capuchino de Padua para desencadenar la segunda persecución que ha empleado, como veremos después, los mismos argumentos de lucha.

EL «BOOMERANG» CELESTE

La primera persecución pretendía llevarse al Padre de San Giovanni Rotondo, para confinarlo en un lugar desconocido del público. Su idea era recluirlo en un monasterio de España. Para ello la autoridad eclesiástica tuvo que solicitar el apoyo de la policía italiana, que por cierto se negó a intervenir. Así fue cómo se reveló el plan y grupos de campesinos armados, como ya hemos relatado en otro lugar, montaron guardia de día y noche alrededor del convento, mientras un comité de notables, dirigidos por el alcalde, se presentaban en Roma para protestar ante las congregaciones romanas y los Ministerios italianos del Interior y de Justicia.

Pero la verdad es que Dios escribe derecho con renglones torcidos y la persecución sirvió para que el nombre de este ignorado y humilde fraile se extendiera por el mundo y templado al fuego del sufrimiento se probase el origen sobrenatural de sus estigmas.

Por el contrario, los perseguidores acabaron todos mal, porque aún en este mundo Dios castigaba a quien ha tenido una actuación de escándalo notorio contra las personas o las obras que El protege. Así hemos visto cómo el arzobispo de Manfredonia, monseñor Gagliardi, fue depuesto por Pío XI; el canónigo Palladino suspendido de los Divinos Oficios; monseñor Prencipe constreñido a confesar y reconocer públicamente sus

culpas; el P. Agostino Gemelli, el «filósofo» de la persecución, sufrió un accidente de coche y quedó inválido con una paralización absoluta de la mitad de su cuerpo, y el canónigo Miscio fue encerrado en la cárcel y murió en junio de 1967, en circunstancias nada envidiables, pues tres días antes de morir invocaba a Satanás diciendo: «Ayúdame por lo menos tú...». Y desde su lecho de muerte gritaba con todas sus fuerzas: «Márchate, P. Pío...».

Como decía Santa Teresa de Avila, la hospitalidad de los hombres hacia los predilectos del cielo sirve «para dar a conocer los favores que Dios concede a las almas».

El P. Pío, al observar aquel extraño fenómeno de publicaciones que con motivo de la persecución defendían el excelso misterio de su existencia, no dudó en afirmar que «era dulce el azote de la Iglesia». Ricardo Bachelli, publica el «Coloquio con uno que un día será sin duda honrado en los altares», y Antonio Baldini refiere en «Italia di Bonicontrò» la estupefacción que le produjo la extraordinaria humildad del fraile, que se niega a mostrar a una petulante comitiva de periodistas los estigmas que eran causa de su persecución y de su fama.

A raíz de aquellos hechos llegan pronto también los potentados del mundo. María José de Saboya solicita el ser fotografiada a su lado; se convierte Alberto de Fante, que centra sus trabajos en recoger los hechos e historias relacionadas con la biografía del fraile; cambia radicalmente de vida el masón veronés Ferruccio Caponetti; el famoso orientalista Felice Ceccacci; el cínico hombre de mundo Pitigrilli y centenares de personas de todas las clases sociales, que resultaría imposible enumerar.

En el plano político, la saludable influencia del Padre se hace notar también: En 1923 se derrumbó la administración comunista, que imperaba y gobernaba en San Giovanni Rotondo, y fue nombrado alcalde un entusiasta devoto del santo capuchino, el abogado Francisco Morcaldi, cargo que asumió hasta hace muy poco tiempo. El alcalde actual, doctor Sala, es quien fue hasta su muerte el médico del P. Pío, médico del que hablaremos largo y tendido en su momento.

El comediógrafo Luigi Antonelli declara, bajo juramento, que el Padre Pío le ha curado de un cáncer.

Una millonaria americana construye a su costa un convento que regala a los Capuchinos de Pietrelcina.

Durante la segunda guerra mundial, San Giovanni Rotondo se convierte en centro de atracción internacional. Como ya hemos visto, allí acuden a rezar, a dar gracias, a implorar un milagro, hombres y mujeres de todas las naciones. Fascistas y partisanos se reúnen para rezar juntos y cuentan sus maravillosas historias en las que el P. Pío aparece como su salvador. Algunos de los que allí acuden, estuvieron ante el pelotón de

ejecución y salvaron sus vidas milagrosamente. Ya hemos explicado en otro capítulo cómo el capuchino fue por tal motivo atacado violentamente desde Radio Praga. La Iglesia del convento se ha hecho demasiado angosta para celebrar la misa ante tanta muchedumbre de fieles, y el P. Pío se ve obligado a celebrarla al aire libre. Pronto se reúnen limosnas para construir un nuevo templo.

Los milagros se multiplican, la niña ciega que adquiere la vista, los moribundos que sanan de repente, los ciegos del alma que abren sus ojos a la fe... Entre éstos figuran personalidades destacadas de toda clase de profesiones. Como botón de muestra ya hemos citado al escultor Francisco Messina, al cantante Benjamín Gigli, al actor Carlos Campanini, hijo espiritual del Padre, quien arrastra tras sí a destacados actores del mundo del espectáculo...

De incógnito le visita el médico Di Togliatti y el profesor Spallone. Conocidos políticos esperan pacientemente durante días y horas la entrevista con el fraile. También Raquel Mussolini se refugia en San Giovanni en busca de consuelo para su tragedia. Conmovida, cuando sale de convento se le oye comentar: «¡Qué ojos, cómo se clavan en el alma y te llenan de paz y de consuelo...!»

CAPITULO XI

AÑOS DE PAZ

AL terminar la primera persecución el P. Pío conoció, con la reintegración concedida por Pío XI, unos años de tranquilidad y de paz. En realidad éstos fueron los años de trabajo incansable, de labor de confesionario, de las grandes conversiones y los grandes prodigios.

Pío XII fue el Papa que dispensó al P. Pío una mayor protección. Conocía a los místicos por sus experiencias personales durante su nunciatura en Baviera con Teresa Neumann y se preocupó de la vida y de los hechos del fraile de los estigmas por quien sentía gran afecto y devoción. Pío XII fue el Papa que necesitaba el P. Pío y éste el tipo de religioso que el Papa recomendaba y pedía para secundar sus esfuerzos en pro de la Iglesia.

Los grupos de oración y la «Casa Alivio del Sufrimiento» fueron dos iniciativas del capuchino encaminadas a cumplir las instrucciones del Sumo Pontífice, que clamaba insistentemente por la necesidad de plegarias en común y por crear obras asistenciales de caridad.

Pero a pesar de la protección y el apoyo del Santo Padre, al P. Pío llegaban presiones frecuentes para canalizar las limosnas destinadas a la «Casa Alivio del Sufrimiento» por vías que no eran precisamente las que respondían a las intenciones de los donantes. Por eso el P. Pío se dirigió a Roma y de Roma vino un rescripto por el que lo liberaba parcialmente del voto de pobreza sólo en la medida necesaria para poder disponer, con plenas facultades de actuación, de los fondos de su Fundación, con arreglo a los propósitos e intenciones de los donantes, rescripto que lo nombraba administrador a perpetuidad de la Casa y propietario de sus acciones. Dicho rescripto fue consecuencia de una carta del fraile que entraña su última voluntad con vistas al día de mañana, y que después había de confirmar en su testamento del 11 de mayo de 1964.

«TESTAMENTO» DEL P. PIO

Transcribimos a continuación la carta que el P. Pío dirigió a Su Santidad Pío XII, en la que marcaba el cauce legal que debían seguir las acciones, que representaban todo el patrimonio, muebles e inmueble, de la «Casa Alivio del Sufrimiento».

Dice así textualmente: «Padre Bienaventurado: Recibiendo algunos médicos de los más ilustres del mundo que habían participado en el Simposium sobre las enfermedades coronarias en San Giovanni Rotondo, la palabra apostólica de Su Santidad ha definido así los fines de la "Casa Sollievo della Sofferenza":

"Introducir en el tratamiento de las enfermedades una concepción más profundamente humana y más sobrenatural que ponga al enfermo en condiciones ideales, desde el punto de vista material y moral, a fin de que pueda reconocer en los que obran por su curación, a los auxiliares de Dios preocupados de preparar la vía para la intervención de la gracia".

La gestión de la Casa se inspira en dos principios:

1.º Gratuidad para los que no disponen de medios y pago moderado para los que los poseen.

2.º Ninguna distinción de clase entre ellos.

La "Casa Sollievo della Sofferenza" ha tenido, hasta hoy, la configuración jurídica de una sociedad por acciones, según el Derecho italiano. Se le ha dado esta configuración al nacer la obra con carácter transitorio y durante el período de construcción de los edificios.

Padre santo: A fin de poder dar a la "Casa Sollievo" la sistemática correspondiente a sus finalidades cristianas, el que suscribe le suplica humildemente que tenga a bien conceder su atención soberana a las propuestas siguientes:

a) Confiar la gestión de la "Casa Sollievo della Sofferenza" a la Congregación de la Tercera Orden Franciscana de Santa María de las Gracias, de San Giovanni Rotondo (Foggia), que con estos fines, la administrará siguiendo las normas propuestas en los apartados b) y c). Esta Congregación ha sido erigida en forma orgánica por el P. General, con el consentimiento del Excmo. Sr. obispo de Manfredonia y su personalidad jurídica ha sido reconocida por el presidente de la República italiana por decreto de 20 de junio de 1955.

b) Para efectuar la gestión, siguiendo los fines indicados por el que suscribe, en función de las voluntades piadosas de los donantes y cumpliendo el mandato confiado al abajo firmante por estas voluntades, solicito poder dirigir dicha Congregación en calidad de director —cargo que el firmante ya posee, por decreto del P. General del 15 de agosto de 1954— y, en virtud de su indulto apostólico, conservar dicha función de director durante toda su vida.

c) Realizar las tareas de la gestión mencionada mediante la obra de los Terciarios escogidos entre los miembros de la Tercera Orden indicada, constituidos en comité consultivo (cultural, sanitario, administrativo), guardando para la Tercera Orden las normas estatutarias en las demás actividades que ésta ejerza aparte de la "Casa Sollievo", conforme a los fines declarados en el artículo II de los Estatutos.

d) Ordenar la posición del patrimonio inmobiliario mediante el depósito de las acciones en el Instituto de las Obras de religión con vistas a la consiguiente sucesión intestada y según las indicaciones contenidas en la hoja adjunta.

Por último, os suplico, Santo Padre, que a mi muerte la Sede Apostólica **tenga a bien aceptar como donación los bienes de la Obra "Casa Sollievo della Sofferenza"** y, si es posible, destinarlos a continuar dicha obra.

Arrodillado para besar su santo pie, implora a Su Santidad la bendición apostólica para la Casa, los dirigentes, los enfermos, los que los cuidan espiritual y físicamente y, por último, para mí, su hijo, que ora asiduamente por Su Santidad. Firmado: **P. Pío**, capuchino.»

La hoja adjunta a que se refiere la carta decía así: «El P. Pío de Pietrelcina pide que se le permita depositar en el Instituto de las Obras de Religión, con vistas a la consiguiente sucesión intestada, casi todas las acciones que representan el patrimonio inmobiliario de la sociedad "Casa Sollievo della Sofferenza".

En el momento del depósito, el patrimonio de dicha sociedad será exclusivamente constituido por bienes inmuebles (sin pasivo) efectivamente destinados a una obra religiosa y de caridad.

El balance de la sociedad tendrá la forma muy simple de sociedad inmobiliaria. Este balance, establecido previamente de acuerdo con las oficinas fiscales competentes, se someterá lo antes posible a un examen eventual.

La gestión de los bienes quedará confiada, con reglamentación de derecho y de hecho, a un organismo canónico creado con este fin.

El P. Pío de Pietrelcina pide que las acciones de que se trata se depositen en una cuenta de crédito a nombre del P. Pío de Pietrelcina para la "Casa Sollievo della Sofferenza".

El P. Pío podrá disponer de este depósito con todos los derechos y oportunamente dispondrá de los mismos la Santa Sede.

El firmante precisa además que tiene el propósito de dejar —por un acto regular de última voluntad— a la Santa Sede los valores que pide que se le permitan depositar y los demás valores que estén en depósito en el momento de su muerte o que se hayan establecido después, en la cuenta, de palabra.»

RESPUESTA DEL VATICANO

A dicha carta, la Secretaría de Estado contestó en fecha 4 de abril de 1957, con el siguiente escrito: «Rvdo. Padre: El Augusto Pontífice ha acogido con particular solicitud la devota súplica que Vuestra Paternidad Rvdma. le ha dirigido últimamente llevado de su celo.

En esta súplica y con objeto de dar a la "Casa Sollievo" creada bajo su guía, un régimen jurídico que corresponda a los fines que le han inspirado, habéis indicado de la soberana clemencia de Su Santidad los siguientes favores:

1.º Que la gestión de la "Casa Sollievo della Sofferenza" se confíe a la Congregación de la Tercera Orden franciscana de Santa María de las Gracias, de San Giovanni Rotondo, Congregación revestida de personalidad jurídica en debida forma.

2.º Que Vuestra Paternidad pueda conservar durante toda su vida la función —que ocupa ahora— de director de dicha Congregación y al mismo tiempo servirse para el ejercicio de la gestión de la Casa, de la Obra consultiva de personas expertas que pertenezcan a la Tercera Orden.

3.º Que las acciones que constituyan el patrimonio inmobiliario de la Sociedad "Casa Sollievo della Sofferenza" puedan ser depositadas en el Instituto para las Obras de religión.

Me complace poder informar a Vuestra Paternidad que Su Santidad, habida cuenta de la importancia de la Institución hospitalaria de que se trata y de la nobleza de los fines que se propone alcanzar, se complace en concederle los favores implorados. No obstante, queda entendido que las acciones que se depositarán en el Instituto para las Obras de religión serán inscritas conforme a las normas del Código civil italiano, a nombre del mismo Instituto en la mayor parte y a nombre de otra persona jurídica que el Instituto proponga por lo que respecta a la menor parte.

Por el contrario, en cuanto a los valores y bienes muebles destinados a la conservación de los inmuebles podrá constituirlos como fundación dependiente del Instituto para las Obras de religión, a reserva de establecer un lazo preciso conforme a su propia finalidad.

Por lo que respecta a la propiedad, sea de las acciones, sea de los valores y bienes muebles, no es aconsejable transferirla a la Santa Sede. Eventualmente, Vuestra Paternidad podrá atribuir a la Santa Sede la facultad de dictar disposiciones a este respecto, siempre que lo juzgue necesario u oportuno. Queda asimismo entendido que todos los años se deberá dar cuenta a la Santa Sede de dicha gestión.

El Augusto Pontífice, reconocido a Vuestra Paternidad por las ardientes y asiduas oraciones elevadas por él al cielo, le dirige de todo corazón a usted y a sus colaboradores, a los enfermos y a todos los que prestan asistencia cristiana y caritativa, su bendición apostólica.

Aprovecho gustoso la ocasión para declararme con todo religioso respeto devoto en el Señor.

De Vuestra Paternidad Reverendísima, **SAC Angelo Dell'Acqua**, sustituto.»

De todo lo expuesto se desprende la protección que Pío XII dispuso al santo capuchino y muy especialmente a su obra; esta protección del Pontífice reinante hacia la obra del P. Pío es lo que se desea y espera conseguir de nuevo.

A mayor abundamiento diremos también que con fecha 2 de julio de 1959, fue inaugurada y consagrada la nueva iglesia de San Giovanni Rondo para recibir a los peregrinos que de todos los rincones del orbe iban a ver al P. Pío, y que dicha construcción se llevó a cabo con la expresa autorización del Santo Oficio. La imagen de Nuestra Señora de las Gracias fue coronada por el cardenal Tedeschini. En su discurso el cardenal dijo que San Giovanni podía muy justificadamente cambiar su nombre para llamarse San Giovanni de las Gracias, y lo calificó de «Nuevo Belén».

La verdad es que en aquel momento todo sonreía al P. Pío: La Casa fue ampliada con la satisfacción y la felicitación general; en el Banco del Vaticano se depositaron más de seiscientos millones de dinero sobrante; la nueva basílica fue consagrada; la imagen de la Madonna, coronada con todos los honores y con la máxima solemnidad; el primer Congreso internacional de los grupos de oración se celebró en Catania con sorprendente esplendor y éxito el 12 de septiembre de 1959; toda la prensa se pronunciaba en parabienes y frases de elogio para el P. Pío; todos los obispos de Italia también; y hasta el cielo, con milagros continuos y conversiones espectaculares avalaba la realidad sobrenatural de aquel sorprendente momento.

Para que nada faltase en el cuadro, como una prueba más de predilección divina, la imagen de la Virgen de Fátima llegó en un helicóptero y curó espectacular y milagrosamente al fraile en un 6 de agosto de aquel mismo año.

Los hombres, la Santa Sede y el cielo, aprobaban, bendecían y daban muestras continuas de su conformidad y satisfacción. Y de pronto, ¡paradojas de la vida!, un obispo envidioso decide solo y sin apoyo de nadie poner en marcha la segunda persecución. Y aunque parezca absurdo la persecución se inicia, la persecución crece y todo el edificio se tambalea. Para lograr el derrumbamiento y aparente fracaso de toda esta maravillosa arquitectura bastó con una sola voz. ¡Oh poder de Satanás...!

LA ETIOLOGIA DE TAN EXTRAÑO PROCESO

¿Cómo pudo el P. Pío, en la gloria de su triunfo, con tantos fieles, sacerdotes y príncipes de la Iglesia tras él, manifestándole su fervor y

su ayuda, con la protección del cielo y el valimiento del Papa, llegar a caer en el desprecio de todos, hasta convertirse en un prisionero condenado y perseguido?

La causa original y básica de tan extraño proceso se centró en la necesidad de dinero. La bancarrota que en muchas Ordenes religiosas produjo la quiebra de Juan Bautista Giuffré, desencadenó una situación de angustia económica que solamente podía resolverse a base de lograr, por el camino que fuera, la incautación de los legados, las herencias y las limosnas que diariamente acudían a San Giovanni Rotondo, procedentes de todos los países.

Pero para comprender el desarrollo de este proceso, es indispensable explicar quién era Juan Bautista Giuffré y sobre qué bases había cimentado su negocio.

LA GRAN ESTAFA

En los mismos años en que se levantaba el gran centro hospitalario del P. Pío, nacía paralelamente otra empresa que funcionaba con métodos y medios muy diversos: era la empresa de Juan Bautista Giuffré, un antiguo empleado de Banca, que se hizo célebre bajo el pomposo calificativo de «el banquero de Dios».

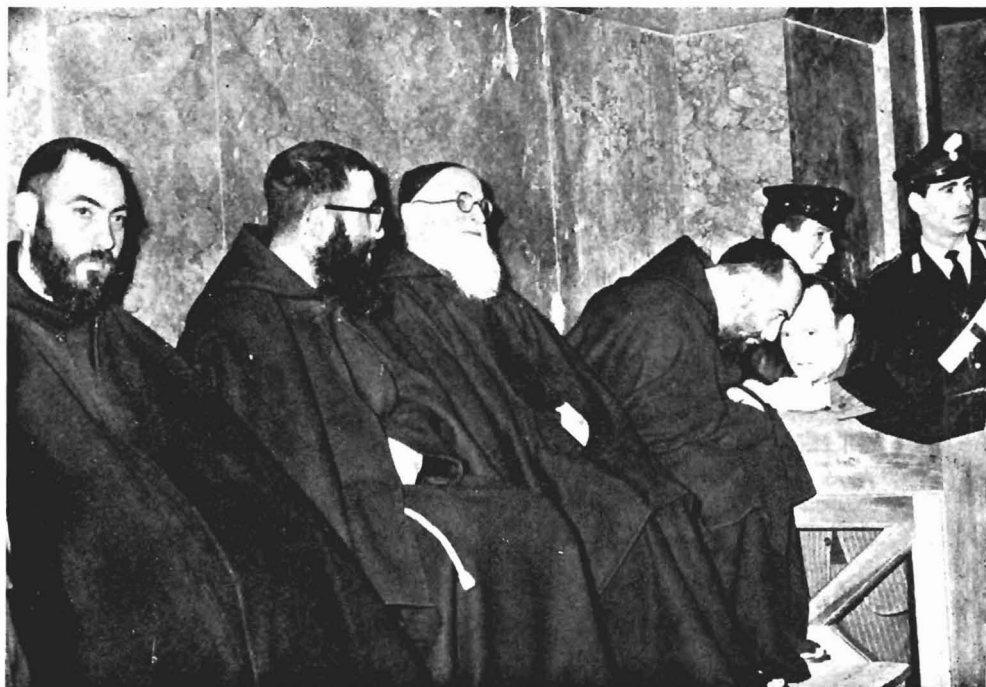
Juan Bautista Giuffré inició a la sombra de los Capuchinos italianos unos turbios negocios de usura. «Presta y dobla» es su oferta y su «slogan» publicitario. La colaboración entre Giuffré y las otras Ordenes religiosas, que siguieron a los Capuchinos, funcionó bajo las siguientes bases:

Los Capuchinos aconsejaban a los fieles que entregasen sus ahorros al «banquero de Dios», quien prometía intereses de muy diferente cifra, según la mayor o menor ambición del presunto cliente. Los intereses normales oscilaban del 5 al 20 %. Pero para corresponder al servicio de protección y recomendación, y ofrecer aquella garantía moral, gracias a la cual la operación de préstamo se hacía posible, Giuffré ofrecía a los representantes de la Iglesia unos porcentajes, a título de comisión, que alcanzaban un 60, un 80 y en ocasiones hasta un 90 % del capital prestado.

Las participaciones son muy diferentes, porque cada caso es distinto. En algunas provincias, para que los frailes sean autorizados a negociar con Giuffré, el provincial exigía un corretaje del 10 %, con cuyo porcentaje concedía el permiso. En este caso, pues, aparte de incurrir en el delito de usura, se rozaba, en el mejor de los casos, el de simonía, pues aquel permiso religioso estaba supeditado al cobro de una participación económica. En números redondos podemos decir, que el mal llamado «banquero de Dios» tenía que hacer honor a su apodo, logrando con sus inversiones verdaderos milagros para que las cuentas le salieran al final.



Juan Bautista Giuffré, el mal llamado "banquero de Dios".



Los frailes de Mazzarino sentados en el banquillo de los acusados.



El obispo Girolamo Bortignon, principal enemigo del P. Pio.

Imola 3 de julio 1957

Don. Sig. Dott. Francesco Baccalà ex Secretario Municipal de S. Giovanni Rotondo.

mi ha fatto pervenire oggi la somma di L. 2.200.000 (dos millones doscientas mil) que passo ad amministrare per un anno rinnovabile, sotto forma di renta anual a favore de las obras de beneficencia.

In fede di quanto sopra, mi sottoscrivo, ossequiando.

Comm. Gian Battista Giuffrè

Viale Dante 8 - IMOLA

«Imola, 3 de julio de 1957. — (Por medio del P. TEOFILO). — Estimado Sr. Dr. FRANCESCO BACCALÀ, hijo de Giuseppe (finado) ex Secretario Municipal de SAN GIOVANNI ROTONDO (Foggia). Me ha hecho llegar hoy la cantidad de 2.200.000 (dos millones doscientas mil) liras, que paso a administrarlas por un año renovable en concepto de renta anual en provecho de obras de beneficencia.

En fe de ello, me suscribo, con atentos saludos. G. Giuffrè, Comm. de Gian Battista Giuffrè. Viale Dante, 8. — IMOLA.»

(dichiarazione) Firenze, 24-4-1958

Comm. Gian Battista Giuffrè M. P. Teófilo Dal Pozzo

Casella Postale n. 2 FIRENZE Provinciale Capuchinos

mi ha fatto pervenire oggi la somma di L. 1.500.000 (un millón quinientas mil) liras, que paso ad administrarlas per un anno a r. a. para las diversas obras, para el doctor Francesco Baccalà, San Giovanni Rotondo.

In fede di quanto sopra, mi sottoscrivo, ossequiando.

«COMM. GIAN BATTISTA GIUFFRÉ. Apartado núm. 2. FLORENCIA. — Muy Rev. P. Teófilo Dal Pozzo, Provincial de los Capuchinos. FLORENCIA.

Florenca, 24-4-58, me ha hecho llegar hoy la cantidad de 1.500.000 (un millón quinientas mil) liras, que paso a administrarlas por un año en concepto de r. a. para las diversas obras, para el doctor Francesco Baccalà, San Giovanni Rotondo.

En fe de lo cual, me suscribo, con atentos saludos, Giuffrè.»



P. Buenaventura de Pavullo, acompañado del P. Aurelio de S. Elia e Pianizi.

Y gracias también por las preces tuyas en la Nochebuena.

Estoy apenado porque creí que se acabaría todo el 21 de diciembre de este año, en cambio el proceso no se celebrará hasta el día 18 de enero de 1962.

Habla bien el Padre Pío, pero yo y mi familia sufrimos por esta dolorosa separación. Y gracias también por esas bendiciones.

Señora, yo hago lo que puedo, yo *entregué a unos ávidos* veintiún mil millones por lo menos y ya ve cómo me han tratado.

Gracias por sus buenas palabras y créame que siento mucho el aplazamiento.

Cuando esté todo arreglado, sé lo que he de hacer, aun conociendo lo que me han hecho.

Las cosas están así. Yo hubiera querido hacerlo mejor.

Ya veremos qué pasa. Le deseo feliz Navidad y buen Año Nuevo. — *J. B. Gualfré.*»

COMENTARIO: La carta reproducida no tiene más interés que el del párrafo de Giuffrè donde éste tacha a los frailes de «ávidos» y confiesa haberles entregado dinero por valor de veintiún mil millones de liras, a pesar de lo cual se portaron mal con él...



*Fotografía de Doménico
Palladino.*

Bologna 20-3-1960

Antichissima del momento del fallimento di G. B. Giuffrè
affirmo che nell'autunno del 1958 mi recai al Lugano
su incarico del P. Donato, segretario del Procuratore dei
P. Cappuccini di Bologna e del P. Mauro da Lugano e del
fratello Gian Franco (quest'ultimo, sposato e con famiglia, fu
di persona per la Ponte Chiasso).

Si recammo da noi, lamento di Cappuccini di Lugano,
non presentammo.

P. Mauro, insieme ad un confratello del locale lamento,
mi indicò che si recò alla Banca Popolare di Lugano,
con alcuni mi sembra di ricordare, recando seco una
→ delega, a firma del Giuffrè con la quale lo si
autorizzava P. Mauro a prelevare la somma di
L. 500.000.000; un'altra delega non presentava la
firma. Entrambi si recarono al deposito designato
con la sigla "G. B." n. 261-262-263. Una terza
delega era in bianco, completamente in bianco,
invece al P. Mauro. Tutte le deleghe furono da
noi personalmente ritirate. Ritornando al convento
di Lugano sul nostro ritorno P. Mauro mi riferì
che il Direttore della Banca aveva rifiutato di
consegnare le somme richieste in quanto la documen-
tazione presentata da P. Mauro, non era sufficientemente
valida. Le somme si erano perse.

P. Mauro mi riferì che fu richiesto per l'altre che
la lettera "G. B." non corrispondeva a quella efflu-
mente e ripartì per il deposito. Mi sembra anche
che della rubrica sulla lettera "G. B." si sia fatta già
parola alla partenza. I numeri miei sarebbe stati
dati e quindi implicitamente lo si attenda di un
deposito.

Ritornammo a Bologna e P. Mauro si recò a recare
fare il fatto al Giuffrè accompagnato da Gian Franco
Rivola. P. Mauro mi riferì poi che Gian Franco si
mantenne a lungo con lui, ma che non si
P. Mauro stesso, al quale poi Giuffrè disse che non si
concordava più la lettera della delega.

[Firma]

Declaración prestada por Afro Gavelli, en la que se
prueba que el Padre Mauro de Grizana fue a
Suiza a recoger quinientos millones de liras de-
positadas allí por Giuffrè.

«Bologna, 20 de marzo de 1960. — Como contesta-
ción al Procurador de la quiebra de Juan Bautista
Giuffrè, afirmo que en el otoño del año 1958 fui a
Lugano (Suiza) por habérmelo pedido el Padre Do-
nato, secretario Provincial de los Padres Capuchinos
de Bologna, acompañando al Padre Mauro de Gri-
zana y a Gianfranco Rivola (como este último no
llevaba pasaporte se quedó en Ponte Chiasso).

Pernocamos en el Convento de los Capuchinos
de Lugano.

Me consta que el Padre Mauro con otro fraile de
aquel convento fue al Banco Popular de Lugano,
por lo menos me parece recordar que éste era el
nombre del Banco, llevando consigo una autorización
firmada por Giuffrè en la que se delegaba al Padre
Mauro para sacar la cantidad de quinientos millones
de liras; otra de las autorizaciones no precisaba la
cantidad. Ambas se referían al depósito designado
con la sigla "G. B. núm. 261-262 y 263". Había
una tercera autorización que se había extendido en
blanco y que iba también a nombre del Padre Mauro.
Las tres autorizaciones fueron comprobadas personal-
mente por mí.

Al volver al Convento de Lugano, hacia al medio-
día, el Padre Mauro me contó que el Director del
Banco se había negado a entregarle las cantidades
que pedía, porque la documentación presentada por
el Padre Mauro no estaba en regla. Según me refirió
el Padre Mauro la sigla "G. B." no correspondía
a la realmente marcada en el depósito. Tengo incluso
idea de que la duda sobre las letras "G. B." se había
suscitado antes de partir. Las cantidades en cambio
debían ser exactas y por consiguiente de forma impli-
cita confirmaba la existencia de la referida cuenta.

Volvimos a Bologna y el Padre Mauro fue a con-
tarle el hecho a Giuffrè, acompañado por Gianfranco
Rivola. — Firmado: Afro Gavelli.»

COMENTARIO: Esta carta autógrafa prueba que
Giuffrè tenía parte de los fondos recaudados a la
sombra de la Orden religiosa de los Capuchinos,
en un Banco de Suiza. Y que en alguna ocasión
había enviado al Padre Mauro, Procurador General
de los Capuchinos en aquella época, acompa-
ñado de Afro Gavelli y de uno de sus hijos
adoptivos, Gianfranco Rivola, para retirar fondos
de dicha cuenta.

También prueba la confianza existente entre
Giuffrè, el depositante de dichos fondos y la
Orden de los Capuchinos, pues las Delegaciones
para la retirada de fondos las daba por triplicado,
una con una cantidad concreta, otra sin cantidad
alguna, y la tercera firmada en blanco. Actuaba
pues, con una ligereza sólo compatible con pensar
que los fondos no eran de Giuffrè, sino de la per-
sona autorizada con tan amplios poderes o en el
mejor de los casos se trataba de un socio con
similares facultades de disposición.

Publicamos otro documento que ratifica la prueba de la existencia en Suiza de un depósito de dinero que por lo menos alcanzaba la cifra de los quinientos millones de liras.

7. GIUNALE DI BOLOGNA

Bologna, li 13 febbraio 1967

OGGETTO: FALLENBORG DI GIOVANNI
BATTISTA GIUFFRÈ

Al L'ILMO SIG. Pratore di
(Svizzera) LUZARNO

Del altro Cavalli, licenziante di Giovanni Battista Giuffrè,
licenziante del 1948, ha dichiarato al Curatore
che nel primo giorno di settembre del 1958, due poliziotti
gli avrebbero presentato presso un Istituto il Credito
di L'ILMO allo scopo di prelevare, per incasso del Giuffrè,
500.000.000, e di lire depositate in un conto che in un
primo tempo sembrava fosse intestato con la sigla "G.B. n.
101-102-103".

In realtà, i due religiosi presentatisi, il suddetto Istituto
per il prelievo del conto, avrebbe comunicato che l'indicazione
numerica era esatta, mentre la lettera G.B. non corrispondeva
a quella della sigla dell'affettiva intestazione.

Uno dei figli adottivi del Giuffrè, Rinaldo Giuffrè, ha
avuto il compito di ricordare che i numeri di intestazione
sarebbero tutti il 25.1.35 e 35.

Tutto ciò che il medesimo Rinaldo Giuffrè, il conto sarebbe
esistito presso l'Italo Guisone o il Credito Guisone, mentre,
a letto delle stesse falliche Giuffrè, l'Istituto depositario
sarebbe il Credito Svizzero.

I numerosi creditori, per ingentissima somma, del Giuffrè,
non hanno per il momento alcuna di partecipare a
un riparto di somme, giacché l'attivo del fallimento non
supera il milione di lire. Però, per conto, la S.V. di
voler accertare, non cortese sollecitudine, e nella forma
e con i mezzi che riterrà più opportuni, presso tutti gli
Istituti di questa città, e segnatamente presso gli
Istituti fratelli del Rinaldo e dello stesso Giuffrè:

1) se esistono o siano esistiti depositi di somme in
qualcuna delle suddette Istituzioni bancarie e
2) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

3) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

4) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

5) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

6) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

7) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

8) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

9) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

10) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

11) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

12) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

13) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

14) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

15) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

16) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

17) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

18) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

19) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

20) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

21) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

22) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

23) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

24) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

25) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

26) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

27) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

28) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

29) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

30) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

31) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

32) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

33) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

34) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

35) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

36) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

37) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

38) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

39) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

40) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

41) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

42) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

43) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

44) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

45) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

46) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

47) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

48) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

49) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

50) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

51) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

52) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

53) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

54) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

55) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

56) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

57) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

58) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

59) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

60) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

61) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

62) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

63) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

64) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

65) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

66) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

67) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

68) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

69) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

70) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

71) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

72) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

73) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

74) se il Giuffrè, Rinaldo, ha avuto o no, in questi
anni, e al fine, depositi in la Soria e Rinaldo
Giuffrè.

COMENTARIO: Este documento sigue demostrando que parte del dinero de la colosal estafa de Giuffrè fue sacado de Italia y depositado en un Banco suizo, del que intentó extraer dinero el P. Mauro de Grizana, portador de tres autorizaciones firmadas por Giuffrè, conforme se relata en el comentario de la fotoconpia anterior.

ANALECTA ORDINIS FR. MIN. CAPUCCINORUM

RELATIO

Reverendissimi P. Clementis a Milwaukee, Ministri Generalis, de statu Ordinis nostri annis 1958 - 1964, lecta in Capitulo Generali (*).

Reverendissimi atque Admodum Reverendi Patres,

Ante annos sex ad Capitulum Generale cum itineris mei socio veniens, in oppido Lapurdensi ad sanctuarium beatae Mariae Virginis constitui. Et quodam die, dum in fine Missae, ad pedes altaris in genua nixus, praescriptas preces recitabam, in pulcherrimam laminam seu imaginem, quae partem anticam altaris ornat, oculos defixi. In ea descriptus erat ille sacrae Scripturae locus, ubi Elias propheta in umbra iuniperi dormiens, ab angelo excitatur et panem subcinericium ad latus suum positum comedere iubetur, « grandis enim, inquit, tibi restat via » (3 Reg. 19, 4-7). Haec angeli verba tunc in mentem revocata animum meum pervaserunt atque anxietate et formidine repleverunt, mihi enim visa sunt quasi praemonitum seu augurium; quod paulo post in electionibus Capituli Generalis verum evasit. Sex anni in ministerio generali Ordinis longa via sunt semper; sed mihi vere affirmare licet, hos ultimos sex annos longissimos vitae meae fuisse. Nescio an Patri Bernardo ab Andermatt illi viginti quattuor anni, quibus Ordinem rexit, tam longi visi sint quam mihi sex hi ultimi anni.

Cuius rei rationem omnibus vobis evidentem esse credo; fuerunt nimirum anni, quibus Deus Ordinem nostrum gravissimis tribulationibus afflictari permisit.

I. - DE PRAECIPUIS ORDINIS TRIBULATIONIBUS

➤ 1. De negotio Giuffrè. Inter has tribulationes recensenda est primo loco diuturna absentia Reverendi Patris Procuratoris Generalis propter infaustum negotium Giuffrè. Re vera e sex annis quinque ab Urbe abfuit, donec tandem ut se munere abdicaret rogatus est. Haec fuit causa cur hoc sexennio minus frequentes visitationes fecerimus; nam ut probe nostis, absente vel deficiente Procuratore Generali, non licet Ministri Generali Roma discedere et diu abesse. Huc accessit quod ex hac

(*) Die 15 mai 1964. — Haec Relatio nota fit tantum sodalibus Ordinis nostri, cum amore et scripta et lecta fuit; res in ea contentae extra Ordinem ne divulgentur.

«Analecta de la Orden de los frailes menores Capuchinos. — Este declaración del P. Clemente de Milwaukee, Ministro General de la Orden en el período comprendido entre los años 1958-64 fue leída en el Capítulo General celebrado el día 15 de mayo de 1964, e iba precedida de la siguiente advertencia:

“Este informe va destinado exclusivamente a los miembros de nuestra Orden, por amor a la cual ha sido escrito y leído. Su contenido no debe divulgarse fuera de la misma.”

Pero el contenido de este informe fue revelado y sirvió para poner de manifiesto una situación bien precisa que viene determinada por las siguientes consideraciones:

1.^a La gran benevolencia con que enjuiciaba el Padre Superior de la Orden, P. Milwaukee, al Procurador General P. Mauro de Grizana, que no está ausente por ausencia voluntaria como daba a entender, sino que había sido depuesto por la Santa Sede.

2.^a La amargura que manifiestan ante el dinero perdido por el negocio Giuffrè, sin hacer alusión ni

ocasión ingentem pecuniae summam solvere coacti sumus. Nam etsi verum est, illius negotiationis periculum non Ordinem universum sed aliquot Provincias singillatim in se suscepisse, tamen debita Curia Generalis solvere debuit, quo factum est ut ad eversionem et ruinam oeconomicam pene redacti fuerimus. Provinciae Ordinis quae minimum aes alienum contraxerant, Curiae totum debitum rependerunt; illae vero Provinciae quae se maximo aere alieno gravaverant, debitum suum Curiae reddere noluerunt, obicientes illam exactionem seu litem intentatam non esse iustam, et quamvis esset iusta, Provinciam solvendo parem non esse. Neque ullum conatum fecerunt ad partem saltem aliquam summae debitae nobis resarcendam. Nunquam autem venit nobis in mentem, ab aliis Ordinis Provinciis opem emendicare, ut nos immenso hoc aere alieno liberaremus. Toto hoc negotio facultates nostrae pecuniariae ita imminutae sunt, ut aliquot Provincias indigentes adiuvari non potuerimus quantum libenter fecissemus.

Ut Reverendo Patri Mauro quod debetur tribuamus, fateri debemus eum omnia haec incommoda ut perfectum religiosum, ut sanctum pertulisse. Et non meo solius sed etiam totius Definitorii nomine asseverare possum, nos Patrem Maurum plurimi facere et in maxima exstimatione habere.

➤ 2. De Provincia Fodiensi. Cum hoc negotio Giuffrè conexas est aliquo modo, si non per se at certe per hominum malevolorum invidiam, quaestio de Provincia nostra Fodiensi. Qua in re si Provinciam illam et maxime conventum loci San Giovanni Rotondo non ordinarias difficultates nobis attulisse dicamus, parum dicimus, nedum rem ipsis exaggeremus et verbis augeamus. Veruntamen, quaestio ita implicata est et intricata, ut hoc loco a nobis enodari et explicari et extricari minime possit. Eo magis quod ea quae ad rem penitus intellegendam dicenda essent, ea ipsa divulgare nobis non licet. Id unum scire satis sit: nos omnia quae sive erga universam Provinciam sive erga singulos Fratres egimus, sciente immo saepius iubente ecclesiastica auctoritate fecisse. Nunc in illa Provincia Administrator Apostolicus est constitutus. In eo nunc res est.

3. De Fratribus Mazarinensibus. Fuit hoc sexennio alius eventus, qui non minorem perturbationem excitavit, cuiusque fama omnibus modis, verbis, scriptis, imaginibus luce expressis in universum terrarum orbem diffusa est atque certe non ad maiorem gloriam Ordinis nostri: causam dicimus Fratrum nostrorum Mazarinensium. Quae

quejarse de que la pérdida había sido consecuencia de unas inversiones que implicaban el haber violado vergonzosamente las reglas de la Orden e incluso disposiciones del Código Penal, donde se condena la usura; y 3.^a La hostilidad hacia San Giovanni Rotondo, con cuyo nombre se aludía al P. Pío, al que consideran causante de tantos males, sancionando con esta declaración cuanto se había hecho y se seguía haciendo contra el humilde capuchino durante esta segunda persecución.

Pero conviene transcribir el documento al pie de la letra a fin de que el lector juzgue por sí mismo:

«Reverendísimos y honorabilísimos Padres: Hace seis años venía con un compañero al Capítulo General cuando me paré en Lourdes, cerca del Santuario de la Santísima Virgen. Un día, mientras rezaba de rodillas, al final de la misa, las oraciones prescritas, fijé los ojos en la imagen que adornaba la parte antigua del altar, donde se había grabado aquel pasaje del Evangelio en el que el Profeta

Elías, durmiendo a la sombra del enebro, fue despertado por un ángel que le mandó comiera pan cocido bajo la ceniza, "porque —le dijo— te queda mucho camino por andar"».

Estas palabras del ángel, que me vinieron entonces a la mente, me llenaron de miedo y fueron interpretadas por mí como una amonestación y como un anuncio, y ambas cosas resultaron ciertas al ser elegido en el Capítulo General. Seis años en este ministerio de Superior General representan un camino largo; es más, puedo aseguráros que los últimos seis años de mi vida han resultado larguísimo para mí. Ignoro si al P. Bernardo de Andermatt, aquellos veinticuatro años durante los cuales gobernó la Orden le resultarían tan largos y penosos como para mí han resultado estos seis últimos años.

Creo que a todos vosotros os resultará evidente la razón de cuanto digo, pues me estoy refiriendo a los años durante los cuales Dios ha permitido que nuestra Orden fuese afligida por gravísimas tribulaciones.

Principales tribulaciones de la Orden: 1.^a *El asunto Giuffré.*— Entre las tribulaciones padecidas la primera es la ausencia del Rvdo. P. Procurador General por el infame caso de Giuffré, porque de los seis años últimos, cinco los pasó fuera de Roma hasta que se le rogó dejara el cargo que ostentaba. A esta causa se debe que durante estos seis últimos años hayamos visitado menos frecuentemente las Casas de la Orden. Ya sabéis que estando ausente el Procurador General, no puede el Superior alejarse de Roma ni estar mucho tiempo fuera de ella.

A esto se añade el hecho de que por las circunstancias Giuffré fuimos obligados a pagar una enorme cantidad de dinero y aunque es cierto que las consecuencias de aquel caso no afectan a toda la Orden sino a algunas provincias en particular, sin embargo la Curia Generalicia ha tenido que satisfacer deudas por un importe que nos ha llevado a la ruina, en una palabra, al mayor desastre económico imaginable. Las provincias de la Orden que habían contraído menos deudas pagaron toda la Curia, pero por el contrario aquellas provincias que habían sido gravadas con más deudas se negaron a satisfacer cantidad alguna, alegando que aquella causa no era justa y, aunque lo hubiese sido, la provincia al pagar no quedaba igualada. Y ni siquiera hicieron tentativa ni propósito alguno de pagar ni por nuestra mente pasó tampoco la idea de pedir una subvención suplementaria a las otras provincias para librarnos de esta inmensa catástrofe. A causa, pues, del caso Giuffré nuestras posibilidades financieras han disminuido tanto que no hemos podido ni siquiera prestar nuestro apoyo a las provincias pobres como hubiera sido nuestro deseo.

Para reconocer al Rvdo. P. Procurador General sus méritos debemos confesar que él ha sobrellevado todas estas dificultades como un perfecto religioso, como un santo, y no sólo en mi nombre, sino en nombre de todo el Definitorio debemos asegurar que estimamos muchísimo al P. Mauro y lo tenemos en la más grande consideración.

2.^a *Sobre la provincia de Foggia.*— Con el caso Giuffré ha quedado ligada la provincia de Foggia,

si no por sí misma, sí por la envidia de hombres malvados. En consecuencia si decimos que aquella provincia y especialmente el Convento de San Giovanni Rotondo ha causado dificultades fuera de lo normal. Y no exageramos diciendo esto porque la cuestión es tan complicada que no puede ni debe ser explicada y desentrañada, y especialmente estando bajo la obligación de no divulgar las mismas cosas que debieran decirse para comprender bien todo y calar hasta el fondo.

Os debe ser suficiente saber esto: Nosotros hemos hecho cuanto hicimos *guiados y hasta obligados por la autoridad eclesiástica*, todo cuando se refería a la provincia entera y a cada uno de los frailes en particular.

Ahora para aquella provincia ha sido enviado un Administrador Apostólico (se refería al P. Clemente de Santa Maria in Punta). Las cosas ya dependen de él.

3.^a *El caso de los frailes de Mazzarino.*— Durante estos seis años tuvo lugar otro acontecimiento que suscitó gran turbación y cuyos hechos han sido difundidos de todas formas con palabras, con escritos y con fotografías por el mundo entero y ciertamente no en favor nuestro. Me refiero al caso de nuestros Hnos. de Mazzarino. Esta causa no ha sido ultimada por completo. Los Hermanos en el juicio de primera instancia fueron absueltos, en la segunda instancia condenados, y ahora esperamos la sentencia del Tribunal Supremo donde serán definitivamente condenados o absueltos. Esperemos que la verdad prevalezca ante todo y la justicia resplandezca. Compadecemos y rezamos por los Hermanos que tanto han sufrido y confiamos en que todo acabe bien y que los sufrimientos pasados sean fuente de merecimiento no solamente para ellos, sino también para toda la provincia y en general para toda la Orden Capuchina.»

COMENTARIO: El discurso del Superior General no tiene desperdicio. Reconoce los seis años de descrédito y de problemas y sufrimientos que ha padecido la Orden durante su mandato y alega como motivo de sus tormentos tres hechos.

1.^o El caso Giuffré, una estafa que a la sombra de un testaferro, un simple empleado de Banca al que calificaron los religiosos de la Orden nada menos que de «banquero de Dios», llevó a la ruina a cientos de familias, como consecuencia de un tinglado respaldado por los Capuchinos y orientado en su provecho; un tinglado que consistía no en arriesgados negocios especulativos, sino en la práctica simple y llana de la usura en alto grado, con porcentajes de intereses que llegaban en ocasiones al 90 %. A través de este procedimiento cuantos confiaron en la Orden fueron estafados y la Santa Sede obligó a la Curia Generalicia, responsable del tinglado, a pagar deudas por cantidades incalculables, lo que no pudieron conseguir. Según Giuffré, el importe de lo entregado por él a los frailes alcanzaba la cifra de los veintiún mil millones de liras. Cientos de familias quedaron arruinadas, los capuchinos que habían invertido su

dinero en el negocio parece que también (en una gran parte al menos) y la Orden quedó comprometida en hechos delictivos que entraban de lleno en el Código penal.

2.º Como consecuencia de lo anterior, el caso del P. Pio, que se negaba a entregar a sus Superiores el dinero que recibía de donantes de todo el mundo con destino a la Casa Alivio del Sufrimiento, Fundación que tenía un fin específico, por lo que disponer de esos fondos para pagar las deudas dimanantes del caso Giuffré representaba una traición y un delito de hurto incompatible con la conciencia de un religioso fiel a su misión y a sus deberes de sacerdote.

3.º Los frailes de Mazzarino, acusados de haberse implicado en una banda para raptar personas y exigir el rescate a través de los confesarios. Estas prácticas de gangsterismo se complicaron con dos asesinatos. Los Padres alegaban que no eran los autores del hecho, sino simples irresponsables, porque actuaban obligados bajo amenaza de muerte. Pero el Tribunal acabó condenando a los frailes y las fotografías de los cuatro responsables sentados en el banquillo de los acusados, con sus hábitos y sus largas barbas, se publicaron en toda la prensa de Italia y del extranjero. Con razón decía el P. Superior que aquella difusión no había favorecido en nada al buen nombre de la Orden.

Declaración en el proceso Giuffré del P. Guido Farne, capuchino.

VERBALE
DI ISTRUZIONE SOMMARIA
Art. 289 e seg. Ord. di proc. pen.



L'atto di interrogatorio del testato il giorno 6
del mese di Marzo in Luigi
Avanti di Noi _____
(1) _____
assistiti dal sottoscritto (2) _____
È comparso Farne Guido nato a S. Giovanni in Perocco il 2/11/1908.
D.R.
Alleg' sopra un fatto lo cui si procede
con interesse della raccolta di fondi
per le missioni del sud.
Diede, in una sola volta, l'3.000.000
al Giuffré con l'intento che me
avere soltanto l'interesse per la mia
parte del 60%.
Alleg' sopra che
bellamente il Giuffré non aveva
del l. 900.000.
Fui io stesso a ricevere del Giuffré
al Banco di S. Andrea e di
avere avuto in mano da vari
Banche.
P. S.
Il p. S. Farne
Guido Farne

(1) Procuratore della Repubblica o Fiscale.
(2) Cancelliere o Segretario.

Form. 10 - Mod. 6 e 7 L. 120

«En la época de los sucesos por los que se instruyó el proceso, se interesaba por la recaudación de fondos para las misiones en el extranjero.

En una ocasión di a Giuffré de una sola vez tres millones de liras, acordando que yo cobraría los intereses a razón del 60 %. Cuando se produjo la quiebra Giuffré, recuperé novecientas mil liras. Yo mismo fui a visitar a Giuffré que se encontraba en Imola. Los tres millones los recibí de varios Bancos.»

COMENTARIO: En esta declaración del capuchino P. Guido Farne en el proceso reconoce el declarante que había obtenido préstamos a un interés normal de varios Bancos y que el importe de los mismos los prestaba a Giuffré al interés del 60 %. ¿Tal prueba no constituye la prueba más clara de un nefasto negocio de usura en grado máximo? Sin correr riesgo alguno, el franciscano obtiene dinero ajeno para un fin piadoso, las misiones extranjeras, y lo invierte en un contrato usurario al 60 % de interés.



Monseñor Girolamo Bortignon, obispo de Padua, con monseñor Agostino Bellato, arcipreste de Montagnana.

Fotocopia del escrito que Juan Bautista Giuffré presentó ante el Juez Instructor de la quiebra, Dr. Falqui Massida, solicitando en atención a razones de salud que le dejara permanecer en determinada Residencia.

A todo esto se agrega el artículo del P. Provincial, el P. Teodosio, que hizo publicar en "Oggi" y cuya razón no comprendo (número 31 del 3 de agosto de 1961). El título del artículo era el de "Giuffré".



«El infrascrito Juan Bautista Giuffré, declarado en quiebra durante los primeros meses de 1959, declara que según el transcrito certificado médico que adjunta, las condiciones de salud en este último período se agravaron de improviso de manera que le hicieron temer por su vida.

Ahora, convaleciente, continúo afligido de un trastorno cardíaco, que desgraciadamente no se normalizará en breve. ¡Si pudiera recobrar mi salud pronto!

Ante su sagaz juicio voy a someter a su criterio que hice visitar la casa de la calle de Viaria, número 1, en Castel San Pietro Terme (corresponde al Convento de los Capuchinos), que se había pensado para mi futura residencia, pues está en el pueblo donde nací yo y mi esposa; pero no se realizaron en la Casa los trabajos necesarios para hacerla habitable, como lo esperaba (diciembre 1949). Tal vez los frailes sigan esperando mis "milagros". Así no se me puede dar el auxilio que ahora necesito debido también al hecho de que los frailes ahora están lejos.

El "Oggi" se pierde en inútiles pequeneces. Ayer trataba de sacar las utilidades del 10 % de las operaciones activas del Secretariado provincial, de operaciones que concernían a los frailes, a los parientes y a los clientes de los frailes.

En consideración de todo lo expuesto y dadas todas mis condiciones de salud tengo la osadía de solicitar el permiso de quedarme en el "Carmine", cerca del Instituto Artigialelli, que dirige D. Giulio Minardi, al menos durante el tiempo en que pueda darme hospedaje.

Se lo agradezco mucho, perdone la larga carta que no quería hacer y perdone también la molestia.

Le saluda muy atentamente, GIUFFRÉ.»

COMENTARIO: Lo interesante de esta carta es la manifestación del propio Giuffré reconociendo que el P. Provincial, por autorizar a los frailes, a los parientes y a los clientes de los frailes a operar con Giuffré les cobraba una participación del

10 % en concepto de comisión. Este porcentaje por vender el permiso de practicar la usura reviste, a nuestro entender, la figura de otro delito mayor, la simonía.

Una operación normal con Giuffré, salvo en casos excepcionales que llegaban al 90 y hasta el 100 por cien de interés, se formalizaba sobre la siguiente participación de beneficios: un 10 % al Provincial y un 60 % a distribuir entre el cliente que daba el dinero (que por lo general percibía el 10 %) y los frailes que lo proporcionaban, que se quedaban con el resto para «obras de religión».

ni una lira se me entregó a título de venta o de interés, y, además, no obtuve en restitución tampoco el capital, a pesar de que se interesó por mí el sobredicho capuchino. I. C. S. Tirri Libero.»

COMENTARIO: Torri Libero tenía confianza en los capuchinos y la fe y devoción que le despertaba le llevó a entregar sus ahorros, por indicación del P. Piergrisologo, al «banquero de Dios»; la entrega se hizo con muestras de plena confianza y generosidad, sin acordar previamente el interés que le darían. Giuffré se hizo cargo del depósito y ni devolvió el capital ni pagó los intereses. A partir de ese momento el Sr. Libero ha perdido, con su dinero, la fe en la Orden.

Verbale d'istruzione sommaria

L'anno millenovecentosessantatré il giorno 17
del mese di Gennaio alle ore otto
in Pretura di Cesera
Avanti di Noi Dott. (1) Dino Dini Pretore
assistito dal sottoscritto (2) cancelliere.
E' comparso:
Torri Libero di anni 55 residente a Cesenatico
Via Mazzoni, 7
I. P.
«Sottoscrivente negli ultimi tempi e cioè poco
tempo prima della scoperta del cosiddetto scandalo
Giuffré, versai al P. Pío de Pietrelcina, S. I. 1.000.000 - tramite
Padre Piergrisologo - al tempo superiore del Con-
vento Capuchini di Cesenatico. Non ho mai saputo
quali utili avrei potuto trarne e, preciso,
ricevere una lira mi fu corrisposta a titolo di utile
di interesse, e non ebbi in restituzione neppure il
capitale, in quanto al interesse aggiunto il
congresso sopralocalizzato»
Il Cancelliere *Torri Libero* Il Pretore *Dini*

(1) Procuratore della Repubblica
o Pretore.
(2) Cancelliere o Segretario.

«ACTA DE INSTRUCCION SUMARIA. — El año 1963 ... el día 17 ... del mes de enero ... en las horas de la mañana en el Juzgado de Cesera ... Ante nosotros Dr. Dino Dini Juez ... asistido por el infrascrito Canciller ... Compareció Torri Libero de 55 años de edad, domiciliado en Cesenatico, calle de Mazzoni, 7. I. P.

En efecto, en los últimos tiempos, esto es, poco antes de que estallara el escándalo Giuffré, entregué a Giuffré £ 1.000.000 por medio del P. Piergrisologo, en aquel tiempo Superior del Convento de los Capuchinos de Cesenatico. Nunca supe qué rendimiento podía sacar de dicha cantidad y, puntualizo,

Pietro Libero
«Ho dato la protezione particolare
del P. Pío de Pietrelcina, S. I. 1.000.000
e così ho ricevuto il capitale e gli interessi
e ho fatto tutto ciò che ho potuto
per me e per gli altri
V. P. de Pietrelcina
Am. Giuffré
per me e per gli altri
V. P. de Pietrelcina
P. Pío de Pietrelcina
S. I. 1.000.000
e così ho ricevuto il capitale e gli interessi
e ho fatto tutto ciò che ho potuto
per me e per gli altri
V. P. de Pietrelcina

«Muy señor mío: Por la protección particular del P. Pío de Pietrelcina, yo también he tenido mi milagro, el cual he de callar. Entretanto envíeme los datos de lo que en su tiempo Vd. entregó o recibió.

Saludos atentos, Juan Bautista Giuffré.»

COMENTARIO: La carta da a entender que Giuffré no era en sí una mala persona, sino más bien un ingenuo manejado por alguien. A sus clientes les tenía que pedir datos de lo que le prestaron y de lo que recibieron, pues lo ignoraba todo.

ESAME DI TESTIMONIO
senza giuramento

Affollazione N.° 41

Anticipata L. 11 Segretario

L'anno millesimocentesimoquarantasei 46 al giorno 9 del mese di Settembre alle ore 12 in Piacenza.
Avanti di Noi Dott. Renzo Lotti Procuratore della Repubblica presso il Tribunale di Piacenza, assistiti dal sottoscritto segretario.

È comparso il testimone seguito dal romanissimo assistito, a mente dell'art. 357 del cod. proc. pen. l'obbligo di dire tutta la verità nullaltro che la verità, e la pena stabilita contro i colpevoli di falso testimonio.

Interrogato quindi sulle sue generalità, esso risponde:

Sono e mi chiamo Fantoni padre Angelo (padre Terenzio), di anni 48, abito in Parma Farmine, 53, Piacenza.

D. R.

Preso che io sono stato dal settembre 1955 all'agosto del 1958, superiore del Convento Padre Minieri Capuchini di Piacenza.

Nella stessa periodo la visita da Carin di Padre Provinciale e Padre Emilio che allora si trovava nel Convento di Parma ed ora si trova in Parma nel Convento di Salsomaggiore.

Cio premesso, faccio presente che all'inizio del 1956 si era indispensabile procedere ad un supplemento dei fondi del convento di Trinova, di cui ero Superiore.

Per i fondi necessari, io mi recai, prima anzitutto, a Parma e Parma.

Banche di Piacenza e precisamente: alla Cassa di Risparmio e al Banco Ambrosiano. Dalle due predette banche, dissi un milione complessivo di 16 milioni che mi vennero versati in tempi diversi. E sostanzialmente alla Cassa di Risparmio mi versarono un milione di 14 milioni e al Banco Ambrosiano un milione di 2 milioni. Posto meglio che le banche predette delle somme in questione bruttamente a titolo di interessi, da pagamenti anticipati, una somma di quattrocento di piacenza di lire che non so precisare. Una volta ricevuto i due milioni, securit degli interessi, in giugno agli storici una somma di circa un milione, prelevando da cauzione e donazioni, e cauzione il tutto al Superiore Provinciale fratelli fratelli all'amministrazione il tutto il tutto nel corso della disposizione dei lavori da effettuare nel Convento di Piacenza.

Io non so esattamente dove, come si è stata amministrata tale somma. Però ritengo che per quel che ha affare dalla Stessa Superiore Provinciale, che una parte della somma in questione, insieme ad altre somme prelevate da cauzione di donazioni, venne dal Superiore Provinciale comunicata al Giuffrè, che offrì alla condizione favorevole e preziosamente degli interessi in misura che non so indicare, ma comunque superiore al venti per cento.

Sotto la cauzione di tale somma al Superiore Provinciale, in Piacenza, che non so indicare il convento, che forse esprimo l'idea di donazioni di fratelli, che venne data dal Superiore Provinciale.

Fantoni, padre Angelo

En los documentos reproducidos en esta misma página el P. Angelo Fantoni (como religioso el Padre Terenzio), declara entre otras cosas:

«Puntualizo que yo fui, desde el mes de setiembre de 1955 hasta el mes de agosto de 1958, Superior en el Convento de los Frailes Menores Capuchinos de Piacenza. En el mismo período cubría el cargo de "Padre Provincial" el P. Emilio Cecchino, que entonces se hallaba en el Convento de Parma y ahora, en cambio, en el Convento de Salsomaggiore. Considerado esto, recuerdo que a principio de 1956 fue necesario ampliar las salas del Convento de Piacenza, del que yo era el Superior. Para los fondos necesarios me dirigí, después de recibir autorización, a dos Bancos de Piacenza, esto es: a la Caja de Ahorros y el Banco Ambrosiano. De los sobredichos Bancos obtuve unos préstamos que arrojaban un total de 16 millones de liras, que me entregaron en diferentes períodos. Exactamente la Caja de Ahorros me concedió un préstamo de 14 millones y el Banco Ambrosiano otro de 2 millones. Ambos

Bancos, de dichas sumas, dedujeron a título de intereses, que habían de pagarse anticipadamente, una cantidad que correspondía a varios miles de liras y que no sé precisar.

Una vez cobré los dos préstamos, menos los intereses correspondientes, yo agregué a los mismos una cantidad, alrededor de un millón, que procedía de limosnas y ofertas. Lo entregué todo al Superior Provincial para que administrase el total de la cantidad durante la ejecución de los trabajos en el Convento de Piacenza.

Yo no puedo decir exactamente de qué manera fue administrado dicho capital. Puedo sólo decir, por lo que supe del mismo Superior Provincial, que una parte del dinero, con otras cantidades que procedían de varios Conventos, fue entregada por el Superior a Giuffrè, que ofrecía condiciones favorables, o mejor un interés cuya medida no estoy en condiciones de indicar, pero que puedo asegurar era superior al veinte por ciento.»

25 Novembre 1958

Ilmo Signore
Comm. G. A. T. GIUFFRÉ
S. P. M.

Illmo Signor Commendatore,
Mentre, conforme a sua lettera del 30 u.s., sto provvedendo a raccogliere le posizioni della Provincia, dei variati, dei singoli Religiosi e di quanti altri a io stesso sono entrati nella Amministrazione, vengo colla presente a scongiurarla per la sistemazione di un caso gravissimo ed urgentissimo, che potrebbe avere, se non sistemato, conseguenze gravi e dolorose ripercussioni morali nei miei riguardi, pur non avendo io alcuna responsabilità morale.

Si tratta del Signor BACCALA' Dr. FRANCESCO di Via Ferrantelli 1 di S. Giovanni Rotondo (Foggia).

Per gli esami di Laurea in Legge del figlio e la sistemazione della Figlia ha incontrato spese ingenti, contava sui contributi dei depositi fatti e in mancanza di questi, almeno nella proporzione attesa, ha fatto debiti firmando cambiali e rendendo prestiti.

Ora ai primi di Dicembre scadevano le cambiali e i prestiti, per l'importo totale di L. 1.500.000 (un milione e cinquecento mila lire). Si tratta di una famiglia spacciata ed esausta, che non può sopportare i protesti e denunce... per questo la Figlia è in terribile pena e succedono ogni giorno scontri familiari.

I creditori del Dr. Baccalà minacciano querelarlo per truffa e lei capisce le conseguenze terribili.

Nella Sua grande bontà e comprensione, di cui serbo e serberò eterna memoria, mi faccia questa carità e mi tolga da questa angustia terribile.

Sono lieto dirle, nella circostanza, che nei vari interrogatori fatti dalla Tribuna non sono mai risultati le sue magnanimità e beneficenza per noi.

Ciò posto, Le espongo le posizioni del Dr. Baccalà, conformi ai documenti autentici:

1°) DEPOSITI F. T. T. - In data 3 Luglio 1957 L. 2.200.000
In data 24 Aprile 1958 L. 1.500.000
Totale L. 3.700.000

«CURIA PROVINCIAL de los FF. MM. CAPUCHINOS de Toscana. FLORENCIA. — 25 de noviembre de 1958. — Ilmo. Señor Comm. GIAM-BATTISTA GIUFFRÉ. Entrega a mano.

Ilmo. Señor Comendador: Mientras, de conformidad con su carta del 30 p. pdo., me estoy encargando de reunir las posiciones de la Provincia, de los Conventos, de cada Religioso y de cuantos más por mi medio han entrado en esa Administración, por la presente suplico a Vd. haga lo posible por arreglar un caso gravísimo y urgentísimo, que podría acarrear, de no resolverlo, consecuencias graves, y dolorosas repercusiones para conmigo, aun no teniendo yo responsabilidad moral alguna.

Trátase del señor Dr. FRANCESCO BACCALA, Via Ferrantelli, 1, San Giovanni Rotondo (Foggia).

Con motivo de los exámenes de Doctorado en Leyes de su hijo y a fin de acomodar a su hija se vio agobiado con gastos ingentes. Contaba con las aportaciones de los depósitos hechos y a falta de ellas, al menos en la proporción que esperaba, ha contraído deudas firmando pagarés y tomando préstamos.

Ahora, a comienzos de diciembre, vencen tanto los pagarés como los préstamos, por el importe total de L. 1.500.000 (un millón quinientas mil liras).

Trátase de una familia pobre y honrada, que no puede exponerse a protestas o denuncias... Por ello la familia está terriblemente apenada y hay cada día altercados familiares.

Los acreedores del Dr. Baccalá amenazan con demandarlo por estafa y comprenda Vd. las consecuencias tan angustiosas que se avecinan.

Por su gran bondad y comprensión, de las que guardo y guardaré eterna memoria, hágame esta caridad y quíteme de esta angustia irresistible.

Gustosamente le digo, en esta circunstancia, que en los varios interrogatorios por parte de la Policía Tributaria, siempre puse de relieve la magnanimidad y beneficencia de Vd. para con nosotros.

Con tal premiso, le expongo las posiciones del Dr. Baccalá, de acuerdo a documentos auténticos:

Depósitos efectuados:

el 3 de julio de 1957: L. 2.200.000

el 24 de julio de 1958: L. 1.500.000

Total L. 3.700.00

Con mis respetos,

P. TEOFILO.»

COMENTARIO. El P. Teófilo, que había recomendado al Sr. Baccalá resolviere sus necesidades familiares tomando a préstamo dinero para entregárselo a Giuffré, que le garantizaba doblar la cantidad en corto plazo, le escribe a éste relatando lo angustioso de la situación por que atravesaba su cliente. La verdad es que no tuvo respuesta. Baccalá se vio arruinado y el disgusto le costó la vida. Su viuda no pudo tampoco resolver el problema y la familia quedó deshecha y en total bancarrota.

Allegato N. 1

Procura della Repubblica di Siracusa

VERBALE DI ISTRUZIONE SOMMARIA
(Art. 389 e segg. Codice di procedura penale)

L'anno millesessantatré il giorno 29
del mese di gennaio in Siracusa
Avanti noi Dr. L. Gervasi
Procuratore della Repubblica, assistito dal Segretario sostituto e compare:
P. D'Agira Sebastiano, Presso Prati Minori Cappuccini, Siracusa
D.N.

Nel 1956 rappresentavo la locale Curia provinciale ed era mia intenzione di costruirvi un seminario a Gela. Ma ritenevo che la Curia non avesse denaro sufficiente. Trovandomi a parlare con il confratello P. Mauro da Grizzano (Bologna) gli esposi la questione ossia che la Curia non aveva denaro sufficiente per realizzare un Seminario a Gela ed allora P. Mauro mi rispose che vi era un modo per fare aumentare le disponibilità di cassa. Mi disse che un certo sig. Giuffrè O. Battista da Imola aveva fatto ricche elemosine alla Curia di Grizzano tanto da consentire la realizzazione di alcune opere, quindi chiesi per forti somme che gli venivano date da amministrare e che poi restituiva. Non si poteva parlare di mutui e di interessi perchè il Giuffrè faceva elemosine anche indipendentemente di versamenti di somme in suo favore. Le somme gli venivano affidate perchè le amministrasse, ma non so in che cosa consistesse questa amministrazione. Le presi informazioni, le quali risultarono ottime. Fu così che mi decisi ad andarlo a trovare ad Imola a pregarlo di amministrare del denaro della Curia. In diverse soluzioni gli consegnai la somma di 42 milioni. Dal 1957-58. Successivamente il Giuffrè ha restituito in due o tre rami completivamente 12.000 milioni, restituito il resto di 30.000 milioni. Poiché cominciò a tergiversare in ordine alla restituzione delle somme, inviai ad Imola P. Alberto, il quale non riuscì a trovare il Giuffrè.

L.G.S.

Procura de la República de Siracusa.
Instrucción verbal del Sumario. Artículo 389 y siguientes del Código de Instrucción Penal.

El año 1963, el día 29 del mes de enero en Siracusa, delante del Dr. M. Bass, Procurador de la República, asistido del abajo firmante secretario ha comparecido el P. Sebastián D'Agira, que reside en el

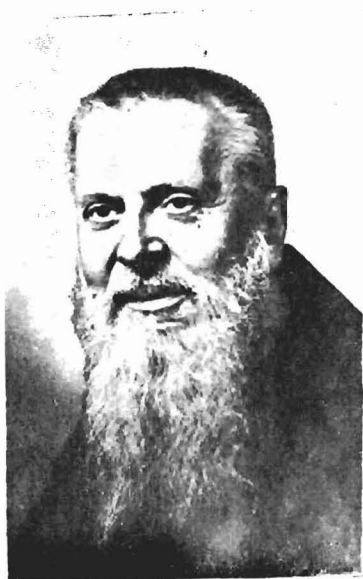
Convento de los frailes menores de Siracusa y a nuestras preguntas contesta: En 1956 representaba a la Curia Provincial local y era mi intención construir un Seminario en Gela y sabía que la Curia no tendría dinero suficiente. Encontrándome con el Hermano P. Mauro de Grizzano (Bologna), le expuse la cuestión, o sea que la Curia Provincial no tenía dinero suficiente para edificar el seminario de Gela, y entonces el P. Mauro me contestó que había una manera de aumentar las disponibilidades de la Casa. Me dijo que un cierto Sr. Giuffrè, natural de Imola, había hecho grandes limosnas a la Curia de Grizzano, en tal cantidad, que había permitido la realización de algunas obras y esto por recompensa de grandes cantidades de dinero que se le daban a administrar y que luego restituía. No se podía hablar de préstamos y de intereses, porque Giuffrè hacía limosnas también independientes a las entregas de dinero.

Las cantidades que se le entregaban para que las administrase, pero no sé en qué pudiera consistir esta administración. Me informé y las informaciones resultaron óptimas, y por esto me decidí a ir a encontrarlo a Imola y proponerle que administrase el dinero de la Curia. En varias ocasiones le entregué la cantidad de cuarenta y dos millones. Esto fue en los años 1957-58. Sucesivamente Giuffrè ha restituido en dos o en tres veces un total de doce millones de liras, quedando deudor de otros treinta millones. Cuando empezó a tergiversarse en orden a la restitución de la cantidad envié a Imola al P. Alberto, el cual no consiguió encontrar a Giuffrè.

Leído, confirmado y rubricado.

SEBASTIAN D'AGIRA.

COMENTARIO: De esta declaración se desprende que el Procurador General, P. Mauro, le indica al representante de la Curia Provincial local, que no tiene dinero suficiente para construir un Seminario en Gela, la manera de hacerse con dinero fácilmente. Con vista a disimular la usura, lo califican en esta declaración de «las limosnas independientes» que hacía Giuffrè al servicio de la caridad. El Padre entrega por indicación del Procurador General cuarenta millones de los que sólo recupera doce.



Padre Clemente de Milwaukee



*P. Giustino de Lecce y
P. Daniele de Roma.*



Solamente durante el tiempo de la Consagración en la Misa, se quita los mitones el P. Pío, y las llagas, a veces, se quedan al descubierto.

Borrador autógrafo del P. Pío con la redacción del texto para el recordatorio llamado a conmemorar el cincuentenario de su vida religiosa: Cincuenta años de vida religiosa.

Cincuenta años clavado en la cruz.

Cincuenta años de fuego devorador.

Por Ti, Señor, por los que Tú rescataste.

¿Qué más desea mi alma?

Sino conducir todos a Ti, Señor.

Y paciente esperar que este fuego devorador

encienda todas mis entrañas

en el «cupio dissolvi»,

para estar completamente en Ti.

Obsérvese que el texto redactado por el Padre Pío, no coincide exactamente con el que apareció en el recordatorio, donde intercalan la palabra «místicamente», quedando la frase así: «Cincuenta años místicamente clavado en la cruz», con lo que a la realidad de la crucifixión y por consiguiente de las llagas visibles parece que se le quita fuerza. Una crucifixión mística hace alusión más bien a sufrimientos internos, a estigmas invisibles, cuando el P. Pío tenía sus manos, sus pies y su costado traspasados y sangrantes.

J. M. S
f
Cinquant'anni di vita reli-
giosa
Cinquant'anni confitto alla
Croce
Cinquant'anni di fuoco divo-
rante
per Te Signore, per
tutti redenti
che altro desidera
l'anima mia se non
condurre tutti a Te
e pazientemente
attendere che questo
fuoco divoratore
bruci tutte le mie
viscere nel Cupio
dissolvi?

P. Pío da Pietralina
S. L. Vestigione re-
ligiosa
S. Giovanni Rotondo
22-1-1953



...cinquant'anni di vita religiosa
cinquant'anni místicamente confitto
alla Croce del Signore
cinquant'anni di fuoco divoratore
per il Signore, per i Suoi redenti

Che altro desidera l'anima mia
se non condurre tutti a Te o Signore
e attendere pazientemente
che questo fuoco divoratore
bruci tutte le mie viscere
nel «Cupio dissolvi»
per essere completamente in Te?

P. Pío da Pietralina
Capuchino

In ricordo del 50° di vita religiosa

Monaco 29.1.1953
S. Giovanni Rotondo 22.1.1953

Por un medio o por otro el ingenio y la habilidad financiera de Giuffré tenía que conseguir arrancarle al capital hasta un 100 % si quería cumplir sus compromisos. Y así se montó, bajo el patrocinio directo de la jerarquía capuchina, el más espectacular negocio de especulación y usura que han conocido los siglos. Por este cauce, los millones acuden a las arcas de Giuffré, que empieza a pagar intereses rumbosos, la mayor parte de los cuales satisface con el ingreso de nuevos capitales, iniciándose la pirámide mortal condenada desde el principio a una quiebra escandalosa.

Giuffré se siente el gran patriarca, una especie de hado protector, que favorecía a sus clientes, a los que decía amaba sinceramente. En alguna ocasión llegó a llamarles sus «hijos espirituales», aunque de espiritual tenía muy poco aquella relación comercial, movida por los hilos del más ambicioso materialismo. En su ingenua vanidad llegó incluso a llamar a las puertas del P. Pío, porque algo interior le decía que hacer figurar al P. Pío entre sus «hijos espirituales» era una ambición legítima y altamente satisfactoria, que a la larga podría favorecerle mucho. Pero el P. Pío había encauzado sus limosnas por unas vías de sana administración, ampliando y perfeccionando los servicios de la «Casa Solievo della Sofferenza». Por eso, y porque su visión interior le permitió conocer la trampa que le tienden, se excusa cortésmente ante quien insiste con terquedad y acaba por pedir sólo una lira, para pensar que no está contra él. El P. Pío no se atreve a negar cantidad tan exigua, una lira, que al cambio habitual, representa diez céntimos de peseta; y le entrega la moneda simbólica prometiéndole además rezar por su alma enferma y por el alma de aquellos otros colaboradores, la mayor parte capuchinos, que alentaron y arroparon las especulaciones de Giuffré y que, movidos por la codicia y el afán de riquezas, se habían sumergido en el «bienestar celestial». La verdad es que a la sombra de Giuffré los frailes de todos los conventos que le prestaron ayuda empezaron a vivir a un alto nivel de vida. En Foggia llamaban por entonces a los Capuchinos «frailes-bocina», porque hasta los más humildes miembros de los conventos disponían de vehículos propios.

Tenemos el testimonio directo del P. Ecequías Cardone de Pietrelcina, que asegura que el P. Pío negaba la absolución a quien entregaba dinero a Giuffré y que llegó a obligar al penitente a devolver los intereses cobrados.

Fácil es comprender la enorme repercusión que tuvo el asunto Giuffré y los comentarios de prensa a que dio lugar dentro y fuera de Italia. Se calculan en muchos millares el número de prestamistas, y casi todas las provincias capuchinas italianas estuvieron directamente comprometidas. Como atestiguó el superior general cuando el 13 de mayo de 1964 aseguraba: «Fuimos reducidos a la ruina, al mayor desastre económico».

La quiebra arruinó a un montón de familias y dio mucho quehacer a una comisión parlamentaria encargada de definir responsabilidades. El delito en sí era competencia del Derecho Penal italiano y a la vez del Derecho Canónico. La responsabilidad para la Orden de los Capuchinos resultaba enorme, dado el número de disposiciones que infringían. No olvidemos que la usura está prohibida por el Derecho natural, por el Derecho Canónico, por la Congregación del Concilio (disposición del año 1951), por el propio Papa Pío XII —quien llamó la atención expresamente sobre los peligros que representaba el juego especulativo de Giuffré en el año 1957 y ordenó a los religiosos se abstuvieran de colaborar con él—, por la Regla de los Capuchinos, basada en el voto de absoluta pobreza y por el Código Penal de todos los países civilizados... A pesar de todas estas disposiciones prohibitivas, el obispo capuchino de Padua, monseñor Bortignon, y todos los Capuchinos italianos siguieron operando con Giuffré. Pronto el número de provincias capuchinas comprometidas aumentó: Bolonia, Florencia, Ancona, Foggia, Venecia, Asís, L'Aquila, Alejandría, Luca, Génova, etc. El obispo de Padua participa en los negocios de Giuffré directamente, a cara descubierta. Con su apoyo pretende multiplicar las limosnas que recibe y pasar a la historia como el realizador de grandes edificios y obras de religión.

El consentimiento a esta colaboración con Giuffré en todas las provincias capuchinas la dio el entonces superior de la Orden P. Clemente de Milwaukee, que fue general desde el año 1946 al 1952 y, posteriormente, lo fue por segunda vez, desde 1958 a mayo de 1964. El fue, juntamente con el obispo de Padua Bortignon y algunos capuchinos de la provincia de Foggia, los responsables directos de la segunda persecución contra el P. Pío.

El proceso Giuffré constaba de 1.200 documentos. El encartado murió sin que se dictase sentencia, y el sumario, ante la importancia de la estafa y el alcance de las responsabilidades que se derivaban de él, más o menos directas, para muchas personas, fue sobreseído. ¿Murió Giuffré de muerte natural? Nunca se sabrá. Pero el hecho es que su quiebra hundió el prestigio de la Orden y, como se afirma en un documento del superior de los Capuchinos, fechado el 15 de mayo de 1964, llevó a la bancarrota a toda la Congregación.

La investigación instruída sirvió para dejar claramente definida la postura de Giuffré: Se trataba, en realidad, de un pobre hombre, de un megalómano, al servicio de los especuladores con hábito; de un ingenuo, de cortos alcances, que vivió y murió en la pobreza, pero con la ilusión de haber podido servir de instrumento en la realización de grandes negocios financieros vinculados a las obras de religión.

Al producirse la bancarrota se vio solo y abandonado de sus colaboradores que durante tantos años se habían beneficiado de sus manejos y que en aquel momento de desastre sólo pensaron en salvar su responsabilidad —sustrayendo a la autoridad investigadora documentos comprometedores— y en transferir al extranjero el dinero que les fue posible retirar para recuperar cuanto pudiesen.

Giuffré fue un iluso, y cuando se estudia la forma ligera y descuidada de actuar se llega a pensar en la mala fe de alguien que lo movía aprovechándose de su ingenuidad e insensatez o en que se consideraba un iluminado convencido de una desvalorización considerable en la cotización de la lira que le permitiría eludir oportunamente la bancarrota con el valor de las inversiones realizadas.

Transcribimos a continuación unos párrafos del llamado Libro Blanco, en cuya redacción colaboraron juristas de prestigio internacional, para ser lo más exactos posibles en nuestra información al lector sobre el mecanismo en que se fundamentaban los manejos de Giuffré.

LA VERSION DE LOS HECHOS SEGUN EL LIBRO BLANCO

«La técnica de las operaciones Giuffré era la siguiente: Cuando ciertos organismos religiosos (obispados, órdenes monásticas o Congregaciones) querían construir edificios para fines religiosos sociales y habían establecido presupuestos y plazos de construcción —dos o tres años o más—, instaban a los fieles a confiar sus economías a Giuffré por una suma y a plazos más o menos iguales a dichos presupuestos y plazos de construcción. Giuffré pagaba a los fieles intereses que variaban entre el cinco y diez por ciento anual.

Pero —y es aquí donde el asunto comienza a revestir gravedad— de estos fondos confiados por los fieles a Giuffré, éste debía pagar a los organismos religiosos que los habían recogido, intereses que variaban entre el 50 y 100 % por año.

¿No entran acaso tales operaciones en la noción de **usura**, que tanto la Iglesia como el mundo laico no ha dejado de denunciar y de condenar desde hace siglos?

Eran, por lo tanto, los organismos religiosos los que practicaban la usura y no el famoso banquero. Cobraban intereses fabulosos sobre capitales que no les pertenecían, no corrían ningún riesgo que pudiese justificar un "precio del servicio prestado". No entregaban dinero y se limitaban a dar "su garantía moral" a la operación y, por ende, a alentar las estafas de Giuffré, quien, evidentemente, no podía pagar a largo plazo intereses tan enormes, a menos de recurrir a los nuevos depósitos, afectados, a su vez, de intereses no menos elevados.

A medida que se ampliaba la espiral, el peligro se hacía cada vez más grave. No faltaban indicios para darse cuenta de ello, y Pío XII, informado de la situación, dirigió en abril de 1957 una circular al clero italiano para prevenirlo de los riesgos y del carácter ilícito de estas operaciones. Pero no fue siempre escuchado. Lo que es peor: Ciertos eclesiásticos, ciertos religiosos, llegaron a alentar a algunos de sus amigos y penitentes laicos para dedicarse, en complicidad con Giuffré, a tales operaciones.

Citemos un ejemplo a fin de mostrar el mecanismo de la operación: el antiguo provincial de Foggia (1953-1956), el P. Teófilo de Pozzo, era entonces provincial de Florencia, cuyos conventos participaron en los negocios Giuffré, según propia declaración, y mantenía relaciones amistosas con el señor D. Francisco Baccalá, secretario de la Comuna de San Giovanni Rotondo. Este, para sufragar los gastos del matrimonio de su hija y de los estudios de Derecho de su hijo, necesitaba unos cuatro millones de liras, y tenía bastantes inconvenientes para encontrarlas. El P. Teófilo le propuso entrar en relaciones con Giuffré para resolver el problema, de acuerdo con el método siguiente: El señor Baccalá, que tenía pequeñas propiedades inmuebles, obtendría la suma que necesitaba gracias a préstamos obtenidos de personas privadas de la región, pagando un interés del 20 %. Entregaría el dinero —se fijó la cifra de tres millones setecientas mil liras— a Juan Bautista Giuffré, quien se comprometería a pagar un interés anual del 90 %. Así pues, el señor Baccalá cubriría sus gastos y devolvería el dinero obtenido de sus prestamistas en un plazo de trece meses.

En realidad pagó a Giuffré, el 3 de julio de 1957, dos millones doscientas mil liras y, el 24 de abril de 1958, un millón quinientas mil liras. Presentamos ambos documentos fotocopiados.

Es decir, que los dos pagos, hechos por intermedio del P. Teófilo, eran **posteriores** a la sentencia de la Santa Sede sobre el carácter ilícito de las operaciones de Giuffré.

En el momento del vencimiento del plazo, el señor Baccalá esperó los intereses convenidos con el equipo Giuffré y el P. Teófilo, pero no vio ni la sombra de un centavo. Acababa de estallar el escándalo Giuffré y éste, en estado de quiebra, por otra parte no declarada, había desaparecido de la circulación. Pero los acreedores del señor Baccalá no quisieron atender a razones. Embargaron los bienes de éste último, que quedó completamente arruinado. El desgraciado murió de pena en 1960.

La viuda tuvo que vender lo poco que le quedaba para pagar los intereses sin llegar a devolver el capital.

No pudo encontrar a Giuffré hasta 1960. Cuando la viuda llegó a hablar con él, le hizo promesas que nunca cumplió. En la hora actual la viuda ha pagado más intereses que el total del capital recibido, que toda-

vía sigue debiendo. Se encuentra arruinada, perseguida ante la Justicia por sus acreedores y reducida a la desesperación.

En condiciones análogas están millares de víctimas del asunto Giuffré. En una carta publicada en fotocopia, el estafador estima sus operaciones en veintiún mil millones de liras.

Se ha usado toda clase de medios para impedir a las víctimas iniciar acciones penales contra los responsables. Circunstancia increíble y que explica la influencia poderosa de las fuerzas en juego. Una docena de personas pidieron que se iniciase la quiebra contra Giuffré. Ello no impide que los eclesiásticos y los monjes que apoyaron estas operaciones financieras y estas prácticas usurarias a expensas de los fieles, deberían haberse sentido en la obligación de indemnizar a sus víctimas.

La Orden de los Capuchinos es la que sale más comprometida en este triste asunto. En el momento de la crisis debió haber devuelto sumas que sobrepasaban diez veces su capacidad de pago. La provincia monástica de Foggia, se encontraba afectada como las otras; pues tenía además las deudas por obras realizadas anteriormente y que ascendían a la suma de mil quinientos millones de liras, sin disponer de un solo millón en sus arcas.

Importa subrayar que el caso de esta provincia era particular. Estaba implicada en el asunto Giuffré por una suma relativamente pequeña, pero había adoptado a su manera los métodos del falso banquero. Los monjes se hacían prestar el dinero de los fieles e incurrían en gastos inconsiderados o en empresas de construcción para reconstruir monasterios, seminarios, iglesias, aprovechando el crédito que les aseguraba la presencia del P. Pío en su provincia.

Pero la quiebra de Giuffré fue también su quiebra.

Los fieles, asustados, reclamaron la restitución de los depósitos y los monjes de Foggia no pudieron resistir a la tentación de recurrir a las arcas de la "Casa Sollievo della Sofferenza" para colmar los déficits.

Los superiores de la Orden, comprometidos a su vez a través de toda Italia, iban a verse inducidos por la misma tentación.

Preveyendo el peligro de actos ilícitos que hubieran podido cometerse en nombre de la santa obediencia, Pío XII emitió un rescripto que confirmaba al P. Pío como gerente y director perpetuo de la "Casa Sollievo". El rescripto equivalía a dispensar al santo monje del voto de pobreza. Se le concedió el derecho de usar y disponer de bienes hasta su muerte. Este rescripto lleva fecha de 4 de abril de 1957. Vale la pena subrayar que, según dijimos anteriormente, en este mismo mes el Pontífice había dirigido una primera advertencia contra Giuffré. Por otra parte, no tardó en cumplirse lo que el Papa había previsto: El provincial primero, y luego el Cabildo de generales quisieron utilizar el dinero de la "Casa Sollievo"

para pagar sus deudas. Pero el rescripto pontificio ponía desde entonces al P. Pío al abrigo de todas las presiones arbitrarias ejercidas en nombre de la santa obediencia.

Se podía esperar que, incluso después de la muerte del Papa Pío XII acaecida en octubre de 1958, el carácter "perpetuo" del rescripto hubiese sido respetado de acuerdo con las tradiciones de la Iglesia.»

PRUEBAS PRESENTADAS EN DOCUMENTOS FOTOCOPIADOS

En relación con el asunto Giuffré presentamos en primer lugar una declaración prestada por Afro Gavelli, en la que prueba que el P. Mauro da Grizana, por entonces procurador general de la Orden Capuchina, estuvo en Lugano (Suiza), en compañía del declarante y de uno de los hijos adoptivos de Giuffré, Gianfranco Rivola, para retirar de un Banco fondos depositados a nombre de la sigla G. B. n.º 261, 262 y 263. El director del Banco reconoció la realidad del depósito, pero no les entregó el dinero por un error en la numeración de la cuenta, nueva prueba de la insensata ligereza con que se procedía. La declaración asevera la confianza existente entre Giuffré, el depositante de dichos fondos, y la Orden de los Capuchinos, pues las delegaciones para la retirada de fondos las daba por triplicado, una extendida con cantidad concreta, otra sin cantidad alguna y la tercera firmada en blanco. Actuaba, pues, con una ligereza sólo compatible con pensar que los fondos no eran de Giuffré sino de la persona autorizada con tan amplios poderes, o en el mejor de los casos se trataba de un socio con similares facultades de disposición.

Este documento nos confirma en la idea que se aseguraba a raíz de ocurrir la quiebra Giuffré y se puso de manifiesto a lo largo del proceso, de que el encartado en todo este asunto no era otra cosa que un simple testaferro, un pobre hombre de paja, que servía de instrumento a la dirección y actuación de organizaciones más elevadas y de mayor responsabilidad e influencia.

Publicamos también un mandamiento judicial cursado por el juez instructor del proceso Giuffré y dirigido al fiscal de Lugano (Suiza), documento que confirma la existencia en el año 1961, esto es, dos años y medio después de la quiebra, de la existencia de un depósito de fondos transferidos al extranjero para salvar el dinero posible en perjuicio de sus legítimos acreedores. La quiebra se produjo el 18 de agosto de 1958 y en otoño de aquel mismo año es cuando el P. Mauro da Grizana va a Suiza con tres autorizaciones firmadas por Giuffré, quien se encuentra procesado, para retirar dinero en la forma relatada anteriormente.

Insertamos la fotocopia de la Analecta de la Orden de los Frailes Menores capuchinos, en cuyo informe secreto dirigido a los frailes reunidos

en asamblea, el P. superior general, P. Milwankee, reconoce el descrédito de la Orden, como consecuencia de las tres tribulaciones que había padecido últimamente: el caso Giuffré, que «arruinó» a la Orden; la «desgracia» del P. Pío, cuyo comportamiento fue catastrófico en cuanto pudo salvar a la Orden entregando a los frailes el dinero que recibía para otros fines, a cuyo deseo se negó por no traicionar la intención de los donantes, y por no manchar su conciencia con tal delito; y el caso de los frailes de Mazzarino, implicados en un feo asunto de rapto, chantaje y asesinato, que obligó a sentar a cuatro frailes en el banquillo, siendo al final condenados por el Tribunal de Casación.

Publicamos también la declaración del P. Guido Formé, que reconoce haber cedido tres millones de liras a Giuffré —dinero obtenido de préstamos en varios Bancos—, cesión que hizo al interés del 60 %.

También insertamos un escrito de Juan Bautista Giuffré, dirigido al juez instructor del proceso, donde protesta del mal trato de la Orden Capuchina y reconoce que el P. provincial, por autorizar a los fieles, a los parientes y a los clientes de los frailes a operar con él les cobraba una participación del 10 % en concepto de comisión. Este porcentaje por vender el permiso de practicar la usura, reviste, a nuestro entender, la figura de otro delito mayor, la simonía.

Una operación normal con Giuffré, salvo en casos excepcionales que llegaban al 90 y hasta al 100 % de interés, se formalizaba sobre la siguiente participación de beneficios: Un 10 % al provincial, y un 60 % a distribuir entre el cliente que daba el dinero —que por lo general percibía el 10 %— y los frailes que proporcionaban el cliente, que se quedaba con el resto para «Obras de religión».

Publicamos la declaración, prestada ante el juez, del Sr. Torri Libero donde afirma que tenía confianza en los capuchinos y la fe y devoción que les despertaba le llevó a entregarle sus ahorros, por indicación del P. Piergrisologo, al «banquero de Dios»; la entrega se hizo con muestras de plena confianza y generosidad, sin acordar previamente el interés que le darían. Y Giuffré si hizo cargo del depósito y no devolvió el capital ni pagó los intereses. A partir de ese momento el Sr. Libero ha perdido, con su dinero, la fe en la Orden.

Otra declaración del P. Terenzio, donde dice haber obtenido préstamos de dos Bancos y entregado el importe de ambos al provincial, incrementado con las limosnas recibidas, para que las cediese a la administración de Giuffré, a un interés «que no recordaba, aunque sí puede asegurar que era superior al 20 %». Sorprende el comprobar la desenvoltura y ligereza con que los frailes hablan de sus aventuras financieras. En todas ellas se aprecia el disgusto y gran contrariedad que sienten por perder el di-

nero, pero ninguno hace alusión a la responsabilidad delictiva que implica el practicar la usura.

Se insertan también las fotocopias referentes al préstamo de Francisco Baccará, a que hemos aludido anteriormente y que fue lamentable por las consecuencias que trajo para la familia del interesado, quien se arruinó y perdió la vida con el disgusto. La entrega del dinero se hizo a través del P. Teófilo, provincial de los Capuchinos de Florencia, quien dirige a Giuffré una carta con fecha 24 de noviembre del 58 pidiendo arregle este asunto como sea, dado las catastróficas consecuencias para la familia y su delicada situación personal como intermediario.

Reproducimos una carta de Juan Bautista Giuffré, donde confiesa haber entregado a la «avidez» de los frailes más de veintiún mil millones de liras, a pesar de lo cual, al verlo caído, se portaron con él desconsiderada y cruelmente.

También insertamos una carta donde Giuffré habla a un cliente de un milagro que le ha hecho el P. Pío, presentándose como el clásico ingenuo manejable por alguien de más fuerza y talento, pidiéndole a la vez le dé cuenta de las cantidades que le entregó y del dinero recibido. Lo que prueba que procedía en su negocio con una ligereza insensata. La carta no lleva fecha y ignoramos si corresponde a la época en que los frailes le quitaron a Giuffré todos sus ficheros y datos contables, datos que no quisieron facilitar tampoco al juez instructor.

Asimismo reproducimos la declaración del P. Sebastián D'Agira, con residencia en Siracusa, quien dice que en representación de la curia provincial local, tenía que construir un Seminario en Gela, y le faltaba dinero. Entonces el procurador general, P. Mauro, le dijo que tenía un medio para aumentar sus posibilidades: Giuffré. En la declaración insiste en que desconocía en qué consistía la administración del citado financiero. Pero le convencieron los informes que recibió y le entregó cuarenta y dos millones de liras, recuperando en varias ocasiones doce millones y perdiendo el resto.

De los documentos que figuran en el sumario se desprende que Giuffré no era un usurero. Ciertamente que su empresa financiera violó muchas leyes de Estado y muchas reglas de moral, pero, en cambio, y aunque parezca sorprendente, no cayó en el delito de usura.

El 12 de noviembre de 1958, al ser interrogado por el Tribunal de Bolonia, Giuffré dijo textualmente: «Yo no sacaba provecho directo de la provisión de capitales que efectuaba ni del dinero que daba. Todo mi sueldo consistía en el interés de una cuenta corriente, que en los últimos años produjo hasta un máximo de siete a ocho millones de liras —unas setecientas cincuenta mil pesetas anuales—. Ultimamente, durante los

tres últimos años, la ganancia fue muy inferior, escasamente de tres a cuatro millones —trescientas cincuenta mil pesetas—.

Ese mismo día y durante el mismo interrogatorio «el comendador millón», como le apodaban familiarmente a Giuffré, llegaría a declarar: «Los religiosos, al recibir dinero de los particulares les explicaban que me los entregarían a mí para que los administrase, pero eran ellos mismos quienes pagaban la renta del capital. De dichas rentas los religiosos se reservaban una crecida cantidad para sus propios fines...».

El provincial de Foggia, P. Teófilo da Pozzo, llega a escribir una carta que textualmente dice así: «Curia Provincial de los Frailes Menores Capuchinos de Santa Ana en Foggia.

El P. Cipriano de Serracapriola, guardián del convento Gesualdo, cuenta con mi autorización, respondiendo yo por él para conseguir préstamos.

En fe de lo autorizado, firmo este escrito, P. Teófilo da Pozzo, ministro provincial.»

De esta forma el dinero, en aumento, ingresa en los torrentes de millones y millones que durante los períodos favorables desembocaron en la alegre Banca de Giuffré. Y los que bajo la garantía moral del P. Cipriano se sienten muy satisfechos con la promesa de recibir un 20 %, ignoran para su tranquilidad que un interés muy superior es pagado a la sombra del mismo dinero a los agentes intermediarios y gestores de las operaciones: los capuchinos.

Transcribimos, para terminar este epígrafe, el modelo de recibo que firmaba el P. Cipriano de Serracapriola:

«El infrascrito, P. Cipriano de Serracapriola, Guardián de los capuchinos de Agnone (Foggia), autorizado expresamente por el P. Provincial, declara haber recibido del Sr. X X la cantidad de X X (estamos en 1956) al interés del 20 % por adelantado. Dicha cantidad me comprometo a devolverla en el mes de septiembre de 1957 en caso de no renovar el préstamo en la misma fecha y condiciones.»

Después de la caída de Giuffré, éste deja sus disponibilidades a las personas que «le siguen de cerca los pasos». Según declaró el 12 de noviembre de 1958 ante el presidente del Tribunal de Bolonia dispone todavía de bastantes miles de millones de liras. Los tres PP. capuchinos, con las tres autorizaciones firmadas en blanco, dirigidos por el P. Mauro da Grizana —que no obstante su función de procurador general, estaba siempre de viaje, fuera de su destino—, son las personas que le siguen, intentando por todos los medios barrer cuanto encontraban. Son los mismos personajes que desde agosto de 1958 tomaron en sus manos las riendas de todo el asunto Giuffré.

Pero hay más todavía: Cuando se produjo la quiebra, dos PP. capuchinos son enviados por la Curia Generalicia de los Capuchinos de Roma

para que visiten a Giuffré y se hagan cargo de todos los archivos y documentos que obran en su poder, declarando que los acreedores serán pagados por ellos. ¿Si no son los propietarios del dinero cómo se subrogan tan fácilmente en la obligación de pagar las deudas? ¿O se trataba de una trampa para hacer desaparecer los documentos que les comprometían y escamotear a la Justicia la realidad del importe a que ascendían los débitos?

Estas revelaciones nos las ha facilitado el señor Secondo Alessandri, que fue uno de los colaboradores más vinculados a Giuffré. Por él se sabe que de los dos Padres llegados a Roma para hacer desaparecer papeles y documentos, uno de ellos era el P. Jerónimo de Skirowa. Alessandri facilitó esta información el 11 de junio de 1960 al ser interrogado por los jueces. Otras personas confirmaron los mismos hechos.

La contabilidad de Giuffré estaba recogida en archivos que se encontraban en su casa y además en casa de sus colaboradores, cada uno de los cuales conservaba el archivo correspondiente a su zona de influencia. Dichos archivos fueron retirados en el invierno de 1958-59 por las personas que desde Roma envió el P. Mauro de Grizana, que había sido nombrado procurador general en el mes de junio del año 1958.

Giuffré, por el contrario, en carta de fecha 25 de julio de 1960 asegura que a nadie había dado autorización para recoger en su nombre los archivos que reflejaban la contabilidad del negocio. Y para ratificar esta verdad añade: «No me enteré del hecho hasta después de consumado».

De la declaración de Secondo Alessandri, se sabe que la influencia de su trabajo con Giuffré llegaba hasta las ciudades de Florencia, Ravena, Cesene, Ferrara, Salsine, Penabelli y Sant'Agatha Feltria en la provincia de Pesaro. El colaborador de Alessandri para esta zona era el geómetra Aristoremo Ceccarelli, el cual en varias ocasiones llegó a cobrar por la ventanilla de la Banca Papular de Cesenna la cantidad de mil trescientos noventa y un millones ochocientas dieciocho mil diecinueve liras, cantidad que quedó siempre fuera de la investigación practicada, ya que no figuraba en los documentos del juicio, porque correspondía a los archivos hechos desaparecer por la Curia Generalicia capuchina.

El juez instructor llegó a saber que el P. Jerónimo de Skirowa había recogido ciertos archivos y le requiere para que los devuelva. Este, que se encontraba en Francia, declara que no puede entregar los ficheros porque «le fueron confiados a él en su calidad de sacerdote y, por consiguiente, el sigilo propio de su ministerio en el cumplimiento de su misión eclesiástica le impide hacerlo».

El juez le insiste en su obligación de entregar toda la documentación y el Rvdo. P. Skirowa, desde Suiza, le contesta textualmente: «Si el Tribunal no quiere respetar el secreto de oficio que me ataño, que obre como

quiera, pero el que suscribe protesta desde ahora de cuanto pueda hacer porque lo considera absolutamente ilegítimo...».

Justifica su postura, basándose en argumentos de Derecho Canónico y al final se sale con la suya de negar la entrega de los ficheros a la autoridad investigadora.

Otro de los más asiduos colaboradores de Giuffré fue el P. Angelo Brugiadori de Sogliano, P. guardián del convento de Sant'Arcangelo de Romagna, que actuaba en la región de Rimini, donde abrió un despacho para «mejorar la organización de Giuffré en el acopio de dinero».

¿Procedían de buena fe? ¿Tanta ignorancia en cuestiones financieras era la de los humildes capuchinos de Italia, que no se dieron cuenta de que el contenido de aquellos recibos y de aquellas promesas resultaba imposible de cumplir? ¿No se percataron tampoco de la responsabilidad que adquirirían con aquellas colaboraciones tan directas en asunto de tan turbio planteamiento? Nos extraña pensar que entre tantos miembros de una Orden tan extensa, diseminada a lo largo de toda la geografía italiana, no existiera una voz consciente que hiciera ver la responsabilidad en que estaban incurriendo y el resultado final e inevitable de aquel aluvión de millones tan alegremente recibido. El final catastrófico no es que fuera previsible, es que era seguro, y para creer en el negocio de buena fe hay que pensar en una inexperiencia infantil y en una ignorancia absoluta de los más elementales conocimientos de sana administración.

Por delicadeza preferimos no insistir en este punto.

LOS FRAILES DE MAZZARINO

Por seguir los puntos señalados en el Acta de la Asamblea de Frailes Menores capuchinos que hemos fotocopiado, donde el P. superior habla de las tres tribulaciones de la Orden, diremos dos palabras sobre lo que el citado superior llamaba la tercera tribulación, la de los frailes del convento de Mazzarino.

Para comprender el porqué de este escándalo, tenemos que partir de un hecho irrefutable: la decadencia de la Orden. El mal momento por que atravesaba.

En el Acta de fundación de la Orden capuchina, el P. Mateo da Bascio, en el año 1528, puso como pilar básico de la Institución el espíritu de pobreza. En sus sermones de entonces el fundador repetía con frecuencia: «Usureros, al infierno». En contra de lo establecido por su fundador, en el año 1946 los capuchinos organizan la usura, la defienden, la practican y la enseñan. La usura ya hemos visto cómo es la base de todo el caso Giuffré, que en realidad está mal calificado, pues respondía mejor al calificativo de «affaire de los Capuchinos», ya que éstos son quienes

practican la usura y Giuffré una simple pantalla, un testaferro, un hombre de paja.

Mientras esto se hace por la Orden, el P. Pío construye la «Casa Alivio del Sufrimiento». La idea arranca del año 1940 y se pone en marcha en 1946, coincidiendo con las citadas prácticas usuarias. En junio de 1958, el P. Pío inicia las obras de ampliación y en abril del mismo año se produce la caída de Giuffré.

El paralelismo entre ambos asuntos es perfecto y coinciden cronológicamente.

En 1959 la Santa Sede obliga a la Curia Generalicia a pagar los débitos que había acarreado aquella incomprensible conducta, y el P. Mauro se revela contra la orden de la Santa Sede, que atañe no sólo a la Orden capuchina escuetamente, sino a otras órdenes y obispos que fueron arrastrados por ella.

Este era el panorama cuando se produjo, en descrédito de la Orden, un nuevo escándalo, la tercera tribulación según dice el P. Milwankee en su informe leído a la Asamblea de PP. Capuchinos: el caso del convento de Mazzarino.

En dicho convento tuvo lugar un hecho insólito e inexplicable que dio lugar a toda clase de comentarios. El pueblo vivió una época de terror, producida por los anónimos que recibían las personas de más posibilidades económicas, amenazándoles de muerte o de rapto si no recibían determinadas cantidades en metálico. Dichas maniobras se hacían a través de los frailes del convento de Mazzarino, quienes amenazados por aquellos personajes desconocidos aconsejaban en confesión atender las indicaciones de amenaza y pagar los rescates, que frecuentemente se hacían también a través de la misma vía. En una ocasión una de las víctimas se resistió y fue vilmente asesinada. Parece ser que el cabecilla de aquella banda de forajidos, que actuaba al estilo de los peores «gangsters», era el jardinero del convento, un hombre analfabeto que se colgó un día de una cuerda sin que se llegase a aclarar el misterio de aquel lamentable suceso que tuvo durante mucho tiempo aterrorizada a la comarca. Quizá esta circunstancia explica que los anónimos apareciesen escritos por una máquina del propio convento.

Detenidos tres laicos y cuatro frailes, tuvieron éstos que sentarse en el banquillo, saliendo absueltos en la primera instancia de las acusaciones de coacción y asociación criminal «por obrar en condiciones de necesidad», según decía la sentencia, ya que los jueces estimaron que si habían favorecido a los bandidos fue por miedo.

Esta opinión fue rechazada, en cambio, por el Juzgado de segunda Instancia y los frailes fueron condenados a trece años de reclusión cada uno. El Tribunal Supremo modificó estas sentencias en cuanto a la califi-

cación de responsabilidades y la aplicación de las penas, pero mantuvo la condena con carácter definitivo en lo que se refería a fray Agripino y fray Venanzio. La Asamblea juzgó las argumentaciones del acusador público más convincentes que las expuestas por la defensa.

Sin entrar a analizar el proceso, que ninguna relación tiene con el tema que tratamos en el libro, nos limitaremos a decir que la condena de los frailes de Mazzarino, sentados en el banquillo de los acusados en un proceso de tanta gravedad, fue un motivo más de descrédito, como reconocía el P. Superior en su informe, descrédito que venía a confirmar la decadencia, el desprestigio, la mala fama de que gozaban los Capuchinos en aquella época, lo que hace más comprensible y explicable cuánto hicieron sufrir al P. Pío a lo largo de esta segunda persecución, conforme iremos viendo en los siguientes capítulos.

EL PROYECTO DE EXPROPIACION

La Santa Sede obliga a los Capuchinos a pagar las deudas de Giuffré. Los Capuchinos deciden adueñarse de la administración de la «Casa Sollievo della Sofferenza» para controlar los donativos. Tratan de obtener una colaboración amistosa del P. Pío a la que éste se niega resueltamente y entonces saltándose todas las leyes divinas y humanas acuden al Papa Juan XXIII y ante él le calumnian, decididos a expropiarle al P. Pío, pura y simplemente, su obra.

Pero para lograr esto había que encontrar una fórmula de abrogación del rescripto de Pío XII, o alguna interpretación jurídica al mismo, que fuera compatible con defender su caducidad a la muerte del Pontífice que lo había suscrito. En cualquier caso necesitaban influir en el ánimo del nuevo Pontífice, Juan XXIII, quien difícilmente daría luz verde contra el estigmatizado de no presentarle pruebas de su manifiesta incapacidad para administrar los fondos que se le habían confiado.

No debe olvidarse que Juan XXIII tenía en gran estima al humilde capuchino. En alguna ocasión, cuando fue nuncio en París, había acudido a él para consultarle sobre temas delicados que le afectaban directamente y encontrar en las palabras del fraile la confirmación a su buen criterio. Cuando se consagró la nueva iglesia de la Virgen de las Gracias, había enviado en su nombre, con la representación papal, al cardenal Tedeschi. Los «grupos de oración» inspirados por el P. Pío habían sido alentados y bendecidos por Su Santidad.

Por otra parte, no era fácil hacerle creer que la administración de la «Casa Sollievo» estaba en malas manos, en cuanto el administrador nombrado por el P. Pío era don Angelo Battisti, funcionario de la propia Secretaría de Estado, muy conocido del Vaticano y que gozaba de un gran prestigio por su recta y escrupulosa conciencia.

A mayor abundamiento los balances de la Administración se sometían periódicamente a la Santa Sede y toda la función de la «Casa Sollievo» se había constituido en sociedad anónima conforme a lo establecido por la ley italiana de sociedades por acciones, financiada con los legados y donaciones dirigidos no a los capuchinos, ni al Vaticano, ni a ninguna Congregación religiosa, sino concreta y escuetamente al P. Pío en particular; legados y donaciones que éste aceptaba de acuerdo con el mandato expreso de los donantes y cumpliendo fielmente el rescripto pontificio de Pío XII.

Por el camino de la honradez, de la legalidad, de la justicia, iba a ser difícil consumir el atropello que se proyectaba. Para «camuflar» ante el Pontífice todos estos argumentos acordaron desarrollar el siguiente programa que la pluma se resiste a consignar:

1.º Atacar a la persona del Padre, aplicándole toda clase de calumnias y argumentos de descrédito. Atacar a la vez las obras del P. Pío, y en especial a los «grupos de oración», así como a las personas vinculadas con estos grupos o con su persona.

2.º Controlar con aparatos magnetofónicos todas las conversaciones del P. Pío dentro y fuera del confesonario, violando el secreto sacramental de la confesión, a fin de encontrar posibles pruebas de inmoralidad o desobediencia. Y si no se encontraban, corregir las cintas mezclando párrafos de unas con otras hasta lograr conversaciones de las que pudiera desprenderse el descrédito del buen fraile.

Y así comenzó la segunda persecución contra el humilde, estigmatizado y santo capuchino, que sobre la cruz de sus llagas sangrantes recibía de nuevo el azote injusto y alevoso de la Iglesia.

CAPITULO XII

LA SEGUNDA PERSECUCION

(Comenzó en el año 1959 y duró hasta su muerte)

COMO este libro no pretende otra cosa que airear la verdad, sin disimulos ni diplomacias, aceptando con plena conciencia las posibles consecuencias de nuestra actitud, empezaremos por dar los nombres de las personas responsables de la terrible injusticia, que al socaire de intereses bastardos, se ha cometido ante los ojos impávidos del mundo entero en la persona del P. Pío de Pietrelcina.

En primer lugar, como principal responsable, citaremos al obispo de Padua, monseñor Girolamo Bortignon, asistido celosamente por muchos sacerdotes de la diócesis, por los superiores mayores de la Orden de los Capuchinos de Roma y de Foggia: P. Clemente de Milwaukee, ex-general de los Capuchinos durante los años 1958-1964; P. Buenaventura de Pavullo, ex-provincial general de la citada Orden durante los mismos años, y que actualmente es superior en el Colegio Internacional de San Lorenzo de Brindisi; P. Amadeo de San Giovanni Rotondo, ex provincial de los Capuchinos de Foggia (1959-1961), que fue depuesto en marzo de 1961 y que hoy es el representante legal de la citada provincia de Foggia; y el P. Emilio da Matrice, ex guardián de San Giovanni Rotondo (1959-1960) y hoy superior del convento capuchino de Venafro.

A ellos hay que añadir al P. Giustino de Lecce, al P. Daniel de Roma y al párroco del Divino Amor de la Ciudad Eterna, don Umberto Terenzi, en estrecha colaboración con los capuchinos de Roma y de Foggia.

Los citados nombres forman el cuadro de acusadores del Padre y constituyen a la vez el grupo de quienes por sus torpes e injustos manejos son nuestros acusados.

Ante el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Cristo; ante la ONU, que ha constituido una comisión para la defensa de los derechos humanos; ante los miembros de la jerarquía católica en general; ante la cristiandad y la Humanidad consciente de sus derechos y deberes, denunciemos los nombres y las actividades de los responsables de esta nueva persecución, clamando al cielo por el fiel cumplimiento de la ley y porque se haga jus-

ticia a la memoria del fraile muerto y a sus hijos espirituales, algunos de los cuales continúan padeciendo actualmente las consecuencias de la citada persecución.

EL OBISPO DE PADUA

Monseñor Girolamo Bortignon, ordinario de Padua, se distinguió desde que fue nombrado obispo por su deseo de pasar a la historia como fundador de obras de asistencia religiosa o social. Después de haber fundado instituciones de importancia secundaria, como la «Casa de Pío X», la «Casa de María Inmaculada» y la villa «Madre del Buen Consejo», emprendió en 1956 dos obras de gran envergadura: Un Seminario menor para 600 alumnos y la «Casa de la Providencia de San Antonio» (dos mil camas para incurables).

El presupuesto de la primera obra ascendía a mil millones de liras y el de la segunda a cuatro mil millones.

El obispo prometió llevarlas adelante y terminarlas en el otoño de 1958.

Lanzada la idea y difundida convenientemente, logró recaudar por el clero, entre los fieles, ciento sesenta y un millones de liras para el Seminario menor; y para la «Casa de la Providencia de San Antonio» se ingresaron setecientos millones, que fueron suscritos por las Comunas y la Administración provincial para la compra de setecientas camas instaladas con carácter de perpetuidad a disposición de las citadas entidades. La financiación se completó con trescientos millones que aproximadamente fueron prestados en parte y cedidos a fondo perdido en su mayoría por los Bancos locales de la provincia. En total, algo más de mil millones de liras para un presupuesto de cinco mil.

El obispo creyó que todo podría resolverlo con las especulaciones usuarias del señor Giuffré y le entregó a éste mil millones en depósito con el compromiso de pagarle en concepto de intereses un 90 por ciento cada año.

Según monseñor Bortignon, en contrapartida a su préstamo recibió solamente mil novecientos veinte millones de liras (el capital más los intereses pactados del primer año), ya que al poco tiempo se produjo la bancarrota financiera del «banquero de Dios».

El Seminario menor y sus ciento sesenta y un millones desaparecieron entonces sin dejar rastro.

En el Libro Blanco se consigna así la historia del «Seminario fantasma», escrita por el propio obispo:

«En 1956, monseñor Bortignon publica en el boletín número 3 de la diócesis: **«Tenemos la intención de inaugurar el Seminario menor en el otoño de 1958. Es urgente por muchos motivos».**

En realidad, entonces, compró el terreno: 22 hectáreas cerca de Ten-carola.

En 1957, el boletín número 3, decía: **«Los trabajos comenzarán en el otoño próximo».**

Esto es, cuando debieran haberse terminado. El retraso, dijo, se debía a la necesidad de someter a ciertos peritajes los terrenos comprados.

En 1958 publica en el boletín número 4 la lista de las ofrendas llegadas de los cuatrocientos diecinueve Centros de la diócesis: **ciento sesenta y un millones.**

Pero todavía no se había colocado la primera piedra.

En 1959, afirmaba: **«Los consejos autorizados que hemos recibido nos indican, en relación con las obras, que no es oportuno darse prisa».**

En 1960, en el boletín número 6, decía: **«El problema del Seminario menor sigue pendiente. Por el momento, no se ha podido encontrar una solución que satisfaga a todos los técnicos sobre su implantación. Los fondos recogidos hasta ahora fueron invertidos, en parte, en la compra del terreno, y en parte depositados en lugar seguro».**

En 1961, se puso en venta el terreno y no se hablaba ya de los 161 millones suministrados por los fieles».

Así acabó la historia de lo que los feligreses italianos de Padua calificaron del «Seminario fantasma».

En cambio, la «Casa de la Providencia de San Antonio» tuvo más suerte. El 23 de febrero de 1956, el cardenal Roncalli, patriarca entonces de Venezia, colocó la primera piedra en Sanmeola de Rubano. Aunque con un retraso de cuatro años respecto a los cálculos y promesas iniciales, seis años después disponía de quinientas camas de aquellas setecientas que los promotores habían vendido a perpetuidad a la provincia y a la Comuna, a cambio de aquellos setecientos millones de liras. Pero las necesidades de asistencia sanitaria eran cada día mayores. Las solicitudes de admisión alcanzaban la cifra de los dos mil ochocientos enfermos.

En consecuencia, se comprende que el obispo de Padua tuviese siempre problemas económicos y necesidades urgentes de dinero. De aquí el que pusiera sus ojos en el P. Pío, rodeado de fieles que daban muestras permanentes de generosidad para la «Casa Sollievo», que recibía cantidades de dinero en cifras de gran consideración, y que había obtenido solamente en la diócesis de Padua quinientos millones en dos años.

¿Por qué este dinero no había ido a las arcas del Obispado tan necesitadas de tesorería?

Para conseguirlo preparó su plan de ataque y lo puso en marcha. Comenzó por prohibir en su diócesis los «grupos de oración», entre los cuales se encontraban los principales donantes. De esta forma su espíritu de caridad se derramaría por los cauces que él había abierto. Para conseguir su finalidad no tuvo en cuenta consideraciones espirituales de ninguna clase; no pensó que aquellos grupos de plegarias fueron fundados para

cumplir el deseo de Pío XII, quien los había bendecido especialmente y estaban centrados en la oración de los fieles en unión con el Santo Padre a fin de conseguir la paz del mundo y el bien de la Iglesia. Respondían, pues, a una necesidad insoslayable, de acuerdo con los principios del cristianismo, las directrices del Pontífice y los derechos del hombre que consagraban la libertad de asociación y de religión.

Como única justificación posible a tan arbitraria medida, monseñor Bortignon escribió una carta de fecha 8 de septiembre de 1953, dirigida al doctor Sanguinetti, donde decía sin rebozo alguno: «La razón que nos obliga a prohibir los grupos de oración es su vinculación con el P. Pío».

En el boletín número 6 de 1959, insiste en los mismos motivos: «Desde hace más de veinte años se encuentra en vigor una prohibición dirigida a todos los fieles exhortándoles a que se aparten del citado capuchino. Este decreto no ha sido derogado desde entonces, existiendo otras indicaciones de la Santa Sede en los mismos términos».

El obispo callaba que después de aquellos oficios cuya injusta etimología hemos explicado, el Pontífice Pío XII, con sus palabras y sus actos, había borrado todo posible entredicho; y que desde entonces el P. Pío se había convertido en confesor de numerosos cardenales, obispos, prelados y religiosos de todos los países del mundo, y muy especialmente de Roma.

En oposición con esta actitud y con la elocuente enseñanza pontificia de Pío XII, el obispo, monseñor Bortignon, llegaba a prohibir incluso (boletín número 7 de 1956) la celebración de misas o de plegarias de cualquier clase en unión de intenciones con el P. Pío. Consideraba que ello no respondía «al *sensus ecclesiae Christi*».

Tal situación creó un estado de confusión, pues obligó a los fieles a escoger entre las enseñanzas del obispo de Padua o las del Papa. Se comprende que los fieles, por unanimidad, se acogieran a la recomendación del Pontífice y multiplicaran su entusiasmo y su fervor por los grupos de oración. Entonces fue cuando el obispo perdió los estribos y tanto en el boletín diocesano como en los diarios de la región acusó a los seguidores del capuchino, como ya había hecho anteriormente ante el Papa, de conspiración contra la autoridad suprema de la Iglesia, de herejía, de cisma y de falso misticismo, inculpando principalmente al P. Pío como origen de tantos males.

Conviene hacer constar que cuando todos los obispos de la Iglesia, en los años que van de 1939 a 1958 estaban con el P. Pío, Girolamo Bortignon fue el único que se había manifestado contra él.

De 1944 a 1950 ejerció el cargo de obispo en Belluno, y en aquella diócesis lo primero que hizo fue suprimir los «grupos de oración», grupos que su sucesor, el obispo Muccini, al tomar posesión de su cargo, restableció de nuevo. Así vemos cómo la actitud de Bortignon era exclusivamen-

te personal y no compartida por los demás príncipes de la Iglesia. En general, a Bortignon no le gustaban los místicos. Mientras fue provincial de Venezia (1938-44) persiguió al P. Leopoldo de Castelnuevo, que era un auténtico santo, muerto el 31 de julio de 1942, y cuyo proceso de beatificación está en curso. Como éste confesó antes de morir, el citado obispo fue la prueba más dura de su vida. Con Bortignon se santificó el P. Leopoldo, como se ha santificado también el P. Pío. Con inaudito atrevimiento acusó al P. Leopoldo de ignorar la moral y deformar las conciencias, prohibiendo a los seminaristas confesarse con él, lo mismo que hizo al ser nombrado obispo de Padua con los sacerdotes penitentes del P. Pío.

En aquella época Bortignon tenía de secretario al P. Clemente de Santa María in Punta, que tanto daño hizo al P. Pío como veremos más adelante.

Bortignon, pues, no intervino contra el santo capuchino durante la primera persecución, pero en realidad desplegó su actividad, sin rebozos ni disimulos durante la segunda, urgiendo la aplicación de los decretos del Santo Oficio con que le condenaron entonces.

Mientras vivió Pío XII la actuación de Bortignon fue solapada y circunscrita al interior de su diócesis; al morir éste es cuando pensó desacreditar al P. Pío para conseguir hacerse con las limosnas que se canalizaban por este cauce. No podemos olvidar que Giuffré lo había dejado arruinado y con obras de envergadura en marcha; que las limosnas de Padua, a través de los «grupos de oración», se le escapaban de las manos y que como obispo capuchino tenía que ver en la obra principal del P. Pío, la «Casa Alivio del Sufrimiento», el medio más rápido y seguro de salvarse de la bancarrota.

Cuando Bortignon afirmó que las misas en unión de oraciones con el P. Pío y el grupo de plegarias iban contra el sentir de la Iglesia, el santo capuchino, que fue interrogado por un sacerdote en nombre del obispo sobre qué le parecía esta afirmación, no tuvo más remedio que contestar en conciencia y decir que la misma entrañaba una herejía; con lo que el obispo, hombre voluntarioso y de mal carácter, se disparó contra él.

Recordemos que el secretario de Juan XXIII, monseñor Loris Capovila, era íntimo de Bortignon y que a través de él sus calumnias tenían acceso directo al Santo Padre. Por otra parte, Bortignon, por su función de obispo capuchino, gozaba de gran influencia dentro de la Orden. El obispo de Padua estaba, pues, en condiciones ideales para lanzar una campaña de difamación y descrédito que le permitiera a él, como príncipe de la Iglesia, hacerse con todo el dinero que los seguidores del P. Pío le enviaran desde su diócesis. Y lanzó sus acusaciones contra el humilde fraile, sus seguidores y sus obras; acusaciones que, salvo el cargo de homicidio, comprendía todas las demás. El fraile fue acusado de conspirar

contra la autoridad; de instigar a la rebelión; de cometer delitos contra la religión, como era al caer en la idolatría; contra la fe y la unidad de la Iglesia al contraponer a la Iglesia carismática, la jerárquica; de inmoralidades, como hurto, tráfico ilícito de reliquias, deshonestidad y mala administración... Fue tachado también de maestro de falso misticismo, etc. Estas mismas acusaciones las llevó al Tribunal eclesiástico en las causas contra dos sacerdotes seguidores del P. Pío y fueron firmadas por él.

Bortignon considera anulado el rescrito de Pío XII y se lanza alegando los decretos del Santo Oficio de la primera persecución, ya que Pío XI, al conceder la reintegración «et ultra», no hizo el acto de justicia completo, publicando la abrogación de los derechos condenatorios. Al no hacerlo así, aquellos decretos, que el rescrito de Pío XII y las manifestaciones de Pío XI, daba a entender que no eran válidos, en realidad seguían vigentes y susceptibles de aplicación si se invocaban de nuevo. De aquellos decretos de la primera persecución arranca, pues, Bortignon para desencadenar la segunda.

En su apasionado desenfreno llegó a decir que el P. Pío había formado con sus seguidores una especie de sociedad secreta, al estilo de la masonería, que tendía a engendrar un verdadero cisma, creando una Iglesia carismática en contra de la Iglesia jerárquica; afirmó que el P. Pío negaba a Cristo y a su redención para colocarse él en el puesto de mediador y redentor; en definitiva, dieron a entender que los seguidores del fraile lo habían colocado en el lugar de Dios... Y exige romper con los «grupos de oración», aplicando, al amparo del canon 2.335, la pena de excomunión a quienes no aceptaban el firmar que se separaban de aquella extraña sociedad.

Bortignon tiene al P. Pío y a sus seguidores en la misma línea que a la masonería y a los miembros de sectas misteriosas.

A los sacerdotes y fieles que no se manifiestan dispuestos a rectificar su adhesión les aplica las penas canónicas más graves.

El P. Pío ha muerto mientras pesaban sobre él estas condenas, que siguen pesando actualmente contra su movimiento y de una manera especial contra algunos de sus seguidores. Después veremos cómo fueron suspendidos «a divinis» sacerdotes de vida ejemplar y de gran celo apostólico.

Su preocupación principal se centraba en las reclutadoras de limosnas, limosnas que llegaban a San Giovanni Rotondo a través de los «grupos de oración». Entre estas celosas recaudadoras se destacó una mujer, Constantina Nalesso. Era una humilde mujer de pueblo que se hizo célebre por la gran facilidad que tenía para recoger limosnas que llevaba celosamente al convento de San Giovanni Rotondo, desplazándose en frecuentes viajes desde Padua.

Esta fue la primera víctima. Citada por don Antonio Varotto en nombre del obispo, se le propuso repartir las limosnas recaudadas en Padua entre el obispo y el P. Pío al 50 por ciento. Constantina se negó, pues no podía traicionar la intención de los donantes, y el 13 de diciembre de 1959 fue expulsada públicamente de la Iglesia, lo que no se había hecho desde la Edad Media, lanzando después contra ella, el 4 de febrero de 1960, el entredicho que la privaba de todo Sacramento.

La actuación de Bortignon fue siempre personal, a impulso de sus caprichos y veleidades del momento y sin tener en cuenta para nada la opinión de la Santa Sede. Cuando el Papa Juan XXIII mandó representación al Congreso de los «grupos de oración» celebrado en Catania, Bortignon prohibió, bajo rigurosas penas, el que asistiera ningún sacerdote de su diócesis.

Y veinte días después del Congreso Nacional, al que había asistido el cardenal Lercaro, doce obispos y millares de personas pertenecientes a los «grupos de oración», Bortignon incoa el proceso criminal contra ellos. El 25 de abril de 1960 tiene lugar en Bolonia otro Congreso, éste interregional, al cual asistió también el cardenal Lercaro y que fue bendecido por un telegrama del cardenal Tardini, secretario de Estado. Después del Congreso aparecía una crónica laudatoria en «L'Osservatore Romano» y el 11 de junio están ya las calumnias de Bortignon en Roma, coincidiendo con las que llegan de San Giovanni Rotondo y que estudiaremos en el capítulo siguiente.

LA LUCHA CONTRA LOS HIJOS ESPIRITUALES DEL ESTIGMATIZADO

Después de intentar apoderarse por medios arbitrarios y por la violencia moral, de las limosnas que enviaban para la fundación y sostenimiento de las obras del Padre, el obispo, como vemos, extendió su persecución a sus seguidores y miembros de los «grupos de oración». Lo primero que hizo fue prohibir al clero de la diócesis el aceptar misa alguna a la intención de nada relacionado con el estigmatizado. Así, cuando el doctor Zenere encargó a don Giuseppe Garollo de Montagnana una misa por el Padre, misa que éste aceptó cobrando la limosna, vio a la hora fijada que se estaba celebrando la ceremonia por un difunto. Y el señor Giovanni Scarparo, en el momento de encargar una misa por el P. Pío recibió esta respuesta: «Si quieres que la celebre por tu cerdo puedo hacerlo, pero no por quien tú dices. Tengo que obedecer las órdenes del obispo».

Contrastando con esta actitud de contradicción adoptada por Bortignon, los cardenales Montini, Lercaro, Meyer y centenares de obispos, le escribieron a nuestro capuchino cartas emocionantes con motivo de su cincuentenario sacerdotal.

En cambio, los penitentes del P. Pío fueron amonestados públicamente desde el altar por el párroco de la iglesia de la Adoración Perpetua en Padua, donde tenían costumbre de reunirse a rezar, prohibiéndoles volver a pisar la iglesia.

En el Libro Blanco se dice: «Diversos notables de la ciudad, miembros de profesiones liberales e industriales, ultrajados en su fe y en su honor, recurrieron inútilmente a las Congregaciones romanas. Luego dirigieron en julio de 1960 un llamamiento angustioso a los obispos y a los curas de las tres Venecias, recordando las instrucciones del Pontífice y las órdenes contrarias de monseñor Bortignon. Este respondió con una severa amonestación dirigida a todos los miembros de los «grupos de plegarias», que publicó en el boletín diocesano y en los diarios de la región.

El odio de Bortignon hacia el P. Pío resalta, en forma fehaciente, estudiando los documentos de la persecución a ultranza llevada a cabo por él contra los sacerdotes de su diócesis que se dirigían espiritualmente con el P. Pío. Concretamente, los sacerdotes perseguidos fueron don Attilio Negrisola y don Nello Castello.

Abrió contra ellos un proceso a estilo comunista, sin pruebas, sin testigos, sin defensa, exigiéndoles bajo amenazas de severísimas penas que se confesaran reos de los delitos de conspiración, instigación, herejía, cisma, superstición, idolatría, falso misticismo, inmoralidad, malversación de fondos y fanatismo; y que además acusaran también de todos estos delitos al P. Pío como conspirador suyo y de los fieles pertenecientes a los grupos de oración.

Expliquemos separadamente algunos de los delitos de que Bortignon quiso hacer reos confesos a los dos ejemplares sacerdotes.

1.º Conspiración contra la autoridad del Sumo Pontífice y contra la jerarquía eclesiástica. Para Bortignon el P. Pío estaba organizando nada menos que un golpe de Estado para derrocar al Papa.

2.º Instigación —decía el obispo—, pues el P. Pío trata de sublevar a los fieles contra la autoridad establecida y los incita contra ella.

3.º Cisma y herejía, ya que en torno al P. Pío se estaba formando una secta que rechazaba la constitución jerárquica de la Iglesia organizada así por Cristo y que tenía al P. Pío como superior al Papa y como verdadera cabeza de la Iglesia carismática.

4.º Superstición e idolatría en cuanto los fieles adoraban al P. Pío teniéndolo por Dios y organizaban una Iglesia diferente, una nueva religión con culto idolátrico.

5.º Falso misticismo en cuanto los fieles del P. Pío, despreciando la autoridad legítima y sus leyes se abandonaban a toda inmoralidad.

6.º Malversación de fondos en cuanto le negaban a él, obispo de la diócesis, las recaudaciones que enviaban al Sur de Italia y que tanta falta le hacía.

Todas las acusaciones contra los citados sacerdotes y contra el venerable estigmatizado van firmadas por el obispo de Padua con fecha 1 y 13 de mayo de 1960.

Bortignon tenía en su mano todos los hilos del Tribunal eclesiástico de su diócesis y apoyado en aquellos gravísimos delitos que nunca pudo probar, condenó a los dos celosos sacerdotes, prohibiéndoles celebrar la santa Misa, privándoles de la sagrada Comunión, quitándoles el derecho a llevar sotana o cualquier signo exterior de sacerdote y reduciéndolos económicamente a la miseria al negarles incluso lo que el Derecho canónico deja a salvo siempre: la honesta sustentación.

La sentencia del Tribunal diocesano fue enviada por Bortignon con todos los requisitos de la más estricta legalidad al Supremo Tribunal del entonces Santo Oficio y, mientras violaba toda las leyes del Derecho natural, divino e incluso eclesiástico, aparecía en Roma como celoso defensor de la Iglesia.

La extrema gravedad de estas calumnias llevadas por Bortignon al Santo Oficio, explican —si tuviera explicación— el porqué dos meses más tarde Juan XXIII envió un visitador apostólico no a enterarse e informar, sino a sentenciar y destruir la persona y las obras del martirizado fraile.

No conformándose con tales medidas de manifiesta injusticia, el obispo de Padua intentó, con la ayuda de monseñor Battisti, canceller del obispado, don Antonio Varotto, don Joaquín Francesco Bertone, todos sacerdotes, internar a don Attilio Negrisoló en un asilo de orates.

En las fotocopias se encontrarán todos los documentos que prueban esta tentativa y entre ellos el peritaje del profesor Eleuterio Boganelli, profesor de cursos libres de medicina legal en la Universidad Pontificia lateranense y de psicofisiología de la Universidad del Estado de Roma.

En sus conclusiones, el especialista declara que la inteligencia del profesor Negrisoló es de categoría superior, que no presenta ningún síntoma de enfermedad mental ni tampoco síntoma alguno de psicopatía. Concluye que «las personas como don Attilio Negrisoló necesitan justicia y de ningún modo conmiseración».

El conjunto de hechos reprochado al obispo de Padua y a sus allegados es objeto de un informe detallado de fecha 21 de abril de 1962, que se envió debidamente firmado a las Congregaciones romanas del Santo Oficio, del Consistorio, de los Sacramentos, así como a la Secretaría de Estado de Su Santidad. Como tales informes habían quedado sin respuesta, se hizo una tirada del mismo de quinientos ejemplares y fue enviado

a las más importantes personalidades eclesiásticas de Italia, así como a ciertas autoridades civiles y judiciales.

Su único efecto fue el provocar otras medidas arbitrarias para los fieles del P. Pío en la diócesis de Padua, incluso con el asentimiento del Cabildo de generales de los Capuchinos, para aquellos que frecuentaban el convento de San Giovanni Rotondo, laicos y sacerdotes, como don Attilio Negrisolo y don Nello Castello, que se vieron privados del derecho de confesión ante su Padre espiritual o fueron expulsados de la iglesia conventual por la policía. A otros se les negó la comunión, como si se tratase de pecadores públicos, provocando el natural escándalo ante numerosos testigos durante el curso de las ceremonias religiosas.

Se iniciaron acciones penales contra los responsables de estos actos ultrajantes para la libertad religiosa, actos condenados por el Código Penal italiano. Pero las causas se concluían en primera instancia, declarándose el juez incompetente después de interpretar los textos del concordato entre el Vaticano y el Estado italiano.

Al verse arrojados de la iglesia los miembros de los «grupos de oración», enviaron cientos de telegramas y cartas de protesta a Roma, que impresionaron a quienes no estaban enterados de lo que pasaba. Pero con esto sólo se consiguió incitar todavía más la cólera del obispo. Y así, el 7 de noviembre de 1960, publicó una amonestación en el boletín, donde habían sido autorizados en su diócesis.

Mientras tanto los dos celosos sacerdotes, antes citados, se vieron señalados como pecadores públicos. Se les prohibió confesarse con el P. Pío «porque perturbaba las conciencias», según el obispo. Don Attilio Negrisolo fue condenado el 16 de noviembre de 1959 a la expulsión como profesor del Seminario, el 6 de febrero de 1960 a la suspensión «a divinis» en la diócesis, y el 9 de mayo del mismo año a la suspensión total «a divinis».

Para justificar estas decisiones, que no podían explicarse de ninguna forma, la autoridad episcopal acabó alegando que se trataba de un loco y hasta pretendió encerrarlo en un manicomio. El bueno de don Attilio se sometió voluntariamente al examen pericial del doctor Eleuterio Bogagnelli, que después de un riguroso reconocimiento certificó que no había observado en el paciente la menor anomalía.

Don Nello Castello pasó por los mismos trances: El 28 de noviembre de 1959 fue suspendido «a divinis» durante un mes; el 9 de febrero de 1960 extendió esta suspensión con carácter permanente a la diócesis; y el 13 de mayo del mismo año fue ampliada de manera total y definitiva.

Ambos sacerdotes escribieron cartas, protestaron de su inocencia, formularon actos de sumisión presentados en distintas formas a las autoridades eclesiásticas y apelaron a Roma; pero todos sus recursos quedaron

sin respuesta. Don Nello Castello presentó su causa ante la Sagrada Congregación del Concilio el 15 de noviembre de 1960, sin que hasta la fecha haya obtenido contestación alguna. Claro es que sólo han transcurrido diez años...

Don Attilio Negrisolo formuló un recurso similar ante el Santo Oficio el 15 de noviembre de 1960 y el 17 de enero de 1961 con el mismo resultado negativo.

La represalia del obispo se fundamentaba en un solo argumento de cargo: Se trataba de hijos espirituales del P. Pío. El proceso se abrió contra ellos alegando una sola imputación: los «grupos de oración» que estos santos sacerdotes habían contribuido a formar y dirigir en la diócesis.

A través de los hijos espirituales se pretende dañar y atacar la figura del fraile que está detrás de ellos, aconsejando y dirigiendo la obra. Para el obispo el P. Pío es un desobediente, que no sólo ha dado muestras de creer más en Dios que en el usurero Giuffré, sino que se niega a incurrir en una malversación de fondos para ayudar a sus compañeros que se encuentran metidos en un verdadero lío por haber creído más en Giuffré que en Dios.

La «ciudad-piloto» donde se ensayan todos los procedimientos de ataque y persecución contra los «grupos de oración», fue Montagnana. El clero secundó las instrucciones del obispo con satánico celo.

Negrisolo y Castello, en su deseo de recobrar la facultad de celebrar misa, se humillaron ante el obispo y se sometieron en todo menos en reconocer como verdaderos los delitos de que eran acusados y que no habían cometido. Al fracasar en su pretensión, se dirigieron a toda clase de tribunales eclesiásticos y civiles. Aquéllos no cursaban sus instancias y éstos se declaraban incompetentes al amparo del tratado de Letrán.

A don Attilio se le acusó también de haber sido testigo en el proceso de Constantina Nalesso, lo que tuvo que hacer en conciencia, ya que su testimonio jugaba en una causa criminal.

Cuando decidieron declarar loco a Negrisolo, intentaron convencer a sus padres de la realidad de su dolencia. El obispo en esta gestión se valió de los sacerdotes don Barotto, don Battisti y don Formentin. «No hay peor loco que el que no quiere serlo», le dijeron a sus padres, quienes al principio creyeron en el infundio, ya que alegaban que el obispo se haría cargo de los gastos inherentes a la estancia del mismo en un manicomio.

Cuando llegó don Attilio a visitar a sus padres, éstos no quisieron aludir a su dolencia, pero le rogaron que no les abandonase dado sus achaques y estado de edad y se quedara con ellos para siempre. El sacerdote no comprendía la actitud de sus padres, hasta que éstos le descubrieron la visita de los representantes del obispo.

Don Barotto fue a pedir al doctor Terranova que le facilitara un certificado declarando loco al señor Negrisoló, pero el médico no conocía al paciente y se negó a firmar el certificado sin previa información. El doctor pidió su opinión a un médico que le conocía de antiguo, el doctor Giuseppe Pontara. Este negó indignado tal infundio e invitó al citado doctor para que lo visitaran juntos. Entre los documentos fotocopiados figura el relato de los doctores y el certificado del doctor Boganelli que por su categoría profesional fue elegido por el interesado para que dictaminase en este asunto.

Al fracasar el obispo por este camino hizo un último intento: Le perdonaría el triple crimen de que se le acusaba —haber testificado en el proceso de Constantina Nelesso, no renunciar a confesarse con el P. Pío y no haber aceptado el reconocerse culpable de las faltas que no había cometido— si estaba dispuesto a hacerse pasar por loco. En Italia no era éste el primer caso. A falta de prisión para sacerdotes, los obispos internaban en casas de salud a los que no les eran afectos. En este caso, además, existía, según el obispo, cierta justificación, pues el creer en las chifladuras del P. Pío era sobrado motivo de reconocida locura.

A don Nello le dijo que no tenía nada contra él salvo su fe en el P. Pío. Esta respuesta indignó al vicario de la parroquia donde estaba destinado y don Benito Rifoni presentó la dimisión en protesta por lo que habían hecho con su capellán. Por carta le obligaron después a retractarse.

Ambos sacerdotes quedaron así abandonados de todos, sin medios económicos, obligando a los fieles a no prestarles auxilio ni hospitalidad de ninguna clase.

En varios documentos los presentaban como condenados del Santo Oficio. Pero al dirigirse los encausados al Santo Oficio pidiendo detalles sobre la citada condena, contestó éste diciendo que no había tenido intervención alguna en tal asunto por no ser de su competencia. He aquí el oficio de fecha 10 de diciembre de 1964:

«Suprema Congregación del Santo Oficio. — El comisario del Palacio del Santo Oficio al Rvdo. don Negrisoló.

Dando curso a vuestra demanda removida a propósito de una aclaración relativa a las medidas eventuales que se dicen tomadas respecto a vos por esta Suprema Congregación, soy autorizado por el Santo Oficio para comunicarle lo siguiente: Ninguna medida fue tomada por esta Suprema Congregación con respecto a usted ni tampoco con respecto a vuestro colega Rvdo. P. don Nello Castello. El Santo Oficio no se ha pronunciado nunca porque no ha entrado ni tiene intención de entrar en este asunto, ya que se trata de una materia que no pertenece a su competencia. Firmado: **P. Raimundo Verardo, O. T.**».

El obispo, pues, al fundamentar su condena en la decisión del Santo Oficio mentía deliberadamente.

La realidad es que nunca existió materia punible ni actos de responsabilidad, pero fueron condenados, y su condena fue por seguir al P. Pío.

OTROS CASOS COMO BOTON DE MUESTRA

Giovanni Scarparo presenta una demanda el 19 de abril de 1962 contra monseñor Bellato San Agostino, por haberle negado por tres veces la comunión en público. Scarparo alegaba que aquel hecho, reiterado en tres ocasiones distintas, implicaba el declararlo público pecador y entrañaba, en consecuencia una injuria y un perjuicio para su buen nombre.

El juez de primera Instancia de Montagnana rechazó la demanda por entender que no era asunto de su competencia, pues se trataba de un acto realizado por la autoridad eclesiástica en el ejercicio de sus funciones, y en virtud del Concordato, el Estado italiano había reconocido a la Iglesia el libre ejercicio de su poder.

Ante tal sentencia Scarparo recurrió al Santo Oficio en el mes de abril de 1963, sin obtener respuesta.

Posteriormente (6 de marzo de 1963) insistió en su demanda ante el procurador de la República de Foggia, alegando nuevos hechos: El haberle impedido confesarse con el P. Pío y el haber sido expulsado de la iglesia de San Giovanni Rotondo por el superior del convento, el P. Rosario de Alliminusa. Fundamentaba su demanda en el artículo 405 del Código Penal italiano, que castiga el obstaculizar el ejercicio de las funciones, ceremonias o prácticas religiosas del culto católico. A pesar de haber concurrido la agravante de amenazas, el proceso no fue tampoco incoado.

Agostino Tabacchi presentó el 5 de diciembre del mismo año una demanda ante el cardenal Ottaviani por haber sido amenazado, arrojado de la Iglesia y prohibido confesarse con el P. Pío. El motivo que justificaba tal trato por parte de la Iglesia era el haber testificado en favor del sacerdote don Attilio Negrisoló.

Fundamentado en la fidelidad de don Zenaro Domenico hacia el P. Pío, el 21 de enero de 1963 le fue negada la comunión por don Agostino Bellato.

Lo mismo sucedió a Borgo Frassini y a Carlo Zenetti.

A Giovanni Siena, director de un periódico de carácter religioso que se edita en San Giovanni Rotondo, no se le permitió que el último de sus hijos fuese bautizado por el P. Pío, como lo habían sido los anteriores.

Y a la señorita Manuela Gómez de Terán, de origen español, se le borró del registro de penitentes del Padre, negándole el derecho de confesarse con él por estar encargada de la cuenta corriente de un boletín religioso, «Franciscus», de la Asociación de Oblatos de la «Casa Sollievo». También reclamó y su reclamación no fue tramitada.

Infinidad de casos podríamos alegar, todos de corte parecido, que implican una repetición de hechos similares, pero como botón de muestra entendemos que basta con los aludidos. Más adelante enjuiciaremos en capítulo aparte tales hechos desde el punto de vista jurídico.

SE PREPARA LA TRAMA

El P. Amadeo es el designado por la Orden para tantear el terreno cerca del P. Pío. Los Capuchinos necesitan dinero y se deciden a pedirselo a quien está en condiciones de darlo. Le hablan de la situación deficitaria de la Orden y le piden de doscientos a trescientos millones a fondo perdido. El P. Pío se resiste, alega que los fondos no le pertenecen, y le dice al P. Amadeo que visite al administrador de la Casa, al comendador Battisti. Este alega la imposibilidad material de complacer a los Capuchinos, pero al fin le propone la fórmula de prestar cuarenta millones. Aceptan dicha cantidad, pero no se conforman con la cifra. Cuarenta millones es poco dada la situación financiera de la Orden. Battisti se defiende, y preocupado por el primer préstamo escribe al cardenal Ottaviani a fin de darle cuenta de lo que ocurre. En la carta le comunica que en cierta ocasión se vio forzado a adelantarles esos cuarenta millones, lo que a su juicio entiende que no podía hacer sin permiso del Vaticano.

› Por otra parte, los Capuchinos han lanzado el infundio de que la «Casa Alivio del Sufrimiento» no está bien administrada. Se habla de fallos y de abusos. Ottaviani decide salir de dudas y envía a un visitador apostólico, que en realidad no tiene tal carácter porque ha sido designado por Ottaviani y no por el Santo Padre. Mario Crovini, sustituto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio y censor de la iglesia católica, llega a San Giovanni Rotondo el 18 de abril de 1960. Para poder cumplir su misión con mayor eficacia, se fingió enfermo. Se percató pronto de lo que pasaba en realidad en torno al P. Pío, que vivía los primeros ataques de la segunda persecución; se dio cuenta de las fuerzas que luchaban contra él, desde diferentes frentes, por conseguir su dinero, y realizó una encuesta profunda y minuciosa a fin de hacer luz sobre la administración de la «Casa Sollievo».

Interrogó a unos y a otros, comprobó los hechos, se percató de las razones que explicaba tan absurdas denuncias y volvió a Roma para declarar la falsedad de las acusaciones.

El P. Giustino se alarmó de los resultados de aquella visita y escribió a monseñor Terenzi, vicario de la parroquia del Divino Amor de Roma, que estaba en contacto con su amigo Parente del Santo Oficio, para formalizar la expoliación del P. Pío. Terenzi le tranquiliza y le asegura —véanse fotocopias de las cartas que reproducimos— que la visita de Crovini no servirá para nada. Y esto asegura no sólo en su nombre sino

en nombre de los superiores mayores del Santo Oficio. Da por descontado que las decisiones finales a las que se atreve a calificar de santas, serán todo lo contrario de lo que esperan, a la sombra de la visita de Crovini, los fieles de San Giovanni Rotondo, a quienes califica despectivamente de compadres y comadres.

En la carta afirma también que todos los informes que recoja el P. Giustino los hará llegar hasta la altísima Sede. Y tiene el valor de atribuir toda la maniobra que prepara a la Santísima Virgen, la cual —dice— vencerá a Satanás. Leyendo esta carta, no puede uno menos que escandalizarse ante tanto valor y tanta hipocresía.

Pero Terenzi, el alma negra del sacrilegio de los micrófonos tenía preparada la satánica maniobra. Juan XXIII, que sentía devoción por el estigmatizado, cambiaría pronto de pensamiento. Mientras Crovini daba cuenta a Roma del feliz resultado de su gestión, totalmente favorable al P. Pío, varias personas se habían puesto de acuerdo para dar la batalla final: Terenzi, con su amigo Parente del Santo Oficio; Bortignon, con el secretario del Papa, monseñor Capovilla; el definidor general de la Orden, P. Buenaventura de Pavullo, con el P. Amadeo, provincial de Foggia, y el P. Justino, el fraile destinado como persona de «confianza» del pobre capuchino. Este último ayudado de dos frailes más, y el primero de acuerdo con el ministro general. Todo un clan perfectamente organizado para desencadenar la batalla decisiva.

Terenzi le dice al P. Giustino que en Roma se está preparando un visitador apostólico con plenos poderes, monseñor Carlo Maccari, funcionario del Vicariato de Roma, a quien califica en uno de los escritos que reproducimos de persona «muy manejable».

Por eso cuando Ottaviani recibió el informe de su enviado especial y tuvo en su poder la carta del P. Carmelo de Sessano, en la que le hablaba de los malos tratos que recibía el estigmatizado, no dudó en ordenar fuese sustituido el guardián del convento, P. Emilio de Matrice, que como él mismo llegó a reconocer en una de sus cartas que también publicamos, maltrataba frecuentemente al estigmatizado porque le odiaba; al ecónomo P. Rafael y al ayudante o persona de «confianza» del P. Pío, P. Giustino. Asimismo, decidió incorporar al P. Carmelo de Sessano a las funciones de guardián y nombrar un visitador apostólico en la persona de monseñor Ronca. Pero estos nombramientos no llegaron a buen fin.

El general de la Orden logró entrevistarse con el Papa, le presentó su dimisión si tal decreto se cursaba, se apoyó en un escrito que firmado por un millar de sacerdotes había enviado Bortignon, le habló de los peligros que representaba la figura del humilde capuchino y Su Santidad,

influido por su secretario, prohibió publicar el nombramiento, accediendo, en cambio, al envío del nuevo visitador, pero en la figura de monseñor Maccari. La persona «muy manejable», como decía Terenzi, iba a entrar en funciones. Pero antes había que prepararlo y documentarlo convenientemente a base de informes contra el capuchino que Maccari estudiaría con meticulosidad antes de su visita, para que pudiese permitirse el lujo de ir a San Giovanni Rotondo con la sentencia en el bolsillo. Aquella visita y aquellos informes estaban llamados a realizar un cambio sustancial en todas las cosas y especialmente en la idea que Su Santidad, Juan XXIII, tenía del P. Pío de Pietrelcina. Quizá el Papa, al revocar la orden de Ottaviani, quería dar a entender también que el tiempo de la supremacía del Santo Oficio había terminado para siempre.

EL PAPA, EN PRINCIPIO, FAVORABLE AL FRAILE

El Santo Padre había manifestado hacia el estigmatizado un gran afecto. En Venezia autorizó a los sacerdotes a asistir a los «grupos de oración». No dudó en presidir una conferencia que dio el P. Maximiliano a cuarenta sacerdotes sobre la misa del P. Pío y su apostolado ejemplar, conferencia que duró más de una hora. De octubre de 1958 a abril de 1960, aprobó en reiteradas ocasiones las peregrinaciones a San Giovanni Rotondo y las diferentes manifestaciones y actuaciones de los grupos de plegarias. En julio de 1959 envió a su eminencia, el cardenal Tedeschini, como legado suyo a la inauguración de la nueva iglesia de Nuestra Señora de las Gracias, que en su calidad de arzobispo coronó la imagen de la Virgen, y llevó para el P. Pío una especialísima bendición de Su Santidad. En aquella ocasión el delegado del Papa calificó a San Giovanni Rotondo, San Giovanni de las gracias, y a su iglesia de «nuevo Belén», desde donde una pequeña luz iluminaría el mundo. El Papa aprobó la consagración de Italia al Corazón Inmaculado de María y en el viaje de la Virgen de Fátima por toda la nación se detuvo excepcionalmente durante dos días en la clínica de San Giovanni Rotondo, lo que no había hecho en los diferentes puntos de peregrinaje, pues tenía sólo orden de hacer en las cabezas de partido unas breves paradas. El 12 de septiembre de 1955 el Papa autorizó, coincidiendo con el Congreso Nacional Eucarístico, la primera Asamblea Nacional de los «grupos de oración», que se celebró en Catania. A mayor abundamiento recordaremos que la propia hermana de Juan XXIII visitó por aquellas fechas al P. Pío.

¿Cómo pudo cambiar tanto? El Papa cayó en la trampa que le tendían personas en las que confiaba. Y de tal forma cambió que cuando el cardenal Antonio Bachi, alarmado por lo que ocurría en San Giovanni

Agli Ecc.mi Vescovi della Regione Veneta

Al Rev.mi Parroci della Diocesi di Padova

... È strettamente necessario che gli uomini diretti nei gruppi di preghiera... Nelle formidabili controversie religiose di cui siamo testimoni non si può fare senza assegnare che sui fedeli i quali pregano... (Pio XII 28-30-39).

«Uomini in cui la preghiera è il pensiero di Dio, siano diretti una seconda natura... Ma di così potenti granti forza i veri diletti figli (sacerdoti) è creato e preparato la religiosa schiera...» (Pio XII 12-15-53).

A questa vita di preghiera, non solo, ma alla vita di preghiera in comune, Pio XII chiama tutti i cristiani:

«... Abbiamo detto mediante l'unione nella preghiera, perché se vi chiedete quale parola d'ordine abbiamo riservato all'invito, cioè: nostre Pontificie, rispondiamo pregate, pregate sempre più, con maggior fervore...» (Pio XII 24-31).

«... Chi di cui la Chiesa ha urgente bisogno sono fedeli e gruppi di fedeli di ogni condizione, che liberi dalla schiavitù del rispetto umano, contemino tutta la loro offerta ai comandamenti di Dio e alla legge di Cristo...» (Pio XII 8-15-50).

«... Ogni un figlio della Chiesa per «l'altare degli sciogli» che insidiano la sua vita religiosa e mercede dove cercare in una comunità fraterna e fervente il sostegno spirituale di cui ha bisogno...» (Pio XII 22-7-55).

Citarono su questo argomento potrebbero formare un volume a se costituiscono la «Carta di fondazione» dei gruppi di preghiera.

Questo insegnamento dottrinale e pastorale del Summo Pontefice trovò un realizzatore in Padre Pio da Pietrelcina, e così pure ogni sacerdote, diocesano e universale, conduttore di Pio XII.

ASCOLTIAMO IL PAPA. MI LITURGIA PRECARE INSIEME FORMANDO I GRUPPI DI PREGHIERA. È il ritorno di Padre Pio.

Nascono i Gruppi di preghiera non come organizzazione dei fedeli (anche, ma esiste, spontanea adesione all'insegnamento di Pio XII). L'organizzazione è una condizione necessaria e sufficiente a garantire la fedeltà all'insegnamento del Pontefice.

I primi Gruppi sono sorti nel 1946 ed oggi sono estesi ovunque in Italia e nel mondo cattolico. Essi hanno incontrato sempre nella preghiera, nella S. Messa, nella S. Comunione mensile e nell'istruzione religiosa la loro attività in comune.

Il Congresso di Emilia-Romagna, con l'adesione e partecipazione dei Vescovi della regione, con la presidenza del Card. Lercaro ed il telegramma di benedizione, del Santo Padre, e la più recente manifestazione pubblica del movimento. GRUPPI DI PREGHIERA di Padre Pio.

Tal movimento dei Gruppi di Preghiera aveva ricevuto nel suo I. Congresso Nazionale a Catania, abbinato al Congresso Eucaristico Nazionale 1959, il crisma della ortodossia e della perfetta rispondenza agli insegnamenti della Gerarchia Ecclesiastica.

A PADOVA

Fin dal 1950 ai penitenti di Padre Pio non è mai stato permesso di riunirsi in Gruppi di preghiera.

Il Bollettino Diocesano di Padova del 1950 pag. 563 pubblica: «... Sottolinea poi il Presule la necessità di evitare ogni forma di esagerazione nelle forme di devozione. Si sconsigliano perciò sacerdoti e fedeli dall'organizzare in diocesi:

- a) pellegrinaggio al Padre Pio da Pietrelcina
- b) ed anche celebrazioni di Messa
- c) e cancelli di preghiera

«Padova, junio 1960. A los Excmos. Obispos de la Región Veneta. A los Revmos. Párrocos de la Diócesis de Padova.

«...Es sobre todo necesario que los hombres lleguen a ser hombres rezadores... En las formidables controversias religiosas de las que somos testigos podemos contar sólo con los fieles que rezan...» (Pio XII, 25-3-49).

«Hombres en quienes la oración y el concepto de Dios se han hecho una segunda naturaleza... Mas de tan poderosos rezadores toca a los amados hijos (los sacerdotes) crear y preparar la religiosa tropa...» (Pio XII, 13-3-1953).

No sólo hacia esta vida entregada a la oración, sino también hacia una vida de oraciones en común Pio XII llama a todos los cristianos:

«...Hemos dicho por medio de la unión en la oración, porque si se nos pregunta cuál es la palabra de orden establecida a comienzos de nuestro Pontificado, contestamos que se reze, se continúe rezando con el mayor fervor...» (Pio XII 26-6-39.)

«...Lo que la Iglesia necesita urgentemente son los fieles y los grupos de fieles de toda condición, que libres de la esclavitud de las relaciones humanas, con-

formaron su obra con los mandamientos de Dios y la ley de Cristo...» (Pio XII, 8-3-52.)

«...Hoy día un hijo de la Iglesia; para evitar los peligros que van a insidiar su vida religiosa y moral, ha de buscar en una comunidad fraternal y fervorosa el auxilio espiritual que necesita...» (Pio XII, 30-7-55.)

Citaciones sobre este argumento podrían de por sí formar un entero libro: ellas constituyen la «Carta de fundación» de los grupos de rezadores.

Tal enseñanza doctrinal y pastoral del Sumo Pontífice encontró un realizador en el P. Pio de Pietrelcina. De este modo cada sacerdote debería perseguir el mismo intento de Pio XII.

ESCUCHEMOS AL PAPA, RECEMOS JUNTOS, FORMANDO GRUPOS DE REZADORES: sigue repitiendo el P. Pio.

Nacen los «Grupos de rezadores», que no representan una organización de los fieles que rezan, sino una espontánea adhesión a la enseñanza de Pio XII. La organización es una condición sucesiva, necesaria para garantizar la fidelidad a la enseñanza de los Pontífices.

Los primeros grupos nacieron en 1946 y han ido extendiéndose por doquiera en Italia y en el mundo católico. Ellos han encontrado siempre en la oración, en la Santa Misa, en la Sagrada Comunión mensual y en la enseñanza religiosa su actividad común.

El Convenio de Emilia-Romagna, en el que tomaron parte los Obispos de la región, bajo la presidencia del Cardenal Lercaro, y al que el Sumo Pontífice envió un telegrama de bendición, es la manifestación pública más reciente del movimiento GRUPOS DE REZADORES del P. Pio.

Dichos grupos habían recibido ya en su primer Congreso Nacional en Catania, adjunto al Congreso Eucarístico Nacional 1959, el carisma de la ortodoxia y de la perfecta correspondencia con las enseñanzas de la Jerarquía Eclesiástica.

En Padova, desde el año 1950 sigue existiendo la prohibición a los penitentes del P. Pio de reunirse en Grupos de oración.

1. El Boletín de la Diócesis de Padova de 1956, págs. 563, publica:

«...Pone de relieve, además (el Presule) la necesidad de evitar toda clase de exageración en la forma de devoción religiosa. Pues se aconseja a los sacerdotes y los fieles que no organicen en la diócesis:

- a) Romerías al P. Pio de Pietrelcina.
- b) Celebración de Misas.
- c) Cenáculos de oración,

en unión con el sobredicho Padre. Se opina que todo eso no corresponde al «sensus Ecclesiae Christi», ya que la Iglesia reserva tales manifestaciones a los Siervos de Dios ya difuntos.»

2. A un penitente del P. Pio, que había solicitado el permiso de organizar un Grupo de oración en su parroquia, después de recibir la prohibición de

In unione al prefetto Padre, Si ritiene che ciò non corrisponda al sensus Ecclesiae. Cito, perché la Chiesa riserva certe manifestazioni al Servo di Dio già defunto."

24 Ad un penitente di Padre Pio che aveva chiesto di fondare un Gruppo di preghiera nella sua parroquia, dopo di averle avuto elusivo dal suo Arcipreste, el Vicario Generale in data 10-9-59 respondía: "¿... Debo significarle que el nostro Excmo. Vescovo non approva che nella diocesi di Padova se gano giorni de preghiera...". Firmato: El Vicario Generale D. G. Pretto...

Tante anime lontane da Dio, que los sacerdotes hanno el preciso compito de atraer al bien, ordenando a San Giovanni Rotondo convencerle y dispoñe al mismo en preghiera con altre per responder al llamado del Papa y alle esigenze della vita mioranza. Queste anime ben orientate o convertite o inter-vocate chiedono a sacerdoti una sola cosa: lo essere unidos nella vida de la preghiera y de la practica cristiana. Ma por el solo hecho de ser penitentes de Padre Pio, lo que es culpa de quienes los convenceran y por eso **son guardados con diffidenza, umiliates, derisive y talvolta oggetto de persecuzione.**

I sempre e piove de facto a Padova **se ne sono molti**, cosa pareva a sacerdoti se rendono re-sponsabili di un delito atrepreneurial, e a queste dificultades por lo dolosissimamente conseqüente, que ne derivan.

25 Alle anime indoltes en comunione y obsequiadas nella loro vita espiritual.

26 A Padre Pio, indolte a unante esto, expone de lo siguiente: lo anime, afligidas, mianadas nella via de Pio XII... Vescovo. En este caso el 27-4-42 que nella "vita mior" el bien y el mal, que todos combaten la Chiesa, essa non piro, trocarse en el plegio comunio y stimo, en coloro que si aceptan una sola vida, alfin de la vida comunio, **vi consigliamo de adunare y formare gruppi di uomini e di giovani che frequentino almeno mensilmente la Mensa Eucaristica, e vi conducano quanti più possano amici e conoscenti.....** puede salire de apostoli laico conqüegosa y penitente, non divertan, fose **la via più efficace, anzi spesso la sola**, por non durar alla Chiesa, en el caso de los excomunicados de Pio XII. **Tale modestia** via raccomandando, anche por el mundo temiendo... "Experiencia Pastoral ha tutti e testimonios, cosa dolosissimamente obliquen que, ogegi appare sempre più necessario il far **sorgere gruppi Eucaristici** tenen in mente, designando, de se, siete y invigilando, quele umilde fedeli... (Pie XII 13-3-43)

Tutta l'attività del Gruppo Preghiera = Eucaristia = Apostolato = S. Messa mensile, mira a por-lare a miembros alla Comunione mensual, por realizar el programa, "La Via" de Pio XII, que es el vero programa del Grupo de Preghiera de Padre Pio.

Non vogliamo qui esporre la documentación de la serie de casos de un mismo victimario, o los nocencia, ci basta por el momento reclamar la atención su dicho fallo.

13 Una publicia ed ultinate afirmaciones, igualmente grave, reportada en Boletín Diocesano 1959, pág. 621, sul conto del penitente di Padre Pio: "In questo movimento, come è situato in Diocesi, si discorrono degli **atteggiamenti equivoci, delle manifestazioni esagerate e delle affermazioni strane...**

Chiediamo ai sacerdoti che hanno in cura queste anime quale fondamento di verità ha simile affermazione.

27 L'altro fatto è avvenuto il 13 maggio scorso nella Chiesa della Adorazione Perpetua di S. Lucia di Padova, ove i penitenti di Padre Pio sono stati pubblicamente dall'altare invitati a **non entrare più in quella Chiesa.**

E quale la ragione di tale manifestazione ed arbitrario provvedimento?

Riteniamo che l'argomento sia ben degno di essere sottoposto alla attenzione dei sacerdoti e delle competenti Autorità Ecclesiastiche, poiché lecitamente nessuno può rendersi responsabile di disorien-tate e confondere le anime che costano il Sangue di Gesù Cristo.

FIRMATO

Dott. Giuseppe Gusso.
Rag. Giuseppe Pagnossin.
Dott. Antonia Moretti.
Dott. Luciana Domenichelli.
Sig. Gino Masiero.

Ing. Renzo Busatto.
Dott. Angelo Masiero.
Perito Bartolomeo Miotti.
Sig. Piero Sartori.
Sig. Tiziano Maistro.

parte de su Arcipreste, el Provvisor, el 10 de setiembre de 1959, contestaba:

«...He de comunicarle a usted que nuestro excelentísimo Obispo *no* aprueba que en la diócesis de Padova surjan grupos de oración...

Firmado: El Vicario General, D. G. Pretto.»

Tantas personas lejanas de Dios, que los sacerdotes deben atraer al bien, vuelven de San Giovanni Rotondo convertidas y dispuestas a rezar con otras personas según la invitación del Papa y las exigencias de la vida en Gracia. Estas personas, bien orientadas o convertidas o llenas de fervor religioso, piden a los sacerdotes una sola cosa: que se las ayuden en su vida entregada a la oración y a la práctica cristiana. Pero sólo por el hecho de ser penitentes del Padre Pio (cuyo delito es el de obrar conversiones) *se las consideran con desconfianzas escarnecidas y humilladas muchas veces, se las atormentan también.*

Muchos son los ejemplos de eso en Padova. Así varios sacerdotes se hacen responsables de un doble comportamiento que nos parece inconveniente por las penosísimas consecuencias que del mismo proceden:

1. A los fieles se les lleva a la confusión y se les obstaculiza en su vida espiritual.

2. Al P. Pio, indirectamente, culpable de convertir, fraternizar y enseñar a las almas el camino in-

dicado por Pio XII. «...Dijimos el año pasado (27-2-42) que en la lucha entre el bien y el mal, en el que sigue combatiendo la Iglesia todavía, ella no puede encontrar un apoyo continuo y seguro en los que reciben la Eucaristía sólo una vez durante un año, *pues aconsejamos que las personas se reunieran, formando grupos de hombres y de jóvenes, los cuales, por lo menos una vez al mes, comulgaran y atrayeran a la Eucaristía el mayor número de amigos y conocidos...* Aquellas tropas de apóstoles laicos animosos y prudentes llegarán a ser, pues, el *camino más eficaz, mejor diría el único*, para atraer a la Iglesia a los hijos que se alejaron de ella.

Este mismo camino recomendamos también al mundo femenino...; la experiencia Pastoral guarda hechos y testificaciones tan penosas y claras que hoy día es verdaderamente necesario ordenar la *fundación de Grupos Eucarísticos* para recobrar a las desviadas y alentar a las que no perdieron la fe...» (Pío XII, 13-3-43).

Toda la actividad de los Grupos: Oración, Enseñanza, Apostolado, Misa mensual, tiene el intento de atraer mensualmente los miembros a la Eucaristía para realizar el programa, «el Camino», de Pío XII, que es el verdadero inspirador de los Grupos de oración del P. Pio.

No queremos exponer aquí la documentación de los numerosos casos de que somos víctimas; es suficiente por ahora llamar la atención sobre dos hechos:

1. Una pública y oficial aseerción moralmente grave, relatada en el Boletín Diocesano, 1959, pág. 621, acerca de los penitentes del P. Pio: «En este movimiento, que va actuándose en la Diócesis, se verifican *modelos equívocos, manifestaciones exageradas y aseerciones extrañas...*»

Vamos a preguntar a los sacerdotes que se cuidan de estas almas si tal aseerción tiene fundamento.

2. El segundo hecho se verificó el 13 de mayo u. p. en la iglesia de la Adoración Perpetua de S. Lucia de Padova, donde los penitentes del P. Pio fueron invitados desde el altar a que *ya no entraran en aquella iglesia.*

¿Cuál era la razón de esta injustificada y arbitraria disposición?

Creemos que el asunto es tan importante que los sacerdotes y las Autoridades eclesiásticas han de considerarlo con la mayor diligencia, ya que lícitamente ninguno puede hacerse responsable de desconcertar y trastornar a las almas que costaron la Sangre de Jesús Cristo.

Firmado: Dott. Giuseppe Gusso, Rag. Giuseppe Pagnossin, Dott. Antonia Moretti, Dot. Luciana Domenichelli, Sig. Gino Masiero, Ing. Renzo Busatto, Dott. Angelo Masiero, Perito Bartolomeo Miotti, Sig. Pietro Sartori, Sig. Tiziano Maistro.

COMENTARIO: Los fieles reaccionan y, en defensa del P. Pio, publican una circular dirigida a los Obispos de la región Veneta y a todos los Párrocos de la Diócesis de Padua, justificando la procedencia de los grupos de oración condenados y disueltos por el Obispo Bortignon.

DEPLORAZIONE

Ci consta che giungono alla Santa Sede, da parte di persone della nostra Diocesi — le quali si dicono aderenti al «gruppi di preghiera» che si richiamano al Rev.do P. Pio da Pietrelcina, O.F.M. Capp., numerosi telegrammi, nei quali si lamenta un preteso ingiusto trattamento a cui sarebbe sottoposto il medesimo Religioso.

Dal modo come sono concepiti ed indirizzati, appare manifesto che i telegrammi non sono una iniziativa spontanea, ma il frutto di una campagna concertata.

Con animo profondamente addolorato perché nell'ambito della nostra Diocesi ci siano persone capaci di azioni così sconsiderate, noi deploriamo tale atteggiamento che, oltre tutto, dimostra mancanza di reverenza e di fiducia nei provvedimenti della Superiore Autorità Ecclesiastica.

Tutti uniti: Vescovo, Sacerdoti e buoni fedeli, in riparazione dell'offesa recata alla Santa Sede dai predetti «protestanti», confermiamo fedeltà, obbedienza, devozione e amore a Santa Madre Chiesa.

Insieme rendiamo noto che in Diocesi di Padova il movimento dei così detti «gruppi di preghiera di P. Pio» non è mai stato autorizzato; e certamente questi atti di irriverenza — che si aggiungono a precedenti manifestazioni di mancato rispetto ed ubbidienza alla Autorità Ecclesiastica — non incoraggiano ad aprire le porte a tale movimento che, in Diocesi, non presenta il carattere evangelico di «gruppo di preghiera», ma piuttosto di una conventicola di dissidenti.

Non così si onora Dio, né così si serve la Chiesa!

«Non può avere Dio per Padre, chi non ha la Chiesa per Madre»!

Preghiamo davvero il Signore perché i responsabili si ravvedano.

Padova, 7 novembre 1960.

† Fra GIROLAMO Vescovo

«*Deploración.* — Nos consta que llegan a la Santa Sede, de parte de personas de nuestra diócesis, que se proclaman partidarios de "los grupos de oración". centrados en el Rvdo. P. Pío de Pietrelcina, numerosas quejas en la que se lamenta un *pretendido* injusto trato al que está sometido el citado religioso.

Por la forma en que son redactados y dirigidos aparece claro que los telegramas no son fruto de una iniciativa espontánea, sino el fruto de una campaña bien dirigida.

Con el ánimo profundamente afligido por el hecho de que en nuestra diócesis haya personas capaces de acciones tan desconsideradas Nos deploramos tal actitud, que sobre todo demuestra falta de reverencia y de confianza en las medidas de la Superior Autoridad Eclesiástica.

Todos unidos: Obispos, Sacerdotes y buenos fieles, en reparación de la ofensa hecha a la Santa Sede por estos llamados "protestantes", confirmamos la fidelidad, obediencia, devoción y amor a la Santa Madre la Iglesia y unidos hacemos saber que en la diócesis de Padua el movimiento de los así llamados "grupos de oración" del P. Pío, no ha sido autorizados, y que estos actos de irreverencia — que se añaden a anteriores manifestaciones de falta de respeto y sumisión a la Autoridad Eclesiástica — no dan ánimos para abrir las puertas a tal movimiento que en la diócesis de Padua no presenta el carácter evangélico de "grupo de oración", sino más bien de conciliábulo de disidentes. Así no se honra a Dios ni se sirve a la Iglesia.

¡No puede tener a Dios por Padre, quien no tiene a la Iglesia por Madre!

Roguemos de verdad al Señor para que los responsables vuelvan pronto al buen camino. Padua, 7 de noviembre de 1960. — El obispo, *Fra. Girolamo Bortignon.*»

COMENTARIO: Ante los cientos de cartas y telegramas que se dirigieron a la Santa Sede, protestando contra la persecución al P. Pío, el obispo de Padua publica una nota deplorando la actitud de aparente rebeldía de aquellos «malos» hijos de la Iglesia y aprovechando la oportunidad para criticar a los grupos de oración que no han sido autorizados en la diócesis por constituir un cenáculo de disidentes. El obispo pretende hacer un acto de desagravio y reparación a la Iglesia, criticada por los seguidores del capuchino y afirma que nadie puede tener a Dios por Padre si antes no tiene a la Iglesia por Madre.

Publicamos las fotocopias de las citaciones que recibieron D. Attilio Negrisola y Nello Castello para comparecer ante el Tribunal en la causa que se les instruyó a fin de investigar su responsabilidad por el hecho de pertenecer a los «grupos de oración» que suprimió y condenó el obispo de Padua.

CURIA VESCOVILE

di
PADOVA

TRIBUNALE

CAUSA

Gruppi di preghiera

OGGETTO.

Citazione

A norma del can. 1715 del Codice di Diritto Canonico con la presente citiamo il Sig. *D. Nello Castello*

a comparire personalmente davanti a questo Tribunale Ecclesiastico in Padova, Piazza Duomo N. 5, il giorno *martedì 17 novembre* alle ore *10* per essere esaminato e per deporre sui fatti e sulle circostanze su cui verrà interrogato, in qualità di

nella Causa a margine indicata.

All'atto di presentarsi esibirà al Tribunale la carta di identità personale od altro documento equivalente.

IL GIURICO



IL NOTARIO

Delfido Battisti
Avv. Vic.

Al Sig.

D. Nello Castello
Balzano

Il sottoscritto attesta d'aver consegnato copia della presente citazione nelle mani di _____ il _____ alle ore _____

IL CURSORE DEL TRIBUNALE

CURIA VESCOVILE

di
PADOVA

TRIBUNALE

CAUSA

Gruppi di preghiera

OGGETTO.

Citazione

A norma del can. 1715 del Codice di Diritto Canonico con la presente citiamo il Sig.

a comparire personalmente davanti a questo Tribunale Ecclesiastico in Padova, Piazza Duomo N. 5, il giorno *venerdì 16 novembre* alle ore *16* per essere esaminato e per deporre sui fatti e sulle circostanze su cui verrà interrogato, in qualità di

nella Causa a margine indicata.

All'atto di presentarsi esibirà al Tribunale la carta di identità personale od altro documento equivalente.

IL GIURICO



IL NOTARIO

Delfido Battisti
Avv. Vic.

Al Sig.

D. Attilio Negrisola
Levatico

Il sottoscritto attesta d'aver consegnato copia della presente citazione nelle mani di _____ il _____ alle ore _____

IL CURSORE DEL TRIBUNALE

Carta de D. Atilio Negrisola, dirigida al Obispo de Padua, donde pide se le expliquen los cargos de que se le acusa y por los que fue suspendido «a divina», adelantándose a pedir perdón de ellos, aún ignorando de qué se trata y ofreciendo la reparación que proceda.

Padova 26 - giugno - 1968
(62)

Eccellenza,

nuevamente, a su vez, he sido siempre más grave pena, de cuantas merezco por mis regulares faltas, de mis años de sacerdocio, con cui me he ocupado, pero en última pública condena, me pongo en posición para remover la somnolencia y el aburrimiento de la Autoridad Eclesiástica; e, en consecuencia, nuevamente le ruego le suplico a intermediar las mis culpas graves, e la promesa de serme lo más pronto e completa reparación, como que, en estos días, de persona, a vez, he hablado a Ud. e a los otros Superiores Eclesiásticos. El punto, así como también a nombre del Sacerdote Don Nello Castello.

En attesa di una sua risposta mi pongo
dev. mo e obedi.
Attilio Negrisola
mandato a seguir a don Nello

«Padua, 26 de junio de 1968.

Excelencia: De nuevo, con motivo de las penas cada vez más graves que me azotan, cuyas primeras amenazas se remontan muy atrás y se han realizado con la última condena pública, yo me arrodillo para renovar mi sumisión y obediencia a la Autoridad Eclesiástica: de rodillas renuevo a Vd. mi súplica de que se sirva indicarme cuáles son las culpas de que se me acusa y renuevo la promesa de dar inmediata y amplia reparación de ellas, lo que estoy dispuesto a hacer, por escrito, personal y oralmente, a usted y a los otros Superiores eclesiásticos. Expreso tales sentimientos también en nombre del Sacerdote D. Nello Castello.

Con mi pesadumbre, devotísimo Attilio NEGRISOLA, sacerdote suspendido a Divinis.»

COMENTARIO: Al fallecer el P. Pío, Monseñor Bortignon, que se había significado como su mayor enemigo, autor principal de la persecución que duró hasta su muerte, curso a San Giovanni Rotondo el siguiente telegrama, cuya letra no responde al espíritu de sus insidias, calumnias, campañas y maniobras en contra:

Presento sentite condoglianze transito del caro Confratello Padre Pio apostolo consolatore di innumerevoli schiere di sofferenti e realizzatore di opere mirabili.

**† Girolamo Bortignon
Vescovo di Padova**

«Ofrezco sentido pésame por la muerte del querido Hermano P. Pío, apóstol consolador de innumerales multitudes de enfermos y realizador de obras maravillosas. — Girolamo Bortignon, Obispo de Padua.»



Fotografía del siervo de Dios monseñor Jacinto Longin, obispo capuchino de Treviso, que organizó la defensa del P. Pío entre los miembros de la Orden.

Perteneció a la misma provincia de donde salieron el obispo Bortignon y el P. Clemente de Santa María in Punta.

25 10 1960

16/4

Dichiaro che nei primi di Febbraio 1960 e non nell'Estate 1958, come da me preliminarmente ritenuto per equivoco, ricevetti una telefonata del Dott. Pietro Terranova, il quale mi chiese se conoscevo bene un certo Don Attilio Negrisolo. Alla mia risposta affermativa, il mio collega assunse di aver avuto l'incarico da parte di un sacerdote di Padova (e precisamente da Don Antonio Varotto, allora parroco di S. Prosdocimo, come lui stesso poi ha ammesso) di redigere un certificato di malattia mentale, della quale sarebbe stato affetto Don Negrisolo, onde poterlo internare in una clinica per malati psichici.

Non conoscendo che di nome tale sacerdote, il Terranova mi chiese se potesse dirmi qualche informazione sul suo stato mentale. Io, che bene conoscevo Don Attilio Negrisolo, negai recisamente che in lui si potesse evidenziare sintomi di psicopatia ed invitai il collega a recarsi col me presso l'Hotel Meggiolato di Abano Terme, dove in quei giorni alloggiava il suddetto sacerdote, onde potesse personalmente rendersi conto delle sue assolute normaliità mentali.

Ancorquando infatti nel pomeriggio dello stesso giorno ad Abano, dove ebbimo un lungo colloquio con Don Negrisolo, presenti anche altre persone. Da tali incontri posso afferire che il Dott. Terranova riportò la chiara impressione di aver trattato con persona perfettamente normale di mente e di grande levatura morale.

In fede

Dr. Giuseppe Pontara

Informe del Dr. Giuseppe Pontara, donde explica cómo fue con el Dr. Terranova a visitar al P. Negrisolo, a fin de reconocer su estado psíquico, llegando ambos a la conclusión de que se trataba de una persona normal en todos los aspectos.

«Dr. Giuseppe PONTARA, Especialista de Quirugía General, Medicina interna, CARTURA (Padua), 25-10-1960.

Declaro que en los primeros días de febrero de 1960, y no en el verano de 1959 como me había parecido por equivocación, recibí una comunicación telefónica del Doctor Pietro Terranova, quien me preguntó si conocía yo bien a cierto don Attilio Negrisolo. Ante mi contestación afirmativa, mi colega declaró que le había encargado un cura de Padua (y más exactamente don Antonio Varotto, que era a la sazón el párroco de San Prosdocimo, tal como él mismo lo reconoció posteriormente) de redactar un certificado de enfermedad mental, la que parecía afectar al P. Negrisolo, a fin de poderlo internar en una clínica para enfermos síquicos. Conociendo tan sólo el nombre de ese cura, Terranova me preguntó si podía yo proporcionarle alguna noticia sobre su estado mental. Como yo conozco bien a don Attilio Negrisolo, negué decididamente que se pudiera evidenciar en él síntomas de psicopatía e invité a mi colega a ir conmigo al hotel Meggiolato de Abano Terme donde, en aquellos días, se hospedaba dicho cura, para enterarse personalmente de su estado síquico absolutamente normal. Fuimos, en efecto, en la tarde del mismo día a Abano, donde tuvimos una larga plática con el P. Negrisolo, en presencia de otras personas. Puedo aseverar que, de tal encuentro el doctor Terranova sacó la clara impresión de haber tenido trato con una persona perfectamente normal bajo el aspecto síquico y de gran valor moral.

En fe de ello, Dr. Giuseppe PONTARA.»



Miguel de Nittis, arcipreste de San Giovanni Rotondo desde 1956 hasta el día de la fecha.

Appare Padre Pio e il moribondo risana

Prodigiosa guarigione con un fazzoletto di Padre Pio

*Il meraviglioso dono dell'ubiquità
posseduto dal frate dalle stigmate*

« Eh, sì che avvengono queste cose! Non si sa se si muove il corpo o lo spirito, ma si sa dove si va e che cosa si fa » ha detto il Monaco santo. Gli episodi di «doppiamento sono innumerevoli ed hanno una notevole suggestione

*Mentre celebra la Messa il frate santo
«sente» le mute preghiere dei fedeli*

A chiunque riesce ad avvicinarlo in sacrestia egli dice: « Me l'hai già detto durante la Messa, stai tranquillo ». - Tutta la folla in ginocchio mentre il Monaco dalle stigmate si accinge a rivivere il supplizio della crocifissione. - Un episodio vissuto nell'anno 1940 dal poeta abruzzese Alfredo Luciani

**Il fenomeno dei colloqui telepatici
fra il monaco ed i «figli spirituali»**

L'avvertimento a distanza dato ad un automobilista prima di un incidente nei pressi di Terracina. - Lettere e telegrammi da ogni parte del mondo. - La prodigiosa guarigione di un pescarese che era affetto da una grave malattia

APARECE EL PADRE PIO Y EL MORIBUNDO RECOBRA LA SALUD

PRODIGIOSA CURACION POR MEDIO DE UN PAÑUELO
DEL PADRE PIO

EL EXTRAORDINARIO DON DE LA UBICUIDAD DEL FRAILE
DE LAS LLAGAS

«Sí, tales cosas acaecen. No sabemos si se mueve el cuerpo o el espíritu, sabemos sólo a dónde vamos y qué hacemos», dijo el Monje santo. Los episodios de desdoblamiento son innumerables y muy sugestivos.

MIENTRAS CELEBRA MISA EL FRAILE SANTO «OYE» LAS CALLADAS
ORACIONES DE LOS FIELES

A quien logra acercarse a él en la sacristía, le dice: «Ya me lo dijiste mientras decía Misa, queda tranquilo». El gentío de rodillas mientras el Monje de las llagas vuelve a vivir el tormento de la crucifixión. Un episodio vivido en el año 1940 por el poeta abruzo Alfredo Luciani.

EL FENOMENO DE LOS COLOQUIOS «TELEPATICOS» ENTRE EL MONJE
Y SUS «HIJOS ESPIRITUALES»

Advertencia desde lejos, dada a un automovilista, antes de sufrir un accidente cerca de Terracina. Cartas y telegramas de todas partes del mundo. La prodigiosa curación de un hombre de Pescara afectado de grave enfermedad.

SARANNO MISE A TACERE LE INDEGNE SPECULAZIONI SU PADRE PIO

Imminente comunicazione del Vaticano sulla Casa Sollievo di S. Giovanni Rotondo

*Il problema dell'organizzazione sanitaria sarà risolto - L'inchiesta di Mons. Maccari
1 migliaia giungono ogni giorno i fedeli per manifestare la loro solidarietà al frate*

DOPO LA « VISITA APOSTOLICA »

Prossima riforma dell'ospedale di Padre Pio

*Le risultanze sono state presenta-
te alla Congregazione del Concilio*

L'ispezione vaticana a San Giovanni Rotondo

TRE ANIMATI COLLOQUI nella cella di Padre Pio

*L'amministrazione della «Casa di sollievo della sofferenza» è stata
al centro della missione del visitatore apostolico nel Gargano*

GLI SVILUPPI DELL'INCHIESTA A SAN GIOVANNI ROTONDO

La Casa di Sollievo passa da Padre Pio al Vaticano

9. X. 1960

GIORNALE
DI
SICILIA

IL PICCOLO
7. 10. 1960

PRESE-GERA
2. 9. 60

Se acallarán las indignas especulaciones sobre el P. Pío.
INMINENTE COMUNICACION DEL VATICANO SOBRE LA CASA «SOLLIEVO»
DE SAN GIOVANNI ROTONDO

El problema de la organización sanitaria ha de resolverse. La encuesta de Monseñor Maccari. Millares de fieles llegan cada día para demostrar su solidaridad al fraile.

DE «GIORNALE DI SICILIA» 9-10-1960

Después de la «Visita Apostólica»

PROXIMA REFORMA DEL HOSPITAL DEL PADRE PIO

Se comunicaron los resultados a la Congregación del Concilio.

De «IL PICCOLO» 7-10-1960

La «inspección» vaticana en San Giovanni Rotondo.

TRES ANIMADAS ENTREVISTAS EN LA CELDA DEL PADRE PIO

La administración de la «Casa Sollievo della Sofferenza» fue el centro de la misión del visitador apostólico en el Gargano.

De «PAESE SERA» 7-9-1960

Cómo va transcurriendo la encuesta en San Giovanni Rotondo.

LA «CASA SOLLIEVO» PASA DEL PADRE PIO AL VATICANO

EPISODI DA FILM GIALLO NEI CORRIDOI DEL CONVENTO

NAPOLI
NOTTE

Ecco l'incredibile storia del Provinciale dei Cappuccini di Foggia, Padre Amedeo, che tentò di impossessarsi, nei corridoi del Convento di San Giovanni Rotondo, della borsa con la quale, ogni giorno, Padre Pio faceva recapitare alla amministrazione della Casa Sollievo della Sofferenza, le ingenti offerte che gli inviavano i fedeli di tutto il mondo

LO SCANDALO DEL FAMOSO PADRE "TAUMATURGO,"

MILIARDI IN GIOCO nell'inchiesta vaticana su Padre Pio da Pietralcina

**PAESE
SERA**

Perché la notizia è uscita in anticipo - Lunga indagine di mons. Maccari -

Secolo XX • 9

DERUBANO PADRE PIO PER PAGARE I DEBITI DI GIUFFRÈ

Un'aspra persecuzione viene condotta ormai da tempo contro Padre Pio da Pietralcina. L'indegna manovra ha lo scopo di sottrarre al controllo del frate dello Stimmato le ingentissime somme che affluiscono da ogni parte del mondo a San Giovanni Rotondo e arginare così lo scandalo dell'Anonima Banchieri, nel quale un Ordine monastico si è trovato coinvolto per molti miliardi di lire

dal nostro inviato **MICHELE M. DI BELLA**

**SECOLO
XX**

De «NAPOLI NOTTE»

EPISODIOS PROPIOS DE UNA PELICULA POLICIACA EN LOS
CORREDORES DEL CONVENTO

De «PAESE SERA»

El escándalo del famoso padre «taumaturgo».

SE HABLA DE MILLARES DE MILLONES EN LA ENCUESTA VATICANA
SOBRE EL P. PIO DE PIETRELCINA

De «IL SECOLO XX»

ROBAN AL P. PIO PARA PAGAR LAS DEUDAS DE GIUFFRE

Il frate di Pietrelcina compie oggi 77 anni

Prega sereno tra molti nemici

**I cappuccini vo-
gliono i miliardi
di Padre Pio**

**il «carceriere»
di Padre Pio**

S. GIOVANNI ROTONDO.

ROMA
A-B-C
XX Secolo
TEMPO
7° Giorno

Padre Pio
«carcerato»

**L'IGNOBILE
PERSECUZIONE
CONTRO
PADRE
PIO**

YOUNG MEN

RE L'ANNIVERSARIO DELL'ORDINAZIONE SACERDOTALE

**GIUN
IL "C**

**SE DA MAZZARINO
ARCERIERE" DI PADRE PIO**

REZA SERENO EN MEDIO DE MUCHOS ENEMIGOS

LOS CAPUCHINOS QUIEREN LOS MILLONES DEL P. PIO

EL P. PIO ENCARCELADO

28 Giornale
Giulia 5-10-60

Eseguita una indagine amministrativa sulla gestione della clinica di Padre Pio

... veniva condotta con eccessiva lena

SCANDALO A SAN GIOVANNI ROTONDO

SOTTO INCHIESTA

l'Opera di Padre Pio

PAESE SERA 4-10-1960

LO SCANDALO DEL FAMOSO PADRE "TAUMATURGO,,

MILIARDI IN GIOCO

**nell'inchiesta vaticana
su Padre Pio da Pietralcina**

Perche la notizia è uscita in anticipo - Lunga indagine di mons. Maccari - La "Casa del sollievo,, è una imponente impresa finanziaria - Destituito il Superiore del Convento delle Grazie

IL MATTINO

5-10-1960

STUPORE E DOLORE A SAN GIOVANNI ROTONDO

Intorno alla fede di Padre Pio

negligenze e irregolarità amministrative

Gli accertamenti che sarebbero stati fatti da Monsignor Carlo Maccari inviato della Curia romana al Convento delle Grazie

INCHIESTA A SAN GIOVANNI ROTONDO

Nuovo inquadramento alle opere

sorte "nel nome di Padre Pio,,

Un controllo sulla gestione della « Casa di sollievo della sofferenza » - Il superiore del Convento sostituito dall'ex

LAZIO AL SUD
6-10-1960

De «IL GIORNALE DI SICILIA» 5-10-1960

Por mandato de la Congregación del Concilio

EFFECTUADA UNA INSPECCION ADMINISTRATIVA SOBRE LA GESTION
DE LA CLINICA DEL P. PIO

La actividad de la «Casa Sollievo» se llevaba con excesiva «alegría».

Escándalo en San Giovanni Rotondo

SOMETIDA A ENCUESTA LA OBRA DEL P. PIO

De «PAESE SERA» 4-10-1960

El escándalo del famoso P. «Taumaturgo».

MILLARES DE MILLONES

en la encuesta vaticana sobre el P. Pío de Pietrelcina.

La razón por la que la noticia salió anticipada. Larga inspección de monseñor
Maccari. La «Casa Sollievo» es una importante empresa financiera.

Destituído el P. Superior del Convento de las Gracias.

De «IL MATTINO» 5-10-1960

Asombro y dolor en San Giovanni Rotondo.

ALREDEDOR DE LA FE DEL P. PIO

negligencias e irregularidades administrativas.

La comprobación que está realizando Mons. Maccari enviado por la Curia
Romana al Convento de las Gracias.

De «GAZZETA DEL SUD» 6-10-1960

Encuesta en San Giovanni Rotondo.

NUEVO ARREGLO DE LAS OBRAS QUE SURGIERON «EN EL NOMBRE
DEL P. PIO»

Una revisión sobre la gestión de la «Casa Sollievo della Sofferenza». El
P. Superior del Convento sustituido por el ex P. Provincial de Palermo. Las
declaraciones de Monseñor Maccari.

Forse sta per terminare "l'ora delle tenebre"

Padre Pio vive come un recluso

CONTINUA L'INCHIESTA SULLE CONDIZIONI IN CUI VIVE IL «FRATE DELLE STIMMATE»

GAZZETTA
il
MEZZO GIORNO



Padre Pio: un vigilato speciale

Il cappuccino è stato sottoposto a restrizioni severissime: la gente non riesce a capire e se ne domanda il perché. Non può avere più l'accompagnatore: una volta cadde e passarono due ore prima che lo si potesse soccorrere

PAESE SERA

FORSE IL FRATE SARA' TRASFERITO IN SPAGNA

**Colpire il «mito» di padre Pio:
questo l'intento del Vaticano**

L. e. Secolo XX

IL DRAMMA DI PADRE PIO

LA PERSECUZIONE CONTINUA

Con la liberazione di Padre Pio finalmente viene a galla la verità

Un'ondata di calunnie contro il Frate delle Stimmate

Per spingere il Pontefice ad agire contro Padre Pio, il Vescovo di Padova inventò uno «scisma» inesistente accusando i componenti dei «gruppi di preghiera» di aver costituito una setta protestante

De «GAZZETTA DEL MEZZOGIORNO»
Esperamos termine «la hora de las tinieblas»
EL P. PIO VIVE COMO UN RECLUSO

De «PAESE SERA»
Acaso se traslade al P. Pío a España.
DERRIBAR EL «MITO» DEL P. PIO: ESTE ES EL INTENTO
DEL VATICANO

EL DRAMA DEL P. PIO
LA PERSECUCION CONTINUA ADELANTE

Con la liberación del P. Pío al fin se descubrirá la verdad.
UNA OLEADA DE CALUMNIAS CONTRA EL FRAILE DE LAS LLAGAS

ALBOROTO POR EL P. PIO «SEGREGADO»

«¡LIBRESE AL P. PIO!», GRITA LA MUCHEDUMBRE EN
SAN GIOVANNI ROTONDO

CON OCASION DEL DIA DEL FRAILE DE LAS LLAGAS UN TELEGRAMA DE
PROTESTA ENVIADO AL VATICANO POR LOS FIELES DEL P. PIO
«PRISIONERO EN EL CONVENTO»

¿QUIENES SON LOS CARCELEROS DEL P. PIO?

MANIFESTACIONES EN EL DIA DEL PADRE PIO

SIGUE LA ENCUESTA ACERCA DE LAS CONDICIONES EN QUE VIVE EL
«FRAILE DE LAS LLAGAS»

EL P. PIO: VIGILADO ESPECIAL

El Capuchino está sometido a restricciones muy rigurosas: la gente no logra comprender y se pregunta la razón de todo eso. Ya no puede tener acompañante: una vez cayó al suelo y pasaron dos horas antes de que se le prestase socorro.



Emmanuele Brunatto, primer hijo espiritual del P. Pío y primer Presidente de la Asociación fundada para la defensa de la persona y de las obras del P. Pío. Murió de repente, a las pocas horas de ser amenazado de muerte.

il 29 ottobre 1960

Segreteria di Stato
Città del Vaticano

Il 3 giugno 1941, per il tramite della Banque Italo-française de Crédit, sede di Parigi, accreditavo il conto "Comitato per la Costruzione della Clinica di San Giovanni Rotondo" presso il Credito Italiano di Firenze, della somma di franchi francesi 3.500.000, equivalenti a circa 300 milioni di lire in valuta attuale.

Con questa donazione - la prima di tutte - a codesto Comitato - costituito per riceverla -, nasceva l'opera di San Giovanni Rotondo. Ho quindi il diritto di occuparmene a titolo di fondatore.

La finalità del Comitato e l'intenzione della mia offerta erano identiche: "Fare dono a Padre Pio da Pietrelcina di un'opera assistenziale nel luogo della sua residenza". E tale è stata l'intenzione delle offerte che seguirono. Ora, importa rilevare che nel caso mio, come in altri a me noti, si tratta di offerte riparatrici, sacre, inalienabili, rimesse al giudizio esclusivo di Padre Pio perché Egli le traduca in atti espiatori o meritorii a mezzo della Casa Sollievo della Sofferenza.

«E. BRUNATTO. — Segretario di Stato, Città del Vaticano.

8, rue Saint-Marc, Paris 2.^e, 29 de octubre de 1960.

El 3 de junio de 1941, por el trámite de "La Banque Italo-française de Credit", casa de Paris, abonaba en la cuenta "Comitato per la Costruzione della Clinica di San Giovanni Rotondo" cerca del "Credito Italiano" de Firenze, la suma de francos franceses 3.500.000, que corresponden a un total alrededor de 300 millones de liras italianas, según el cambio actual.

Con esta donación —la primera de todas— a dicho Comitato —formado para recibirla—, nacia la obra de San Giovanni Rotondo. Tengo, pues, el derecho de ocuparme en lo concerniente a ella, como su fundador.

El intento del Comitato y la intención de mi donación eran iguales: "Donar al P. Pio de Pietrelcina una obra de asistencia en el lugar de su residencia". Tenían el mismo intento las donaciones que siguieron. Ahora, es importante poner de relieve que, sea en el mío, sea en otros casos que yo conozco, se trata de ofertas reparadoras, sagradas, inalienables, remitidas al solo juicio del P. Pio, para que él las mude en obras expiatorias o meritorias por medio de la "Casa Sollievo della Sofferenza".

Por lo tanto, el que quisiera sustituir el poder que los fundadores de la obra y los donadores han

E, pertanto, commetterebbe arbitrio, illegalità, immoralità o simonia, chiechessia, comunque costituito in dignità, pretenderebbe sostituirsi al mandato che i fondatori e donatori dell'opera hanno conferito al Padre Pio ed a lui solo.

Queste evidenze sono state riconosciute dalle autorità cappuccine quando hanno lasciato al Padre Pio l'autonomia necessaria per costituire e dirigere l'opera. A sua volta, Pio XII di santa memoria ha consacrato questa autonomia liberando Padre Pio dal voto di povertà.

La decisione pontificale non era improvvisata. Nel 1956, ricevendo inudienza i cardiologi che avevano partecipato al Congresso di San Giovanni Rotondo, il Santo Padre dichiarava:

"La Casa Sollievo della Sofferenza che apre ora i suoi battenti, è il frutto di una delle più alte intuizioni, di un'idea lungamente maturata e perfezionata a contatto con i più svariati e più crudeli aspetti della sofferenza morale e fisica dell'umanità."

A sua volta, S. Em. Rev.^{ma} il Card. Lercaro, inaugurando, il 5 maggio 1956, la Casa Sollievo, concludeva il suo discorso in questi termini:

"Dove è Iddio, vi è carità ed amore... Ve ne siete accorti a San Giovanni Rotondo? Sì, tutto il mondo se ne è accorto: qui c'è Dio; evidentemente ci doveva essere carità ed amore. Adesso Padre Pio ve ne parlerà".

Infine, nel luglio 1959, S. Em. Rev.^{ma} il Cardinale Tedeschini inaugurava la Chiesa della Vergine delle Grazie annessa all'opera di San Giovanni Rotondo e portava al Padre Pio, ammalato, gli auguri e le benedizioni di S. S. Giovanni XXIII.

otorgado al P. Pio y sólo a él, se mancharía de superchería, ilegalidad, inmoralidad o simonía.

Estas evidencias fueron reconocidas por las autoridades capuchinas, cuando dejaron al P. Pio la autonomía necesaria para fundar y dirigir la obra. De su parte, Pio XII, de santa memoria, consagró esta autonomía librando al P. Pio del voto de pobreza.

"La Casa Sollievo della Sofferenza, que va a abrir sus puertas, representa el fruto de una de las más altas instituciones, de un ideal largamente ponderado y perfeccionado en contacto con los más distintos y los más crueles aspectos del dolor moral y físico de los hombres".

De su parte, Su Eminencia el Cardenal Lercaro, el 5 de mayo de 1956, al inaugurar la "Casa Sollievo", concluía su discurso con las siguientes palabras:

"Donde está Dios, existen caridad y amor... ¿Se han dado cuenta ustedes de eso en San Giovanni Rotondo? Sí, todo el mundo se dio cuenta: aquí está Dios; pues deberían de existir aquí caridad y amor. Ahora el P. Pio va a hablarles".

Ma, appena un anno dopo, una Visita Apostolica veniva a rovesciare la posizione della Santa Sede, mettendo il Padre Pio sub-judice e l'amministrazione dell'Opera sotto inchiesta. Brutalmente, pubblicamente, come un partito preso : Non solo il Visitatore esponeva nei suoi frequenti discorsi i motivi e le finalità della sua inquisizione, ma ne pregiudicava i risultati lasciando intendere che la Santa Sede era decisa a cambiare le strutture della Casa Sollievo per eliminare i fiduciari di Padre Pio dalle cariche direttive... Il che equivarrebbe ad espropriare l'Opera, a violare le intenzioni dei fondatori e donatori, a rinnegare il diritto di proprietà utenti et abutendi riconosciuto al Padre Pio dalla Santa Sede e dalle Leggi italiane. E tuttocìò, per provocare il fallimento della Casa Sollievo a cui nessuno darebbe più un soldo senza il Padre Pio !

Por fin, en el mes de julio de 1959, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini inauguraba la iglesia de la Virgen de las Gracias, adjunta a la obra de San Giovanni Rotondo, y le deseaba prosperidad al P. Pío, enfermo, y le daba bendiciones de parte de Su Santidad Giovanni XXIII. Pero, *después de un año apenas*, una visita apostólica llegaba para mudar la posición de la Santa Sede, poniendo al P. Pío "sub iudice" y sometiendo a encuesta toda la administración de la obra.

Además, cosa rara, el Visitador Apostólico tuvo una entrevista sobre su visita, que los diarios ita-

Al tempo stesso, codesta Segreteria di Stato dava istruzioni alla stampa cattolica di fare silenzio sul Padre Pio, confermando in tale modo - chi tace, consente - lo spirito se non la lettera della Conferenza ufficiale od ufficioso del Visitatore Apostolico.

Il male è fatto e bisogna ripararlo. Si tratta di sapere se lo ripareremo - come lo desidero di tutto cuore - in accordo con questa Segreteria di Stato oppure senza di Essa ed, ove occorra, malgrado Essa.

Non domando nulla, ma apporto l'essenziale per giudicare Padre Pio e la sua Opera; non minaccio nessuno, ma sono pronto e deciso - e tutti i miei amici sono pronti e decisi - a far saltare questa cabala diabolica che dura da un terzo di secolo, se si tocca alla libertà di Padre Pio o se viene apportata la minima modificazione alle strutture della sua Opera, senza l'accordo suo e nostro.

Winnipeg

lianos y extranjeros relataron más o menos fielmente. Sus aclaraciones fueron más o menos exactamente relatadas, exagerándolas o alterándolas según las diferentes tendencias religiosas de los corresponsales. Por lo tanto todos se aprovecharon de la condición oficial del informador y tomaron nota de las dudas expresadas o insinuadas por él acerca de la habilidad o probidad de los representantes del P. Pío v. ade-

más, sobre la facultad de juicio del Padre mismo. Puesto que a uno no le puede hacer falta buen criterio y a la vez ser santo, algunos diarios concluyeron que podían expresarse muchas dudas sobre la santidad del P. Pío y, además, sobre el carácter sobrenatural de sus estigmas y otras manifestaciones extraordinarias. Unos diarios lógicamente concluyeron que se trataba de fenómenos morbosos o de ficción criminal... cuyos detalles técnicos, con la explicación "científica", relataron a sus lectores.

Pues, como se podía presuponer, esta calumnia se propaló por todo el mundo dentro de pocos días envileciendo al P. Pío, sus colaboradores, su obra, la Orden de los Capuchinos y, en fin, a la Iglesia misma.

A la vez, esa "Segreteria di Stato" daba instrucciones a los diarios católicos para que guardaran silencio sobre el P. Pío, confirmando, así —quien calla otorga—, el sentido si no la forma de la entrevista oficial u oficiosa del Visitador Apostólico.

El daño está hecho y es inmenso. Cincuenta años de prueba sacerdotal, de penas físicas y morales continuas, de sangre derramada (diez veces el peso de un hombre), de equilibrio, de amor y de inteligencia al servicio de la Iglesia, de tantos milagros y de tantas conversiones... todo ha sido comprometido, envilecido, alterado por un "minus-habens" que tuvo la pretensión de hablar en nombre del Sumo Pontífice (declaración registrada) y que, de todas maneras, obró según el orden o con la aprobación o tolerancia de determinadas autoridades religiosas, entre las cuales y no última está esa "Segreteria".

El daño está hecho y hay que remediarlo. Se trata, pues, de saber si esto es posible —como lo deseo de todo corazón— de acuerdo con esa "Segreteria di Stato" o sin su ayuda y, si es necesario, a pesar de la misma.

Para que pueda conscientemente tomar una decisión, ponga a disposición de la "Segreteria" las pruebas de un libro que fija la Misión histórica del P. Pío en relación con la Iglesia Católica y en la base de una documentación irrefutable y única en el mundo.

No pido nada; aporto lo esencial para juzgar al P. Pío y su Obra. No amenazo a ninguno; estoy

pronto y decidido, como mis amigos, a minar esta intriga diabólica que va continuando desde hace un tercio de siglo, si se toca la libertad del P. Pío o se varían las estructuras de su Obra, sin su aprobación y la nuestra. In Immaculata Conceptione. — E. Brunatto.»

COMENTARIO: El 29 de octubre de 1960 Enmanuel Brunatto envía a la Secretaría de Estado del Vaticano una carta clara, sincera, valiente, enérgica, en la que después de hacer la historia de cómo en un año se ha pretendido hundir el prestigio del P. Pío con una labor continua, hábil, calumniosa, habla de la expropiación que se ha consumado ante una obra donde sólo pueden mandar el P. Pío y los donantes que la hicieron posible con sus ofrendas. Se queja de que se haya atacado la persona del santo capuchino presentándole a la opinión pública como un demente, lo que supone poner en entredicho su santidad, pues nadie puede ser santo si le falta criterio para discernir con acierto.

Señala la responsabilidad de la Secretaría de Estado al dar a la prensa instrucciones para que se guardara silencio sobre el P. Pío, de donde resultó cómplice por aquello de que «el que calla otorga».

Habla del inmenso daño que se ha hecho al fraile y del atrevimiento de Maccari de hablar en nombre del Santo Padre sin facultades para ello.

Amenaza con hacer resplandecer la verdad de la justicia con ayuda de la Santa Sede, sin su ayuda y si es necesario a pesar de ella misma. Y acaba ofreciendo un libro con todas las pruebas irrefutables sobre la misión histórica del P. Pío en relación con la Iglesia católica, manifestando estar dispuesto a luchar con sus amigos hasta donde sea preciso si se toca la libertad del fraile, o se cambia la estructura de su obra sin su aprobación o la nuestra».

El Sr. Brunatto, cuando anunció su propósito de preparar un libro y llevarlo a la O.N.U. fue amenazado y murió de repente al día siguiente de recibir la amenaza en circunstancias sospechosas.

Rotondo visitó a Juan XXIII para defender ante él la causa del P. Pío, Su Santidad se levantó dando por terminada la audiencia y falló el asunto con estas disparatadas palabras: «Todo lo del P. Pío es asunto de faldas».

En los capítulos siguientes iremos viendo en qué consistió la trampa y cómo se desarrolló la campaña de difamación.

CONTENIDO DE LAS FOTOCOPIAS QUE REPRODUCIMOS

Entre las fotocopias publicadas figuran los oficios del obispo de Padua, donde se cita para comparecer en juicio a los sacerdotes don Attilio Negrisoló y don Nello Castello. En la citación del Tribunal aparece claramente como causa del proceso el pertenecer a los grupos de oración.

Una declaración del propietario del hotel donde se hospedaba don Attilio Negrisoló, en la que se relata la visita que le hicieron a dicho sacerdote los doctores Terranova y Pontara, quienes decían que el primero de los citados doctores había sido requerido para entregar un certificado sobre el estado mental del señor Negrisoló sin conocerlo, con el propósito de poderlo encerrar en una Casa de Salud; que dicho requerimiento se lo habían pedido en nombre de los superiores eclesiásticos de la diócesis y concretamente, como mandatario, don Antonio Barotto, arcipreste de San Prosdócino; el citado médico por escrúpulo profesional se negó a darlo sin pedir información a otro doctor que lo conociese y sin hacerle objeto del oportuno reconocimiento.

Publicamos también la declaración de los padres del señor Negrisoló, donde relatan la visita que les hicieron el párroco de Arre, don Giafechino Formentin y su capellán don Danilo Pavolo, para convencerle de que su hijo estaba loco y solicitar su concurso a fin de poderlo encerrar.

Asimismo insertamos la fotocopia de la declaración firmada por el doctor Pontara, especialista en cirugía general, donde explica cómo fue llamado por el doctor Terranova para consultarle si realmente conocía al señor Negrisoló y si se trataba de un loco que exigiera ser internado.

Fotocopiamos la carta de fecha 26 de junio de 1968, donde don Attilio Negrisoló se dirige al obispo, pidiendo de rodillas le haga saber los cargos de que se le acusa y renovando su promesa de dar inmediata y amplia reparación de los mismos.

Se publican también las conclusiones del examen efectuado por el profesor Boganelli el 20 de noviembre de 1961, catedrático de medicina legal de la Universidad Pontificia lateranense de Roma, en la que declara el perfecto estado mental del señor Negrisoló, insistiendo en que lo que necesita es justicia y no conmiseración.

Se reproduce el documento dirigido a todos los obispos de la región veneta y a los párrocos de la diócesis de Padua, justificando la necesidad y defensa de los «grupos de oración». El documento va suscrito por diez prestigiosas firmas.

Y, por último, se inserta el telegrama del obispo Bortignon, el mayor enemigo del P. Pío, a la muerte de éste. Decía así: «Ofrezco sentido pésame por la muerte del querido Hermano P. Pío, apóstol consolador de innumerables multitudes de enfermos y realizador de obras maravillosas. **Girolano Bortignon**, obispo de Padua».

CAPITULO XIII

LA VIOLACION
DEL SECRETO SACRAMENTAL

SI no se tratara de un hecho probado, reconocido por sus autores, hecho público en libros y revistas de Italia y Francia, difundido y comentado por todas partes, eludiríamos tratar el punto más bochornoso de toda esta historia. Me refiero a la violación del secreto sacramental, mediante aparatos de control al estilo de los procedimientos policíacos propios de las películas de espionaje.

Fue en los comienzos del año 1960, y a raíz de la visita de Crovini, cuando dos sacerdotes capuchinos, del convento de San Giovanni Rotondo, los padres Giustino y Daniel, con la colaboración del Hermano lego Maseo, instalaron magnetofones en la iglesia conventual, en la celda donde el P. Pío confesaba a sus familiares desde hacía más de cuarenta años, así como en el confesonario y en una pequeña sala, donde acostumbraba a recibir muy frecuentemente a determinadas personalidades.

El guardián del convento, el P. Emilio, era el encargado de controlar la instalación. El P. Amadeo, provincial de Foggia, la supervisaba. El P. Buenaventura de Pavullo, definidor general de los Capuchinos, dictaba sus instrucciones desde Roma. Y el P. Clemente Milwankee, ministro general, bendecía a todos los complicados en tan sucio negocio y les felicitaba por su celo en defensa de los intereses de la Iglesia de Dios. Pero para completar el trabajo faltaba uno: don Umberto Terenzi, párroco romano, íntimamente relacionado con las Congregaciones del Santo Oficio y del Concilio, que venía sigilosamente de noche a retirar las cintas magnetofónicas para remitirlas a monseñor Parente, del Santo Oficio.

Al Papa Juan, afecto al P. Pío, había que facilitarle pruebas definitivas sobre la mala vida, el falso misticismo y el peligro que el P. Pío representaba para la Iglesia. El resultado favorable de la visita de Mario Crovini, enviado por el cardenal Ottaviani, visita que tuvo lugar del 18 al 27 de abril de 1960, había que desvirtuarlo como fuese. Don Terenzi, párroco de la iglesia del Divino Amor, de Roma, que había demostrado desde siempre una gran afición hacia el manejo de los magnetofones lanzó

la idea. Las confesiones del P. Pío facilitarían los argumentos necesarios para probar todos los cargos imaginables. Porque siempre las cintas serían susceptibles de mezclar y corregir, dando a entender cuanto interesara. Con aquellas «pruebas», el prestigio y la santidad del P. Pío se derrumbarían como por encanto y el nuevo visitador, que tenía influencia sobrada para conseguir fuese nombrado en breve, podría llegar a San Giovanni Rotondo con toda la argumentación en contra debidamente estudiada y dispuesta en la maleta.

Un padre capuchino asegura haber visto el estuche de una cinta magnetofónica con un letrero escrito de manos del P. Giustino, donde dice escuetamente: «sin corregir». En las fotocopias de cartas que insertamos en el libro, aparece en alguna de ellas la alusión a la necesidad de facilitar material debidamente «traducido». Si el P. Pío hablaba italiano, ¿a qué clase de traducción se referían los autores del sacrilegio? El P. Giustino se jactaba en uno de sus escritos de que la instalación estaba tan bien montada que se captaba hasta el aliento y los suspiros del Padre.

De la realidad del hecho, tenemos todas las pruebas. El Hermano Maseo fue uno de los que movido por el remordimiento descubrió todo el satánico tinglado y dejó constancia escrita de los hechos. «Estábamos persuadidos —dijo— de que el Padre quería abandonar el convento para refugiarse en la «Casa Sollievo» y habíamos acordado impedirlo a todo trance. Para evitarlo se había instalado un timbre de alarma y el sereno permanecía en la explanada del convento toda la noche. Debo reconocer que habíamos perdido todos las cabeza...».

El P. Giustino se defiende cuando se ve perdido y redacta una carta, donde pretende justificar el por qué de estas medidas extraordinarias. En la carta, que publicamos en este libro, fotocopiada y traducida, se dicen las cosas más peregrinas para justificar su conducta, pero de toda su larga exposición se deduce algo importante: la confesión de haber violado el sigilo sacramental.

Mas estas confesiones no desvirtuaban la realidad del hecho: El acto sacrílego se había consumado previa organización meditada y consciente por la jerarquía capuchina italiana y las bandas grabadas, el impresionante cuerpo del delito, estaban depositadas en el Santo Oficio.

El propio P. Pío descubrió un aparato en su celda y en el año 1960 se lo mostró al arzobispo de Manfredonia, monseñor Cesarano, y a dos eclesiásticos más que habían venido a visitarle.

Publicamos la fotografía de la navaja con la que el P. Pío, al descubrir el magnetofón que tenía en su celda, cortó los hilos, produciendo un cortocircuito y dejando el filo de la navaja quemado.

La instalación era completísima. El P. Giustino de Lecce, que ocupaba la celda número cuatro, junto a la número cinco donde el P. Pío, durante

el día, recibía visitas —nuestro fraile dormía en la número 1—, aprovechó la noche para instalar el micrófono debajo de la cama. Con el ruido que hizo logró despertar a los capuchinos que dormían encima y a los lados, pero nadie sospechó de lo que en realidad se trataba. En el confesonario de la iglesia colocó el magnetofón tras el asiento. Lo mismo hizo en la sacristía y debajo del mostrador del vestíbulo de entrada donde recibía con frecuencia. Todos los hilos se concentraban en la celda número 4 del P. Giustino, donde las cintas eran grabadas. El fraile solía ir acompañado por el P. Daniel y el P. Giustino. Este último ha sido bautizado con el apodo de «el Judas», porque era el ayudante que los capuchinos le habían colocado al Padre para que le asistiera continuamente. Ocupaba, pues, el cargo de la mayor intimidad y confianza del estigmatizado. Como ocurrió en la vida de Jesús, el P. Pío fue también traicionado por su íntimo amigo, «el Angel» guardián encargado de no abandonarlo un momento. Era su amigo más querido. Llevaba tres años a su lado y diariamente le daba el beso de la traición.

Tanto Daniel como Giustino, que seguían al humilde capuchino por todas partes, llevaban escondidos en su hábito un micrófono permanente, con unos magnetofones portátiles que les había facilitado don Terenzi. Así el control de las conversaciones del fraile era absoluto y las cintas podían ser después objeto de mezcla y manipulación. Una vez «corregidas», fray Giustino, ayudado por fray Daniel y por el Hermano Maseo, procedían a su «traducción», escribiendo con buena caligrafía, según recomendaba don Terenzi en sus instrucciones escritas. (Véase carta fotocopia al respecto.)

Esta trama diabólica explica que el visitador apostólico, monseñor Maccari, llegase a San Giovanni Rotondo con la sentencia de condena preparada y que Juan XXIII perdiera la confianza en el buen fraile y le dijese al cardenal Bacci, cuando intentó defenderlo, que todo el misterio del P. Pío se reducía a una mera «cuestión de faldas». En el Santo Oficio monseñor Parente, haciendo uso de las cintas, consiguió convencer al 70 por ciento de los cardenales que integraban la Congregación y que firmaron la condena del fraile el 14 de junio de 1960. Con facilidad se pusieron de acuerdo. Colocaron en la carpeta un letrero que decía: «Condenado»; y la archivaron aceptando como pruebas válidas las cintas arregladas del magnetofón, procedimiento que ni siquiera en la jurisdicción ordinaria de ningún país se admite como medio de prueba lícita.

El decreto del 12 de junio, firmado por Ottavini, para sustituir a los principales frailes perseguidores del estigmatizado, fue así anulado y monseñor Parente llevó a Su Santidad las conclusiones condenatorias, conclusiones que Ottaviani se había negado a firmar.

De aquí arranca el nombramiento del visitador apostólico, monseñor Carlo Maccari, calificado por Terenzi en una de las cartas que fotocopiamos de persona «muy manejable».

Cuando en 1962 empezaron a salir los documentos en favor del P. Pío, monseñor Parente, en vez de hacer justicia, llamó a los defensores del estigmatizado, sobre los que tenía amistad o influencia, y les increpó por haber facilitado documentos tan comprometedores. Entre los amonestados figuraban el P. Carmelo de Sessano, el P. Crispino de Delicto y don Francisco Putti... Con absurda lógica, en lugar de castigar a los frailes responsables del sacrilegio, increpó a quienes denunciaron los hechos actuando en conciencia.

A los responsables, cuando llegó Maccari, los separó de San Giovanni Rotondo, pero luego veremos que en vez de castigados fueron todos ascendidos y premiados. Esta ha sido la justicia que se ha hecho al P. Pío. Parente le llamó también la atención a Crovini, el visitador que en nombre de Ottaviani había dado su fallo totalmente favorable al fraile: Crovini fue separado del Santo Oficio. El único cardenal que quedó entre los que defendían y tenían fe en el estigmatizado fue el cardenal Ottaviani, que desde entonces no pudo impedir hicieran la vida imposible al P. Pío.

Parente encargó en agosto de 1963 al P. Clemente de Santa María in Punta que le obligara al P. Pío, al amparo de la santa obediencia, a desmentir todo lo referente al escándalo de los micrófonos, pero el P. Pío se limitó a decirle: «Si yo hubiera sabido que mis confesiones eran escuchadas jamás hubiera puesto los pies en el confesonario para no exponer al sacramento de la penitencia a esta profanación». El P. Pío adoptó esta firme postura en dos ocasiones, en septiembre de 1963 y el 16 de diciembre de 1964, y las dos veces ante las presiones del P. Clemente de Santa María in Punta.

También a monseñor Mario Schierano, juez del Tribunal Supremo de la Dignatura Apostólica, cuando le dijo al estigmatizado: «Padre, cuánto siento el mal que le han hecho. He visto en los periódicos que se han atrevido a poner micrófonos en su confesonario», el fraile respondió: «Sí, han llegado a tanto». A don José Orlandis, del Santo Oficio, le enseñó después de confesarse con él, el micrófono que sus Hermanos le habían colocado debajo de la cama, y cuando monseñor Orlandis le dijo: «Padre, perdónelos porque no saben lo que hacen», el capuchino replicó: «Saben perfectamente lo que han hecho».

Además de al arzobispo de Manfredonia y de todos los citados, el fraile informó también del atropello de que había sido víctima al P. Carmelo de Sessano, su antiguo guardián, y a numerosos sacerdotes y religiosos. Asimismo, puso al corriente de todo al comendador Battisti, administrador de la «Casa Sollievo», del que por cierto habían grabado varias confesiones.

Lo incomprensible es cómo el Santo Oficio admitió el procedimiento de violar el secreto de confesión para aclarar la verdad sobre lo que le preocupaba. Aunque se hubiese tratado de un auténtico impostor, el fin no justificaba los medios. Y el que con estos argumentos se haya acudido a Juan XXIII y el Papa los haya escuchado es incomprensible e inadmisible.

Sobre los comprometidos en el «affaire» de los micrófonos podemos decir, que el P. Giustino de Lecce firmó su defensa, que era a la vez una confesión; este fraile mantenía íntima relación de amistad con el doctor Sala, el médico expulsado de la «Casa Sollievo» por inepto, como veremos en su momento oportuno, y que fue impuesto como facultativo exclusivo y obligado para el P. Pío, contra su expresa voluntad. El P. Danielle, de Roma, arrepentido de su participación en este lamentable hecho, colgó los hábitos de fraile. El P. Emilio de Matrice, superior del convento durante aquella época, confesó en una carta el odio que tenía hacia el capuchino, a quien reconoció haber maltratado y estuvo complicado en el asunto Giuffré por 42 millones de liras. El provincial, P. Amadeo de San Giovanni Rotondo, ordenó al P. Mariano robarle al P. Pío el dinero que recibía en ofrendas para su clínica, de cuyo asunto trataremos en su momento oportuno. El P. Buenaventura de Pavullo, definidor general de la Orden, fue uno de los principales colaboradores de Giuffré y dio instrucciones escritas para la colocación de los micrófonos, como se desprende de las cartas que fotocopiadas reproducimos. El superior general de la Orden, P. Milwankee, autorizó también la especulación usuraria con Giuffré, y el uso de los micrófonos. Y don Umberto Terenzi, amigo del P. Aurelio —de cuyas costumbres y mala fama no hablamos por delicadeza— y amigo de Parente, miembro, como ya hemos dicho, del Santo Oficio, fue el alma negra de todo el complot, el iniciador de la idea y el eslabón entre el convento y el Vaticano. En una ocasión, en el momento de abrazar al P. Pío, éste le tachó de traidor, hecho que entonces escandalizó a todos —y por el que el superior le obligó a pedir perdón en público—, pero hoy está comprobado que la afirmación era cierta. Del Hermano Masseo sólo diremos que colaboró cumpliendo órdenes, que se arrepintió después de su participación y que, como hemos visto, confesó todo justificándolo con aquella frase de «habíamos perdido la cabeza».

El escándalo saltó pronto a la prensa. Veamos cómo se explica en el Libro Blanco: «Las trazas de la instalación, por otra parte, están siempre visibles y es ya tarde para hacerlas desaparecer. El aparato instalado en la celda del P. Pío quedaba controlado a partir de un cuadro situado en el corredor del convento, que se ponía en funcionamiento cuando el P. Pío recibía a una persona cuyas confidencias se querían sorprender.

Pero esto no podía permanecer disimulado por más tiempo; capuchinos y laicos llegaron a descubrir los hechos y expresaron su indignación. Un semanario ilustrado de gran tirada, «El Europeo», se ocupó del asunto a fines de 1961 y publicó sus detalles con toda clase de pruebas. Otros diarios y revistas siguieron su ejemplo. Especialmente la revista jurídica «Legge e giustizia», publicó en sus números del 25 de junio y del 25 de julio de 1962, la historia de los acontecimientos con fotocopias de órdenes autografiadas dadas al P. Giustino, y una carta donde monseñor Terenzi aseguraba a este último que todo el material suministrado por él sería llevado a conocimiento directo del Sumo Pontífice. El editorialista de la revista, abogado de gran prestigio en Roma, preguntaba al procurador de la República de Foggia si no tenía la intención de abrir de oficio una acción penal sobre estos delitos que caen dentro de la competencia de la acción pública.

No se recibió ninguna respuesta, ni de «L'Osservatore Romano», ni del procurador de la República, ni de la Orden de los Capuchinos. Pero, detrás de bastidores, los defensores de los culpables, apoyados por canonistas conocidos, se esforzaron en demostrar que en este caso la violación sistemática y continua del secreto sacramental era un acto lícito puesto que había sido ordenado por la autoridad competente. Sin comentarios».

El visitador Maccari es cierto que separó a los responsables de esta inicua violación, pero también es cierto que todos fueron ascendidos: A Giustino de Lecce, le nombraron superior del convento de Ceriñola; a Emilio Matrice, superior del convento de Isernia, uno de los más importantes; y al P. Amadeo, representante legal de la provincia por ascenso. También Maccari, el visitador infiel, de cuya visita trataremos a continuación, fue nombrado en 1961 obispo de Emmans, título meramente honorífico; en 1963 arzobispo de Mondovi, pequeña diócesis del Piamonte, y en 1968 arzobispo de Ancona, uno de los más importantes arzobispados de Italia.

RELACION DE DOCUMENTOS FOTOCOPIADOS EN ESTE LIBRO SOBRE EL «AFFAIRE» DE LOS MICROFONOS

Publicamos la autodefensa del P. Giustino, en la que le dice a su guardián que por su mediación había cursado las cartas a Maccari, relativas al uso del magnetofón y que por su mediación había recibido otras muchas en las que le animaban a continuar controlando las confesiones del P. Pío. También dice que con tal control cumplía instrucciones del reverendo P. Buenaventura de Pavullo, quien estaba al corriente de todo. Insiste en que cuanto hizo fue autorizado y mandado por sus superiores. Para justificar su acción alega una serie de razones tan ingenuas como calumniosas: Entre ellas habla del peligro de que el P. Pío se escapara del convento para refugiarse en su clínica y de la actitud de las beatas

de San Giovanni Rotondo, que querían privar de sus puestos de mando a todos los frailes que estaban al frente de la Congregación.

Habla, asimismo, de que el P. Pío, al ensalzar en su comentarios a Pío XII, dejaba en mal lugar a Juan XXIII... La carta no tiene pies ni cabeza, pero a través de ella se deduce la realidad del hecho de que los micrófonos fueron instalados y de que con ellos se violó repetidas veces el secreto sacramental.

Publicamos también la carta del P. Amadeo, provincial de Foggia, al P. Giustino, donde se prueba la responsabilidad del provincial, así como la del definidor general, P. Buenaventura de Pavullo, y la del guardián del convento, P. Emilio de Matrice.

También insertamos unas líneas del P. Buenaventura, autorizando al párroco de la Virgen del Divino Amor, de Roma, don Umberto Terenzi, a quien se debe la iniciativa de la instalación de los micrófonos, para que se entreviste con el P. Giustino y le haga cumplir a éste cuanto aquél le mande. En el reverso de la carta el propio Terenzi extiende, bajo su palabra, esta autorización del definidor general de la Orden al P. Daniel, al guardián y al provincial, y todo, añade, «bajo secreto del Santo Oficio», o sea, con la aprobación de su amigo monseñor Parente.

Se publica la carta de Terenzi a Giustino tranquilizándole por la visita de Crovini. En esta carta, que lleva fecha del 20 de abril de 1960, le adelanta que la visita no servirá para nada, y eso lo afirma no sólo en su nombre, sino también en nombre de los superiores mayores del Santo Oficio. Da por descontado que las decisiones finales, a las que se atreve a calificar de santas, serán todo lo contrario de lo que esperan, a la sombra de la visita de Crovini, los fieles de San Giovanni Rotondo, a los que califica despectivamente de compadres y comadres. En la carta afirma, además, que todos los informes que recojan los hará llegar hasta la altísima Sede. Toda la maniobra que prepara se la atribuye nada menos que a la Santísima Virgen, «la cual vencerá a Satanás».

Se reproducen varias cartas del P. Buenaventura al P. Giustino, que prueban la responsabilidad de los superiores de la Orden en esta desdichada maniobra y se animan a continuar en el trabajo hasta que la espada del «Emperador» —se refiere al Papa— corte por lo sano, dando instrucciones concretas para el P. Daniel y el Hermano Maseo, quienes deben colaborar «en plena y fraternal unión de finalidad y sentimientos seráficos». En la carta del 15 de julio de 1960 habla de la necesidad de «traducir» las cintas.

Publicamos también la carta del guardián del convento en aquella época, P. Emilio de Matrice, quien le escribe al P. Pío y reconoce que le odiaba y por eso le maltrató mientras fue su superior. Ahora le pide, por

amor a su madre, y en atención a la suya, que intervenga en su favor para que le permitan regresar a San Giovanni Rotondo.

Por último reproducimos la carta que en fecha 26 de septiembre de 1961 dirigió el P. Carmelo de Sessano al cardenal Ottaviani, en la que se queja de que el P. Giustino, a quien califica de un segundo Judas, «explorando medios de espionaje usados sólo por los hijos del marxismo, llegando hasta la profanación del sigilo de confesión», haya sido ascendido y nombrado guardián de Cerignola; que con el P. Emilio de Matrice se haya hecho lo mismo, al ser designado guardián y párroco de Isernia; que simultáneamente han sido elegidos como superiores los principales responsables en el asunto Giuffré, complicados en otros manejos y calumnias que les hace indignos de vestir el hábito de religiosos. En cambio, y en marcado contraste con estas medidas, los defensores del P. Pío y seguidores de su vida ejemplar han sido depuestos y trasladados. Así el P. Tarsisio de Cerwinara destinado a Australia, el P. Atanasio de Teano a Suiza, y el P. Carmelo de Sessano también a Australia... Pide que tenga piedad de aquella provincia monástica «que no tiene paz desde que contra el más elemental deber de justicia y gratitud se ha ofendido y se sigue ofendiendo al gran hombre de Dios...».

Remitimos al lector a las cartas fotocopiadas y traducidas que insertamos en este libro, seguidas de un breve comentario.

— LOS VISITADORES APOSTOLICOS

Ya hemos dicho cómo el cardenal Ottaviani, ante las quejas que se recibía constantemente sobre los abusos de los Capuchinos contra la administración de la «Casa Sollievo», envió a San Giovanni Rotondo, en abril de 1960, al jefe de la censura de libros, monseñor Mario Crovini, quien después de interrogar a unos y a otros comprobó la realidad de los hechos, comprendió el origen de las denuncias y volvió a Roma para declarar la falsedad de las acusaciones.

Pero aquellos que perseguían el objetivo de apropiarse de la obra del P. Pío no se declararon vencidos. Moviendo diferentes resortes de indudable fuerza, lograron el envío de un nuevo visitador apostólico, debidamente «preparado» para enjuiciar los hechos con notoria parcialidad. Se trataba esta vez de monseñor Carlo Maccari, funcionario del Vicariato de Roma.

Lo primero que hizo Maccari fue interrogar como testigos de toda confianza a los responsables del sacrilegio de los micrófonos. Luego oyó también al arcipreste de Nittis, uno de los principales enemigos del P. Pío durante la primera persecución y que acababa de ser premiado por sus «servicios» con el título de monseñor.

El visitador venía con la condena decidida de antemano. En Roma le habían proporcionado los informes debidamente preparados para despres-

tigiar la figura del estigmatizado. Los superiores del convento tenían mucho interés en lograr este desprestigio para conseguir así la expoliación del fraile. Por otra parte, la Curia Generalicia de Roma quería utilizar el Activo de la «Casa Sollievo» a fin de salvar la ruinosa situación de la Orden. La expoliación convenía, pues, a los intereses de todos. Pero para lograr sus propósitos había que demostrar a la Secretaría del Estado del Vaticano, que el P. Pío no era el personaje perfecto e idealizado que se había forjado. Por este camino se hizo uso de los micrófonos y de las cintas desfiguradas.

El P. Giustino había cumplido a la perfección su papel de traidor. Junto al fraile vivió sin separarse buscando argumentos y pruebas contra él. Cuando alarmado por el resultado de la visita de Crovini escribió a Terenzi, éste se apresuró a tranquilizarle: Aquel informe no serviría para nada. Llegaría pronto un nuevo visitador. Y sigue dándole instrucciones sobre cómo tenía que actuar para lograr aquellos siniestros propósitos acordados por los superiores del fraile. Maccari llegó para justificar a todo trance la inicua persecución de Bortignon.

Inició su visita con una afrenta pública para el estigmatizado: Porque nada más llegar volvió a partir, el día 8 de agosto, a fin de no estar la fecha del 10 en San Giovanni Rotondo. En dicho día se conmemoraba el cincuentenario de la ordenación sacerdotal del P. Pío. Su breve estancia fue, sin embargo, bien aprovechada. Prohibió al arzobispo de Manfredonia el asistir a la ceremonia, y el viejo amigo, con notable cobardía, obedeció puntualmente. El general de los Capuchinos hizo lo propio. A los religiosos del convento les prohibió toda participación en los actos. El número del periódico de la casa donde se reproducían las felicitaciones del cardenal Montini y de otras personalidades de la Iglesia y del mundo de la política, fue censurado y mutilado en todo lo que significase un tributo de adhesión a la persona del fraile. Al P. Agustino de San Marcos in Lamis le prohibió, asimismo, el pronunciar el sermón que tenía preparado. Mandó colocar en los corredores y dependencias del convento letreros condenando toda manifestación de homenaje o felicitación. Corrigió el recordatorio preparado —de los cincuenta mil ejemplares, veinte mil aparecieron con el texto primitivo y el resto rectificado— para suprimir la alusión a los «grupos de plegarias» que aparecían así condenados por el propio fraile.

De acuerdo con estas medidas, el secretario del Papa, Capovilla, ordenó en el Vaticano el bloqueo de telegramas y cartas. Dicho bloqueo fue levantado tan sólo para dos telegramas, enviados en nombre de Su Santidad a los otros dos frailes, compañeros del P. Pío que celebraban también en dicha fecha sus bodas de oro: el P. Leone y Guglielmo, los dos de San Giovanni Rotondo. Así, de forma bien explícita, Juan XXIII le negaba al P. Pío su felicitación.

Con estas medidas Maccari hacía patente la animosidad que le movía contra el estigmatizado, pero a la vez su falta de psicología, de objetividad y de justicia, pues decretó estas medidas antes de comenzar la encuesta. El visitador regresó para iniciar el cumplimiento de su cometido el día 14, pero en fecha anterior a esta visita la condena y las medidas que se iban a tomar contra el pobre fraile, ya se anunciaban por los fieles y seguidores de Bortignon en Padua.

El jubileo del 10 de agosto fue una fiesta triste que en nada recordaba la alegría ni la solemnidad del día de la inauguración de la «Casa Sollievo». A pesar de todo se recibieron infinidad de telegramas que los superiores no pudieron evitar llegasen a sus manos, y entre ellos destacaba uno, especialmente efusivo, del cardenal Montini, hoy Pablo VI. Como en la vida de Cristo, se mezclaron en las mismas horas los gritos de «hossanna» y de «crucifícale».

La visita apostólica fue un simulacro de investigación. Por todos los medios, Maccari hizo cuanto pudo por reunir argumentos y testimonios contra el Padre. Su actuación fue hecha en nombre de los perseguidores y no en su función de delegado del Papa.

Su objetivo era claro: Había que conseguir la abrogación del rescrito de Pío XII. Para eso sólo escuchó la voz de los acusadores. Llamó a declarar incluso a Nittis, que había afirmado que el estigmatizado capuchino constituía el mayor fenómeno de falsedad de toda la historia de la Iglesia, la mayor victoria de Satán. No faltó tampoco el testimonio de los PP. Justino, Danielle, Emilio, Leone, Augusto y Eustaquio —estos últimos apóstataron y abandonaron la Orden—, así como el del Hermano Masseo.

Pero como convenía, para disimular, que alguien declarase en su favor se interrogó al P. Agustín, de ochenta años de edad, que por sus años ya chocheaba.

También se interrogó a las celadoras de la «Casa Sollievo», religiosas de una Fundación reciente que fueron aceptadas como enfermeras por no haber conseguido contratar, como se pretendía, a unas Hermanas del colongo de Turín. Estas celadoras querían sentirse cofundadoras y ver a la gran clínica atribuida a su Fundación. Maccari les interrogó largamente sobre la administración de la Casa y les preguntó si no estaría mejor administrada si tal administración se les encomendase a ellas en exclusiva. Como es natural contestaron que sí. Las nuevas religiosas esperaban el apoyo decisivo del antiguo protector de su Congregación, el cardenal Roncalli, entonces ya Juan XXIII.

Maccari afirmó en su encuesta que el P. Pío confesaba mal, mantenía relaciones sexuales con mujeres piadosas y que los «grupos de oración» por él fundados fomentaban el cisma; y acusaciones del fanatismo, falso misticismo y otros del mismo estilo, se atrevió a pronunciarlas desde el

propio púlpito de la iglesia de San Giovanni Rotondo. El Padre, paciente-mente, escuchaba estos apasionados e injustos ataques desde la tribuna del coro. Sus afirmaciones fueron tan escandalosas que el profesor Bianchi, director de las Escuelas Públicas, le interrumpió en plena ceremonia religiosa protestando contra sus calumniosas afirmaciones.

Los comunistas se aprovecharon de esta campaña difamatoria para arrojar fango a manos llenas contra el P. Pío y contra la Iglesia entera.

Tras la terrible campaña contra el fraile y cuando calcularon que tenía que estar agotado de nervios le propusieron la cesión de la «Casa Sollievo». Pero el Padre, sacando fuerzas de flaqueza, alegó el «no podemos», porque realmente no podía traicionar la intención de sus donantes y ceder lo que no era suyo.

Enojado por esta resistencia, Maccari desencadenó una campaña de difamación a gran escala, buscando el apoyo de la prensa nacional e internacional. Así fue cómo cegado en su apasionada labor cometió un grave error: provocar una conferencia de prensa y en ella, el simple visitador, cargo por naturaleza reservado y discreto, haciendo uso de facultades que no tenía, se permitió dar el veredicto y fallar el asunto por su cuenta, presentando el resultado de su encuesta como la conclusión definitiva a que habían llegado las autoridades supremas: Las lesiones del P. Pío, dijo en San Giovanni, eran falsas. Sin ambages ni disimulos las calificó de «pretendidos estigmas». Su declaración planteaba oficialmente la duda alternativa: O se trataba de un impostor o de un enfermo mental. En tal disyuntiva la persecución podía continuar sus alevosos ataques. Y continuó cada día con mayor saña y virulencia.

A manera de inciso haremos constar que el mal llamado visitador apostólico, monseñor Carlo Maccari, al que ya hemos visto que había sido calificado por Terenzi, en carta cuyo original reproducimos, de «persona muy manejable», llegó acompañado de un «guapo» sacerdote, que le ayudaba en funciones de secretario y que se llamaba Giovanni Barberini, secretario que había dado mucho que hablar durante el verano de 1958 por su apasionado idilio con una joven llamada Vanda. Pero para el celoso visitador apostólico estas situaciones no tenían importancia: el verdadero pecado imperdonable era el que representaba aquella vida de sacrificio, expiación, apostolado y oración continua que ofrecía al mundo, como sublime espectáculo, el primer sacerdote estigmatizado de la tierra.

En la conferencia de prensa Maccari anunció el veredicto sin contar con quien le había enviado; calificó de autolesiones sus estigmas; y comentó todos los argumentos esgrimidos contra él durante la primera y la segunda persecución. Se puso en entredicho la honradez del Padre, sus facultades de juicio y de administración; trató de la Casa alegando que era una empresa de intenciones sospechosas en pleno desbarajuste; cali-

ficó a las mujeres piadosas que acudían a San Giovanni de fanáticas y trastornadas; a los «grupos de oración» de heterodoxos, rebeldes y cismáticos; a los íntimos del Padre de estafadores, de traficar con reliquias, de desobedecer a la autoridad; a su apostolado, basado en falsos milagros con características de exaltación, brutalidad, etc. Para que nada se les olvidara a los periodistas convocados, todas estas acusaciones difamatorias se las dio por escrito, en nota aparte, en la noche que precedió a la citada conferencia. El contenido de la nota calumniosa se difundió como reguero de pólvora por toda la prensa italiana y extranjera. ¿Cómo iba a dudar nadie de las palabras de un prelado que actuaba revestido de toda su autoridad y hablaba en nombre del Papa? Solamente en las seis primeras semanas que siguieron a la mencionada conferencia aparecieron 836 artículos en periódicos italianos y todos ellos contra el P. Pío.


La campaña de prensa se desarrolló en tres etapas sucesivas, en octubre de 1960, en diciembre del mismo año y después en los meses de marzo y abril del año 1961.

Los diarios católicos recibieron consigna expresa de no reaccionar de ningún modo. El P. Pío quedó así solo e indefenso, como un nuevo Eccehomo, ante la opinión mundial.

Pero los fieles seguidores del P. Pío, que tantas pruebas tenían de sus prodigios inexplicables y que habían sido favorecidos por tantos milagros y gracias excepcionales, decidieron también dar la batalla y obrar por su cuenta.

• Y a raíz de esta visita y del nuevo atropello que se había permitido el visitador, surgió en Ginebra, en mayo de 1961, una Asociación al amparo del Derecho civil suizo, para la defensa de la persona y de las obras del P. Pío, asociación que nombró presidente al testigo excepcional de tantos prodigios y entusiasta seguidor del Padre, desde el día de su conversión, don Emmanuel Brunatto.

Este apasionado hijo espiritual del P. Pío, dirigió a la Secretaría de Estado del Vaticano una extensa carta de defensa en la que anunciaba su propósito, en nombre propio y de sus amigos, de emplear todos los medios para romper la trama infernal montada contra el estigmatizado y conseguir que se le hiciera justicia. La carta iba acompañada de todo un dossier de documentos con pruebas irrefutables sobre la misión y la santidad del paciente fraile. Aquella carta, redactada en términos claros y enérgicos, tuvo la virtud de despertar muy justificadamente la inquietud de los perseguidores —léase fotocopia y traducción de la misma—; después veremos cómo actuó esta Asociación fundada por Brunatto. Pero antes trataremos de las medidas que dictó Maccari para restringir todavía más la libertad del P. Pío, bajo el régimen del P. Rosario, que supo desempeñar a la perfección su papel de carcelero.


 Roma 1891
 Roma 1891
 Roma 1891
 Caro P. Giuseppe, risponde
 niente al mio espresso del
 14 con. in P. 20.
 Non tritolaro un versamento
 mi per Carissimi e per gentilezza
 alto mio. Per gentilezza risponde
 l'adlocutio sua del Papa, non
 si preoccupa, mi rimanda a vede
 tutto a me e il Papa sopra
 tutto personalmente. E' ben
 affetto la no buona causa
 alla difesa del Fig. P. e l'altro
 sta comprando, la difesa del P.
 sta comprando bene avari
 per una strada diretta, una
 e decisa col P. Padre nostro

S. P. B. completamente del P. Bona
sentenza che quella loro
intenzione per lo scopo che
loro mi ha raccomandato
Cossini non ha incassato
alcuno - più l'ammesso io e
una sola me ma la parte
dei miei superiori maggiori
al P. U. Mi potrà impedire
però la decisione finale
che aspetteremo e che sarà
~~tutto~~ le condanne di questo
operano o vedono di ottenere
con lui i suoi compagni
o comunque di L. Fior. R.
Serena tutta salita al P. Bona
sentenza; la b. vera sempre
tutte replicate e condannate
in Altosimo, loro Però, soprattutto
preghiamo la Lettera come
la Madonna la regnerà. Amen

COMENTARIO: En esta carta Terenzi tranquiliza al P. Giustino en relación con la visita de Crovini. Le adelanta que la visita no servirá para nada, y esto lo asegura no sólo en su nombre, sino en nombre de los Superiores mayores del Santo Oficio. Da por descontado que las decisiones finales a las que se atreve a calificar de santas, serán todo lo contrario de lo que esperan, a la sombra de la visita de Crovini, los fieles de San Giovanni Rotondo, a los que califica despectivamente de compadres y comadres.

La carta afirma también que todos los informes que recogen llegan hasta la altísima Sede. Toda la manobra que prepara se la atribuye nada menos que a la Santísima Virgen, la cual vencerá a Satanás. Realmente sorprende e impresiona tanto valor y tanta hipocresía.



S. Daniel

Dal Santuario 15/6/1960

Carissimo Padre Daniele,

ti mando copia della lettera spedita alla signora Anna Maria di Bolzano perchè tu possa regolarla a scriverle subito se già non lo hai fatto, come del resto eravamo rimasti d'accordo.

Le ho spedito simultaneamente un pò di stampati del Santuario e Le manderemo periodicamente anche il Bollettino: nel pacco stampa ho unito anche una copia della pubblicazione del Prof. Festa su Padre Pio. Anche a te farò spedire un pò di materiale stampa, e te lo manderò da Padre Aurelio quando viene a predicare il triduo delle Grazie a San Giovanni Rotondo, come puoi vedere dall'unito biglietto che ti prego di leggere e poi consegnare, chiuso al Padre Guardiano.

Per le cose di Padre Pio ti posso dire che ormai è stato nominato il Visitatore che non è Mons. Ronca, ma un altro Mons. di Roma, mio condiscipolo al Seminario Romano, ottimo mio amico nonché persona rettilissima e "guidabilissima".

Di' al Padre Giustino che seguiti a mandare al Padre Rev. le sue minute e dettagliate relazioni anche giornaliere se necessario ed opportuno.

In queste relazioni agite molto segretamente, con molta circospezione e prudenza, però, prendete e cercate di sapere con ogni mezzo, tutte notizie possibili e, naturalmente, specialmente quelle notizie che mi serviranno per accumulare materiale e fascine di legna ben secca per fare un bel fuoco dove abbrustolire dentro e fuori eretici ed eretiche che pullulano intorno alla venerata persona del nostro Padre e che da questo fuoco non saranno e non ne usciranno certamente illesi come i fanciulli compagni di Daniele ma ne resteranno vittime proprio quei ministri di Nabucodonosor che lo avevano attizzato per bruciarvi dentro Daniele e compagni.

Da questo vedi che - parlo a nome del Padre Bonaventura - anzi (*) Se tu pure ne vuoi delle copie, per te o per distribuire ad altri, sai che la Serritelli ne ha un grosso deposito a vs. disposizione

«Santuario de Nuestra Señora del Divino Amor. Ave María. Desde el Santuario, 15-6-1960.

Carísimo P. Daniel:

Le mando copia de la carta enviada a la señorita Ana María de Bolzano, para que puedas hacerle idea y escribirle enseguida si no lo has hecho ya, como quedamos de acuerdo.

Le he enviado simultáneamente unos impresos del Santuario y le enviaremos periódicamente también el Boletín; en el paquete de impresos he incluido un ejemplar de la publicación del Prof. Festa sobre el P. Pio. Si tú quieres ejemplares para distribuir a otros, debes saber que la Serritelli tiene abundante depósito a vuestra disposición. También haré que te envíen con el P. Aurelio cuando venga a predicar el triduo de las gracias a San Giovanni Rotondo, como puedes ver en el adjunto prospecto que te ruego leas y entregues después cerrado al P. Guardián.

che tu devi collaborare con Giustino per fornirgli questo materiale per noi preziosissimo sia riguardo al Padre direttamente, al convento, alla clinica e ai gruppetti clericali di cui sopra tutto, tutto insomma quel che poteva avere. Naturalmente ciò sia fatto in unione col Molto Reverendo Padre Guardiano e Padre Provinciale e dovete servirvi di chiunque per attingere notizie ma non dire a nessuno altro di queste vostre relazioni che ci inviate. Per le quali ti devo raccomandare ed imporre assolutamente che d'ora in poi siano scritte in calligrafia se non bella però assolutamente ordinata ed intelligibilissima; inoltre potete scrivere sempre ^{su} una sola facciata dei fogli che inviate, perchè probabilmente queste relazioni saranno tutte fotografate; quindi debbono essere firmate, non devono contenere sottintesi ma dichiarare tutto esplicitamente; se trascrivete qualche frasario cifrato mettete la spiegazione delle cifre; se avete qualche "documento", non riprodurcelo ma mandaterelo intatto nell'originale (questo vale anche per i documenti precedentemente trascritti nelle lettere già inviate al Padre Reverendissimo). - Fateci sapere a chi scriveva p. Carmelo quella lettera di cui ci avete inviato copia.

Come vedi questa lettera che io invio a te vale anche ugualmente per p. Giustino; ed io, come sapete, agisco in nome del vostro Padre Reverendissimo, quindi -scusatemi! - mi dovete ubbidire.

Siate calmi, non vi allarmate, non credete alle chiacchiere di quei portavoce di satana (altro che della Santa Sede!), nulla faranno o potranno fare più, perchè tutto ormai dovrà passare per le mani del Visitatore e tutto sarà, fatto soltanto in seguito alle sue decisioni.

Tuttavia è necessario pregare a far pregare tutte le anime veramente buone per questa causa santissima ed urgentissima. Specialmente p. Giustino faccia pregare Suor Lina (si chiama così?) sua penitente e si faccia scrivere, con firma qualche altra cosa oltre quella della precedente lettera.

Non mi resta altro che benedirvi e raccomandarvi tanto, di pregare per il mio "lavoro" per il nostro venerato Padre.

Tuo aff.mo nel Divino Amore

Me. Umberto Serritelli

P.S. Ti sei scordato di domandare al Padre qualche cosa su me e sul "lavoro" che si sta facendo per la sua causa e per le sue opere?

Come lo pensa lui?

En cuanto a las cosas del P. Pio te puedo decir que ya ha sido nombrado el Visitador, que no es monseñor Ronca, y sí otro monseñor de Roma, condiscípulo mío en el Seminario Romano, buen amigo mío y también persona rectísima y "manejabilísima".

Di al P. Justino que siga mandando al reverendísimo Padre sus minuciosas y detalladas relaciones (relatos) incluso diariamente si fuera necesario y oportuno.

En relaciones obrad muy secretamente, con mucha circunspección y prudencia, pero empeñaos y buscad con cualquier forma, todas las noticias que podáis y, naturalmente, especialmente aquellas noticias que me servirán para acumular material y hacer de leña bien seca para hacer buen fuego donde abrasar, dentro y fuera, herejes (y herejas) que pullulan alrededor de la venerada persona de nuestro Padre y que de este fuego no saldrán ilesos ciertamente como los niños compañeros de Daniel, sino

que serán víctimas como aquellos siervos de Nabucodonosor que lo habían atizado para quemar dentro a Daniel y compañeros.

Date cuenta que —hablo en nombre del P. Buenaventura— también tú debes colaborar con Justino para procurarnos este material tan precioso para nosotros en cuanto al Padre directamente, al Convento, a la clínica, a los grupos clericales arriba mencionados... todo, todo en fin que podáis conseguir. Naturalmente haced todo en unión con el M. R. P. Guardián y el P. Provincial y servios de cualquiera que sea para conseguir noticias, *pero no digáis a nadie más que a éstos, las relaciones que nos enviáis*. Para las cuales le debo recomendar y mandar absolutamente que desde ahora vengán escritas en buena caligrafía y bien ordenadas y de forma *inteligibilísima*; además podéis escribir sólo en una cara de los folios que enviáis porque probablemente estas relaciones serán todas fotografiadas; por lo cual deben ser firmadas, no deben contener sobreentendidos, sino todo declarado explícitamente. Si transcribís alguna frase cifrada añadid la explicación; si tenéis algún documento, no lo reproduzcáis; mandadlo intacto en su original (esto sirve también para los documentos anteriormente transcritos en las cartas ya enviadas al Rvdm. Padre). Decidnos a quién escribió P. Carmelo aquella carta de la que nos enviasteis copia.

Como ves, esta carta que te envío a ti es también para el P. Justino, y yo, como sabéis, obro en el nombre de vuestro P. Rvdm. y, por consiguiente, perdonadme... tenéis que obedecerme.

Tened calma; no os alarméis; no creáis a las habladurías de esos portavoces de sotana (y no ciertamente... de la Santa Sede), ya no harán nada ni podrán hacerlo porque desde ahora tendrá que pasar todo por las manos del Visitador Apostólico y todo se hará después según sus decisiones.

También es necesario rezar y hacer rezar a todas las almas verdaderamente buenas, por esta causa verdaderamente santísima y urgentísima. Que especialmente el P. Justino haga rezar a Sor Lucina, su penitente, y haga que le escriba y firme alguna otra cosa además de aquello de la carta anterior.

Ya no me falta más que bendeciros y recomendaros mucho de rezar por mi "trabajo" por nuestro venerado Padre.

Tuyo afmo. en el Divino Amor, *Don Umberto Terenzi.*»

«P. D.: ¿Te has olvidado de preguntar al Padre alguna cosa sobre mí y sobre mi "trabajo", que se hace por su causa y por sus obras? ¿Qué piensa él...?»

COMENTARIO: De la carta es de destacar, que D. Umberto Terenzi escribe al P. Daniel y le da la noticia de que ha sido nombrado el nuevo visitador, que no es monseñor Ronca como pretendía Ottavini, sino un amigo suyo «muy manejable»: Maccari.

Le encarga insista al P. Giustino para que siga mandando sus minuciosos informes si fuera preciso

diariamente; le da instrucciones para que obren con el mayor secreto, procurando adquirir todas las noticias que puedan, pero especialmente las que sirvan como leña para encender el fuego; habla de quemar a los herejes que rodean al P. Pío; le exige colabore él también con el P. Giustino a fin de conseguir ese material sobre el Convento, la clínica, los grupos de oración, etc.; que toda esta labor debe de hacerla en unión con el P. Guardián y con el P. Provincial; recomienda escribir con buena caligrafía y en condiciones de que los informes puedan ser fotocopiados; alega los poderes que tiene para hacerse obedecer por ellos, les tranquiliza haciéndoles ver que todo ha de pasar a partir de ahora por manos del nuevo Visitador, y, por último, alude a Sor Lucina, la monja enemiga del P. Pío, que decía tener hilo directo con Dios.

La carta es suficientemente explícita y no necesita de mayor comentario.



Fotografía del siervo de Dios, P. Leopoldo de Castelnuovo, que murió perseguido por el obispo de Padua, monseñor Bortignon.

10/10/60 - 8-1960
 Carissimo P. Spirituale
 eternamente commosso si ringrazia alla
 Benedizione mandata - al fratello
 affetto e paterno - di ringrazie immensa
 e si porta nel cuore con amore e con
 tenerezza.
 Ma non solo con si chiede e si sente
 fermato perché nessuno come lei ha
 dato la mano. Allora per la sua
 mano, salutare, perché veramente
 in questa condizione non nasce un uomo
 di dolore. Io sono stato abbandonato da Voi
 perché si voglia male, perché si maltrattava.
 Solo la sua ritorno a San Giovanni può salvare
 una madre, e salvare anche me dai miei
 acciacchi di tutti i giorni di questi giorni.
 Benedite questo povero figlio che
 ha un affetto di cuore e di mente.
 P. Emilio da Matrice

«G. M. G. F. — Foggia, octubre 1960.

Querido P. Espiritual: Con mi alma llena de conación le agradezco su bendición y su cuidado cariñoso y paternal. Se lo agradezco mucho y le llevo en mi corazón con amor y ternura. Ahora le pido una sola cosa y usted ha de escucharme, ya que ninguno amó y ama a su madre como usted. Pues, en nombre de su madre, sálveme, ya que, quedándome en estas condiciones, mi madre se morirá de dolor. Yo fui abandonado por usted, porque le odio, porque le maltrataba. Sólo mi vuelta a San Giovanni puede salvar a mi madre y salvar a mí mismo también de las punzaduras envenenadas de todos los periódicos de estos días.

Le ruego bendiga a este pobre hijo que de rodillas le besa con cariño. P. Emilio da Matrice.»

COMENTARIO: La carta no tiene desperdicio. El P. Emilio odia al P. Pío y bajo su autoridad se dedicó a abusar de su poder y a maltratarlo. Su conducta da lugar a que se promueva el escándalo lógico y los superiores deciden separarlo de San Giovanni Rotondo. Entonces al verse perdido, el P. Emilio piensa en el descrédito de aquel traslado ante los ojos de su familia y en especial de su madre, y no se le ocurre nada mejor que pedirle a "su enemigo" que interceda por él y haga lo posible porque los Superiores suspendan la orden de traslado. Para comprender esta carta hay que pensar que el P. Emilio tenía un carácter muy orgulloso y muy susceptible al ridículo y a cuanto pudiera interpretarse como una sanción.

El traslado fue consecuencia de la visita de Maccarì, que solicitó el monopolio de las torturas y malos tratos contra el pobre fraile y le estorbaba el anterior competidor. El P. Emilio no tiene inconveniente en decir en la carta que le odia y en reconocer que le había maltratado. ¡Brillante sinceridad la de este seráfico capuchino!



P. Emilio da Matrice, guardián en el Convento del P. Pío en 1960.

4-1-96

che vengono nell'indifferenza
 che vuole essere per
 formare il bene che
 è bene lo bene per se?
 un bene per sempre
 informando in tutto
 per che il bene anche il

12. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 13. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 14. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 15. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 16. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 17. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 18. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 19. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*
 20. *Phrynosoma* *torquatus* *torquatus* *torquatus*

COMENTARIO: En la carta habla el Padre Buena-ventura de que ha conseguido de la Madre General que deje en San Giovanni Rotondo, mientras sea necesario, a la Hermana Lucina, que por lo que se ve se había apoderado de la voluntad de todos. Asegura asimismo que la religiosa tenía una misión que cumplir en «favor» del Padre para vencer a las fuerzas del mal. También dice que hará todo lo necesario para que triunfe «nuestro ideal» común (eliminar al P. Pio), a fin de que el día de mañana se sienta feliz y seguro en «el calor afectuoso del nido franciscano». ¡Como vemos, todo un programa de envidiable y generoso espíritu protector!

Accademia
 Roma
 22-3-60
 Carissimi in Gesù e Maria,
 come se me
 scrivi: sempre preziosi,
 sempre illuminanti
 e mi non a ro
 anche se si possono
 con prudenza e tatto.
 Continuiamo a pregare,
 il Signore, con il precipito
 dell'anima, per la causa
 e eccellenza: sempre operando

Ringrazio del vostro cordiale
 di me Lucina e continuiamo
 cordialmente a
 chiedervi, affettuosi, anche
 scritti. Continuiamo per
 questa, o per una per una
 - che sono problemi
 - problemi nostri, o
 meglio, della causa santa
 per cui lavoriamo e
 soffriamo. La ragione
 di un'alta felicità nella
 navigazione spirituale
 sempre una *comunità*

«AVE MARIA. — Curia General...

Roma, 22 de marzo de 1960.

Muy querido en Jesús y María: Gracias por sus escritos: siempre preciosos, siempre aclaradores. Aquí no nos dormimos, aunque avanzamos con tacto y prudencia. Continuamos rogando al Señor, con la precipitación de los acontecimientos, para que prepare la vía y llegue el día que todos esperamos...

Doy las gracias por los santos saludos de la hermana Lucina y le envío los míos bien cordiales, esperando que en cuanto pueda me escriba. Que continúe rogando por nosotros y por los diversos problemas y... grandes problemas, o, por decir mejor, los de la causa santa por la que trabajamos y sufrimos. La Santísima Virgen será nuestra estrella resplandeciente en la difícil travesía.

Bendiciéndole, siempre devoto suyo.

P. BONAVENTURA, Cap.»

COMENTARIO: En esta carta del Definidor General al P. Giustino habla de la «causa santa» por la que trabajan y sufren. Dice que la Santísima Virgen será la estrella resplandeciente en la difícil travesía.

¿Se trata de un caso de cinismo, de locura, de buena fe? ¿Cabe la buena fe en el montaje de una causa que emplea al sacrilegio de la violación del secreto sacramental para conseguir sus propósitos? Que el lector juzgue por sí mismo.

Caro Giustino,
la gioia e la
vittoria di Crovini sono
siano con noi!

• Sta a n. l. - diciamo
il nostro. da me
cro più da persona da
la "visita", non giovani
2 per punto e certo
in tutti i modi l'imperio

(Carta del P. Buenaventura al P. Giustino, del 22 de abril de 1960).

«Mi querido P. Giustino: ¡Que la alegría y la victoria de Jesús resucitado esté con nosotros!

Dígale a Sor Lucina —cuyas señas no tengo— que estaba yo muy convencido de que la visita estaba de más, ¡al contrario! Y por eso se intentó por todos los medios de impedirla. Firmado: P. Buenaventura.»

COMENTARIO: Durante la visita de Crovini el P. Buenaventura, Definidor General, escribe al P. Giustino y le explica le diga a Sor Lucina que la visita apostólica estaba de más, y por eso intentó impedirla por todos los medios. Pero a la vez da a entender que tiene preparada otra que servirá para justificar una segunda visita mucho más con-

tundente y definitiva para los intereses que defienden en común.

Sor Lucina era una monja con pretensiones de santa, que se confesaba con el P. Giustino, quien recibía los consejos de esta monja como auténticas revelaciones del cielo. Entre otras cosas afirmaba que el P. Pío estaba posesionado del demonio y que pecaba con mujeres. El P. Giustino tenía por ciertas las falsas revelaciones de esta religiosa que tuvo una intervención muy directa en la visita de Macari y en la segunda persecución del P. Pío. Para probar la verdad de las revelaciones de Sor Lucina, que atribuía todas las manifestaciones del santo capuchino a intervención diabólica, Fray Giustino, en estrecha colaboración con Terenzi y demás cómplices, tuvieron la feliz idea de controlar sus confesiones mediante la instalación de los micrófonos.

Para su conocimiento, al R. P. Terenzi.

1. Que Vuestra Paternidad siga en la difícil y delicada empresa de reunir todo el material de documentación posible en secreto, con recato e intenciones sobrenaturales, tal como lo ha hecho loablemente hasta ahora.

2. Que en esta tarea le ayuden el P. Daniele y el hermano Maseo, en plana y fraternal unión de finalidades y sentimientos seráficos, con exclusión de toda otra persona, aunque fuera amada y de confianza. ¡pues hasta los muros tienen oídos! Por ello rogamos que no se hable de esto con ninguna persona, ni siquiera familiar y santa.

3. Que todo sea fielmente enviado a mano (presentándose la ocasión) o bien por pliego certificado despachándolo desde Foggia, *al que suscribe*, aquí a Roma.

4. Que se intensifiquen plegarias y sacrificios a fin de que sólo el bien triunfe: en gloria de Dios, honor de la Orden y salvación de las almas, máxime de aquella que nosotros mucho amamos.

Bendigo a Vd. con sus fieles y heroicos colaboradores en Jesús y María.

Suvo. F. BONAVENTURA.)

COMENTARIO: Hace alusión a una reunión que tuvieron en Roma el P. Amadeo (Provincial de Foggia), el P. Buenaventura (Definidor General) y el P. Clemente de Milwankee (Superior de la Orden) y de don Umberto Terenzi (Dr. de la Parroquia de la Virgen del Divino Amor). Se supone que a la reunión asistió también Monseñor Maccari, nombrado ya entonces Visitador Apostólico.

En dicha reunión acordaron reunir, con intenciones «sobrenaturales», todo el material posible a base de cintas magnetofónicas; le encomienda la gestión al P. Daniel y del Hno. Masseo: decidieron que todo fuera fielmente enviado a mano o en pliego certificado y que para que esta maniobra satánica triunfe exige se intensifiquen oraciones y sacrificios... ¡Todo un programa de lógica aplastante y sobre todo de generosa y santa intención!

Copie de son journal
noté: il est bon

Quale ragione / d. nicotina
perché il Terreno in valle
dove coprim per la montagna
fu conseguito in tempo
Asquar l'anno 1890
Zhangzi nel mondo e
in a. d. 1890

Non potremmo per cui
giocare tutto giorno per
le mie mie giorni
giocati - con i concorrenti
anche da S. Terenz. - è quasi
che l'Ordine veta e altri

[illegible]

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100. 101. 102. 103. 104. 105. 106. 107. 108. 109. 110. 111. 112. 113. 114. 115. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 125. 126. 127. 128. 129. 130. 131. 132. 133. 134. 135. 136. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 145. 146. 147. 148. 149. 150. 151. 152. 153. 154. 155. 156. 157. 158. 159. 160. 161. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 168. 169. 170. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 178. 179. 180. 181. 182. 183. 184. 185. 186. 187. 188. 189. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 196. 197. 198. 199. 200. 201. 202. 203. 204. 205. 206. 207. 208. 209. 210. 211. 212. 213. 214. 215. 216. 217. 218. 219. 220. 221. 222. 223. 224. 225. 226. 227. 228. 229. 230. 231. 232. 233. 234. 235. 236. 237. 238. 239. 240. 241. 242. 243. 244. 245. 246. 247. 248. 249. 250. 251. 252. 253. 254. 255. 256. 257. 258. 259. 260. 261. 262. 263. 264. 265. 266. 267. 268. 269. 270. 271. 272. 273. 274. 275. 276. 277. 278. 279. 280. 281. 282. 283. 284. 285. 286. 287. 288. 289. 290. 291. 292. 293. 294. 295. 296. 297. 298. 299. 300. 301. 302. 303. 304. 305. 306. 307. 308. 309. 310. 311. 312. 313. 314. 315. 316. 317. 318. 319. 320. 321. 322. 323. 324. 325. 326. 327. 328. 329. 330. 331. 332. 333. 334. 335. 336. 337. 338. 339. 340. 341. 342. 343. 344. 345. 346. 347. 348. 349. 350. 351. 352. 353. 354. 355. 356. 357. 358. 359. 360. 361. 362. 363. 364. 365. 366. 367. 368. 369. 370. 371. 372. 373. 374. 375. 376. 377. 378. 379. 380. 381. 382. 383. 384. 385. 386. 387. 388. 389. 390. 391. 392. 393. 394. 395. 396. 397. 398. 399. 400. 401. 402. 403. 404. 405. 406. 407. 408. 409. 410. 411. 412. 413. 414. 415. 416. 417. 418. 419. 420. 421. 422. 423. 424. 425. 426. 427. 428. 429. 430. 431. 432. 433. 434. 435. 436. 437. 438. 439. 440. 441. 442. 443. 444. 445. 446. 447. 448. 449. 450. 451. 452. 453. 454. 455. 456. 457. 458. 459. 460. 461. 462. 463. 464. 465. 466. 467. 468. 469. 470. 471. 472. 473. 474. 475. 476. 477. 478. 479. 480. 481. 482. 483. 484. 485. 486. 487. 488. 489. 490. 491. 492. 493. 494. 495. 496. 497. 498. 499. 500. 501. 502. 503. 504. 505. 506. 507. 508. 509. 510. 511. 512. 513. 514. 515. 516. 517. 518. 519. 520. 521. 522. 523. 524. 525. 526. 527. 528. 529. 530. 531. 532. 533. 534. 535. 536. 537. 538. 539. 540. 541. 542. 543. 544. 545. 546. 547. 548. 549. 550. 551. 552. 553. 554. 555. 556. 557. 558. 559. 560. 561. 562. 563. 564. 565. 566. 567. 568. 569. 570. 571. 572. 573. 574. 575. 576. 577. 578. 579. 580. 581. 582. 583. 584. 585. 586. 587. 588. 589. 590. 591. 592. 593. 594. 595. 596. 597. 598. 599. 600. 601. 602. 603. 604. 605. 606. 607. 608. 609. 610. 611. 612. 613. 614. 615. 616. 617. 618. 619. 620. 621. 622. 623. 624. 625. 626. 627. 628. 629. 630. 631. 632. 633. 634. 635. 636. 637. 638. 639. 640. 641. 642. 643. 644. 645. 646. 647. 648. 649. 650. 651. 652. 653. 654. 655. 656. 657. 658. 659. 660. 661. 662. 663. 664. 665. 666. 667. 668. 669. 670. 671. 672. 673. 674. 675. 676. 677. 678. 679. 680. 681. 682. 683. 684. 685. 686. 687. 688. 689. 690. 691. 692. 693. 694. 695. 696. 697. 698. 699. 700. 701. 702. 703. 704. 705. 706. 707. 708. 709. 710. 711. 712. 713. 714. 715. 716. 717. 718. 719. 720. 721. 722. 723. 724. 725. 726. 727. 728. 729. 730. 731. 732. 733. 734. 735. 736. 737. 738. 739. 740. 741. 742. 743. 744. 745. 746. 747. 748. 749. 750. 751. 752. 753. 754. 755. 756. 757. 758. 759. 760. 761. 762. 763. 764. 765. 766. 767. 768. 769. 770. 771. 772. 773. 774. 775. 776. 777. 778. 779. 780. 781. 782. 783. 784. 785. 786. 787. 788. 789. 790. 791. 792. 793. 794. 795. 796. 797. 798. 799. 800. 801. 802. 803. 804. 805. 806. 807. 808. 809. 810. 811. 812. 813. 814. 815. 816. 817. 818. 819. 820. 821. 822. 823. 824. 825. 826. 827. 828. 829. 830. 831. 832. 833. 834. 835. 836. 837. 838. 839. 840.

Nosso fim importante
 é evitar de consequer
 a sua labor entre
 recordi mesmo, para
 harmonia.
 Nosso intuito é
 pôr a consequer

mentati al 5. grado
che per molte parti
venire, altrimenti
lo spettacolo - o lo
gioco nella notte per
mentati al 5. grado
C. Schiele (o V. S. se non
sare per far vedere
(in) in modo da non
per far il giro di molti
volte, anche il pomeriggio
domenica

«AVE MARIA.—Curia General de los Hermanos Menores Capuchinos.

Roma, 15 de julio de 1960.

Querido P. Justino: le envío el mensaje que debía haberle llevado el P. Daniele y que no sé por qué razón (¡ah!, me acuerdo, porque Don Terenzi quiso sacar una copia para él), no se lo entregó a tiempo.

Hay que trabajar unidos, silenciosos, en lágrimas y en oración. No se preocupen por nosotros; todo pasa por mis manos primeramente, como hemos convenido con Don Terenzi; es justo que la Orden vea y conozca en primer lugar lo que se va a enviar después a las autoridades superiores.

Vuelva, pues, a enviar regularmente la correspondencia urgente. Una vez traducidas las bandas, con la ayuda del P. Daniele y del hermano M. envíelas aquí. Ahora confíe todo a los dos monjes, sin decirles, naturalmente, de qué se trata.

Que la Virgen nos santifique.

Le bendigo, así como a la hermana Lucina.

PADRE BONAVENTURA

Especial bendición al hermano Maseo.»

P. D. Después de una comunicación telefónica que he tenido con Don Terenzi, creemos que en primer lugar debe usted traducir la banda más importante para entregarla a los dos portadores antes del martes por la mañana cuando vuelvan. El otro material puede usted remitirlo el miércoles al P. Superior que también debe venir por lo que parece; en caso contrario, envíelo o dáselo al P. Daniele la noche del miércoles al jueves para que los traiga, o si Vuestra Paternidad lo considera mejor, pero de forma que no se le vea aquí, el jueves por la mañana, pues lo necesitamos por la tarde. Bendiciéndole.

COMENTARIO: Insiste en la carta en que todo debe pasar por sus manos para que en calidad de Definidor General sea conocido por la Orden antes de enviarlo a las autoridades Superiores. También habla de que las bandas han de ser «traducidas»... Si el P. Pío hablaba italiano ¿cómo debe entenderse esa orden de traducción? ¿Se refería a que se «interpretara» la versión o a que se corrigiera, mezclando y rectificando los textos, para darle el sentido más conveniente a los intereses de aquel grupo, que en nombre de Dios se había propuesto descubrir «el mito» de santidad del P. Pío?

don Uscari;
CURIA GENERALE
DEI PONTIFICI MESSORI CAPPUCCINI

Roma 6-X-60
Via Pontiana, 12 - Tel. 06.261.101-102

R. S. Giustino,
Lett. quanto V. S. P. è scritto e
m'incarica di dirle che non hanno
nella sua persona benevolenza; ^{ella} ~~il~~
lo però, per il bene dell'ordine e
della anime, e con car. acate
si buon grado e un spirito serafico

Le disposizioni del m. R. S. Carla, siano
che la Madonna ss. pensieri e tutto
e consolazioni effusi.
Altrimenti m'incarica di dire a F. Uscari
e V. S. glielo ripete: in unione
di sacrificio e di propizienza, per
il trionfo della giustizia e della verità
nella carità fraterna.
Colgo l'occasione per unire i miei felici
saluti e sentite bene Uscari
con un suo Carla

«AVE MARIA. — 6-9-1960.

R. P. Giustino: el Reverendo P. General leyó lo que V. P. le escribió y me encarga decir a Vd. que tiene toda su paternal benevolencia; y que ahora, empero, por el bien de la Orden y de las almas que amamos, acepte Vd. de buen grado y con espíritu seráfico las disposiciones del Muy Reverendo P. Provincial, seguro de que la Virgen Santísima pensará por todos y nos consolará plenamente.

El me encarga de decir las mismas cosas al hermano Maseo y V. P. puede repetírselo: en unión de sacrificios y plegarias por el triunfo de la justicia y la verdad en la caridad franciscana.

Aprovecho la ocasión para añadir mis fraternales saludos y mi seráfica bendición.

Siempre suyo,

BONAVENTURA.»

COMENTARIO: Se trata de una carta en que el P. Buenaventura le dice a Fray Giustino que leyó su carta el Rvdo. P. General y que cuente con su paternal benevolencia.

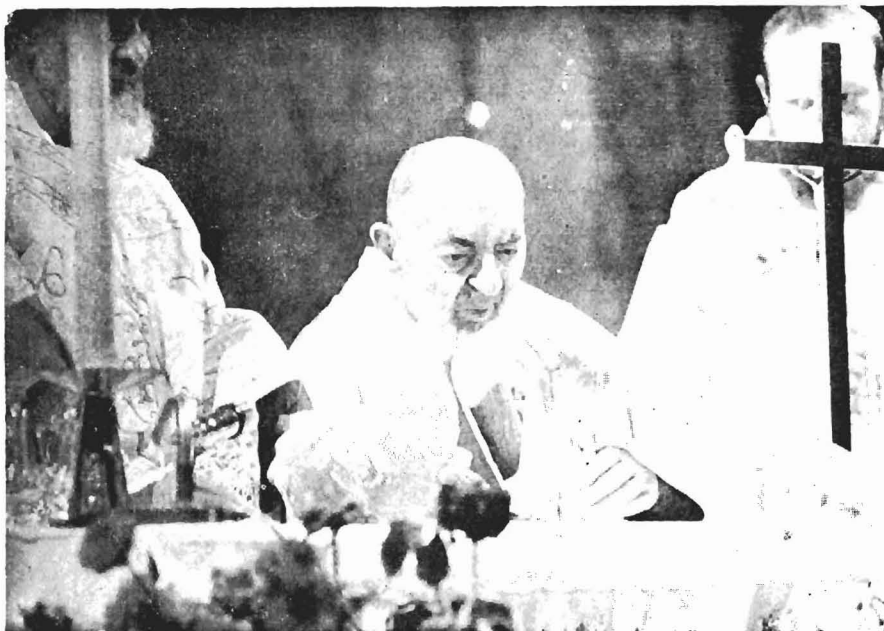
Maccari ha separado a los responsables directos del sacrilegio de los micrófonos y éstos que estaban respaldados por los superiores, acuden a quejarse ante ellos por considerarse víctimas de un juego y los superiores los consuelan y bendicen. Le encarga repita las mismas palabras al Hermano Maseo, que fue otro de los sancionados.

Bendiciéndole, P. BUENAVENTURA.»

COMENTARIO: El P. Buenaventura, Definidor General, autoriza al párroco de la Virgen del Divino Amor de Roma, D. Umberto Terenzi, alma negra y principal responsable de la persecución contra el P. Pío, a cuya iniciativa se debe la instalación de los micrófonos, para que se entreviste con el P. Giustino y cumpla éste cuanto aquél le mande. D. Umberto extiende bajo su palabra estas instrucciones al P. Daniel M.^a de Roma, al Guardián y al Provincial y añade que todo esto debe hacerse bajo secreto del Santo Oficio.

23 10 1870

Corrispond. E. Giustin
la ricevuta
del Luth e la rice
di fare ~~Luth~~ ^{quanti} le rice
S. A. Benedetto
S. A. Benedetto
quanto detto disposto
dalle per ordine superiore
anche per il P. Daniele M. de Rome
e per il P. Guastano e per il
P. Provinciale
In fede e sub secreto P. M.
Me Umberto Perini
Gov. R. 27/10/70



Fotografía de la última misa celebrada por el P. Pío donde aparecen sus manos limpias de llagas.

Ave Maria.
 CURIA GENERAL
 DEI PRATI MINORI CAPPUCCINI
 Roma 17-60
 100/1000 100/1000 100/1000
 Carissimo P. Giustino,
 A sua comunicazione
 mi documenti religiosi
 sono veramente importanti.
 Li è preziosi; anche se
 dolorosi. Le compenso
 con me il A. S. P. e
 Lei non si sta inferno
 certo è che la difficoltà
 e infernalmente sono per
 ostinaci alla e lo per
 nell'Imperatore l'1/1 stento a
 fare un taglio netto per

non muore al alto con
 Comunque non si tiene
 bisogno con amore e per
 di, esidentissima, l'per
 del religioso inferno
 da vincere. S. P. come
 S. P. sempre la vita
 el r. alto - l'essim
 Ma quando anche fosse da
 e indica i limiti nel
 massimo conto. Un solo
 il P. Giustino e ripete e per
 quanto è bello e la: Refugio per
 Comunque, per sempre e per
 sempre.

«Roma, 6 de junio de 1960

Muy querido P. Giustino: Sus comunicaciones, documentos, relaciones son siempre verdaderamente importantes y precisas, incluso aunque sean... dolorosas. Conmigo le da las gracias el Rvdo. P. General. Aquí no estamos inactivos: no hay duda de que las dificultades, las intromisiones son grandes, altas, obstinadas y que la espada del Emperador tarda en cortar por la sano... para no perjudicar a otras causas.

De todas formas, no nos dormimos; hay que continuar orando: no hay duda de que hay que vencer la obra del espíritu infernal. ¿Cómo va la H. Lucina? Siempre me acuerdo de ella en el Santo Altar. Asegúrele que se tiene muchísimo en cuenta todo lo que se dice e indica. Salude al P. Superior y repítale lo que le he dicho: oración, confianza, valor, perseverancia y gracias. P. Buenaventura.»

COMENTARIO: El P. Buenaventura reconoce que en toda su actuación se tiene muy en cuenta lo que dice Sor Lucina. Insisten en que no estén inactivos y que sienten mucho que la espada del Emperador —alude al Papa— tarde tanto en cortar por lo sano, como ellos desean y esperan.

No creo que sea indiscreto informar al lector sobre las circunstancias que concurrieron en Sor Lucina. Se trataba de una mujer de unos 45 años, que se conservaba joven y con gran atractivo sobre los hombres. En más de una ocasión se exhibió en ropas impropias de su situación y condición de religiosa, y su conducta daba mucho que hablar, con plena justificación. No consideramos oportuno dar detalles, aunque disponemos de pruebas contundentes. A pesar de estos antecedentes tenía el atrevimiento de enfrentarse con el P. Pío y calumniarle diciendo que si las mujeres le besaban la mano era movidas por una pasión morbosa: aunque en realidad la que resultó movida por pasiones de esta clase fue Sor Lucina.

Ave Maria! 13-Voto Co
 P. Daniele, de ir a ver a la H. Lucina; pero como
 se lo he dicho a él inmediatamente, aquí ni nosotros
 sabíamos verdaderamente nada...
 Ya me había hablado de la prohibición recibida
 por Su Paternidad como me ha referido el buen
 P. Daniele, de ir a ver a la H. Lucina; pero como
 se lo he dicho a él inmediatamente, aquí ni nosotros
 sabíamos verdaderamente nada...
 Se ve que es un ultimo esfuerzo de Satanás, que
 está a punto de ser arrojado y vencido.
 Con todo respeto y humildad preséntese al visi-
 tador y maniéstele su rectitud e inocencia dicién-
 dolo, como usted lo cree, que ha habido alguien
 —incluso quizá de buena fe— que le ha informado
 mal. Que hable también el P. Vicario y declare
 cómo ha recibido usted sus órdenes e indique en
 conclusión que usted siempre está dispuesto a obe-
 decer. Emplee la mayor serenidad y amabilidad y
 el mayor respeto, incluso para los adversarios. Al
 hablar con el visitador, emplee formas para atraerle.
 Dígame que usted siempre está dispuesto a colaborar
 modestamente en todo, incluso aunque Su Paternidad
 vea que el método elegido no es el mejor.

Lo que cuenta ahora es que el visitador tenga gran
 estima por todos ustedes y gran confianza; después
 verá cómo comparte sus puntos de vista. Al principio
 no se puede pretender que piense totalmente como
 usted.
 Bendiciéndole a usted y al H. Masseo. Su afectí-
 simo, P. Bonaventura.»
 COMENTARIO: Maccari ha llegado a San Giovanni
 Rotondo y le ha prohibido al P. Giustino el seguir
 visitando a Sor Lucina, la monja en cuyas falsas
 revelaciones se creía. La prohibición estaba justifi-
 cada porque al visitador le dijeron que el Padre
 Giustino celebraba entrevistas con Sor Lucina por
 la noche, por esto ordenó también a Sor Lucina
 salir de San Giovanni Rotondo.
 El P. Buenaventura le consuela por esta con-
 trariedad y le da instrucciones para que se pre-
 sente al visitador y haga lo posible con la mayor
 amabilidad para atraerlo a su favor. Le prohíbe
 que procure demostrarle que cuanto ha hecho lo
 hizo por obediencia y que siempre está dispuesto
 a colaborar modestamente en todo «incluso aunque
 Su Paternidad crea que el método elegido no fue
 el mejor».
 Lo importante es «que el visitador tenga gran
 estima y gran confianza» por los que fueron ca-
 paces hasta de instalar micrófonos en los confe-
 sionarios.

«AVE MARIA, Curia General...

Roma, 13 de agosto de 1960

Querido P. Giustino: Que la Virgen le proteja a usted y al buen Hno. Masseo. No hay que desalentarse. Le doy las gracias por su carta y la tendré presente mostrándola también al P. General. (Se refiere al P. Giustino.)

Ya me había hablado de la prohibición recibida por Su Paternidad como me ha referido el buen P. Daniele, de ir a ver a la H. Lucina; pero como se lo he dicho a él inmediatamente, aquí ni nosotros sabíamos verdaderamente nada...

Se ve que es un ultimo esfuerzo de Satanás, que está a punto de ser arrojado y vencido.

Con todo respeto y humildad preséntese al visitador y maniéstele su rectitud e inocencia diciéndolo, como usted lo cree, que ha habido alguien —incluso quizá de buena fe— que le ha informado mal. Que hable también el P. Vicario y declare cómo ha recibido usted sus órdenes e indique en conclusión que usted siempre está dispuesto a obedecer. Emplee la mayor serenidad y amabilidad y el mayor respeto, incluso para los adversarios. Al hablar con el visitador, emplee formas para atraerle. Dígame que usted siempre está dispuesto a colaborar modestamente en todo, incluso aunque Su Paternidad vea que el método elegido no es el mejor.

Lo que cuenta ahora es que el visitador tenga gran estima por todos ustedes y gran confianza; después verá cómo comparte sus puntos de vista. Al principio no se puede pretender que piense totalmente como usted.

Bendiciéndole a usted y al H. Masseo. Su afectísimo, P. Bonaventura.»

COMENTARIO: Maccari ha llegado a San Giovanni Rotondo y le ha prohibido al P. Giustino el seguir visitando a Sor Lucina, la monja en cuyas falsas revelaciones se creía. La prohibición estaba justificada porque al visitador le dijeron que el Padre Giustino celebraba entrevistas con Sor Lucina por la noche, por esto ordenó también a Sor Lucina salir de San Giovanni Rotondo.

El P. Buenaventura le consuela por esta contrariedad y le da instrucciones para que se presente al visitador y haga lo posible con la mayor amabilidad para atraerlo a su favor. Le prohíbe que procure demostrarle que cuanto ha hecho lo hizo por obediencia y que siempre está dispuesto a colaborar modestamente en todo «incluso aunque Su Paternidad crea que el método elegido no fue el mejor».

Lo importante es «que el visitador tenga gran estima y gran confianza» por los que fueron capaces hasta de instalar micrófonos en los confesionarios.

Declaración del párroco de Falcade, D. Gino Serafini, en la que denuncia la mala conducta de D. Giovanni Barberino, Secretario de Mon. Carlo Maccari, el cual ha llevado a cabo la visita apostólica al P. Pio en 1960.

PARROCCHIA DI FALCADE
(BELLUNO)

Io sottoscritto Don GINO SERAFINI, Parroco di Falcade (Belluno), a scopo di verità' dichiaro quanto segue:

In seguito ad un contratto stipulato in data 25/4/1958 con Mons. Carlo Maccari, allora segretario del Vicariato di Roma ed assistente del Centro Studentesco Romano, nei mesi di luglio e agosto 1958 furono ospiti nella mia Canonica di Falcade, Chiesa Nuova, tre turni di giovani di Roma.

Mi ero fidato della parola di Mons. Carlo Maccari d'inviare solamente giovani ed invece arrivarono compagnie promiscue. Non ebbi l'animo di chiudere agli arrivati le porte, provenendo essi da tanto lontano in una stagione di satura ospienza ricettiva e perché opponevano la forte ragione di aver già soddisfatto il pagamento per il soggiorno a L.1450 al dì.

Del resto Mons. Carlo Maccari, cui sarebbe stato da ricorrere era in quel periodo di tempo in Inghilterra. Fu gioco forza rassegnarsi ed accettarli.

Torno a ripetere che quei due mesi furono per me di vero martirio.

Nei primi due turni furono assistenti due Sacerdoti, dei quali nulla ho da dire e che anzi mi furono di un certo aiuto e di gradita compagnia.

Per l'assistenza amministrativa e disciplinare c'era ad ogni turno una assistente, che coadiuvava egregiamente il Sacerdote. Erano tuttavia per il sottoscritto amarezza continua la promiscuità del gruppo e la leggerezza nel vestito delle ragazze.

Il tracollo lo diede il turno capeggiato da Don Giovanni Barberini. Mi era stato assicurato che almeno in questo ultimo turno sarebbero stati solamente ragazzi-alunni dell'Apollinare ed invece vidi giungere una compagnia composta di giovanotti e ragazze dai 18 ai 25 anni.

«Parroquia di Falcade (Belluno)

El abajo firmante D. Gino Serafini, párroco de Falcade (Belluno), por ser verdad declaro lo que sigue:

Como consecuencia de un contrato estipulado en 25 de abril de 1958 con Mon. Carlo Maccari, entonces secretario del Vicariato de Roma y consiliario del Centro de Estudios romano, en los meses de julio y agosto de 1958, estuvieron hospedados en mi casa parroquial de Falcade, Iglesia Nueva, tres turnos de jóvenes de Roma.

Me fié de la palabra de Mon. Carlo Maccari, que me debía enviar solamente jóvenes y en cambio llegaron acompañados de chicas. No tuve ánimo para cerrarles la puerta a los que habían llegado, habiendo venido de tan lejos y en una estación de tan difícil hospedaje. Y también porque alegaban la razón poderosa de haber satisfecho ya el importe de su estancia, L. 1.450 por día.

Además, Mon. Maccari, al que tendría que haber acudido, se encontraba por entonces en Inglaterra.

Con un giorno di ritardo giunse la Signorina Assistente. Dava l'impressione di essere una buona giovane e speravo che avrebbe dato, colla sua presenza e controllo, un tono di serietà al soggiorno.

Ma il M.R. Don Barberini stroncò subito ogni sua iniziativa. Sotto l'istigazione del Sacerdote divenne bersaglio di beffe e derisioni non solo orali, ma bensì scritte e ritmate.

La buona giovane, quanto mai avvilita, mi chiese consiglio sul da farsi e vedendola così sola, credetti opportuno consigliarla di ritornarsene a Roma.

Così Don Giovanni Barberini aveva raggiunto lo scopo: essere libero.

Questa constatazione è chiara dal suo comportamento posteriore.

Don Barberini, con la comitiva promiscua, le ragazze vestite con abito maschile, usciva per le vie del paese vestito in borghese, con calsoni a sonocchi, in canottiera, frequentava indistintamente il cinema senza badare alla qualifica del film e si era fatto notare ed additare dalla gente del paese, che veniva da me scandalizzata, a chiedermi "che razza di prete fosse quello".

Tranne l'affrettata recita del breviario non lo vidi pregare.

Non mostro' zelo alcuno per la vita cristiana dei giovani che guidava, sui quali non aveva nessun ascendente per la disciplina, mostrandosi già lui in situazione d'inferiorità morale.

La cosa che più mi addolorava era quanto mi veniva riferito riguardo al comportamento del suddetto Sacerdote con una giovane della comitiva, di cui lo si diceva parente. Essa si mostrava gelosa del Sacerdote, e questi si premurava di consolarla in appartata sede.

I giovani malignavano e si permettevano al loro indirizzo scherzi e frizzi con chiaro significato.

La comitiva rincasava a tarda notte, alle volte anche oltre le ore ventiquattro.

A quanto esposto sopra si potrà obiettare come mai io non abbia riferito subito alla mia Autorità Diocesana e a Mons. Carlo Maccari, il diretto responsabile. Ed allora rispondo che ancora l'anno prima per questo curriculum avevo fatto noto il comportamento disdicevole di due Sacerdoti Romani addetti ad un campo di stazione in Parrocchia di Falcade, ma Mons. Carlo Maccari Segretario del Vicariato, in un nostro incontro, credette di scusarli nella loro "esuberanza giovanile". E poi ero tanto afflitto che il mio unico desiderio era che terminasse il tempo del contratto e non avere altre noie.

In fede

Il Parroco di Falcade (Belluno)

Don GINO SERAFINI

D. Gino Serafini

Fue cosa de fuerza mayor resignarse y aceptarlos. Vuelvo a repetir que aquellos dos meses fueron para mí de verdadero martirio.

En los dos primeros turnos llegaron dos sacerdotes acompañantes, contra los cuales nada tengo que decir y que en cambio me ayudaron y me proporcionaron agradable compañía.

Para la asistencia administrativa y disciplinar había en cada turno una asistente social, que ayudaba extraordinariamente al sacerdote. Era, sin embargo,

para el que suscribe continua amargura la promiscuidad del grupo y la ligereza en el vestido de las chicas.

El golpe lo dio el turno acompañado por D. Giovanni Barberini. Se me había asegurado que por lo menos en este último turno serían solamente chicas del Apolinare y en cambio llegó una compañía compuesta de jovencitos y chicas entre los 18 y 25 años.

La señorita asistente llegó con un día de retraso. Daba la impresión de ser una buena joven y esperaba que con su presencia y control hubiera dado un tono de seriedad a la estancia.

Pero el Rvdo. D. Barberini truncó rápidamente todas sus iniciativas. Bajo la instigación del sacerdote fue blanco de bromas y rechifla no sólo verbalmente, sino hasta por escrito y en verso.

La buena joven, verdaderamente desmoralizada, me pidió consejo sobre lo que tenía que hacer y, viéndola así tan sola, creí oportuno aconsejarla que se volviera a Roma. Así D. Giovanni Barberini había conseguido un intento: quedarse libre. Y esta constatación quedó clara por su comportamiento posterior.

D. Barberini, acompañado promiscuamente por las chicas vestidas con ropa de hombre, salía por las calles vestido de paisano, con pantalones y chaqueta, a veces en camiseta, e iba indistintamente al cine sin preocuparse por la calificación de las películas y se había hecho notar por la gente del pueblo, que venía a mí escandalizada a preguntarme "qué clase de sacerdote era aquél".

Aparte la apresurada lectura del breviario nunca lo vi rezar. No demostró ningún celo por la vida cristiana de los jóvenes que guiaba, sobre los que

no tenía ningún ascendiente y mostrándose él mismo en una situación de inferioridad moral.

Lo que más afligía era lo que se hablaba del comportamiento del antedicho sacerdote con una joven de la comitiva, la que se llama Pariente. Se mostraba celosa del sacerdote y el sacerdote se esforzaba en consolarla separadamente.

Los jóvenes pensaban mal y se permitía bromas y chistes de claro significado que se referían a ellos. La comitiva volvía a casa muy tarde por la noche, algunas veces después de medianoche.

A lo que vengo exponiendo se podrá objetar por qué no lo he referido antes a la autoridad diocesana y a Mon. Maccari que era el responsable directo. Y contestó que el año anterior había hecho notar el comportamiento desagradable de dos sacerdotes romanos que se encontraban en un campamento de la parroquia de Falcade. Pero Mon. Carlo Maccari, secretario del Vicariato, en una de nuestras entrevistas creyó oportuno excusarlos por su "exuberante juventud" y además me encontraba tan afligido que mi único deseo era que terminase el tiempo del contrato para no tener más disgustos.

Doy fe: El Párroco de Falcade (Belluno). Firmado: Gino Serafini».

COMENTARIO: En esta declaración del Rvdo. Gino Serafini, Párroco de Falcade, denuncia la ligereza y la vida frívola que llevaba ya en el año 1958 el sacerdote D. Giovanni Barberini, secretario de Carlo Maccari, con quien colaboró durante los días de su visita apostólica a San Giovanni Rotondo. Con ellos probamos la calidad moral de quienes se habían erigido en jueces del P. Pío. Esto explica el resultado de la encuesta.

CARTA MANUSCRITA DEL P. GIUSTINO

^④
Sarebbe del peggio
che il signore, in delle
un tale governo
costante, ~~per~~ a
religione dell'ordine
spirituale e materiale
di cui è cattolico e respo-
sabile, può indagare
come i proprii e
i proprii del proprio
nobiliti, rima col
aprire una lettera
non a lui indovinata,
concedi la parte della
mia relazione a Mons.
Rasari riguardante

^③
Ma non avrebbero
potuto andare in conto
un nome limitato
a dire che quella
azione era stata fatta
conclusa con il per-
meno alla dipendenza,
l'ordinando pure che
cedessero in me
- per eventuali e possibili
detti - le ordinanze in
me.

Oggi però che ha
meritato di essere
isfatto male a voce
quel mero s'è fatto

l'uso del Registatore
in foresta ecc. con
immense studi di
lettere che nel
fratello in cui quella
strumento veniva
usato, mi giungevano
- a increspamento
a raccogliere e a contraria
a raccogliere tal materiale
da parte del Rev. mio
P. Bonaventura da Paolo
che era bene a corrente
della cosa.

Fin ad oggi, e
religione di ordine
con i miei figli.

^⑥
Anche in ordine ambie-
to, tra i quali quelli
del mio figlio e
figlio della buona,
in ordine in ~~non~~ in
sento in dove si
manifestare present
sopra detto, giacché
una tale giacché 20
in me eguale a
un medesimo giacché.
nell'azione e il compo-
nimento dell'Ordine
stesso; con che si
si vorrà calpeste me

l'ordine ⁽⁵⁾ in cui si deb-
bano a non lo so.
passare dunque nella
stessa ora per la P.^a
devi vedere un amico
(o un amico male, è sempre
graves amato in chi non
potrà celare e non posso in
spiega) alloggiare.

7. Numerosi Pochi della
Provincia (tra cui diversi
superiori di conventi) che
hanno in quella occasione
ottenuto favore delle porte
della stanza cui P.P.

era, ⁽¹⁴⁾ per ora i
malumori e le in-
cisioni / quelle donne
si trattavano con la
- alla mia prima - dove
tempo delle promozioni, molte
tante altre e anche molte
possi con i pettini anti-
ci o o tante e tante e
molte altre).

Secondo: l'armonia a
far mandare via da
3. giov. Ret. M.A.P. con lei /
questioni) ~~a tutto e dalla~~
- E poi dalla ^{non ha fatto} Firenze. I
D. R. R. Qui colos - con Porto

[illegible]

chiaro che non erano delle
 loro idee) ha detto che
 un liberismo e di sinistra
 cui furono sottoposti. e
 che in quel caso dopo le
 le autorità della P. n. e
 del convento a tutte
 confortabili di quest'ultimo.
 di di sinistra e di sinistra
 una delegazione di spedire
 "fra poco le cose passeranno
 i fratelli del convento, "il
 il Provisionale vuole che
 fare il banca " "la
 banca che sta per
 sul convento di S. B. S. S.

è in alcuni⁽¹³⁾ stati ne-
l'ora ambiente e in
quelli in cui esse o
chi per esse si intrattano
Tutto ad altre non le
certezze per costanze
minime e nessun di
persone che si stiano proprio
un ordine dall'alto, in
di una in decreto, col
quale senza possibilità
alcuna di disapprovazione
e di opposizione il Pontefice,
il primate di S. p. A. Parigi
e l'arcivescovo di cinque altre
sue diocesi.

frati di questo convento
sarebbero stati di un sesso
obbligati o mandati
via perché non volevano
bene a P. P. o.

Perché non volevano
bene a P. P. o.?

Per dette donne c'è
un annuncio: "chi tiene
non tocca P. P. o., chi
non è d'accordo con
noi e nel nostro modo
di fare, non è d'accordo
con P. P. o. Per questo
di dominio pubblico S. p.
Alfonso."

(S. p. o. a sapere, dopo
alcun numero di date,
le date per le quali
ciò sarebbe avvenuto).

A meno che non si parli
ciò di P. Enrico e di
P. Amadeo, bisogna far
dire che i timori delle
donne ebbero la loro
partecipazione.

P. Enrico, fatto primate,
lesse delle disposizioni nuove
dai signori Rappini, volti
a evitare divisioni in
Chiesa / erano stati promessi

dal fatto che una donna
storica aveva ricor-
so alla morte della regina
vicentina donna Maria,
e l'aveva trovata della sua
monarca anche ucraina).

Primo

Lo stesso, per il
procedimento di allentare
non non più di un
metto le intenzioni del
confessionale di P. P. o.
chi, è noto a tutti, era
raccomandato quando
P. P. o. dove o non dove

la anolomina ⁽¹²⁾ per
che il minimo; pome
cio' alto di molti metri
in tre persone erano
letti e in molti franchi).

H D Re. P. Ammendofeller
Piacenza), confermi l'opera
di P. Emilio's, in fin,
a conclusione della
dottrina e, o tu, prima
settimana di maggio 1899.
Lui si è reg. al proprio
suo attività per il cont.
inter nel seguente:
T. Ammendofeller: Padre Re
non dove le lettere che

vi viene a ⁽¹⁸⁾ mano durante
il vostro ministero (confiden-
za) ed un impiego
della clinica, senza
spogliare dei casi di
corruzione; essendo in
quel periodo avvenuta
reclamazione di parte
di interessati che avevano
conseguito la loro sede
e proprio confermano
agli atti dati in mano
a P. P. P. e ne dobbiamo
altamente parlare
avendo avuto una
notizia e firma di

non sempre e ~~to~~ imp.
pote bisognare quella
con bella e v. (o v. v.)
il ^{caso} ~~stato~~ delle rel. p. n.
nelle t. del ~~magli~~
da un), non
potendo una tale
pratica permettere
per motivi di dovere
quasi per del regime
che in tal caso deve
per ufficio regolare,
il D. R. P. Amico
ha le disposizioni
che le lettere a mano
P. P. o le con regesse a

[illegible]

¿Por qué no querían al P. Pío?... Para dichas mujeres había una axioma: «Quien nos toca a nosotras

toca al P. Pío; quien no está de acuerdo con nosotras y nuestro modo de obrar no está de acuerdo con el P. Pío». Principio éste de dominio público en San Giovanni Rotondo.

Se llegó a saber, después de algunos aplazamientos de fecha, el día preciso en que esto sucedería. En honor a nuestros Superiores, o sea, del P. Emilio y del P. Amadeo, hay que decir también que los temores de las mujeres tuvieron su justificación. El P. Emilio, nombrado Guardián, leyó las disposiciones decididas de los Superiores mayores dirigidas a evitar desórdenes en la Iglesia. Tales disposiciones habían sido provocadas por el hecho de que una señora extranjera había recibido mordeduras de la organización de las mujeres pías y la embajada de su país había protestado. El mismo tomó la decisión de alejar no más de un metro a las íntimas del P. Pío que es sabido de todos se daban cuenta cuando el P. Pío daba o no daba la absolución. Cuando este hecho sucedía entre paisanas se producían riñas, insultos recíprocos. El muy Rvdo. P. Amadeo, entonces Provincial, confirmó la acción del P. Emilio. Además, al concluir su santa visita, durante la primera semana de mayo de 1959, dejó la siguiente disposición: El P. Pío acostumbraba a dar las cartas que recibía en la mano durante su ministerio (confesión etc.) a un empleado de la clínica, sin quedarse con los casos de conciencia, habiendo existido reclamaciones de terceras interesadas que habían entregado en aquellas cartas sus propias confesiones y sentían mucho haber tenido una respuesta con firma de un simple empleado laico de la Casa Sollievo. El muy reverendo P. Amadeo dejó dispuesto que las cartas dadas en mano al P. Pío se le entregasen al P. Mariano —que gozaba de la confianza del P. Pío y de las mujeres— para salvar los casos de conciencia, aunque ello fuese en presencia de empleados de la Casa Sollievo. Los periódicos, han referido la orden del P. Amadeo de entregar las cartas al P. Mariano en vez de al empleado de la clínica.

3.º Una manera poco respetuosa y peligrosa de hablar y juzgar al Papa actual en contraposición con Pío XII. La imposibilidad de conocer a través de qué camino se podía uno defender de la invasión y entrometimiento del personal laico que pretendía por todos los medios derribar a los superiores continuando la larga y sangrienta serie de calumniosos delitos contra los frailes menores, que durante los años anteriores no estaban de acuerdo con su modo de pensar...

COMENTARIO: La autodefensa del P. Giustino resulta un tanto infantil. Pero la transcribimos por la importancia que representa el hecho de re-

conocer haber colocado los micrófonos para grabar las confesiones del P. Pío, rompiendo así el sigilo sacramental. El P. Giustino quiere justificar la procedencia de estas medidas extraordinarias apoyándose en tres hechos: a) En que había peligro de que el P. Pío se trasladase a la clínica y con tal motivo se dieron pie a rumores malévolos, dando a entender que determinadas personas interpretaban mal la salida del fraile del convento. Estos comentarios eran fruto de la campaña calumniosa que se había lanzado contra el humilde capuchino. Y a incluso concretar la acusación de decir que en cierto momento escuchó que «el P. Pío había dormido una noche con C.», pero enseguida desmintió el infundio, haciendo constar que aquella noche precisamente durmió él en la antecámara. Justifica sin querer la estancia del fraile en la clínica, consecuencia de haber ido a celebrar y haber caído enfermo. Los micrófonos hacían falta, pues, para comprobar si había algo de cierto en los infundios que se habían propagado contra la moralidad del Padre. El argumento peca ciertamente de ingenuo y la autodefensa se convierte en acusación para el declarante.

Si pensamos que cuando ocurrían estos hechos el P. Pío tenía cerca de 80 años, sangraba todos los días y apenas comía, se comprenderá lo absurdo de la acusación y la maldad y ceguera de sus enemigos.

b) Habla del poder de las mujeres beatas seguidoras del fraile, y las presenta como capaces de conseguir arrojar de sus cargos a todos los superiores del P. Pío. Tal situación justificaba la toma de pruebas decisivas a través de los micrófonos. Por ello resulta el argumento de que por un grupo de beatas desmaietar todo el orden jerárquico de un Convento es más pueril todavía que tal idea sirva para justificar el cometer por los propios frailes el sacrilegio de violar el sigilo sacramental.

c) Por último afirma, que, el P. Pío, al ensalzar a Pío XII, dejaba en mal lugar a Juan XXIII y se fundamenta en este argumento como medio de explicar lo inexplicable.

Toda la carta no tiene pies ni cabeza. A través de ella sólo se deduce una cosa: la realidad de un hecho que nuestra conciencia se resiste a creer. El principal autor de la instalación de los micrófonos al pretender justificar la necesidad de esta instalación confiesa que el sacrilegio se consumó por manos de sus propios Hermanos de religión y cumpliendo órdenes de los Superiores de la Orden. Lo inconcebible aparece así convertido en realidad.

EL P. ROSARIO DE ALLIMINUSA

Maccari, terminada su mal llamada visita apostólica, dejó como guardián, con el encargo de cumplir sus instrucciones al P. Rosario de Alliminusa, que aplicó al fraile un régimen de terror. El P. Rosario acabaría con los nervios del pobre enfermo. Tenía cualidades excepcionales para su función de «cabo de varas». Se había formado en Sicilia occidental, donde surgió la organización terrorista de la mafia. Aquel ambiente influyó en su carácter, en su conducta, en su sensibilidad. Era un pequeño monstruo que había recibido un encargo complejo: eliminar a su víctima. Pero eliminarla poco a poco, a máquina lenta, pues los tiempos habían cambiado y con el P. Pío no se podía hacer como con Juana de Arco ni con Savanarola. El sacrificar en la hoguera a los místicos molestos no iba ya con las costumbres de los tiempos actuales.

Al P. Pío le limitaron su libertad de acción. Le prohibieron bautizar, celebrar matrimonios, confesar a determinadas personas, administrar primeras comuniones, impartir la bendición con el Santísimo... Carteles colocados por las paredes del convento prohibían hablar con él. Se le redujo el tiempo para la celebración de la misa: se le limitó el tiempo de cada confesión, sancionando el retraso con el permiso de confesar; se rodeó al confesonario y los corredores por donde pasaba el fraile de cadenas, barras y verjas de hierro; las mujeres tenían que colocarse en filas de a cinco, de espaldas al confesonario y con prohibición expresa de volver la cabeza, bajo pena de retirarles el billete de confesión; nadie podía mirar al capuchino ni ser mirado por éste.

Durante la misa el guardián se colocaba junto a él y expiaba sus menores movimientos, y sobre todo las miradas del fraile. Si sus ojos tropezaban fatalmente con alguna mujer, éste era expulsada de la iglesia en forma violenta. Así cuidaba el P. Rosario de defender la virtud del estigmatizado, amenazada, según el citado guardián del convento, constantemente. Al fraile no se le podía besar la mano ni inclinarse ante él en señal de respeto. A los sacerdotes no se les permitía que le ayudasen a misa. Las lecciones de la mafia las había aprendido perfectamente y las aplicaba a la perfección. El público lo calificaba de carcelero. Algunas de estas prohibiciones, aun después de la marcha del P. Rosario, han tenido vigencia hasta la muerte del P. Pío.

Suprimió el acompañante que es costumbre en la Orden colocar junto al fraile anciano o enfermo. Nadie podía ayudarle a subir ni bajar las escaleras. En una ocasión resbaló por una de ellas y cayó pesadamente al suelo. Un fraile se precipitó en su ayuda. Pero en el acto la voz del guardián gritó: ¡obediencia!, y le prohibió acercarse a prestarle auxilio. El P. Pío se agarró a la pared penosamente, clavando sus uñas ensangren-

tadas en el yeso hasta que logró incorporarse solo con gran esfuerzo. En otra ocasión resbaló en un water y estuvo dos horas en el suelo hasta que un fraile, que acudió casualmente, pudo liberarle.

En verano se le suprimió el medio vaso de cerveza que tomaba cuando se sentía agotado por la fiebre y el calor.

Con este trato su supervivencia era un milagro, pues seguía perdiendo media taza de sangre al día y comiendo menos de doscientos gramos de alimento, cantidad muy inferior a la que toma normalmente un recién nacido.

¿Y todo esto, por qué? Por una razón dura de expresar, pero clarísima: La muerte del P. Pío arreglaría muchas cosas para la Orden. La prestigiosa revista «Ley y justicia» llegó a calificar de asesinato lo que se hacía con el P. Pío por cuestiones de dinero. ¿Hasta cuándo podrá resistir todavía?, se preguntaba Boniface en su obra escrita un año antes a la fecha de su muerte. Y añadía: «La muerte del P. Pío lo hubiese arreglado todo, pero no es tan fácil matar a un santo antes de que llegue la hora señalada por Dios». «¡Qué magnífico y alegre funeral se le celebraría! ¡Y los fieles seguirán ingresando su dinero sin riesgo alguno de forma ni discusión!»

El «Torquemada» del P. Rosario actuaría también sobre los seguidores del capuchino, a los que arrojó de la iglesia en varias ocasiones.

El general de la Orden, P. Clemente de Milwaukee, Bortignon y Terenzi alentarían y secundarían al P. Rosario en sus prácticas de carcelero. El obispo de Padua publicaría una carta disuadiendo a los fieles de ir a San Giovanni Rotondo. El 7 de noviembre de 1960 Bortignon se indignaba en una nota de prensa, por las quejas que los fieles dirigían al Vaticano protestando del atropello y de los malos tratos de que el fraile era víctima y alegaba que tal conducta representaba una ofensa contra la Santa Sede. En la primavera de 1961 una circular secreta, dirigida a todos los obispos de Italia, ordenaba que procurasen dejar morir a los «grupos de oración».

El P. Pío se siente como Cristo crucificado en su cruz y vive su pasión sin protestar. Sólo de cuando en cuando se le oye murmurar por lo bajo: «No puedo más...»

FOTOCOPIAS PUBLICADAS CON LA VISITA DE MACCARI

Publicamos la carta de monseñor Terenzi al P. Danielle dándole instrucciones de cómo tenía que mandarle los informes diarios sobre el P. Pío, escritos con buena caligrafía y por una cara, para poderse fotocopiar; le pide que mande cada hoja firmada, y si se transcriben algunas frases en cifra se añada la explicación, etc. Habla también de que ya ha sido nombrado el nuevo visitador, «que no es monseñor Ronca, sino otro monseñor de Roma, condiscípulo mío en el Seminario Romano, buen amigo y

también persona rectísima y manejabilísima». Les pide obediencia, porque actúa con la conformidad y en nombre del definidor general.

Insertamos la carta del párroco de Falcade (Belluno), don Gino Serafini, en la que se queja de la conducta inmoral del secretario de monseñor Maccari, Giovanni Barberini, cuando estuvo alojado en su casa con un grupo de jóvenes de ambos sexos en abril del año 1968.

Se incluye también una carta del P. Buenaventura de Pavullo al P. Giustino, en la que dice cómo debe comportarse para granjearse las simpatías del visitador apostólico y le consuela por haber recibido la prohibición de ver a sor Lucina, protegida por el P. Justino y por el doctor Sala, la monja enemiga del P. Pío que llevaba una vida nada ejemplar y que decía tener revelaciones sobrenaturales; otra carta dirigida por el mismo definidor general al P. Giustino, en la que le consuela por las medidas que el visitador ha tomado contra él y contra el Hermano Masseo, principales autores materiales de la instalación de los micrófonos.

Fotocopiamos varios recortes de prensa con los titulares empleados por los periódicos italianos durante la campaña lanzada por Maccari contra el P. Pío.

Asimismo fotocopiamos la carta de la señorita Ana Sánchez de Sánchez, prima de los embajadores de Chile, donde niega que sus primos estuvieran nunca en San Giovanni Rotondo, negando la realidad de la ofensa que decían haber recibido y que fue motivo de una falsa queja del embajador ante el Vaticano, justificando así la necesidad de la visita apostólica. A este incidente alude también el P. Justino en su autoconfesión, como autor de la instalación de los micrófonos, alegando el hecho como un motivo más que justificaba el uso de procedimientos extraordinarios.

Publicamos la carta de Brunatto a la Secretaría de Estado del Vaticano, donde se lanza la defensa del Padre y habla del Libro Blanco que ha preparado y donde se demuestra la extraordinaria misión que el fraile tenía asignada dentro de la Iglesia. La carta acaba afirmando: «No pido nada; aportó lo esencial para juzgar al P. Pío y a su obra. No amenazo a ninguno, pero estoy pronto y decidido, como mis amigos, a minar esta intriga diabólica que va continuando desde hace un tercio de siglo, si se toca la libertad del P. Pío o se varían las estructuras de su obra sin su aprobación y la nuestra».

Fotocopiamos también «la deploración» publicada en la prensa por el obispo Bortignon, en la que se quejaba de la reacción de los fieles frente al Vaticano en defensa y favor del P. Pío, lo que según él entrañaba una ofensa para la Santa Sede.

Y, por último, reproducimos una serie de titulares de periódicos sobre la actuación del guardián, P. Rosario de Alliminusa, donde le tratan de carcelero y se pide a gritos la libertad del santo fraile.

CAPITULO XIV

ASOCIACION PARA LA DEFENSA
DE LA PERSONA Y DE LAS OBRAS
DEL PADRE PIO

LA noticia de la nueva Fundación corrió como reguero de pólvora. Los fieles del Padre la recibieron con alborozo; los perseguidores con alarma. El primer acto del Comité que presidía Brunatto fue el precisar la postura de la Asociación: No consentirían la modificación del mandato conferido al P. Pío y consagrado por el rescripto de Pío XII. Estaban dispuestos a tomar cuantas medidas fuesen necesarias para impedir la apropiación ilícita de la Obra que habían creado y financiado los hijos espirituales del Padre cumpliendo instrucciones de su director.

Se ofrecieron para estudiar, de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, toda posible modificación del sistema administrativo de la «Casa Sollievo» a fin de perfeccionarlo y mejorar su control. A la vez exigían la libertad del P. Pío y el salvaguardar sus derechos como hombre y como sacerdote, y poder reanudar su apostolado.

La mayor culpa de los enemigos del P. Pío ha sido que por conseguir dinero no les importó destruir el testimonio de fe y de religión del santo estigmatizado, cerrando con ello la corriente de conversiones a Dios que tenían lugar en San Giovanni Rotondo, y esto en momentos tan difíciles para la Iglesia, cuando tanta necesidad tienen las almas, materializadas por el medio ambiente, de los ejemplos heroicos de los que viven en este mundo con el corazón en el cielo.

En carta al cardenal Tardini, en febrero de 1960, el P. Pío anunciaba que su negativa a las exigencias de los Capuchinos, que querían los fondos de la «Casa Sollievo della Sofferenza», les llevaría a enfrentarse con él y a hacerle la vida imposible. El cardenal Lercaro, en marzo de 1961, declaraba a tres sacerdotes que los enemigos del P. Pío tenían un objetivo: «echar sobre él la losa del sepulcro». Querían encarcelarlo como en 1933, confinándolo en su celda o desterrarlo, como se prometían Bortignon y sus colaboradores por aquella época.

Centenares de testimonios de sus fieles amigos repiten lo que confidencialmente les decía: «Me han atado de pies y manos», «no puedo ni

siquiera defenderme», «vivo peor que tras el telón de acero», «me persiguen, me aplastan», y les animaba a seguir pidiendo para que el Señor se apiadara de él, para que iluminara a sus perseguidores, para que les hiciera darse cuenta...

El principal objetivo de los amigos del P. Pío ha sido, como hemos dicho, salvaguardar su persona para que pudiera reanudar su apostolado. Si no han llegado a conseguir su propósito, ha sido porque no han encontrado en las alturas la justicia que era de esperar. Ha faltado la intervención de la suprema autoridad del Papa, pues por tratarse de un asunto tan grave, de tanta envergadura y urdido y respaldado por un obispo y por una Curia Generalicia, ninguna Congregación romana se atrevía a intervenir.

La calumnia encontró camino y entrada hasta Juan XXIII; la verdad no ha podido llegar, y si ha llegado no ha surtido efecto. «Saben y no intervienen», repitió muchas veces el P. Pío.

He aquí algunos ejemplos que pueden aclarar cómo no llegó arriba el clamor de sus amigos y cómo el P. Pío seguía apurando, gota a gota, el cáliz amargo del dolor:

El señor Brunatto escribió a la Secretaría de Estado en octubre de 1960 y sólo con retraso de un año llegó la respuesta de Roma. Monseñor Giacomo Testa había sido designado por el secretario del Santo Oficio para trasladarse a París en representación de Su Santidad y tratar del asunto con el señor Brunatto. Monseñor Testa era arzobispo y presidente de la Academia Pontificia. A su vez también había ejercido el cargo de secretario de Juan XXIII durante la época de su nunciatura. El Papa tenía en él una gran confianza. Gozaba, además, de la confianza del Comité de la Asociación y del señor Brunatto.

Llegó a París el 11 de noviembre de 1961, acompañado por un magistrado italiano. Las conversaciones duraron varios días. Al final llegaron a un acuerdo sobre tres puntos que serían objeto de una reunión conjunta, en Roma, con el cardenal Ottaviani.

Los tres puntos eran: la liberación del P. Pío, en régimen de secuestro; el mantener el «statu quo» de la «Casa Sollievo» durante las negociaciones, y el respetar los estatutos y el funcionamiento de los «grupos de plegarias» autorizados por Pío XII.

Como garantía de la buena disposición de la Santa Sede, Brunatto pidió la seguridad de que el P. Pío celebraría aquel año la misa de Gallo, pues no la había celebrado en 1960 como venía haciéndolo desde hacía cuarenta años, y para las Navidades de 1961 se había anunciado que en dicha ceremonia oficiaría otro fraile.

El resultado de las conversaciones se sometió a la aprobación de la Santa Sede, quien contestó por telegrama dando la conformidad. Pero ese

mismo día 17 de noviembre, fecha que consagraba el éxito de los acuerdos, los diarios publicaron noticias que confirmaban el haberse tomado por los superiores de la Orden medidas totalmente contrarias al espíritu de las conclusiones aprobadas. El P. Milwaukee, ministro general de la Orden, acompañado por el P. Buenaventura de Pavullo (llamado también el «Padre de los micrófonos») presentaron ese mismo día 17 una carta al P. Pío, del cardenal Cicognani, secretario de Estado, carta que llevaba fecha 28 de octubre, en la que le felicitaba por su brillante gestión al frente de la «Casa Sollievo» hasta aquel momento. De esta carta se valió el ministro general de la Orden para decirle que aquel rescripto de la Secretaría de Estado anulaba al anterior, firmado en la época de Pío XII, y con tan peregrino argumento le exigió la cesión a favor de la Administración Vaticana de la totalidad de las acciones que representaban la propiedad de la Obra: doscientos mil títulos que en virtud del rescripto de Pío XII guardaba el capuchino en depósito. Los superiores, representados en este caso por el «Padre de los micrófonos» y el P. Clemente de Milwaukee, exigían, además, incluir en el paquete las dos únicas acciones en poder del representante laico de los donadores, el conde Telfener.

Por estos días el P. Pío dijo a la maestra Cleónides Morcaldi: «Me han despojado de todo». El P. Pío pudo creer quizá que había sido la Santa Sede quien le despojaba, como el superior general decía; lo que sí sabemos es que a renglón seguido se desencadenó otra campaña publicitaria aireando el hecho calumnioso y que tanto daño hizo al buen nombre del P. Pío en todas partes al enterarse en forma, que no daba lugar a dudas, de que la Santa Sede había, por fin, castigado al P. Pío, privándole de todo.

Para que la operación alcanzase pleno éxito, se tomaron otras medidas complementarias, y entre ellas prohibir entrar en contacto con el santo capuchino, incluso por vía de confesión, a aquellas personas que por su influencia, carácter decisivo, personalidad o entusiasmo pudieran representar una fuerza eficaz en la defensa de la persona del Padre o de sus obras y significar un obstáculo para llevar adelante aquel delito de apropiación indebida que se habían propuesto consumir. Y se le prohibió también, bajo pretexto de la santa obediencia, dar ningún consejo a nadie sobre su propia defensa.

Los acuerdos preliminares entre Brunatto, en nombre de la Asociación para la defensa de la persona y de la Obra del P. Pío y monseñor Testa, se sometieron a la aprobación del cardenal Ottaviani, cumpliendo los acuerdos de París. Con el cardenal se reunieron el 11 de enero de 1962, en un establecimiento religioso de Frascati. Pero en aquella fecha ya se había consumado el despojo de las acciones del Padre, al amparo de «la santa obediencia». Por eso el cardenal se limitó a dar cuenta del hecho y a es-

cudarse diciendo que el general de los Capuchinos le había leído las nuevas ordenanzas al Padre, **dejándole toda una noche de reflexión para decidir**. Brunatto replicó: «¿Puedo decir, eminencia, que el P. Pío pidió dicha noche de aplazamiento? Así el mundo comprendería mejor el drama de aquel 17 de noviembre...»

Pero el hecho estaba consumado y, por lo tanto, decidido. El cardenal, frente a aquel punto de los acuerdos de París «mantener el statu quo de la «Casa Sollievo», dijo que había que descartar dicho extremo como punto de discusión porque ya no era asunto de su competencia: «Pertenece a la Comisión cardenalicia para la Administración de las Obras de religión». La respuesta era clara.

Brunatto saltó de aquel teórico «orden del día» el punto fundamental y pasó al siguiente:

—¿Qué hacemos con los «grupos de oración»?

—Le prometo mi apoyo —fue la «generosa» respuesta del cardenal.

Cuando Brunatto, a espaldas de las conversaciones que se estaban celebrando con monseñor Testa, se enteró de la actuación del ministro general de los Capuchinos, portador de una carta del cardenal Cicognani, secretario de Estado, le dijo a su interlocutor en presencia de un destacado miembro de la Compañía de Jesús: «Al llegar a París usted me aseguró a mí y al magistrado que nos acompañaba, que el Soberano Pontífice le había encargado ver al cardenal Ottaviani para recibir instrucciones. Luego usted tenía una doble representación, oficial de uno y oficiosa de otro. ¿Quién había conferido poderes al general de los Capuchinos para obrar como obró? ¿Estaba usted al corriente de este doble juego que no tiene nada de limpio?» A lo que monseñor Testa respondió: «Le doy mi palabra de sacerdote de que lo ignoraba».

—Entonces se han estado burlando de ambos, fue el lógico comentario.

El expolio estaba consumado, pero la pelota seguía en el tejado. Porque la noticia había saltado a la prensa, que hizo toda clase de comentarios dentro y fuera de las fronteras italianas. La situación estaba muy tirante y difícil para los autores del hecho.

Sin embargo, no podían pararse en barras. Metidos en el lodo hasta adentro, había que intentar sacar tajada de la situación mientras la actitud de los seguidores del Padre lo permitieran con su protesta callada, al margen de toda acción judicial o violenta. La desposesión de la «Casa Sollievo» entró así en una fase de aparente aplazamiento ante el coro general de protestas de los verdaderos dueños, los donantes de los fondos para una finalidad concreta y específica. Pero no por ello se renunció a sustraer las ofrendas que diariamente llegaban a San Giovanni, en sobres dirigidos al P. Pío.

LA APROPIACION INDEBIDA «LEGALIZADA» AL AMPARO DE LA SANTA OBEDIENCIA

El Padre superior dio una orden clara y contundente. Todo el correo dirigido al P. Pío debía ir directamente de la oficina postal a la mesa de su despacho. Diariamente se recibían de mil a mil quinientas cartas, la mayor parte de las mismas con billetes de Bancos italianos o extranjeros. Sobre la marcha se improvisó una Secretaría para despachar el correo del Padre. Dos o tres monjes, «de absoluta confianza», ayudaban al superior en la apertura de sobres. El destinatario de las cartas, el P. Pío, no sólo quedaba al margen, sino que tampoco era informado de nada. Por manos ajenas se recibía el correo y se contestaba o acusaba recibo de las cantidades percibidas con cartas o estampas impresas. El mismo procedimiento se seguía con los cheques o giros postales. *

Ciertamente que aquella Secretaría no obraba por cuenta ni provecho propio en el sentido personal, salvo ciertas excepciones. Todo lo recibido se supone que iba a las obras relacionadas con el destino del sobre. Pero este destino era objeto de interpretación. Si la carta iba dirigida al P. Pío, o decía que era «para sus obras», inmediatamente se ingresaban, sin más averiguaciones, en las arcas del convento, pues el P. Pío era un capuchino y como tal sujeto al voto de pobreza, ya que el rescripto de Pío XII lo consideraban nulo y sin valor desde la muerte del Pontífice: Extraña interpretación que no reconoce los derechos creados ni se ajusta a ninguna norma de derecho conocida. En cambio, si decía que el dinero se destinara específicamente a la «Casa Sollievo della Sofferenza», entonces el superior hacía entrega solemne de la misma a la citada Administración. Se comprende que por este procedimiento quizá se salvara la conciencia del Padre superior, inventor del método, pero lo evidente era que no llegó al destino previsto por los donantes ni siquiera una cuarta parte del total de las ofrendas.

El procedimiento era susceptible de mejorarse y, en efecto, muy pronto se perfeccionó. Copiamos las palabras del Libro Blanco, donde se informa sobre el particular: «Para evitar que los fieles no utilizaran la fórmula de cheques postales de la «Casa Sollievo» con los números de ... —C.C., se envió a cada donante una carta de agradecimiento de los monjes, en nombre del P. Pío, con el consejo de dirigir en lo sucesivo las ofrendas a la cuenta de cheques postales número que era la del Monasterio». De esta forma se escamoteaban, mediante una fórmula engañosa, las limosnas dirigidas al P. Pío para sus obras, pues en virtud de este consejo, como muy pocos donantes, sobre todo los extranjeros, podían suponer que el P. Pío estaba secuestrado y perseguido por sus propios compañeros de religión, cumplían fielmente las instrucciones recibidas y enviaban el di-

nero por un cauce que no era el que correspondía a la intención del donante.

Posteriormente el administrador de la «Casa Sollievo», comendador Angelo Battisti, denunció al cardenal Tardini y al cardenal Ottaviani el que el P. Amadeo de San Giovanni había llevado sus atropellos hasta el extremo de ordenarle la entrega al administrador del convento de todas las limosnas dirigidas a él para el sostenimiento de la citada Casa.

Como es lógico, esta maniobra de canalizar el dinero por otra vía tenía que realizarse con cierto sigilo y tomando previamente determinadas precauciones. La principal de ellas, el forzar las limitaciones de libertad del P. Pío, quien debía quedar al margen del funcionamiento de aquella oficina que recibía y contestaba en su nombre más de mil cartas todos los días. La situación era tan difícil que exigía en algún momento medidas tan agresivas como peligrosas. Pronto surgió el primer incidente. Fue el 5 de mayo de 1963, cuando con motivo de la festividad del Padre fue el Ayuntamiento en pleno de San Giovanni Rotondo, bajo la presidencia del alcalde a felicitarle. La víspera habían anunciado oficialmente esta visita, a pesar de lo cual ningún capuchino salió a recibirles. La comisión no hizo caso de aquel acto de descortesía, al que ya estaban acostumbrados, y penetró en el convento en busca del fraile, a quien encontraron en un corredor. El alcalde se adelantó y en pleno pasillo, aprovechando la oportunidad del momento, soltó su discurso de felicitación. Estaba todavía haciendo uso de la palabra cuando llegaron dos monjes, interrumpiendo con su presencia el discurso del alcalde, tomaron sin miramiento al Padre y se lo llevaron sin permitirle saludar ni despedirse de las personalidades presentes.

La población se sintió herida por aquel incidente y aquella noche organizaron una manifestación de protesta, rodeando la multitud el convento con antorchas encendidas. El espectáculo era impresionante y poco tranquilizador para los frailes que seguían aquel envolvente y amenazador movimiento de luces desde las ventanas del edificio. El pueblo, enfurecido, expresó su indignación contra el superior del monasterio y pidió a gritos la libertad del P. Pío. En cualquier momento podía producirse lo inevitable, dado el estado de la masa. El alcalde era hombre arriesgado y de gran autoridad y logró calmar a su pueblo, pidiéndoles que confiaran en las autoridades, que ya estaban estudiando el caso. Como último argumento leyó públicamente el telegrama de acababa de cursar al cardenal Cicognani, secretario de Estado. Decía así: «Población San Giovanni Rotondo humillada prohibición de manifestar sentimientos reconocimiento al P. Pío Pietrelcina el día de su fiesta, ruega a su eminencia implore alta intervención paternal Soberano Pontífice para poner fin restricción libertad apostolado digno sacerdote. Alcalde, **Morcaldi**».

Al mes siguiente, el Libro Blanco con destino a la ONU estaba ya en la imprenta cuando falleció Juan XXIII y esta lamentable circunstancia exigía, con el duelo de la Iglesia y de todos los cristianos, un nuevo aplazamiento en el asunto.

EL PONTIFICADO DE PABLO VI

El Libro Blanco no se presentó a la ONU, porque ante el nuevo pontificado se ofrecieron garantías de resolver favorablemente la situación.

Por otra parte, el Papa Montini había manifestado siempre una gran predilección por el P. Pío. Cuando en octubre de 1960 toda la prensa recoge la campaña de difamación contra el fraile, monseñor Giuseppe del Ton va a Milán para pedirle al cardenal Montini intervenga en su favor, y el cardenal no duda en afirmar: «Si lo echan de San Giovanni Rotondo que venga aquí, porque una misa suya vale más que toda una misión». Pero el pueblo lo defiende y vela por él, levantándose en armas para impedir que lo saquen del convento. No podemos olvidar que en realidad quien ha impedido que fuera sepultado en vida en algún rincón desconocido del orbe fue el pueblo, que supo siempre actuar con la energía necesaria para impedir el atropello. Dios empleó a la masa como instrumento anónimo de actuación celestial.

Pero la persecución continuaba flagelando al santo capuchino. Rezaba el rosario, durante el frío invierno del año 1962, y lo hacían celebrar en una iglesia sin calefacción y en la que abrían las seis puertas que dan al presbiterio para que se produjera corriente, una corriente tan intensa a las cinco de la mañana, que apagaba con frecuencia las velas del altar. Los fieles suplicaron repetidas veces al P. Rosario que le permitieran celebrar en un altar lateral, pero éste no lo consintió: O celebraba allí o en ninguna parte. Le alegaban como razón la fuerte bronquitis que padecía el celebrante, y el P. Rosario contestaba que eso en él era un mal crónico.

Al llegar al solio pontificio Pablo VI las quejas sobre el trato que se estaba aplicando al P. Pío llegaron a sus oídos, quien dio orden en enero de 1964 de que se dejara en paz al fraile.

El cardenal Ottaviani quería sustituir al P. Rosario, carcelero del P. Pío durante sus tres años de mandato en San Giovanni Rotondo, por el P. Carmelo de Sessano, que veneraba al Padre y que ya había sido superior suyo desde 1953 a 1959, pero el nuevo provincial, fingiendo una equivocación, de acuerdo con el general y burlándose del cardenal Ottaviani, nombró al P. Carmelo de San Giovanni in Galdo, que había de seguir la misma línea de actuación. El supo cumplir a la perfección su papel de verdugo, consumando, como instrumento, el martirio del fraile.

El nombramiento del P. Carmelo fue como guardián interino y el P. Clemente de Santa María in Punta delegó también en él sus funciones de administrador apostólico.

El 16 de diciembre de 1964 —como veremos en el siguiente capítulo—, el P. Clemente de Santa María in Punta obliga al P. Pío a escribir una declaración en la cual desmentía que era objeto de persecución.

El P. Pío declaró a varios testigos fidedignos la imposición de que había sido objeto.

Al mediodía del 9 de febrero Brunatto telefoneó desde Roma a un amigo íntimo y le dijo: «Quieren matarme». En la tarde del 10 de febrero de 1965, E. Brunatto moría en Roma.

Por esto no fue presentado el Libro Blanco a la ONU.

En el mes de junio de 1963, a raíz de la muerte de Juan XXIII, la prensa difundió la noticia de que se estaba llevando a cabo una depuración de los superiores capuchinos de la provincia de Foggia. En efecto, el comisario provincial, P. Torcuato de Lecore, fue enviado a su residencia de Toscana y los tres definidores de la provincia, los PP. Albino, Crispino y Pietro, se trasladaron, por orden superior, a Parma, Génova y Venecia. Al secretario general, P. Alessandro, se le destinó a Alejandría.

Ninguno de estos cinco Padres que componían la curia provincial habían perseguido directa ni indirectamente al P. Pío, pero el Padre superior general, P. Clemente de Milwaukee, responsable de la instalación de los micrófonos, los destituye al mismo tiempo que traslada a Trento a su cómplice y autor material del sacrilegio, para dar sensación de justicia a favor del P. Pío, cuando, en realidad, lo que buscaba era estrechar más y más el cerco que le envolvía.

Aquellas medidas tan ladinas fueron interpretadas con optimismo. Implicaban una fórmula contra el P. Justino, por lo menos, de castigo por tanto abuso, tanta injusticia, tanto atropello. Todos los santos tienen que vivir la persecución que al fin y al cabo procede de la misma fuente: del príncipe de la tentación, del enemigo de Dios y de los hombres. Pero debemos confiar en la promesa de Cristo: Las fuerzas del mal no prevalecerán contra la Iglesia. Al final, los enemigos del cielo y, en este caso, del santo capuchino, quedarán burlados.

DOCUMENTOS FOTOCOPIADOS SOBRE LA APROPIACION DE OFRENDAS AL P. PIO

Publicamos el artículo que firmado por el P. Carlantino de Martellago, apareció en el «Corriere della Sera» el día 13 de febrero de 1965, afirmando que es absurdo imaginar que los capuchinos hayan tenido nunca la idea de apropiarse de las limosnas ofrecidas al P. Pío, negando estos hechos y alegando como argumento que el P. Pío tenía confiada la ad-

ministración de su Obra a personas civiles de su total confianza, extrañas a la Orden de los Capuchinos. También afirma que no pueden los fondos destinarse a otros fines porque la Orden capuchina está dividida en provincias jurídicamente autónomas y de administración independiente. Ambas afirmaciones son ciertas, pero ello no fue obstáculo para que con el procedimiento que hemos apuntado, las ofrendas se desviarán del cauce señalado por los donantes, apropiándose de ellas el convento e impidiendo en la mayor parte de las veces, que se ingresaran en la «Casa Alivio del Sufrimiento». En el fondo de toda la persecución desencadenada contra el P. Pío a partir del año 1959 se hallaba la voluntad precisa y determinante de los Capuchinos de Roma, de Foggia y de San Giovanni Rotondo, y también la del obispo de Padua, monseñor Bortignon, de apropiarse de las ofrendas que los fieles de todo el mundo enviaban sin cesar para la «Casa Alivio del Sufrimiento».

Esta afirmación está probada por los siguientes documentos:

a) Por la denuncia del comendador D. Angelo Battisti, administrador de la Fundación, dirigida al secretario de Estado de Su Santidad, Domenico Tardini. Esta carta lleva fecha del mes de julio de 1960. En la misma Battisti afirma que el provincial de los Capuchinos de Foggia, con la aprobación del general de los Capuchinos, le había exigido centenares de millones del P. Pío.

b) La carta del P. Mariano de Santa Cruz, de 23 de enero de 1962, que confirma la denuncia del comendador Battisti. El P. Amadeo le había ordenado tomase las ofrendas destinadas por los fieles y por el P. Pío a la «Casa Sollievo». Publicamos la fotocopia de esta carta.

c) La declaración del señor Gino Masiero y de la señora Naleso Constantina de Padua, de fecha 16 de mayo de 1961, declaración que prueba que el obispo de Padua pretendía el dinero de los donantes del fraile.

d) Los documentos del señor Giuretta que fotocopiamos: La carta de éste enviando un donativo al P. Pío de cien mil liras; la carta en la que los Capuchinos acusan recibo al donativo y hacen constar el número de la cuenta corriente del convento para encarrilar, hacia sus arcas, el dinero en lo sucesivo; el escrito de la Administración de la «Casa Sollievo», diciendo que el citado donativo no ha llegado a su poder y recomendado pedir al Banco fotocopia del cheque para comprobar quién lo había cobrado; el cheque aparece fotocopiado también en su doble cara con la firma del P. Mariano de Santa Paulina, **quien por cierto firmó con su nombre civil: Carlo Manganelli**. El talón se cobró en Avellino, a doscientos kilómetros de distancia de San Giovanni Rotondo, y la autenticidad del fraile que cobró el dinero fue prestada por el párroco del lugar,

que se llamaba Alfredo Rescoco. No obstante el haberse probado este abuso de confianza y esta apropiación indebida de dinero para un uso personal, el P. Mario de Santa Paulina fue premiado con el nombramiento de guardián del convento de Pietrelcina, siempre protegido por el administrador apostólico, P. Clemente de Santa María in Punta.

Esta serie de documentos prueban que al P. Pío no solamente se le apropiaron de sus ofrendas los Capuchinos, ingresando el dinero destinado a la «Casa Sollievo» en las arcas del convento, sino también algunos frailes actuando a espaldas de la Orden y a título meramente particular.

Publicamos también una carta dirigida a la Administración de la «Casa Sollievo», donde un donante dice que por dos veces ha enviado dinero al P. Pío y le han acusado recibo los Capuchinos; que en ambas ocasiones se le ha insistido para que los donativos los cursase a la cuenta 13/8511, que corresponde a la contabilidad del convento, cuando su intención era la de enviar el dinero a la «Casa Sollievo», propiedad del P. Pío. En ella alega también que «siente mucho haber hecho el beneficio a quien no quería».

Insertamos, por último, el modelo de impreso empleado por los Capuchinos para acusar recibo a los donativos, que lleva una posdata que dice así concretamente: «Para el envío de ofrendas es mejor que se sirvan de la cuenta corriente número 13/8511, dirigiéndose a la estafeta postal».

En el año 1960 la «Casa Sollievo» tenía un depósito de seiscientos millones en el Banco Vaticano. En agosto de 1968 el P. Clemente de Santa María in Punta declara en una reunión de capuchinos que en cuatro años la provincia de Foggia ha recogido seiscientos dieciocho millones de limosnas. De esta afirmación se deduce que desde el año 1964 hasta el año 1968 los Capuchinos le habían sustraído al P. Pío más de seiscientos millones de liras.

CAPITULO XV

EL PADRE CLEMENTE DE SANTA MARIA
IN PUNTA

EN fecha 14 de mayo de 1964 se celebró la Asamblea de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos y el ministro general, P. Clemente de Milwaukee, leyó su informe del Capítulo general, informe que hemos fotocopiado y al que hemos aludido en otro lugar y en el que habló —con toda reserva, insistiendo en que sus palabras eran sólo para los miembros de la Orden— de las tres calamidades que había padecido durante su mandato: el asunto Giuffré, causa de ruina para los Capuchinos; el caso de la provincia de Foggia y especialmente del convento de San Giovanni Rotondo, con cuyas palabras aludía al P. Pío; y el caso de los frailes de Mazzarino. En su informe el ministro general puso de manifiesto la pena que le causaba la ausencia del procurador general, P. Mauro de Grizana, que había sido depuesto por la Santa Sede por su complicidad en el asunto Giuffré; la amargura que le producía la pérdida del dinero por causa de aquellos negocios usureros y la hostilidad hacia el P. Pío, calificado en circular de la Casa Generalicia de fecha 15 de mayo de 1964, de «la más grande calamidad de la Orden».

Al hablar concretamente de la provincia de Foggia y del convento de San Giovanni Rotondo, dijo: **«Ahora para aquella provincia ha sido enviado un administrador apostólico. A partir de hoy todo depende de él»**. El administrador designado con tan amplios poderes era el P. Clemente de Santa María in Punta, que había sido secretario de Bortignon en el período de 1943 a 1952 y con el que tenía gran amistad. Fue designado para este cometido el 23 de agosto de 1963, a raíz de la muerte de Juan XXIII y cuando todavía estaba al frente del convento, en su calidad de guardián, el P. Rosario de Alliminusa.

El P. Clemente venía a secundar los deseos de Bortignon y a continuar la persecución, si bien con mayor diplomacia y disimulo. Confirmó las medidas de Maccari, dio puestos de responsabilidad a todos los perseguidores del P. Pío, castigando a sus amigos y seguidores. A él se debe el nombramiento del P. Mario de Santa Paulina —que se había apropiado

de un cheque destinado al estigmatizado—, para superior del convento de Pietrelcina. Denunció al Santo Oficio, como enemigos de la Iglesia, a las personas que defendían al fraile. Y en la época de Giuffré traficaron con él por lo menos doce conventos de religiosas capuchinas que dependían de su autoridad en su calidad de asistente general. También quiso que el P. Pío desmintiera la instalación de los micrófonos, y en octubre de 1963 afirmó que la santidad del P. Pío era una santidad de «pose».

Cuando murió el P. Pío, se produjo el prodigio de desaparecerle los estigmas, quedando sus llagas cerradas y revestidas de una piel blanca transparente. Sobre el altar, durante su última misa, se le desprendió una de las costras. Al decirle al P. Clemente lo que había ocurrido, éste preguntó: ¿Pues si no tenía estigmas, por qué llevaba mitones?

El P. Clemente fue el responsable de la desobediencia al Papa y a Ottaviani. Cuando éste, en nombre de aquél, ordenó sustituir al P. Rosario por el P. Carmelo de Sessano, fingió una equivocación y jugando con el parecido de los nombres designó guardián del convento al P. Carmelo de San Giovanni in Galdo, notificando a Ottaviani la orden diciendo: «El P. Carmelo ha llegado a su destino».

Ottaviani ordenó también que el P. Pellegrino fuese a San Giovanni Rotondo para asistir al P. Pío como acompañante. El P. Carmelo se lo dijo al interesado, que muy gustosamente aceptó la designación, a pesar de lo cual comentó aquél que no había aceptado. Publicamos la carta del P. Pellegrino, donde relata lo ocurrido.

El P. Clemente nombró al P. Carmelo guardián de San Giovanni Rotondo con carácter interino, dado el turbio origen de su designación, pero delegó en él además todas sus funciones para aquel convento como administrador provincial.

El P. Pío se ponía enfermo cada vez que el P. Clemente visitaba el convento.

La malicia del P. Clemente estriba en los procedimientos que empleaba para imponerle determinadas obligaciones al amparo de la santa obediencia. El primero de septiembre de 1963, le impone desmentir la existencia de los micrófonos en el confesonario, a lo que el P. Pío se niega porque el hecho era demasiado evidente. El 5 de octubre de 1964 le obligó a decirle a D. Attilio Negrisoló y a D. Nello Castello, que la conducta de monseñor Bortignon hacia ellos era justa y razonable. A las cinco de la tarde de aquel día el Padre cumplía el encargo, pero cuando le preguntó D. Attilio por qué se lo decía, le contestó por no mentir: «Porque los superiores me han obligado». Según declaración del P. Fernando de San Marcos in Lamis, el P. Clemente había estado aquella tarde en la celda del estigmatizado.

El P. Clemente impone también al P. Pío que desautorice las campañas en su favor de sus amigos, ya que no debe tener otros amigos que los capuchinos. Esta imposición se la hizo saber el 16 de diciembre de 1964, obedeciendo fielmente el estigmatizado. Ya al señor Pagnossin le había anunciado en alguna ocasión: Llegará un momento en que tendré que desmentirte.

Bajo el reinado de Pablo VI y ante esta administración del P. Clemente la persecución continuó, pero solapada y oculta. Parecía que aquellos trasladados de superiores llevarían consigo una rectificación de la conducta seguida hasta entonces. Pero no fue así. Sólo cambiaron los métodos. El nuevo guardián impuso un régimen de mayor tolerancia, con una mayor libertad para el P. Pío y para sus penitentes. Pero ni los títulos se le devolvieron, ni los «grupos de oración» dejaron de ser perseguidos. Se vivía bajo un régimen de semi-libertad vigilada. Se extendió una cortina de humo para dar a entender a Pablo VI que todo iba bien.

El 6 de febrero de 1964 el Papa recibió a Crovini y aquella visita marcó una meta importante en el trato al estigmatizado. Porque el Papa se dio cuenta de que los informes favorables al P. Pío habían sido bloqueados en algunos servicios. Por no desaprobare abiertamente la conducta de sus predecesores, se dictaron algunas normas, no todo lo enérgicas que las circunstancias aconsejaban: Se abrogaron ciertas disposiciones; se les devolvió el derecho de confesión a determinados penitentes, entre ellos a los sacerdotes Negrisoló y Castello; la antigua sacristía se volvió a abrir para las mujeres; se modificó la absurda y complicada reglamentación para la confesión de éstas, etc. El P. Pío pudo celebrar los Oficios de Semana Santa; se le colocó un fraile a su servicio para que le auxiliase y le acompañase en todo momento; y el cardenal Bacci le dedicó una prolongada visita, desplazándose hasta el convento de Nuestra Señora de las Gracias, desplazamiento que exige el previo permiso de Su Santidad.

Pero a pesar de estas medidas favorables la persecución continuaba solapada. Lo prueba el hecho de que ninguno de los responsables de los desmanes anteriores fue castigado. Ningún acto oficial rectificó lo que había hecho Maccari. Las cadenas y carteles prohibitivos continuaron. La actividad del Padre quedó restringida y controlada. Las cartas que le dirigían pasaban antes por manos del superior. En las conversaciones con sus hijos espirituales solía haber siempre un fraile de observador. Algunos penitentes no podían todavía acercarse a él. Tampoco podía ir al locutorio libremente y ningún sacerdote podía ayudarle a misa. Los «grupos de oración» quedaron condenados al ostracismo y en muchas provincias fueron prohibidos. La expoliación del P. Pío continuaba. Las

ofrendas se desviaban por las vías del convento, porque los superiores seguían afirmando que cuanto pertenece a un fraile pertenece a la Orden.

Bortignon, a través de su ex-secretario, dominaba la situación.

Boniface, de cuya obra tomamos estas pinceladas, se pregunta: «¿Sobrevivirá el P. Pío? El plan de los conjurados sigue contando con la desaparición del estigmatizado, circunstancia que arreglaría todo».

Su aspecto exterior ha cambiado mucho. No se le entiende lo que habla. Se le ve agotado, deshecho. A pesar de lo cual le siguen vigilando como posible seductor de jovencitas. Pero no por eso mengua su incansable apostolado. En el año 1963 se registran 83.085 inscripciones para confesar. De ellas 19.837 correspondían a hombres.

También acuden a su confesionario destacados príncipes de la Iglesia; Entre ellos cerca de 3.000 sacerdotes, más de 50 obispos y arzobispos extranjeros, ya que los italianos recibieron orden de no visitarlo durante el Concilio. Magnífico homenaje de los fieles y de una gran parte de la Iglesia ante el santo prisionero.

FIRMA LA DECLARACION DE QUE NUNCA FUE PERSEGUIDO

El P. Clemente de Santa María in Punta, siguiendo su costumbre de actuación, le hacer firmar al amparo de la santa obediencia la declaración de que nunca había sido perseguido. En ella dice que «desde largo tiempo los periódicos siguen difundiendo noticias fantásticas sobre mi condición como si yo fuera objeto de constricción por parte de las autoridades eclesiásticas. Frente a Dios siento la necesidad y el deber de declarar que estas noticias son falsas y de asegurar que gozo de la libertad en mi oficio y que no tengo enemigos ni perseguidores. Antes, tengo el gusto de afirmar públicamente que los superiores de mi Orden y las autoridades de la Iglesia me ofrecen comprensión, consuelo y protección, sin necesitar otros defensores sino Dios y sus legítimos representantes, etc.».

Reproducimos en el libro la fotocopia con el documento original y su traducción.

La declaración apareció en un periódico del país en enero de 1965. Pocos días después lo publica la «Stampa» de Turín. El documento había sido firmado cinco semanas antes: Concretamente el 16 de diciembre de 1964.

El P. Clemente lo envió también a «L'Observatore Romano» con el ruego de que fuese publicada, pero éste se negó a insertarla en sus páginas. Velaba por su prestigio y no quería volver a equivocarse como se equivocó cuando tachó de calumniosa la noticia de la instalación de los micrófonos. Además la información era notoriamente falsa. Estaba en acusada contradicción por hechos conocidos por todos y especialmente por la Santa Sede. La «Stampa» de Turín era un periódico, en cambio,

sensacionalista a quien noticias así cuadraban perfectamente. En general podemos decir que todos los periódicos serios se negaron a publicar tan ingenua información. Por otra parte, el momento escogido no era el más oportuno, pues en toda la prensa italiana se habían publicado muchos artículos y noticias en defensa del Padre y existían por los Juzgados demasiadas sentencias y papeleo judicial.

El P. Carlo-Antonio, atacando a nuestro biografiado y defendiendo la realidad de aquel extraño comunicado, se preguntaba en un artículo: ¿Puede el P. Pío, en nombre de la obediencia, afirmar hechos falsos? Pero la verdad es la verdad y no se puede escribir la historia de Juana de Arco sin decir que había muerto sacrificada en la hoguera.

La actitud del P. Pío ante la inicua persecución de que fue objeto, nos permite tenerlo por santo. Hay que penetrar en el mundo de la mística para comprender por qué firmó el comunicado. Todo se explica si se parte de la idea que un místico tiene de la obediencia; porque dentro de la obediencia hay gran variedad de grados. El P. Pío no ejercía solamente la obediencia disciplinada ni la de voluntad, que exige el absoluto despegue de nuestra propia libertad, sino la obediencia del amor que les lleva a querer lo que el superior quiere, mientras no les enfrente con su propia conciencia.

Por esto no obedeció cuando le pidieron desmentir la realidad de la instalación de los micrófonos, pues era demasiado evidente el hecho y demasiada absurda la negación. Por otra parte, al denegar aquel hecho evidente hubiese resultado cómplice de un sacrilegio. En cambio, el negar haber sido perseguido era cosa muy distinta, pues se trataba de una apreciación subjetiva sobre unas determinadas medidas de rigor.

También cuando le exigieron la cesión de sus acciones eran portadores de una carta del cardenal Cicognani, donde lo trataba de fundador y no de propietario. La carta podía interpretarse como que se trataba de un nuevo rescripto que anulaba el anterior, el firmado bajo el reinado de Pío XII. A pesar de todo no aceptó en el acto, sino que pidió toda una noche para reflexionar. Evidentemente eran sólo los superiores quienes cargaban con la responsabilidad de aquellas medidas, encaminadas a conseguir el desvío de las ofrendas.

Tres semanas después de haber firmado el falso comunicado, Brunatto moría de repente en Roma, conforme ya hemos explicado en el capítulo anterior.

La realidad de que el P. Pío fue obligado a firmar «que no era perseguido», fue testimoniado por triple conducto: por el doctor Mario Pinelli, redactor jefe de «L'Observatore Romano», por el juez Alexandria de Florencia y por el funcionario del Vaticano y administrador de la

«Casa Sollievo», Angelo Battisti. Los tres habían hablado con el P. Pío sobre el particular.

EL P. CARMELO

Nombrado en la forma que hemos dicho, mediante un cambio intencionado de nombre, no tenía estima alguna por el P. Pío. El día que llegó a San Giovanni Rotondo saludó a toda la Comunidad, tras la presentación del P. Rosario, y pidió las oraciones de todos y en especial del P. Romelo y del P. Honorato, que fueron sus maestros, pero ignoró por completo con su silencio la presencia del P. Pío.

El P. Carmelo ha dejado abandonado al estigmatizado. En septiembre de 1965 el P. Pío decía a la señorita Marta Gamsch: «Estoy solo aquí. Me encuentro abandonado y no valgo para nada». Y al profesor Pagano, en marzo de 1968, le afirmaba: «Estoy en la cárcel».

No vamos a hablar sobre la conducta del P. Carmelo, que dio lugar a escándalo. Nos limitaremos a sus relaciones como guardián del convento con el P. Pío. Su actuación era fruto de las consignas recibidas del Padre Clemente de Santa María in Punta, pero disimulaba su trato dando a entender a todos que él quería bien y trataba lo mejor posible al anciano fraile.

En una ocasión estuvo gravemente enfermo y el presidente de la República, señor Moro, que se enteró de su gravedad encontrándose en el extranjero con el profesor Cassano, lo envió a éste para que visitara al Padre. Pero el P. Carmelo no permitió que lo viera. Sin tener en cuenta la categoría de quien lo enviaba, ni el prestigio del doctor, que llegó desde América en el propio avión del presidente, se tuvo que volver sin lograr visitar al enfermo.

El P. Carmelo comprende que el hecho es tan anómalo, que tenía que dar una explicación y sin saber cómo justificarlo alegó la patraña de que lo había visitado el doctor Valdoni. Esto ocurría el 22 de abril de 1965, pero cuando lanzaba esta noticia, el citado doctor, ignorante de todo, se encontraba en un Congreso en Alemania. No contento con inventar la noticia improvisó también el diagnóstico del ausente doctor, calificando las dolencias del Padre de dificultades de circulación procedentes de artrosis y prescribiéndole unos días de reposo. Esta noticia fue difundida por la agencia periodística A. N. S. A. Como decimos, el doctor aludido lo desmintió indignado y alegó que en aquella fecha se encontraba en Mónaco, de Baviera, participando en un Congreso médico.

EL DOCTOR SALA

El médico del P. Pío es el doctor Sala, médico que le impuso contra su voluntad el P. Carmelo. El doctor Sala había sido despedido de la

«Casa Sollievo». El P. Pío era incapaz de despedir a ningún médico de su Clínica teniendo confianza en él. Cuando fue despedido es porque esta confianza había fallado. Lógico es pensar que no lo quisiera como su médico particular. El imponérselo fue un crimen, sobre todo tratándose de un enfermo tan especial como el P. Pío, que necesitaba a su lado un hombre de la máxima competencia.

No queremos entrar a juzgar de su preparación profesional, pero sí podemos destacar sus «rasgos característicos», conforme los relata el profesor Luciano Lucentini, médico jefe de la «Casa Sollievo della Sofferenza».

Con fecha 14 de febrero de 1965, el profesor Lucentini se expresaba así: «Desde la inauguración de la Casa en el año 1965, el doctor Sala fue mi auxiliar. Durante todo este tiempo he tenido ocasión de estudiar sus cualidades y sus faltas. Generalmente él se ha revelado diligente y activo en el servicio que se le confiaba, demostrando abnegación en los casos de urgencia, incluso fuera de su horario normal. Creo, pues, que en los primeros años contribuyó a establecer relaciones familiares entre el cuadro médico y la población de San Giovanni Rotondo, concurriendo en él cualidades intuitivas de cordialidad y simpatía. En determinado momento demostró además condiciones destacadas de organizador. Pero junto a estas virtudes el doctor Sala ha revelado también muchas faltas que nos obligan a dar un juicio nada lisonjero.

Estos juicios negativos conciernen a su preparación profesional y a su comportamiento deontológico. Cuando hace más de ocho años inició su actividad en la sección que yo dirigió, dio pruebas de una cultura y una preparación bastante superficiales. Si él hubiese obrado con humildad y con sincero amor a la verdad, condiciones necesarias en todo médico, podía haber llenado sus lagunas, elevándose a un nivel digno y satisfactorio dentro de la ciencia médica. Pero, por el contrario, procuró siempre disimular desde los primeros tiempos su real ignorancia, atribuyéndose ampulosas e hipotéticas experiencias personales tan ridículas como falsas, pues siempre fue típico rasgo de su carácter la tendencia a llenar con palabras retumbantes su real falta de conocimiento. Esta inclinación se hace más evidente delante de extraños, con el intento de impresionarlos, aprovechando de que no entienden de medicina o de que se trata de jóvenes inexpertos en esos sus primeros años de profesión médica.

La fantasía del doctor Sala, su escasa preparación, su falta de aprendizaje hecho con la humildad necesaria y bajo la enseñanza de un maestro, se pusieron muchas veces de manifiesto por medio de diagnósticos e informes escritos que no respondían a la realidad ni al método ni a las expresiones diagnósticas rituales. De aquí el que las relaciones que tenía

conmigo como jefe, así como con los demás colegas, resultasen difíciles y delicadas.

En cuanto a su dependencia conmigo, su falta de formalidad se reveló muchas veces como sigue: 1.º Mudando sin justificación alguna la terapéutica que yo acababa de prescribir a un enfermo, sólo por contraponer a la mía una hipotética e inexistente experiencia suya. 2.º Respondiendo pronto a todas las llamadas que le alejaban del cometido que se le había fijado, normalmente sin pedirme permiso ni darme ninguna explicación. Y 3.º Sin contar con la autorización pertinente hacía uso de la casuística clínica para sus trabajos, alterándola caprichosamente, según prácticos intentos de publicación.

Las relaciones con sus colegas eran incómodas, dando lugar a episodios molestos, contribuyendo con sus ademanes de superchería y de superhombre a que se alejaran de la Casa algunos auxiliares de valía, como el doctor Simone y el doctor Savella.

No quiero hablar de la continua actividad calumniosa del doctor Sala fuera del hospital contra mi persona y los restantes colegas suyos, con el único fin de hacerse indispensable a la Casa, jugando siempre el papel de víctima ante sus compañeros de profesión».

En el mes de febrero de 1965 el profesor Lucentini deja la dirección de la «Casa Sollievo» para encargarse de otra Clínica.

La administración de la Casa solicita del prestigioso doctor Cassano, director de la Clínica Médica de Roma, su asesoramiento sobre la persona más adecuada para sustituirle. El profesor Cassano señala como profesional muy idóneo para el cargo, al doctor Glauco Torlontano, excelente médico y auxiliar de Cátedra de la Universidad.

Cualquier médico estaría satisfecho de colaborar con el profesor Torlontano, autor de numerosas publicaciones de gran renombre científico y destacado doctor de reconocida competencia y preparación. Pero el doctor Sala no se manifestaba dispuesto a acoger con simpatía a este profesor y hace comentarios que obligan a la Administración a dirigirle, el 4 de febrero de 1965, la siguiente carta:

«Respetable señor: Estando el profesor Torlontano a punto de tomar la dirección de la Casa, esta Administración cree oportuno expresarle su opinión con respecto a la nueva situación que va a producirse.

En varias ocasiones se informó a la Administración de las diferencias de criterio y contraste de pareceres que ha tenido usted con el profesor Lucentini, que como médico jefe dirigió hasta ahora la Clínica. Este contraste ha dado lugar a situaciones penosas y desagradables que produjo a su vez juicios desfavorables.

Usted puede comprender cuál fue la amargura de quien tiene interés por el prestigio de la Casa. Usted que ama la obra del Padre, si por un rato piensa que es parte interesada, comprenderá lo que para él significa ese desacuerdo.

Esta Administración no desea y no quiere que dicha situación se repita con el profesor Torlontano. Y en lo sucesivo, no podemos consentir que las relaciones entre auxiliar y médico jefe no estén caracterizadas por el respeto, formalidad y lealtad, además de la debida subordinación... En este sentido al profesor Torlontano le garantizamos nuestro apoyo para tal fin.

La concordia, la colaboración sin reservas, la unidad de los esfuerzos se imponen a todos.

La Administración confía en su completa adhesión, y en la espera de su cortés respuesta, le saluda cordialmente, por la Administración: **Angelo Battisti**».

El doctor Sala parece no acoger favorablemente la elección del profesor Torlontano. Se encierra en un elocuente silencio. Cuando llega el nuevo director empieza a trabajar con la satisfacción de todos, excepto del doctor Sala, quien declina dar a la Administración las garantías de subordinación que le piden. Por esto se ve forzada a tomar una medida definitiva, que el propio doctor Sala provoca: su alejamiento de la «Casa Sollievo». Y por azares del destino y voluntad de los superiores, este médico que por su carácter y falta de preparación tiene que salir de la Fundación del P. Pío, se convierte en médico personal, en exclusiva, del paciente fraile, todo por gracia y virtud del P. guardián: El P. Carmelo de San Giovanni in Galdo.

A partir de este momento el doctor Sala llega a ser el árbitro absoluto en la salud del cuerpo del P. Pío. En estos días es cuando el profesor Cassano llega a San Giovanni Rotondo con idea de visitar al P. Pío, visita que el guardián le impide.

INFORME DEL P. PELLEGRINO SOBRE LA MEDICACION IMPUESTA AL P. PIO

En 1965 estaba encargado de asistir al P. Pío en calidad de enfermero el capuchino P. Alejo de Pietrelcina y era médico del P. Pío el citado doctor Sala. En fotocopia que reproducimos aparece una declaración del señor D'Antonio Eligio, donde asegura que el P. Pío le dijo que las tres cuartas partes de los males que padecía eran causa de la medicación que le estaban suministrando. La preocupación del P. Alejo le llevó hasta enviar en marzo de 1965 a la condesa de Telfener con el siguiente encargo:

«Vaya al P. Pío y dígame que no tome más píldoras, porque si continúa tomándolas acabará en un manicomio». La condesa fue al confesonario y cumplió el encargo y el Padre le dijo: «¡Hasta esto se atreven a hacerme! ¿Pero, sabes lo que te digo...? Que yo obedezco a mis superiores y al médico, como lo he obedecido siempre. Peor para ellos si obran mal. A Dios le darán cuenta de lo que hacen».

A la señorita Mastrorosa de San Giovanni Rotondo, cuando le pedía al P. Pío que se cuidase, le dijo éste: «Hija mía, me dan tantas píldoras que me están envenenando».

A la señorita Cleonide Morcaldi, que quiso convencerle para que no tomase más píldoras, le dio también una respuesta parecida.

El P. Pellegrino asegura en su informe que el doctor Sala había prescrito al P. Pío hasta 60 píldoras por día, píldoras de todas clases, desde la inicuas como vitaminas, hasta somníferos y barbitúricos.

Todas las tardes, desde finales de 1954 hasta los primeros meses de 1966, el P. Pío estaba obligado a tomar cinco píldoras, de las cuales dos de ellas eran barbitúricos.

El P. Pellegrino llega a afirmar: «Cualquier otra persona obligada a tomar tantas medicinas se hubiera derrumbado antes de una semana». Y en primero de noviembre de 1968, ante un grupo de cinco personas, decía: «Han prescrito demasiadas medicinas al Padre. Los somníferos han sido su ruina y han adelantado su muerte».

El profesor Pontoni de Nápoles llamó la atención sobre el peligro de tanto somnífero. Pero el doctor Sala no se dejaba aconsejar nunca por nadie.

El P. Pellegrino describe los efectos que observó en el físico del enfermo: «No podía levantar los pies, no acertaba a adelantarlos. Tenía que sostenerse con las dos manos. Por la noche era difícil moverlo cuando tenía que darle la vuelta... El P. Pío caminaba vacilando, parecía siempre semidormido y devolvía con frecuencia».

Una tarde el doctor Sala le puso una inyección y aseguró que el Padre dormiría hasta la medianoche. Ignoramos de qué tipo de inyección se trataba, pues acostumbraba a llevarse las ampollas vacías en el bolsillo.

Tanto el P. Alejo como el P. Pellegrino lucharon contra los somníferos y denunciaron aquellos efectos ante el P. guardián, ante el doctor Sala y el P. Miguel. El P. guardián alegó que aquello no era cosa suya. El doctor Sala reconoció que la medicación no le hacía bien, pero no veía otra forma para hacerle dormir.

Un día nuestro estigmatizado reprendió al P. Alejo y le dijo que se limitara a su función de fraile y no a la de médico. El P. Alejo lloró de dolor y el P. Pellegrino le explicó al P. Pío que hasta el mismo doctor Sala había reconocido que aquel tratamiento no le hacía bien y el enfermo replicó: «Debía haber sido él quien me lo dijera».

Cuando el P. Pío tomaba una píldora, el P. Alejo se volvía de espaldas por no verlo.

El 23 de octubre de 1968, en un discurso fúnebre delante de los fieles, el capuchino P. Mateo de Pietrelcina dijo: «En los últimos tiempos el P. Pío ha tenido un gran sufrimiento. Como dormía muy poco, el doctor que le cuidaba creyó oportuno suministrarle fuertes somníferos...». Y el doctor Sala, que estaba presente, bajó la cabeza.

Según afirma el P. Pellegrino se puso de acuerdo con el P. Alejo para enfrentarse con el doctor Sala y no administrarle ninguna medicina que no fuese recetada por escrito. En cuanto dejó de tomar aquellos medicamentos recuperó sus movimientos normales.

No olvidemos que el P. Pío no comía apenas, tenía una gran sensibilidad y convenía suministrarle las dosis en cantidades de la mitad de un tercio con respecto a cualquier otro enfermo.

Antes de entrar en funciones los PP. Alejo y Pellegrino estuvo de enfermero el P. Eusebio —desde 1961 a 1965—, que cumplía a rajatabla las indicaciones del doctor y obligaba al P. Pío a tomarse todas las dosis prescritas.

El P. Eusebio no se preocupaba de si las medicinas hacían bien o mal al P. Pío. Cuando el P. Eusebio lo deportaron a Inglaterra, el doctor Sala aumentó las dosis de barbitúricos. De los cinco que tomaba todas las tardes, dos comprimidos eran barbitúricos y tres calmantes. El P. Pío acostumbraba a decir: «Si no duermo estoy mal, si duermo estoy peor»; llegaba con frecuencia a caerse por los pasillos.

FOTOCOPIAS REPRODUCIDAS

Publicamos en relación con este capítulo la carta del P. Pellegrino de San Elías, donde se queja a un amigo de que hayan dicho que rechazó la invitación de trasladarse a San Giovanni Rotondo en su función de acompañante del Padre, cuando en realidad fue todo lo contrario, aceptando el destino desde el primer momento.

Fotocopiamos varios titulares de prensa donde se habla del desconcertante episodio de no consentirle al doctor Cassano que visitara al P. Pío cuando llegó desde América en el avión del presidente de la República, señor Moro, enviado por éste expresamente para tal fin.

Una declaración de Anna Colombi donde hace constar que el P. Paolo calificó al P. Pío de «viejo chocho» porque exigía para confesarse con él que las penitentes llevaran la falda 20 cm. por debajo de la rodilla.

El testimonio de Davide Aucone en el que declara que el P. Pío no sabía ni que existía la revista «Franciscus», desde cuyas páginas se defendía frecuentemente al estigmatizado.

La declaración del P. Pío de fecha 16 de diciembre de 1964, donde por «obediencia» y accediendo a las exigencias del P. Clemente de Santa María in Punta hace constar que nunca fue perseguido.

Y, por último, los titulares de prensa sobre la redacción de un Libro Blanco en favor del perseguido.

CAPITULO XVI

EL DERECHO

DE lo expuesto hasta aquí se desprende una realidad indiscutible: Al amparo de las autoridades eclesiásticas se creó una situación de abuso e injusticia contra el P. Pío y su obra. Frente a esta situación la ley no permite defensa alguna. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado tal y como quedaron definidas en el tratado de Letrán de 1929, son complejas y con muchas lagunas. No es fácil establecer un límite de competencia entre ambas soberanías. De Herodes a Pilatos las víctimas de estos atropellos iniciaron caminos inútiles y se encontraron siempre fuera de juego ante la ley.

De aquí la justificación del Libro Blanco que pretendía una audiencia mundial para denunciar hechos injustos con repercusión internacional.

La comisión y el Tribunal de los derechos humanos tampoco parece competente para atender las demandas de la Asociación para la defensa de la persona y las obras del P. Pío, Asociación de origen suizo como dicho y formado por miembros de muy diversas nacionalidades.

Cierto que el ser humano, por el hecho de ser hombre, lleva inherente determinados derechos que los textos internacionales enuncian o consagran y que vienen recogidos en la declaración universal de los derechos humanos de 1948 y más recientemente en la encíclica de Juan XXIII «*Pacem in terris*». Pero aunque la ley universal existe, falta el cauce jurídico para que una persona pueda dirigirse en demanda de auxilio a un Tribunal internacional. Por otra parte, la norma establecida exige agotar todos los recursos de las jurisdicciones propias antes de saltar a instancias de configuración internacional. Este es el criterio que se desprende de la Jurisprudencia de la Corte internacional de Justicia y que ha recogido la Convención para la defensa de los derechos humanos establecida en Roma en 1950.

A mayor abundamiento tanto Italia como el Vaticano no han ratificado la cláusula que prevé la jurisdicción de la Comisión y del Tribunal de los derechos humanos.

En los casos a que hemos aludido en el párrafo anterior, la vía interna de reclamaciones ante tribunales civiles y eclesiásticos se puede considerar agotada, pero falta el cauce que permita con viabilidad pedir justicia.

A nuestro entender, la justicia ha quedado infringida por triple vía: Ante el Derecho canónico, el Derecho italiano y los principios generales del Derecho que reconocen todas las naciones civilizadas, tal como se recoge en el artículo 30 del estatuto de la Corte Internacional de Justicia.

RELACIONES ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO

El artículo 7 de la Constitución italiana establece la independencia entre la Iglesia y el Estado. Y el artículo 1 de los acuerdos de Letrán declara que a la Iglesia le corresponde en exclusiva el libre ejercicio del poder espiritual.

En consecuencia consideramos que las sentencias de los tribunales italianos rechazando las demandas interpuestas estaban legalmente bien fundamentadas. Pero el problema surge al encontrarse la persona afectada con la vía eclesiástica cerrada, porque en cualquier acto de un sacerdote o un seglar contra la jerarquía, surge la postura de rebeldía o desobediencia que la Iglesia condena en todos los casos. De aquí el fracaso garantizado de la gestión o por merecer una nueva condena o por recibir la llamada por respuesta, que suele ser el final normal o casi obligado de toda demanda por vía eclesiástica.

De lo expuesto se desprende que en asuntos que afectan a la libertad religiosa la complejidad de la situación crea siempre conflictos negativos de competencia sin que ninguna autoridad civil ni religiosa se considere facultada para examinar los abusos que se denuncian. La consecuencia es clara: falta de administración de justicia.

LA USURA

Que en los hechos expuestos anteriormente se han incurrido en usura y que la explotación usuraria que se pretendía ha irrogado perjuicios de consideración a muchas personas, arruinando familias enteras, es evidente.

Que la usura es un delito condenado por las legislaciones de todos los países, también. Y, sin embargo, la complejidad de relaciones entre la Iglesia y el Estado han eludido las consecuencias propias de todo delito, buriando la ley penal.

El Código penal italiano castiga el delito de usura con penas de reclusión hasta dos años más una sanción de ocho mil a ciento sesenta mil liras (artículo 644). La ley judaica y el Derecho canónico la consideran también como un delito de máxima gravedad.

Antiguamente todo préstamo a interés estaba prohibido. Benedicto XIV, en la encíclica «Vix Pervenit», autorizó un interés módico cuando se den las siguientes condiciones: Que el prestador se perjudique, corra un riesgo y deje de percibir un beneficio por otro lado. En realidad, en toda operación de préstamo se dan, en proporción mayor o menor, estas tres condiciones. La remuneración, pues, no procede por el hecho del préstamo en sí, sino por las condiciones del perjuicio que tal préstamo lleva inherente, riesgos, daños y peligros que justifican una indemnización.

Pero en las especulaciones de Giuffré no se dieron ninguna de estas circunstancias, pues el dinero no lo entregaban las órdenes religiosas sino los fieles, a los que ofrecían a través del «banquero de Dios» unos intereses normales, percibiendo ellos las diferencias, diferencias que representaban intereses hasta del 90 por ciento. El delito de usura era absoluto, por el porcentaje monstruoso del interés pactado, porque no prestaban dinero propio y, por consiguiente, no corrían riesgo, ni tenían perjuicios, ni dejaban de percibir beneficios por la cesión de aquellos capitales que, como decimos, no les pertenecían. El Concilio de Letrán decía: «Existe usura cuando el beneficio del prestador no procede de la cosa fructífera y no exige por su parte trabajo, gasto, ni riesgo alguno».

La única circunstancia a favor venía representada por la finalidad perseguida: Obtener dinero para construir y realizar inversiones no con miras a un provecho personal sino religioso. Pero salvo esta finalidad, el procedimiento empleado era monstruoso y entrañaba una serie de auténticos delitos en cadena ante toda clase de leyes divinas y humanas. El planteamiento era inadmisibles aunque hubiera salido bien, pues nunca el fin puede justificar los medios; pero más inadmisibles y de grave responsabilidad resultó a la vista de las consecuencias que causaron la ruina de tantas familias, muchas de las cuales pagaron el daño recibido con su propia vida.

Evidente resulta que el usurero en este caso no era Juan Bautista Giuffré, sino los eclesiásticos que se ofrecieron a colaborar con él.

Lo lamentable es que el escándalo quedó en nada. Ni se llevó el caso ante los tribunales italianos ni ante las jurisdicciones eclesiásticas. La injusticia, el abuso, la arbitrariedad, el enorme daño causado, todo quedó en nada, refugiado en ese rincón del fuera de juego, donde se debaten ciertos asuntos cuando rozan las fronteras de la competencia civil y religiosa al mismo tiempo.

LA CONCULCACION DE OTRO DERECHO INVIOlable: EL DERECHO A LA VIDA PRIVADA

El derecho sagrado a la vida privada tiene otras ramificaciones también sagradas: el secreto profesional y el secreto de confesión, que es

quizá su expresión más sublime. «El Tribunal de Casación francés —dice el Libro Blanco— extiende el secreto de las revelaciones hechas en confesión a todas aquellas de naturaleza íntima y secreta que se hagan al ministro del culto por confianza hacia la misión que ejerce (Sala de lo Penal, 4 de diciembre de 1891). Por otra parte, este enunciado no es más que la expresión de un precepto de moralidad y de sentido común».

En el aspecto civil la inviolabilidad de la correspondencia está reconocida también por disposiciones constitucionales de todos los países. El Tribunal de Casación italiano ha resuelto que los ministros del culto católico puedan abstenerse de testificar sobre los asuntos que se les revele en confesión, aunque el penitente les libere del secreto (sentencia de 17 de diciembre de 1953, Caso Zonta). El artículo 2.043 del Código civil italiano confiere a toda persona el derecho a percibir una indemnización por el perjuicio que pueda sufrir como consecuencia de cualquier infracción de la ley, se trate de acto cometido con intención criminal o involuntariamente.

Entre las infracciones a las leyes se incluye la violación del secreto de correspondencia, y con mayor motivo el de confesión, que afecta a una índole más íntima de la conciencia.

En consecuencia, cuanto los superiores del P. Pío han hecho con él, no escapa a la sanción penal ni a la indemnización civil que ésta lleva inherente, como tampoco escapa a las exigencias de la ley moral ni a las prescripciones del Derecho canónico.

La Asociación para la defensa de la persona y de las obras del P. Pío insiste en el Libro Blanco, en el carácter delictivo de la actuación humana en este caso y hace notar la agravante que representa el móvil que ha presidido tal actuación: el conseguir a través de todos estos medios una poderosa presión sobre el P. Pío para obtener de él concesiones de orden material, lo que agrava la responsabilidad de sus autores. Pensaban éstos que al menos obtendrían con su comportamiento una actitud en el santo fraile de insubordinación susceptible de facilitar y justificar la incautación de la «Casa Sollievo».

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Desde la terminación de la segunda guerra mundial, la defensa de los derechos del hombre ha adquirido una importancia considerable en la esfera internacional. Se han creado instrumentos internacionales nuevos y hasta una nueva Organización judicial a su servicio. Juan XXIII, el 11 de abril de 1963, les dio a estos derechos la importancia que tienen en su encíclica «*Pacem in terris*».

Los mismos principios son recogidos en la Carta de las Naciones Unidas. El artículo 55 consagra la misma idea al proclamar la obligación de

las Naciones Unidas de «defender el respeto universal a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos sin distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión».

La expresión más completa de estas aspiraciones viene determinada por la declaración universal de los derechos del hombre que las Naciones Unidas aprobaron en el año 1948.

Esta declaración no se limita a una simple enunciación de principios desprovistos de toda obligatoriedad. Es algo más, si bien falta todavía el mecanismo de ejecución.

La Convención europea, puesta en vigor el 3 de julio de 1963, constituye el instrumento más completo para la protección de los derechos del hombre en los países donde tiene vigencia; e Italia ha firmado esta convención, por lo que queda obligada a observar con las personas sometidas a su jurisdicción las condiciones que el instrumento previene. Los principios enumerados en el mismo, son, pues, normas obligatorias del Estado italiano.

La Convención establece una Comisión y un Tribunal de Justicia para tramitar los recursos que se presenten al amparo de la Declaración aludida. La Comisión tiene facultades de decisión, similares a un Tribunal de primera Instancia sujeto a la apelación del llamado Tribunal de Justicia. Este Tribunal no actúa mientras al asunto presentado la Comisión no le da luz verde, quien toma a su cargo los intereses del demandante y los defiende después ante el Tribunal.

El hecho de que Italia haya aceptado el texto de la Convención sólo de un modo imperfecto, imposibilita el trámite del recurso individual que le llevaría a ella a resultar incausada como Estado.

LA LIBERTAD INDIVIDUAL

Sancionada por todos los códigos civilizados del mundo y concretamente en el artículo 605 del Código penal italiano, ha sido conculcado en cuanto se relaciona con el P. Pío o con sus seguidores.

Los intentos de recluir en un manicomio a D. Attilio Negrisolo responde a esta violación de la libertad individual que las leyes consagran. Lo mismo puede decirse de la actuación del P. superior del convento, Rosario de Alliminusa que, cumpliendo instrucciones de Maccari, somete al Padre a estrecha vigilancia, lo tacha en público de anciano, enfermo, visionario, incapaz de confesar, rebelde, etc. Lo vigila incluso durante la misa; San Giovanni Rotondo, lugar de peregrinación, estaba dejando de serlo ante el comportamiento de los frailes con los peregrinos.

El P. Pío no puede ejercer su ministerio, se le controla el tiempo de confesar, etc. A sus penitentes suele decirles: «Ya sabes, hijo, que no tengo derecho a hablar, que no puedo aconsejarte».

El P. Pío llora con frecuencia, incluso en el altar.

Las protestas afluyen a San Giovanni. La situación es embarazosa y además contradictoria. En medio de aquel tormento es frecuente la visita de altos dignatarios de la Iglesia que al fraile perseguido le dan un tratamiento de santo, y le llegan a decir, como aquel obispo cuyo nombre llamamos por discreción, que «su vida era más útil a la fe que el Concilio Ecuménico».

En el monasterio existen carteles que prohíben sostener conversaciones privadas con él. La mayoría de las quejas van dirigidas contra el P. superior y el P. Rosario de Alliminusa, a quien los periódicos califican de «carcelero del Padre».

Sigue en vigor la prohibición de vender la revista «Ley y Justicia», bajo pena de suspender el permiso del Padre para la confesión, revista que cometió el imperdonable delito de publicar algún artículo en defensa del estigmatizado.

LIBERTAD DE ASOCIACION Y DE REUNION

El derecho a esta libertad queda garantizado por los artículos 17 y 18 de la Constitución italiana.

El Derecho canónico, en el canon 688 y 707 lo consagra también en forma incuestionable.

Donde más claramente se ha manifestado en este caso la violación del derecho de Asociación, ha sido con los «grupos de oración». El Libro Blanco dice: «Estos grupos de oración fundados por el P. Pío, de conformidad con el llamamiento de Pío XII, son muy numerosos y están diseminados por muchos países. Cuentan con más de medio millón de afiliados. Existen en el Vaticano, en los Ministerios, en Roma, y en las dilatadas diócesis de Italia. Se encuentran huellas de su actividad en todas partes: en las exhortaciones de carteles y letreros colocados en bares, tiendas, salas de espera, etc. Son grupos activos, intransigentes y en muchas ocasiones místicos e inspirados».

El obispo de Padua les declara la guerra, como ya hemos visto. En el Boletín diocesano n.º 1.959, publicado en enero de 1960, se prohíben las peregrinaciones a San Giovanni y también la celebración de la misa y de los cenáculos de oración en unión con el llamado P. Pío. Con esta prohibición se pretendía, además, canalizar por otra vía aquellos donativos, con frecuencia de cierta consideración, que entregaban donantes miembros de estos «grupos de oración».

También queda violado el derecho de reunión con las expulsiones de algunos fieles de la Iglesia, caso que frecuentemente han sufrido los seguidores más fieles del capuchino. El canon 1.161 estipula asimismo este derecho y declara que la Iglesia está destinada a todos los fieles. Hasta

los excomulgados pueden entrar en ella si es para escuchar la Palabra de Dios.

DONACIONES

En principio las donaciones son ciertamente irrevocables. Pero el principio no es absoluto. Se señalan algunas excepciones: El nacimiento posterior de hijos, es, por ejemplo, una de ellas; otra que se adapta a nuestro caso, es el de la revocación por incumplimiento de cargas o ingratitud del donatario. Ambas causas justifican la revocación: en el primer caso porque se trata de una donación convencional, en cuanto supone la entrega del dinero para un fin específico; en el segundo porque el donatario recibe un beneficio sin contrapartida y queda obligado a agradecerse al donante por consideraciones humanas y psicológicas.

En general, la autoridad judicial puede pronunciar la revocación siempre que el donatario obre en contra de la intención del donante.

Al P. Pío le llegan ofrendas de todas las partes del mundo. Desde el punto de vista jurídico quizá cada caso exige aplicar una legislación diferente. Pero todas ellas se basan en principios de derechos similares, lo que tiende a una solución análoga.

Aquí las donaciones se hacen respondiendo a un espíritu de ayuda al prójimo, pero también de sacrificio propio. Por ese desinterés en el donante, su intención debe ser doblemente respetada.

Las ofrendas del P. Pío se han apartado del cauce y la finalidad que perseguían. Los fieles han sido engañados. Se les ha perjudicado al mezclarlos en las operaciones de usura organizada por ciertos medios eclesíásticos. «Han sido objeto de burla —dice el Libro Blanco— en la generosa manifestación de su fe».

La infracción es grave, de gran importancia por la cuantía, afectando además a donantes procedentes de muchos países. De ahí el carácter internacional del asunto.

A manera de ejemplo analizaremos un caso concreto. La donación que hizo al P. Pío desde París el señor Brunatto, el día 3 de junio de 1941. Se trataba de la primera donación importante: Al amparo de la ley francesa, el señor Brunatto tendría perfecto derecho a reclamar la revocación de una donación que se hizo con un destino determinado.

En la carta que el citado donante envió a la Secretaría del Vaticano el día 29 de octubre de 1960, decía: «En mi caso, como en otros que conozco, se trata de ofrendas reparadoras, sagradas, inalienables, entregadas al juicio exclusivo del P. Pío, que entendemos que se traducen en actos expiatorios o meritorios a través de la «Casa Sollievo della Sofferenza». Por consiguiente, sería reo de arbitrariedad, de ilegalidad, de inmoralidad y de simonía, la persona que pretenda sustituir el mandato que

los fundadores y donantes de la Obra han dado al P. Pío en exclusiva, sin que les releve de esta culpabilidad el hecho de que la persona responsable esté revestida de ciertas dignidades».

Estos hechos incurren de lleno en lo que tanto las Constituciones civiles como el Derecho canónico califican de abuso de derecho. En este caso se da, además, otra figura jurídica: la del abuso de poder o autoridad. Porque si bien es cierto que al Padre no se le ha llegado a prohibir oficialmente confesar o decir misa, sí que se le han impuesto limitaciones, que llevaban consigo una fuerte restricción para el ejercicio de su ministerio. Por otra parte, su voto de obediencia no le permitía resistir ni defenderse contra ellas.

Los procedimientos empleados para llevar a cabo la desposesión de la «Casa Sollievo» son similares a los utilizados contra el P. Pío en el plano espiritual.

La actuación parcial del visitador apostólico, monseñor Maccari, y en los procedimientos de suspensión «a divinis» de D. Attilio Negrisolo y D. Nello Castello, se ha incurrido también en un indudable abuso de poder, que sancionan las Constituciones de todos los países.

LA APROPIACION INDEBIDA

Todos los derechos condenan la apropiación indebida de fondos. Cuando el delito se produce en el campo reservado a la Iglesia, la competencia de actuación queda sometida a lo dispuesto por el Concordato de Letrán de 1929. En los casos extremos los tribunales italianos deben declinar su competencia.

En este caso el problema se centra en un desvío de fondos respecto a la intención del donante. ¿Puede un superior disponer libremente de las ofrendas que los fieles entregan a un subordinado suyo para un fin específico? Este es el problema.

El canon 1.517, párrafo 1.º, establece que los cambios de intención deben de hacerse por causa justa y quedan reservados a la decisión de la Santa Sede.

Entre las pruebas de lo ocurrido realmente con los fondos enviados al P. Pío, existen muchas cartas donde después de acusar recibo a la ofrenda, se dice: «Para el envío de dinero es mejor que se sirvan de la cuenta corriente 13/8511 y se dirijan a la oficina de Correos».

Ni que decir tiene que este número corresponde a la cuenta corriente de los Capuchinos, como ya hemos afirmado en el capítulo correspondiente.

Muchas cartas podríamos presentar en fotocopia con textos parecidos al transcrito y que respondían al mismo espíritu.

Giuseppe Pagnossin, envió el 21 de febrero de 1963 un cheque de cien mil liras que fue cobrado en la Sucursal del Banco Popular de Foggia,

por una persona que firmó por el P. Pío, como su secretario. Se trataba del P. Anacleto, ecónomo de la provincia de Foggia. El cheque iba acompañado de una carta, donde el señor Pagnossin decía: «Mi familia y yo necesitamos su bendición. Ciertamente que su magnífica clínica no necesita de nuestra ofrenda, pero de todas formas quiero enviarle una señal de reconocimiento. Incluyo para usted un cheque de cien mil liras.

Espero, confiado, se acordará de mí en la santa Misa. Devotamente besa sus santas manos».

En otras ocasiones ofrendas dirigidas al Padre para sus obras fueron recibidas por otras personas, que las utilizaban con fines personales.

Estos hechos constituyen una fragante violación de las disposiciones del Derecho civil y del penal, con arreglo a las leyes italianas y a los códigos de todos los pueblos civilizados.

Con arreglo a la ley entendemos que en este caso cabe la acción de la restitución de las ofrendas donadas, ejercida por la Asociación de donadores o por cada donante en particular.

Enfocado el problema desde el punto de vista penal, los actos denunciados constituyen un delito de estafa al amparo del artículo 640 del Código penal italiano, indiscutible ante el agravante de las circunstancias que han concurrido: Fingidas respuestas en nombre del Padre que ignoraba el hecho, donantes engañados a quienes comunicaban falsos informes, etc.

ESTUDIO JURIDICO DEL RESCRIPTO DEL PAPA PIO XII

En el número 13 de septiembre de 1962, la revista «Ley y Justicia», publicaba, en las páginas 15 y siguientes, los escritos donde Su Santidad Pío XII estableció los derechos concedidos al P. Pío para la administración de la «Casa Sollievo della Sofferenza». Dichos derechos proceden de dos escritos, el primero viene representado por la solicitud que el Padre dirigió al Papa y el segundo por la contestación de éste, respuesta que lleva fecha de 4 de abril de 1957 y que iba firmada por el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Dell'Acqua.

En su escrito el P. Pío expone el funcionamiento de la gran Clínica, funcionamiento que descansa en dos principios: la de servicio gratuito para los pobres y una remuneración muy moderada para los que disponen de medios, por una parte; y el principio de la no discriminación entre los beneficiarios, por otra. Para eludir las presiones que obstaculizaban el funcionamiento de la obra conforme a la intención de su fundador, el P. Pío pide a Su Santidad el derecho de administrar la «Casa Sollievo» en su calidad de director de la Congregación terciaria de la Orden franciscana de Santa María de las Gracias de San Giovanni Rotondo. Y pedía, a su vez, que las acciones de la Casa quedaran depositadas respaldando el

crédito de una cuenta a nombre del P. Pío y con destino a la Administración de la citada clínica. Monseñor Dell'Acqua respondió desde la Secretaría de Estado en nombre de Su Santidad, concediendo en un rescripto ambas peticiones con fecha 4 de abril de 1957.

Respecto a la propiedad de las acciones o de los valores y bienes mobiliarios el rescripto precisa que no es oportuno ni deseable por el momento el transferirlas a la Santa Sede, facultando al Padre para que pueda atribuir el derecho a dictar disposiciones sobre el particular cuando lo considere conveniente.

Jurídicamente el rescripto de la Secretaría de Estado, de fecha 4 de abril de 1957, no es un decreto y, por consiguiente, no es revocable. En él se concretan y resuelven para lo sucesivo tres cuestiones de capital importancia: Derecho a la gestión, a la dirección «ad vitam» y «ad personam» de la Casa a favor del Padre y la facultad para depositar las acciones en el Instituto de las Obras de la religión a voluntad del P. Pío.

El rescripto declara en forma explícita estos tres privilegios y deja en términos un tanto oscuros el punto de la inscripción de los títulos a nombre del Instituto de las Obras de religión. La oscuridad e imprecisión de los términos empleados puede explicarse por el doble fin que perseguía el rescripto: asegurar la independencia del P. Pío respecto a sus superiores capuchinos y salvarlo de las presiones que obstaculizaban su labor y evitar las cargas fiscales, impuestos y tasas de transferencia o sucesión, ya que existe un decreto del Consejo de Estado que eximía de ellas a la «Casa Sollievo» dado su carácter de obra asistencial destinada a pasar con el tiempo a la propiedad del Vaticano, como ha sucedido, en efecto, a la muerte del P. Pío, en virtud del testamento otorgado el día 11 de mayo de 1964.

NECESIDAD DE REMOZAR Y EXTRACTAR DE NUEVO EL FUNCIONAMIENTO DE LOS PODERES LEGISLATIVO Y JUDICIAL DE LA IGLESIA

Los abusos cometidos en San Giovanni, a la sombra de los derechos e intereses que el P. Pío representa, son consecuencia de la deficiente, por arcaica, organización jurídica de la Iglesia. La administración italiana se caracteriza por una confusión, que arranca de hace muchos años, entre los poderes judicial y legislativo. El legislador es aquí el juez de sus propios decretos y este principio se aplica a toda la jerarquía. Pero es que además este doble poder es ejercido, de manera concurrente, por todos los departamentos de la Curia de Roma que presiden el Papa o un cardenal.

Las distintas autoridades eclesiásticas ejercen un poder total y absoluto. Prácticamente no existe posibilidad de recurso. Los sacerdotes Nello

Castello y Attilio Negrisoló, de gran vocación apostólica y santidad sacerdotal, se han visto desposeídos de sus hábitos, de su carrera, de su apostolado y de sus medios de vida y frente a la inicua persecución del obispo de Padua no han podido hacer nada, porque no existe cauce jurídico para ejercer un legítimo derecho ante el atropello ni la injusticia.

Por otra parte, el canon 245 consagra la autonomía de todas las congregaciones, que son los Ministerios del Vaticano. Varias veces se ha intentado reorganizar el funcionamiento de estos Ministerios, pero se tropieza siempre con la rutina y los intereses creados de unos y otros.

El Libro Blanco dice: «La concentración de los poderes legislativo y judicial en el seno de cada Congregación y el hecho de que ésta perpetúe su situación de completa autonomía, acarrearán como consecuencia lógica la confusión de los poderes y de la competencia dentro de la esfera administrativa. De hecho, esta confusión priva de toda eficacia a los imperativos de la Organización judicial y de la Administración de justicia».

La finalidad que persigue la justicia es la de resolver los litigios que inevitablemente surgen en todos los sectores de la sociedad y, por tanto, también en los de la Iglesia. Pero esta finalidad queda aquí burlada ante la falta de un cauce jurídico claro y con total independencia de los órganos legislativos con respecto a los judiciales.

Cuando una Congregación no está de acuerdo con la solución dada por otra, surge el conflicto entre organismos autónomos y de la misma categoría. En tal caso la única solución está en recurrir ante el Santo Padre, Juez supremo y de resoluciones inapelables. Pero éste tampoco dispone de ningún órgano propio adecuado para tal fin, lo que le obliga a mandar un visitador apostólico, ajeno a todas las congregaciones y a quien con diferentes medios las partes interesadas pretenden atraer. Pero tampoco para el nombramiento de estos visitadores existe ninguna regla formal. En ocasiones el Papa no dispone de una información demasiado completa sobre la persona designada. Por otra parte, en cuanto se prevé la designación de un visitador apostólico se inician las negociaciones secretas en el seno de cada Congregación afectada y también entre las no afectadas. Así surge un mundo de influencias y recomendaciones recíprocas. Cada cual hace lo posible por el candidato que considera mejor dispuesto para hacer triunfar sus puntos de vista.

La designación de visitador apostólico es, por lo general, bastante apetecible, porque existe la costumbre de recompensar al designado cuando acaba de cumplir su cometido.

Pasando al caso que nos ocupa, si comparamos el resultado de las dos visitas apostólicas sobre los hechos de San Giovanni Rotondo, la que se encomendó a monseñor Crovini y a monseñor Maccari, veremos cómo el

primero tuvo el carácter de enviado del cardenal Ottaviani más que de visitador apostólico. Actuó sin influencia de las congregaciones dado su nombramiento oficioso más que oficial. Obró con absoluta imparcialidad y su informe fue favorabilísimo al P. Pío. Por todo ello no recibió ninguna recompensa y al terminar se reintegró a su cargo de simple funcionario del Santo Oficio.

El nombramiento de monseñor Maccari tuvo otro carácter. Era funcionario también de la Vicaría de Roma, pero fue designado por el Santo Padre y revestido de su carácter oficial de visitador apostólico. Reunió a los enemigos del Padre y limitó a ellos sus interrogatorios. El resultado de la visita tenía que ser forzosamente parcial y negativa. Y al concluir su brillante gestión fue elevado a la dignidad de arzobispo y nombrado director de la Acción Católica italiana, pasando a ser así, en virtud de este cargo, árbitro eclesiástico de las fuerzas laicas católicas de Italia.

Nuestro caso caía dentro de la jurisdicción de diversas congregaciones romanas, que en el curso de los años habían recibido información y tenían conocimiento detallado de los hechos. Al entrar en conflicto estas congregaciones se nombra una persona que no tenía experiencia alguna de lo ocurrido allí. No estaba en condiciones de juzgar con conocimiento de causa. Se puso en manos de los enemigos del capuchino y con precipitada decisión, comunicó a la prensa el resultado, en nombre de la superioridad, antes de formular el informe para Roma. El resultado fue catastrófico. Maccari fue ascendido y las personas de buena fe y competencia, enteradas de todo, tuvieron una nueva prueba de la urgente necesidad de modificar la arcaica estructura jurídica y administrativa de los diferentes órganos que actúan en nombre de la Iglesia, para evitar abusos y lograr que se respeten y se cumplan los imperativos de toda elemental justicia.

En consecuencia, al no disponer de guía jurídica para reclamar justicia, nosotros hemos creído oportuno acumular las pruebas que justifican nuestra defensa y concretar en un libro nuestra pretensión. Este libro contiene una súplica dirigida a Su Santidad el Papa, Pablo VI. Y recordando aquellos tiempos pasados en que se acercaban los súbditos al carruaje de sus reyes para lanzarles un pliego donde formulaban su caso y cifraban su esperanza, así nosotros lanzamos este libro, carentes de otros procedimientos jurídicos de actuación, con la esperanza y el deseo de que llegue a manos de Pablo VI y en nombre de la Iglesia se haga, por fin, la justicia al P. Pío, y a quienes por su calidad de hijos espirituales y seguidores del estigmatizado, viven todavía sufriendo las consecuencias de tan inicua persecución.

¡Que el cielo nos perdone si hemos pecado de inoportunos o indiscretos con nuestra apelación!

CAPITULO XVII

LAS ULTIMAS HORAS

Y A hemos visto cómo a partir de la visita de Maccari se desencadenaron, de acuerdo con los enemigos del P. Pío, toda clase de maniobras contra él. A partir de aquel momento comenzaron ocho años de persecución durísima, capaz de derrumbar la entereza del alma más elevada y de minar la salud del cuerpo más sano.

No obstante, y ante las pruebas decisivas que presentaban los defensores del estigmatizado, se produjo en los fieles una reacción favorable y volvieron en peregrinación al convento de Nuestra Señora de las Gracias, fuente de curaciones y prodigios sin fin.

En 1965, el P. Pío rogó a Lucía Jadanza de Pietrelcina que le pidiera a la Virgen de Lourdes, a donde iba en peregrinación, «que se lo llevase cuanto antes, pues no podía más». Por aquellas fechas dijo también: «El mundo está ardiendo. Recemos y hagamos penitencia por los elegidos en esta hora de tinieblas». Y a Marta Gemada le comentó: «Estoy deprimido. Esta persecución me desmorona». Y fue también por aquellas fechas cuando se dirigió al P. Jacinto de Santa Elía, delegado entonces del Provincial, rogándole le diera autorización para pedir la muerte al Señor, autorización que, por cierto, le fue denegada.

Ya el 7 de octubre de 1918 había dicho a uno de sus hijos espirituales: «Me encuentro yo también con la epidemia. Qué contento me vería si esta enfermedad llegara a darme el golpe de gracia. Pero no puedo esperarlo. Tengo que seguir viviendo mucho tiempo aún para apurar el cáliz de Getsemaní hasta la última gota y para exhalar el último suspiro del calvario, abandonado de todo y de todos. Mis sufrimientos interiores crecen más y más sin descanso. Ya sé que así lo ordena el Señor y que de esta manera desea ser querido por sus criaturas».

El P. Pío tenía que seguir, paso a paso, en su perfecta identificación con Cristo, la vida del Maestro. Cristo murió abandonado de todos y rodeado de sus peores enemigos. Y así tenía que ser también la suerte de quien vivió para imitarle. El P. Pío anunció su muerte y la esperó con más alegría que resignación. Pero los demás fueron sorprendidos. Confiaban en el vaticinio de que el Padre tenía que vivir hasta los noventa y seis años, en virtud de una circunstancia que relataremos seguidamente. Pero antes vamos a hacer alusión a lo ocurrido en la fecha conmemorativa del cin-

cuentenario de su estigmatización. Para felicitarle por tal cincuentenario el autor de este libro le escribió una carta que entregó en mano a don Attilio Negrisola, uno de los hijos espirituales del P. Pío más perseguido por los enemigos del estigmatizado. Dicho sacerdote le llevó nuestro escrito y se lo leyó en la audiencia que tenía concertada para ese día. De su respuesta nos dio cuenta en carta fechada en el mismo día (20-9-68), carta que llegó a nuestro poder después de muerto. En ella nos anuncia su inmediato fin, pues decía textualmente: «No puedo apenas respirar. Estoy en la tumba. Tengo mal, mucho mal». Mi amigo, al transcribir estas palabras, comentaba, sin percatarse del anuncio de su muerte, que encerraban: «Así son los grandes sufrimientos de los místicos». La carta, escrita el mismo día 20, llegó a nuestro poder después de haber difundido la prensa la noticia de su fallecimiento.

Suponemos que esa carta, la dirigida a nosotros, bendiciendo y autorizando la publicación de este libro, es la última que dictó en vida. Por eso la conservamos con veneración y publicamos en fotocopia parte de la misma: el párrafo en el que nos anuncia su muerte.

Cuatro días antes de morir le había dicho al P. Mariano: «Me estoy preparando para el gran viaje».

El P. Pío celebró su última misa el día 22 de septiembre del 68. Durante la misma sufrió un colapso y se desmayó. Cuando volvió en sí, dijo: «Si me repite otra vez será el fin».

Después de medianoche de aquel mismo día, preguntó al P. Pellegrino, que el acompañaba, si había celebrado ya, y al contestarle éste que todavía no, añadió: «Pues bien, esta mañana dirás la misa por mí».

Pero aquel hijo espiritual que le leyó nuestra carta creía que la vida del P. Pío no podía acabar hasta los noventa y seis años y se limitó a comentar como ya hemos dicho: ¡Así son los grandes sufrimientos de los místicos!»! El motivo de tal creencia estaba en la conversación que un pobre de San Giovanni Rotondo, llamado Petruzio, tuvo con el fraile en una ocasión, quien le dijo: «Moriré el año 82». Frase que, como ya relatamos en el capítulo IX, hizo pensar a algunos que su vida se alargaría hasta 1982, con lo que hubiese alcanzado los noventa y seis años de edad.

Sin embargo, la verdad es que la muerte inminente de este sorprendente capuchino estaba anunciada para la fecha que se produjo por diferentes testimonios que vamos a recordar. El más significativo de todos, las palabras que en el año 1963 le dijo a doña Josefina Bove de Nápoles: «Moriré cuando terminen la cripta donde quieren que sea enterrado». Y la verdad es que los trabajos en la cripta se terminaron en la mañana del día 22 de septiembre. Por la tarde de ese mismo día la cripta fue bendecida. A continuación, el P. Pío la visitó y a las pocas horas, durante la noche del 23, moría...



«EL CUCHILLO DEL P. PIO.— Con este cuchillo el P. Pío de Pietrelcina cortó el alambre eléctrico puesto en su celda para alimentar un registrador magnético oculto debajo de la cama. La hoja causó un corto circuito que la fundió, como se ve en la foto, en el punto de contacto».

En el confesonario pusieron los micrófonos.

CONVENTO SAC. CAPUCCINI
S. MARIA DELLA GROTTA
FOGGIA, 19/12/63

Carissimo P. Giustino,

Ho appena ricevuto la tua lettera del 18. Ho visto con piacere che sei ancora a Foggia. Ho appena ricevuto la tua lettera del 18. Ho visto con piacere che sei ancora a Foggia. Ho appena ricevuto la tua lettera del 18. Ho visto con piacere che sei ancora a Foggia.

Con affetto
P. Amadeo Provinciale

«Carísimo P. Giustino: Que no se disguste el P. Emilio si te escribo a ti para concertar la necesaria reunión. He regresado de Roma. Días trabajosísimos de coloquios. El martes a las 19 estaré en Serracapriola. La misma tarde o a lo sumo el miércoles por la mañana ven a verme y tráeme toda la documentación que tengas y que yo haré llegar hasta el Rvdo. P. Buenaventura, según las instrucciones recibidas. Que venga también contigo el P. Emilio, porque tenemos cosas importantes que decirle.

En espera de vuestra visita os saluda cordialmente a los dos, afectísimo, P. Amadeo, Provincial».

COMENTARIO: Esta carta prueba la responsabilidad del Provincial de los Capuchinos de Foggia en la persecución contra el P. Pio, así como la del Definidor General de la Orden.

De «Il Mattino», «Il Tempo», «Napoli Notte», «Corriere Lombardo», «La Sicilia».

UNA MASSICCIA FERRATA CHE DIVIDE

Padre Pio non può avvicinare più i fedeli

Ci si augura che presto quella barriera di ferro sia abbattuta e tutto continui, come prima

NELLA NUOVA CHIESA DI S. MARIA DELLE GRAZIE

Una cancellata di ferro tra Padre Pio e i suoi fedeli

Malumore e inquietudine a San Giovanni Rotondo dove il provvedimento viene definito una «restrizione all'apostolato di fede» del Frate cappuccino

MALINCONIA VIGILIA A SAN GIOVANNI ROTONDO

“Padre Pio è carcerato,” dicono i suoi fedelissimi

DERUBANO PADRE PIO PER PAGARE I DEBITI DI GIUFFRÉ

Trasformato in una prigionia il convento di S. Giovanni Rotondo

La chiesa una sentenza di condanna nei riguardi del cappuccino dopo una parodia di ispezione

IL DRAMMA DI PADRE PIO

Sorvegliato speciale

COSA ACCADE NELLA CITTADINA DEL FRATE SANTO?

Inasprita la clausura di padre Pio in attesa delle decisioni di mons. Maccari

L'inchiesta del visitatore apostolico si sarebbe limitata alla conduzione amministrativa dell'ospedale

IL MATTINO

IL TEMPO

NAPOLI N.

CORRIERE
LOMBARDO

LA SICILIA

«Una sólida verja de hierro divide el P. Pio que ya no puede acercarse a los fieles».

«En la nueva iglesia de “Santa María Delle Grazie” una verja de hierro entre el P. Pio y sus fieles».

«Melancólica vispera en San Giovanni Rotondo: “El P. Pio está preso”, van diciendo sus fieles. Roban

al P. Pio para pagar las deudas de Giuffré. Convertido en cárcel el convento de San Giovanni Rotondo».

«El drama del P. Pio, vigilado especial».

«¿Qué pasa en el pueblo del fraile Santo? Se ha intensificado la clausura del P. Pio en espera de las decisiones de Mons. Maccari».

A San Giovanni Rotondo chiedono "libertà" per il frate

LE MONDE
ET LA VIE

Maggio 1963

TUMULTI per Padre Pio

A SAN-GIOVANNI-ROTONDO
LA FOULE CRIE:

Libérez le Padre Pio!
A bas les geôliers!

FIACCOLE E BASTONI
PER IL "SANTO PRIGIONIERO"

AB C
Milano
Maggio 1963

GAZZETTA
DEL

MEZZOGIORNO

11-5-1963

**"Padre Pio ringiovanirebbe
se tornasse fra i suoi figlioli.,**



Così dicono a San Giovanni Rotondo - C'è una minoranza però, che trova giuste e tutt'altro che esagerate le restrizioni imposte al frate delle stimmate - Ma, si replica, non è giusto che per proteggere il cappuccino da pochi fanatici lo si tenga lontano da tutti.

«En San Giovanni Rotondo se solicita la "libertad" del fraile. TUMULTOS POR EL P. PIO.»

De «LE MONDE ET LA VIE», mayo 1963.

«EN SAN GIOVANNI ROTONDO EL GENTIO

VA GRITANDO: ¡LIBRESE AL P. PIO! ¡ABAJO LOS CARCELEROS!»

De «ABC» de Milán, mayo 1963.

«ANTORCHAS Y PALOS POR EL "SANTO ENCARCELADO".»

De «LA GAZZETTA DEL MEZZOGIORNO», 11 de mayo de 1963.

«EL P. PIO SE VOLVERIA JOVEN SI REGRESARA EN MEDIO DE SUS HIJOS.»

Butler, no 23-1-1962

L'azione civile è facilmente dimostrabile, poiché con tante imprecisioni si va cercando di pubblica ragione la ristituzionem, non fanno cosa assai normale. E si va dicendo ancora che, perché, avere fatto una ristituzionem della lettera ristituita.

[illegible]

He dicho que este hecho me duele, porque es verdad que yo hice esta retracción, pero también es verdad que la hice al dictado del P. Amadeo de San Giovanni Rotondo, ecónomo provincial de la Curia Generalicia, estando presente el P. Cristino da Delicite, en aquella época tercer Definidor Provincial. De acuerdo también que entonces estaba en trances de entrar en el Hospital psiquiátrico para someterse a tratamiento.

Muy Rvdo. Padre, usted me permitirá que ponga punto final a estas cosas expresándole mi pensamiento de forma que se aclaren equívocos, contradicciones y especulaciones (he sabido que incluso se han difundido copias fotográfadas de mi primera carta).

Todo esto lo hago constar para que se aclaren los equívocos y responsabilidades. — *P. Mariano de Santa Croce.*»

COMENTARIO: El P. Mariano de Santa Croce confirma en esta carta que había recibido orden del P. Amadeo, Provincial en aquella época, de entregarle al ecónomo del Convento no solamente las limosnas, destinadas a la Orden, sino también las destinadas expresamente a la Casa Alivio del Sufrimiento, incurriendo con ello en un delito de apropiación indebida o hurto claramente tipificado en el Código Penal.



INDUSTRIA ESCAVAZIONE LAVORAZIONE CHIALA DI GIARETTA LUIGI
FORNITURE EDILI STRADALI
IMPRESA LAVORI STRADALI

Telegr. I.E.L.G. - Sandrigo (Vicenza)
Telef. Sed. 126
Cantieri: 34131 - Montebelluna di Biadene

SANDRIGO
C.O.A. Valenza N. 55407
C.C.P. 28/2913

28 marzo 1963.

Reverendissimo Padre Pio

mi permetto di pregarla di ricordarmi nelle sue
preghiere perchè mi trovo in condizioni di particolare bi-
sogno, per la mia famiglia e per le mie cose.

Le allego un'offerta per la Casa Sollievo della
sofferenza. Spero di avere presto la grazia di rivederla.

La prego gradire i saluti più cari.

ALL.ASSEGNO CASSA RISP. VERONA VI.
61207/70

I. E. L. G.
GIARETTA LUIGI

«Rvdo. P. Pio: Me permito suplicarle me recuerde
en sus oraciones porque me encuentro en condi-
ciones de particular necesidad para mi familia y
mis asuntos.

Le adjunto un donativo para la Casa Sollievo della
Sofferenza.

Espero obtener pronto la gracia que solicito.

Le ruego reciba el saludo más querido, *Giaretta
Luigi.*»



Rótulo del antiguo Hospital del P. Pio, fundado en el año 1925.

Habiendo reclamado el Sr. Giaretta a la Casa Sollievo della Sofferenza, su administrador contestó a su escrito con la siguiente carta:

"CASA SOLLIEVO DELLA SOFFERENZA,,

SAN GIOVANNI ROTONDO

10 Aprile 1964

Prot.n° 207/BG/Ve.

Egregio Signor
GIARETTA LUIGI
Via Verdi, 14

CARMIGNANO DI BRENTA (Padova).

Con riferimento alla Sua richiesta abbiamo espletato tutte le ricerche ma non siamo riusciti ad individuare la Sua offerta di L.100.000.

Sarebbe opportuno per facilitare l'operazione che ci inviaste una fotocopia del relativo assegno chiedendolo alla Sua Banca.

Dagli estremi della stessa potremo rilevare le date esatte di incasso e quindi della ns. relativa registrazione.

Nell'attesa di quanto sopra, ci è gradita la circostanza per porgere i nostri rispettosí ossequi.

L'Amministrazione

«Con referencia a su escrito hemos realizado todas las indagaciones pertinentes, pero no hemos encontrado la ofrenda de cien mil liras. Sería oportuno, para facilitar su localización, nos envía una foto-

copia del cheque que debe pedir a su Banco. De esta manera podemos ver las fechas exactas de cobro y con ellas comprobar en el registro.

En espera de sus noticias, le saluda.»



COMENTARIO: El envío de Giaretta consistía en un cheque de cien mil liras, que sospechamos no fue ni siquiera a las arcas del convento, pues como aparece en la fotocopia que reproducimos, el cheque fue cobrado a doscientos kilómetros de distancia por un fraile que firmaba con su nombre civil, suscribiendo el reconocimiento de firma un sacerdote amigo suyo, párroco del lugar, que

estaba muy desacreditado y que murió de repente en penosas circunstancias.

El Padre que firmó el cheque fue el P. Mario de Santa Paulina, quien lo cobró en Avellino, firmando como Carlo Manganelli, que era su nombre civil. El párroco que reconoció su firma se llama Alfredo Rescoco.

REGISTRO ALL'ORDINE DELLA
BANCA POPOLARE DELL'ITALIA
SOCIETA' ALTAIR

Manganelli Carlo
Per conoscenza e
giurisdizione:
D. Alfonso Rescoco

REGISTRO ALL'ORDINE DELLA
ISTITUTO DI CREDITO ITALIANO
BANCA POPOLARE DELL'ITALIA
DI AZIENDA DI CREDITO
VALUTA PER L'INCASSO
CREDITO ITALIANO-VERONA
4 Gen 1955
BANCA POPOLARE DELL'ITALIA
DI AZIENDA DI CREDITO
VALUTA PER L'INCASSO
CREDITO ITALIANO-VERONA
4 Gen 1955

COMENTARIO: Por hacer alusión en el texto (página 255) a la doble cara del cheque que aparece fotocopiado anteriormente, publicamos el reverso del mismo. A la vista de ambos documentos puede comprobarse que el talón fue firmado por Carlo Manganelli, nombre civil del P. Mariano de Santa Paulina. Se cobró en Avellino, a 200 Km. de distancia de San Giovanni Rotondo y la autenticidad del fraile que percibió el dinero fue prestada por el párroco del lugar, D. Alfredo Rescoco, quien por cierto murió de repente en una casa inadecuada a su condición de sacerdote.

Padova, 8/11/1964

SPETT. AMMINISTRAZIONE
CASA SOLLIEVO DELLA SOFFERENZA
S. GIOVANNI ROTONDO (Foggia)

Spett. Amministrazione,

Ben due volte ho spedito una lettera con offerta, indirizzando a Padre Pio - Casa Sollievo della Sofferenza - S. Giovanni Rot.

Con mia sorpresa, ambedue le volte mi son vista ritornare un ringraziamento da parte del Convento Cappuccini di S. Giovanni Rot.

Inoltre mi è stato spedito da detto Convento un invito ad inviare successive offerte direttamente al Convento e mi si notificava il seguente relativo numero di conto corrente postale 13/8511.

Prego codesta Spett. Amministrazione di prendere atto che era mia intenzione far pervenire dette offerte esclusivamente a Padre Pio per la Sua Casa Sollievo, e che sono veramente spiacenti di avere appreso che di fatto ne ha beneficiato il Convento dei Cappuccini.

In attesa di un cortese riscontro, prego gradire distinti saluti.

MIONI FRANCESCA- Via N. Miretto, 1-PADOVA-

Francesca Mioni

«Respetable Administración: Por dos veces he enviado una carta con donativos dirigidos al P. Pío. Casa Sollievo della Sofferenza, San Giovanni Rotondo.

Con mi sorpresa, las dos veces he visto que me acusaban recibo del Convento de Capuchinos de San Giovanni Rotondo.

Además, me ha sido enviado de dicho Convento una invitación para mandar sucesivas ofrendas directamente al Convento y se me notificaba el siguiente número de la cuenta corriente postal: 13/8511.

Pido a esa respetable Administración tomen nota de que era mi intención hacer destinatario de esta ofrenda exclusivamente al P. Pío para su obra Casa Sollievo y que verdaderamente siento mucho el haber sabido que he hecho el beneficio al Convento de capuchinos.

En espera de una corta respuesta, les saluda muy atentamente.»

Contestación circular con que se agradecen las ofertas enviadas al P. Pío y se intenta que otras ofertas vayan directamente a ellos, porque la cuenta corriente que se indica es la del Convento.



• S. MARIA DELLE GRAZIE •
SAN GIOVANNI ROTONDO
(Foggia) ITALIA

C/C Postale N. 13/8511

(179)

J. M. J. F.

Pace e Bene

25. 2. 1963.

Sentiti ringraziamenti per l'OFFERTA gentilmente inviata: essa è stata destinata secondo i Vostri desideri.

Padre Pio prega secondo la Vostra intenzione e Vi esorta alla preghiera e alla fiducia nella misericordia di Dio e nella intercessione della Mamma celeste.

Vi benedice, augurandoVi ogni bene.

I PADRI CAPPUCCINI

N.B. - Per l'invio di offerte e meglio servirsi del conto corr. 13/8511 rivolgendosi all'Ufficio postale.

«CONVENTO DE LOS PADRES CAPUCHINOS. Santa Maria de las Gracias. SAN GIOVANNI ROTONDO (Foggia). ITALIA. C/C. Postal núm. 13/8511.

25 febrero de 1963

Las más expresivas gracias por su *limosna* gentilmente enviada: ha sido destinada conforme a sus deseos.

El P. Pío reza por sus intenciones y os exhorta a la oración y a la confianza en la misericordia de Dios y en la intercesión de la Madre celeste.

Os bendice, deseándole todo bien. — LOS PADRES CAPUCHINOS.»

«N. B. — Para el envío de las ofrendas es mejor que se sirvan de la *cuenta corriente* núm. 13/8511. dirigiéndose a la estafeta postal.»

QUANTARIO S. MARIA DEL MONTE
DEI PADRI CAPPUCCINI
CAMPOBASSO

tel. 082 1111111

Campobasso 30/12/64

Carissimo amico, e confratello,

ti ringrazio per gli auguri che ho gradito moltissimo e te li ricambio di cuore per il prossimo Anno Nuovo. Godo anche al sapere che stai bene in salute; altrettanto posso assicurarti di me.

A proposito delle voci che circolano sul mio conto: che cioè io alla proposta del Padre Delegato Provinciale dell'Amministrazione Apostolica ho opposto rifiuto di tornare a San Giovanni Rotondo, posso assicurarti che esse non rispondono a verità.

Infatti nel giugno scorso il Delegato dell'Amministrazione, Padre Carmelo da San Giovanni in Galdo, ~~alla-~~ venne a Campobasso nel Convento dei Monti e alla presenza del M.R. Padre Amedeo e del M.R. Padre Venanzio mi disse che era desiderio di Padre Pio rivedermi nell'ufficio prenotazione donne a S.G. Rotondo. Mi interrogò pertanto se intendessi tornare ed io risposi semplicemente e chiaramente: son disposto a tornarmi anche subito.

Anzi, in confidenza, ti assicuro che c'è un ordine del Cardinale Ottaviani perché io torni a San G. Rotondo. Non puoi quindi immaginare l'amarezza che sento al solo sospetto che una voce simile possa essere giunta anche all'orecchio del Cardinale e non voglio pensare che al Cardinale sia stato riferito il contrario di quello che io ho detto al Delegato Provinciale.

Mi dispiace quindi che alcuni continuino a ripetere, non so a quale scopo, che io abbia opposto diniego alla proposta del Delegato. Qui fa freddo, c'è la neve sul Matese e sulla Maiella. Ti mando tanti saluti anche da parte della Comunità e ti abbraccio.

Carmelo
Padre Delegato di S. G. R.

«Queridísimo amigo: Te agradezco la felicitación que me ha agradado muchísimo y a la que correspondo de todo corazón para el primer año nuevo. Me alegra que te encuentres tan bien de salud. Lo mismo me ocurre a mí.

A propósito de las voces que circulan sobre mí, quiero decirte: Referente a la propuesta del Padre Delegado Provincial del administrador apostólico, que asegura que yo he rechazado volver a San Giovanni Rotondo, puedo asegurarte que no responde a la verdad.

En efecto, en junio pasado el Delegado del Administrador, P. Carmelo de San Giovanni in Galdo, vino a Campobasso, al Convento de "in Monti", y en presencia del muy Rvdo. P. Amadeo y del reverendo P. Venancio, me dijo que era deseo del P. Pío volverme a ver en el servicio de anotación de las penitentes mujeres en San Giovanni Rotondo. Me preguntó por tanto si me interesaba volver y yo le prometí sencilla y claramente: estoy dispuesto a volver en el acto.

Más bien, en confianza, te aseguro que hay una orden del Cardenal Ottaviani para que yo vuelva a San Giovanni Rotondo. No puedes por consiguiente imaginar la amargura que siento ante la sola sospecha de que un rumor similar se haya hecho llegar a oídos del Cardenal, y pienso que al Cardenal se

le haya dicho lo contrario de lo que yo afirmé al Delegado Provincial.

Siento mucho, pues, que algunos continúen repitiendo —no sé a qué fin— que yo me haya opuesto a la propuesta del Delegado.

Aquí hace frío. Cae la nieve sobre el Matese y sobre la Maiella.

Te envío muchos saludos también de parte de la comunidad y te abraza. Tú P. Pellegrino de S. Elia a Pianisi.»

COMENTARIO: El P. Pellegrino escribe a un amigo y dice que se ha hecho circular el rumor de que no quería ir a trabajar junto al P. Pío. Dice que se lo propuso el P. Carmelo de San Giovanni, in Galdo, Delegado Provincial del Administrador Apostólico, en presencia de los Padres Amadeo y Venancio. Que a su propuesta contestó en un sentido afirmativo, pues estaba deseando ir junto al P. Pío. Pero a pesar de su respuesta afirmativamente tajante, se ha hecho circular el rumor de que rechazaba el destino.

En la carta nos dice también que esta propuesta había salido del Cardenal Ottaviani, y que tenía el temor de que al Cardenal le hubieran dado la misma calumniosa respuesta.

La carta demuestra el deseo del P. Pío de tener al P. Pellegrino a su lado; el deseo del P. Pellegrino de ser destinado al servicio del P. Pío; y el decisivo propósito del P. Carmelo de San Giovanni in Galdo y de los Superiores PP. Amadeo y Venancio de no dejarlo ir, desobedeciendo la orden de Ottaviani y alegando como razón para ello la calumniosa afirmación de que el interesado no quería.

«DECLARACION. — In nomine Domini. ¡Amen! Desde largo tiempo los periódicos siguen difundiendo noticias fantásticas sobre mi condición como si yo fuera objeto de constricción y persecución por parte de las Autoridades eclesiásticas. Frente a Dios siento la necesidad y el deber de deplorar estas noticias, que son falsas, y de declarar que yo gozo de la libertad de mi oficio, y sé que no tengo enemigos ni perseguidores. Antes, tengo el gusto de afirmar públicamente que los Superiores de mi Orden y las Autoridades de la Iglesia me ofrecen comprensión, consuelo y protección, no necesito otros asesores sino Dios y sus legítimos representantes. Además, afirmo que el periódico "Franciscus", editado en París, nunca obtuvo de mi parte autorización alguna para publicarse y no tiene nada que ver con la obra "Casa Sollievo della Sofferenza", de la que yo mismo, con el auxilio de Dios y de los benefactores, soy el fundador. Quiero hacer constar por la verdad y la justicia, evitando equívocos que hacen daño a las almas y a la Iglesia y entristecen mi espíritu, el cual no quiere más que el bien de todos y la glorificación del Señor.

San Giovanni Rotondo, 16-12-1964. P. Pío da Pietrelcina. O. M. Cap. no.»

L'insospettabile
amici e fratri. Amici!
Da parte del P. Pío, le dico che questa
pubblicazione è stata fatta
per la mia informazione, e non
io fossi oggetto di congetture e di
speculazioni da parte dell'alto
clero. Ecco la sostanza.
Dunque, il P. Pío non ha mai detto
soggetti. Il desiderio di deplorare
la questa notizia, che era
falsa, e di dichiarare che io gozo
di libertà nel mio ufficio
stato me, so di questo avvenire
e di questo stato.
Da parte del P. Pío, ho affare
con pubblici ambienti che non
non ho mai visto dal mio
religioso a quella maniera
della Chiesa con questa gioia
confezione e con la gioia
ho bisogno di molte persone
sola. Il P. Pío è stato
sacro. L'aggiornamento è stato
L'.
Difendere in tutto che il governo
della Chiesa è stato a P. Pío, e
ha una autorità e una protezione
per la Chiesa e per la Chiesa
e che per me l'opera è in tutto
della Chiesa e per la Chiesa
sola. Il P. Pío è stato
sacro. L'aggiornamento è stato

COMENTARIO: En el P. Clemente de Santa María in Punta existió siempre la idea de que la mejor forma de atacar al P. Pío y defenderse contra quienes estaban a su lado era hacerle decir al fraile falsedades al amparo de la santa obediencia. La mayor falsedad que podía afirmar era la de hacer constar por escrito que nunca había sido perseguido. El P. Pío no tuvo más remedio que firmar el escrito que le dictaron y que a pesar de su avanzada edad y de la dificultad para escribir por sus llagas y por el desentrenamiento lógico de quien llevaba tanto tiempo sin hacerlo, concretamente desde que se lo prohibieron durante la primera persecución, copió de su puño y letra este documento que sus enemigos airearon y difundieron por doquier.

El buen fraile, que tenía que cumplir cuanto le mandasen al amparo de su voto de obediencia, no podía mentir, y por eso, cuando después de firmar el escrito le preguntan por qué lo había hecho, con la mayor sinceridad y fidelidad de conciencia afirmaba a cuantos querían oírle que «porque le habían obligado».

Concretamente el P. Clemente de Santa María in Punta llevó el documento a «L'Observatore Romano», solicitando fuese publicado. El director de este periódico pasó el documento al redactor-jefe, profesor Mario Crinelli. Este se sorprendió ante el mismo y se fue a San Giovanni Rotondo a preguntar al fraile la autenticidad del hecho. El P. Pío le recibió, dijo que su firma era auténtica, pero añadió: «lo firmé porque me obligaron».

De «TEMPO», 24-IV-1965

«EL P. PIO, ENFERMO, PIDE A DIOS QUE LE ACOJA. — Conmovedoras pruebas recogidas por un colaborador nuestro que logró entrar en el Convento. Se pidió la intervención del prof. Cassano, que se halla en América acompañando a Moro. La incomprensible rivalidad entre el Convento y la "Casa Sollievo" contribuye a fomentar dudas y temores.»

De «TEMPO», 30-IV-1965

«Alarman las condiciones del fraile de las llagas. "SE PROHIBE" AL PROF. CASSANO VISITAR AL P. PIO ENFERMO. El P. Guardián del Convento impidió que el ilustre clínico que llegó expresamente de la Capital, sometiera al enfermo a visita médica.»

De «CORRIERE LOMBARDO», 5-V-1965

«EL SENADOR CASSANO PROTESTA CONTRA EL SANTO OFICIO: SE LE PROHIBIO VISITAR AL P. PIO.»

De «TEMPO», 30-IV-1965

«SINGULAR HECHO EN SAN GIOVANNI ROTONDO. — El P. Superior del Convento impidió que el Prof. Cassano visitara al P. Pío que está enfermo.»

TEMPO 24-4-1965

Padre Pio ammalato chiede a Dio di raccogliarlo

Conmossi testimonianze raccolte da un nostro collaboratore penetrato nel monastero. Chiesto l'intervento del prof. Cassano, che si trova in America al seguito di Moro. L'incomprensibile rivalità tra il convento dei Cappuccini e la Casa Sollievo contribuisce ad alimentare dubbi ed apprensioni

ALLARMANTI LE CONDIZIONI DEL FRATE DALL' "S.M.M.A."*

TEMPO

30-4-1965

«Vietato» al prof. Cassano visitare Padre Pio ammalato

CORRIERE

LOMBARDO

5-5-65

Il Guardiano del Convento ha impedito all'illustre clinico, giunto espressamente dalla Capitale, di sottoporre a visita medica l'intermo

Il senatore

Cassano

protesta

con il

S. Ufficio:

gli fu

vietato

visitare

Padre Pio

Sconcertante episodio a S. Giovanni Rotondo

Il Guardiano del Convento ha impedito al prof. S. Cassano di visitare Padre Pio che è ammalato

TEMPO 30-4-1965

COMENTARIO: El profesor Cassano está de viaje con el Presidente de la República, señor Moro. Este se entera de la grave dolencia del P. Pío y ordena al profesor Cassano que interrumpa el viaje y vaya a visitar al fraile. A tales efectos prepara un avión militar y el ilustre profesor, que goza de un extraordinario prestigio en toda Italia, llega enviado por el Presidente de la República hasta el Convento de Ntra. Sra. de las Gracias. Y el P. Superior, P. Carmelo de San Giovanni in Galdo, le prohíbe visitar al ilustre enfermo. La prensa recoge la noticia que se difunde por Italia. Sin tener en cuenta la autoridad ni el prestigio del famoso especialista y la categoría de la persona que lo enviaba: el propio Presidente de la República.

Estando mal atendido el P. Pío por un médico sin competencia alguna, que fue arrojado del cuadro de especialistas de la Casa Sollievo por su falta de preparación, como decimos en otro lugar. ¿Qué pretendía el Superior ante la gravedad del fraile impidiendo que fuese reconocido por una auténtica autoridad médica? Para justificarse ante lo injustificable, el P. Carmelo alega que ya había sido visitado por el profesor Valdoni, pero conforme él mismo alegó, estaba en Alemania en aquella época; sin embargo, el P. Carmelo tiene el atrevimiento de lanzar tal infundio y no solamente esto, sino que en el telegrama que cursó y que reprodujo toda la prensa se decía el diagnóstico que el ausente doctor había dado: anomalías circulatorias por artritis y señala hasta el tratamiento aplicado: cuatro días de reposo en su celda.

DECLARACION DE AUCONE DAVIDE. — Donde se ve cómo en otras ocasiones también obligaron al P. Pío a hacer cosas contra su voluntad.

«Yo el abajo firmante Aucone Davide, residente en San Giovanni Rotondo en los primeros días de enero de 1965, he oído de viva voz al P. Pío estas palabras:

“Pero si yo no sabía ni siquiera que existiese un “Franciscus...” y querían hacerme responsable de una publicación que ignoraba totalmente”. Y esto lo declaro con juramento. Firmado: Davide Aucone.»

San Giovanni Rotondo, 24 de febrero de 1965.

COMENTARIO: La revista «Franciscus», editada en París, publicaba de cuando en cuando artículos e informes en defensa del P. Pío y concretamente un valiente artículo de Emmanuel Brunatto, el primer hijo espiritual del fraile, artículo que llevaba por título: «Un extraño pastor» y en donde analizaba el informe del Superior General de los Capuchinos en la Asamblea de la Orden y acababa señalando al citado Superior como responsable de todas las immoralidades y abusos cometidos por los miembros de la Orden; concretamente le acusaba de ser el principal responsable de la violación del sigilo sacramental con los micrófonos. El artículo levantó la natural polvareda, pues estaba escrito con gran objetividad y daba en él argumentos decisivos.

A raíz de la publicación de este artículo se acusó al P. Pío de ser el responsable directo del hecho. Pero el Padre aseguró ante testigos que ignoraba incluso la existencia de la citada revista: uno de estos testigos fue D. Aucone Davide, que bajo juramento da fe del testimonio.

*Io sottoscritto Aucone
Davide, residente a S. Giovanni
Rotondo nei primi giorni
di Gennaio 1965 ho sentito
dalla viva voce di Padre Pio,
queste parole:
«Ma io non so nulla neppure
che esistesse un Franciscus...»
mi volevano rendere
corresponsabile di una
pubblicazione che io igno-
ravo. Del tutto.
Questo dichiaro con sacro
giuramento.
Aucone Davide
S. Giovanni Rotondo 24 febbraio 1965*

Le offerte a padre Pio

Ho letto sul «Corriere» l'articolo: «I fedelissimi di padre Pio vogliono protestare all'O.N.U.».

Chi sia l'ordine religioso implicato nell'articolo non è detto esplicitamente. Ma l'allusione per l'ordine cappuccino è fin troppo evidente. Solo, infatti, i superiori di quest'ordine hanno, dopo la Santa Sede, autorità su padre Pio.

Questa autorità però dei superiori cappuccini su padre Pio non comprende in alcun modo né la conoscenza e tanto meno quindi il minimo controllo delle offerte che giungono allo stesso padre Pio, dato che, per venerata disposizione pontificia, egli riceve liberamente qualsiasi oblazione per le sue opere, di cui ha affidato l'amministrazione a persone laiche, di sua piena fiducia e del tutto estranee all'ordine dei cappuccini.

Inoltre, con la precisazione di cui sopra, non può neppure affacciarsi il dubbio che i fondi dell'opera di padre Pio possano essere sottratti e devoluti ad altri scopi, come «ad opere benefiche, in una zona del Nord Italia», anche per il fatto che le province dell'ordine cappuccino sono enti giuridicamente autonomi, a norma del concordato e della legislazione canonica.

Quale rappresentante legale della Curia generale dei Frati minori cappuccini mi permetto chiedere di pubblicare la presente precisazione.

Giuseppe Pastorella
(in religione P. Carlantonio
da Martellago).

«Las ofrendas del P. Pío. — He leído en "Corriere della Sera" el artículo titulado "Los hijos más fieles seguidores del P. Pío quieren protestar ante la ONU".

En el artículo no se dice claramente qué Orden religiosa es la que está interesada en las ofrendas del P. Pío, pero dada la relación con la Orden capuchina se adivina fácilmente. En realidad sólo los Superiores de la Orden capuchina, después de la Santa Sede tienen autoridad sobre el P. Pío.

Esta autoridad de los superiores capuchinos sobre el P. Pío no alcanza el conocimiento ni menos el control de las limosnas que le llegan directamente, ya que por una venerable disposición pontificia él recibe libremente todas las ofertas para sus obras, de las cuales tiene confiada la administración a personas civiles de su total confianza, personas extrañas a la Orden capuchina.

Además, hablando con exactitud no puede suponerse que los fondos de la obra del P. Pío puedan sustraerse y destinarse a otros fines, como a "obras benéficas en una zona del norte de Italia", dado el hecho de que las provincias de la Orden capuchina constituyen entes jurídicamente autónomos, conforme a las normas del Concordato y de la Legislación canónica.

Como representante legal de la Curia Generalicia de los frailes menores capuchinos, me permito pedir que se publique la presente aclaración. Firmado: *Giuseppe Pastorella* (en religión P. Carlo Antonio de Martellago).»

COMENTARIO: No obstante los documentos que prueban la realidad de la acusación aparecida en el periódico «Corriere della Sera», realidad que han comprobado infinidad de donantes, que recibían el acuse de recibo de la cantidad transferida, no de la Casa Alivio del Sufrimiento, sino de la propia Orden capuchina, donde además se rogaba empleasen en lo sucesivo para sus ofrendas el número de la cuenta de los frailes (que hacían constar en el propio impreso), el P. Carlo Antonio, en nombre de la Curia Generalicia, protesta del artículo donde se formula tan evidente acusación. Y alega dos razones: Que el P. Pío tenía nombrados administradores civiles para su obra y que las provincias capuchinas son entes jurídicamente independientes que no permiten el transferir fondos de una provincia a otra. Ambas afirmaciones son ciertas, pero lo que afirma el artículo no tiene nada que ver con estos argumentos. El artículo se limita a decir que el dinero destinado al P. Pío para su obra, se quedaba en el convento en muchas ocasiones, sin pasar a manos del administrador civil nombrado por el santo capuchino: hecho reconocido y probado que no puede ponerse en tela de juicio.

COMENTARIO: Recorte de prensa con los titulares donde se da la noticia de que se iba a presentar a la ONU un libro blanco sobre la persecución lanzada contra el P. Pio.

PERCHÉ L'ONU DISCUTERA DI | PADRE PIO

A CURA DI UN AVVOCATO INTERNAZIONALISTA SVIZZERO

LIBRO BIANCO ALL'ONU A FAVORE DI PADRE PIO

***Difenderanno Padre Pio
con un «Libro bianco» all'O.N.U.***

L'iniziativa dovuta a un Comitato che ha sede a Ginevra ed è presieduto da Emanuele Brunatto « Questo Comitato ha dichiarato che intende fare appello a un arbitraggio fondato sulla dichiarazione internazionale dei diritti dell'uomo del 1948, della quale Giovanni XXIII ha fatto l'elogio nella « Pacem in terris »

L'OSCURA VICENDA DI S. GIOVANNI ROTONDO

UN «LIBRO BIANCO» ALL'ONU sulle «persecuzioni» contro padre Pio

Sconcertanti aspetti della vicenda: nella sua cella o nel suo confessionale sarebbero stati installati microfoni - Chiuso in una clinica per malattie mentali un frate che si era rifiutato di consegnare all'economo del convento le offerte destinate alla carità

tato da una banda di gangster. Nella foto
che tra le ragazze del

IL MESSAGGERO — Mercoledì 15 Maggio 1963

UN COMITATO INTERNAZIONALE E UN «LIBRO BIANCO» ALL'O.N.U.

***Vogliono ridare a Padre Pio
lo «stato» conferitogli da Pio XII***

consiguiente sucesión intestada y según las indicaciones contenidas en la hoja adjunta.

Por último, os suplico, Santo Padre, que a mi muerte la sede apostólica *tenga a bien aceptar como donación los bienes de la obra Casa Sollievo della Sofferenza* y, si es posible, destinarlos a continuar dicha obra.

Arrodillado para besar su santo pie, imploro a Su Santidad la bendición apostólica para la Casa, los dirigentes, los enfermos y por último, para mí, su hijo, que ora asiduamente por Su Santidad.

P. PIO, Capuchino

3

Il Padre Pio da Pietrelcina chiede di poter depositare presso l'Istituto per le Opere di Religione, con conseguente intestazione, la quasi totalità delle azioni rappresentanti il patrimonio immobiliare della Società Casa Sollievo della Sofferenza.

Al momento del deposito il patrimonio della predetta Società sarà costituito unicamente da beni immobili (senza passività), effettivamente adibiti ad opera religiosa e caritativa.

Il bilancio della Società avrà forma estremamente semplice di Società immobiliare. Tale bilancio, preventivamente concordato con i competenti uffici fiscali, sarà quanto prima rimesso per un eventuale esame.

La gestione alloggiata nei beni resta affidata, con regolare sistemazione di diritto e di fatto, ad altro Ente canonico retto al riguardo.

Il Padre Pio da Pietrelcina chiede che le azioni di cui trattasi, siano depositate a credito di un conto da intestarsi a Padre Pio da Pietrelcina per Casa Sollievo della Sofferenza.

Il Padre Pio potrà disporre di detto deposito con tutti i diritti ed in sua vece del medesimo deposito disporrà la Santa Sede.

Il sottoscritto precisa poi che intende lasciare (con apposito e regolare atto di ultima volontà) alla Santa Sede i valori che domanda di poter depositare e quanto altro fosse in deposito al tempo della sua morte o su altri accetti, anche posteriormente, sul conto in parola.

El P. Pío de Pietrelcina pide que se le permita depositar en el Instituto de las Obras de Religión, con vistas a la consiguiente sucesión intestada, casi todas las acciones que representan el patrimonio inmobiliario de la Sociedad Casa Sollievo della Sofferenza.

En el momento del depósito, el patrimonio de dicha sociedad será exclusivamente constituido por bienes inmuebles (sin pasivo) efectivamente destinados a una obra religiosa y de caridad.

El balance de la sociedad tendrá la forma muy simple de sociedad inmobiliaria. Este balance, establecido previamente de acuerdo con las oficinas fiscales competentes, se someterá lo antes posible a un examen eventual.

La gestión de los bienes queda confiada, con reglamentación de derecho y de hecho, a un organismo canónico creado con este fin.

El P. Pío de Pietrelcina pide que las acciones de que se trata se depositen en una cuenta de crédito a nombre del P. Pío de Pietrelcina para la Casa Sollievo della Sofferenza.

El P. Pío podrá disponer de este depósito con todos los derechos y oportunamente dispondrá de los mismos la Santa Sede.

El firmante precisa además que tiene el propósito de dejar (por un acto regular de última voluntad) a la Santa Sede los valores que pide que se le permita depositar y los demás valores que estén en depósito en el momento de su muerte o que se hayan establecido después en la cuenta respectiva.

P. PIO, Capuchino



di SUA SANTITÀ

N° 395091

Del Vaticano, li 4 Aprile 1957

Reverendissimo Padre,

L'Augusto Pontefice ha accolto con particolare sollecitudine la devota supplica che lo zelo della Paternità Vostra Reverendissima ultimamente ha creduto bene di farGli pervenire.

Ella in tale supplica, nell'intento di dare alla "Casa Solievo della Sofferenza" cost' sorta sotto la Sua guida un assetto giuridico corrispondente agli scopi che ad essa prestedono, ha invocato dalla sovrana clemenza della Santità Sua i seguenti favori:

1) che la gestione della "Casa Solievo della Sofferenza" fosse affidata alla Congregazione del Terz'Ordine Franciscano di Santa Maria delle Grazie di San Giovanni Rotondo, debitamente eretta in persona giuridica;

2) che la Paternità Vostra potesse mantenere, vita natural durante, l'ufficio - che ora occupa - di Direttore dell'anzidetta Congrega-

Reverendissimo Padre
Padre PIO da PIETRELCINA
Convento dei Padri Cappuccini di

SAN GIOVANNI ROTONDO

zione, e l'anno prossimo, per l'esercizio della gestione della Casa, dell'opera consultiva di persone esperte appartenenti al Terz'Ordine;

3) che le azioni rappresentand il patrimonio immobiliare della Società "Casa Solievo della Sofferenza" potessero essere depositate presso l'Istituto per le Opere di Religione.

Codo di essere in grado di partecipare alla Paternità Vostra che Sua Santità, tenuto conto della importanza del complesso ospedaliero di cui si tratta e della nobiltà dei fini a cui esso mira, si è benignamente compiaciuta di accordarLe i favori implorati.

Resta tuttavia inteso che le azioni da depositare presso l'Istituto per le Opere di Religione saranno intestate, a norma del Codice civile italiano, per la maggior parte al medesimo Istituto e per una minor parte ad altra persona giuridica che l'Istituto stimasse di suggerire.

Quanto invece ai valori e beni mobili destinati alla manutenzione del complesso immobiliare, Ella potrebbe costituirli in fondazione presso l'Istituto per le Opere di Religione, vincolan-

doli ai fini loro propri.

Circa poi la proprietà sia delle azioni che dei valori e beni mobili, non è consigliabile trasferirli alla Santa Sede. La Paternità Vostra potrebbe, se mai, attribuire alla Santa Sede facoltà di dettare disposizioni al riguardo ogniqualvolta lo reputasse necessario o conveniente.

Resta inoltre inteso che della gestione sopra riferita dovrà rendersi annualmente conto alla Santa Sede.

L'Augusto Pontefice, ben grato alla Paternità Vostra per le fervorose e assidue preghiere cavate per Lui al Cielo, invia con effusione di cuore a Lei, ai Suoi collaboratori, ai malati e a quanti prestano loro cristiana e amorevole assistenza l'implorata Benedizione Apostolica.

Profitto ben volentieri della circostanza per confermarvi con sensi di religioso ossequio

della Paternità Vostra Rev. ma

Dev. mo nel Signore

Suo. Angelo Giuseppe
Assistente

Secretaría de Estado de Su Santidad, núm. 395.091.
Del Vaticano, 4 de abril de 1957.

Reverendissimo Padre:

El Augusto Pontífice ha acogido con particular solicitud la devota súplica que Vuestra Paternidad Reverendísima le ha dirigido últimamente llevado de su celo.

En esta súplica y con objeto de dar a la Casa Solievo creada bajo su guía, un régimen jurídico que corresponde a los fines que le han inspirado, habéis invocado de la soberana clemencia de Su Santidad los siguientes favores:

1. Que la gestión de la Casa Solievo della Sofferenza se confíe a la Congregación de la Tercera Orden Franciscana de Santa María de las Gracias de San Giovanni Rotondo, Congregación revestida de personalidad jurídica en debida forma.

2. Que Vuestra Paternidad pueda conservar durante toda su vida la función —que ocupa ahora— de director de dicha Congregación y al mismo tiempo servirse, para el ejercicio de la gestión de la Casa, de la obra consultiva de personas expertas que pertenezcan a la Tercera Orden.

3. Que las acciones que constituyen el patrimonio inmobiliario de la Sociedad Casa Solievo della Sofferenza puedan ser depositadas en el Instituto para las Obras de Religión.

Reverendísimo
P. PIO de PIETRELCINA
Convento de los PP. Capuchinos
de SAN GIOVANNI ROTONDO

Me complace poder informar a Vuestra Paternidad que Su Santidad, habida cuenta de la importancia de la institución hospitalaria de que se trata y de la nobleza de los fines que se propone alcanzar, se complace en concederle los favores implorados. No obstante, queda entendido que las acciones que se depositarán en el Instituto para las Obras de Religión serán inscritas conforme a las normas del Código Civil italiano, a nombre del mismo Instituto en la mayor parte y a nombre de otra persona jurídica que el Instituto proponga, por lo que respecta a la menor parte. Por el contrario, en cuanto a los valores y bienes muebles destinados a la conservación de los inmuebles del Instituto para las Obras de Religión, a reserva de establecer un lazo preciso conforme a su propia finalidad.

Por lo que respecta a la propiedad, sea de las acciones, sea de los valores y bienes muebles, no es

aconsejable transferirla a la Santa Sede. Eventualmente, Vuestra Paternidad podrá atribuir a la Santa Sede la facultad de dictar disposiciones a este respecto, siempre que lo juzgue necesario u oportuno. Queda asimismo entendido que todos los años se deberá dar cuenta a la Santa Sede de dicha gestión.

El Augusto Pontífice, reconocido a Vuestra Paternidad por las ardientes y asiduas oraciones elevadas por él al cielo, le dirige de todo corazón a usted y a sus colaboradores, a los enfermos y a todos los que prestan asistencia cristiana y caritativa, su bendición apostólica.

Aprovecho gustoso la ocasión para declararme con todo religioso respeto devoto en el señor de Vuestra Paternidad Reverendísima.

Sac. ANGELO DELL'ACQUA
Sustituto

«Questo racconto
nella sostanza ed
anche alla forma
fedele alla parola
per poterlo e poterlo
ricordare a dispetto
di anni e - dopo
esserto e un ritorno alla
vita delirio in
perfetta coscienza -
Suo. Carmelo
Mario Scarpa
Via Appiani 25
Milano Tel. 654996
S. Giovanni Battista
24. 7. 1968

«Se trata de una declaración fiel en su esencia y también en sus palabras, dentro de lo que la distancia permite recordar. Por eso lo declaro en conciencia y firmo en prueba de conformidad...».

COMENTARIO: Sobre la hoja de una agenda de bolsillo redactó estas palabras el abogado Carmelo Mario Scarpa, con domicilio en el número 25 de la Vía Appiani de Milán, después de leer el relato que habíamos escrito sobre la profecía del P. Pío anunciando el Pontificado de Pablo VI. El abogado Scarpa es íntimo amigo del Comendador Alberto Galletti, protagonista del suceso que referimos en la página 154 y siguientes de esta obra.

Io e tutti i Contrattelli siamo fedeli a Dio.
Santo, vero, vero, che ha fatto un quarantennio, possiede
mente, per la salvezza delle anime, offre al Contrattello, a
diere e cospiri soltanto, al suo pensiero nange e che anche
recentemente "A RINNOVATO A DIO LA SCELTA DELLA SCELTA
PER ACCOMPAGNARE LA SCELTA DAL MONDO", erano costrutti a

riavolgeroi direttamente alla Eminenza Vostra, non potendo farlo coi Superiori G. ALBALI, sia perché son d'accordo col V. G. PROVINCIALI, sia perché non saremmo ascoltati, e forse... PEGGIO!

Data perciò l'attuale bloccata situazione delle nostre Provincia, noi osiamo chiedere alla Eminenza Vostra un'IMITAZIONE APOSTOLICA DI SUA PIU' DUCIA.

Prostrato al bacio della Sacra Porpora, in ginocchio
Le chiedo per il Pio e per tutti i Confratelli suoi Figli Spirituali, una particolare benedizione.

Della Eminenza Vostra Reverendissima

Umilissimo servo in C.D.
Caraculo da Fervinara
P. Tarsicio
Sacerdote, Capuchino da Sessano.
Campocino

La Eminenza Reverendissima
il Signor Cardinale Alfredo D'Adda
Reggente del S. Sede Apostolica

R. O. M. A.

«26 de septiembre de 1961.

Eminencia reverendísima: Con el corazón angustiado me permito por primera vez, después de salir de San Giovanni Rotondo hace dos años, escribir a Vuestra Eminencia reverendísima, de quien siempre he admirado vuestras dotes altísimas de gobierno y sabiduría, así como de firmeza, en la más importante función de la santa Madre Iglesia.

La situación de la provincia monástica, como consecuencia del queridísimo P. Pío de Pietrelcina, del que en seis años de vida en común, he podido, como Superior, admirar su extraordinaria virtud y singulares privilegios recibidos del dador de todo bien, de aquel P. Pío además del que conservo no sólo intacta, sino aumentada y querría decir, sellada, la estima y el afecto propio del hecho de la lucha diabólica desencadenada contra él por Satanás y sus secuaces; la situación, de este queridísimo Hermano, máxima gloria y providencia viviente de la monástica provincia, ha tenido otro duro golpe ante los ojos de quien le quieren bien, como consecuencia de la reciente renovación de los Superiores provinciales y locales.

Por otra parte nadie mejor que Vuestra Eminencia conoce al P. Giustino de Lecce. Este Padre, que con la amargura más viva de mi corazón *no puedo menos que calificar como de un segundo Judas, porque se ha convertido en el calumniador insensato del P. Pío, explotando medios de espionaje usados sólo por los hijos del marxismo, llegando incluso hasta la profanación del sigilo de confesión.*

Estas son cosas impropias de ambientes conventuales e incluso en los civiles, con el peligro de que

dentro de poco estalle un escándalo de prensa; pues bien: el susodicho P. Giustino ha sido designado en estos días por los nuevos Superiores de la Provincia P. Guardián de Cernigola. Yo esperaba que por su notorio trabajo fuese castigado con penas canónicas en vez de ser premiado y ascendido.

Lo mismo debe decirse del P. Emilio de Marice, depuesto como Guardián de San Giovanni Rotondo, responsable si no directamente, si como apoderado del P. Giustino de Lecce (el cual también hoy afirma haber hecho todo con el permiso jerárquico de los Superiores) y que aparece implicado en el asunto Giuffrè en más de cuarenta millones, notoriamente incurso en la compra de una finca en Campobasso para sus parientes, y que ha sido elegido P. Guardián y Párroco de Isernia.

Simultáneamente han sido elegidos Superiores de los principales conventos y oficinas principales otros religiosos complicados en el asunto Giuffrè o acusados de faltar al sexto y culpables de palabras injuriosas y calumniosas contra Príncipes y Prelados de la Santa Madre Iglesia.

La provincia monástica se echó así en un abismo. El frente anti-Padre Pío ha sido reforzado, premiado y legitimado.

En efecto, al P. Tarsicio de Fervinara, notorio defensor del P. Pío, le han propuesto para ir a enseñar a Australia, a los capuchinos toscanos.

Al P. Atanasio de Teano, admirador del P. Pío y temido opositor del nuevo régimen establecido, le han propuesto como Capellán en Suiza. Por fin, a mí, la oveja negra del rebaño, me han hecho igualmente la propuesta de ir a enseñar a Australia.

Eminencia, después de estas dolorosas y brevísimas noticias, yo, último hijo de San Francisco, me atrevo a rogarle (por el bien que deseo para el querido P. Pío el cual continúa rezando por su Eminencia todos los días) tenga piedad de nuestra provincia monástica, *que no tiene paz desde que contra el más elemental deber de justicia y gratitud ha ofendido y sigue ofendiendo al hombre de Dios.*

Yo y todos los Hermanos que seguimos fieles al santo religioso que lleva cuarenta años ofreciendo continuamente al Señor para salvar las almas no sólo plegarias y suspiros, sino su misma sangre. Y que hace poco ha renovado a Dios la ofrenda de su vida para evitar la guerra del mundo.

Nos dirigimos a Su Eminencia no pudiendo hacerlo a los Superiores Generales, porque están de acuerdo con los Provinciales y sabemos que no seremos escuchados, corriendo además mucho peligro.

Esta es la situación actual de nuestra Provincia. Nosotros osamos pedirle a Su Eminencia un Visitador Apostólico de su confianza.

Besando su sagrada púrpura, le pido por el P. Pío y por todos los Hermanos y sus hijos espirituales una particular bendición de Su Eminencia reverendísima.

Humildísimo siervo en Cristo, Jesús, P. Carmelo de Sessano, Capuchino.»

L'ambasciatore del Cile protestò in Vaticano

1. pagina 9

mutato: qualcuno che
ù. L'antica cappelletta
uasi scomparse sotto la
lla nuovissima chiesa
miliardo. E, con il que-
lio del luogo, scompar-
atmosfera dolcemente
ui sembravano immer-
cose.

la soglia della chiesa,
ra, si scorge l'inferrai-
que: hanno messo pa-
bbia. L'hanno isolato,
atto alla dolce furia de-
e zelanti, delle devote,
il vuoto intorno. Ecco
ella nicchia, il confes-
sionario. Non è più
io dalla turba femmin-
scelte del giorno atten-
tella confessione. Quan-
entimenti ha finito il bre-
vio (cinquanta confes-
sioni d'ore, questa è la
quale si è preparata e
mesi (si confessavano
corsa le prenotate della
un'altra s'inginocchia
e al posto della prima,
o la grata dietro la qua-
lutto è silenzio, ordine,
tismo è stato debellato,
escluse, che fino a ieri
immutando a un metro
tale, per toccare il saio
per afferrargli la mano
vivamente alla bocca (e
sofferenza, allora, tor-
li pover'uomo), si accal-
le sbarre dell'inferrata,
stanto il fanatismo da
andogli intorno. « Il ca-
no impedito che le ze-
assero con la loro ve-
stidissero col loro tra-
padre Pio sia contento
ci sentiremmo di dirlo.
l'esuberanza del fana-

insomma il segno distintivo di una
supremazia che si confonde col so-
pruso.

Il sopruso però, se era tollerato
per amor di pace dalle altre devote
locali, da anni suscitava le più vio-
lente proteste nei visitatori che giun-
gono da molto lontano, fin dall'Ame-
rica o dall'Australia. Questi pellegrini
di terre remote si mettono in coda
alle due del mattino per conquistarsi
un posto nelle prime file alla Messa
celebrata alle quattro e mezzo da pa-
dre Pio. Ed è già accaduto che nella
pazza corsa verso le seggiole migliori
qualcuno sia stato travolto e ricovera-
to, con fratture, alla vicina Casa
Sollevio della Sofferenza. Gli stranieri
restavano stupiti che nessuna autori-
tà, nessun servizio d'ordine provve-
desse a regolare queste manifestazioni
infantili di esuberanza mediterranea;
e alle loro lettere di protesta il
Vaticano era particolarmente sensi-
bile. Stavolta l'incidente era aggravato
dalla circostanza che vittima ri-
sultava esserne la moglie di un di-

nella casa del Signore le grida, le in-
i vetive, i pianti.

Monsignor Maccari, allora, si chiuse
in colloquio con padre Pio nella
cella numero cinque del convento e
gli parlò per tre quarti d'ora. Poi, in-
nanzitutto, volle ripristinati il silen-
zio, la pace, la clausura; e, in partico-
lar modo, « l'ordine nell'amministra-
zione del sacramento della Confessione ».
Ordinò che si togliessero le ca-
tene alle seggiole, e che si ponesse il
cancellotto all'ingresso della cappel-
letta. Quindi, dopo aver provveduto
a proteggere (o a isolare?) padre Pio
dalle escandescenze delle pie donne,
fece chiamare le più autorevoli e
predilette figlie e parlò anche a loro,
a lungo.

Anche a loro chiese di rinunciare;
e, come prima cosa, ai « privilegi »:
non solo a quello di avvicinare a
ogni pie sospinto padre Pio, ma an-
che a quello di confessarsi ad libi-
tum, allo scopo di lucrare indulgen-
ze plenarie a ripetizione, senza ri-
spettare i rigorosi turni di prenota-

della missione di mon-
era (ed è, poiché non è
di dare al gigantesco e
daliero voluto e reali:
Pio, la Casa Sollevio di
« quella sistemazione »
tutaria che consentirà
suo sviluppo anche qu-
non ci sarà più ».

La clinica che è su
convento delle Grazie
padre Pio è il più gran-
plesso ospedaliero de-
Inaugurato nel 1956, e
di ampliamento: i suc-
saranno portati prima
un secondo tempo a
un reparto di chirur-
gi non esiste l'equiv-
Roma; e l'importanza
tacitata: basti dire ch
servi curati (e success-
tutti alla collettività
di inferiorità) centin-
di contadini nati con l
e che nella sezione «
centinaia di bambini
che si rovesciano add
acqua bollente o si pr
che scottature gravi
essere salvati. Costa
un miliardo e mezzo
ali in costruzione la
i due miliardi e, qua
all'obiettivo dei mili-
da padre Pio, shorer
tre miliardi. Per il m-
pesante, pretenzi
corda i grandi alber-
quarant'anni fa. L'uni-
pisce è la mole, di
Quale collegio di ac-
gettato? Qual'è il
l'ha costruito. « Scat-
« struttura a uno sole
tecnico » di questi lu-
pi, figlio spirituale di
Una società per a-
liare « Casa Sollevio
za », risulta propri-
le. Gli azionisti sono



COMENTARIO: En el recorte de prensa que re-
producimos se dice que la embajadora de Chile
había protestado ante el Vaticano por el mal trato
que recibió el embajador en San Giovanni Rotondo.
Con este nuevo argumento pretendían justifi-
ficar la visita de Maccari y las medidas tomadas

contra el P. Pio. Pero tal hecho es falso, y para
probarlo publicamos a continuación la carta de
la Srta. Ana Sánchez Sánchez, prima de los em-
bajadores, donde se asegura que mal pudieron
ser maltratados desde el momento que nunca es-
tuvieron allí. La carta dice así:

Tiempo del Mes, 1° de Septiembre de 1960.

Después el mayor acuerdo en darle la supremacía
que... que
Sé que esta la verdad decida: «Después mi entrada
en Roma el día 1960 o sea que la visita de
Monsieur Maccari a San Giovanni Rotondo, estaba
basada sobre el hecho que en Santiago de Chile
había el balance había sido maltratado durante la
visita a St. Giovanni Rotondo y que las autoridades
del Vaticano que habían sido obligados a recibirlos
sin excusas por eso».

Por primera vez en la historia del mundo, después de
una vez en la fecha, el embajador de Chile en
Vaticano. Durante el curso de la visita, Srta. Ana
Sánchez me aseguraron no haber ido nunca a
St. Giovanni Rotondo. Si en la visita me la aseguraron
que si los amigos me decían ellos no se habían
quejado por una cosa en la que había sido maltratado
en el momento de ella y al haber de saber en la visita
en la visita.

Después de haber estado en
San Giovanni Rotondo, la visita
fue a Chile me decida en Roma a la visita
de los embajadores en Roma. Después de haber estado
del momento en la visita de la visita.

un desmentido a esa calumnia que sobre los mis días
de buena calumnia en Roma por eso siempre.

Los dos mis calumnia que sobre los mis días
inmediatamente pero habiendo sido recibidos el Cardenal
Ber... que en la visita a la visita con ellos presentándose
del a desmentido de la visita por haber sido recibidos el
"que no se preocuparon ni hicieron nada por que
de San Giovanni Rotondo muchos cosas insignificantes
(Vaticano) que debe haber la visita.

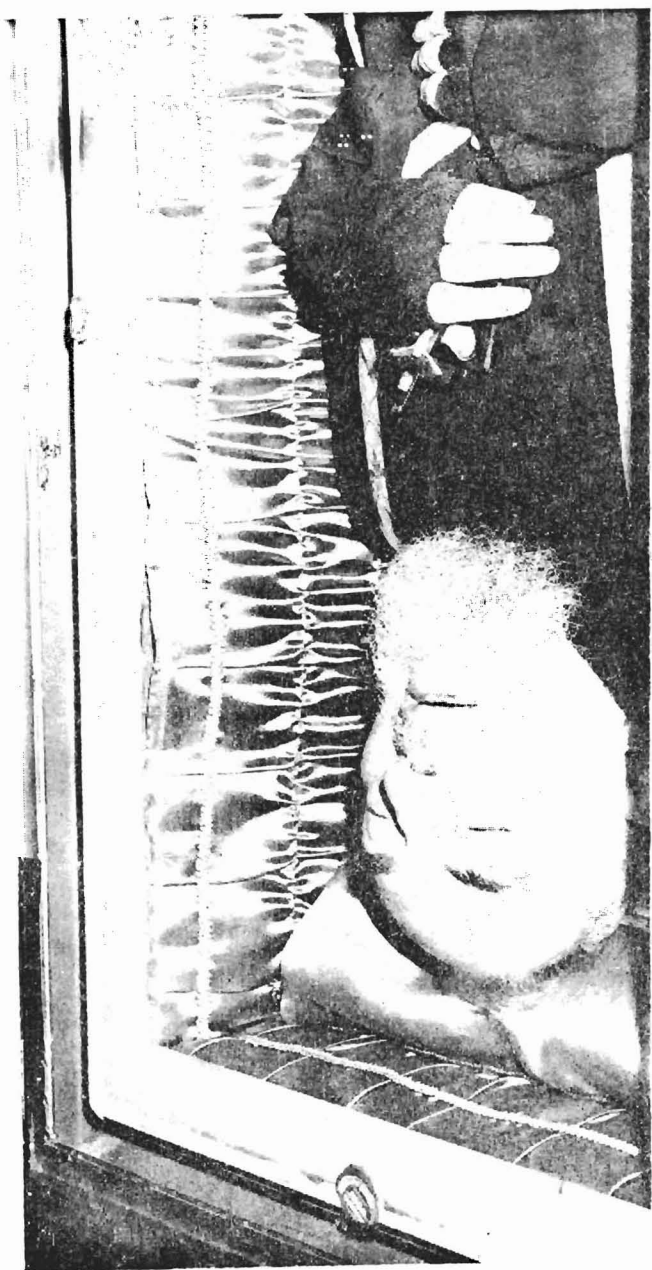
Después de la visita me aseguraron que
que habían sido obligados a Chile por eso siempre
política en la visita por el Cardenal Ber... que
había en la visita con ellos presentándose
del Cardenal Ber... el cual me ha asegurado ya
que seguramente de la visita.

Después de haber estado en la visita
y me a la visita por la visita.

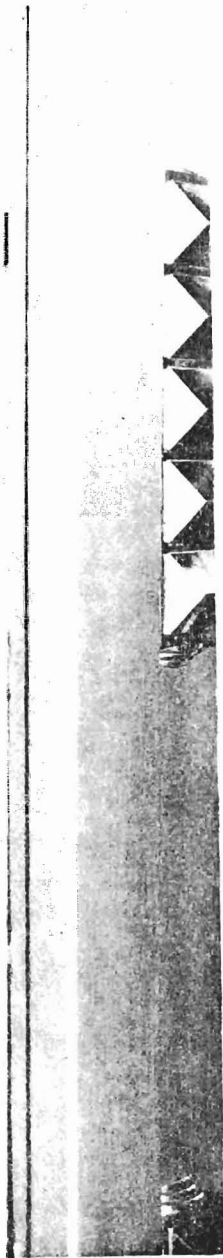
Después de haber estado en la visita

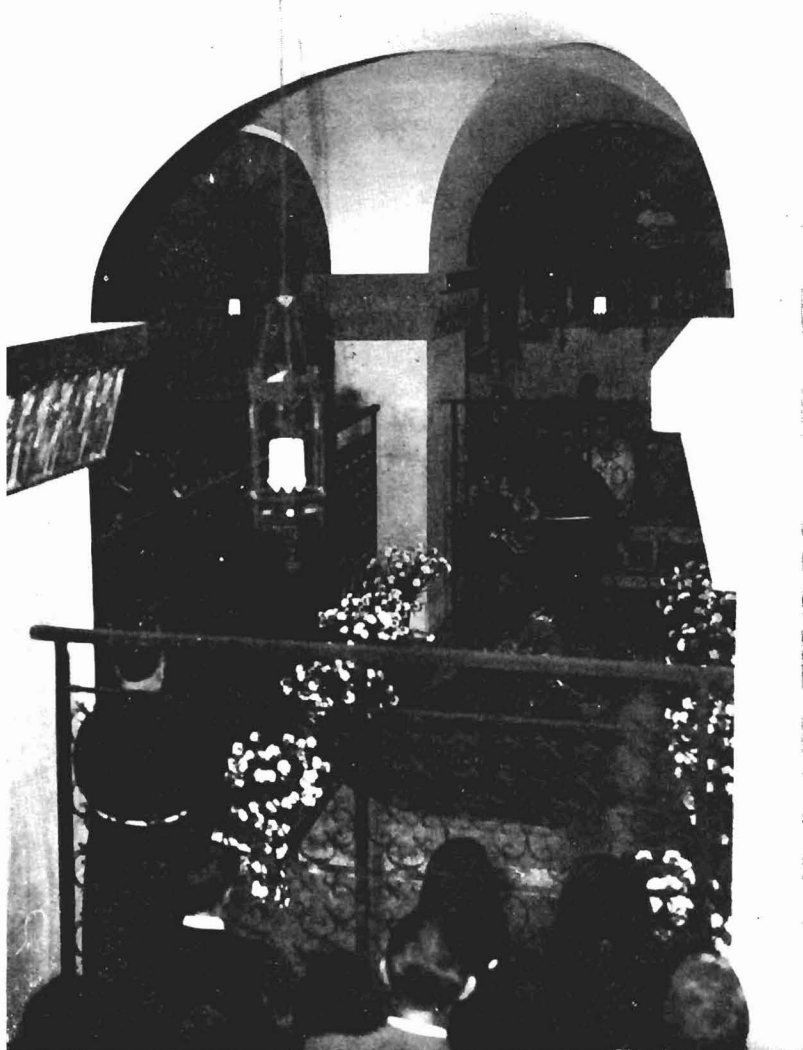
Padre Pio soffre moltissimo:
"Non sono neanche capace
di respirare", Le detto -
"Sono nelle tombe",; "Ho
male, molto male", - Sono
le sue le grandi sofferenze
dei mistici -

COMENTARIO: Carta recibida por el autor del libro, en respuesta a la que entregó personalmente a uno de los íntimos colaboradores del P. Pío. Las frases entrecomilladas fueron pronunciadas por el capuchino estigmatizado en vísperas de su muerte. Decían así: «No puedo apenas respirar. Estoy en la tumba. Tengo mal. mucho mal». (Véase pág. 288.)



El P. Pío en su lecho de muerte.





Cripta del convento de Nuestra. Señora. de las Gracias, donde está sepultado el P. Pío.

A su sobrina, Pia Forgione Penelli, le dijo a principio del año de 1967, en una exclamación: ¡«Si dentro de dos años yo ya no existiré...!» «¿Cómo Padre?» —respondió aquélla— «Sí, porque habré muerto».

En el verano de 1968 habló otra vez de su muerte y dijo a un grupo de peregrinos: «A mí no me queda más que el cementerio».

En su última misa cayeron sobre el altar las costras de sus llagas, que milagrosamente se cerraron el último día de su vida.

El P. Pío fue maestro de obediencia. Consciente del daño que le hacían, siguió, no obstante, tomando aquellos somníferos que tanto mal le causaban.

Daremos algunos detalles más relacionados con su enfermedad y fallecimiento.

Fue en los primeros días de septiembre de 1968 cuando se manifestaron los síntomas de una congestión pulmonar que agravaba su estado de enfermo asmático crónico. El 20 de septiembre celebró, rodeado de sus amigos, los actos que habían organizado con motivo del cincuentenario de la aparición de los estigmas. Miles de hijos espirituales acudieron de todos los países del mundo. Pero en los actos no participó ninguna autoridad oficial ni de la orden capuchina.

Cuando descansaba el día 20, el doctor Sala y el P. guardián, organizaron una traca delante de la puerta del convento y dispararon petardos en el corredor de su celda, con lo que le hicieron pasar una noche horrible. Por esta causa no pudo celebrar el sábado 21 la santa misa. Al día siguiente, 22 de septiembre, debía celebrar la misa cantada a las cinco de la mañana. Cuando el Padre llegó a la sacristía, los padres Honorato y Valentino estaban revestidos y preparados para ayudarle en la ceremonia. Como no podía sostenerse les mandó se quitaran los ornamentos. Pero el P. guardián bajó del coro donde estaba tocando el órgano y le exigió, al amparo de la santa obediencia, que se revistiera inmediatamente y subiera al altar. Sería su última misa. Sin fuerzas, intentaría levantar por última vez el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los testigos presenciales aseguran que se equivocó varias veces, que entonó el «sursum corda» en vez del «pater» y que después de la comunión se desvaneció. Al recuperarse fue cuando dijo aquello de: «si me repite, será el fin», a que antes hemos aludido.

Tras de visitar la tumba cuyos trabajos de construcción y limpieza habían ultimado los obreros, se acostó muy pronto y llamó varias veces a su enfermero, aquel buen P. Pellegrino de Santa Elía a Pianissi que había sustituido al P. Giustino, el encargado de representar el papel de Judas en la vida de nuestro biografiado.

Después de la una y tras anunciarle a su enfermero que aquel día diría por él la misa, se confesó y se sentó en el sillón de su celda. Al acabar la confesión le dijo: «Si hoy el Señor me llama, pide perdón por mí a todos

mis hermanos por las molestias que les he ocasionado, y que ellos y mis hijos espirituales eleven una oración por mi alma».

La verdad es que apenas podía respirar. Después salió solo, por su propio pie, hasta el pasillo. Allí parece que respiraba mejor. Pero el P. Pellegrino lo vio tan mal que lo llevó de nuevo al sillón y pidió a fray Guillermo que acompañara al enfermo mientras avisaba al médico por teléfono. El P. Pío no quería que se molestara a nadie. El doctor Sala llegó al cuarto de hora y le puso una inyección, atribuyendo su estado a uno de los frecuentes ataques de asma. Al ver que la inyección esta vez no le producía efecto alguno, cundió la alarma por el convento y llamaron a los amigos y parientes. Así acudió su sobrino Mario Penelli, los doctores Searale y Gusso, el P. guardián y varios frailes más. Se arrodillaron y rezaron todos junto a él. Le dieron la extremaunción, mientras el enfermo pronunciaba sin cesar los nombres de Jesús y de María. Sin agonía alguna, sin el menor movimiento, murió.

La noticia se difundió como reguero de pólvora; la noticia de su muerte y la no menos sorprendente de que habían desaparecido sus estigmas, cerrándose las llagas milagrosamente en el momento de fallecer.

La ciencia no supo explicar cómo unas llagas profundas, con cincuenta años de existencia, se cicatrizaron solas instantáneamente. La última costra o postilla, blanquinosa, de 5 a 6 centímetros de larga, se desprendió al revestir el cadáver. El día anterior, sobre el altar, quedaron otras dos postillas más pequeñas. Tres médicos y varios religiosos atestiguaron el fenómeno.

El P. guardián dio orden de que nadie tocara el cuerpo y de que le pusieran los mitones que acostumbraba a llevar en vida. También fue calzado con calcetines. El prior no quería comentarios que dieran lugar a una polémica difícil de defender. Además interpretaba lo ocurrido como un caso de abandono de Dios. Al cicatrizar las llagas la piel nueva era suave y sonrosada. El administrador apostólico, el P. Clemente de Santa María in Punta, que tanto hizo para desprestigiar al fraile, al enterarse de lo ocurrido comentó de mala fe: «¿Pues si no tenía llagas para que llevaba mitones?» Y seguidamente, sin decir nada a nadie, retiró del archivo y escondió las radiografías con las llagas de las manos, pies y costado, hechas en el año 1954, por orden del P. guardián de entonces, P. Carmelo de Sessano.

El cuerpo del P. Pío no dio señal alguna de descomposición a lo largo de los tres días, con sus tres noches, que estuvo insepulto.

Las predicciones del P. Pío se cumplieron, y para que nada faltase en sus deseos de copiar al modelo en todo, una vez muerto no podemos decir que resucitase, pero sí que se siguió apareciendo como Cristo se apareció a los discípulos de Emaús. Muchos son los casos que se cuentan en este sentido, ignorando hasta qué punto puede ser fruto de la imaginación de

la gente. El mismo día del fallecimiento un grupo de personas creyó verle tras la ventana donde acostumbraba a asomarse para bendecir a la multitud. Uno de los testigos disparó de lejos su máquina y, realmente, la foto, no del todo clara, parece reflejar la silueta inconfundible del fraile.

La Santa Sede, para no reconocer su error, no ha levantado ninguno de los cinco decretos condenatorios de que fue víctima el fraile durante su persecución, pero, sin embargo, ha abierto, con todos los honores, el proceso de canonización. En la «Gazzetta de Messogiorno», de 7 de enero de 1970, da cuenta de la apertura del proceso por el obispo de Lucera y administrador apostólico de la archidiócesis de Manfredonia y Vieste, monseñor Cunial.

Y mientras, en la mayor parte de las apariciones públicas y privadas que conocemos, el P. Pío, junto al Señor o a la Virgen, se presenta también, administra la comunión mística, transmite mensajes y recorre el mundo en un espectacular apostolado como brazo derecho de la Virgen.

El día del milagro anunciado en Garabandal, en San Damiano y en tantos sitios más o menos discutibles hoy día de aparentes manifestaciones del cielo, el P. Pío, pensamos nosotros que quizá sea una realidad también visible para todos. ¿Se refería a esta presencia viva la explicación de Conchita González sobre que el P. Pío intervendría o vería el milagro desde donde estuviese? ¿Qué otra significación podría tener esta alusión concreta del P. Pío, cuando consistiendo el milagro en la visión de la Virgen, conforme parece que se anuncia en el Apocalipsis (I-12) y ha visto recientemente la vidente Luisa Vila, serán muchísimos los que han de contemplarla en aquel lugar y los místicos parece lógico que la vean aunque no estén presentes en el escenario de la cita, pues para eso tiene visiones propias de místicos? No cabe duda de que la Virgen, al citar al P. Pío, especialmente, tenía que dar a entender que con su persona se iba a dar un fenómeno nuevo y sorprendente, lo que no puede ser el hecho de que él la viese, como esperamos verla los demás, como la verán todos los que vayan al lugar de la cita celestial, y los místicos, sin necesidad seguramente de acudir a dicho lugar. La alusión al P. Pío quería dar a entender, sin duda, algo que la niña sólo logró interpretar a medias. En nuestra opinión, la Virgen que hoy tan frecuentemente se presenta acompañada por el humilde fraile, al hacerse visible, parece lógico que lo haga también en compañía del mismo.

Cada día estamos más convencidos de que nuestra sospecha puede ser cierta. Y esto aclararía el punto oscuro, prueba de aparente fracaso, que para muchos ha significado la predicción de la niña como consecuencia de la muerte prematura del santo estigmatizado.

Que el tiempo aclare pronto esta hipótesis que tenemos, hoy por hoy, especiales motivos para sostener.

Pero volvamos a relatar lo ocurrido tras el fallecimiento del Padre.

Sus restos mortales, depositados en un camastro metálico, quedaron aquella noche del 22 de septiembre velados por los frailes del convento y sus más íntimos colaboradores. A las ocho de la mañana fueron trasladados en un ataúd hasta la iglesia para que los fieles le dieran el último adiós... Y a las ocho y media se abrieron las puertas del templo a fin de que el público, que en cantidades ingentes se había concentrado en la explanada, pudiera desfilas ante el cadáver.

Poco después se concelebraba una misa de cuerpo presente dirigida por el P. Clemente de Santa Mara in Punta y otros diez sacerdotes más.

El cuerpo del P. Pío permaneció expuesto al homenaje póstumo de veneración y cariño que sus seguidores le ofrecían, desfilando ante sus restos más de cien mil personas que acudieron, no sólo del pueblo, sino de otras ciudades italianas. Y a las pocas horas del mundo entero... Porque la noticia de la muerte del Padre se extendió, como reguero de pólvora, por todos los rincones de Italia y saltó fronteras, ya que su fama era conocida con carácter universal.

Después de permanecer tres días sus restos mortales a la veneración de los fieles, el 26 de septiembre se celebraron los funerales y entierro. Desde las diez de la mañana en que se abrió la iglesia la multitud acudió al convento para pasar la jornada ante el cuerpo sin vida del fraile que había sido ejemplo y guía de sus almas. El féretro estaba depositado al pie del presbiterio y los capuchinos, padres y novicios, montaban guardia continua para velarle. También acudieron los familiares del difunto. Y entre sus más fieles seguidores, asistente asiduo de su misa, estuvo presente una vez más, su más querido amigo, a quien ya hemos aludido en otras ocasiones, el ciego Petruzio, que junto al ataúd rezaba sin poderle ver, de la misma forma que durante muchos años estuvo a su lado imposibilitado de conocerle físicamente por culpa de sus ojos sin luz.

En la explanada de la plaza, delante del convento, se había erigido una gran tribuna elevada donde se oficiaría la ceremonia fúnebre. La tribuna estaba rematada en su frente por una enorme cruz de madera, símbolo de muerte, pero que también podría asociarse a la idea de aquel sufrimiento intenso que representó la vida del estigmatizado. A las tres treinta de la tarde se abrieron de nuevo las puertas de la iglesia, cerradas durante el almuerzo, mientras las campanas en lo alto de la fachada comenzaban a voltear fúnebremente. Sobre las cuatro de la tarde salió el ataúd, que iba colocado en una plataforma sobre un coche. A su alrededor los frailes capuchinos y un cordón de carabineros, rodeaban el cortejo. Así comenzó un recorrido por las principales calles de San Gio-

vanni Rotondo, entre la multitud que se agolpaba a lo largo del trayecto para verle pasar y despedirle entre el llanto callado de unos y las lágrimas incontenibles de otros.

Después volvió el cortejo a la plaza donde se había levantado la tribuna y allí se depositó el féretro. Las campanas continuaban su redoble tocando a muerto y la gente abarrotaba completamente la explanada.

Eran las seis treinta de la tarde cuando subieron a la plataforma donde se había situado el altar los veinticuatro sacerdotes que iban a concelebrar en este funeral. Los presidía el P. Clemente de Wlissingen, ministro general de los capuchinos, y entre los celebrantes se encontraban también dos obispos.

La muchedumbre, inmóvil y en silencio, asiste a la ceremonia con marcada piedad y con la emoción contenida en su semblante. Va entrando la noche y el frío se impone, pero nadie se mueve y sigue con gran recogimiento el funeral que se prolonga durante dos horas. Al final del mismo es llevado el ataúd, con los restos del P. Pío, en dirección a la Casa Alivio del Sufrimiento, «como tributo póstumo hacia aquel que fue su fundador por amor a sus hermanos de la tierra...». Y después de una última despedida para todos los asistentes al acto, el cuerpo del P. Pío vuelve al interior del templo y desciende hasta la cripta donde se encuentra la tumba que le habían destinado. Eran cerca de las nueve de la noche. Como ya hemos dicho el sepulcro se había terminado y revisado por el propio Padre la víspera de su muerte. En este detalle providencial, como en otros muchos, se veía claramente la mano de Dios.

Así terminó su paso por la vida un elegido del Señor, que al margen de sus portentosos estigmas y otros dones que el cielo le daba para la salvación de las almas, destacaba por su sencillez y su pobreza, pero sobre todo por su profunda humildad. Quien lo conoció en vida podrá decir que era algo brusco, seco en sus manifestaciones y que trataba a la gente a veces con cierta acritud. Todo esto no dejaba de ser una manifestación más de su profunda humildad, pues no quería que nadie le considerase como un distribuidor de gracias celestiales, de aquellas gracias que venían de Dios y llegaban a las almas a través del P. Pío, ya que él se veía como el más pobre y simple de los instrumentos divinos, instrumento que conseguía mover la voluntad del cielo por medio de esa fuerza incalculable de la oración y la penitencia. Pero ahora el alma del P. Pío puede ya gozar de todo, porque inmerso en la gloria de la visión de Dios, la humildad se ha hecho naturaleza y la naturaleza humildad.

Como ya hemos dicho le rindieron honores más de cien mil personas, pero entre ellas no hubo ningún representante del Vaticano.

El día 21 de octubre Pablo VI estaba admirado de aquel testimonio de fe y devoción que se había puesto de manifiesto con motivo del entierro

del P. Pío. Pero aquella admiración no se tradujo de inmediato en una rectificación de conducta por parte del Santo Oficio, ni se tomaron las medidas para derogar los injustos e interesados decretos que a lo largo de los años cayeron sobre el estigmatizado.

Difícilmente ha existido ningún santo en la tierra que haya despertado en vida entre los fieles la fe y el entusiasmo que el P. Pío fue capaz de despertar. Y rara vez la Iglesia ha adoptado una postura tan pasiva, de tanta indiferencia, cuando no de persecución. Pero Pablo VI fue capaz de entregar a revisión el proceso de la «Mónaca de Monza», que se guardaba en los archivos arzobispaes de Milán, proceso que produjo el natural escándalo en la prensa y en el cine. Por eso ahora esperamos que ante este caso tan sangriento y donde tan claramente aparece la injusticia que la Iglesia comenó con él, Su Santidad el Papa obre con la energía que su amor a la verdad y su alto magisterio exige y que la rehabilitación del fraile, a quien no dudamos de calificar de santo, llegue plena, clara, definitiva y rotunda, de palabra y por escrito, para dejar cada cosa en su lugar y a cada persona en su sitio, esto es, a los perseguidores y al perseguido...

Con este libro y con otros que se han publicado en el extranjero, o se están preparando actualmente, pretendemos apelar y apelamos en demanda de justicia ante el vicario de Cristo en la tierra, para que obrando en conciencia, ponga de manifiesto las intrigas que explican las inicuas persecuciones de que fue objeto nuestro biografiado, derogue los decretos condenatorios, ordene la apertura del proceso de canonización y resuelva en nombre de la Iglesia y de la verdad que ella representa lo que en este caso procede. Porque el Papa y sólo el Papa es el llamado a hacer justicia en esta ocasión.

A él, humildemente, sometemos nuestro trabajo.

APENDICE

ESTADO DE LA CAUSA DE BEATIFICACION DEL P. PIO

Mucho nos satisface poder comunicar que en fecha 16 de enero de 1973, el arzobispo de Manfredonia, Mons. Valentino Vailati ha entregado a la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos toda la documentación de la causa de beatificación y canonización del siervo de Dios, P. Pío de Pietrelcina.

Con este acto ha quedado concluída lo que podemos calificar de primera fase de la causa de beatización y canonización del venerado sacerdote.

Esta fase inicial tiene gran importancia por la gran cantidad de información que en la misma se recoge. Para dar una idea de la labor realizada por Mons. Vailati y por la Oficina de Postulación, aludiremos brevemente a los principales documentos presentados.

1.º El «suplex libellus», o sea la demanda oficial, con la cual el postulador general solicita que se dé comienzo a la gestión de la causa de beatificación y canonización del P. Pío, junto con la relación del mismo postulador general sobre la vida y sobre la espiritualidad del venerado Padre.

2.º La biografía crítica, escrita por el P. Alejandro de Ripabottoni, que es revisada y adaptada a la intención del mismo postulador general. Se trata casi de 500 cuartillas mecanografiadas.

3.º La declaración de veinticinco testigos, los cuales han relacionado por escrito sus declaraciones.

4.º Los artículos procesales elaborados por la Postulación, en número de 575, relativos a datos cronológicos de la vida del estigmatizado y sobre su virtud teologal, cardinal, moral, de los fenómenos extraordinarios y fama de santidad durante la vida y después de la muerte. Estos artículos servirán de base para la preparación de los interrogatorios pertinentes.

5.º Una copia de todos los escritos del P. Pío. Se trata de doce volúmenes mecanografiados, muy importantes desde el punto de vista ascético y místico.

6.º La relación hecha por los dos censores teológicos designados a tales efectos, que han leído y examinado los escritos del venerado Padre.

7.º El «votum» de la conferencia episcopal regional de Benevento.

8.º La carta postulatoria, enviada al Santo Padre Pablo VI de parte de cardenales, arzobispos, obispos y otras autoridades eclesiásticas y civiles.

9.º El conjunto de testigos, propuestos al final de la postulación para ser llamados a deponer durante el proceso de beatificación. De los noventa y tres propuestos, treinta y dos pertenecen a la Orden de los religiosos capuchinos.

10. La relación del arzobispo de Manfredonia y una síntesis, redactada por el mismo arzobispo, sobre el curso seguido en el desarrollo de las indagaciones previas a la causa de beatificación.

Toda esta documentación, hoy día en manos de la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos, será objeto de examen por parte de los peritos de la misma, la cual, si lo creyera oportuno, dará el «nihil obstat» para la introducción verdadera y propia de la causa de beatificación y canonización del siervo de Dios P. Pío de Pietrelcina.

Roguemos, pues, al Señor a fin de que facilite todas las cosas para su gloria, siempre pensando en el bien de la Iglesia y según el deseo de todos los devotos e hijos espirituales del venerado Padre.

Firmado: P. Bernardino de Siena, Postulador General

(Aparecido en la «Voce di P. Pío» del mes de febrero de 1973)

EL PROCESO DE BEATIFICACION DEL P. PIO

Ciudad del Vaticano. — El P. Pío hacia la beatificación. — La Santa Sede ha concedido, en estos días, el indispensable «placet» a la petición que había sido enviada por los órganos de la Curia episcopal de Manfredonia, a cuyo territorio competía, a fin de que fuese abierto el «proceso» informativo sobre el «capuchino de los estigmas». Desde hace años hasta el presente los seguidores del P. Pío, y prácticamente todos los grupos de oración que se formaron por iniciativa del fraile de San Giovanni Rotondo, presionaban cerca del Vaticano para que diese el visto bueno y el reconocimiento «post mortem» de la virtud del religioso capuchino.

Ahora parece que esto se conseguirá y que, con la reforma entrada en vigor hace pocos años en la causa de beatificación, se ha llegado a una

simplificación unificando en un solo «proceso» lo que era ordinario y lo que era apostólico, consiguiéndose así un ahorro de años.

La iniciativa partió del obispo del lugar donde el beatificado murió, solicitando a la Santa Sede el permiso de abrir el «proceso». En casi tres años, han sido llevadas al Vaticano cuatro valijas llenas de documentos, junto con la visita del obispo de Manfredonia y del postulador de la causa. La competente autoridad eclesiástica ha sometido al Papa la «petición» que ellos acompañaban y, después de madura reflexión, Pablo VI ha escrito de su propia mano al pie del documento, una frase latina que puede resumirse así: «...procédase con cautela y prudencia».

La Congregación para la Causa de los Santos ha estudiado la importante documentación con extrema atención, tanto es así que ha empleado cerca de tres años, pero al final ha llegado a la conclusión de que no veía obstáculo PARA QUE LA CURIA DE MANFREDONIA DECRETE LA APERTURA DEL «PROCESO» INFORMATIVO SOBRE EL P. PIO.

Así, no hace mucho tiempo, un enviado especial llegó a Manfredonia con un pliego reservado en el cual se daba el anuncio del «placet» al proceso del fraile. Ahora bien, las perspectivas no son ciertamente de un plazo breve, ni de un rápido epílogo para la causa. Generalmente los «procesos» de este género suelen demorarse por muchos años, a menos de que existan o surjan ciertas particularidades que induzcan a los órganos competentes a acelerar los trabajos. Razón por la que no se pueden formular previsiones acerca del proceso del P. Pío, para el cual sólo deseáramos que los «jueces» que lo estudian se apliquen con el máximo empeño en la ejecución de los testimonios y en la recopilación de todos los escritos del capuchino estigmatizado, a fin de que se lleve este caso con la mayor celeridad. («A. G. A.»)

(Aparecido en «Il Gazzettino Campano» de fecha 15-I-76.)

BREVE EPISTOLARIO DEL PADRE PIO

NOTAS ACLARATORIAS

Para entender bien las cartas del P. Pío hay que tener presente las siguientes observaciones:

1.^a El P. Pío ha escrito a personas de diversas categorías. Aquí hemos elegido algunas cartas escritas precisamente a personas de categoría diversa: un sacerdote capuchino, clérigos capuchinos y algunas hijas espirituales.

2.^a Además cada una de estas cartas tiene su carácter particular:

a) En la carta del 17 de noviembre de 1914, el P. Pío confirma una gracia singularísima: el cambio de un decreto de Dios obtenido con la oración.

b) La carta del 11 de abril de 1915 va dirigida por el P. Pío a una penitente que no conocía personalmente y a la cual le revela que Jesús le ha hecho conocer el estado de su alma y sus divinos designios sobre ella misma.

c) La carta del 3 de septiembre de 1918 es para un sacerdote, probablemente un religioso de su misma Orden. Se trata de un sacerdote, buen religioso, al cual el P. Pío amonesta suavemente. Es el destinatario quien obliga al P. Pío a este tono de consejos.

d) Muy diverso es el tono de la carta de fecha 21 de julio de 1918, que va dirigida a un alma víctima, a la cual el P. Pío le revela algunas cosas de su espíritu y habla con el mismo lenguaje con el que habla a su propio confesor.

e) Mucho más simple es la carta del 11 de abril de 1915, pero esta carta tiene una elevación espiritual superior a aquella del religioso al cual el P. Pío se dirige en su carta del 3 de septiembre de 1918.

f) En la carta del 7 de octubre de 1918 el P. Pío hace una profecía sobre su vida futura: declara que querría morir: «Pero es inútil esperar. Hace falta continuar viviendo y por mucho tiempo, para poder

absorber todo y por entero el cáliz de Getsemaní hasta lo último, y exhalar el último suspiro de vida en el Calvario por el abandono de todo y de todos».

g) La carta que no tiene fecha, y en la cual el P. Pío se firma «un pobre hermanito», muestra el conocimiento de los hechos más secretos de las almas, revelados por Dios mismo al P. Pío.

h) La carta del P. Pío a los seminaristas confirma, una vez más, el don sobrenatural que tenía el P. Pío de conocimiento a distancia del estado de las almas.

11-4-1915.

Hija querida del Padre celestial:

Su corazón es siempre el templo del Espíritu Santo. Que Jesús visite su espíritu y la consuele y la sostenga y saque del estado de desolación extrema en que la bondad de su Padre ha querido colocarla. Así sea. Perdone mi atrevimiento al permitirme dirigirle esta pobre carta mía sin haberle conocido nunca personalmente, porque debe saber que hace muchos años ruego al Divino Maestro darme a conocer ante El su alma y sus designios divinos sobre usted. También ha sido benévolo suyo manifestarme el estado actual en que usted se encuentra y El mismo me manda escribirle esta carta para que con ella reciba consuelo.

Que sea siempre bendito El también en esto. Hago votos ardientísimos al Señor para que la presente le sirva de mucho alivio y de total seguridad. Ahora Jesús me hace saber que no tema el amplio estado espiritual por la crisis actual que atraviesa, ya que todo resultará a gloria suya y al perfeccionamiento de usted. El quiere que deje y abandone todos esos temores que tiene acerca de la salvación eterna, que no aumente esas sombras que el demonio va haciendo cada vez más densas para atormentarla y separarla de Dios si eso le fuera posible. Su desolación actual no es que Dios la abandone, ya que su divina misericordia la va haciendo cada vez más acepta: El permite todo esto para asemejarla a su Hijo divino en las angustias del desierto, del huerto y de la cruz. Lo mejor que puede hacer es aceptar con alegría y serenidad la prueba presente sin desear verse liberada. Humillese bajo la poderosa y paternal mano de Dios, aceptando con sumisión y paciencia las tribulaciones que el envía para que pueda exaltarla dándole su gracia cuando El la visite.

Que toda su solicitud en medio de las tribulaciones, que la invaden totalmente, se centre en un abandono total en los brazos del Padre celeste, ya que El tiene sumo cuidado para que su alma, tan predilecta, no sea sometida al poder de Satanás.

Humíllese, pues, ante la Majestad de Dios y dele gracias continuamente, a tan buen Señor, de tantos favores con los que sin cesar enriquece su alma de usted y confíe cada vez más en su divina misericordia. No tema, vuelvo a repetirle en el Señor, quien le ha ayudado hasta ahora continuará hasta su salvación.

Usted se salvará; el enemigo se revolcará en su rabia, siendo cierto que la misma mano que la ha sostenido hasta ahora, haciéndole enumerar infinitas victorias, continuará apoyándola hasta aquel instante en que su alma se oirá invitada por el Esposo celeste: "ven, esposa mía, recibe la corona que te he preparado desde la eternidad". Confianza ilimitada en el Señor debe tener pensando que el premio no está lejos: no pasará mucho tiempo sin que se realice en usted lo dicho por el profeta: "entre las tinieblas resplandecerá la luz" y luz en verdad es su actual desolación, luz que proviene de una singularísima gracia que no a todas las almas que caminan al cielo concede el Señor. Más aún, son poquísimas las almas que se hacen dignas de tal merced.

Ahora me parece que legítimamente puede ponerme esta objeción: Si es ésta una gracia —como usted dice— y toda gracia da luz al alma, ¿por qué a mí en vez de luz me trae tinieblas? Esta réplica sería aceptable si se tratase de gracias de orden inferior, quiero decir de aquellas gracias que el Señor suele conceder a todos. Aquí, en cambio, el caso es muy diferente y yo hablo precisamente de usted. La gracia del Señor de que se halla penetrada, sublimará su alma hasta la unión perfecta de amor. Ahora bien, el alma, antes de llegar a esta unión, y diré a esta así transformación en Dios o casi Dios por participación, necesita que sea purificada de sus defectos y de todas sus inclinaciones hacia las cosas materiales y naturales, y esto no sólo en cuanto a sus actos, sino también en cuanto a sus raíces en la mayor medida posible durante la vida presente. Necesita que sea despojada de toda potencia y de toda inclinación natural a fin de poder ser elevada a obrar de otro modo más divino que humano. Para obrar todas estas maravillas es necesario que una causa aflictiva interior las realice, y no es otra la gracia singularísima de que acabo de hablar y con la que el Señor la regala. Ahora bien, toda gracia produce luz, mejor dicho, es luz y, por consiguiente, cuanto más elevada es una gracia, tanto más sublime es su luz. Y ya que la gracia con que el Señor la ha enriquecido al presente es tan alta y sublime que tiende directamente a transformar el alma en una sola cosa con Dios, la luz que trae consigo es tan altísima que, penetrando el alma de modo trabajoso y desolador, la coloca en extrema aflicción y angustia interior de muerte. Y esto proviene de que esta gracia que produce luz tan sublime encuentra al principio el alma indispuesta para la unión mística y la penetra en forma purgativa y, por consiguiente, en lugar de iluminarla la oscurece; en lugar de consolarla la hiere, llenándola de grandes sufrimientos en el apetito sensitivo y de graves angustias y sufrimientos espantosos en sus potencias espirituales. Y así, cuando dicha luz, con estos medios, ha purgado el alma, la penetra entonces de forma iluminativa y la hace ver y la lleva a la unión perfecta con Dios.

También Santa Teresa fue sometida a tan durísima prueba: también ella experimentó, y tal vez de modo bastante más penetrante que usted, el efecto de esta luz purísima, que le hacía ver a Dios en lontananza sin tener posesión efectiva alguna, por lo que estaba transida de un dolor tan agudo que la hacía morir. Pero fue precisamente esa luz, que después de haberle purificado el espíritu con tan agudas puñaladas, la unió finalmente a Dios con perfecto amor. El ejemplo de esta santa, mártir de amor, sírvale de estímulo y le haga combatir con fuerte ánimo para que, como ella, pueda obtener el premio a las almas generosas.

Comprendo muy bien que el encuentro es duro, penosísima la lucha, pero anímese pensando que el mérito del triunfo será grande, la consolación inefable, la gloria inmortal y la recompensa eterna.

Termino recomendándole que viva tranquila porque nuevamente asegura N. S. J. C. que no hay lugar a tener miedo. Ensanche su corazón y deje al Señor que obre en usted libremente.

Ruegue por mí, que continuamente la recuerdo ante el Señor. Que Jesús la consuele siempre.

UN POBRE SACERDOTE CAPUCHINO

* * *

Mis queridísimos hijos:

¡La gracia del Señor sobreabunde en vuestros corazones transformándolos totalmente en El! Recibo con indecible consolación vuestra carta rebotante de filial afecto y me anima a ser sincero siempre con vosotros y a no dejar de amonestaros con franqueza en lo que os veo defectuosos. Dios sea bendito, carísimos hijos, por la santísima bondad que prodiga a esas vuestras almas que mi corazón ama verdadera e incomparablemente como a mí mismo. En primer lugar tengo que congratularme con vosotros de la constancia que tenéis en el servicio del Señor.

Esta vuestra constancia me hace esperar que, reconociendo vuestros defectos, en los que habitualmente caéis sin determinada y deliberada voluntad, os resolveréis a extirparlos con la asistencia de la gracia divina que os sobreabunda. ¿Cuáles son, pues, los defectos que os reconocéis y que han echado raíces en alguno de vosotros, aunque no en todos? No me modero en notificároslos. Sé que entre vosotros los hay que han olvidado prontamente la gran estima que se debe a quien tiene sobre ellos la dirección inmediata. Se responde con arrogancia a esta dirección y, lo que es peor, se hace uno el sordo cuando es reprendido por alguna travesura. Referente a esto, tengo que lamentarme vivamente con los culpables. A

éso*s* no les recuerdo otra cosa, ni les reprendo, más que la solemne promesa que me hicieron momentos antes de separarse de mí. Tengo la esperanza de que no volverán a caer en semejantes faltas. Todo me hace esperar la confianza total que tengo en Dios y la gran estima que me tienen estos queridos muchachos. Aparte de esto que os he comunicado no tengo motivos más que para congratularme con vosotros. Veo que vuestros corazones están siempre llenos de buenos deseos y esto me hace esperar que os entregaréis con todas vuestras fuerzas a corregiros de lo que os he manifestado en esta carta y también de todo aquello que os dije mientras fui vuestro director. Sé que os entristeceréis porque no podréis corregiros eficazmente de vuestras imperfecciones, pero debéis haceros fuertes, carísimos hijos, y recordad lo que tan a menudo os he repetido sobre el particular, o sea, que debéis trabajar igualmente en la práctica de la fidelidad a Dios para renovar vuestros propósitos con la misma frecuencia con que los transgredís y estando de sobre aviso para reconocer vuestra miseria y así no transgredirlos. Tened mucho cuidado de vuestros corazones para purificarlos y fortalecerlos a medida del número y magnitud de las inspiraciones que recibáis. Elevad frecuentemente vuestras almas a Dios; leed buenos libros con la mayor frecuencia que posible os sea, pero con mucha devoción; sed asiduos en la meditación, en las oraciones y en el examen de conciencia varias veces al día. Amad mi alma, que ama perfectamente la vuestra; y encomendadme siempre a la divina piedad como incesantemente hago por vosotros. No penséis jamás, mis queridísimos hijos, que la distancia del lugar separe las almas que Dios ha unido con el vínculo de su amor. Los hijos del siglo se encuentran todos separados los unos de los otros, porque tienen el corazón en distinto lugar; pero los hijos de Dios, teniendo el corazón donde tienen su tesoro y no teniendo todos más que un mismo tesoro, que es el mismo Dios, están, por consiguiente, siempre unidos...

PADRE PIO, Capuchino

* * *

17-11-1914.

Jesús la consuele siempre y la guarde en su santo amor. Así sea. Bendigo, amo y ruego siempre al Señor y en todo momento de mi vida le doy gracias por tantos favores como ha concedido a usted y a su hermana. Sea, por siempre, jamás, bendecido el Padre de los huérfanos por haber devuelto en su bondad la vida a Juana. No les oculto el peligro extremo que corrió: fue arrebatada de las fauces de la muerte: había sido destinada a unirse con sus padres allá arriba. Solamente

las numerosas oraciones pudieron suspender la ejecución. Les digo esto no para despertar en usted espanto y terror y sí para excitarles al agradecimiento y a una mayor confianza en el Autor de todo bien. ¡Cuán bueno es nuestro Dios! El quiso evitarles semejante desgracia. Vuelvo a exhortarles a confiar siempre en Dios y a no abandonarse a sí mismas como por desgracia suele ocurrir: No den lugar a la tristeza en el alma que impide la libre operación del Espíritu Santo. Entristezcámonos, sí, pero con santa tristeza al ver el mal que tanto se propaga y las muchas almas que apartaban de la fe. Ese no querer someter el propio juicio al de los demás, ni siquiera al del muy experto en la cuestión, es signo de poca docilidad y signo de soberbia. Ustedes mismas lo reconocen, ustedes mismas están de acuerdo. Pues bien, anímense y eviten el caer en ello; sean todo ojos al respecto el Señor está con ustedes atento siempre a escuchar sus secretas confidencias.

Si yo realmente he presionado y presiono al Corazón del Padre celestial por la salud de Juana y por la de ustedes. El lo sabe. La curación perfecta de la enfermedad que martiriza a la pobre Juana no serviría a dar gloria a Dios, ni a la salvación de su alma, ni a la edificación de las personas que viven del espíritu de Jesús: por lo cual no puedo continuar, no puedo importunar más a su divina Majestad para que se la conceda. Rezaré, sí, y no la olvidaré, donde quiera que esté y en cualquier estado que me encuentre, para que el Señor quiera concederle habitualmente la salud que necesita para cumplir su oficio. Tengo la esperanza de que el Señor, siempre bondadoso, no rechazará la oración de su siervo y de que me concederá en favor de la pobre enferma más aún de lo que me atrevo a pedirle. El otro motivo por el cual me retraigo de pedir la curación perfecta de Juana, es porque su enfermedad le sirve de medio muy eficaz en el ejercicio de la virtud, y yo no puedo privar a esta alma generosa de tantos tesoros, por una piedad y un amor que ustedes entienden equivocadamente. Y usted recuerde que si hoy se encuentra en el buen camino es por aquella gracia que la Virgen de Pompeya le obtuvo en favor de su hermana. Consideren esto y no pretendan lo que el Señor no querría ni haría, porque se trata de imperfección en la fe por parte de ustedes. Piensen en lo que les he dicho; que el Señor se lo haga comprender. Manténganse fuertes en la fe y quedarán rechazadas todas las malas artes del enemigo. Esta es la advertencia que nos da San Pedro, Príncipe de los apóstoles: "Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, os acorrala buscando presa; resistidles firmes en la fe", y para dar mayores ánimos añade: "Sabiedo que lo mismo tienen que sufrir vuestros hermanos que pueblan el mundo". Sí, querida, en el momento de la lucha recuerden su fe en las verdades cristianas y de modo singular reaviven su fe en las promesas de vida eterna que el Señor ha hecho a quienes combatan con ánimo y fortaleza. Que les infunda ánimo y valor el saber que no se está solo cuando se sufre, ya que todos los cristianos del mundo sufren las mismas penas y se hallan expuestos a las mismas tribulaciones. Recordemos también que el destino de las almas elegi-

das es el sufrimiento, condición a la que Dios, autor de todo y de todos los dones conductores a la salvación, ha fijado para darnos la gloria.

Arriba los corazones llenos de confianza en solo Dios. Humillémonos bajo su mano poderosa, aceptando con buena cara las tribulaciones que nos manda, para que pueda exaltarnos el día de su llegada. Toda nuestra solicitud la ponemos en su amor más de lo que se pueda decir o imaginar.

* * *

San Giovanni Rotondo, 3-9-1918.

Carísimo:

Que Jesús te conforte y esté siempre contigo.

Recibo tu carta en la que me describes tus imperfecciones y tus penas, y querría poder aliviarte y enviarte algún remedio a tu enfermedad. Pero, hijo mío, siento no poder hacerlo como sería mi deseo, porque ni el tiempo me lo permite ni me acompañan las fuerzas ni físicas ni morales. Me encuentro muy mal y me doy cuenta de haber llegado a ser superlativamente pesado a mí mismo.

La mayor parte de lo que me dices y de lo que silencias no necesita, de ordinario, más remedio que el paso del tiempo y de los ejercicios practicados según la regla bajo la cual se vive.

Hay igualmente algunas enfermedades físicas cuya curación no se consigue tomando medicamentos y sí, con modo idóneo de vivir. El amor propio, la propia estima, la falsa libertad de espíritu, son raíces que no pueden arrancarse del corazón fácilmente; pero puede impedirse que produzcan sus frutos, que son los pecados. Porque sus brotes y salidas, o sea, las primeras sacudidas y primeros movimientos, no pueden impedirse del todo mientras estamos en este mundo; pero se puede, y en esto debemos poner todo nuestro cuidado, moderar y disminuir su ímpetu y manera con la práctica asidua de la virtud contraria y particularmente de la humildad, de la obediencia y del amor a Dios.

Hay que tener paciencia, pues, y no desanimarse por cualquier imperfección o porque se cae en ella frecuentemente sin quererlo. Quisiera tener un buen martillo para romper la punta de tu espíritu, que es demasiado sutil en los pensamientos de tu avanzar espiritual. Pero te lo he dicho muchas veces, querido, y te lo repito otra más: en la vida espiritual hay que caminar con gran confianza.

Si obras bien, alaba y dale gracias al Señor por ello; si te acaece obrar mal, humíllate, sonrójate ante Dios de tu infidelidad, pero sin desanimarte; pide per-

dón, haz propósito, vuelve al buen camino y tira derecho con mayor vigilancia. Ya sé muy bien que no quieres obrar mal dándote cuenta; y las faltas que cometes inadvertidamente sólo deben servirte para adquirir humildad.

No temas y no te angusties con las dudas de tu conciencia, porque ya sabes que obrando con diligencia y haciendo tú cuanto puedas, sólo te queda pedirle a Dios su amor, ya que El no desea otra cosa que el tuyo.

Practica cuanto has aprendido de mí y otros; no temas y procura cultivar con tu amor, con diligencia, la suavidad y la humildad interior. Había prometido ir ahí a pasar unos meses y poder veros a todos y deciros cosas hermosas de Jesús; y confortaros y confirmaros en las santas resoluciones; pero conviene renunciar, aun sintiéndolo mucho, por ahora, a causa del motivo arriba expresado. Por ahora, Jesús no me lo permite y fiat! Cumpliré la promesa en cuanto el Señor lo quiera. Pido continua y ardientemente al cielo mil bendiciones para ti y para nuestros hermanos, y sobre todo para que seas humilde y manso de corazón, y para que aproveches de las pruebas a que piadosamente te somete el Señor, recibíéndolas amorosamente por amor a quien por el nuestro toleró tantísimas.

Salúdame a todos, os abrazo a todos. Salúdame a Fray Marcelino y dile que recibí su tarjeta y se lo agradezco de corazón, y si necesita algo de mí antes de que vaya yo ahí, que me escriba tan sólo.

PADRE PIO

* * *

Muy Rvdo. Padre:

La paz del dulcísimo Jesús esté siempre en su corazón y su santísima gracia le haga santo. Su alma es muy acepta al Padre Celeste; por eso le ruego que no tema, pues no hay motivo alguno. Agradezcamos a la Piedad del Señor por haberle hecho digno de su respeto. En cuanto al estado de aquellas almas por las que se ha interesado preguntándome, he aquí lo que el tiernísimo Jesús se ha designado darme a entender. Aquella alma que vivió pecadora fue vencida al fin de su vida por la divina gracia. De aquellas otras dos almas el Señor nada ha dicho hasta el presente. ¡Qué bueno es, querido Padre, nuestro tiernísimo Jesús! ¡Oh si todos los hombres comprendiesen su Amor!

Encomiéndeme al Señor.

UN POBRE FRAILECILLO

Mi queridísima hija:

Continúa poseyéndote toda Jesús, y mirándote como elegida. Recibo la tuya y he comprendido todo, y lo he comprendido todo en toda su verdad, expresada con tanta exactitud y claridad y sin contrariarla en nada. Por eso puedes y debes estar tranquila en lo referente a esa duda que te preocupa y trastorna. Ya no es la Justicia, mi buena hija, es el Amor crucificado que te crucifica y te quiere asociada a sus amarguísimas penas y sin más apoyo que el de las angustias de la desolación. La justicia nada tiene que vengar en ti, pero sí en otros. y tú, víctima, debes por los hermanos aquello que falta todavía en la Pasión de Jesucristo. Esta es la verdad y sólo la verdad. No te afanes buscando a Dios lejos de ti: está dentro de ti, contigo, en tus gemidos. mientras le buscas está como una madre que incita a su hijito a que la busque y ella se encuentra detrás y con sus manos le impide que llegue.

Desgraciadamente comprendo las angustias de tu estado: se asemejan a las del infierno. pero no te preocupes, no te asustes. Además no sé qué aconsejarte, hijita, para aliviar tu martirio; y es inútil porque el Omnipotente te quiere en holocausto. Sólo te aconsejo que imites a Isaac en manos de Abrahán y que esperes contra toda esperanza. Los mártires no sólo sufrieron sino que murieron en el dolor y no encontraron a Dios más que en la muerte. No temas de ningún modo las vejaciones de Saánás: nada podrá él contra quien está sostenido de modo singular por la gracia vigilante del Padre celeste. Debe bastarte saber que en este furioso asedio tu alma no ofende a Dios y le da además la más hermosa prueba de su felicidad. al mismo tiempo que va embelleciéndose a los ojos divinos. Esta es la verdad, y si dijera otra cosa no sería cierto. Guárdeme el Señor de caer en tamaño desatino. Quisiera también que durante la tempestad gritases siempre: ¡Señor, sálvame!, para que no te hagas acreedora al reproche: "Alma de poca fe, ¿por qué has dudado?" Déjale, pues, llevar, arrastrar y tragar por la tempestad, que en el fondo del mar encontrarás, como Jonás, el Señor que te salva. Cuando me escribas cuéntame también el sueño que tuviste.

Te agradezco cuanto haces por mí ante el Altísimo.

Y ahora, ¿qué diré, hija, de mí? Estoy siempre colgado en el duro patíbulo de la cruz sin ayuda y sin descanso. Mi alma va muriendo en su dolor, sin el consuelo de poder ver un día el rostro de Dios que con tanta ansia se busca y nunca se encuentra.

¡Ay de mí! Qué podré hacer para alcanzar la gracia de aquel Dios que tal vez rechacé y del que justamente soy rechazado. ¡Dios mío!, no soy capaz de decir otra cosa. La plenitud del dolor me mata y me hace perder el sentido. Ayúdame con tus plegarias ante el Señor, para que la prueba resulte agradable a Dios y sirva de rehabilitación a mi alma. Me encuentro levantado no sé cómo en el ara de la cruz desde el día de la fiesta de los Santos Apóstoles, sin jamás descender

ni por un instante. Anteriormente era interrumpido algún instante, pero desde aquel día, hasta aquí, el sufrimiento es continuo, sin interrupción alguna. Y este penar va siempre en aumento. Fiat!

Te bendigo con paternal cariño y a ti me encomiendo.

PADRE PIO

San Giovanni Rotondo, 21-7-1918.

* * *

I. M. F. P.

Siento como mías todas sus aflicciones. El verle tan conmovida me mueve espontáneamente a decir al Señor que mande al enemigo, que desista del feroz asedio, o que le dé a usted más fortaleza para resignarse con suavidad a su voluntad santísima.

Mientras me aflijo y ruego de esta manera, siento una alegría espiritual al considerar el singularísimo amor que Jesús le tiene. Señal cierta de este amor es la tempestad que ruge sobre su cabeza y que la va transformando por entero. No crea que ésta es una condición personal: es Dios mismo quien advierte que la tentación es una prueba de que el alma se está uniendo con Dios: "Hijo, si te aprestas a servir a Dios, prepara tu alma a la tribulación".

El que se vea perseguida quiere decir que está en el camino del servicio divino y cuanto más amiga y fiel sea de Dios tanto más arreciará contra usted la tentación. La tribulación es señal clarísima de que el alma está unida a Dios: "Con El estoy en la tribulación". Todo lo que rodea a su alma de desalentador no puede ser que Dios castigue sus comuniones y confesiones mal hechas, ni por otras prácticas de piedad realizadas sin cuidado: créame, esos pensamientos son verdaderas y clarísimas tentaciones que debe desechar lejos de usted porque no es verdad de ninguna forma que ofenda a Dios, ya que el mismo Señor con su gracia vigilante la preserva. Cuando el alma gime y tiene miedo de ofender a Dios no le ofende, está lejísimo de tal cosa. La gracia divina está con usted y el Señor la quiere muchísimo. Las sombras, los temores, las persecuciones contrarias son artefactos diabólicos que debe despreciar usted en nombre de Jesús. No dé oídos a estas tentaciones. Pertenece al enemigo el hacer creer que nuestra vida pasada esté totalmente sembrada de pecados. Escúcheme, la conjuro de parte de Jesús que procure sentir que precisamente esto es lo que dice el Esposo del alma y que yo le digo ser su presente estado: Un efecto de su amor para con Dios y una prueba del incomparable amor de Dios para usted. Rechace todos esos temores, no aumente las sombras que el enemigo va haciendo cada vez más densas para atormentarla y

alejara si le fuera posible hasta de la comunión diaria. Consuélese y alégrese sabiendo que el Padre celestial permite estos ataques del enemigo para que su misericordia la asemeje más a su divino Hijo en las angustias del desierto, del huerto y de la cruz; si, el Padre celestial quiere que se asemeje a su Unigénito, que habiendo asumido sobre sí la iniquidad de los hombres fue atormentado de manera terrible e inefable. Esíé, pues, agradecida, porque la trata como alma predilecta, que pueda seguir de cerca a Jesús por la cuesta del calvario; y yo veo con emoción y alegría vivisimas en mi corazón esta manera de obrar de la gracia de Dios con usted, queridísima hermana del corazón.

PADRE PIO

* * *

Queridísima hija:

Jesús te bendiga, sea siempre el Rey de tu corazón y te trate como le agrade protegiendo tu alma en la durísima prueba espiritual, que si es prueba efectiva, también será prueba amorosa. Constantemente elevo oraciones al Señor por ti: Te ruego estés firme, segura, constante, que permanezcas inmutable contra cualquier prueba y persuasión contraria: No temas, vuelvo a decirte, hija mía. Permanece en las seguraciones que te he hecho y que te hago en el dulcísimo Jesús. El está contigo y se complace en tu alma y tú ámallo y sírvelo con fidelidad y delicadeza sin que tú lo sepas y lo conozcas.

No ofendes en modo alguno al Señor; más bien lo quieres con un amor grandísimo, y es por esto por lo que el Señor ha puesto su mirada de suma complacencia sobre ti. El te ama con predilección, y es precisamente por esto que te va sometiendo a todas las pruebas de su dolorosísima pasión. Así pues, hija mía, es tu estado admirable desde todos los puntos de vista. Resígnate y fortalécete por las consideraciones de lo que te digo y que te vienen hechas por quien ocupa el lugar de Dios y que te ama inmensamente en El. Que te sea suficiente, queridísima hija, estas consideraciones y perdóname si no me extiendo más como desearía, porque también yo me encuentro herido por la epidemia. ¡Qué contento estaría yo si esta enfermedad fuese propicia a darme el último golpe de gracia!, mas es inútil esperar. Hay que continuar viviendo y por mucho tiempo todavía, para poder apurar enteramente el cáliz de Getsemaní hasta las últimas gotas y exhalar el último suspiro de vida en el Calvario entre el abandono de todos.

Mis sufrimientos interiores crecen y crecen cada vez más sin el menor descanso. Pero te suplico que no te aflijas en demasía por esto, sabiendo que así lo quiere el Señor, porque así desea ser amado de sus criaturas.

No deseo otra cosa, pues, de ti, sino que como una nueva María asistas al crucificado con tus oraciones y sufrimientos y ofrezcas las penas de El a la divina justicia para que un día tenga misericordia de mí.

Acabo de recibir noticias de casa que me hacen saber que he perdido una hermana y un sobrino, y que mi madre se encuentra también ella en triste estado. Te dejo que supongas el desgarró de mi alma y de mi corazón, y no me queda más que hacer repetir con Job: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó, sea bendito su santo nombre". Una oración por la pobre difunta y otra por mi madre a fin de que sea apartada de la muerte, si a Dios le place, y que El dé a todos la santa resignación.

Te bendigo con todo afecto,

PADRE PIO

San Giovanni Rotondo, 7-10-1918.

RESUMEN BIOGRAFICO DEL PADRE PIO DE PIETRELCINA

- 25 mayo 1887. — El P. Pío nace en Pietrelcina de Orazio Forgione y de Giuseppina Marfa de Funzio.
- 26 mayo 1887. — Bautismo del P. Pío, que recibe el nombre de Francisco.
1897. — Primera Comunión.
- 6 enero 1903. — El P. Pío entra en el Convento de Capuchinos de Morcone.
- 22 enero 1903. — Toma el hábito.
- 22 enero 1904. — Fecha de su primera profesión religiosa.
- enero 1904. — El P. Pío estudia Filosofía en el Convento de Sant'Elia a Pianisi.
- octubre 1904. — Continúa sus estudios filosóficos en San Marco La Catola.
- abril 1905. — Vuelve a Sant'Elia a Pianisi.
- 27 enero 1907. — Profesión solemne en Sant'Elia a Pianisi.
- noviembre 1907. — Estudia teología en Serracapriola.
- noviembre 1908. — Continúa los estudios en Montefusco.
- 21 diciembre 1908. — Recibe el subdiaconado en Benevento.
- 18 julio 1909. — Recibe el diaconado en Morcone.
- 1909-1915. — Vive en Pietrelcina en casa de sus padres por sus continuas enfermedades.
- 10 agosto 1910. — Es consagrado sacerdote en la Catedral de Benevento.
- 20 septiembre 1910. — El P. Pío recibe los estigmas invisibles.
- octubre 1911. — Se encuentra de paso en Nápoles.
- 26 agosto 1912. — Es herido por un dardo de fuego.
- 19 marzo 1913 (Viernes Santo). — Se le aparece Jesús, llorando por los sacerdotes indignos.
- septiembre 1915. — Recibe los estigmas invisibles permanentes.
- 6 noviembre 1915. — Es llamado al Ejército.
- febrero 1916. — Pasa al convento de los Capuchinos de S. Anna de Foggia.
- 22 julio 1916. — Vuelve destinado con nombramiento definitivo.
- 4 septiembre - 3 noviembre 1917. — En estas fechas cumplió el servicio militar en Nápoles.
- 15 marzo 1918. — Obtiene la licencia definitiva del servicio militar.
- 5-6 agosto 1918. — Recibe la Transverberación.
- 20 septiembre 1918. — Recibe del Crucifijo los estigmas visibles.
- 31 mayo 1923. — Primer decreto del Santo Oficio contra el P. Pío.
- junio 1923. — Manifestaciones populares en defensa del P. Pío.
- 24 julio 1924. — Segundo decreto del Santo Oficio.
- enero 1925. — Inicia la construcción del pequeño «Ospedale Civile San Francesco».
- junio 1925. — Emmanuele Brunatto, llega a Roma con graves documentos contra los enemigos del P. Pío.
- 5 enero 1926. — Arresto del Canónigo Giovanni Miscio.
- abril 1926. — Primer libro en defensa del P. Pío: «Padre Pío da Pietrelcina».
- 23 abril 1926. — Tercer decreto del Santo Oficio contra el P. Pío.
- 11 julio 1926. — Cuarto decreto.

2 diciembre 1926. — El Tribunal de Foggia condena a Giovanni Miscio.
marzo-septiembre 1927. — Visita apostólica de Monseñor Bevilacqua.
3 enero 1929. — Muere la madre del P. Pío.
1929. — Publicación del libro: «Cartas a la Iglesia», de Morcaldi.
22 mayo 1931. — Quinto decreto del Santo Oficio.
11 junio 1931 a 16 julio 1933. — Reclusión del P. Pío en el convento.
1933. — Pío XI dice: «Padre Pío ha quedado reintegrado "et ultra"».
16 mayo 1947. — Colocación de la primera piedra de la «Casa Sollievo de la Sofferenza».
5 mayo 1956. — Se inaugura la «Casa Sollievo de la Sofferenza».
4 abril 1957. — Pío XII concede al P. Pío las más amplias facultades.
18 agosto 1958. — Bancarrota de Giuffré.
9 octubre 1958. — Muere Pío XII, su gran amigo y protector.
2 julio 1959. — El obispo Bortignon acusa al P. Pío ante Juan XXIII.
2 julio 1959. — Consagración de la nueva iglesia del convento de San Giovanni Rotondo.
6 agosto 1959. — Nuestra Señora de Fátima cura milagrosamente al P. Pío.
12 septiembre 1959. — El obispo de Padua recuerda que siguen en vigor los decretos del Santo Oficio.
13 diciembre 1959. — El obispo manda expulsar de las iglesias a los seguidores del P. Pío.
diciembre 1959. — El P. Amadeo de San Giovanni Rotondo comienza a apoderarse de las limosnas que recibe el P. Pío.
18-27 abril 1960. — Monseñor Crovini inspecciona en San Giovanni Rotondo por encargo del cardenal Ottaviani y confirma la actuación del P. Pío.
mayo-julio 1960. — Operación sacrílega de los micrófonos en el confesionario.
9-13 mayo 1960. — Suspensión de dos sacerdotes.
15 junio 1960. — Es nombrado Monseñor Maccari, visitador apostólico.
14 agosto 1960. — El P. Pío es obstaculizado cada vez más en su ministerio sacerdotal.
octubre 1960 a 12 enero 1964. — Es sometido al control del P. Rosario de Alimusa, llamado el carcelero del P. Pío.
5 mayo 1963. — Demostración pública de los fieles contra las trabas impuestas al P. Pío.
23 agosto 1963. — El P. Pío es sometido a un administrador apostólico: Padre Clemente de S. María in Punta.
16 diciembre 1964. — Le obligan a firmar un documento asegurando que no es perseguido.
11 mayo 1964. — Testamento del P. Pío en favor de la Santa Sede.
15 mayo 1964. — El General de Capuchinos declara que el P. Pío es la más grande calamidad de la Orden.
abril 1965. — Imposición al P. Pío como médico de cabecera al doctor Sala.
23 septiembre 1968. — Muerte del P. Pío.

BIBLIOGRAFIA

- A. I. D.: *P. Pio*; Ginevra, 1963.
- APOLLONIO, DONATO: *Incontri con P. Pio*; Cappeta, Foggia, 1961.
- ARGENTIERI, DOMENICO: *La prodigiosa storia di P. Pio*; Tarantola, Milano, 1951.
- BONIFACE, EMMANUELE: *P. Pio. Vie - Oeuvres - Passion*; Table Ronde, Parigi, 1966.
- BRUNATO, EMMANUELE: *Israele, mio primogenito*; Aldana, Parigi, 1962.
- GALBUCCI, MICHELE: *La passione di P. Pio*; Tamari, Bologna, 1956.
- CAMILLERI, CAMILO: *P. Pio da Pietrelcina nella vita, nel misterio, nel prodigio*; L. Da Vinci, Città di Castello, 1952.
- CHIOCCHI, FRANCOBALDO; CIRRI, LUCIANO: *P. Pio. Storia di una vittima*; 3 voll. Y libri delNo. Roma, 1967.
- CHIOCCHI, FRANCOBALDO: *P. Pio non è morto*; Roma, 1968. *Y nemici di P. Pio*; Roma, novembre 1968.
- CIRRI, LUCIANO: *P. Pio e i Pappani di Dio*; Il Borghese. Milano, 1963.
- CURCI, GIUSEPPE: *Così lo visto P. Pio*; Barletta, 1964.
- DE ROSSI, GIUSEPPE: *P. Pio da Pietrelcina*; Berlutti, Roma, 1926.
- DE SANCTIS, FABRIZIO: *P. Pio*; Longanesi, Milano, 1966.
- DEL FANTE, ALBERTO: *Per la storia - P. Pio da Pietrelcina - il primo sacerdote stigmatizzato*; Arti Grafiche; Bologna, 1946.
- DEL TON, GIUSEPPE: *Il Buon Pastore*; Pasc et Bonum. San Giovanni Rotondo, 1959.
- FESTA, GIORGIO: *Misteri di scienza e luci di fede. Le stigmate del P. Pio da Pietrelcina*; Ferri, Roma, 1949.
- MORCALDI, FRANCESCO: *Lettera alla Chiesa*; Lipsia, 1929.
- MASCI, MANLIO: *Cinquanta anni di sangue e di storia*; Epica, Roma, 1966.
- P. Pio e gli altri stigmatizzati*; Y libri del no. Roma, 1968.
- PATRI, LORENZO: *Cenni biografici su P. Pio*; Foggia, 1957.
- PEDRIOLI, GIANCARLO: *Una figura del nostro tempo: P. Pio da Pietrelcina*; Atena, Roma, 1951.
- SIENA, GIOVANNI: *Buon giorno, P. Pio; P. Pio; fatti di ieri e di oggi*; San Giovanni Rotondo, 1959.
- TRABUCO, CARLO: *L'opera sociale di P. Pio*; Torino, 1960. — *Colloqui con P. Pio*; Edizioni Paoline, Torino, 1960.
- TUCCI, LUIGI: *Un segno della Provvidenze*; Laterza, Bari, 1961.
- WINOWSKA, MARIA: *Il vero volto di P. Pio*; Ed. Paoline, Modena, 1956.